
Puedes negarte al deber,
o dejarte seducir por él.
Traición y Sangre
Sofia Salto

© 2026, Sofía Salto
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
ISBN: 9798247733508
Corrección ortotipográfica: Sofía Salto
Diagramación interna: Sofía Salto
Diseño de páginas: Lorgenis Rojas
Diseño de cubierta: Lorgenis Rojas
Instagram: @lord.esing

NOTA DE LA AUTORA

Si estás buscando un refugio seguro o un héroe que pida perdón por sus pecados, te sugiero que cierres este libro y te alejes mientras puedas. En el mundo de la Mafia Draghi, la moralidad no es un área gris; es una reliquia inexistente. Esta historia está habitada por hombres que no conocen la redención y mujeres que aprenden que el fuego no siempre quema si tú eres quien sostiene la cerilla.

Debes saber que aquí el romance no es un camino de rosas, sino de espinas bañadas en sangre. Te enfrentarás a la brutalidad en su forma más pura: venganzas que se cobran con carne y torturas que nacen del odio entre organizaciones que no conocen la piedad. No esperes que la violencia sea un telón de fondo; es el aire que respiran estos personajes. Si a esto le sumas encuentros sexuales tan explícitos como intensos, donde la línea entre el deseo y la dominación se desvanece, tienes una receta perfecta para el desastre.

No escribo para los corazones sensibles. Escribo para quienes encuentran belleza en el caos y placer en lo prohibido. Si decides entrar, acepta que los gritos y los gemidos tienen el mismo peso, y que aquí, la traición siempre se paga con sangre.

Has sido advertida. Ahora, entra bajo tu propio riesgo.

Para ti, que dejaste tu brújula moral en la puerta antes de abrir este libro.
Para las que prefieren el fuego que consume a la luz que ciega.

«En este mundo, hay dos tipos de personas:
los que tienen armas y los que cavan»
Scarface
Tony Montana

PROLOGO

Dicen que el destino es un hilo.

El mío siempre estuvo empapado en sangre antes incluso de que yo aprendiera a caminar.

Ahora lo sé, no existía otra salida. Tal vez, por mucho que intentáramos quemar el mundo para construir algo nuevo sobre las cenizas, nuestro final ya estaba escrito en las sombras de nuestros apellidos. En este mundo, el amor no es un refugio; es una debilidad que se paga con una bala.

Si nuestros nombres no pesaran tanto como el plomo, quizás la idea de un «nosotros» no habría sido una sentencia de muerte.

Pero lo fue. Lo comprendo ahora, con el sabor amargo de la traición quemándome la garganta.

Observo esos ojos. Esos malditos ojos que una vez me desafiaron y me atraparon, perdiendo ahora su chispa, apagándose como una vela consumida por la oscuridad. La realidad no me golpea; me atraviesa como un asteroide colisionando contra tierra muerta. El hilo rojo de sangre que brota de sus labios es la última evidencia. Con cada gota que cae al suelo, se desvanece cualquier posibilidad de un mañana.

Me obligo a no apartar la mirada. En nuestra familia, la piedad es un pecado capital y las responsabilidades se graban a fuego. Llevar nuestro apellido no es un honor, es una cadena que nos obliga a mutilar nuestro propio corazón para sobrevivir.

Bajo el arma con una lentitud que duele. El acero es solo un objeto inerte, pero yo dejé de sentir mis propios latidos mucho antes de apretar el gatillo. Mis ojos siguen el rastro carmesí que se expande por el suelo, una mancha que nunca podré limpiar de mi conciencia, antes de dar media vuelta.

Me repito que así es como debe ser. En este nido de dragones y serpientes, nunca hubo espacio para los dos.

Las reglas son simples: devorar o ser devorado.

Solo uno de nosotros podía quedar en pie.

Mejor ser yo.

El mundo está infestado de serpientes,
pero son los dragones los que ponen las reglas.

CAPITULO 1
MADDOX

Mi madre cree que la paz se puede comprar en cuotas de cinco estrellas. Para ella, el nirvana se encuentra en una playa privada de Mykonos, rodeada de margaritas y un vacío existencial que intenta llenar con Xanax y bronceados caros.

Nora es una mujer de superficies. Quince casas de verano, mil eventos sociales y ni una sola idea de quién es la hija que lleva su propia sangre.

—Ya lo verás, Maddie. Dos semanas conmigo y te olvidarás de ese aire viciado de Chicago —su voz al teléfono suena como seda, pero sé que debajo no hay nada más que cristal frío. Me llama por ese estúpido apodo como si pudiera construir un puente entre dos vidas que nunca debieron cruzarse—. Necesitas ser una chica normal por una vez. Actividades de chicas, ya sabes, salir de compras, disfrutar de la playa...

—Nada me suena más normal que fingir que no vengo con escolta incluida —respondí, dejando que el sarcasmo se filtrara en mis palabras como veneno.

—¡Ese es el espíritu, cielo! Te veo en una semana.

Colgué. El silencio de mi habitación en Chicago siempre se sentía más real que sus risas pregrabadas.

Grecia fue exactamente lo que esperaba: una tortura envuelta en papel de regalo. Nora lo intentó, realmente lo hizo. Me arrastró a cenas donde el cubierto costaba más que la vida de algunos hombres en los barrios bajos y me presentó a una procesión de amigos vacíos que hablaban por miedo al silencio. Yo le devolvía monosílabos; una guerra fría donde ella ponía la seda y yo el acero. Nora no me odiaba, simplemente no sabía qué hacer conmigo y con lo que yo representaba. Para ella, yo era una herida abierta que

prefería ignorar hasta que la sangre empezaba a manchar sus alfombras de diseño.

No la culpaba. Ella huyó a Francia para perseguir un sueño que no incluía pañales ni armas de fuego. Levi decidió que era hora de que «conectáramos», pero el daño ya era una cicatriz profunda. Nora no me quería y yo no sentía nada por ella. No puedes echar de menos un fantasma que nunca habitó tu casa.

Me ofreció un mundo sin peso, un vacío envuelto en seda. Y por un segundo, casi me dejé seducir por la nada. Casi.

Pero extrañaba el caos. Extrañaba la oscuridad organizada de Chicago y la forma en que mi padre me diseccionaba con la mirada, encontrando secretos que ni yo misma sabía que guardaba.

Por eso, cuando el avión tocó suelo en Chicago, el aire pesado y gris de la ciudad se sintió como el primer suspiro real en semanas. Había recuperado mi tono esmeralda en los ojos y mi piel estaba dorada por el sol mediterráneo, una máscara perfecta para la heredera de un imperio de sangre.

En el aeropuerto, la marea de gente se abría a su paso antes de que siquiera lo notaran. Levi Salvatore no necesita guardaespaldas para imponer respeto; su sola presencia es una advertencia. Estaba allí, rompiendo toda lógica de su estatus, sosteniendo un cartel con mi nombre escrito en letras negras y precisas.

Debí morder mi lengua para evitar reír.

¿Quién pensaría que esa máscara de padre preocupado escondía el asesino sangriento más temido de Chicago? Solo mi padre.

Antes de que pudiera decir algo, sus brazos me rodearon en un intento de abrazo que parecía más una declaración de propiedad, como todo lo que hacía.

Me levantó del suelo, recordándome que para el mundo él es el Don, pero para mí, él es la gravedad.

—Lección aprendida —gruñó contra mi cabello, su voz vibrando con esa autoridad que hace temblar la ciudad—. No vuelves a cruzar el océano sin mí.

—¿Tan rápido te diste cuenta de que fue una idea estúpida? —Me burlé cuando mis pies tocaron tierra firme.

—Casi incendio el aeropuerto cuando tu vuelo se retrasó veinte minutos. Si tu madre quiere verte de nuevo, tendrá que subirse a un maldito avión y cruzar el Atlántico.

Le di un empujón suave, sintiendo el acero de sus músculos bajo el traje de sastre.

—Ella cree que tu mundo es peligroso, Levi. Jamás vendría. Ni siquiera por mí.

—Ella no entiende que el peligro es no tener nada por lo que luchar —sentenció.

Me pasó un brazo por los hombros, tomándome bajo su ala mientras nos dirigíamos a su BMW. Podría haber enviado a un batallón de soldados a recogerme, pero Levi Salvatore no confía en nadie cuando se trata de su posesión más valiosa.

—¿Y bien? —Preguntó mientras el motor rugía bajo nosotros. Conducía con una mano relajada sobre el volante y la otra descansando sobre su muslo con esa confianza que solo da el poder absoluto—. ¿Qué has aprendido en el paraíso, Maddox?

—Que las playas son bonitas, que el vino caro es solo veneno con mejor etiqueta y que no importa cuántos kilómetros ponga de por medio… sigo perteneciendo a este lugar.

Levi asintió, una chispa de satisfacción cruzando sus ojos verdes.

—¿Almuerzo en tu lugar favorito? —Preguntó con ese tono de falsa neutralidad que usaba cuando ya había tomado una decisión por mí.

—Estoy muerta, Levi. Quiero mi cama. Oscuridad. Y silencio —

mascullé, apoyando la cabeza en el cuero del asiento.

—Imposible. Penny sabe que llegabas hoy.

Suspiré, cerrando los ojos. Podía estar a nueve mil kilómetros de distancia, pero mi mejor amiga era una fuerza de la naturaleza que no entendía de zonas horarias.

—¿En serio no puedes decirle que el avión se estrelló?

Él dejó escapar una risa, extrañaba escucharlo reír aunque solo estuve dos semanas fuera. Y sí, mi relación con Levi estaba lejos de la ternura típica y ordinaria de la familia pero no podía evitarlo. Esa risa grave y seca siempre sonaba a advertencia para el resto del mundo, pero a mí me calmaba como una canción de cuna distorsionada.

—No. Porque esa chica cruzaría el Atlántico solo para verificarlo y, francamente, no tengo tiempo para lidiar con su drama hoy.

Sonreí a medias.

—¿Hoy no irás al club? —Pregunté, observando cómo el paisaje urbano de Chicago se transformaba en el santuario blindado de nuestro barrio privado.

Este lugar no era solo un vecindario y Chicago no era solo una ciudad. Era nuestro imperio. Draghi tenía poder en cada rincón, en cada callejón y en cada calle. No existía lugar de la ciudad que escapara de nuestros ojos y poder.

—No es necesario. Pospuse las reuniones —hizo una pausa, su perfil se volvió más rígido—. Y él sabe que llegabas hoy.

Aparté la vista de inmediato, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado. Sentí los ojos de mi padre clavados en mi perfil antes de que soltara un suspiro cargado de advertencia.

—No seas tan dura con él, Maddox —su voz bajó una octava, volviéndose peligrosamente calma—. Sabes que solo hace lo que le

ordeno.

El recuerdo de lo que ocurrió antes de mi partida a Europa pasó por mi mente como una ráfaga de fuego. El asfixiante control, la mirada constante de él, la línea cruzada que nadie se atrevía a mencionar. El hecho de que no pudiera mirarme a los ojos con normalidad.

Me obligo a tragar saliva y un nudo se forma en mi garganta.

—Debería meterse en sus asuntos —murmuré, apretando los puños sobre mis rodillas—. Y tú también.

—Tú eres mi asunto, Maddox. Que nunca se te olvide.

Llegar a la mansión fue como volver a ponerse una armadura hecha a medida. Las paredes oscuras, el eco de nuestros pasos sobre las alfombras gruesas, el aroma a tabaco caro y secretos viejos. Todo en este lugar gritaba poder.

Todo lo opuesto a las mansiones de mi madre.

El jardín que bordea la mansión Salvatore está flaqueada por rejas negras que acaban en puntas filosas. Del otro lado de la puerta de entrada nos espera uno de los guardias de Levi.

—Hola, Marce —saludo.

—Buenos días, Francesca.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia mi padre.

—¿Podrías dejar de pedir que me llamen por mi segundo nombre?

Mi padre se encoje de hombros.

—No es mi culpa que tengas un padre tan genial que haya elegido el mejor segundo nombre del mundo.

Bufo.

Levi a veces se parecía a un hombre común y corriente que casi me hace olvidar que es un Don.

—Ve a dormir —ordenó Levi, bajando mi maleta como si no pesara más que una pluma y entregándosela a Marcellino, el guardia que conozco desde que soy niña—. Yo me encargaré de que la plaga humana conocida como Penny no aparezca hasta después del almuerzo.

—Mi héroe —dije con una media sonrisa, juntando las manos sobre el pecho en un gesto dramático—. Te quiero por eso, ¿lo sabes?

Levi no pudo evitar que la dureza de su expresión se agrietara por un segundo.

—Lo sé.

Antes de dirigirme a las escaleras desvío mi camino hacia la cocina.

—Mia cara, ¿qué haces? —La voz de Levi llega del otro lado del pasillo—. Deberías descansar...

—Lo sé, lo sé —murmuro y me acerco a la nevera—. Pero muero de hambre, dime que dejaste comida para tu pobre hija.

No es necesario verlo para saber que rodó los ojos ante mis palabras. Sin dudar tomo una caja de pizza que encuentro en la nevera y la saco. Busco dos platos para ambos y nos sirvo las sobras de lo que supongo fue su cena.

—Podrías haber esperado a tu hija con la especialidad Salvatore, ¿no crees?

—Mi hija podría ser más considera conmigo y responder todos mis mensajes —ahora soy yo la que rueda los ojos—. No creas que no note que evitabas la mayoría de los mensajes que te envié estas dos semanas.

—Levi —advierto y suspiro mientras le doy un bocado a la pizza italiana—. Estuve fuera solo dos semanas, deberías manejar tu instinto controlador.

—Solo...

—Te preocupas por mí, sí. Lo entiendo. Pero no escapé de Grecia ni una vez, aunque moría de ganas de hacerlo, créeme —Levi niega sin poder evitar reír—. Y no estabas preocupado por mi, solo te gusta tener todo bajo control.

—Quizás —murmura.

—Incluyéndome —le recuerdo—. Pero me merecía un poco de libertad...

—Solo lo hiciste porque te enojó que te obligue ver a tu madre.

Formo una mueca con mis labios.

Tenía un punto.

—No puedo admitir ni negar su acusación, Salvatore.

Dejo los restos de mi pizza sobre el plato y sacudo las manos con elegancia actuada.

—Ahora, si me disculpa —bebo un trago de agua—. Esta chica debe descansar para esperar a Penny.

—Y también porque mañana...

—Inician las clases de la universidad, lo sé.

—Y continuamos con tu entrenamiento.

—Por supuesto, el arma de Draghi —suspiro y me doy la vuelta antes de escuchar el reproche de mi padre.

Subí las escaleras sintiendo el peso de la casa sobre mí. Al entrar en mi habitación, las cortinas cerradas y la cama intacta me recibieron en un silencio sepulcral. Mi mundo seguía exactamente donde lo dejé: en la penumbra, esperando a ser reclamado.

Levi Salvatore es el Don más temido de Chicago. Para el resto del mundo, es un monstruo que gobierna con puño de hierro. Para mí, es el hombre que me construyó una jaula tan hermosa que a veces

olvido que no puedo escapar de ella.

CAPITULO 2
MADDOX

El peso sobre mi cuerpo fue lo primero que registró mi cerebro, seguido del aroma familiar de un perfume floral demasiado vibrante para la hora que supongo era. Penny.

Abrí los ojos con lentitud, sintiendo los restos de un sueño que no quería abandonar. Sobre mí, el rostro de mi mejor amiga era una explosión de energía maníaca. Su cabello, de un naranja tan encendido que parecían llamas de un incendio, caía en cascada a los lados de mi rostro, atrapándome en su burbuja.

—¡Regresaste! ¡Por Dios! —Su voz era un grito de emoción contenida que no lograba procesar del todo producto del sueño—. No tienes ni idea de lo que ha sido este lugar sin ti.

Intenté empujarla, pero Penny era como una garrapata vestida de seda. Se aferró a mis sábanas rojas con una determinación que solo ella poseía.

—Penny… quítate —mi voz salió como un rasguño, áspera y cargada de la frialdad que heredé de mi padre.

Ella no se movió. Apoyó las palmas sobre el colchón, a centímetros de mi cabeza, y me estudió con esos ojos azules que siempre veían demasiado.

—¿Siquiera me extrañaste, Maddie? ¿O las islas griegas finalmente te robaron el corazón que pretendes no tener?

Puse los ojos en blanco.

—Sabes que sí. Ahora, muévete.

—Dilo.

—Penny…

—Maddie, dilo.

Cerré los ojos con fuerza, apretando la mandíbula.

Nunca supe como es que dejé que me llamara así, de la misma forma que lo hace mi madre.

—No me llames así.

—Entonces, dilo.

Me obligué a mirarla. Sus labios estaban apretados, pero la chispa de diversión en su mirada delataba que estaba disfrutando de mi tortura. Exhalé un suspiro lento, rindiéndome ante la única persona en Chicago que no me miraba con miedo o reverencia. Bueno, en parte porque no tenía idea de quién era yo en realidad.

—Te extrañé —mascullé.

—¡Lo sabía! —Chilló, aplastándome en un abrazo rápido antes de rodar hacia el otro lado de la cama. Se sentó con las piernas cruzadas, examinando sus uñas con una indiferencia fingida—. No dolió tanto, ¿verdad? A veces me siento un poco desatendida en esta amistad, Maddox.

Me incorporé, apoyando la espalda contra el respaldo de cuero negro. En mi mundo, las emociones eran debilidades que se explotaban, pero con Penny, eran el único recordatorio de que seguía siendo humana. Eso y mi vida universitaria que era un completo fraude.

—Penny Ann Hill, si hubiera pasado un día más lejos de ti, le habría robado el Xanax a mi madre —solté, permitiéndome una pequeña sonrisa—. Eres la única dosis de realidad que soporto.

Ella fingió secarse una lágrima dramática. Mi mejor amiga bien podría dedicarse a la actuación.

—Basta, no nos pongamos sentimentales —susurró en un llanto fingido—. Ahora, detalles. ¡Quiero saberlo todo!

Alcé una ceja al ver que de verdad estaba emocionada

—Es un lugar increíble —admití—. Las playas son alucinantes, el agua completamente turquesa, la arena blanca. Muy parecida a las postales —resumí, sabiendo que no era eso lo que buscaba, pero me divertía molestándola—. Como las películas de Netflix, ya sabes.

—Maddox...

—O los pins que guardas en los tableros de Pinterest...

—Ya —dijo entre dientes.

—Como ese que guardaste de tu vision board...

No pude continuar hablando porque mi almohada impactó en mi rostro y no pude evitar reír.

—¡Deja de tomarme el pelo!

—¿Qué? Creí que querías saber sobre Grecia...

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Pongo los ojos en blanco, por supuesto que lo sé.

—Tu preguntaste por Grecia —murmuro y me encojo de hombros.

—No me des clases de geografía, Maddox. Háblame de los hombres —batió las pestañas, inclinándose hacia delante—. ¿Conociste a alguien? ¿Un dios griego que te hiciera olvidar que eres la estudiante más aburrida y normal del mundo?

—Si claro, muy chistosa —le di un ligero empujón y ella me devolvió una sonrisa de angelito—. Te recuerdo que eres mejor amiga de la chica más aburrida del campus.

Suspiró y se dejó caer hacia el respaldo.

—No me lo recuerdes, me esfuerzo todo el tiempo por hacerla divertida pero es una tarea imposible... ¡Ouch!

Ahora fui yo quien estampó mi almohada en su rostro.

—Ya, deja de jugar —dice entre risas—. Cuéntame.

—Conocí gente —dije con cautela—. Fue agradable.

—¿Y…? —Penny alzó las cejas, su voz bajando un octavo—. ¿Sucedió? ¿Te deshiciste finalmente de ese estorboso carnet de pureza en una isla paradisíaca?

Me tomó un segundo procesar a qué se refería. Cuando lo hice, sentí que la temperatura de la habitación subía diez grados.

—¡Penny! No. Por supuesto que no.

Ella me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿En serio? Perder la virginidad en una isla griega es el sueño de cualquier mortal. ¿Ni siquiera lo consideraste?

—Estaba demasiado ocupada intentando no asfixiar a Nora —mentí, desviando la mirada hacia la ventana—. No tenía tiempo para… pensar en eso.

—Sexo. Di la palabra, Maddie. No muerde.

—Eres insufrible —digo entre dientes.

Me hundí en el silencio, dejando que la vergüenza se disipara. Pero podía sentir los ojos azules de mi mejor amiga mirándome con curiosidad.

Penny creía que yo era virgen y prefería que siguiera siendo así. Mi única experiencia sexual había sido un error calculado de diez minutos con un extraño que no sabía mi apellido. Un encuentro rápido, mecánico y profundamente decepcionante.

Aunque, en defensa del extraño, yo no tenía mucha experiencia para hacer un juicio de valor de su... Accionar. Pero estaba segura que no podía ser tan rápido y simple algo que mi mejor amiga describía como una experiencia increíble si sabías a quien dejar entrar.

Pero en Chicago, ser invisible no era una elección, sino una obligación. Si mi padre, el Don, se enteraba de que alguien me había

tocado, ese hombre dejaría de respirar antes del amanecer. Ya había pasado antes. Los fantasmas de los chicos que intentaron acercarse demasiado aún rondaban los callejones de la ciudad.

Levi se encargaba de recordarme que eso era para personas normales, distracciones y diversiones que no podía permitirme como futura heredera de Draghi.

Así que debía hacerlo a escondidas, ser cuidadosa y hacer lo que mejor sé: mentirle a todos, incluso a mi mejor amiga. Porque si Penny lo supiera… solo faltarían un par de segundos para que él lo sepa también.

El recuerdo de lo que sucedió antes de ir a Grecia atraviesa mi mente como una fotografía en llamas.

Basta Maddox, pienso.

—Como sea, tengo chismes —continuó Penny, rompiendo mi introspección—. Pero primero, levántate. Tenemos que prepararnos.

—¿Prepararnos para qué?

—Es la última noche antes de que la universidad nos absorba el alma, Maddie. Vamos de fiesta.

Arrugué el entrecejo.

—Estoy agotada.

—Maddox, si piensas que te salvarás de ir a una fiesta estás muy equivocada —se aleja de la cama para abrir el cajón de mi cómoda ¿quité el arma verdad? Respiro con normalidad cuando lo abre y comienza a sacar maquillaje—. Traje un vestido perfecto para ti.

—El jetlag puede causar estragos en la gente…

—Maddox...

—Además, dudo que mi padre…

—Claro que tienes mi permiso.

La voz de mi padre cortó el aire con la precisión de una cuchilla. Estaba apoyado en el marco de la puerta, la imagen misma de un peligro relajado. Vestía ropa deportiva oscura, todo indicaba que su plan de domingo era permanecer en el despacho mirando una película. O quizás planeando asesinatos.

Lo miré con sospecha.

—Mañana es el primer día de clases —le recordé.

—No veo el problema si regresan temprano, abejita —se encogió de hombros, llamándome con ese apodo que guardaba solo para nosotros—. Tienes que relajarte, mia cara. Mañana vuelves a la jaula.

Que el líder de la mafia de Chicago me instara a salir a beber era, como poco, alarmante. En mi mundo, cada movimiento era una partida de ajedrez. Si él me dejaba salir, era porque el tablero ya estaba configurado a su favor.

Comprendí la generosidad de mi padre en cuanto pusimos un pie en la playa.

El lugar estaba inundado de estudiantes, música retumbando en los huesos y el olor a cerveza barata y hormonas. Penny me arrastró por la arena, sus dedos apretando los míos con una emoción que yo no compartía. En el camino a la fiesta me confesó que su verano se redujo a compartir mensajes eróticos con James, un estudiante avanzado de Criminología. Su idea era encontrarlo aquí.

Yo, en cambio, observaba las sombras, preparada por el as bajo la manga de Levi.

Caminaba con dificultad, mis plataformas negras se hundían en la arena mientras mi minúsculo vestido de seda se sentía como una diana en mi espalda.

Entonces los vi.

James estaba allí, pero no estaba solo. A su lado, con la mandíbula tensa y esa expresión de aburrimiento letal, estaba Máximo Hardaway.

Mi estómago dio un vuelco y no fue por su indiscutible atractivo.

Max era uno de los soldatis de mi padre. Un secuaz en ascenso que casualmente estudiaba en mi universidad. Ahí estaba el truco de Levi. No necesitaba guardaespaldas visibles si tenía a uno de sus perros más leales mezclado entre la multitud, vigilándome bajo el disfraz de un estudiante arrogante. Aunque él no sabía que hoy estaba de guardia.

Y tampoco tenía idea de quien era yo en verdad.

En el campus, yo era Maddox, la chica reservada de la fila de atrás. Para él, yo era solo una persona más entre la multitud. Para mí, él era el hombre que probablemente había limpiado sangre de su ropa antes de venir a clase.

Era interesante observarlo sin que supiera que soy hija de su maldito jefe.

Si Levi había dicho que si podía ir a una fiesta no solo era porque se trataban de nuestras calles, sino porque sabía quién estaría y estaba muy seguro de que, si algo ocurría, podía recurrir a Max.

Aunque no lo haría ni en sueños.

—Míralos —susurró Penny, ajena a la guerra fría en mi cabeza—. James es un dios.

Clavé mis ojos en ella y alcé una ceja.

—¿Un dios? —Repetí incrédula y me gané una mirada asesina de mi mejor amiga—. Un dios —murmuré.

Si, James era atractivo. Nadie podía negarlo, pero considerarlo un

dios… era quizás demasiado.

—Max también es ardiente —susurró con una sonrisa mientras se inclinaba hacia mi—. ¿Sabes que es un dios en la cama?

—¿Y tú sabes eso porque…?

Se encoge de hombros.

—Todos lo dicen.

—¿Todos?

—Todos.

Pongo los ojos en blanco. Penny tenía cierta debilidad por los chicos que eran igualmente atractivos y unos imbéciles.

—Dicen que es un imbécil —murmuré para provocarla—. Todo el campus lo sabe.

No admitiría que es atractivo ni en un millón de años.

¿Me había hecho algo el imbécil Hardaway? De hecho no, pero algo en él no me caía bien. La forma en que me miraba en los pasillos, con una mirada gélida, como si todos fuéramos cucarachas y él estuviera por encima

Bueno, soy una Salvatore, soy demasiado orgullosa como para que alguien debajo de mí me mire así.

—Un imbécil ardiente —Penny rió, dándole un trago a su cerveza —. Vamos, Maddie. No me digas que no te parece sexy. Ese aire de «te voy a arruinar la vida» que tiene es… atractivo.

—¿Atractivo? —Repetí sonriendo y ella asintió—. De acuerdo debemos evaluar tu uso de adjetivos…

—Maddox…

—Y definitivamente tu gusto por los hombres.

—Vamos —me dio un ligero empujón con su cadera sin dejar de

reír—. Admite que es atractivo, además no deja de mirarte en el campus…

Lo miré de reojo. Max llevaba el cabello castaño revuelto y una camiseta negra que se ajustaba a sus hombros anchos, revelando los tatuajes que trepaban por su brazo. Tenía ese brillo peligroso en los ojos, una mezcla de confianza y desprecio por el mundo. Era el tipo de hombre que te devoraba y luego olvidaba tu nombre.

Era un rotundo no.

Quizás por eso mismo me llamaba un poco la atención, nadie nos decía que no a los Salvatore.

Mierda.

—Si me acercara a él ahora mismo, no sabría ni quién soy —dije, más para convencerme a mí misma que a ella.

Penny sonrió con malicia.

—Reto aceptado.

—¿Qué? No.

—Maddie, por favor. Necesito que James vea que no he venido sola. Necesito refuerzos.

—Penny tú no necesitas refuerzos.

Formó un mohín con sus labios.

—Hazlo por mí. Código de mejores amigas.

Traté de clavar mis tacones en la arena, pero ella ya me estaba arrastrando hacia el centro del huracán.

Hacia él.

CAPITULO 3
MADDOX

El aire en la playa de Chicago era una mezcla densa de sal, sudor juvenil y alcohol barato, pero en el momento en que mis ojos chocaron con los de él, el oxígeno simplemente se evaporó.

Cometer un error es humano. Cometerlo sabiendo que te va a destruir es puramente masoquista. Y ahí estaba yo, de pie frente a Max Hardaway, sintiendo cómo su indiferencia me golpeaba con la fuerza de una marea gélida. Sus ojos marrones no solo me ignoraban; me borraban del mapa.

¿En serio no sabe quién soy?

La pregunta golpeó las paredes de mi mente, cargada de una ironía amarga.

En realidad, no debería sorprenderme. En este mundo era un fantasma. Maddox Salvatore no existía oficialmente, pero si su alter ego: Maddox Müller.

La mayoría conocía a Levi Salvatore como el magnate de los coches de lujo, el epítome del éxito legítimo de Chicago. Pero bajo el asfalto de la ciudad y su sonrisa de niño bueno, mi padre era Sky Dragon, el soberano de la red criminal conocida como Draghi. Y yo era su secreto mejor guardado. La princesa oculta en una torre de cristal que, por alguna estúpida razón, hoy había decidido bajar a la arena.

Por alguna razón no, por culpa de mi padre.

Levi Salvatore me voy a cobrar esto, pienso.

¿Tenía sentido que Máximo Hardaway no tuviera idea de quien era? Sí. ¿Eso hacía que molestara menos? En absoluto. Después de

todo, compartimos clase.

Aunque participaba menos de lo que me gustaría admitir... Pero ¿Cómo demonios no se había percatado de mi existencia? Una furia caliente y vergonzosa comenzó a trepar por mi columna. Yo tenía un expediente mental sobre él.

Sabía que era uno de los soldati más prometedores de mi padre, una sombra eficiente y letal. Pero para él, yo parecía ser menos que el polvo bajo sus botas.

Mierda, sabía cuándo era su cumpleaños.

Le di un trago largo a mi cerveza, dejando que el amargor distrajera el nudo en mi garganta.

Penny, por el contrario, era una fuerza de la naturaleza. Si existía una persona que no necesite de refuerzos para enfrentar a su crush era mi mejor amiga. James pareció dudar un segundo antes de que una sonrisa ladeada transformara su rostro. Estaba atrapado y lo sabía.

Sonreí detrás del plástico rojo, al menos una de las dos tendría una buena noche.

Contrario a su amigo, Máximo solo buscaba huir de allí. Su frustración era palpable, una energía vibrante que me erizaba los vellos de los brazos.

Me di la vuelta para marcharme, lista para hundir mi orgullo en más alcohol, cuando la voz de James me detuvo en seco.

—Maddox, ¿cierto? —James ladeó la cabeza, su sonrisa era una mezcla de diversión y algo que no supe descifrar—. Teoría del Delito. Tu trabajo sobre el crimen organizado en Chicago fue… revelador. Casi pareces una experta.

La ironía me quemó la lengua.

Si supieras, James.

¿Cómo olvidar cuando Levi leyó mi trabajo? Se molestó tanto que casi llama a su informático de confianza para eliminarlo de la base de datos de la universidad. Pero lo convencí de no hacerlo, fue una pequeña victoria, una pequeña rebeldía demasiado inocente.

—Gracias —murmuro con una sonrisa—. Un tema interesante, sí.

—A Max también le pareció fascinante, ¿verdad, Max? —Insistió James, dándole un empujón a su amigo.

Max se tensó. Sus ojos se clavaron en mí por una milésima de segundo, una chispa de algo oscuro y volátil saltando entre nosotros antes de que volviera a ponerse su máscara de piedra.

—Ah. Eres tú —murmuró. Su voz era un barítono bajo, cargado de un desprecio tan puro que me cortó la piel.

¿Era acaso un imbécil con todo el mundo o tenía un problema conmigo?

Nunca tuve tantas ganas de tomar mis guantes de boxeo y usar su estúpida cara para practicar.

—Claro que es ella, Maddox no es un nombre común por aquí —le dio un empujón divertido—. Recuerdo incluso que dijiste que te resultaba interesante.

Debí contenerme para no girar a ver a Penny, pero podía sentir los ojos de mi mejor amiga sobre mí con intensidad. Sé lo que piensa y también sé que está equivocada.

Al final, la curiosidad pudo conmigo y desvié mis ojos hacia ella. Alcé una ceja al ver lo que quería decirme con su mirada y su sonrisa: «¿ves? No eres tan invisible para él». Contuve el aire en mis pulmones por unos segundos.

James parecía claramente divertido ante la situación en la que dejaba a su amigo, quien se notaba incómodo y con muchas ganas

de asesinarlo. De hecho, le dedicó una mirada que estaba segura de que podría matarlo si fuera posible.

A mí me revolvía el estómago de una forma que no comprendía el pensar que quizás me equivocaba y solo fingía no saber quién era. Aunque quizás era producto del alcohol que consumí sin cenar antes.

—¿Interesante su tema de investigación? —Mi mejor amiga preguntó con burla.

—Oh, no —respondió James—. Su nombre.

Tragué saliva.

—Sí, lo recuerdo —dijo luego de un rato Max, la voz le salió un poco más ronca mientras me observaba de pies a cabeza—. Interesantemente aburrido —murmuró antes de alejarse.

Ah sí, porque llamarte Máximo era totalmente interesante y divertido.

El insulto fue como una bofetada. Penny me lanzó una mirada que gritaba: «¡Te conoce!», Pero yo solo sentía el sabor de la bilis.

—Descuida —susurró James al pasar por mi lado, siguiendo a un Max que ya se alejaba a zancadas—. Suele ser un imbécil cuando algo le pica la curiosidad.

Me dejó ahí, con el corazón martilleando contra mis costillas. Penny saltó sobre mí, emocionada, pero yo solo podía ver la espalda de Max perdiéndose entre la multitud.

Im-be-cil.

Si tan solo tuviera mi Mossberg...

—¿Quien demonios se cree este estúpido? —Digo en voz baja.

—Es un bad boy, Maddie. Tienen que ser así —insistió ella mientras me arrastraba hacia la barra improvisada.

—Es un idiota con complejo de superioridad, Penny. Hay una gran

diferencia.

Me dejé conducir hacia la barra improvisada por mi mejor amiga, para ese momento de la noche y con toda la vergüenza que acababa de experimentar me dejaría arrastrar hacia cualquier lugar si pudiera olvidar la indiferencia del imbécil Hardaway.

¿Que por qué me molestaba tanto? No tenía idea pero lo hacía.

O si la tengo. Y es el hecho de que sé que no le hice nada para ganarme su odio o hastío. Si le resulto tan indiferente, ¿por qué parece que soy la peor persona en la faz de la tierra para él?

Penny parece concentrada en preparar un trago para ambas mientras tararea una canción que suena por los altavoces. La playa parece haberse llenado más con el correr de los minutos, la luna estaba inmensa y llena, iluminando todo el lugar que no necesitaba de luces artificiales. Acepto el vaso de plástico que me pasa mi mejor amiga y debo contenerme para no vomitar el contenido allí mismo. Sobre mis zapatos de diseñador.

—¿Qué mierda es esto?

Penny hace una mueca de incomprensión y toma el vaso para llevárselo a sus labios, ahora es ella la que está al borde de arruinar sus sandalias color plata. Contengo la risa.

—Te juro que creí que era vodka y jugo de naranja —hace una mueca de asco— Puag... ¿Cómo puede ser tan asqueroso?

—Tu vives de fiesta, deberías saber hacer un maldito trago…

—¡Hey! Eso no es justo, tú...

—No deberían mezclar vodka con licor.

Una segunda voz masculina nos hace girar.

Frente a nosotras hay un pelinegro absolutamente atractivo y del que no recuerdo haber escuchado jamás.

—Si quieren les puedo compartir…

—¿Y tú de dónde demonios saliste? —Abro los ojos como platos y le lanzo una mirada a Penny, pero mi mejor amiga ni siquiera me registra. La pelirroja tenía dos estados cuando se emborrachaba: un hobbit agresivo o un hobbit tierno. Había elegido el camino de la violencia, estaba bastante claro—. Si piensas que aceptaremos el trago de un desconocido…

—Penny —dije entre dientes.

—Luc. Me llamo Luc —contestó con una sonrisa y nos enseñó una fila de dientes blancos perfectos y relucientes. ¿Cómo es que tenía una sonrisa tan linda? —. Y, por si no lo recuerdas porque estás muy borracha, compartimos una clase.

Penny, que hasta ese momento tenía las manos en su cintura y le dedicaba una mirada fulminante pareció cambiar de opinión.

—Oh, sí. Te conozco —dio un pequeño salto—. Eres el genio en economía y estadística. ¿Me ayudas con el examen?

—¿Examen? ¿De verdad? —La interrumpo y se encoge de hombros. Luc se ríe con diversión y nos dedica una mirada curiosa a ambas—. ¿En una fiesta?

—Bueno, puedo aprovechar…

—Eres increíble —niego—. Luego yo soy la extraña...

—Nunca te llamé extraña, solo digo que eres aburrida.

Pongo los ojos en blanco.

—No puedo ayudarte ahora —la voz del pelinegro vuelve a aparecer y vemos como se rasca la nuca pensativo—. No en un lugar como este. Pero puedo darte mi número y me escribes en la semana…

—¡Genial! —La pelirroja le extiende su móvil con la pantalla iluminada por su número y Luc lo anota rápidamente— ¿También quieres el de Maddox?

—¿¡Qué!?

Las mejillas del pelinegro se tiñen de rosado.

Tercer estado de Penny borracha: hobbit casamentero.

—¿Qué? —Pregunta Penny con inocencia—. Quizás también…

—Penny —digo entre dientes—. Perdónala, está borracha…

—Bueno, tampoco dijo una mentira —se encoge de hombros y trago saliva con fuerza. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? —. Pero está claro que Maddox no quiere darme su número…

—Si quiere —responde Penny.

Definitivamente voy a asesinar a mi mejor amiga. Listado de personas a las que asesinaré: Levi Salvatore por hacerme venir a esta fiesta; Máximo Hardaway por ser un imbécil; Penny Ann Hill por darle mi número a un extraño.

Un extraño atractivo y con linda sonrisa.

Luc me dedica una sonrisa y niega.

—No creo que eso sea lo que quiera —lo veo acercarnos un vaso de plástico lleno de líquido naranja, Penny lo toma olvidándose que un par de minutos atrás lo miraba con desconfianza—. Pero quizás en un futuro sí.

Me guiña un ojo antes de alejarse.

¿Qué…?

— ¡Penélope! ¿Qué demonios fue eso?

La pelirroja pone los ojos en blanco al escuchar su nombre de pila.

—Oye —Penny alza ambas manos, balanceando el vaso con un descuido que casi lo hace volcar—. Estabas ardiendo por dentro porque Max te trató como si fueras aire...

—¿Disculpa?

Hago una mueca de incredulidad.

—¿Acaso me equivoco?

—Por supuesto —me cruzo de brazos—. Máximo no podría importarme en lo más mínimo.

—No tenía idea de que Max era por Máximo —dice en un susurro mientras camina a mi lado—. Interesante, ¿es italiano?

—¿A quién demonios le importa? —Murmuro.

—Bueno, quizás a ti. Ya que sabes su nombre de pila...

—No me interesa —digo entre dientes.

—Y estabas molesta porque te ignoró...

—¡No estaba molesta! —Solté de inmediato. Demasiado rápido. El tono defensivo me delató. Me aclaré la garganta, forzando una máscara de indiferencia que sabía que no la engañaba—. Simplemente no me interesa su actitud.

Penny alza una ceja y puedo ver su sonrisa divertida detrás del vaso de plástico.

—Claro. Por eso parecías a punto de estamparle la cerveza en su cara perfecta.

—No tengo idea de qué hablas —murmuro.

—Maddox...

—Bueno, quizás lo estaba. Un poco. Solo un poco —admití, sintiendo el pinchazo de la irritación bajo mi piel—. Pero es porque es un imbécil.

—Un imbécil jodidamente atractivo.

Puse los ojos en blanco y la tomé del brazo, arrastrándola hacia la pista de baile para escapar de la mención de su nombre. Pero Penny no soltaba a su presa.

—Y jodidamente bueno en la cama, según comentan...

—No lo entiendo, Penny —ella alza una ceja— ¿Cuál de los dos es el que te quieres llevar a la cama? ¿James o Max?

—James, sin duda —respondió ella, dando un sorbo lento a su bebida, cerrando los ojos con deleite—. Esto sí es vodka de verdad —murmuró—. ¿Que si Max es guapo? Sí. Pero no soy tan estúpida como para meterme en su radar. Es una zona de peligro.

—Exacto. Porque es un imbécil...

—No —me interrumpió, y su expresión se volvió extrañamente seria—. Porque hay cientos de chicas en esta fiesta intentando llamar su atención, y él solo tiene ojos para ti.

Me detuve en seco. Los tacones de mis plataformas se hundieron en la arena, anclándome al suelo. Penny alzó una ceja, esa chispa de diversión cruel bailando en su mirada mientras se mordía el labio.

—No digas estupideces, Penny.

Hizo un gesto sutil con la cabeza hacia la derecha. Mi traicionero instinto me obligó a seguir su dirección hasta que mi visión fue capturada por un par de ojos color chocolate. Mi respiración se atascó en mis pulmones. ¿Se le había movido la nuez de la garganta? ¿Acaso Máximo acababa de tragar saliva al verme?

James estaba a su lado, hablando sin parar, pero Max no le prestaba ni la más mínima atención. Su mundo se había reducido a un solo objetivo. Sus ojos recorrían cada centímetro de mi cuerpo con una intensidad que me hizo sentir desnuda bajo la luz de la luna. Me analizó los labios, los ojos, la curva de mis hombros, con una fijeza casi depredadora.

¿Qué demonios le ocurre?

Mi corazón comenzó a golpear mis costillas, un tambor salvaje y desbocado. Odiaba que tuviera ese poder sobre mí cuando nuestra única interacción había salido tan mal por su culpa. Lo que me resultaba más inquietante no era su atención, sino la oscuridad que emanaba de ella. A la distancia, ya no era el chico indiferente. Ahora

era un cazador.

¿Por qué se alejaba de mí si me miraba como si quisiera devorarme?

—Invisible, ¿verdad? —La voz burlona de Penny me devolvió a la realidad.

Me tomó del brazo y me arrastró hacia el caos de la música y los cuerpos sudorosos. Lo último que vi antes de que la multitud me tragara fue a Max. Su mandíbula se tensó tanto que pareció que iba a romperse. Lanzó el vaso de plástico al suelo con una violencia contenida y se dio la vuelta, alejándose de la fiesta como si necesitara escapar de la tentación de venir por mí.

CAPITULO 4
MADDOX

Puedo dormir en tu casa? —Balbuceó Penny, dejando caer su peso muerto sobre mi hombro—. Mi madre me va a crucificar si me ve así.

Intento poner los ojos en blanco pero se vuelve una tarea difícil coordinar mis movimientos. Ultima vez que bebo sin cenar, aunque Levi me haya dado permiso.

—Dudo que su castigo sea peor que la mirada de Levi —respondí. Mi propia voz sonaba lejana, distorsionada por el alcohol que aún corría por mis venas. El mundo se mecía suavemente bajo mis pies.

Penny intentó replicar, pero un hipo interrumpió su frase y terminamos envueltas en una carcajada histérica que cortó el aire frío de la noche. El verano se estaba muriendo y la brisa marina me erizó la piel, recordándome que la libertad siempre tiene fecha de caducidad.

—¿Penny?

La voz de James cortó nuestra risa. Estaba apoyado contra el capó de su coche, una sombra rubia y pulcra en medio del estacionamiento improvisado. Las farolas parpadeaban, arrojando una luz amarillenta y enfermiza sobre nosotros.

Penny se enderezó al instante, transformando su ebriedad en una dulzura que me hizo rodar los ojos.

—¿Vienes conmigo? —Preguntó él.

Ella no lo dudó. Soltó mi brazo como si quemara y se lanzó hacia él. Me quedé allí, de pie, sintiendo el vacío repentino.

—Oigan —reclamé, plantando las manos en mis caderas mientras el mareo me daba un pequeño aviso—. ¿Y qué hay de mí? ¿Me van a dejar aquí tirada?

—Maddox —dijo Penny entre dientes.

—Tú me obligaste a venir a esta estúpida fiesta...

—De acuerdo te pediré un Uber, Maddie —dijo Penny, ya subiendo al asiento del copiloto y dedicándome una mirada de advertencia.

—¿Un Uber? —La indignación me sobrio un poco—. ¿En serio?

—Max puede llevarte —intervino James con una calma que me dio escalofríos—. Está por aquí cerca.

Mi corazón dio un vuelco errático, pero me apresuré a poner una máscara de hierro.

—Eso no estaría mal —la pelirroja alza ambas cejas—. ¿Qué dices? ¿Puedes llamarlo, James?

—Oh, no. Ni muerta —me apresuré a decir—. Un Uber suena a paraíso comparado con su compañía.

James dejó escapar una risa.

—No seas tan cruel, Maddox.

—En su defensa —dijo Penny—. Él fue un idiota.

—Cierto —coincidió y noté como le guiñaba un ojo a Penny antes de verme—. Pero puede compensarlo, si lo llamo...

—¡Ni hablar! —Me apresuro a decir—.Vete, Penny. Mañana hablamos —le hice un gesto con la mano, girando sobre mis talones antes de que pudiera protestar.

Caminé hacia la carretera principal. Mis plataformas se enterraban en la arena y la gravilla, haciendo que cada paso fuera una lucha. Mi casa no estaba lejos, pero caminar sola a estas horas era romper la regla número uno de mi padre. Saqué el teléfono para pedir el maldito transporte, pero la pantalla permanecía negra.

—Mierda —gruñí, presionando el botón de encendido con desesperación—. Mierda, mierda, mierda.

Muerto. Como mi sentido común.

Me detuve, mirando a mi alrededor. En algún momento me había desviado y la calle estaba desierta, flanqueada por árboles que parecían garras contra el cielo nocturno.

No debería preocuparme porque estoy dentro del limite, siguen siendo las calles controladas por Draghi, como la mayor parte de Chicago. Pero salir sin mi Mossberg me hacía sentir desnuda.

El silencio era absoluto, hasta que dejó de serlo.

Un rugido mecánico desgarró la calma. Una luz blanca y cegadora me golpeó de frente, obligándome a cubrirme los ojos. El motor rugió una última vez antes de detenerse a escasos centímetros de mí.

El hombre sobre la bestia de metal se quitó el casco con un movimiento fluido.

Máximo Hardaway.

Por supuesto, mi día de suerte, pensé con ironía.

No había rastro de la diversión de la fiesta. Solo esa expresión gélida, sus ojos chocolate reducidos a dos rendijas de puro fastidio.

—Sube —ordenó.

No fue una invitación. Fue un mandato de alguien que no está acostumbrado a escuchar un «no».

El problema era que estaba ebria y demasiado molesta por ser un maldito imbécil y arrogante.

—¿Qué?

Max apretó la mandíbula. Pude ver el músculo de su cuello tensarse. Estaba perdiendo la paciencia y un Max sin paciencia era un territorio peligroso. Casi tan peligroso como un Salvatore enojado.

Tragué saliva.

—Sube a la maldita moto, Maddox —repitió, extendiéndome el casco—. No me hagas decírtelo una tercera vez.

—No, gracias —le di la espalda, fingiendo una seguridad que no tenía—. Mi Uber llega en tres minutos.

—Mentirosa —su voz, un barítono bajo y rasposo, me golpeó la nuca—. Sé que no vendrá ningún Uber. Deja de jugar y sube.

No debería estar disfrutando esto, sacarlo de quicio y no hacer lo que ordene. Pero no podía evitarlo. Es una lástima que a esta Salvatore le guste jugar con fuego y… sí, verlo irritado porque nadie hace lo que él ordene es demasiado divertido.

—No es necesario —hice un gesto con mi mano restando importancia mientras daba un paso.

—Maddox —dijo entre dientes.

¿Por qué tiene que decir mi nombre como si fuera una maldita orden?

—¿Por qué te importa tanto? —Me giro y me cruzo de brazos—. Hace un minuto no tenías idea de quién era.

—Maddox —repitió sin una pizca de diversión.

—¿Quien diría que ahora sabes como me llamo? —Pongo mis manos en mi cintura—. ¿O es que eres estúpido?

—No puede ser —murmura y pasa una mano por su cabello despeinándose más con irritación—. ¿Es tan complicado que hagas lo que te dicen?

—Mmh —finjo pensar un poco—. Digamos que no me interesa lo que diga un estúpido arrogante como tú.

—¿Arrogante? —Sus labios se curvan en una sonrisa y niega— ¿Que ocurre, princesa, molesta porque alguien no cae a tus pies tan fácilmente?

¿Qué?

—No me llames así —digo entre dientes—. Y no se de donde sacas esas estupideces...

—Digamos que pareces ese tipo de persona.

Pongo los ojos en blanco.

—Vete al diablo, Máximo —me giro y lo mando al diablo con mi dedo medio.

Escucho el rugir de la motocicleta y pese a lo que creí, no pisa el acelerador, al contrario, se acerca a mi lado despacio. Alzo una ceja en su dirección.

—Deja de jugar y sube —su voz bajó un tono—. Anda.

—¿Por qué te interesa tanto como regrese a mi casa?

—No me importa —escupió—. Pero si te pasa algo, James no dejará de molestar y Penny me hará la vida imposible. Muévete.

Suspiré.

Por supuesto que mi mejor amiga no dejaría pasar la oportunidad de enfrentarme con este arrogante que en lugar de hablar como una persona normal dictaba órdenes como un maldito rey.

¿Debería molestarme que me hablara así? Claro que sí.

Y, sin embargo, la forma en que daba órdenes me encajaba demasiado bien bajo la piel. Era familiar. Cómoda.

Un reflejo oscuro de todo lo que siempre había conocido.

Me gustaba.

Lo admití con una mezcla de vergüenza y hambre, como si ese gusto fuera una herida que me negaba a cerrar.

¿Pero qué carajos estás haciendo?, me reproché.

Sacudí la cabeza, desesperada por expulsar esas ideas peligrosas antes de que echaran raíces. Esto no era nada. No podía ser nada.

Solo un favor. Un encargo de mi mejor amiga que el imbécil quería sacarse de encima. Nada más.

Recuerdo la forma en que me observó en la fiesta y la furia me sube al pecho de golpe, espesa, caliente, desplazando al miedo. Antes de pensarlo demasiado, me di vuelta, le arranqué el casco de las manos y me lo encajé con más brusquedad de la necesaria.

Me subí a la Harley.

El motor rugió bajo mi cuerpo y la vibración me atravesó sin pedir permiso, subiéndome por los muslos. Tragué saliva. Era una sensación cruda, animal. Estaba acostumbrada a los coches de lujos de la empresa de Levi, una motocicleta no se sentía mal.

—¿Y ahora? —Le grité por encima del ruido—. ¿Ahora sí sabes mi nombre?

Sentí su mirada incluso antes de escucharlo. No necesitó alzar la voz.

—Difícil olvidar el nombre de alguien que se esfuerza tanto por no existir —murmuró.

No estaba segura de si debía haberlo oído.

Pero lo hice.

No sabía dónde poner las manos. Me quedé rígida, intentando no tocarlo, hasta que llegamos al primer semáforo. Max lanzó un suspiro irritado, soltó el manubrio y, con un movimiento brusco, tomó mis manos y las obligó a rodear su cintura. Su cuerpo era puro músculo, una pared de granito bajo la chaqueta de cuero. El calor que emanaba de él me envolvió, asfixiándome. Entrelacé mis dedos sobre su abdomen, sintiendo cada una de sus respiraciones.

Diez minutos después, la motocicleta se detuvo frente a los muros de mi casa. Bajé casi antes de que frenara, arrancándome el casco. Quería huir antes de que los guardias de mi padre notaran quién me traía.

Max apagó el motor y se quedó observando la fachada de la

mansión. Una sonrisa torcida y amarga apareció en sus labios.

—Vives en un maldito castillo —murmuró.

Le dedico una mirada confundida.

—¿Qué?

—Tenía mis dudas —asintió—. Pero al final tenía razón, eres una princesa.

—¿De qué hablas? —Pregunté, sintiendo que el aire se volvía pesado.

—El castillo de la princesa —señaló la casa con un gesto despectivo—. Te esfuerzas mucho, Maddox. Ese disfraz de chica ordinaria, la ropa holgada, la mirada baja... Es casi tierno.

Mi cuerpo se tensó. El alcohol se evaporó por completo, reemplazado por una alerta roja. Otra vez volvía a ser el Máximo arrogante e imbécil que solo me daba ganas de golpear o usar de saco de boxeo.

—Eres un princesa, ¿cierto? —Susurró cerca de mi rostro.

—Deja de llamarme así —golpeo su pecho con su casco y él deja escapar una risa— ¿Crees que me conoces por ver dónde vivo?

—No necesito conocerte. Eres un prototipo —se inclinó hacia delante, invadiendo mi espacio personal incluso desde la moto—. La niña rica que juega a ser rara e incomprendida para que mami y papi le hagan caso entre reunión y reunión. ¿Es eso? ¿O es tu forma de llamar la atención de tipos como yo?

Apreté los puños. Sus palabras eran cuchillas diseñadas para diseccionarme y no tenía idea a qué venia ahora su actitud.

—¿Por qué querría la atención de un imbécil como tú?

Vuelve a sonreír, sus labios se curvan de forma traviesa y se acerca con su mano hasta que la yema de sus dedos acaricia mi mejilla.

—No eres más que una niña malcriada jugando a las casitas en un mundo que te comería viva en un segundo —continuó, su voz destilando un veneno que no entendía—. Dime, cuando cruzas esa puerta, ¿te quitas ese disfraz de estudiante aburrida y te pones la corona?

Listado actualizado de personas a las que quiero asesinar: Máximo Hardaway, porque es un imbécil arrogante. Aunque ya se encontraba en la lista, ahora es el que la encabeza.

No debería afectarme que me hable de esa forma, era un idiota más. Un estúpido que creía conocerme solo por saber donde vivo, solo por ver la mansión Salvatore. Aunque sé que de saber de quien es este lugar y quien es mi padre no me hablaría así.

Y quizás, no es eso lo que me molesta. Si no la verdad que ocultan sus palabras. La razón que hay en ellas, aunque él no lo sepa. Pero yo sí. Porque es cierto, no soy más que una farsante en mi propia vida, un fantasma que engaña a todos, incluso a su mejor amiga. Una mentirosa experta en una doble vida de la que no puede salir.

Una chica encerrada en una jaula de cristal que solo debía ser invisible.

Podría haberlo golpeado. Sabía exactamente dónde golpear para romperle la nariz. Era experta en combate cuerpo a cuerpo, podría haberlo derribado en un segundo. Pero algo en su mirada, una mezcla de odio y una intensidad abrasadora, me detuvo. Max no me odiaba porque fuera aburrida. Me odiaba porque no podía dejar de mirarme.

El clic en mi mente fue casi audible.

Ladeé la cabeza y, por primera vez, le sonreí de verdad. Una sonrisa lenta, afilada.

—Para alguien que me considera una pérdida de tiempo, parece que has pasado mucho tiempo analizándome, Max —su expresión se

congeló—. Sabes qué ropa uso, sabes qué actitud pretendo tener... Vaya. Al parecer, no soy tan invisible para ti después de todo.

Sus labios se apretaron en una línea fina. Sus ojos brillaron con algo que se parecía mucho a la furia... O al hambre.

Me acerqué a él, invadiendo su territorio. Podía olerlo: tabaco, menta y ese aroma a peligro que solo tienen los hombres de mi padre.

—Ten cuidado, Hardaway —susurré cerca de su oído, dejando que mi aliento rozara su piel—. Porque con tanta atención, cualquiera diría que estás obsesionado conmigo.

Me alejé sin esperar respuesta, caminando hacia la entrada con la cabeza alta.

—Malcriada —lo escuché gruñir a mis espaldas.

CAPITULO 5
maximo

Las primeras impresiones son el arma más eficaz en mi mundo. Si proyectas debilidad, estás muerto. Si proyectas duda, te devoran. Mis padres solían decir que la imagen lo es todo, pero en las calles de Chicago, la imagen es solo el envoltorio de la violencia.

Yo era un experto en crear la fachada perfecta. Así es como sobrevivía, cómo mantenía mi posición y cómo aseguraba que nadie viera las grietas en mi armadura.

Por eso, cuando Matthew me llamaba, mi propia vida pasaba a un segundo plano. No se le dice que no al hombre que mantiene el orden en el caos, incluso si eso significa sacrificar las pocas horas de normalidad que me quedaban en la universidad.

Lo primero que había aprendido cuando comencé en Draghi fue la regla más importante: nadie le dice que no a Sky Dragon.

Se suponía que este semestre iba a ser diferente. Se suponía que debía aprobar Teoría del Delito para mantener la farsa del estudiante ejemplar, el futuro criminólogo que mis padres soñaron alguna vez. Una mentira piadosa para cubrir el hecho de que mis manos ya estaban manchadas de sangre.

Pero mi plan de normalidad se fue al carajo en el momento en que puse un pie en el aula y mis ojos, de forma traicionera, buscaron a la rubia. Mentiría si dijera que no había esperado cursar esta materia con ella otra vez.

Maddox.

La observé mientras se deslizaba hacia uno de los últimos asientos.

Me irritaba. Me asfixiaba la forma en que fingía ser una sombra cuando nació para ser un incendio. Jugaba a ser una chica ordinaria con sus libros y su mirada baja, pero yo la había visto. Había visto su castillo. Ella no era una estudiante más; era una princesa envuelta en algodón de azúcar y secretos. Y si había algo que me hacía girar la cabeza era precisamente eso: los secretos de las personas. El conocimiento es poder, escuché muchas veces esas palabras. Y vaya que tenían razón: si sabes los secretos de las personas puedes controlarlos, puedes aplastarlos.

Yo quería saber los secretos que guardaba la princesa.

Nada me enfurece más que su farsa. ¿Cómo podía pretender ser invisible cuando su cabello rubio ceniza brillaba bajo los fluorescentes como si fuera oro puro? ¿Cómo podía creer que nadie notaba la tormenta turquesa en sus ojos? Maddox llamaba la atención de cada hombre en esta sala y yo odiaba que el mío fuera el primero de la lista.

—Para alguien a quien no le interesa, la estás devorando con la mirada —la voz de James me trajo de vuelta.

Me tensé.

—Cierra la boca, James.

Él sonrió, esa sonrisa de suficiencia que me daban ganas de borrarle de un puñetazo.

—¿Por qué no la invitas a salir y dejas de sufrir?

El considerar invitarla a salir estaba lejos de mi plan de vida normal. En un principio porque no me iba ese juego de salir con alguien. Yo no salía con personas, frecuentaba a algunas que ya conocía y ya.

Sin compromiso. Sin distracciones.

No había lugar en mi vida para cosas tan mundanas como salir.

—No es mi tipo. Y no estoy sufriendo.

—Claro. Y yo soy el Papa —suspiró haciendo girar el lápiz entre sus dedos—. Llevas días de un humor de perros y no has dejado de seguirla como un depredador.

Le di una patada en la espinilla, lo suficientemente fuerte como para que se callara cuando la profesora Martins comenzó la clase. Pero James no sabía cuándo rendirse.

—No podías apartar la vista de ella en la fiesta —susurró, inclinándose hacia mí.

—Eso no es cierto...

—Y casi matas a ese tipo cuando intentó bailar con ella. ¿También fue porque «no te interesa»?

—No me interesa…

—Te fuiste de esa fiesta en cuanto la vista bailando con otros…

—Me fui porque era aburrida —mentí entre dientes.

Iba a asesinarlo.

—Y volviste para llevarla a casa.

—Penny insistió…

—Penny solo te envió un mensaje, Max —me interrumpe—. No intentes engañarme...

—Señores Hardaway y Crim, ¿tienen algo que compartir con la clase? —La voz de la profesora cortó el aire como un látigo.

Me quedé helado. Detestaba ser el centro de atención en este entorno. Pero lo peor no fue la profesora. Fue sentir su mirada. Maddox, que siempre tenía los ojos pegados a sus apuntes, ahora me miraba. Sus ojos, esa mezcla imposible de mar y veneno, estaban fijos en mí. Mi cuerpo reaccionó al instante; mis músculos se tensaron, mi pulso se aceleró.

Mierda. ¿De dónde venían estas sensaciones?

James, el muy bastardo, decidió salvarnos.

—Le decía a Max que este semestre deberíamos trabajar con personas nuevas, profesora —soltó con una sonrisa encantadora—. Max estaba diciendo que le gustaría formar equipo con Maddox.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Pude imaginar el ceño fruncido de Maddox sin necesidad de mirarla. Quise estrangular a James ahí mismo.

—Oh, excelente idea —concluyó Martins.

Definitivamente iba a asesinar a James.

Pasé el resto de la clase con la pierna temblando bajo la mesa. Ansiedad. Furia. Una mezcla explosiva que solo Maddox lograba provocarme. Y esta vez no había hecho nada.

El problema era que tenía una misión esa noche, un cargamento de armas que supervisar y ahora tenía que lidiar con una princesa que me odiaba. Y no podía negarme a mi trabajo, si no quería que mi cabeza ruede por las calles de Chicago después de hacer enojar al Don.

Cuando la clase terminó, ella fue la primera en salir. No esperé a James. Salí detrás de ella, rastreándola por el campus hasta que la encontré. Me detuve en seco a mitad del pasillo atestado cuando la vi. Estaba con el imbécil de la fiesta.

Me acerqué, sintiendo cómo el aire a mi alrededor se volvía pesado. El tipo tenía una mano sobre los casilleros, invadiendo el espacio de Maddox de una manera que me hizo hervir la sangre.

—Tenemos que hablar —interrumpí, mi voz era un gruñido bajo.

Maddox me miró con una ceja alzada.

Si el desprecio fuera físico, yo estaría sangrando ahora mismo.

—Está ocupada, amigo —dijo Luc.

Lo miré, debí contenerme para no sacarlo de allí a la fuerza o romperle la cara de un puñetazo por estar cerca de Maddox.

¿Por qué me molestaba eso?

Alcé una ceja y usé la máscara de asesino que tanto me gustaba usar cuando estaba en una misión, lo miré lo suficiente para que sepa con el tipo de persona que está tratando.

—No soy tu amigo. Lárgate antes de que te haga desaparecer.

Luc tragó saliva, buscó apoyo en la mirada de Maddox, pero ella simplemente le hizo una seña para que se fuera. Cuando se quedó sola conmigo, no esperó. Empezó a caminar.

¿En serio debía hacerlo todo tan difícil?

—Tenemos que hablar, Maddox —repetí, siguiéndola.

Me sentía como un perro faldero y lo odiaba.

—¿Acaso tus neuronas no hacen sinapsis? —Soltó ella sin mirarme —. Habla mientras camino. Tengo clase.

—Escucha. Sobre el trabajo que debemos hacer...

—¿Debemos? —Se detuvo de golpe, girándose hacia mí.

Estaba tan cerca que pude ver las pecas que salpicaban la mitad de su rostro. Un detalle minúsculo, humano, que me desarmó por un instante. Me quedé atrapado en su mirada hasta que ella carraspeó, burlándose de mi silencio.

—Entonces de verdad tus neuronas no hacen sinapsis… —murmuró.

La fulminé con la mirada.

—Escucha, sé que no me soportas pero ya escuchaste a la Sra. Martins, debemos entregar un trabajo y hacerlo juntos.

Asintió lentamente, dándome a entender que comprendía.

—Entiendo, pero no me interesa —¿qué?—. Siempre hago mis trabajos sola, no planeo cambiar eso ahora.

Alzo una ceja.

Interesante...

—¿Cuanto dinero le dan a la universidad mami y papi para conseguirte esos permisos?

Noté un brillo en sus ojos verdes muy parecido a la furia, intente no sonreír pero el impulso fue más fuerte que yo. Maddox se inclinó hacia mí y ahora ella me dedicó una sonrisa arrogante.

—¿Otra vez al tanto de lo que hago y dejo de hacer? —Niega—. Esa obsesión tuya no te llevará por buen camino, Máximo...

—Vete...

—¿Sabes? Tengo un par de profesionales para recomendarte. Quizás puedan tratar ese problemita tuyo.

Me guiña el ojo y se da la vuelta dejándome con un par de insultos atragantados. La seguí y sin poder pensar bien en lo que hacía la tomé del brazo para llevarla a un lado, entramos a una sala vacía sin estudiantes ni profesores y una vez solos, la acorralé contra una pared.

—¿Qué estás…?

—Escúchame bien, malcriada —me le acerqué un poco—. No te soporto y no me soportas, quizás es lo único que tengamos en común pero no planeo reprobar. Así que debes hacer ese trabajo.

El espacio era pequeño. El calor que emanaba de ella me golpeó de frente. Sus ojos brillaban con una furia salvaje y lejos de arrepentirme por hablarle así solo pensaba en seguir provocándola.

—¿Debo hacer? —Dijo repitiendo mis palabras con enojo contenido—. Creí escuchar que era un trabajo en equipo…

Mierda.

—Sí, lo sé. Pero...

—Pero.... —Dice con burla—. No me interesa lo que tengas para decir.

Era una maldita princesa malcriada que le fascinaba sacarme de quicio.

Estaba cerca. Muy cerca. Peligrosamente cerca. Podía ver su pecho subir y bajar por la rapidez con la que respiraba, un mechón rubio ceniza cayó sobre su frente y tuve el impulso de acercar mi mano pero me contuve a tiempo.

¿Qué demonios ocurría conmigo?

Inhalé hondo, tratando de no dejarme embriagar por su perfume.

—Tengo un trabajo nocturno. Es... Complicado —aclaro mi garganta—. No tendré tiempo para esta estupidez de la universidad. Si lo haces por los dos, estaré en deuda contigo. Y yo siempre pago mis deudas, Maddox.

Fue una súplica disfrazada de amenaza. Ella me analizó, buscando la mentira, pero mi rostro era una máscara de piedra. Finalmente, asintió con una lentitud exasperante.

—Entiendo —murmuró.

Alcé la vista hacia ella, no bromeaba y no parecía a punto de discutir. Simplemente asentía despacio dándome a entender que comprendía lo que le decía y estaba de acuerdo.

—¿De verdad? —Murmuré.

—Sí, comprendo lo que dices —dijo con la voz baja, como un susurro.

No pude evitar relajarme.

¿En serio lo había logrado? ¿Luego de tratarla de princesa mimada y malcriada? Debía felicitarme.

—Te lo agradezco, en serio —suspiré—. Y estaré en deuda contigo, de verdad.

Deja escapar una risa y me pongo en alerta de inmediato.

—Te entiendo y no me importa, Máximo.

—Pero...

—Me hablas de tu vida personal pero... ¿Por qué asumes que me interesa?

—¿Acaso debes ser tan arrogante? —Digo entre dientes.

—¿Tú me llamas arrogante a mí?

—Sí —me inclino hasta que mi aliento y el suyo se mezclan. Noto como traga saliva y debo hacer un esfuerzo sobrehumano para que no note lo afectado que me encuentro también—. Eres una princesa malcriada y arrogante. ¿Estás acostumbrada a que todos hagan lo que tu digas?

—Ay, Máximo —susurra. Siguiendo mi juego—. ¿De donde sale tu obsesión? ¿Es porque te ignoré el primer día de clases o quizás no te presté la atención que un niño como tú desea?

Hace un puchero y solo pienso en borrarle esa expresión con mis labios. La detesto, no debería tener ideas de besarla cuando se está burlando de mí pero lo hago y no puedo evitarlo. Pienso en besarla con furia y enojo para que entienda lo niñata que es.

—Escuchame bien...

—No, tú escuchame bien —otra vez se inclina un poco más—. Me tratas como si fuera el polvo debajo de tus botas, como si fuera completamente invisible. ¿Sabes? No me importaría si al menos no me molestaras, pero el problema, Máximo, es que eres molesto.

—No es mi culpa que seas tan arrogante que me saques de quicio.

—Eres tan molesto que me persigues por todo el campus para pedirme un favor porque... ¿Por qué? —Duda con ironía—. Ah, sí. Un trabajo. Lo que sea, no me importa.

Estaba a punto de mandarla al diablo pero sabía que esta era una guerra de voluntades, el primero que se deje llevar por los impulsos pierde. Maddox parecía ser un experta en la ironía y el sarcasmo.

—Ya ves, princesa. No todos tenemos el dinero de papi para tener permisos como los que tienes tu —pone los ojos en blanco—. ¿O es que te follas a algún profesor?

No debí haber dicho eso.

Si sus ojos verdes pudieran asesinar, ya estaría agonizando en el suelo.

Trago saliva cuando noto como su expresión se transforma e intenta zafarse de mi agarre. Toma mi brazo con su mano con fuerza y me atrae hacia ella.

—Suerte inventando una buena excusa con Martins, imbécil.

Me empuja pero la detengo otra vez. Sus ojos echan chispas.

—Espera —pido entre dientes—. Lo siento, me pasé.

Admito esas palabras con un nudo en la garganta pero se que es la única forma de conseguir lo que quiero: que la rubia haga lo que le ordeno. Su mirada sigue siendo filosa pero su expresión pierde fuerza y acaba por regalarme una sonrisa de suficiencia.

Por supuesto. Sabe como provocarme para que acabe pidiendo disculpas.

—No era tan difícil, ¿cierto, cariño? —Dice con una ironía que me pone los pelos de punta.

Suspiro relajado cuando sé que he ganado a fuerza de disculpas y admitir errores. Me siento un imbécil pero hay algo más importante que una rubia malcriada que adora llevar la razón: la misión.

Me relajé, pero mi mano seguía en su brazo. Mis ojos bajaron hacia su rostro y luego, como si fuera un imán, hacia el tatuaje de serpiente en mi propio brazo que ella estaba observando con una intensidad extraña.

Maddox no miraba el tatuaje como los demás. Lo miraba como si pudiera leer el significado oculto, la marca de la mafia, la promesa de muerte. Mi respiración se volvió superficial. Por un segundo,

pensé que iba a tocarme. Quise que lo hiciera. Quise que sintiera el fuego bajo mi piel.

Pero en lugar de eso, me empujó con una fuerza sorprendente y salió del aula sin mirar atrás.

Me quedé allí solo, en la penumbra, con el corazón martilleando contra mis costillas. Esta noche tendría que enfrentarme a un cargamento de armas y a la furia de mi hermano, pero ahora mismo, el único peligro que me importaba era la chica que acababa de dejarme sin aliento.

CAPITULO 6
Maddox

En mi mundo, la libertad es una ilusión óptica. Una correa invisible que mi padre acorta a su antojo. A mis diecinueve años de edad ya debería estar acostumbrada, pero a veces la ilusión de libertad en la que vivo me hace creer que puedo controlarlo todo, incluso mi propia vida.

Miré la pantalla de mi teléfono y sentí esa familiar presión en el pecho. Mi agenda había sido alterada. De nuevo. No es una agenda normal; es un registro de vida al que Levi Salvatore tiene acceso total. Él decide cuándo entreno, cuándo estudio y cuándo se me permite fingir que soy una chica ordinaria con el apellido de una mujer que ve dos semanas al año.

Levi es un hombre extraño, no solo por ser el Don de la mafia, sino porque si fuera por él me la pasaría encerrada en la mansión. Cuando era niña una vez intentó que tuviera clases personalizadas en casa, pero me negué. Su idea de normalidad y pasar desapercibida es ser una prisionera. En parte lo soy, sé que vivo en una jaula de cristal, soy un arma que él pule a su antojo hasta que pueda empuñarme cuando sea su sucesora. Hasta que eso suceda para mi padre sería mejor que no saliera al mundo exterior, incluso no apoya mi idea de estudiar en la universidad.

Pero debí negociar ese permiso hace tiempo, con condiciones, por supuesto.

Si olvido registrar un café con Penny, Chicago se convierte en una zona de guerra. Tras la última vez que «desaparecí» por una tarde, la discusión sobre el rastreador GPS duró una semana. La agenda fue mi único compromiso para evitar llevar un chip bajo la piel como un animal de exposición.

Mis clases de boxeo de los lunes se habían movido al martes. Solo había una razón para que mi padre alterara mi rutina de combate: Matthew.

«—Matthew no está ahí para vigilarte, piccola. Está ahí para ser tu aire.»

Recuerdo las palabras de mi padre y suspiro. El aire a veces asfixia.

Comprendía la necesidad. Ser la única hija del Don de Chicago me convierte en el trofeo más codiciado de la mafia Draghi y en el blanco más fácil para sus enemigos. Por eso Matthew Hardaway es mi sombra desde que yo tenía once años y él era un joven de diecinueve con los ojos cargados de una pérdida que yo aún no entendía. Tras la muerte de sus padres, Levi los acogió, Matthew tenía dieciséis pero un par de años después le permitió conocerme y acabó siendo mi sombra. Él es el único que conoce mi rostro real, mi nombre real y el peso de mi corona invisible.

Caminé hacia casa, sintiendo ese hormigueo en la nuca que solo aparece cuando él está cerca. No necesitaba girarme. Podía olerlo: sándalo, pimienta negra y es nota metálica que conocía demasiado bien.

—Tu presencia hoy es especialmente densa, Matthew —dije al aire, con una sonrisa curvando mis labios.

Una risa baja, vibrante como un trueno lejano, rompió el silencio de la calle desierta.

—Ya deberías haber aprendido a ignorar a los fantasmas, Maddox.

Me detuve y dejé que me alcanzara. Matthew era una versión pulida y letal de su hermano menor. Mientras Max era un caos de impulsos, Matthew era un algoritmo de precisión. Su cabello castaño estaba perfectamente peinado, y sus ojos chocolate, aunque

idénticos a los de Max, poseían una profundidad abismal que parecía leer mis pecados antes de que yo los cometiera.

—Difícil ignorarte cuando no te separas de mí ni un segundo —respondí, desafiándolo con la mirada.

—Cuidado. Podría pensar que mi compañía te molesta.

—¿Y si fuera así?

—Entonces tendrías que buscar a otro que te traiga dulces prohibidos a las tres de la mañana cuando tu padre prohíbe el azúcar en la casa.

Me giré para fulminarlo, pero su expresión era de una calma exasperante. Matthew era mi cómplice silencioso, siempre lo había sido. Una vez, incluso lo obligué a comprarme tampones en medio de una misión de vigilancia. Apareció en mi ventana con la marca más cara del mercado y una expresión imperturbable. Si mi padre supiera que Matthew entra en mi habitación de noche para alimentarme con golosinas y secretos, su mano derecha perdería la cabeza. Literalmente.

—¿Estamos bien? —Susurró mientras caminaba a mi lado.

Otra vez el recuerdo de lo que sucedió antes de irme a Grecia.

—Tú dime, Matthew —me encojo de hombros intentando no parecer afectada—. Al menos ahora puedes mirarme a los ojos.

—No me gusta cuando te enfadas conmigo —lo veo arrugar la frente como si mi enfado hubiera sido un simple capricho—. Sabes que solo hago…

—Lo que el Don ordena, ya lo sé —lo interrumpo.

—No, lo que es mejor para ti.

Lo miro y él sostiene mi mirada, alzo una ceja.

—No sabía que lo mejor para mí era asesinar personas.

Pone los ojos en blanco.

—Nunca dije que lo asesiné.

Cierro los ojos y niego.

—¿Estamos hablando con esta liviandad de una muerte? —Murmuro más para mi—. Eres increíble…

—Repito, no asesiné a nadie —alzó ambas manos en señal de inocencia.

—¿Y qué ocurrió?

—¿De verdad quieres saber? —La respuesta a esa pregunta siempre es un sencillo «no». Pero esta vez fue demasiado lejos para ignorar lo que ocurrió. Mi expresión debe haberle indicado mi respuesta sin necesidad de palabras, se limitó a suspirar—. Le dije que si quería seguir respirando más le valía alejarse de aquí.

—¿Lo obligaste a mudarse de estado, Matthew? Eres increíble…

—Mejor dicho, de país.

—¡Matthew!

—¿Qué? Sabes cómo son las cosas aquí.

Trago saliva.

Claro que lo sabía. Eso no lo hacía más normal.

Lo miré por un segundo, observando cómo siempre estaba en alerta. No podía reclamarle nada, en realidad él hacía lo que Levi ordenaba y si seguía en una pieza sin estar en peligro nunca era por él.

Nunca tuvo que recibir una bala por mí, pero sé que lo haría. Sería capaz y lo creía con toda la seguridad del mundo. Quizás por eso no me podía enojar realmente con él, no cuando Levi ordenaba que rodaran cabezas de cualquier chico que me interese o se acerque a mí.

«No hay lugar para eso en nuestra vida, mia cara. Los Salvatore no perdemos el tiempo con las debilidades y las emociones como el

amor, aunque sea algo infantil, son defectos.»

Mis ojos se llenan de lágrimas al recordar la conversación que tuvimos hace dos años cuando intenté salir con un compañero de clases. Niego intentando apartar esos recuerdos, de nada me sirven ahora, me había endurecido los suficiente para no dejarme llevar por debilidades e impulsos.

—¿Hay una misión hoy? —Pregunté, bajando la voz.

El rostro de Matthew se transformó. La calidez desapareció, reemplazada por la máscara de hierro del segundo al mando de la Mafia Draghi. Soltó un gruñido de advertencia.

—No hagas esas preguntas en la calle, Maddox. Las paredes tienen oídos.

—Estamos solos, Matthew. No seas paranoico.

—Mi trabajo es ser paranoico para que tú puedas ser descuidada —se colocó a mi lado. Me sacaba casi dos cabezas de altura. Su presencia era una muralla de músculo y autoridad.

Mis ojos bajaron inevitablemente hacia su cuello. Allí, asomando bajo el cuello de su camisa de diseño, estaba la serpiente. El tatuaje que compartía con Máximo, pero que en él parecía más vivo, más peligroso. La tinta negra recorría su piel, perdiéndose hacia su pecho. Me pregunté, no por primera vez, cómo se vería ese tatuaje completo sobre la piel desnuda de su torso.

Tragué saliva, apartando el pensamiento.

Aunque mentiría si dijera que cuando era adolescente no había fantaseado con él. Era un buen estereotipo que a Penny le fascinaría: taciturno, malhumorado, de pocas sonrisas, alto, musculoso...

De acuerdo, quizás me fascinaría más a mí.

Matthew era el sol comparado con el eclipse que era Max. Max se dedicaba a recordarme cuánto me odiaba; Matthew se dedicaba a

asegurar que el mundo no me tocara.

Quizás era en parte mi culpa la forma en que Máximo me trataba, si era cierto que podía ser arrogante, me educó el mafioso más arrogante del mundo después de todo. Si a eso le sumamos que no tiene idea de quien soy en verdad... Quizás puedo entenderlo.

Pero no lo justificaría ni en un millón de años.

Quizás Matthew estaba condicionado a ser así conmigo por quien era mi padre, pero algo me decía que no era así. Y que, aunque Máximo sepa quien soy de verdad, jamás me trataría diferente.

Porque es un verdadero imbécil.

—¿Entonces? —Insistí cuando llegamos a la entrada de la mansión —. ¿Misión?

Él suspiró, observando los alrededores con esa vigilancia felina.

—Sí. Será una noche larga. Así que intenta no quedarte sin provisiones hoy, porque no estaré para atender tus caprichos.

Había diversión en su voz, pero también una advertencia.

El mundo de mi padre era agotador. Fingir que no sabía disparar, que no hablaba seis idiomas, que no sabía cómo armar una granada desde los quince años... Todo para mantener la fachada de niña normal. Y yo ni siquiera debía mancharme las manos de sangre, Matthew por su parte, lo hacía todo el tiempo. Debía ser agotador.

Me detuve en la puerta de rejas negras, observándolo caminar hacia su BMW negro mate. Podía sentir la presencia de Marcellino esperando del otro lado pero un impulso repentino me hizo hablar.

—¿Lo harías por mí? —Él se detuvo, con la mano en la puerta del coche—. Si te llamara en medio de la misión porque necesito algo... ¿La abandonarías?

Era una pregunta cruel. Una prueba de lealtad hacia el hombre

que le dio todo frente a la niña que lo veía como su único refugio.

Matthew se giró lentamente. Su mirada se volvió oscura, pesada, cargada de una intensidad que me hizo retroceder un paso. Por un momento, no fue el hermano mayor o el guardaespaldas. Fue un hombre mirando a la única cosa que le importaba en el mundo.

—Hay muy pocas cosas en este mundo que no haría por ti, Maddox. Abandonar una misión es la menor de ellas.

Mi corazón dio un vuelco. No por miedo, sino por la magnitud de su devoción.

Atravesé el jardín delantero con las mejillas encendidas y rogando que el guardia no se diera cuenta.

¿Por qué Máximo tenía que ser un imbécil, mientras que Matthew era... Esto?

CAPITULO 7
maximo

en Chicago, la eficiencia no es una virtud; es una moneda de cambio para seguir respirando. La misión en Riverwalk había sido impecable, un recordatorio de que los Hardaway éramos los mejores soldados que Draghi podría tener. Mi hermano, Matthew, se había encargado de cada detalle con esa precisión quirúrgica que me ponía de los nervios, pero el resultado era indiscutible: armas ilegales, dinero limpio y el Don satisfecho.

Una de las pocas cosas que me dejaban tranquilo: ver a Sky Dragon feliz y no a punto de asesinar a alguien.

Por eso, esperaba encontrarme con un Levi tranquilo, el Don calmo y satisfecho de siempre después de una misión. Me equivoqué, por supuesto. El ambiente en el despacho de Salvatore no era el de una celebración, sino más bien el de una ejecución inminente.

O una guerra a punto de estallar.

El aire estaba tan cargado de estática que el vello de mis brazos se erizó. Nos encontrábamos en el último piso de la torre más imponente de la ciudad, un templo de cristal y acero desde donde Levi gobernaba su imperio de coches importados de día y muerte de noche. Pero hoy, el Dios de Chicago no parecía un hombre en control.

Se parecía a un reloj de una bomba de tiempo que estaba cerca de llegar a cero. No sabría que hacer si eso ocurría.

Pasé la vista por todo el lugar, el despacho era amplio, con una alfombra roja que abarcaba todo el piso, un amplio escritorio de madera de roble, una biblioteca con libros, una pequeña mesa donde Will estaba sirviendo un vaso de whisky intentando hacer el

menor ruido posible, un sofá rojo oscuro como el vino donde Jace yacía desparramado con la vista fija en su móvil.

Jamás había visto a Levi Salvatore nervioso o alterado, pero ahora parecía a punto de estallar por un ataque de ira. Siempre lo había visto serio, enojado e incluso feliz, lo cual era retorcido si pensamos que las veces en que lo había visto así era cuando llevaba las manos manchadas de rojo.

A veces me resultaba increíble que el tipo sea padre. No podía imaginarlo en otro aspecto que no sea la imagen de mafioso que daba y la reputación de asesino que le precedía.

Siempre se dijeron muchas cosas de Levi Salvatore el Don de Draghi, en su mayoría sobre sus venganzas cobradas y los omertá rotos por socios que se había cargado uno a uno. Pero nunca se habla de su faceta de padre, en su mayoría porque nadie lo sabía.

Solo pocas personas de la organización tenían ese conocimiento, era la forma de que el Don controle el hecho de podía convertirse fácilmente en un blanco fácil. Aunque la familia Salvatore era terreno prohibido, incluso para alguien como yo, uno de sus mejores soldati, estábamos al tanto de que era padre.

Aunque siendo honesto, me importaba muy poco, después de todo, yo trabajo para el Don, no para el papá Salvatore.

El silencio se rompió gracias a la brusca entrada de mi hermano, Levi abrió ampliamente los ojos en su dirección y todos nos pusimos en alerta. Matthew hizo un gesto, una especie de negación que le resultó difícil al parecer.

Levi Salvatore, el hombre que no parpadeaba mientras apretaba el gatillo, estaba al borde de un abismo de furia pura.

—¿Dónde está? —Su voz se parecía más a un rugido contenido que hizo que el whisky en el vaso de Will vibrara.

Jace, desparramado en el sofá con esa falsa calma de depredador, ni siquiera miró su móvil cuando lo escuchó. Todos estábamos en alerta. Una regla no escrita en la organización: si el Dragón arde, todos nos quemamos. Más nos vale mantenerlo contento.

—No hay rastro de ella —dijo mi hermano.

Levi golpeó el escritorio de roble con una fuerza que habría fracturado los huesos de cualquier otro hombre. Sus ojos, antes de un verde gélido, ahora eran lava hirviente.

—¿Cómo demonios es posible, Matthew? —La voz del Don bajó una octava y noté a mi hermano nervioso—. ¿Donde estabas tú? ¿Qué era más importante que vigilarla?

—Levi, me pediste...

—¡No me importa! —Lo interrumpe— ¡Nada ni nadie es más importante que ella!

—Lo se —susurra mi hermano.

Alzo una ceja. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—¡Busquen en cada maldito rincón! —Sentenció Levi, su voz destilando una sed de sangre que me revolvió el estómago—. Si alguien la ha tocado, Chicago arderá hasta los cimientos —dijo entre dientes—. Si no la encuentran, no se molesten en volver. Yo mismo me encargaré de enviarlos al infierno.

Permanezco congelado cuando lo escucho hablar así.

¿Quién era «ella»? ¿Una amante? ¿Un cabo suelto?

No, pienso, Levi Salvatore jamás deja un cabo suelto, eso lo sé mejor que nadie.

No entendía por qué Matthew parecía tan personalmente afectado, hasta que el sonido de una discusión en el pasillo rompió el silencio, lo que provocó que todos llevemos la vista hacia la puerta pero nadie reaccionó, por el rabillo del ojo vi a mi hermano tensarse al escuchar la pelea de una mujer con quien sabía era un guardia de

seguridad.

Intenté agudizar mi oído para identificar la voz pero un segundo guardia se sumó a la pelea.

Antes de que alguien pudiera reaccionar la puerta del despacho se abrió de par en par y tragué saliva.

Maddox.

La rubia ordinaria de mi clase de la universidad entró como si fuera la dueña del maldito mundo. No había rastro de la chica invisible que se escondía tras los libros. Sus ojos echaban chispas y su postura era la de alguien que nunca ha tenido que pedir permiso para existir.

¿Estaba en una especie de pesadilla? ¿Acaso estaba viviendo una parálisis de sueño? ¿O me había despertado en otra dimensión?

No tenía sentido.

—¿Qué clase de jodido psicópata eres, Levi? —Le espetó, plantándose frente a su escritorio—. ¿Un operativo? ¿En serio?

El silencio que siguió fue sepulcral.

He visto a hombres morir por mucho menos que levantarle la voz al Don. Pero Levi Salvatore no sacó su arma. Al contrario, se hundió en su silla, exhalando un suspiro que sonaba casi a... ¿Alivio?

¿Era alivio lo que veía en los ojos del Don?

—No respondías —dice entre dientes—. Era imposible contactarte...

—Por Dios —suspira Maddox—. Eres increíble.

—¿Dónde demonios estabas? No contestabas el teléfono —gruñó él, aunque la amenaza se había evaporado.

—¿¡Hiciste todo este maldito escándalo por qué no respondía el teléfono!?

Pese a la voz de Levi, la rubia parecía poseída por una furia

ardiente.

—¿¡Y qué demonios esperabas que hiciera…!?

—¡No me grites, Levi! —La rubia le sostuvo la mirada y lo apuntó con un dedo acusador—. No soy uno de tus soldaditos, no te equivoques.

El silencio que siguió pareció durar horas, todos compartimos una mirada de confusión pero lo que captó mi atención fue la mirada de mi hermano. Sobre Maddox. ¿Era alivio lo que veía en los ojos de Matthew?

Definitivamente estaba sufriendo una parálisis de sueño.

—Estaba entrenando —Maddox parecía más calmada, solo un poco—. ¿Acaso no tengo permitido tener una vida fuera de tu control? —Maddox se giró hacia mi hermano—. Y tú, Matthew, deja de verme así. Me cambiaste el horario y se te olvidó mencionarlo.

Mi hermano y Levi compartieron una mirada intensa.

—No hice ningún cambio en tu agenda —la voz de Matthew es tan tensa y afilada que podría cortar el aire—. Espera... ¿Ayer fuiste a tu casa luego de la universidad por eso? —Maddox se limitó a asentir como si fuera una estupidez—. Tu teléfono ahora —ordenó acercándose, la rubia se lo extiende con una mueca y mi hermano comienza a teclear con rapidez—. Le diste el permiso a alguien más para acceder.

—¿Qué? —Maddox hace una mueca—. No. Eso es imposible…

—Es lo que aquí dice.

—Matthew, ¿a quién demonios le daría permiso…?

—Lo han hackeado —Levi parece pensar para sí mismo en voz alta —. Will, encárgate.

Es lo único que necesita decir para que mi compañero se acerque serio hasta Matthew y tome el teléfono, asiente y vuelve a alejarse.

¿Alguien puede explicar qué demonios ocurre? ¿Por qué Maddox

está aquí? ¿Quién demonios es Maddox?

Me quedé estático, observando la escena. Las piezas del rompecabezas chocaron en mi mente con la fuerza de un disparo a quemarropa. La forma en que ella se movía, el respeto casi reverencial que le tenía Matthew, el parecido físico que ahora resultaba insultante por lo obvio que era…

No podía ser. Tenía que existir alguna otra explicación. Maddox no se apellida Salvatore, recuerdo que la mencionan con otro nombre. Pero entonces, ¿qué significa esto?

Escucho a la rubia exhalar un suspiro y vuelvo a la realidad, la veo cruzarse de brazos a la altura del pecho y dedicarle una mirada de reproche a mi hermano.

—Entonces, ¿no tendré teléfono hasta...?

—No llores —dijo mi hermano rodando los ojos. Alcé una ceja—. Te conseguiré otro.

¿Mi hermano... acababa de hacer una broma? No, imposible. Matthew solo sabe comunicarse por medio de gruñidos, pocas palabras y miradas asesinas. Y Maddox... ¿acaba de sonreírle? ¿Qué demonios?

A mi jamás me había sonreído.

Porque eres un imbécil arrogante, me recuerda una voz en mi cabeza. Era cierto.

Jace le dedica una sonrisa que de tierna y dulce tiene muy poco.

—Entonces... ¿Esta es la famosa leyenda?

Levi se puso en pie recuperando su aura de poder, rodeo el escritorio con paso firme hasta llegar al lado de Maddox y puso una mano sobre su hombro.

En su mirada no había solo protección; había orgullo.

Un orgullo oscuro y peligroso.

—Les presento a Maddox Salvatore —anunció, y cada palabra se clavó en mi pecho como un puñal—. Mi hija y mi única heredera. Espero que el mundo la recuerde como Red Dragon.

Tragué saliva, sintiendo el sabor amargo de la bilis. Había pasado meses subestimándola. Mucho antes de hablar por primera vez, ya sabía que se trataba de una princesa, pero nunca pensé que una de este calibre. Había tratado a la princesa de la mafia como si fuera una distracción irrelevante.

Maddox no era una estudiante normal. Era mi jefa. Era la dueña de mi destino. Y mientras su mirada fría se cruzaba con la mía, una certeza se instaló en mi sangre.

La odiaba. La odiaba porque era intocable, porque me había engañado, se había burlado de mi y porque, a pesar de todo, mi cuerpo acababa de reconocerla como su única y más letal obsesión.

CAPITULO 8
maddox

Daría cada centavo de la fortuna Salvatore por enmarcar la expresión de Máximo Hardaway en este preciso segundo. Si pudiera, contrataría a un artista para que pintara su palidez, ese rastro de pánico puro que cruza sus facciones mientras su mundo se desmorona a mis pies.

Mantuve mi máscara de porcelana, mi perfecta cara de póquer, pero por dentro estaba saboreando cada gota de su humillación.

¿Pueden culparme?

El arrogante Máximo Hardaway, el hombre que me trató como a una basura malcriada y se burló de mi existencia insufrible, acababa de descubrir que la chica a la que despreciaba es la dueña del aire que respira.

Soy la hija de su Don. Soy su futura reina. Y el juego apenas comienza.

Un móvil comenzó a sonar y escucho la voz de Levi contestar mientras vuelve hacia su silla de terciopelo roja. Debía agradecer a mi padre por la presentación que había hecho, era en parte gracias a eso que el rostro de Máximo estaba tan blanco como el papel.

—Así que... Maddox, ¿eh? —La voz de Will Greymson me sacó de mi deleite.

Me giré hacia el castaño rapado y de ojos grises. Lo conocía demasiado bien, como si hubiéramos compartido momentos juntos, aunque no me era necesario. Él era el cerebro, el chico que podía desmantelar un país desde un teclado. Ahora sostenía mi móvil como si fuera un trofeo.

—Will Greymson —lo interrumpí antes de que empezara su acto

de seducción barato—. Experto en tecnología, el eslabón más joven y, según tu expediente, con una alarmante falta de filtro social.

Will me dedicó una sonrisa de dientes blancos, pero mis ojos ya estaban en el siguiente objetivo: Jace Fitz. El rubio me observaba con una fascinación que bordeaba lo peligroso. El tatuaje sobre su ceja se contrajo cuando su sonrisa se ensanchó.

—Jace Fitz —dije, acortando la distancia—. Entrenamiento militar de élite, experto en demoliciones. Podrías convertir este edificio en cenizas en sesenta segundos si te lo propusieras.

Jace hizo una inclinación que fue más una burla elegante que una reverencia.

—A sus órdenes, princesa.

Un gruñido bajo, casi animal, vibró en la habitación. No necesité girarme para saber que Matthew estaba perdiendo la paciencia. Matthew siempre estaba en un estado de combustión lenta.

Con una determinación que me quemaba la sangre, caminé hacia Max. Él me miraba con los ojos entrecerrados, buscando una grieta en la realidad, esperando despertar de esta pesadilla. Me incliné hacia él, invadiendo su espacio personal hasta que pude oler el rastro de tabaco y peligro que siempre parecía acompañarlo a todas partes.

—Máximo Hardaway —susurré, dejando que mi voz fuera una caricia letal—. El hermano menor. El soldado rebelde. Dime, Max... ¿Tú sirves para algo útil o sólo estás aquí para ocupar espacio?

Sus ojos ardieron en furia. Le regalé mi sonrisa más afilada.

—¿Qué pasa? ¿El gato te comió la lengua? —Me acerqué más, rozando su oído—. Ya sabemos que a las serpientes no les gustan los gatos.

Le guiñé un ojo y me alejé, dejándolo hirviendo en su propio odio. Lo había desafiado frente a sus iguales. Y él no podía hacer absolutamente nada. Había ganado un punto en nuestra guerra

silenciosa.

—Y por supuesto, el hermano mayor —señalé a Matthew sin mirarlo—. Mi niñera con esteroides.

Matthew resopló, cruzando sus brazos macizos sobre el pecho.

—¿Terminaste con el espectáculo, Maddox? —Su voz era un trueno sordo—. Es hora de llevarte a casa antes de que decidas declarar una guerra por diversión.

—¡Pero si apenas nos estamos conociendo! —Jace hizo una mueca con sus labios que intentó ser tierna pero en alguien con su aspecto no resulta.

Jace era, por supuesto, el más divertido. Lo conozco solo por su expediente, pero puedo asegurarlo.

—De hecho —comencé a decir—. Yo tengo un expediente de cada uno —remarqué las palabras y le dirigí un rápido vistazo a Máximo, que se limitó a presionar los labios en una fina línea—. Así que los conozco demasiado bien...

—¿De verdad? —Jace parecía honestamente sorprendido—. ¿Todo este tiempo supiste quienes eramos?

—Y cómo encontrarlos. Por si algo... Sucede.

Hace una mueca.

—¿No es... Arriesgado? Si hoy tuviéramos que buscarte ni siquiera sabríamos como empezar...

—¿Estás cuestionando mis métodos, Jace?

La voz de mi padre cortó el aire como una guillotina. Levi Salvatore había terminado su llamada. El Don había regresado, y con él, el frío invierno de Chicago.

Jace se tensó, fue un tanto impulsivo hablarle de esa manera a su Don, solo Matthew podía hablarle con tanta ligereza y ni siquiera lo hacía, era el que más sentía respeto por mi padre. Me interpuse entre ellos antes de que mi padre decidiera que Jace necesitaba una

lección de modales.

—No te desquites con él —le advertí a Levi.

Sus ojos verdes, tan parecidos a los míos, me atravesaron. Estaba furioso. Sentí el impulso de retroceder, de volver a ser el fantasma que él quería que fuera, pero alcé la barbilla. No hoy.

—Hablaremos en casa —zanjó él, su voz cargada de una autoridad que no admitía réplicas.

Puse los ojos en blanco y bufé.

—Cálmate —dije despacio—. No fue culpa de nadie que hackearan mi móvil, Levi.

—¿Tú crees? —Dijo entre dientes.

Alcé una ceja desafiante.

—Fue un error de seguridad, no mi falta de cuidado.

—Un error de seguridad —asintió con una sonrisa cínica—. Creí que estaba claro que un Salvatore no comete errores...

—Eso es injusto...

Se puso en pie, apoyando sus manos sobre el escritorio con una fuerza que hizo crujir la madera.

Sentí el ambiente a mi alrededor tensarse como una cuerda de un piano a punto de romperse. Tragué saliva.

Sus nudillos estaban blancos

—¡Quizás si te tomaras esto en serio, no habría errores, Maddox! —Mi corazón late con fuerza al escucharlo hablarme así—. Si dejaras de jugar a la estudiante universitaria y entendieras que cada segundo que pasas siendo «normal» es un segundo que te pone una diana en la espalda.

—No puedes hablar en serio —digo entre dientes. Siento mi enojo

regresar y estoy a punto de explotar—. Deberías dejar de echarme la culpa solo porque eres paranoico.

—¿¡Paranoico!? —Deja escapar una risa sarcástica— ¡Eres descuidada! ¡Actúas como una niña cuando necesito que seas un arma! ¡Es tu culpa!

—¡Hago esto por ti! —Le recuerdo—. Finjo ser quien no soy por ti, solo por ti. ¿Y ahora resulta que eso también te molesta? —Alzo mi voz por encima de él— ¿Qué pretendes que haga? ¿Quieres que permanezca encerrada en casa?

—Quizás deberías —dice entre dientes.

—¿Disculpa?

No está hablando en serio, no puede...

—Quizás esa sea la única forma de mantenerte a salvo, ya que no pareces poder cuidarte sola.

—No estás hablando en serio… No puedes considerarlo, es…

—¡Lo que ocurrió hoy es tú culpa!

El grito retumbó en mis huesos. Retrocedí un paso, sintiendo el escozor de las lágrimas. No eran de tristeza; eran de una rabia pura, volcánica. Me esforzaba cada día por ser invisible, por enterrar mis deseos bajo el peso de su apellido, ¿y me llamaba descuidada?

Él notó mi expresión y sus rasgos se suavizaron, pero el daño ya estaba hecho. Las palabras son como balas; una vez disparadas, no puedes recuperarlas.

—Maddox...

—Vete a la mierda, Levi.

Me di la vuelta y salí de allí. No iba a dejar que Max viera cómo se me quebraba la voz. No iba a darle ese trofeo. Crucé el edificio y salí a las calles frías de Chicago, caminando con el corazón martilleando en mis oídos.

Unos pasos pesados me siguieron, podía sentirlo y sabía quien era mucho antes de que me toque. Su mano se cerró sobre mi brazo, firme pero sin intención de herirme, dispuesto a detenerme a como diera lugar. Matthew.

—Suéltame —siseé, intentando zafarme.

—Él no quiso decir eso —dijo él con esa calma exasperante que usaba para apagar incendios.

—¿Ahora eres su paloma mensajera? —Me giré hacia él, con las lágrimas rodando finalmente por mis mejillas—. Déjame en paz. Puedo llegar sola.

—No, no puedes —dijo con firmeza—. Si alguien hackeó tu móvil, están cerca. Te llevaré a casa, es más seguro así...

—¡Que me hagan daño! —Mentí, la frustración desbordándose—. Quizás así Levi tendría una razón real para odiarme.

—Maddox, deja de comportarte como una niña...

—¿Y si quiero serlo? —Le grité—. ¿Es un pecado querer una vida mediocre? ¿Querer ir a clase sin un maldito asesino vigilando mis sombras?

Los ojos de Matthew me atravesaron. En menos de un segundo me acerca a él con fuerza y nuestros pechos están a centímetros de distancia.

—Si piensas que tus palabras pueden hacerme daño estás muy equivocada —su voz es tensa y baja, casi siniestra. Trago saliva porque nunca lo escuché hablar así—. Con gusto sería tu asesino personal si eso evita que estés en peligro.

Un nudo se forma en mi garganta y mis palpitaciones se descontrolan.

—Bien —dije con la voz entrecortada—. Pero no te necesito para ir a casa.

Matthew soltó un suspiro cargado de algo que pareció lástima, y

eso fue la gota que colmó el vaso. Antes de que pudiera protestar, me levantó del suelo como si no pesara nada, cargándome sobre su hombro.

—¡Suéltame, bruto!

No dijo una palabra. Me metió en su coche y cerró la puerta con un golpe seco.

—Quédate quieta, Maddox. O juro que te ataré al asiento.

El viaje fue un cementerio de palabras no dichas. Cuando llegamos a la mansión, Matthew no abrió el cierre centralizado. Se quedó mirando al frente, con la mandíbula tensa.

—Él solo quiere que sobrevivas —murmuró—. Y yo también.

—Vaya forma de demostrarlo —bufé—. Es agotador —confieso.

Matthew tiene los nudillos blancos sobre el volante y yo suspiró mientras lanzo mi cabeza hacia atrás.

—Es un estupidez —susurro—. Hay personas con problemas reales y yo… me molesto porque mi padre mafioso me construyó una jaula de cristal blindado —dejo escapar una risa irónica—. Tiene sentido, después de todo soy su arma.

—No quiso decir eso —susurra con voz suave.

Giro mi cabeza hacia él, para verlo. Sus nudillos ya no están blancos, ahora sus manos descansan en sus muslos y tiene la cabeza ladeada hacia mi con una expresión de cansancio.

—Pero lo soy, ¿cierto? —Susurro, como si decirlo en voz alta pudiera hacerlo más cierto—. Para eso estoy aquí, ¿verdad? Soy el arma más letal de Draghi. La línea entre ser su hija y ser un arma es bastante fina y difusa a veces.

—Él se muere si algo te sucede. Reduciría este mundo a cenizas si alguien te dañara, el…

—Me ama —completo la frase y sonrío de forma triste—. Pero es un tanto retorcido.

—Como todo en nuestro mundo, Maddox.

Siento mis ojos llenarse de lágrimas. Es cierto, por supuesto que lo es. ¿Cómo puede ser el trato y el amor de un hombre de la mafia? ¿Qué puedo esperar de Levi aunque sea mi padre? Solo esto. Lo sé, pero aun así no es sencillo. Sé para lo que fui educada, sé cual es mi destino: ser su sucesora. Pero me cuesta aceptar que mi único fin en esta vida sea sentarme en un trono bañado de sangre.

Bajo la vista hacia mis manos entrelazadas sobre mi regazo, trago saliva y el nudo en mi garganta se hace más pesado. Tiene razón, sé que la tiene, pero eso no lo hace más sencillo. Porque entonces… ¿Qué otra cosa puedo esperar de esta vida? No puedo esperar amor, no el amor con el que sueña mi mejor amiga, ni siquiera ese que vemos en Netflix, no puedo permitirme eso, ni siquiera puedo salir con un chico sin que este acabe en el lago Michigan.

—Nunca seré normal, ¿cierto?

Digo las palabras en voz baja y lo escucho suspirar con pesadez, vuelvo a verlo y entonces sus ojos me atraviesan. Se inclina en mi dirección, el espacio en el coche se reduce drásticamente. Sus ojos brillan con una intensidad oscura, una que iba más allá del deber.

—Lamento que no puedas tener esa vida mediocre que deseas, Maddox.

Dejo escapar una risa amarga.

—Lo haces sonar como si fuera una estupidez —murmuro.

—Lo es, si me lo preguntas —suspira—. No sé porqué te niegas a aceptar tu vida. No sé porque te cuesta tanto aceptar el apellido que llevas, no lo sé y no lo entiendo.

—Para ti es diferente, Matthew —lo miro—. Tu puedes elegir no llevar esta vida.

—¿Te olvidas del omertá? —Su sonrisa es amarga—. Lo siento pero no quiero que mi cabeza ruede por las calles si rompo el juramento más importante de Draghi.

Niego.

—Sabes que es diferente. Levi no te haría daño si quisieras alejarte.

—A ti tampoco te haría daño.

—No, claro —susurro—. Solo me vería con la misma expresión de hoy: decepción pura.

Bajo la vista pero su mano en mi mentón lo evita, sus ojos chocolate brillan en la oscuridad del coche.

—Hey —susurra—. No podrías decepcionarlo aunque quisieras —sonrío, me gustaría creerlo—. Pero debes aceptar que el destino no te dio una opción. Así que tienes dos caminos: abrazas el fuego de tu apellido o dejas que te consuma hasta las cenizas. La Maddox que yo conozco no es una cobarde que huye.

Un nudo se formó en mi garganta.

—No naciste para ser ordinaria ni mediocre —continuó él, y por primera vez, vi una chispa de algo parecido a la devoción en su mirada—. Eres Red Dragon. Es hora de que dejes de esconderte y reclames tu trono.

CAPITULO 9
maximo

Maddox Salvatore.

El nombre pesaba en mi lengua como el plomo, denso y letal. Había pasado una semana desde que la vi salir del despacho de su padre, y el aire en Chicago todavía se sentía viciado por su rastro. La furia no solo emanaba de sus poros; era una entidad viva que retorcía el ambiente a su paso.

Ya no había rastro de la estudiante gris que se escondía tras los libros. Ahora, cada vez que cerraba los ojos, veía las piezas encajar con una precisión aterradora.

El mismo acero en la mirada que Levi, esa inclinación siniestra de la comisura de los labios que prometía el cielo y el infierno en el mismo aliento.

Ella no era una sombra; era el eclipse que lo oscurecía todo.

Verlos enfrentarse, nariz contra nariz, había sido como observar el choque de dos frentes de tormenta. Levi era el trueno, pero ella… Maddox era el rayo silencioso que te mataba antes de que escucharas el estruendo.

La semana siguiente todo estuvo silencioso. Sin misiones, sin órdenes, solo evasivas por parte de mi hermano y un vacío irritante en el aula de la universidad. Maddox no había aparecido. No es que estuviera contando los días —me mentí a mí mismo mientras apretaba la mandíbula—, pero su ausencia era un ruido blanco que me impedía concentrarme.

—¿Has hablado con ella? —La voz de James cortó mis pensamientos como un bisturí.

Lo miré, manteniendo mi máscara de indiferencia impecable. James señaló con la barbilla el asiento vacío al fondo de la clase. El

lugar de la princesa oculta.

—¿Por qué lo haría? —Mi voz fue un gruñido bajo, apenas un hilo de desinterés fingido.

—Se supone que tenían un proyecto —insistió él, escrutándome—. ¿O es que la chica invisible finalmente se volvió transparente para ti?

Ese estúpido trabajo... Lo había olvidado por completo.

Me limité a encogerme de hombros.

—No es buena trabajando en equipo —solté, fijando la vista al frente.

Mentía.

Estaba muy seguro que Maddox no era mala en nada; simplemente no jugaba bajo las reglas de nadie más que las suyas. Me molestaba la forma en que su fantasma se había instalado en mi cabeza. Yo había elegido esta vida de sangre y secretos, pero ella… ella había nacido en el epicentro del caos.

Su apellido no era un regalo; era una marca de propiedad de la que nadie escapaba.

Dios, ¿acaso comenzaba a sentir empatía por la princesa?

Pero no podía evitar pensar que había exagerado un poco con mi odio desmedido. Después de todo, una cosa es elegir el tipo de vida que tendrás, aunque sea manchándote las manos de sangre, pero otra muy distinta es nacer con un apellido que condiciona todo.

Cuando la clase terminó, intenté salir antes de que la bilis de mi propia frustración me ahogara. Pero la voz de la profesora me detuvo en seco.

—Señor Hardaway, ¿tiene algo para mí?

Me giré, forzando una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—¿Disculpe?

—El trabajo de investigación —dijo ella, ajustándose las gafas con una expresión de desconcierto—. Asumí que lo entregaría con la señorita Müller. Pero Maddox me envió su parte por separado esta mañana. Solo su nombre figura en el archivo.

El frío que recorrió mi columna no fue de sorpresa, sino de una rabia pura y volcánica. La muy maldita me había dejado fuera. Si quedaba algún rastro de empatía por su situación familiar, se evaporó bajo el peso de mi instinto asesino.

—Le daré hasta el final de la semana, Hardaway. No desperdicie su nota —sentenció la profesora.

Asentí mecánicamente y salí al pasillo. El gentío de la universidad me asfixiaba. Necesitaba encontrarla. No me importaba si tenía que quemar cada rincón de Chicago para dar con su escondite. Divisé una cabellera roja entre la multitud y supe que el destino, por una vez, estaba de mi lado.

Penny.

Nadie mejor que su mejor amiga para decirme donde demonios puedo encontrar a la rubia.

—Largo, Hardaway —escupió ella en cuanto me acerqué a su casillero.

¿En qué momento me había ganado el odio de la mejor amiga? Estaba cien por ciento seguro de que no le había hecho nada.

—Penny… —Empecé, pero ella cerró el metal con un estruendo que hizo que varios estudiantes se giraran—. ¿Cómo has estado...?

—Dije que te largues.

¿Por qué eran tan difíciles de tratar?

—Vamos, no seas tan cruel —le regalé mi mejor sonrisa de seductor pero estaba claro que en ella no surtía efecto—. No recuerdo haberte hecho nada...

Ella pareció pensarlo.

—Que existas ya es lo suficientemente molesto —me guiño el ojo y se alejó pero estaba equivocada si creía que la dejaría escapar tan fácil. La alcanzo y bloqueo su paso—. ¿Qué demonios quieres, rarito?

—Saber dónde encontrar a Maddox —digo entre dientes.

Penny alza una ceja y su sonrisa se curva de forma peligrosa.

—Eso es todo una novedad —murmura.

Debo hacer un esfuerzo monumental para no rodar los ojos y forcé mi expresión de chico bueno.

—Vamos, necesito encontrarla —alzó una ceja y se cruzó de brazos como si no comprendiera que necesito de ella. Si por algo eran mejores amigas, esta era la razón: eran completamente irritables—. Necesito tu ayuda, necesito su número —remarqué cada palabra como una orden y su sonrisa se esfumó.

Mierda.

—Sé amable o vete al diablo —me desafió, mirándome desde abajo con una valentía que solo podía venir de su asociación con los Salvatore. Aunque dudo que Penny sepa quienes son—. ¿Para qué querrías verla? Sé muy bien que la detestas.

—No la detesto —mentí, aunque la línea entre el odio y la obsesión se había vuelto peligrosamente delgada—. Tuvimos un mal comienzo.

—¿Un mal comienzo? —bufa con ironía—. La llamaste «princesa malcriada». Eso se parece más a una declaración de guerra.

Me tensé. Si Maddox le había contado eso, significaba que yo también ocupaba un espacio en su mente. Ese pensamiento envió una sacudida de calor directo a mi pelvis y no pude evitar sonreír. Penny puso los ojos en blancos.

—No es lo que piensas —aclaró.

—No, claro. Que la princesa hable de mí no debería significar nada…

—Por dios, eres insufrible —murmuró.

—Me encantaría quedarme a hablar de todo lo que la princesa habla de mi —admito con sorna—. Pero debo encontrarla.

—¿Por qué?

Dios, ¿acaso existe algo peor que una mejor amiga decidida a estorbar?

—Me comporté como un imbécil —admití, y las palabras supieron a ceniza—. Quiero disculparme.

Penny me estudió, buscando la grieta en mi armadura. Tras un silencio eterno, sonrió con una malicia que me puso sobre aviso.

—Está sin móvil. Un accidente con agua —dijo, refiriéndose indirectamente al hackeo que Will estaba refiriendo—. Pero es miércoles. Bruce's Gym. Búscala allí.

No me sorprendió la ubicación. El gimnasio de Bruce era territorio Draghi, el terreno de juego de los soldati. Un lugar donde el sudor olía a hierro y el respeto se ganaba con los puños. Le dediqué mi mejor sonrisa de angelito a Penny pero la pelirroja me devolvió un gesto obsceno con su dedo del medio.

Tenía sentido que fueran amigas, pensé.

Cuando entré, el gimnasio parecía desierto, pero el eco rítmico y violento de un saco de boxeo me guió hacia el fondo. Me detuve en las sombras, y por un momento, mi corazón olvidó cómo latir.

Maddox.

No era la chica de la universidad. Llevaba el cabello en una coleta alta y tirante, dejando al descubierto una espalda que era una obra de arte y una advertencia. El top negro apenas cubría lo necesario,

pero lo que me robó el aliento fue el dragón de tinta roja que trepaba por su columna, retorciéndose sobre su piel bronceada.

Era la marca de su linaje. Hasta dónde sabía, porque jamás lo había visto, Levi llevaba su dragón negro tatuado en su pierna. Pero Maddox... Su espalda nunca se vio tan excitante como ahora.

Bajé la vista por su cuerpo y la imagen de su trasero envuelto en esos pantaloncillos deportivos me dejó sin aliento. Era innegable que llevaba un cuerpo tonificado, me quedaba claro que había pasado su vida entera dedicada a entrenar y perfeccionarse. Por eso un buen trasero no debería dejarme sin aliento pero verla a ella... Dios, mi polla se puso dura al instante.

Sus golpes eran precisos, letales. Cada impacto contra el saco resonaba con una fuerza que no debería poseer un cuerpo tan esbelto. Sus músculos se flexionaban con una gracia felina, sus curvas resaltaban de una forma que hizo que mi control se desintegrara.

El cabello dorado se balanceaba como un látigo y me pregunté como se sentiría tirar de él para obligarla a recibirme.

Mierda. Debía dejar de pensar de esa forma.

La odias, me recuerdo. La detestas. Es una maldita princesa malcriada, es la mujer más excitante que has visto, pero no deja de ser una malcriada.

—¿Tu obsesión te trajo hasta aquí? —Mierda. Abro los ojos ampliamente—. Que peligroso eres, Máximo...

—¿Alguna vez te dijeron lo insufrible que...?

Se dio la vuelta, y la visión de su abdomen marcado y el sudor brillando en su escote me golpeó como un gancho al hígado. Tragué saliva e intenté calmarme pero me resultaba imposible, mi entrepierna estaba tan dura que podría notarse fácilmente.

—¿Decías? —Murmuró de manera provocativa—. ¿Sabes? Si vas a quedarte ahí mirando, podrías servirme de algo... —Dijo con una

sonrisa que era puro veneno Salvatore—. Quizás podría usarte de saco de boxeo.

—No me tocarías ni aunque te diera ventaja, Maddox —respondí, mi voz recuperando su filo autoritario.

Se acercó lentamente, acortando la distancia con la confianza de quien sabe que tiene el poder absoluto.

—¿Quieres apostar, soldati? —Esa palabra fue una caricia y un insulto a la vez.

—No he venido a jugar —di un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal—. He venido porque me has engañado.

Su sonrisa se hizo más grande, se estaba divirtiendo y yo estaba a punto de explotar.

—¿Eso hice? —Preguntó con ironía.

Ella soltó una risa seca, un sonido que me hizo querer besarla y estrangularla al mismo tiempo. Se giró para alejarse, pero mi mano fue más rápida. La sujeté del brazo, apretando más de lo necesario, buscando una reacción.

Maddox se detuvo, pero no se encogió. Se giró hacia mí y, con un movimiento fluido y experto, utilizó mi propio agarre para atraerme más cerca. Su fuerza me pilló desprevenido.

—No te confundas, Hardaway —susurró entre dientes, sus ojos clavados en los míos con una intensidad febril—. Ya habrás descubierto que no soy una princesa.

Estábamos tan cerca que podía oler el aroma a cerezo de su piel mezclado con el olor metálico del gimnasio.

—¿Cómo habían sido tus palabras? —Susurró sobre mis labios—. No eres más que una niña malcriada...

Bajé la vista hacia sus labios, observo como se relame el labio inferior, y luego continuo bajando a sus pechos que subían y bajaban agitados contra mi cuerpo. El deseo era una presión dolorosa en mi

entrepierna.

Mierda. Se supone que me cae mal y la detesto. ¿Por qué mi cuerpo parece tener control por sí mismo?

—Salvatore o no, eso no te da derecho a joder conmigo —murmuré, mi voz volviéndose áspera.

—Oh —susurró con una sonrisa—. ¿El soldati va a llorar?

—No me jodas, Maddox —dije entre dientes—. No me interesa quién eres y tu apellido no me detendría...

Detuve mis palabras en cuanto se inclinó hacia mi oído, su aliento rozando mi mandíbula como una llama.

—A mi padre le encantaría oírte hablar así. ¿Sabes dónde está el último chico que me faltó al respeto? —Hizo una pausa deliberada—. Podrías buscarlo en el fondo del lago Michigan. Si tienes suerte, aún no lo han devorado los peces.

La chica ordinaria había muerto. En su lugar, había una reina de la mafia reclamando su trono. Y lo peor de todo es que yo estaba dispuesto a arrodillarme.

Trago saliva en cuanto me hace un lado con demasiada fuerza y se aleja para volver a centrar su atención en el saco de boxeo.

—Jamás dije que haría tu parte del trabajo —alzó la voz antes de dar el primer golpe y el eco retumbó por las paredes del gimnasio. Estaba a punto de replicar pero se adelantó—. Solo dije que comprendía tu situación.

Maldita.

—Eres...

—Y dije que no me importaba —da otro golpe—. ¿O tu obsesión afecta tu memoria? Es peligroso...

—Te detesto —digo entre dientes.

—Mmh —murmura—. Otra cosa que no me importa.

Le da dos golpes al saco de boxeo y trago saliva al notar lo bien entrenada que está. Solo alguien con un entrenamiento militar podría tener esa fuerza y esa determinación, sus movimientos eran certeros, aunque peleaba contra un saco de boxeo estaba claro que era buena.

—Lucha conmigo —dijo de repente girando apenas. Señaló el cuadrilátero a nuestras espaldas—. Ahora.

—Estás loca. Si te dejo una marca, Levi me cortará las manos.

—Hace un segundo no parecías preocupado por mi apellido —canturreó y escuché otro golpe en el saco antes de alejarse.

Ella ya estaba subiendo al ring, deslizándose entre las cuerdas con una agilidad que puso su trasero en mi línea de visión directa. Maldije por lo bajo.

—Si gano, dejas de seguirme como un perro faldero —sentenció, ajustándose los guantes rojos—. Si tú ganas... Pondré tu nombre en el trabajo y le diré a la profesora que fue un error administrativo.

Me miró por encima del hombro con una sonrisa retorcida que prometía dolor y gloria. No era una invitación; era un desafío a mi hombría, a mi posición, a todo lo que yo creía ser.

Me quité la chaqueta, busqué unos guantes negros y subí al ring. El juego en el que ambos nos estábamos metiendo acababa de volverse sangriento y yo estaba sediento de cada gota.

CAPITULO 10
maximo

Esto era una sentencia de muerte firmada con sangre. Y, aun así, no podía apartar los ojos de ella.

Maddox estaba frente a mí, con los hombros tensos y la mirada encendida, lista para despedazarme. Sabía que seguirle el juego era lanzarme de cabeza a un pozo sin fondo. Mi instinto de supervivencia me gritaba que perdiera, que la dejara ganar y saliera de aquí antes de que Levi Salvatore decidiera que mi cabeza quedaría mejor adornando una pica.

Tragué saliva, el recuerdo de sus palabras resonando en mi mente como una advertencia se sintió más peligroso y atractivo que nunca.

El último chico que me molestó está en el fondo del lago Michigan.

¿Había sido Matthew el encargado de limpiar sus desastres? No tenía dudas. Mi hermano la protegía con una devoción que rozaba lo insano.

—¿Vas a quedarte ahí como un maldito poste o vas a pelear, Hardaway? —Su voz era un látigo de frustración. La diversión se había evaporado, reemplazada por una impaciencia gélida.

De verdad me estaba retando a pelear, no era solo una actuación o un intento de jugar. Quería pelear. Estaba seguro de que hablaba en serio cuando propuso usarme de saco de boxeo.

—Te cedo los honores de…

No terminé. Su puño impactó contra mi mandíbula con una fuerza que me hizo ver estrellas. Su golpe estaba lejos de ser el de una princesa, fue el de alguien que había sido entrenada para romper huesos.

El impacto me desestabilizó, pero mi orgullo fue lo que más sufrió.

Aún así me obligué a mantener el equilibrio, me recuperé, sacudiendo la cabeza y la encontré sonriendo. Se pasó la lengua por los dientes, saboreando el momento.

Al diablo la supervivencia. Si iba a morir, lo haría dándole guerra.

Me lancé hacia ella, olvidando su apellido y el peligro que representaba. Maddox era rápida, una mancha de movimiento y gracia que esquivó mi ataque con una facilidad insultante. Su puño se hundió en mi estómago, sacándome el aire, y antes de que pudiera procesarlo, sentí su cuerpo tras el mío.

—Van dos —susurró contra mi nuca.

Su aliento caliente me erizó la piel.

Iba a destrozarla.

Me giré y, en un movimiento que ella misma me regaló, conecté un golpe en su abdomen. Supe que me había dejado hacerlo, y esa condescendencia me prendió fuego a la sangre. Se estaba burlando de mí.

—¿Qué ocurre, Hardaway? —Otra vez su voz burlona—. Quizás deba hablar con Levi, el entrenamiento que les da a los soldati ha bajado demasiado.

—Vete al diablo, princesa.

—Quizás esta princesa debe enseñarles a los hombres como se da un maldito golpe —murmuró.

Los siguientes veinte minutos fueron una danza brutal. Esquivamos, golpeamos y nos medimos en un espacio que se sentía cada vez más pequeño. Maddox no era buena; era excepcional. Conocía mis puntos débiles antes incluso de que yo los expusiera, fui consciente más que nunca que lo que se decía de ella era cierto: el arma más letal de Draghi se movía frente a mis ojos en el cuerpo de

la mujer más bella y letal del mundo.

Pero había algo más: estaba sonriendo. No era una mueca sarcástica, sino una expresión de libertad pura. Por primera vez, Maddox Salvatore no estaba fingiendo.

Era la primera vez que Maddox me sonreía y no sabía que hacer con todo lo que estaba experimentando.

Y esa era mi perdición.

En un arrebato de adrenalina, bloqueé su siguiente ataque y, aprovechando mi peso, la empujé contra las cuerdas. El cuadrilátero vibró. Cambié las posiciones en un parpadeo, atrapándola contra la esquina. Mi pecho chocó contra su espalda y sentí cómo su respiración se cortaba, volviéndose errática.

No se esperó mi movimiento. No se esperaba que comience a jugar cuando esto era una pelea en un ring pero yo estaba demasiado ocupado deseando jugar un poco más con ella.

Saber que fue un golpe directo a su ego se sintió como una inyección de éxtasis puro.

—¿Qué ocurre, princesa? —Susurro—. ¿Estabas deseosa de jugar?

—Vete a la mierda, Máximo.

—Mmh —murmuro y me inclino hacia ella—. ¿Nadie quería jugar con la princesa?

—Quizás solo necesitaba un juguete nuevo.

No puedo evitar sonreír con picardía, aunque ella no pueda verme.

—¿Sabes qué creo? —Le murmuré al oído, mi voz descendiendo a una octava peligrosa—. Creo que estás asfixiada por esa jaula de cristal que te construyó tu padre. No quieres que te traten como a una muñeca. Quieres que alguien te rompa para ver qué hay debajo.

Intentó revolverse, pero la contuve con una mano firme en su

cintura, presionando mi cuerpo contra el suyo hasta que no quedó ni un átomo de aire entre nosotros. Sabía que estaba cruzando una línea sin retorno. Mi pantalón rozaba su piel, y el calor que emanaba de ella era embriagador.

Estar con Maddox era como jugar con una granada sin seguro.

—Cállate —siseó.

—Dime, Salvatore… ¿en la cama también eres así? —La palabra sexo flotó entre nosotros, densa y prohibida—. ¿También te gusta que se olviden de quién es tu padre? ¿Que te traten como algo que no es frágil?

Ella soltó un jadeo ahogado. Su espalda se arqueó contra mi pecho, un movimiento instintivo que me dio la respuesta que buscaba. La presioné con más fuerza, perdiendo el control sobre mis propios impulsos.

—¿Te gusta que te jalen del cabello y te obliguen a suplicar? ¿Que te tengan atada de pies y manos? ¿Que te lleven hasta el límite? ¿Es eso lo que buscas debajo de todo ese secretismo?

Fue un segundo de distracción. Maddox murmuró una maldición y su codo se clavó con violencia en mi plexo solar. Retrocedí, tosiendo, buscando aire mientras mis pulmones protestaban. Cuando logré enfocar la vista, ella ya estaba sobre mí.

Sus ojos turquesa se habían oscurecido, transformándose en un verde bosque tormentoso. La furia la hacía lucir letal. Hermosa.

Lanzó un golpe directo a mi rostro. Lo esquivé por milímetros, y en un movimiento rápido, trabé mi pie tras su tobillo. Maddox cayó hacia atrás, pero no se fue sola; sus dedos se cerraron en mi brazo, arrastrándome con ella al suelo.

El impacto contra la lona fue sordo. Quedamos atrapados en una maraña de extremidades, mi cuerpo sobre el suyo, nuestras narices rozándose, podía sentir su corazón palpitar, su pulso volviéndose loco contra mi cuerpo. El gimnasio desapareció. Solo existía el

sonido de nuestras respiraciones mezcladas y el olor a sudor y cerezas que me estaba volviendo loco.

Maddox era una droga y yo ya estaba en medio de una sobredosis.

Vi cómo se mordía el labio inferior, un gesto de vulnerabilidad que no encajaba con la guerrera que me había golpeado segundos antes. Sus ojos brillaban con algo que no era odio. Era hambre.

No lo pensé. No podía pensar. Me acerqué a sus labios, pero no la besé; no todavía. Desvié el rostro, rozando su mandíbula con la punta de la lengua, bajando por la línea de su cuello. La piel allí era suave, eléctrica. Pasé la lengua de forma lenta, deliberada, y un gemido ronco escapó de su garganta.

Ese sonido fue mi ruina. Estaba perdido, y lo peor es que no quería ser salvado.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La voz fue como una descarga de agua helada.

Matthew.

CAPITULO 11
maddox

Estaba mal. Todo en esa escena era un error táctico que podría costarnos la vida. Y, aun así, el rastro de la lengua de Max sobre mi piel se sentía como una marca de propiedad que no quería borrar.

Maddox, no deberías sentir estas cosas por alguien tan imbécil que te trató como una princesa malcriada.

Debía recordar lo que había sucedido los días anteriores para evitar pensar estupideces como esta.

Agradecí al cielo, o al infierno que rige nuestras vidas, que fuera Matthew quien nos encontrara. Si hubiera sido Levi, el cuerpo de Max ya estaría enfriándose a diez metros bajo tierra. Pero al ver la mirada que el consigliere le lanzaba a su hermano menor, una promesa de violencia tan pura que hacía que el aire doliera, supe que Max no estaba a salvo. Matthew no era impulsivo, pero su lealtad a mi padre era una religión y un mandato.

—Al coche, Maddox.

Su voz no admitía réplica. Era el tono que usaba cuando el Don dictaba una sentencia y lo conocía muy bien. Había presenciado ese tono antes, y todo lo que se vendría a continuación.

—Matthew… —intenté decir, mi voz era apenas un susurro.

—Al coche. Ahora. —Sus ojos se clavaron en los míos. Jamás lo había visto así. Había un brillo de furia contenida, una tormenta negra tras sus pupilas que me hizo retroceder—. No lo repetiré.

Salí del gimnasio con las piernas temblando. Antes de cruzar la puerta, le lancé una última mirada a Max. Él seguía allí, con una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero que terminó siendo una sombra de tristeza. No supe cómo interpretarlo. Se suponía que el boxeo era un entrenamiento, una forma de canalizar la agresión.

No debería sentirse como una ceremonia de iniciación sensual.

Se suponía que debía mantenerlo lejos porque era insufrible y me caía fatal. Máximo era arrogante y tenía una forma de mirarme que debería alertarme, como si fuera un rompecabezas que él solo quisiera romper.

Entonces, ¿por qué mi cuerpo seguía vibrando por su tacto? ¿Por qué no me sentía asqueada de que un soldati me hablara de sexo al oído, ignorando el apellido que debería hacerlo temblar?

El coche de Matthew estaba sin seguro, agradecí no tenerlo que esperar fuera del gimnasio porque habría sido mucho más incómodo. Me hundí en el asiento de cuero del coche y cerré los ojos. Llené de aire mis pulmones y me obligué a olvidar lo que acababa de suceder porque no podía volver a ocurrir y porque nadie debería saber esto.

Trago saliva.

Abro los ojos y entonces veo una caja con envoltorio de regalo sobre el tablero del coche. Alzo una ceja y me acerco para tomarlo, rasgo el papel brillante y me encuentro con un móvil nuevo junto a una nota de mi padre.

—Para mi abejita —leo en voz alta y pongo los ojos en blanco.

El móvil se encuentra encendido y con la batería al cien, lo desbloqueo y elijo una contraseña rápida para recuperar un poco de privacidad. No me hace falta saber que este regalo viene con chip de rastreo incluido. Levi no dejaría una oportunidad como el hackeo para hacer lo que siempre ha querido.

Sonreí con amargura al ver que el contacto de Matthew estaba guardado bajo el nombre que yo misma le puse hace años: Fantasma.

En ese mismo momento, el consigliere entró en el coche, cerrando la puerta con una brusquedad que hizo vibrar los cristales. El aroma

a colonia cara inundó el espacio.

Matthew no dijo nada.

Arrancó el motor y sus manos se cerraron sobre el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. Al mirar de reojo, noté que estaban levemente rojos, irritados.

Estaba claro que Max no se había salvada de recibir un golpe.

—¿Vas a estar callado todo el camino? —Pregunté, intentando reunir los pedazos de la Maddox Salvatore que no le teme a nada.

Silencio. Ni siquiera un gruñido. Que era su idioma favorito.

Suspiro y me hundo otra vez en el asiento, observo el paisaje de Chicago que dejamos atrás a medida que avanzamos y me muerdo la lengua para no volver a hablar. Sé que no es momento de la Maddox irónica y sarcástica. Sé que molestar a Matthew ahora es un terreno peligroso.

Pero eran hermanos, ¿cierto? ¿Cómo podía golpearlo simplemente porque estábamos... en una situación comprometedora?

Si, eran diferentes. Máximo era impulsivo, Matthew era disciplinado, un soldado dispuesto a cualquier cosa por su Don. Mientras que Max haría cualquier cosa para sacarme de quicio. Pero aún así, golpear a su propio hermano me parecía demasiado. Pero estaba claro que sucedió.

En cuanto aparcó el coche fuera de la mansión salté hacia afuera. Camine sin detenerme a ver si me seguía pero sabía que lo hacía. Sentía su presencia a mi espalda como una constante de la que no podría escapar.

Atravesamos la reja de protección, saludamos a Marcellino con un gesto y caminamos hacia el interior de la mansión. Matthew colocó la contraseña de seguridad, podía haberlo hecho yo pero él parecía dispuesto a acompañarme dentro para asegurarse que no me fuera quizás.

Suspiré y pasé por su lado en cuanto la puerta de entrada se abrió. Subí las escaleras con rapidez hacia mi habitación, Matthew se detuvo en la puerta y aproveché ese momento para quitarle mi bolso de gimnasia.

—Estás siendo un imbécil —murmuré para mi misma mientras dejaba mi bolso en la cama.

—¿Eso crees?

En cuanto giro me encuentro con el cuerpo de Matthew frente a mi, trago saliva y trastabillo hacia atrás.

—¿Que haces? —Digo en voz baja claramente afectada. El umbral de mi puerta era el límite no establecido en voz alta pero sí notorio. Levi jamás permitiría que atraviesen la puerta de mi habitación, ni siquiera su mano derecha—. Vete...

—Responde la pregunta —ordenó. Por primera vez noté que me hablaba de esa forma y tragué saliva sin entender que ocurría— ¿Crees que soy un exagerado? —Asiento con un nudo en la garganta, sin poder decir nada—. ¿Por qué?

—Yo… —las palabras se agolparon en mi garganta sin poder salir. ¿De donde venía aquel accionar? Matthew jamás me hablaba de esa manera—. Sí, es lo que creo —dije fingiendo recobrar la compostura —. Porque solo entrenábamos, no tiene nada malo...

—Yo no lo veo así —me interrumpe en voz baja y se acerca un poco—. Eso no parecía un entrenamiento normal.

—Entrenaba contigo todo el tiempo —le recuerdo.

—Era diferente.

Matthew alzó una ceja y me dedicó una larga mirada donde pude adivinar que estaba analizando mi reacción. Entonces algo hizo clic en mi cabeza y un escalofrío de miedo me recorrió.

—No puedes decírselo a mi padre —supliqué, perdiendo mi fachada—. Él no puede saber lo que pasó en el ring. Si se entera,

matará a Max. Lo sabes.

Matthew se acercó un paso más, invadiendo mi espacio personal de una forma que nunca se había permitido. La luz del pasillo perfilaba su rostro, dándole una apariencia casi demoníaca.

—¿Qué hay entre ustedes dos? —Preguntó, sus palabras saliendo como cuchillas.

—Nada —me apresuré a responder—. No es lo que crees. Solo estábamos entrenando.

—No es lo que parecía...

—Eso es un problema tuyo, ¿no lo crees? —Digo entre dientes y me lanzó una mirada intensa y reprobatoria—. No es mi culpa que...

—Maddox —me advierte y no puedo continuar—. No intentes engañarme.

—No lo hago —digo entre dientes.

—No me gustaría descubrir que me engañas.

Trago saliva. Esto no puede ser cierto.

—Matthew...

—Porque si me entero que me engañas —se acerca otro paso—. Todo puede acabar muy mal, lo sabes ¿cierto?

—Basta —pido entre susurros—. Deja de comportarte de esta forma, es...

—¿Qué?

Trago saliva. Matthew está demasiado cerca y su perfume invade todo el espacio a mi alrededor sin dejarme pensar con claridad.

—No me gusta —digo en voz baja.

—¿Por qué siento que es mentira?

¿Qué demonios le ocurre?

Retrocedí, pero mis piernas chocaron contra el borde de mi cama. Terminé sentada, y Matthew se inclinó sobre mí, apoyando una mano a cada lado de mi cuerpo, atrapándome. Sus ojos bajaron a mis labios con una intensidad que me robó el aliento. No era la mirada del consigliere; era la de un hombre que estaba al borde de perder el control.

El ambiente se volvió denso, cargado de una tensión eléctrica distinta a la de Max. Esto era más oscuro, más posesivo.

—Sabes muy bien lo que le ocurre a quien se sobrepasa contigo —dijo, su voz vibrando en mi pecho—. Andrew Donovan terminó en el fondo del lago Michigan por mucho menos de lo que mi hermano te estaba haciendo.

Trago saliva.

—Matthew…

—¿O debo recordar lo que sucedió antes de tu viaje a Grecia?

Mierda.

—No —susurro y niego—. Dijiste que... que solo lo habías amenazado...

—¿Eso dije? —El aire escapa de mis pulmones cuando lo veo encogerse de hombros—. Quizás no te dije todo lo que ocurrió...

—N-no puedes estar hablando en serio —dije entre dientes.

—Claro que sí. Sabes lo que le ocurre a quien se sobrepasé contigo.

—¡Max no se sobrepasó! —Exclamé, aunque mi propia reacción delataba que no había sido una pelea normal.

—¿Segura? —Su aliento rozó mis labios. Se inclinó un milímetro más, y por un segundo, creí que iba a besarme—. Quiero dejarte algo muy claro, Maddox. Tú y mi hermano… eso jamás va a ocurrir.

—¿Por qué te importa tanto? —Le desafié, con el corazón galopando contra mis costillas.

Él no respondió con palabras. Sus manos apretaron las sábanas de mi cama, y por un instante, vi una grieta en su máscara de hielo. Un destello de celos tan puro que me quemó.

¿Celos? ¿Era celos lo que atravesaba los ojos de Matthew?

Definitivamente nada tenía sentido.

—¿Tienes idea de qué habría pasado si Levi hubiera sido quien los encontraba en esa posición? —Me espetó, usando el nombre de mi padre como un escudo para ocultar su propia rabia—. Si su mano, y no la mía, hubiera sido la que te arrancaba de ese ring, Max ya no tendría pulmones para respirar. No lo cubras. No lo protejas. Porque el próximo que intente tocarte de esa forma, sea quien sea… no llegará al lago. Me encargaré yo mismo.

Se apartó de golpe, dejándome con el frío de su ausencia. Salió de la habitación sin mirar atrás, desapareciendo como el fantasma que pretendía ser.

Me dejé caer en la cama, con la piel ardiendo y la mente en caos.

Los hermanos Hardaway no eran solo el arma de mi padre, eran mi perdición.

Y lo peor era que no sabía cuál de los dos venenos me mataría primero.

CAPITULO 12
maddox

—Di que sí.

Aparté la vista de mi casillero para encontrarme con la sonrisa de Penny. Tenía la expresión del gato de Cheshire antes de causar un desastre. El tipo de mirada que anunciaba que una idea peligrosa se estaba gestando en su mente.

Era una mala idea, lo que sea que estuviera pensando o a punto de proponer. Lo sabía sin que dijera una palabra.

Negué con la cabeza, cerrando el metal con un estruendo. Penny me siguió por el pasillo, sus pasos eran rápidos tratando de igualar mi zancada.

Los viernes eran sus días favoritos para intentar arrastrarme al abismo.

—No es una mala idea —insistió con ese tono sugerente que usaba cuando quería convencerme de cometer un pecado.

—No te lo he preguntado.

—Solo digo que es una oportunidad de oro —me dio un empujoncito—. ¿No tienes ni un poco de curiosidad, Maddie?

Suspiré. No tenía curiosidad pero sé que no se detendría.

Me detuve en seco, obligándola a frenar.

—Dime, ¿qué plan peligroso es el que se gesta en tu mente?

—¿Qué planes tienes para esta noche? —Preguntó ella, ignorando mi gesto de advertencia.

—Dormir —su puño impactó en mi hombro. Me quejé, frotando la zona— ¿¡Y eso por qué fue!?

—¡Es viernes! —Se quejó—. Deberemos replantear los términos

de nuestra amistad, no puedo relacionarme con alguien tan aburrida.

Pongo los ojos en blanco.

—Bien, eres libre de elegir otra mejor amiga —hizo un gesto de dolor fingido—. Vamos, debo ir a clases...

Penny se plantó frente a mí, impidiéndome el paso.

—Solo escucha mi plan. Una palabra: ¡Pijamada!

Lo soltó como si hubiera descubierto el secreto de la inmortalidad. La esquivé, pero ella se mantuvo a mi lado como una garrapata.

—Si, claro —murmuré.

—Bueno, quizás una pijamada con una parada previa en un club… —confesó finalmente.

—No. Ni lo sueñes.

—Vamos, será solo un rato. Podemos bailar, divertirnos y…

—Tú te divertirás —le recordé—. Yo acabaré siendo el mal tercio entre tú y algún idiota, entonces me abandonarás.

Hizo una expresión dramática de dolor en el pecho.

—¿Cómo puedes creer eso?

—Penélope Annalise —dije entre dientes y me gané una mirada asesina por decir su nombre completo— ¿Acaso crees que no te conozco ni un poco?

Ahora ella pone los ojos en blanco y suspira mientras camina a mi lado por el pasillo del campus. Los viernes Penny no tiene clases, pero yo sí. Así que se dedica a perseguirme y sentarse a mi lado para convencerme de planes como este, podría soportar una hora entera de derecho constitucional si al final acabo por aceptar sus ideas.

Para ser justos, eso sucede en un setenta y cinco por ciento de las veces que lo intenta. Es un buen margen para que lo siga

intentando.

—Bueno, quizás irá alguien que me interesa —murmura y alzo una ceja—. Planeaba presentártelo esta noche...

—Entonces de verdad sería el mal tercio —me gano una mirada fulminante.

—Ya, es obvio que él iría con un amigo, entonces...

—Ni lo sueñes —digo antes de entrar al aula.

Entramos al salón y Penny se sentó a mi lado, no dejó de insistir en toda la clase, por supuesto. Intenté proponer otros planes pero los declinó con la misma habilidad que yo declinaba su oferta del club.

Penny estaba decidida a llevarme a ese club y yo estaba decidida a negarme.

No se trataba de que no quisiera divertirme, la idea de salir, beber, bailar, disfrutar... era lo que más me atraía, no podía mentir. El problema en realidad era todo lo que llevaba hacer algo como eso.

Para salir, necesitaba el permiso de mi padre. Y el permiso de Levi venía con una sombra llamada Matthew.

Después de lo que pasó en el gimnasio, Matthew estaba en un estado de furia gélida. No quería ser mi niñera, y yo no quería su vigilancia asfixiante. Además, el club del que hablaba Penny probablemente estaba fuera de los límites permitidos para un Salvatore.

Aunque Chicago fuera completamente nuestra había límites establecidos, porque para mala suerte de mi padre, no podía asesinar a todos los que estaban en su contra, era normal que se formen otras organizaciones, aunque él no estuviera de acuerdo. Draghi no podía hacer más que dejarlas ser. Vigilados, por supuesto, pero eran tiempos de paz y la idea era que durara lo suficiente.

En consecuencia, Chicago estaba dividida en sectores, y cruzar una línea invisible podía significar una guerra. Una guerra que Levi adoraría debido a su sed de sangre, pero preferiría que la inicie cualquier persona y no sea por su arma más letal, o sea yo.

Se decía que Sky Dragon sería un Don impulsivo, como lo había sido siendo adolescente. Pero Dante Salvatore, mi abuelo, logró domesticar un poco a la bestia y le hizo prometer que no sería él quién inicie guerras a menos que se justifique. A mi abuelo le gustaba vivir en paz, a mi padre le gustaba ver el mundo arder, pero se contenía desde hace años.

Intento concentrarme en la clase y lo que sea que el profesor intenta decir pero se vuelve difícil. Se vuelve imposible cuando siento una presión en el costado. Una mirada que quemaba.

Me giré lentamente.

Un par de ojos oscuros estaban clavados en mi perfil.

Máximo.

Tragué saliva. No compartíamos esta clase. ¿Qué demonios hacía él aquí? Noté que su expresión había cambiado; ya no encontraba odio, ni ese desprecio frío. Había un brillo nuevo en sus pupilas, una fijeza depredadora que me hizo sentir desnuda. Era la primera vez que no me ignoraba en público.

Y no sabía si me agradaba tener toda esa atención en mí. Porque si un hombre como Máximo te miraba de esta forma, no podía significar nada bueno.

Los recuerdos del cuadrilátero me golpearon como un gancho al hígado. La sensación de su lengua en mi cuello, la dureza de sus músculos, la forma en que me desafió… Jamás había sentido nada igual con los chicos ordinarios con los que había salido. Ellos me trataban con cuidado, como si fuera de porcelana. Max me había tratado como a una igual. Incluso como a una enemiga. Y eso había sido lo más excitante que había probado en mi vida.

Quizás, aunque intente negar el hecho de que nací para formar parte del mundo de mi padre, ese mundo oscuro y peligroso ya me había hundido lo suficiente como para que mi primer encuentro sexual haya sido pésimo porque el chico había sido dulce. Y quizás lo que yo necesitaba no era dulzura.

«Tú y mi hermano... eso jamás ocurrirá.»

Las palabras de Matthew aparecen y encienden algo en mí.

Esa frase se repetía en mi mente como un mantra prohibido. Soy una Salvatore. Si me dices que no puedo tener algo, haré que sea lo único que desee.

Quizás estaba cansada de ser la Maddox invisible. Quizás estaba harta de que los hermanos Hardaway decidieran mi destino.

—De acuerdo —le dije a Penny de repente, interrumpiendo sus garabatos. Ella me miró con los ojos muy abiertos—. Iremos a ese club.

El club resultó ser el de mi padre. El colmo de la ironía.

Pero tenía su lado bueno. Por un lado, era territorio seguro; nadie sería tan estúpido como para tocar a la hija del Don en su propia casa. Por otro lado, si Matthew o alguno de los hombres de confianza de Levi me veía, estaba muerta. Había dejado mi móvil en casa de Penny para engañar al GPS. Ahora mismo, para mi padre, yo estaba viendo películas de los noventa. Principalmente comedias románticas.

En realidad, estaba atravesando una marea de cuerpos sudorosos bajo luces de neón azules y rojas. El tequila quemaba en mi garganta tras el tercer shot. La adrenalina era un zumbido constante en mis oídos.

—¿A quién demonios buscas? —Digo entre el bullicio.

Penny escanea todo el lugar con sus ojos azules brillantes y chasquea la lengua.

—Te dije que quería presentarte a alguien —asiento porque era

cierto—. ¡Allí está!

Toma mi mano y me arrastra hacia otro extremo, uno donde las luces son más suaves y hay pequeñas mesas y sofá de terciopelo rojo. Es un lugar más reservado, donde siempre se encuentran las parejas o... gente siendo amenazada.

—Maddie, quiero presentarte a Jace —mierda—. Jace, ella es mi mejor amiga.

Me quedé helada.

Jace. Uno de los soldati de mi padre. Uno de los hombres más letales y peligrosos. Busco en mi mente su expediente y lo encuentro: se cobró su primera victima a los quince años de edad, fue criado por militares y sus padres murieron en un accidente aéreo por terroristas. Tiene veintitrés años, ha asesinado a más personas de las que podría recordar.

Trago saliva.

Agregar al expediente: ahora sale con mi mejor amiga.

—¿Qué demonios haces aquí? —Dijo él, olvidándose de Penny.

Mi mejor amiga parpadeó, claramente confundida.

—¿Se conocen?

Mierda, Maddox. Piensa rápido.

—Somos primos —solté la primera mentira que me vino a la mente—. Primos segundos. El lado de la familia que nadie soporta.

Jace me siguió el juego, aunque su mandíbula estaba tan tensa que parecía a punto de romperse.

—Claro. Primos —murmuró—. No sabía que teníamos a Maddox en común.

Penny nos miró con sospecha.

—De acuerdo —dudó—. Debo ir al baño —anunció y clavó sus ojos en mí, alcé una ceja—. Maddox, ¿me acompañas?

—Oh, no, estoy bien aquí —mentí. Necesitaba hablar con Jace a solas, esta es mi oportunidad—. Te esperamos aquí, ¿de acuerdo?

En cuanto se alejó, Jace se inclinó hacia mí, sacando su móvil.

—¿Qué demonios haces aquí? —Decimos al mismo tiempo.

Presiono los párpados y niego.

—¿¡Qué demonios haces con mi mejor amiga!? —Lo ataco—. ¿Tienes idea lo peligroso que es? ¡Ella no tiene idea...!

—¿Qué? ¿Que su mejor amiga es dueña de un imperio criminal? —Presiono los labios—. No me jodas, Maddox. Eres tú la que está mal aquí.

—¿Disculpa? Es el club de mi padre...

—Exacto —dice entre dientes y se acerca un paso invadiendo mi espacio—. Sé muy bien cuáles son tus limites. Sé que no puedes estar aquí.

—¿Y quien lo dice?

—Matthew —trago saliva y él niega—. Lo llamaré en este momento —lo veo sacar su móvil y antes de que pueda darse cuenta se lo arrebato con facilidad—. ¡Maddox!

—No lo harás.

Pone los ojos en blanco.

—¡Por el amor de Dios! ¡No te comportes como una niña!

—Y tú no te comportes como un imbécil —alzo una ceja—. Puedo cuidarme sola, he recibido el mismo entrenamiento que tú.

—Maddox...

—Y nadie sabe quien soy...

—Pero ¿tu no te has visto al espejo? —Pregunta desesperado—.

¡Eres igual a tu padre! —Trago saliva, era cierto—. Esto puede ser peligroso...

—Al igual que tú saliendo con mi mejor amiga —me mira sin poder creer lo que digo y me sonríe—. No necesito una maldita niñera y tú debes alejarte de Penny.

—Ni en sueños, princesa —me sonríe con sorna—. Somos dos personas libres que buscan follar y divertirse. No me alejaré —se acerca un paso más—. Pero tú, te largas de aquí.

La furia Salvatore me recorrió la columna. Estaba harta de ser la muñeca a la que todos daban órdenes.

—Ten cuidado, Jace —me acerqué tanto que pude ver cómo se dilataban sus pupilas—. Tú trabajas para él, pero yo soy su sangre. Si le haces daño a mi amiga, te prometo que desearás que hubiera sido Matthew quien te encontrara esta noche y no yo.

El rubio tragó saliva, reconociendo la amenaza real en mi voz. Bien. Si debía hacerles saber que debían temerme y respetarme lo haría, me gustaba cómo se sentía.

—Quédate cerca de nosotros y no te muevas —cedió él, rindiéndose—. Matthew no está aquí, así que no diré nada… si te comportas.

Le sonreí, saboreando la pequeña victoria.

Usar mi herencia para infundir miedo se sentía embriagador.

Por el rabillo del ojo capto una cabellera naranja y me alejo un paso simulando una sonrisa, aliso mi vestido con tranquilidad como si jamás hubiera pasado nada.

—¿Vamos por un par de tragos? —Preguntó Penny, regresando.

La sonrisa de mi mejor amiga se borró al mirar por encima de mi hombro. Hice una mueca al notar el cambio en su actitud.

Jace se puso rígido al instante.

¿Y ahora qué demonios ocurre?

Intenté darme la vuelta para ver porqué ambos habían quedado petrificados, pero una mano firme se posó en mi cintura y una voz ronca, cargada de una posesividad que me hizo temblar, me detuvo antes de que pudiera moverme.

—Maddox.

Mierda.

CAPITULO 13
maximo

Debería ser un delito llevar ese vestido en un club como este.

Debería ser un crimen tener ese cuerpo.

Y debería considerarse una declaración de guerra.

La tela roja se ceñía a sus curvas como una segunda piel de seda, tan corto que desafiaba la gravedad y tan vibrante que hacía que el resto del club se desvaneciera en un gris insignificante.

Cuando Maddox se giró y sus ojos turquesas colisionaron con los míos, el aire abandonó mis pulmones. Por un segundo, mi lealtad a los Salvatore y mi instinto de supervivencia se borraron. Solo quedó el hambre. Una necesidad ciega de enredar mis dedos en su cabello rubio y estrellar su boca contra la mía hasta que ambos olvidáramos nuestros apellidos.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Desde aquel asalto en el ring, mi mente se había convertido en un proyector averiado que sólo reproducía una escena: su cuerpo bajo el mío, el calor de su piel filtrándose a través de mi ropa y esa mirada de desafío que pedía a gritos ser doblegada. Me importaba una mierda que fuera la hija de Levi Salvatore. Podía ser la hija del mismísimo Lucifer y yo seguiría queriendo arder en su infierno.

Era un suicidio. Cada fibra de mi ser gritaba peligro, pero yo siempre había sido un adicto a la adrenalina.

Por eso la había acechado en clase esa tarde. Me había quedado en las sombras, observándola como un depredador que estudia a su presa, disfrutando del momento exacto en que sus mejillas se tiñeron de rosa al notar mi peso sobre ella. Había una cuerda invisible tensándose entre nosotros, y yo estaba tirando con todas mis fuerzas, esperando ver quién se rompía primero.

Maddox se acercó con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Antes de que pudiera articular un reproche por su imprudencia de estar aquí, su mano —pequeña, suave, letal— se posó en mi mejilla. Me obligó a bajar la cabeza. Sus labios quedaron a milímetros de los míos, desprendiendo un rastro de tequila que me provocó un escalofrío.

—Sígueme la corriente —susurró.

Su aliento cálido fue una caricia que me tensó los músculos. La rabia me recorrió la columna al procesar que había bebido. Estaba vulnerable en un nido de serpientes y cualquier idiota podría intentar aprovecharse. El solo pensamiento de otra mano tocando lo que yo ya consideraba mío hizo que mi visión se tiñera de rojo.

—¡Pudiste venir! —Exclamó ella para el beneficio de Jace y Penny, fingiendo una alegría que goteaba sarcasmo—. Olvidé mencionarte que nos veríamos aquí.

Penny nos observaba con el ceño fruncido, tratando de encajar las piezas de este rompecabezas roto. Jace, por otro lado, me lanzaba una mirada que decía claramente: Estás cavando tu propia fosa, hermano. Tenía razón. De hecho, estaba cavando lo suficientemente profundo para que ambos entráramos en ella.

—¿Ustedes…? —empezó la pelirroja.

—Es una larga historia —intervino Maddox. Me dio un empujón sutil, y yo reaccioné rodeando su cintura con mi brazo, atrayéndola contra mi costado.

Sentí el espasmo de su cuerpo al chocar con el mío. Una descarga eléctrica viajó desde mi palma hasta mi ingle. Sonreí, disfrutando de su incomodidad y disimulando el hecho que me encontraba completamente duro a su lado.

—Vayan por esos tragos —dije, mi voz salió más ronca de lo que pretendía—. Necesitamos un momento.

En cuanto Jace se llevó a Penny, arrastré a Maddox hacia un rincón oscuro, donde los sofás de terciopelo rojo ocultaban las peores intenciones. La acorralé contra el respaldo, mi sombra la cubría por completo, la vi tan pequeña frente a mi que por un segundo me hizo olvidar quien era Maddox de verdad.

—Tienes un minuto para explicarme qué haces en este club sin protección —exigí, mi mano aun apretando su cintura.

Noté el movimiento de su garganta al tragar saliva y el impulso de rodear su cuello con mis dedos fue más fuerte pero logré controlarme.

—¿Y tú que haces aquí? —Desafió—. ¿Tu obsesión te trajo hasta a mí?

Presiono los labios en una fina línea.

—Cincuenta segundos, rubia…

—¡No sabía que Penny me traería aquí! —Bufó, sus ojos echando chispas—. Chicago es enorme, ¿cómo iba a saber que terminaríamos en el club de mi padre?

Niego.

—¿Y cómo es que lograron entrar?

—Identidades falsas —dijo con simpleza.

Maldigo por lo bajo y trato de recordar quien es el guardia de turno esta noche para tener una conversación y aclarar puntos.

—Vas a salir de aquí ahora mismo. Si Levi se entera…

—¡Él no tiene por qué saberlo! —Se acercó, desafiante, pegando su pecho al mío—. ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Porque cualquier cosa puede ocurrirte! —Digo entre dientes—. ¿No entiendes lo que es llevar tu apellido y lucir igual que él?

—Claro que si...

—No, no lo entiendes —la interrumpo—. Porque de hacerlo

estarías en tu cama y no provocando incendios en una pista de baile —trago saliva al notar lo que dije y ella alza una ceja—. Voy a llamar a Matthew. Ni Jace ni yo vamos a ser tus niñeras esta noche.

—¡No necesito una maldita niñera!

Maddox se movió con la rapidez de una cobra. Antes de que pudiera procesarlo, su pie enganchó el mío y su mano presionó mi pecho con una fuerza técnica. Caí de espaldas sobre el sofá rojo, y ella se encaramó sobre mí, una de sus rodillas hundiéndose en el terciopelo justo al lado de mi entrepierna. Me sujetó del cuello, obligándome a mirar hacia arriba, hacia su rostro de ángel caído.

—No vas a llamar a nadie —siseó. Sus dedos presionaron mi tráquea, lo justo para hacerme jadear—. Me lo debes, Max. Estás vivo porque yo decidí que lo estuvieras. Podría haberle dicho a mi padre que te aprovechaste de mí en ese ring.

—Eso no fue lo que ocurrió…

—¿Importa? —Desafió—. Solo tengo que chasquear los dedos y desapareces de la faz de la tierra. No me pongas a prueba.

Nos sostuvimos la mirada por un segundo y no pude evitar pensar que esta era la Maddox que me gustaba, la que no se escondía y fingía ser normal.

¿A cuántos otros que la han molestado habrá hecho desaparecer con solo chasquear los dedos?

Dios. Estaba tan jodidamente excitado que me dolía.

Esta era la Maddox que me obsesionaba. La que no fingía ser una princesa, sino la que aceptaba la oscuridad de su linaje. Sus labios rojos estaban a una distancia tortuosa de los míos.

Alguien se aclaró la garganta a nuestra espalda y fue como si eso nos trajera de vuelta a la realidad, Maddox se incorporó con facilidad y yo hice lo mismo, antes de dejar que se aleje la tome del brazo para acercarla y susurrarle al oído.

—Compórtate y no dejes que nadie se acerque demasiado. Nadie,

Maddox.

Se zafó de mi agarre y fue directo hacia Jace, quien se encontraba solo sin Penny. Luego de preguntar dónde estaba su amiga y que este le respondiera, la rubia se marchó sin girarse ni una sola vez. Intenté seguirla pero mi compañero me detuvo, le lancé una mirada de advertencia que él ignoró.

—¿Qué estás haciendo, Max?

—No es de tu incumbencia—gruñí.

Cerró los ojos mientras negaba, el típico gesto que hace alguien cuando se está divirtiendo con una situación pero a Jace no le parecía divertido, sabía que pensaba lo mismo que yo: era una terrible idea.

—Lo entiendo, de verdad —dijo luego de un rato—. Me gusta más su amiga pero debo admitir que esta buena, y el hecho de que sea la hija del jefe lo hace más tentador pero eso no puede ocurrir. Lo sabes, ¿verdad? —Seguí con la vista fija en el lugar por el que Maddox se había alejado—. Eres hombre muerto, Max.

Estaba claro que Jace tenía razón.

¿Pero por qué ahora estaba más tentado que antes?

CAPITULO 14
maximo

la dejé ir porque, si pasaba un segundo más inhalando su aroma a cerezas y pecado, no iba a importarme quién estuviera mirando. La habría tomado allí mismo, sobre el sofá de terciopelo o contra la pared, marcando su piel hasta que olvidara que lleva el apellido de un Don.

Necesitaba sacármela de la cabeza. O mejor aún, necesitaba follármela una sola vez para demostrarle a mi cuerpo que no es más que una niña caprichosa con una cara bonita.

Esa era la mentira que me repetía: una vez y la obsesión moriría. Una vez y el veneno saldría de mi sistema.

Porque eso era Maddox para mí: un veneno letal que me llevaría a joderlo todo.

Yo llevo una serpiente tatuada pero ella es el dragón más letal.

Llegué a la barra y el barman me sirvió un whisky sin que tuviera que pedirlo. Trabajar para Levi Salvatore tenía sus privilegios, pero hoy se sentían como una soga al cuello. El líquido amargo quemó mi garganta, pero no fue suficiente para apagar el fuego que Maddox había encendido con un simple roce de su piel.

Me giré y apoyé los codos en la madera, de espaldas a la barra, barriendo el club con la mirada, en busca de cualquier posible amenaza, pero mis ojos, traidores y hambrientos, siempre terminaban en el mismo punto: el destello rojo de su vestido en la pista de baile. Su cintura se movía con una lentitud que debería estar prohibida. Cada vez que bajaba, mi mandíbula se tensaba un poco más.

—¿No crees que deberíamos llamar a tu hermano? —La voz de Jace me sacó de mi trance. Tenía una ceja alzada y una expresión

que mezclaba la diversión con el instinto de supervivencia.

—¿De qué hablas? —Gruñí, sin apartar la vista de Maddox.

—De ella. Esto va a terminar en sangre, Max. Y preferiría que no fuera la mía.

—Exageras. Levi cree que está en casa de Penny —digo para intentar relajarlo—. Si no se entera, no hay sangre.

—No hablo de Levi —Jace se inclinó, bajando el tono—. Hablo de Matthew —arrugué la frente sin entender—. Si algo sale mal esta noche, él es a quien deberías temer.

—No seas exagerado...

—Es su sombra —me recuerda—. Y las sombras no perdonan que alguien intente tocar lo que protegen.

Ignoré su advertencia.

Matthew era mi sangre, mi hermano mayor. Se había puesto furioso en el gimnasio, sí, pero porque es un profesional. No porque ella le importara más que yo. O eso quería creer.

De pronto, lo vi. Un tipo de camisa blanca y tatuajes vulgares rodeó la cintura de Maddox. Mi visión se tiñó de negro y lo que sigió no respondió a la lógica; fue un impulso animal. Dejé el vaso en la barra con un golpe seco y me abrí paso entre la multitud. Atravesar la marea de cuerpos sudados y enloquecidos por las drogas y la música resultó casi imposible, pero en cuanto llegué había desaparecido.

Todo mi cuerpo se puso en alerta. ¿Cómo demonios se la habían llevado tan rápido?

Penny bailaba con otro tipo y arquea una ceja, si se hubieran llevado a Maddox en contra de su voluntad no estaría tan tranquila.

A menos que se haya ido por voluntad propia.

Presiono mis puños a mi costado.

Comencé a caminar sin seguir nada en particular, solo con la visión teñida de rojo sangre. Acabé en los pasillos que llevan a los baños, entonces los vi. Allí estaba ella, acorralada contra la pared por ese imbécil que se creía con derecho a tocar lo que no era suyo.

La mano de él descansaba en la mejilla de ella y Maddox tenía un dedo enredado en su propio cabello mientras le sonreía de forma provocativa.

Iba a correr sangre pronto.

No le di tiempo a hablar. Lo tomé del hombro y lo estampé contra la pared opuesta. Mi antebrazo presionó su garganta hasta que su rostro se volvió púrpura.

—Eres hombre muerto —le susurré, disfrutando del pánico puro en sus ojos.

—Max, espera…

—¿Tienes idea de quién es ella? —Sonreí mientras el pelinegro apartaba la vista hacia un punto detrás de mí y sus ojos se abrieron por la impresión.

Eso es. Ahora era consciente del peligro real.

—Y-yo lo siento, no t-tenía idea que eras s-su hija —balbuceó como un idiota sin apartar sus ojos de los de ella.

—No la mires —dije entre dientes—. Y no vuelvas a estar cerca de ella, ¿escuchaste?

—Yo…

—Si llego a ver que te vuelves a acercar te daré de comer a los peces del lago —amenazo con voz letal— ¿Está claro?

Lo solté y salió huyendo como la rata que era. Me giré hacia Maddox, esperando gratitud. En su lugar, recibí un empujón.

—¿¡Qué demonios te ocurre!?

Alzo ambas cejas sin dar crédito a sus palabras.

Antes de que pueda reaccionar la tomo del brazo con fuerza y la acerco a mi. Si piensa que puede jugar con fuego, que puede dejar que otro le ponga una mano encima está muy equivocada y si se lo debo hacer entender no tengo ningún problema.

—Te dije que te comportaras —le siseé, atrapando sus muñecas y pegando su cuerpo al mío. La luz roja del pasillo hacía que sus ojos turquesas parecieran brasas—. Te lo advertí, Maddox.

—Suéltame…

—¿Cómo permites que alguien más te ponga una mano encima?

—¿Por qué te comportas como un imbécil?

Me muerdo el labio inferior intentando buscar una pizca de autocontrol en mi interior pero parece que todo se esfumo.

—¿Cómo es posible que me saques de quicio de esta forma? —Murmuro—. ¿Cómo es que logras ponerme así? ¿Qué es lo que tienes...?

—Basta —dice entre dientes intentando zafarse—. Deja de perseguirme como un psicópata...

—Te lo advertí —le recuerdo.

—No creí que fuera de tu incumbencia lo que hago o dejo de hacer —desafió—. ¿Cómo es que de la noche a la mañana dejé de parecer invisible para ti?

—Todo lo que hagas es de mi incumbencia —me escuché decir con ira resonando en cada vocal—. ¿Acaso no lo entiendes?

—No —dice entre dientes—. No te entiendo y no quiero hacerlo.

Intenta zafarse pero la retengo con más fuerza.

—Suéltame…

—Maddox…

—¿Qué demonios ocurre contigo? —Noto la ira mezclarse con el desafío en su voz—. ¿Los límites no se aplican a ti?

Me gustaría decirle que no. Que ningún limite sería lo suficientemente fuerte para alejarme porque estaría dispuesto a cruzarlos a todos. Estaría dispuesto a quemar cada límite entre ambos si eso me hace estar con ella.

Mierda.

Ser consciente de mis pensamientos me obliga a tragar saliva.

—¿Quieres que me aleje? —Pregunto en voz baja. La atraigo más cerca y noto un temblor en su labio inferior. ¿Será tan dulce como imagino si lo pruebo? ¿Si la reclamo ahora, me alejará o se entregará a mí?—. Responde, Maddox.

Su respiración se volvió superficial. Sus ojos bajaron a mis labios con una necesidad que ella no podía ocultar por más que me llamara imbécil. Maddox no era una víctima; era una tentación diseñada para destruirme.

—Eres un imbécil —susurra.

—Llamaré a tu padre —la provoqué, sacando mi móvil con mi mano libre—. Se acabó el juego.

Maddox se movió con rapidez y antes de que pudiera reaccionar se deshizo de mi agarre y me arrebató el teléfono. Se alejó unos pasos, desafiante.

—Eres lento —murmuró.

Trago saliva. Su sonrisa se vuelve pecaminosa, alza el mentón hacia mí de forma desafiante y me hace preguntar donde quedó la Maddox molesta de hace un momento.

—Deja de jugar, princesa —le advierto.

—Pensé que nos estábamos divirtiendo —susurró apoyando la espalda en la pared frente a mí—. ¿Qué ocurre? ¿Ya no quieres jugar?

—No te metas en un juego que no podrás controlar —dije entre

dientes.

—Mmh —susurró—. Creo que lo podré controlar muy bien.

Dijo esas palabras en voz baja y con un deje sensual, luego hizo algo que me dejó sin aire: deslizó mi móvil por el escote de su vestido, dejando que el aparato negro desapareciera entre sus pechos.

Mierda.

La sangre me hirvió. Ya no quería el teléfono; quería arrancarle ese vestido rojo y ver cuánto de Salvatore quedaba en ella cuando estuviera bajo mi cuerpo.

Caminé hacia ella. Maddox se apoyó contra la pared, arqueando la espalda, ofreciéndose y retándome al mismo tiempo. Noté como pasaba su lengua por su labio inferior y desee que fuera mi lengua.

—¿Nunca te dijeron que no debes provocar a los tipos como yo?

Su sonrisa se curva de forma leve.

—No creí que fueras tan aburrido —murmura—. Quizás deba buscar a alguien más para provocar...

—Los ratones no juegan con los gatos, rubia.

—Te sorprendería lo que este ratón puede hacer —murmuró.

Este era un juego que podíamos jugar los dos y era mi turno de mover mi pieza.

Salvé la distancia como si no existiera el aire entre nosotros. Mi mano subió por su muslo, lenta, deliberada, levantando la tela del vestido hasta que pude enganchar su pierna y subirla a mi cintura. El jadeo que se le escapó fue una rendición breve, traicionera. Presioné mi pelvis contra su centro, sin disimulo, dejando que sintiera exactamente lo que me provocaba su jueguito, su desafío constante. Quería que supiera que me tenía atrapado… y que aun así no pensaba rendirme.

—Maddox —susurré, como una advertencia, como una promesa que no debería existir.

Ella abrió los ojos apenas, lo justo para clavarme esa mirada cargada de desprecio fingido y hambre real.

—No arruines el momento —pidió, aunque sus manos ya se aferraban a mi camisa, arrugándola como si necesitara algo a lo que sujetarse.

Echó la cabeza hacia atrás y me ofreció el cuello sin decirlo, me acerqué lentamente, mordí la línea de su mandíbula, lento, marcando territorio. Olía a algo dulce y peligroso, y me odié por necesitarla tan cerca.

—Los ratones deberían portarse bien —murmuré contra sus labios, sin besarlos, disfrutando demasiado de la tortura.

Mi mano apretó su carne con una posesividad que me tensó el pecho, que me recordó que con ella siempre estaba a un paso de perder el control.

—Quizás los gatos deberían aprender a jugar —respondió, y esta vez fue ella la que atacó primero.

Me mordió el labio inferior con la fuerza suficiente para hacerme gruñir, para encender algo oscuro y primitivo en mí. Nuestras frentes quedaron apoyadas y nuestras respiraciones se mezclaron, el beso estaba suspendido como una amenaza.

No nos soportábamos.

Y sin embargo, si daba un centímetro más… sabía que no habría vuelta atrás.

No me detuve a pensar bien lo que hacía. La besé con una violencia hambrienta, una que nació en la boca del estómago y se propagó como un incendio fuera de control. No fue un beso torpe ni romántico, fue más bien un choque caótico y sin sentido. Sabía a tequila, a rebelión y a todo lo que yo no debería desear si pretendía seguir respirando al día siguiente.

Mi lengua reclamó la suya, una caricia peligrosa que no necesitaba de invitación. No quería probarla: quería conquistarla, desarmarla, borrar cualquier rastro de la niña protegida que el mundo creía ver en ella y encontrar a la mujer que me había derribado en el sofá minutos antes. Maddox respondió con una desesperación que igualaba la mía.

Sus manos subieron hasta mi nuca, hundió los dedos en mi cabello y tiró de las raíces con una fuerza que me arrancó un gruñido bajo, animal.

Me presioné más contra ella, atrapándola entre el frío implacable del mármol y el calor asfixiante de mi cuerpo. Sentí cómo se le aceleraba la respiración, cómo su pecho chocaba contra el mío. Estábamos en el club de su padre, a metros de hombres que me arrancarían la piel sin pestañear si supieran lo que estaba haciendo, pero en ese pasillo angosto y oscuro, ella era lo único real. El resto del mundo podía arder.

Solté su boca apenas para tomar su mandíbula entre mis dedos, obligándola a mirarme. Sus ojos brillaban, furiosos, encendidos. Demasiado vivos.

Bajé la mano libre, la que no la sostenía con una posesividad que ya no intentaba negar, y la deslicé por la seda de su vestido. La tela era un obstáculo que odiaba. Mis dedos siguieron la curva de su cadera hasta encontrar el borde del vestido rojo. Subí la tela con una lentitud tortuosa, mis nudillos rozando la piel sensible de su muslo, disfrutando de cada estremecimiento involuntario.

Maddox soltó un jadeo contra mis labios, un sonido quebrado, imperfecto que envió una descarga eléctrica a mi entrepierna. Me mordí el labio inferior al sentirla temblar entre mis manos.

—Más —susurró ella entre besos, con el aliento entrecortado rozándome la mejilla, como si la palabra fuera una orden y una súplica al mismo tiempo.

No necesité que me lo repitiera. Estábamos mal posicionados,

peligrosamente alineados, mi entrepierna presionando contra su centro sin margen para la duda. No llevaba medias; solo piel desnuda, tibia y sedosa, un contraste brutal contra la aspereza de mis vaqueros. La sensación me recorrió como una descarga directa a la espina dorsal.

Hice un movimiento circular con la pelvis, lento, calculado, cruel. La fricción le arrancó un gemido prolongado que vibró entre nosotros como una confesión. Maddox echó la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea pálida de su cuello, y yo no desperdicié la invitación.

Abandoné su boca para marcar su piel con mis dientes, dejando una estela ardiente sobre su pulso acelerado, sintiéndolo latir desbocado bajo mis labios.

Mi mano volvió a ascender por su muslo, lenta, posesiva, hasta rozar el borde de su ropa interior. Sentí su reacción inmediata, ese estremecimiento involuntario que me golpeó más fuerte que cualquier rechazo previo. El hecho de que su cuerpo me respondiera así, sin reservas, hizo que mi autocontrol empezara a resquebrajarse.

Ella se arqueó contra mí, buscándome, empujándose hacia ese contacto como si le doliera la distancia mínima que aún existía. Sus uñas se clavaron en mis hombros a través de la camiseta para asegurarse de que no pensaba irme a ningún lado.

El bajo de la música retumbaba en las paredes del pasillo, filtrándose hasta nuestros huesos, mezclándose con nuestras respiraciones irregulares. Cada segundo que pasaba era una provocación más. Estaba a un solo paso de cruzar una línea imposible de desdibujar, de perderme del todo, de reclamar algo que no tenía derecho a querer.

Entonces, la realidad nos golpeó de la forma más brutal posible.

Una vibración violenta comenzó justo entre nuestros pechos. El sonido de mi móvil y la pantalla iluminada traspasó la fina tela de su

vestido. Cerré los ojos ahogando un gemido y una maldición.

Maddox se tensó y sus ojos se abrieron de golpe, recuperando la claridad del miedo. El hechizo se rompió con la misma violencia con la que había comenzado. Sacó el móvil de su escote, y el brillo azulado de la pantalla reveló el nombre que nos devolvió a la realidad:

MATTHEW.

CAPITULO 15
maddox

dicen que un beso es el principio de algo. En mi caso, se sintió como un final. El final de la tregua conmigo misma. El final de la mentira cuidadosamente construida en la que fingía que tenía el control, que mi vida podía seguir siendo... normal.

Porque había cruzado más que limites figurativos anoche, había cruzado líneas impensadas. En mi mundo, los besos no son promesas; son contratos de sangre. Y yo acababa de firmar uno con el diablo. O al menos así me lo parecía cuando se trataba de Máximo Hardaway.

Nunca me besaron así.

No con esa violencia que no pedía permiso.

No con esa certeza brutal de alguien que no estaba probando suerte, sino reclamando territorio. Su boca sobre la mía se sintió como una maldita marca. Una advertencia grabada en mi piel y, peor aún, en mi cabeza.

Habían pasado exactamente diez horas y seiscientos segundos desde que los labios de Max reclamaron los míos en la penumbra del club de mi padre. El tiempo debería haber diluido el sabor, pero su rastro seguía allí, quemando mi piel como una marca al rojo vivo.

Las palabras de mi mejor amiga hicieron eco en mi mente.

Dicen que es un Dios en la cama.

Mierda, ¿estaba pensando de esa forma sobre el imbécil y arrogante que me trataba de princesa malcriada y me recordaba lo insufrible que era para él?

No. No podía. Aparté esas ideas de inmediato.

Me repito que fue solo un beso. Uno imprudente. Uno que no

significa nada. Pero mi cuerpo no coopera con la versión racional de la historia. Todavía puedo sentirlo. La forma en que me desarmó sin tocarme demasiado. La manera en que me hizo olvidar quién era yo antes de él, aunque fuera por unos segundos imperdonables.

Pero quizás lo peor de todo era el recuerdo de mi placer, de la forma en que disfruté lo cerca que estuve de la ruina.

El hecho de haberme sentido su presa y haberlo disfrutado.

No sé muy bien en qué momento pasé de ser la chica invisible y aburrida para él a ser su presa, pero no debería cuestionar el orden de los factores, sino por qué no me había molestado. Por qué lo había disfrutado cada maldito segundo.

—¿Abejita?

La voz de mi padre cortó el aire como una cuchilla. Me sobresalté, mis dedos apretando el borde de la puerta abierta de la nevera. El frío del electrodoméstico no era nada comparado con el hielo que recorrió mi columna al ver a Levi Salvatore observándome. ¿En qué momento había aparecido? ¿Cuánto llevaba observándome?

Dios, si Levi pudiera leer mentes más le valía a Max estar a kilómetros de distancia si no quiere estar a metros bajo tierra.

Pero no tenía forma de saberlo, ¿cierto?

El recuerdo de la noche anterior apareció en mi mente. La forma en la que regresamos a la realidad por la llamada de Matthew.

Mierda, Matthew.

—Hola, Levi —logré decir, intentando que mi voz no sonara como el desastre que era por dentro.

Él arqueó una ceja, tenía una postura demasiado relajada para alguien como él. O quizás estaba siendo paranoica.

—Llevas diez minutos mirando ese cartón de leche como si fuera a revelarte los secretos del universo. ¿Estás bien, Maddox? ¿O tengo que empezar a preocuparme por tu salud mental?

Puse los ojos en blanco.

—Estoy perfectamente —mentí. Las mentiras eran la moneda de cambio en esta casa—. Solo… no dormí bien.

Sus ojos me escanearon.

—Maddox, te permito estar en el negocio pero no quiero que juegues con lo que hacemos —arrugo la frente sin comprenderlo—. Comercializamos armas y tienes la tuya propia, comercializamos drogas pero no quiero...

—Por Dios —lo interrumpo sin poder creer lo que dice—. No he consumido nada, Levi. Solo estoy cansada.

—¿Segura? —Murmuró. Alce una ceja en actitud de reproche y él asintió—. Solo las vendemos, no las consumimos.

Era una de las reglas de Draghi, una de las tantas. Como la que más le gustaba a Levi: disparar, luego preguntar.

—Estoy bien —digo en un suspiro.

—Más te vale. Eres una Salvatore y nosotros...

—No tenemos debilidades —murmuré y suspiré—. Ya. Conozco nuestro código.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

Sentí que podía ver el fantasma de las manos de Max en mi cintura, el recuerdo de sus gruñidos contra mi cuello.

Por un instante, el pánico me robó el aire.

—Me voy de la ciudad en dos horas —soltó de repente, rompiendo la tensión—. Negocios en Nueva York. Volveré mañana.

El alivio fue tan potente que casi me flaquearon las piernas, pero lo oculté con una mueca de fastidio.

—¿Y me lo dices ahora?

—Surgió un imprevisto con los Lucchese —dijo mientras se

ajustaba su reloj de mil dolares—. Debo viajar.

Asentí. Sabía lo que ocurría y Levi comenzaba a perder la poca paciencia que tenía para estas cosas.

—¿Aún no consigues el trato? —Niega.

—Jamás creí que a mis casi cuarenta años tendría que soportar los juegos de un niño—suspiró—. Ya lo conocerás, el heredero de los Lucchese es completamente extraño...

—¿Lo conoceré?

—Por supuesto —asiente y trago saliva. Sus ojos brillan—. Es hora de que conozcas tu imperio.

—Ya, pero... ¿Tan pronto?

—Todo depende de lo que ocurra esta noche —rodea la isla de la cocina y se acerca. Deja caer sus manos en mis hombros y me da un ligero empujón—. Si no logro cerrar el trato esta noche, te necesitaré.

Trago saliva.

Claro, por eso está ansioso por presentarme.

Te necesitaré, las palabras retumban en mi mente.

—Necesitarás el secreto mejor guardado de Draghi —murmuro con un nudo en la garganta pero fuerzo una sonrisa.

El acaricia mi mejilla con ternura.

—Confío en mi arma —me guiña un ojo antes de alejarse—. Me llevaré a Marcellino, lo voy a necesitar para tener seguridad. Matthew no me acompañará así que...

—¿Por qué no?

—Necesito a mi Chefe, no a mi consigliere, ya sabes cómo es él...

—Claro —asiento con una mueca—. Matthew cerraría el contrato a

fuerza de disparos.

Mi padre asiente dándome la razón.

—Exacto. Siendo honesto, Matthew detesta a Lucchese así que temería que todo saliera mal por su culpa —me muerdo el labio inferior—. Dejaré a Matthew cuidando el perímetro.

—No necesito una niñera, Levi. Sé cuidarme sola.

—Matthew no es una niñera, es un seguro de vida.

—Mi Mossberg también es un seguro de vida —le recordé y acabó por asentir—. Mira, hagamos un trato...

—¿Un trato? —Preguntó con cautela pero noté su sonrisa asomar.

—Ponme a prueba esta noche —alza una ceja—. Sé donde tenemos las armas, se cómo protegerme y puedo contactar a Matthew si algo sucede.

—¿Estás diciendo que debo dejarte sola?

—¿No soy el arma de Draghi? —Asiente—. Entonces, ponme a prueba.

Lo veo tragar saliva y dudar. No debería pedirle esto, pero Levi ya ha hecho viajes de negocios antes y nunca me ocurrió nada. Sé defenderme, sé disparar y sé como pedir ayuda si necesito. No debería ser un problema quedarme sola por una noche. Y lo cierto es que necesito tiempo lejos del consigliere.

—De acuerdo —le sonrió pero él me apunta con su dedo acusador —. Pero promete que, si algo sucede, llamarás a Matthew.

—Por supuesto, Don —hago un saludo militar con mi mano.

Se acercó con una sonrisa, dejó un beso fugaz en mi coronilla y se dio la vuelta para dirigirse a su despacho a terminar de organizar su viaje.

Me refugié en mi habitación con palomitas y un refresco, encendí la televisión y elegí una película, la primera que apareció en el catálogo. Solo necesitaba acallar mis pensamientos y dejar de pensar en el imbécil de Máximo y en sus labios tan demandantes e intensos.

Intenté dormir pero era inútil.

Cada vez que cerraba los ojos, veía a Max. Su mirada de acero, su sonrisa ladeada que prometía pecado y ruina. Él era un soldati, un peón en el tablero de mi padre. Y yo era la reina que no debería ni siquiera saber su nombre. Pero entonces, ¿por qué parecía que la pieza en el tablero era yo?

Me quedé dormida con el peso de lo prohibido oprimiéndome el pecho.

Un estallido de cristal me arrancó del sueño.

Me incorporé de golpe, el corazón martilleando contra mi esternón como un animal enjaulado. El silencio que siguió fue peor que el ruido. Mi habitación estaba sumergida en una oscuridad absoluta. No había luz en las calles, no había luz en el pasillo. La tormenta había devorado la electricidad, y con ella, la seguridad de la mansión.

Sin electricidad, no había alarmas. Sin alarmas, la casa de los Salvatore era solo una caja de cristal esperando a ser rota.

—Mierda —murmuré.

Traté de encender mi móvil pero fue inútil, la pantalla negra me devolvía mi reflejo en la oscuridad. Por supuesto que en el momento más importante mi móvil estaría sin batería.

Una sensación que jamás había experimentado me recorrió la sangre y entonces lo supe: era miedo. Un miedo primario a la oscuridad, el saber que estaba completamente sola y no podía pedir ayuda.

Negué, apartando esas ideas y ese sentimiento desconocido. Suspiré y llené de aire mis pulmones intentando relajarme, convenciéndome de que nada ocurriría. No era la primera vez que me quedaba sola en casa.

Aunque siempre estaban los guardias. Siempre estaba Matthew en las sombras...

Y entonces, lo oí.

Pasos.

No eran los pasos erráticos de un ladrón novato. Eran pisadas pesadas, rítmicas, deliberadas. Alguien estaba subiendo las escaleras y no le importaba que yo lo escuchara. Quería que supiera que venía por mí. O quizás creía que no había nadie en casa. No supe que escenario sería peor.

Me deslicé fuera de la cama, mis pies descalzos tocaron el suelo frío y un escalofrío diferente recorrió mi columna. Metí la mano bajo el colchón y mis dedos se cerraron sobre la culata fría de mi Mossberg. Levi siempre decía que una Salvatore nunca debe estar desarmada, ni siquiera en sus sueños.

Por eso la guardo bajo el colchón desde los once años.

Abrí la puerta de mi habitación apenas unos centímetros. El pasillo era una boca de lobo. Mi respiración era lo único que rompía el silencio, hasta que oí un nuevo ruido proveniente de la planta baja.

Bajé los escalones pegada a la pared, con el arma en alto. La adrenalina me nublaba la vista, pero mi instinto estaba más despierto que nunca. Al llegar a la bifurcación del pasillo, vi la cocina. El viento silbaba a través de una ventana destrozada, lanzando fragmentos de cristal que brillaban como diamantes bajo la luz de los relámpagos.

Vi una sombra.

Me tensé, dispuesta a apretar el gatillo, pero antes de que pudiera siquiera girarme, el mundo se volvió del revés.

Una mano grande y callosa se estrelló contra mi boca, sofocando mi grito. Un cuerpo sólido, duro como el granito, me empujó contra la pared con una fuerza que me dejó sin aliento. El gemido de sorpresa y miedo se perdió en el trueno.

—Haz silencio, princesa —susurró una voz ronca en mi oído.

CAPITULO 16
maddox

Mi corazón palpita con demasiada fuerza, como si intentara salir despedido de mi pecho. Lo siento en mi espalda, es como estar pegada a una pared. Sus músculos están tensos y son de granito puro. Una de sus manos cubre mi boca para evitar que grite y la otra está sobre mi cintura.

Sus dedos presionan con un poco de fuerza pero a la vez de forma ligera. Trago saliva. Estoy segura de que es capaz de notar mi pulso acelerado y la forma en que mi piel se eriza por su toque. Aunque eso puede deberse al frío, ya que solo llevo puesto un pijama de camiseta de tirantes y pequeños pantaloncillos.

—Estás no son horas de estar despierta, princesa.

Mi mente se encontraba demasiado afectada por cómo su voz se escuchaba caliente sobre mi oído o lo bien que encajaba su mano en mi cintura.

Por un momento olvidé que estaba en medio de una situación de vida o muerte y que quizás corría demasiado peligro, pero supongo que eso me pasaba cada vez que Máximo estaba cerca: su presencia invadía cada espacio y no había rincón que no estuviera corrompido por su ser.

Como lo que ocurrió en el club.

Intenté moverme, pero solo sirvió para que acercara su cuerpo más al mío, si había algún centímetro de distancia entre nosotros este desapareció, su pecho chocó con mi espalda y en ese momento permanecí quieta.

—Tu piel está erizada —el tono burlón no me pasó desaparecido.

Su mano perdió fuerza y el roce casi imperceptible de sus dedos

sobre mi mentón me sobresaltó.

—Está helando aquí —dije entre dientes mientras su mano dejaba mi cara para pasar a mi cuello y permaneció allí, aunque sin ejercer presión, sentía su tacto sobre mi piel, su dedo presionando en el lugar exacto donde mi pulso se volvía loco.

—Ah, ¿sí? —murmuró cerca de mi oído. Me moví solo un poco y supe que fue una mala idea, era más consciente que nunca de que no llevaba mucha ropa encima y la tela de sus vaqueros creaba fricción en mi piel desnuda. Noté como se acercaba un poco más a mi oído— ¿Es por eso que tus pezones están duros también?

Algo caliente se instaló en mi vientre bajo, pero fue reemplazado por una ira arrolladora al darme cuenta que siempre terminamos en esta posición: él intentando burlarse todo el tiempo de mí. Puse toda mi fuerza de voluntad para ignorar el hecho de que algo húmedo se esparcía por el interior de mis muslos y recordar la situación en la que nos encontrábamos.

¿Tenía que comportarse como un maldito arrogante justo ahora?

—Si viniste a burlarte de mí, te recuerdo que es un mal momento —dije con voz queda y seca, cuidando el tono para que no puedan oírnos, pareció percibir mi molestia porque se apartó—. Por si no te diste cuenta, alguien se metió en mi casa, —incliné mi cabeza hacia un lado para verlo de soslayo—, a menos que tú seas el intruso. Sería una historia divertida para decirle a Levi, ¿no crees?

Pese a la oscuridad noté como ponía los ojos en blanco.

—No seas cínica, es una suerte que haya llegado a ti antes.

—No soy una damisela en apuro, Max —me giré por completo y coloqué la punta de la pistola en su pecho, puntualmente en su corazón, mientras inclinaba la cabeza hacia un lado.

Su rostro perdió color y frunció el ceño, en ese momento me di cuenta que él no había visto mi pistola, claro que en la negrura de la noche era difícil verla, pero aun así creí que estaba más que claro

que era lo que llevaba en mi mano.

Sonreí al notar su expresión de confusión, pero esta se desvaneció en un segundo.

—¿Llevas una maldita pistola? —su voz era indescifrable.

—Por supuesto que sí, la hija de un Don, ¿lo olvidas?

Un músculo en su mandíbula se tensó y, por una milésima de segundos, noto que contiene la respiración.

Aunque bien podría ser producto de mi imaginación.

—Jamás creí que una chica con una pistola se vería tan sexy.

El aire en mis pulmones se redujo a cero.

Agradecí la oscuridad que impedía que notara mis mejillas sonrosadas.

—¿En serio? —dije mientras bajaba la mano y me acercaba un poco más a él— ¿Hay alguien en mi casa y tú piensas que me veo sexy?

Pude ver como encogía los hombros.

—Una cosa no quita la otra —murmuró—. Espera aquí o sube a tu habitación, terminaré de revisar el resto de la casa.

¿Qué? ¿Que se creía?

Envolví mi mano en su antebrazo impidiendo que siguiera su camino y noté como se tensaba, pero no se apartó.

—No necesito estar escondida y ni siquiera conoces mi casa —dije tajante—. Ve a la cocina —con un leve gesto de mi cabeza le indiqué el camino y él asintió—. Yo iré a la sala de estar.

—De acuerdo —dijo con un tono que daba a entender lo poco de acuerdo que estaba conmigo—. En el mejor de los casos te veo aquí en diez minutos, y en el peor…

—Escucharás un disparo.

Noté como todo su cuerpo se tensaba y pude percibir un movimiento en sus labios, los separó levemente como si intentara decir algo, pero un segundo más tarde volvió a cerrarlos y presionarlos con fuerza, como si no estuviera seguro.

No me quedé a desentrañar los misteriosos mensajes encriptados que sus ojos escondían y me dirigí a la sala, percibí por el rabillo del ojo como él imitaba mis pasos hacia la cocina y me concentré en lo que debía hacer.

Al igual que toda las habitaciones de la casa, a excepción de la cocina y nuestro gimnasio privado, era un lugar amplio y elegante, decorado con una alfombra de diseño color negra. Aunque se podría pensar que es pura cuestión estética, Levi estaba obsesionado con las alfombras porque tragan el sonido de las pisadas y los restos de sangre a la perfección.

Había un amplio sofá negro que abarcada media pared, una biblioteca llena de libros, una pequeña mesa ratona que hacía juego con los demás muebles y un sofá individual que, viéndolo en general, no combinaba para nada con el estilo minimalista de mi padre. Era rústico, tenía un cojín color crema y una manta de piel sintética blanca, estaba posicionado de tal forma que tuviera una vista perfecta del ventanal que abarcaba gran parte de la pared que daba al patio trasero. La parte trasera de la mansión lindaba con el lago de Chicago, era increíble.

Levi la había pedido por encargo cuando yo tenía diez años y nadie más que yo se había sentado allí, podía pasar horas leyendo o viendo películas desde mi ordenador.

Algo en mi interior se estrujo al pensar en mi padre, esperaba que al menos él estuviera bien, que la reunión estuviera yendo de maravillas y que quien sea que estuviera en nuestra casa no tuviera relación alguna con el negocio que él estuviera llevando a cabo.

Barrí el lugar con mis ojos pero antes de que pudiera observar en detalle todo lo que se encontraba frente a mí un ruido rasgó el aire y todo mi cuerpo se puso en alerta.

Corrí hacia la cocina sin pensarlo dos veces, sin ser realmente consciente de lo que ocurría.

Había recibido clases de defensa personal toda mi vida; podía luchar cuerpo a cuerpo; desarmar una bomba y una granada en menos de un segundo. Sabía defenderme, y por supuesto sabía usar una maldita pistola.

Por eso no comprendía porqué me había congelado ante la escena que encontré en la cocina.

Max estaba en el piso, con un moretón en su ojo izquierdo y sangre alrededor de su cuerpo, pero no estaba inconsciente, todo lo contrario, estaba enfrascado en una lucha cuerpo a cuerpo con una figura completamente negra, de pies a cabeza, que se cernía sobre él.

Todo mi cuerpo estaba congelado. Como si estuviera presenciando la escena en tercera persona, me sentía fuera de mi propio cuerpo sin poder hacer nada. Estaba bloqueada. No podía mover ni un solo músculo y dudaba que estuviera respirando.

Pero sabía que tenía que hacer algo porque había escuchado un disparo y esa sangre podía ser de Max, y si le habían disparado no le quedaba mucho más tiempo...

Tenía. Que. Hacer. Algo.

—¡Maddox!

Su voz me hizo reaccionar y solo ahí fui consciente de todo el caos, de los gritos, de cómo todo mi cuerpo temblaba sin parar.

Alcé el brazo, apunté y disparé.

CAPITULO 17
maddox

Mis manos temblaban, pero mi puntería no había fallado. Al menos las prácticas de tiro sí dieron sus frutos, aunque Levi estaría quejándose y diciendo que por qué no le disparé directo a su cabeza y yo respondería que no tengo ningún interés en matar gente.

O eso creo.

El disparo fue directo al hombro derecho del atacante, provocando que debilitara su agarre sobre Max y este le diera una patada que lo echara hacia un lado. Momento que aproveché para acercarme a él y socorrerlo, tenía que saber si su sangre provenía del disparo que escuché y que tan grave era la herida.

—¿Estás bien? —su voz salió estrangulada.

Estaba agitado y con los ojos desorbitados, observando cada rincón de mi cuerpo buscando una herida o lo que le indique que me encontraba en una pieza. Lo miré extrañada.

—Claro que lo estoy, eres tú quien recibió un disparo —me arrodillé junto a él y tomé su rostro entre mis manos, por primera vez no sentí como se tensaba sino todo lo contrario, se relajaba ante mi tacto y sus ojos marrones parecían un líquido ámbar brillante. Quizás era la adrenalina, pero en lo único que podía pensar era en acariciarlo un poco más— ¿Estás bien? —murmuré.

Asintió con un lento movimiento, sin apartar sus ojos de los míos, pero antes de poder hablar un ruido llamó nuestra atención.

Max se apresuró a tomar mi pistola y apuntar, pero quien haya sido lo suficientemente idiota para meterse en mi casa ya se estaba alejando, pensé que de todas formas intentaría dispararle, ya que estaba corriendo con dificultad, pero se limitó a dejar el arma en el piso y volver a centrar su atención hacia mí.

—Tu brazo… —dije observando su herida.

—Estoy bien, no importa ¿segura que tú estás bien? Porque podemos ir al hospital de ser necesario…

—¡Max! —lo interrumpí—. Eres tú el que tiene un disparo, deberíamos ir al hospital por ti.

—No es necesario —dijo en un murmullo.

—Claro que sí…

Negó.

—Lo único que me importa es que tú estés bien —su voz era baja, áspera y profunda, la única vez que lo escuché hablar así fue cuando nos besamos.

También fue la única vez que tuve toda su atención sobre mí, como ahora. Tragué saliva y aparté la vista.

El ventanal que daba al frente estaba destruido, trozos de cristal se esparcen por todo el piso, estaba claro que se aprovecharon de la falta de electricidad y de alarmas para entrar por allí. Maldije en voz baja y me tensé cuando sentí los dedos de Max sobre mi mejilla, volví a verlo y dejé que sus ojos se sumerjan en los míos.

—Te prometo que no se quedará así, averiguaré quien fue el idiota que se atrevió a entrar y haré que se arrepienta.

La forma en que lo dijo, sumado a su semblante serio y enojado, hizo que mi corazón diera un vuelco. Hasta que recordé que no lo haría por mí, sino porque soy la hija del jefe y este era su trabajo, por eso él estaba aquí. No por mí.

Por mi padre.

Sostuve su brazo para apartarlo de mí y noté como mis dedos se empapaban de algo espeso y caliente, mi corazón comenzó a palpitar con fuerza ante el horror.

—Por Dios, estás perdiendo mucha sangre.

—No es nada…

—Max, debemos ir a un hospital.

—No —zanjó.

Presioné los labios en una fina línea hasta que terminé por aceptar.

—De acuerdo, vamos a mi habitación.

Un lado de su boca se extendió hacia arriba en una sonrisa traviesa.

—Diablos, Maddox, primero invítame a cenar.

—No seas idiota —mascullé mientras abandonaba el piso y ponía distancia entre ambos—. Tengo un kit de primeros auxilios, sé cómo curarte.

—Estoy muy seguro de que sabes cómo —murmuró con tono perverso y rodé los ojos sin prestarle atención.

Intenté tomar su brazo para guiarlo, pero me lanzó una mirada que me daba a entender que ahora él no era una damisela en apuros.

Contuve una sonrisa y caminé escaleras arriba hacia mi habitación, escuché sus pasos tras de mí, si la bala fue una herida superficial no debería perder tanta sangre, sin embargo, algo me decía que me mentía, pareció entrar en pánico cuando mencioné lo del hospital.

Lo miré de reojo y noté su tez pálida, por lo general llevaba un tono de piel más bronceado que el mío, pero estaba claro que la herida no era nada simple.

Máximo se sentó en el borde de la bañera mientras yo buscaba todo lo necesario para desinfectar su herida y cerrarla.

Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, en esa posición su cabeza me llegaba al pecho y debía alzar la vista para verme, la electricidad aún no había vuelto pero la pequeña ventana del techo

daba paso libre a la luz de la luna. No sabía qué hora era, pero estaba lejos de amanecer.

Acerqué mis dedos temblorosos a su camiseta negra y Max alzó una ceja con diversión.

—¿Ahora me desnudas?

—Eres insufrible —murmuré. Antes de dejar que hiciera un movimiento brusco tomé unas tijeras y le hice un enorme tajo en el medio, sus ojos brillaban de diversión y su sonrisa se tornó más perversa—. Si me sigues mirando así Max…

—¿Qué? ¿Qué harás? —murmuró.

—Te clavaré estas tijeras en la entrepierna —su sonrisa se esfumó y le dediqué una mirada de angelito antes de apartar del todo los pedazos de tela negra—. Ya no te servirá.

—Creo que me disparó en la pierna, por si quieres romper mis pantalones también…

Dejó de hablar cuando coloqué el filo de la tijera sobre su garganta y alcé una ceja desafiante.

—¿Decías? —presioné un poco y vi como pasaba saliva con fuerza.

—Lo siento —dijo sin aliento.

Asentí.

Desinfecté la herida y la evalué, efectivamente no había ninguna bala, pero no fue solo un roce, fue un poco más profunda por lo que si no era tratada como debía podía empeorar.

—Max, creo que deberías ir a un hospital…

—No, confío en ti.

—Pero…

—Ni de coña iré a un hospital, Maddox.

Exhalé todo el aire en mis pulmones mientras me armaba de valor

y paciencia, comencé a cerrar la herida tal como una vez me enseñaron en mi clase de primeros auxilios, despacio y con precisión, ignorando los pequeños quejidos de Max.

—¿Qué tienen de malo? —pregunté en voz baja, con la vista fija en la pequeña aguja—. Los hospitales…

Noté cómo tensaba todo el cuerpo e inhalaba y exhalaba varias veces antes de hablar.

—Fue donde vi a mis padres por última vez —detuve la aguja a medio camino, pero reaccioné lo suficientemente rápido como para que él no notara mi sorpresa—. Sabes que ellos murieron en un accidente, un conductor ebrio perdió el conocimiento y se estrelló contra su coche provocando que se salgan de la ruta —tomó aire y vi como la serpiente en su antebrazo se movía, se tensaba—. No he vuelto a un hospital desde entonces, me recuerda sus últimos momentos.

Terminé de cerrar su herida mientras un nudo se formaba en mi garganta impidiendo que hable, aunque en realidad no sabría muy bien qué decir. Jamás pensé que se abriría conmigo, quizás era un dato que le decía a todo el mundo, pero en este momento se sintió íntimo, revelador, bajó la vista como si le pesara la vergüenza.

Tomé un paño limpio y lo humedecí con desinfectante para pasarlo con suavidad por su herida.

—Lo siento —fue lo único que salió de mi boca y solo hizo que me sintiera como una idiota—. De hecho, no sé muy bien qué responder...

—Está bien —dice en voz baja—. No tienes que decir nada.

Trago saliva.

—Eran mejores amigos —susurro y Max asiente—. Milenka era increíble —sonrió por el recuerdo y el brillo en sus ojos se acentúa en algo que no sé descifrar.

—¿La recuerdas? —asiento—. Háblame de ella.

Sostengo su mirada.

—Era la mujer más bella del mundo —confieso—. Sus ojos… eran increíbles. Como dos gemas azules. Y estar junto a ella te hacía sentir…

—Seguro —acaba la frase por mi—. No sabía que la conocías… tanto.

—Pasaban mucho tiempo aquí, con mi padre. Jacob, principalmente —me encojo de hombros—. Pero Milenka venía de visita a veces, era una mujer tan dulce…

—Increíble que se haya enamorado de mi padre —murmura con una sonrisa.

Conocía su historia. Jacob era conocido en las calle de Chicago por ser un ladrón nato y meterse en peleas callejeras cuando tenía catorce años. Así se conocieron con Levi, quien lo adoptó como su hermano y comenzaron a trabajar juntos, a la orden de Dante Salvatore. Mi abuelo y fundador de Draghi.

—Me recuerdas un poco a él —confieso.

—¿Era tan atractivo como yo? —se burla.

—No, era igual de impulsivo y cabezota.

Max pone los ojos en blanco pero su sonrisa divertida permanece allí y me resulta increíble ver que, por primera vez, no discutimos ni nos desafiamos, simplemente… hablamos. Como si fuéramos grandes amigos.

Pero no somos amigos, él es un soldati de mi padre. Él está aquí porque soy hija del Don.

Estoy a punto de alejarme para guardar todo lo que acabo de usar pero siento la punta de sus dedos acariciar de forma leve mis muslos desnudos y trago saliva.

Vuelvo la vista hacia él y lo encuentro con la cabeza ladeada hacia un lado y observando mi cara con sus ojos oscuros, noto que su piel sigue pálida pero ya no parece de un color enfermizo.

Eso me hace respirar un poco más tranquila.

Intento, aunque en vano, ignorar el cosquilleo que se extiende por mis piernas, desde el punto exacto en sus dedos acariciar la piel desnuda de mis muslos como si fuera algo normal, algo que hace todo el tiempo.

Me acaricia como si mi piel fuera un piano y él quisiera hacer música con cada tecla.

—Tu herida… —me aclaré la garganta—. Tu herida ya está cerrada, debería cicatrizar en una semana y si no lo hace bueno, deberías ver a un profesional, quizás te receten calmantes…

Lo vi sonreír divertido y arrugo la frente.

—¿Qué es tan chistoso?

—Tú —dijo con simpleza y su sonrisa se extendió—. Duermes con una pistola y sabes curar una herida de bala, eres toda una heredera de la mafia ¿verdad?

—Yo no lo diría así —mascullé.

Una arruga se formó en su frente.

—¿Por qué no? Fuiste muy valiente en salir de tu habitación estando sola, sin electricidad y casi desnuda —bromeó.

—Si claro, tan valiente que me paralicé en cuanto vi como te atacaban.

—Maddox, eso le podría pasar a cualquiera.

—No debería ocurrirme —confieso.

—¿Por qué? —dice sin entender—¿Porque eres la hija de un mafioso?

—Exacto —inhalé una gran bocanada de aire—. Me prepararon para esto Max, es la primera vez que Levi me deja sola sin niñera y me pasa esto. ¿Cómo puede creer que podré hacerme cargo de Draghi? ¿Cómo si ni siquiera puedo disparar un arma cuando es necesario?

—Disparaste…

—Porque me hiciste reaccionar, ¿qué habría pasado si tardaba un poco más? Te habrían lastimado, aún peor y yo… ¡Dios! ¡Ni siquiera reaccioné!

—Estas siendo muy cruel contigo misma —murmuró mientras sus dedos dibujan círculos invisibles en mis piernas, no me contuve y acerqué mis dedos a su cabello, lo acaricié despacio al principio, con duda, pero al ver que no se resistía hundí mi mano por completo y cerró los ojos un segundo, como disfrutando del tacto. De las caricias. No sabía qué ocurría, pero por un momento no me importó nada más, quería detener el tiempo y permanecer en esta burbuja de irrealidad porque definitivamente no podía estar pasando este momento en la vida real—. ¿Es la primera vez que te enfrentas a algo así?

Su voz sonaba baja, débil, relajada, dulce…

Era un veneno.

—Cuando tenía once años presencié como mi padre le cortaba el dedo meñique a un hombre que hasta ese momento era su socio —encogí los hombros—. Supongo que no cumplió con el omertá y era la forma de cobrarse de Levi.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero no se movió ni un poco.

—¿Por qué lo presenciaste?

Dudé un instante.

—Esta casa está llena de pasadizos y pequeños recovecos que, a menos que conozcas la arquitectura y el diseño que se usó, no podrías adivinarlos. Levi me enseñó algunos para que supiera por donde escapar en una situación límite, descubrí los demás con el tiempo —suspiré, no debería hablar de esto con nadie, Levi me prohibió mencionarle los pasadizos a otras personas pero no siento que deba preocuparme con él—. Ese día me había escondido en un pequeño espacio entre las paredes de mi habitación y descubrí que era más que un escondite, era un pasadizo que me llevaba a distintos puntos de la casa, uno de ellos era el despacho de mi padre —bajé mis dedos por su mandíbula, recorriendo el contorno de su cara y noté como dejaba escapar el aire—. No tenía que presenciar esa escena, pero allí estaba yo, escondida entre las paredes. Creo que fue la primera vez que comencé a ser consciente del verdadero trabajo de mi padre.

—Eras una niña —fue un comentario en voz baja, un pensamiento que menciona al aire.

—Está bien, de alguna forma tenía que saber que ocurría en realidad.

—Sí, pero… eras una niña. ¿Tu madre…? ¿No pasabas tiempo con ella aquí? ¿Cómo es que te dejaban sin supervisión?

—Levi no es de confiar en cualquier persona, así que jamás tuve niñera.

—¿Y tu madre? —insistió.

Me removí incómoda.

—Ella nunca estuvo aquí.

—¿En esta casa?

—En esta casa, en mi vida…

—No tenía idea —dijo con sorpresa—. Es decir, siempre supe que el jefe tenía una hija y asumí que entonces tenía una esposa… Lo siento.

—No te disculpes —le sonreí con tristeza.

Bajó la vista y posó sus ojos en un punto inexistente, cualquiera pensaría que estaba viendo mis piernas, pero sabía que no, estaba ensimismado en sus pensamientos, como si lo que le acabara de confesar fuera un factor determinante y ahora parecía no tener sentido para él, y por alguna extraña razón me picó la curiosidad. Quería saber qué estaba pensando.

—¿En qué piensas? —murmuré.

Alzó la vista y sus ojos se clavaron en mis labios. Sus ojos marrones tenían algo llamativo, me gustaban. Pasé la lengua de forma inconsciente y me acerqué un poco más a él, sus dedos en mis muslos ejercieron más presión.

Algo denso se instaló entre nosotros, noté como su respiración se aceleraba y mi piel se erizaba en respuesta a su cercanía, al deseo, a la necesidad. Quizás era la adrenalina y todo lo que había ocurrido, quizás mañana nos arrepentiremos, pero ahora ambos estábamos deseosos de lo mismo. Ambos queríamos volver a experimentar lo del viernes, sentir el sabor del otro, el calor del otro, su cuerpo y el mío encajando a la perfección.

Su mano ascendió por mi muslo, delineando la curva de mi cuerpo y recordé que nadie me había visto así. La única vez que había tenido sexo en mi vida fue en una cama, rápido y con mucha oscuridad, no recordaba su nombre, pero estaba segura que no me había tocado de la forma en que Max lo hacía ahora, no me miró con ese hambre y deseo centelleando en su mirada. Sus ojos buscaban alguna señal que le indicara que esto era un error y si debía dársela algo en mi cerebro no estaba funcionando porque en lo único que podía pensar era en lo húmeda que me encontraba.

—Maddox —ahogó un jadeo.

No lo pensé y me acerqué, enmarqué su rostro con mis manos y lo atraje con cuidado hacia mí, no tenía problemas en tomar la iniciativa, pero sabía que estaba herido, tenía que ser cuidadosa… y

al mismo tiempo quería arrancarle el resto de la ropa.

Mierda. ¿En qué momento había empezado a pensar de esta manera? ¿Cómo es que con Máximo parecía dispuesta a dejarme llevar por mis deseos y debilidades?

—Princesa —dice con voz ronca.

La palabra flota en el aire y solo puedo pensar en lo bien que se escucha con su voz, en lo bien que se siente la forma en la que me mira o su mano sosteniendo mi cintura con fuerza...

—Tiene que ser una broma.

Un gruñido. La electricidad regresó.

CAPITULO 18
maximo

por supuesto que mi hermano tenía que aparecer en el momento en que estaba a punto de tomar a Maddox del cabello y follarla contra la pared de este baño.

Estaba comenzando a pensar que tenía un instinto que le indica cuando estoy a punto de cruzar el límite con ella y aparece para arruinarlo todo.

Resultaba increíblemente molesto.

—Espero que tengan una explicación lo suficientemente lógica y que me haga replantear lo que estoy queriendo hacer en este momento.

Había algo que no comprendía, y era el deseo de asesinar que tenía Matt cada que veía a un hombre demasiado cerca de Maddox. Y no era que solo no lo comprendía, era que me estaba empezando a molestar, y mucho.

—¿Qué haces desnuda, Maddox?

Noté como la rubia apretaba las manos hasta formar puños, estaba más que claro que a ella también le molestaba la forma de ser de mi hermano, quizás eso me hacía sentir un poco mejor.

—No estoy desnuda —dijo entre dientes.

—¿Y dónde está tu camiseta? —dirigió sus palabras hacia mí, pero con la vista fija en ella.

—Recibió un disparo —murmuró la rubia.

Mi hermano abrió los ojos de par en par, los desvió un segundo hacia mí notando la herida reciente en mi brazo y luego regresó a ver a Maddox, se acercó a ella con dos zancadas y noté como se contenía para no tocarla, algo dentro de mí se contrajo mientras sus

ojos marrones inspeccionaban a Maddox.

—¿Estás bien?

Le preguntaba a ella, no a mí.

Maddox permaneció un segundo en silencio, lo miraba como si él le estuviera hablando en un idioma desconocido, entreabrió los labios para decir algo, pero se contuvo, hizo eso un par de veces más y noté como su expresión se llenaba de incredulidad.

—¡Por supuesto que estoy bien! —dice con clara molestia— ¿No me escuchas? Tu hermano recibió un disparo, lo curé, pero aun así…

—No iré a un hospital, princesa —la corté antes de que pudiera sugerir la idea y se dio la vuelta para lanzarme una mirada cargada de enojo, le regalé mi mejor sonrisa de inocente y noté de reojo como Matt ladeaba un centímetro la cabeza.

—Necesito saber qué ocurrió —el tono de voz de mi hermano nos hizo apartar la mirada del otro, volvía a estar serio y con claras intenciones de asesinar a alguien.

—Alguien entró por uno de los ventanales de la cocina —comenzó Maddox—. Está hecho añicos. La electricidad se fue y bajé a ver…

—¿Y cómo entras tú en esta ecuación?

Alcé una ceja desafiante. Estaba más que claro que a mi hermano lo que más le jodía de la situación era haber sido yo quien llegara primero a Maddox.

—De no haber sido por tu hermano me podría haber pasado cualquier cosa —la rubia se acercó hasta casi chocar con él, tenía los puños cerrados y presionados, su voz era baja y destilaba enojo—, así que ahórrate la expresión de psicópata porque llegaste tarde.

Justo en el ego.

—¿Dónde demonios está Levi?

—Espera, ¿qué? —no me pude contener y me acerqué, si su padre no estaba y mi hermano no tenía idea era porque algo raro estaba

ocurriendo.

—Está en Nueva York —respondió Maddox con tranquilidad, encogiendo un poco los hombros—. Intentando cerrar un trato con Lucchese...

—¿Y donde está Marcellino? —noté el cambio en Maddox, como si estuviera nerviosa. Mi hermano también lo notó y comenzó a negar —. Estabas sola.

—Convencí a Levi de que podía cuidarme sola —dijo con miedo.

Arrugué la frente. ¿Maddox le hablaba con miedo a mi hermano?

La palabra miedo y el nombre Maddox no deberían estar nunca en la misma oración.

—Al parecer te equivocaste —masculló entre dientes antes de tomarla del brazo y jalarla hacia afuera del baño, miré todo aquello con confusión mientras mi hermano la llevaba hacia la habitación—. Vístete, iremos a mi apartamento, desde allí llamaré a Levi y…

—¿Qué? No, no y no —repuso la rubia—. No es necesario, en absoluto. Levi llegará por la mañana y no hay necesidad de que sepa qué ocurrió.

—Si piensas que tu padre no se enterará de esto, estás totalmente equivocada —zanjó Matthew—. Ahora vístete, no lo diré de nuevo.

—Pero…

—Maddox —dijo entre dientes, sus ojos parecían fuego—. No lo repetiré.

Le sostuvo la mirada unos segundos antes de que ella aceptara la derrota y se diera la vuelta hacia su armario para buscar ropa, noté su nariz roja y los ojos empañados, el impulso de golpear a mi hermano fue automático. No comprendía el porqué, pero el que la hiciera sentir de esa forma, tan indefensa y débil, me molestaba mucho, porque Maddox era todo lo opuesto.

Miré la situación como un espectador sin querer decir nada, pero

el impulso fue más fuerte.

Quizás no comprendía la dinámica de su relación, es verdad que Matthew la conocía desde que era una niña y su trabajo era mucho más que ser el consigliere del Don, su trabajo era mantenerla con vida a toda costa.

Pero había algo en la forma en que le hablaba, como se dirigía a ella, como la miraba o incluso como le daba órdenes que me hacía pensar que había mucho más en ese vínculo que yo no comprendía, muchas más cosas que quizás ni siquiera Maddox sabía.

Estaba apoyado sobre el marco de la puerta del baño observando todo y sentía los ojos de mi hermano fijos en mí, conteniéndose para no sacarme a rastras de allí. Por el rabillo del ojo capte el movimiento de Maddox al deshacerse de una lágrima.

Mi sangre hirvió.

—¿Podrías dejar de tratarla como a una niña indefensa?

La habitación se sumó en un tenso silencio y la rubia se giró a verme, para luego desviar la vista hacia mi hermano un segundo antes de regresar a mí.

—Max…

—¿Disculpa? —mi hermano se acercó un paso—. Apareces en el momento oportuno por una única vez ¿y ahora eres el héroe?

Sonreí y me acerqué hasta quedar a centímetros de su cuerpo, Matthew era más alto por unos centímetros, pero eso no me intimidaba.

—Ese es el problema contigo, piensas que ella necesita ser rescatada.

—Ella necesita ser protegida.

—Duerme con una Mossberg bajo la almohada —digo entre dientes— ¿De verdad te parece una niña indefensa? ¡Por favor!

Se acercó clavando sus ojos cargados de furia sobre mí y presionó los labios.

Alcé la barbilla, dirigiendo una mirada desafiante.

—Afuera, ahora —dijo en voz baja.

Sonreí divertido y salí de la habitación, no sin antes dedicarle una sonrisa a la rubia y guiñarle un ojo. Ella se limitó a mirarme preocupada, yo estaba tranquilo, si quería hacer esto afuera no tenía ningún problema. Pero ya estaba harto de cómo se comportaba con Maddox.

Y me molestaba que lo hiciera con tanta libertad.

Y quizás me molestaba porque no entendía porque debía importarme ella. Pero lo hacía.

Antes de cruzar el umbral de la puerta escuché su voz, pero no se dirigía a mí.

—Te espero abajo. Y no creo que sea necesario decirte que no hagas ninguna estupidez.

El aire de la noche impactó de lleno de mi torso desnudo al salir al exterior, no supe cuánto tiempo había pasado desde que llegué temprano a casa de Maddox y cuanto más lo pensaba más agradecía haber estado aquí antes que Matthew.

Me acerqué a mi motocicleta ignorando la ira que irradiaba del cuerpo de mi hermano, destrabé el asiento y al levantarlo extraje mi chaqueta de cuero. Me la puse encima y me di la vuelta para enfrentarlo.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Eso no es tu incumbencia…

Antes de poder reaccionar mi hermano me tomó por las solapas de la chaqueta y me atrajo más cerca.

—Qué. Estabas. Haciendo. Aquí.

Tomé con fuerza sus muñecas y lo desafié con la mirada.

—No creo que eso importe cuando Levi llegue mañana, ¿verdad? —vi como su mandíbula se tensaba—. Dime Matthew, ¿qué crees que dirá cuando sepa que no estuviste aquí para salvar a su pequeña? ¿Cuándo sepa que estuvieron a punto de dispararle y tú estabas…? De hecho, ¿dónde estabas?

Sus puños sobre mi ropa se tensaron y me acercó un poco más.

—No sé a qué estás jugando Max, pero sea lo que sea, deja a Maddox fuera de esto.

—No tengo idea de que hablas hermano, ¿estás durmiendo bien?

—No juegues conmigo Max, ni con ella. Mucho menos con Levi, porque no te puedo asegurar que salgas ileso si lo jodes.

—No estoy jugando Matt —mascullé mientras apretaba sus muñecas logrando que me soltara.

Me di la vuelta en dirección a mi motocicleta, pero su voz me detuvo.

—Aléjate de ella, Máximo.

—Lo entiendo, estás obsesionado con la rubia —chasqueo la lengua— ¿Qué crees que diría el jefe si supiera que su mano derecha está obsesionada con su hija a la que le lleva diez años?

—No digas estupideces.

—¿En serio lo son?

Nuestros ojos se encontraron en la oscuridad de la noche, iluminada apenas por la luna y supe que debía largarme antes de dejar que la ira y el enojo se apoderaran de mí por completo.

El solo pensar que podría no equivocarme y que mi hermano tenga una especie de sentimiento hacia Maddox me ponía de mal humor.

El hecho de tener que irme ahora me molestaba porque eso

significaba que sería él quien pasaría la noche con ella.

Y mi plan se había arruinado por completo. Quién sabe si tendría otra oportunidad como esta.

CAPITULO 19
maddox

alcé la vista hacia el techo blanco y conté hasta cinco. Hasta diez. Hasta cien. Me contuve lo suficiente para reprimir el impulso de salir de la habitación, pero mi curiosidad pudo más y abandoné la cama de Matthew para buscarlo.

Habíamos llegado a la madrugada a su piso, luego de darme una ducha caliente por fin la adrenalina comenzó a disiparse y mi mente rememoraba cada detalle de lo que ocurrió horas atrás. Intenté dormir, pero no concilie el sueño, mientras yo ocupaba su cama pulcramente ordenada, Matt se pasó la noche entera en su despacho.

Una hora había pasado desde que el sol abandonó su escondite y comenzó a invadir el cielo, una hora desde el amanecer y el piso entero estaba sumido en un completo silencio que me ponía los nervios de punta. Matthew no me habló en el camino hacia aquí, tampoco cuando llegamos, lo único que dijo fue que pasaría la noche en su oficina y comprendí, por su expresión poco amigable, que lo último que quería era lidiar conmigo así que me duche y permanecí en la cama.

Su piso era amplio, cada habitación era enorme y tenía una decoración minimalista básica muy propia de alguien como Matthew. La noche anterior al cruzar la puerta divisé un potus con sus ramas verdes brillantes colgando desde lo alto de un pequeño estante cerca al gran ventanal que daba a un balcón con una vista preciosa de la ciudad.

Sonreí al recordar que era el potus que le regalé la navidad pasada como una broma porque no tenía nada con vida en su piso, y de hecho es la única planta que posee, me sorprendí un poco también al darme cuenta que estaba en excelentes condiciones.

Contrario a donde se encontraba mi casa, un barrio de grandes jardines y plazoletas bien cuidadas, ya que era uno de los barrios más costosos de la ciudad, Matthew vivía en el centro de Chicago, en uno de los edificios más lujosos y a dos calles de donde se encontraba la empresa de mi padre, suponía que no era ninguna casualidad.

No era la primera vez que venía a su piso, pero siempre lograba sorprenderme lo ordenado que era con su hogar, todo brillante, todo pulcro y en su lugar correspondiente. Incluso la mesada de mármol negra brillaba bajo la luz fluorescente de la cocina.

Avancé por el amplio pasillo hasta llegar al final, donde desembocaba en una puerta con una cerradura poco normal, tenía una pequeña pantalla táctil donde se colocaba una contraseña numeral y, por precaución, Matthew había incluido reconocimiento de huellas.

No sabía qué era lo que guardaba en su oficina, pero al igual que mi padre, tenían el mismo programa de seguridad, por lo que no me costó saber qué clave numeral debía colocar y tras hacerlo, la puerta se abrió.

Por dentro, la oficina era igual que el resto del lugar, todo en tonos neutros, con una pequeña ventana que supuse tenía cristal blindado y en lo único que se diferenciaba de la de mi padre era que esta no tenía alfombras. Matthew se encontraba tras el escritorio con la vista fija en mí y una ceja alzada, llevaba gafas para leer y tenía que admitir que lo hacían ver como un profesor universitario completamente sexy, eso y la ropa de vestir elegante que siempre usaba, todo lo opuesto a su hermano. Pensar en Max hizo que algo se alojara en mi pecho y se clavara con fuerza.

—¿Cómo entraste?

Su voz seguía siendo un misterio para mí, porque era tan baja, profunda y cortante que no dejaba entrever que pensaba, que le ocurría o si estaba enojado, feliz o a punto de asesinar a alguien.

Aunque eso último era un estado habitual en él.

—Usas el mismo sistema de seguridad que Levi —comenté mientras me encogía de hombros, como si fuera algo obvio y sencillo — ¿Qué estás haciendo?

Observé con atención los papeles que se extendía frente a él, a esa distancia no lograba divisar de que se trataban, pero me acerqué con cuidado. Él seguía cada uno de mis movimientos mientras se sacaba las gafas y las colocaba dentro de un pequeño cajón a su derecha.

—Analizo cosas.

—¿Qué cosas?

—Qué curiosa —comentó con una sonrisa torcida, una que intentaba parecer divertida, pero estaba muy lejos de serlo—. ¿Sabes? Yo también tengo preguntas.

Me encogí de hombros mostrando indiferencia mientras seguía acercándome, pasé detrás de un sofá negro y acaricié el respaldo con mi mano, dejando que mis dedos capten el suave terciopelo.

—Puedes preguntar si me aseguras que responderás mis preguntas.

Asintió aún con la vista fija en mí. De pronto sus ojos bajaron por mi cuerpo, solo un milésima de segundos que podría haber pasado desapercibido, o bien podría ser un invento de mi mente, pero fui tan consiente de su atención sobre mí que recordé que solo llevaba un minúsculo pijama conformado por un pequeño pantalón de algodón negro y una camiseta de tirantes que dejaba a la vista mi abdomen.

Tragué saliva.

—¿Qué ocurrió anoche, Maddox?

Sus ojos volvieron a los míos y me detuve frente al escritorio mientras me cruzaba de brazos.

—Sabes bien lo que ocurrió anoche, te lo dije.

Cambió de posición en su silla y echó la espalda hacia atrás, recostándose por completo en el respaldo, llevó una de sus manos a su mentón como si estuviera analizando mis palabras y suspiró.

—Me estás ocultando algo.

—No te estoy ocultando nada —de hecho, había sido completamente honesta con lo que había sucedido porque no había razón para mentirle, pero aun así él tenía razón. Lo que le ocultaba en realidad era lo que había ocurrido el viernes: que me escapé de la casa de mi mejor amiga para asistir al club de mi padre a escondidas y que me besé de forma desenfrenada con su hermano. Pero si Matthew se enteraba de aquello... Bueno, no sabía a ciencia cierta lo que sería capaz de hacer— ¿Por qué estás tan enojado con tu hermano?

—¿Porque siempre siento que de alguna forma lo estás defendiendo?

—No respondas con otra pregunta —dije entre dientes.

—No estoy enojado con mi hermano —zanjó—. Pero no me gusta que me engañen, y tú lo estás haciendo.

—Entonces, ¿estás enojado conmigo? —negó—. No comprendo.

—¿Qué cosa?

—A ti —mi respuesta lo sorprendió porque arrugó la frente—. Lo tratas como si fuera alguien malo, como si estuviera a punto de herirme. Es tu hermano y trabaja para mi padre, ¿por qué desconfías tanto de él?

—No desconfío de él. Que te dañe no es lo que me preocupa, porque no lo creo capaz. No lo creo tan idiota.

—¿Entonces qué te preocupa?

—Me preocupa que cruce límites que no deben cruzarse.

Alcé una ceja, entre confundida y molesta.

Las palabras de Max de la noche anterior resonaron con fuerza en mi mente.

«Deja de tratarla como una niña indefensa.»

Ese era el problema, quizás me faltaban muchas cosas por saber y entender en la vida, pero Matthew, al igual que mi padre, me veían como una niña incapaz de defenderse y ya me estaba empezando a cansar que se crean con el derecho a decidir lo que debo o no hacer.

—¿Yo soy ese límite? —dije entre dientes.

Puso los ojos en blanco dándome a entender que estaba agotando su paciencia.

Pero la que se había agotado el nivel de paciencia porque la traten como una maldita princesa era a mí. Por eso estaba perdiendo la claridad y lo único que podía pensar era en molestarlo y provocarlo.

—Maddox...

—¿Te preocupa que me acueste con tu hermano? —su expresión se ensombreció—. ¿Qué te hace pensar que no ocurrió?

De pronto la silla salió despedida hacia atrás, el impacto me hizo dar un respingo, pero me compuse al instante cuando tuve el rostro de Matthew a centímetros del mío. Estaba inclinado frente a mí, con el ceño fruncido y la ira centelleando en su mirada. Con ambas manos se sostenía del escritorio, lo único que separa nuestros cuerpos, y aunque debía alzar la vista e inclinar la cabeza hacia atrás para verlo a los ojos sostuve su mirada, desafiante, porque quería que entendiera que estaba harta que me tratara como una niña.

No estaba bien provocarlo, pero saber que podía dominarlo y hacerle perder los nervios por una simple provocación tonta hacía que un repentino placer se extendiera por mi cuerpo. Lo que me dio la seguridad que necesitaba en ese momento.

—Escúchame bien, Maddox...

—No. Tú escúchame —dije entre dientes—. Tu trabajo es mantenerme con vida, no meterte en mis asuntos. Estoy harta de

que tú y Levi me traten como una niña indefensa y no tienen derecho a decirme qué hacer, mucho menos decirme con quién puedo o no acostarme. Así que deja de comportarte como un idiota, ese no es tu trabajo.

Jamás, en los años que llevamos de conocernos nos habíamos enfrentado así, y una parte de mi se sintió muy mal por hablarle de aquella forma ya que en retrospectiva lo único que había hecho él era cuidarme, en muchísimas ocasiones.

Pero eso no le daba el derecho de comportarse como un imbécil. Si tenía que hablarle así para que comprendiera lo haría, no me importaba quién era él, por primera vez estaba segura de mí, de lo que era capaz y de mi apellido.

Sus ojos brillaban y vi pasar muchas emociones por ellos, ira, enojo, confusión e incluso traición, pero antes de que alguno pudiera decir algo más su móvil sobre el escritorio comenzó a sonar. Cogió la llamada sin pensarlo dos veces, sin apartar sus ojos de los míos vi como escuchaba atento y luego solo dijo una palabra.

—Bien.

Sabía con quién estaba hablando y otro sentimiento diferente me invadió. Mi valentía perdió fuerza.

—Era tu padre —apartó el teléfono para dejarlo nuevamente sobre el escritorio—. Ya llegó, nos espera en tu casa.

No le dediqué más palabras. Asentí y me giré para salir de allí.

El viaje en coche hasta mi casa fue en un completo silencio, el ambiente entre ambos se encontraba tan tenso que era palpable y podía cortarse con un cuchillo. Matthew no despegaba las manos del volante salvo en ocasiones necesarias y siempre con movimientos tensos y mecánicos, sus nudillos estaban blancos debido a lo que supuse era la fuerza con la que lo sostenía.

Me dediqué a observar por la ventanilla, solo echándole miradas discretas, pero parecía que ninguno de los dos daría el brazo a

torcer. A él no le gustó como le hablé, y yo estaba harta del papel de niña que debía interpretar.

Quizás era por el vínculo que entre ambos habíamos forjado a lo largo de los años, pero pelear entre nosotros, discutir y confrontarnos no era habitual, por lo que se sentía de forma extraña. Pero en ocasiones el orgullo resulta demasiado pesado, tanto que puede llegar a cegarnos.

Al llegar a mi casa el coche de mi padre se encontraba estacionado en el jardín delantero, cuando atravesé el umbral de alguna forma supe que dependiendo cómo se desarrollaría la charla que seguía a continuación sería lo que condicione mi futuro cercano.

Levi estaba en la cocina, de espalda a nosotros por lo que aún no nos había visto llegar, observaba atento los cristales esparcidos en el piso ya que la noche anterior dejamos todo tal cual estaba.

Cuando mi padre se dio la vuelta y sus ojos encontraron los míos mi corazón comenzó a palpitar con fuerza. Había visto a mi padre en diferentes contextos y situaciones, tenía una mirada muy expresiva, aunque se cuidara en mostrarse frívolo con el resto.

Esta vez no usaba su habitual máscara de hielo, esta vez sus ojos me recorrieron de pies a cabeza buscando algún daño a la vista y luego volvió a verme, en ese instante mi pecho se contrajo, por sus mejillas comenzaron a deslizarse pequeñas lágrimas.

El Don de Chicago estaba llorando.

Extendió los brazos a los costados y corrí hacia él. Me abrazó como si la vida se le fuera en ello, como si por un instante me hubiera perdido en la inmensidad del universo y me encontró sana y salva.

—Mia cara —susurró sobre mi cabello y tuve que contener las lágrimas. Se alejó un poco para verme a los ojos y enmarcó mi rostro con sus manos— ¿Estás bien? Dime que lo estás, por favor. Te juro que jamás volveré a dejarte, te lo prometo, aunque deba llevarte obligada a mis viajes lo haré, te juro...

—Estoy bien —dije con un nudo en la garganta—. Estoy bien, Levi.

Volvió a abrazarme con fuerza y su mano se deslizó por mi espalda dándome pequeñas palmaditas.

—Te prometo que averiguaré quien fue el idiota que se atrevió a entrar y lo haré arrepentirse —dijo con voz profunda sobre mi oído —. Lo encontraré, lo encerraré y...

—De acuerdo, está bien —me alejé mientras aclaraba mi garganta —. No necesito los detalles de cómo será la tortura, gracias.

Sonrió y sus ojos adquirieron más brillo, le devolví la sonrisa y permanecimos unos instantes así, observándonos en silencio.

De pronto la expresión de mi padre cambió, un músculo de su mandíbula se tensó y desvió la mirada hacia un punto detrás de mí.

—¿Y tú dónde demonios estabas?

Supe por su tono de voz que lo que se venía a continuación no sería bueno. Me di la vuelta lentamente, aún cerca de mi padre, pero ya no en sus brazos, para ver a Matthew, estaba serio, con la vista fija en Levi y sin decir nada. Parecía nervioso, pero lucía lo suficientemente capaz de dominar la situación que de seguro no sería buena para él.

—¿Qué era más importante que cuidar de mi hija? —Levi se acercó un paso más y supe que debía actuar rápido.

—Fue mi culpa —dije lo primero que se me vino a la mente y dos pares de ojos se clavaron en mí, mi padre me observaba confundido y Matthew me lanzaba una mirada asesina que dejaba en claro que lo último que necesitaba era mi ayuda—. Entré en pánico y llamé a Máximo. Lo siento, no supe qué ocurría y tenía miedo, luego Max llegó y todo ocurrió demasiado rápido, recibió un disparo y...

—¿Qué? ¿Él está bien? ¿Tú estás bien?

Asentí mientras lo tomaba de los brazos y podía sentir los ojos oscuros de Matthew sobre mí.

Ahora sí podría decir que lo estaba engañando.

—Si, estoy bien. Y él también lo está, le disparé al atacante y luego de eso escapó.

—¿Le disparaste en la cabeza?

—No, en el brazo.

Me miró como si le hablara en un idioma extraño.

—¿Y por qué no en la cabeza?

—¡Papá! —lo regañé—. Ese no es el punto, lo importante es que estoy bien.

Pareció volver al tema principal en un segundo y asintió muchas veces antes de acercarse y envolverme en sus brazos de nuevo.

—Sí, eso es lo importante —murmuró—. No dejaré que te hagan daño— asiento contra su pecho y trago saliva—. Ahora ve a tu habitación a descansar, si necesitas algo estaremos en mi despacho —le lanzó una mirada a Matthew—. Y si llegases a sentirte mal puedo llamar a un doctor, tú solo dímelo ¿sí?

Sin decir nada más se dirigió escaleras arriba lanzándole una mirada a Matthew que este captó de inmediato. Él lo sigue, pero al llegar al pasillo se gira un segundo para verme, suavicé mi expresión y le dediqué una sonrisa de disculpas, él se limitó a asentir y seguir su camino.

Más tarde en la noche, luego de darme una ducha de media hora tras una sesión de palomitas y películas de los ochenta que solo a mi padre podían divertirle, busqué mi móvil entre las cosas de mi bolso y tras pensarlo un buen rato busqué su contacto para enviarle un mensaje.

Escribí y borré cinco veces sin saber muy bien si enviar el mensaje o no, no nos habíamos escrito jamás y conseguí su número gracias a James, pero no sabía si era adecuado hacerlo.

Al mismo tiempo las imágenes de lo que sucedió el viernes se arremolinaban en mi mente junto con lo que había sucedido la noche anterior, formando un rompecabezas imposible de descifrar.

Lo cerca que estuvimos otra vez de cruzar el límite, la forma en que se preocupó porque estuviera bien cuando fue él quien recibió un disparo. Necesitaba saber si estaba bien y, al mismo tiempo, saber si su mente era un caos como la mía cada vez que pensaba en mí. Si es que lo hacía.

MADDOX

Solo quería saber cómo estás.

Pensé que querías hablar de lo que ocurrió.

Su respuesta pareció tardar una eternidad.

MAXIMO

¿Hablar del disparo que recibí?

No te preocupes, es mi trabajo.

Observé la pantalla sintiéndome la idiota más grande del universo. ¿De verdad tenía que comportarse de esa forma? ¿En serio habíamos tenido un encuentro tan íntimo en mi baño luego de besarnos la noche anterior y él volvería a ser el imbécil arrogante de siempre?

MADDOX

¿Haremos de cuenta que la

noche del viernes jamás ocurrió?

MAXIMO

Yo no dije eso.

MADDOX

¿Entonces...?

MAXIMO

¿Qué esperas que te diga, Maddox?

Fue solo un beso.

Miré incrédula el mensaje, por supuesto que fue solo un beso, pero al mismo tiempo no fue solo un beso y sabía que él lo sabía.

Conté hasta cinco y tomé una gran bocanada de aire. Pero antes de poder teclear una respuesta otro mensaje llegó y esta vez algo pesado se instaló en mi pecho: vergüenza, enojo, tristeza.

MAXIMO

Maddox, entiendo que puedas pensar

que por un beso los tipos caerán rendidos

por ti. Pero no tengo ningún interés en lo

que pienses que podría ocurrir.

MAXIMO

No eres más que la hija del jefe.

Aunque te pase, que seas una Salvatore

no me interesa en absoluto.

MAXIMO

Lamento haberte dado falsas esperanzas.

Lancé el móvil lejos para evitar responder y me envolví en las sábanas deseando que el día acabara de una vez.

CAPITULO 20
maximo

había mirado ese mensaje y los dos tildes azules que se burlaban de mí tantas veces que el número treinta me parecía una cifra conservadora.

Patético. Esa era la palabra para describirme.

Soy un hombre entrenado para el caos, para la frialdad y para ejecutar planes que harían temblar a la mayoría. Pero Maddox Salvatore había logrado algo que nadie antes hizo: convertirme en un adicto que espera su dosis frente a una pantalla brillante.

Negar que la deseaba era como negar que el sol quema; era una verdad absoluta, dolorosa y potencialmente letal. De la misma forma que estaba siendo un imbécil al esperar que vuelva a escribir luego de cómo la traté.

¿Cuándo había comenzado esta obsesión que me desgarra por dentro?

¿Exactamente cuándo había empezado a mirarla de otra forma? ¿Cuándo había decidido transformarla en mi presa que no quería dejar jamás?

Sentía que nada tenía sentido, la forma en la que no la soportaba antes y ahora como todo había cambiado, incluyendo que había empezado a sentir empatía por la condena de llevar su apellido, ¿cómo había pasado esto en tan poco tiempo? Y al mismo tiempo, todo tenía sentido.

Ella no era una chica cualquiera. No era un cuerpo más en una fiesta. Era la heredera de un imperio de sangre, la futura reina de Chicago. Jugar con ella no era un pasatiempo; era un suicidio asistido. Y aun así, después de haber probado el veneno de sus labios, la sobriedad me resultaba insoportable.

Pero me obligué a recobrar el control. No se juega al gato y al ratón con alguien así, a menos, claro, de que busque la muerte.

Pasé la semana evitándola, viendo cómo ese idiota de Luc se acercaba a ella en la universidad. Cada vez que lo veía sonreírle, sentía un impulso primitivo de arrancarle la tráquea con los dientes. Pero me mantuve al margen, lamiendo mis heridas, literalmente. Me arranqué los puntos yo mismo, frente al espejo, disfrutando del dolor porque era lo único que me recordaba que aún tenía algo de autocontrol.

Ahora estaba recostado en mi cama con la vista fija en el techo, dos golpes en la puerta de forma insistente me hicieron maldecir por lo bajo pero no me moví. Lo más probable era que se trate de Jace molestando para ir al club y no estaba de ánimos para ver a nadie.

Cerré los ojos intentando dormir pero los golpes continuaron de forma insistente otra vez.

—Mierda —maldije mientras abandonaba mi cama y caminaba a la puerta—. Te juro que si sigues molestando...

Me quedo sin hablar al ver a Maddox del otro lado de la puerta. Abro ampliamente los ojos.

—Por Dios, pareces un muerto viviente —dice con una mueca de asco.

—¿Qué...?

Maddox entró en mi espacio sin pedir permiso, como si fuera la dueña del aire que respiro. Llevaba una polera roja gruesa y un short negro que dejaba al descubierto sus piernas esbeltas y tonificadas.

Tragué saliva.

—¿Qué demonios haces aquí, Maddox? —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—Vengo a comprobar que no te has muerto de una infección. Te ves del asco, por cierto.

—Si has venido a insultarme, la puerta sigue abierta.

—He venido a esto —dejó una bolsa con lo que supuse eran antibióticos sobre la mesada de mármol—. Por lo que veo respiras, así que no hubo infección. Pero te ves demasiado pálido...

—Si esa es tu forma de decir que me veo atractivo…

—Para nada. Te ves repulsivo.

Parpadeé varias veces.

—De acuerdo —suspiré—. Ya comprobaste que aún respiro ahora podrías irte…

—No.

Dejó caer su cadera sobre el borde de la mesada y se cruzó de brazos con una ceja alzada, dejé que la puerta se cierre y me enfrenté a ella. Me acerqué despacio y el aroma de su perfume a cerezas y vainilla se coló por mis fosas nasales provocando que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

Me obligué a tragar saliva y mantener mi fachada de tipo indiferente pero sabía que estaba a punto desmoronarse si la rubia continuaba viendome de esa manera.

—No has venido solo por eso, princesa —siseé, acorralándola contra la mesada.

Ella no retrocedió. Al contrario, me sostuvo la mirada con una ferocidad que me hizo endurecer al instante.

—Tienes razón —su sonrisa fue un tajo de luz en la penumbra—. He venido porque tengo preguntas.

Alcé una ceja divertido.

—¿Tienes preguntas?

—¿Qué hacías en mi casa el sábado, Máximo?

Arrugué la frente confundido.

—Sabes muy bien qué hacía ahí...

—Mi padre no te llamó —me interrumpió y algo frío recorrió mi espalda—. Tu hermano tampoco, claro está.

—Maddox…

—Me estás ocultando algo.

No era una pregunta. Y vaya que tenía razón.

—Así que si no quieres que piense cosas que no son, más te vale ser honesto.

¿La Maddox que más me prendía? Lo que se veía exactamente así: desafiante, sin intimidar y con voz dominante.

Alcé una ceja e incliné mi espalda y mis brazos hacia atrás. Sin apartar mis ojos de ella, el ambiente se tornó tenso de repente.

—Dime qué piensas —murmuré.

—Tengo muchas teorías —sonrío sin poder creerle—. Una de ellas es que sabías que alguien iría a mi casa.

—Mmh —digo con ironía—. ¿Y cómo lo sabría, princesa? Ya que eres tan inteligente...

Maddox se acercó un paso y retrocedí.

—Porque escondes muchos secretos. Quizás uno de ellos es que no eres leal a Draghi y juegas para otro bando.

Ahora sí la miré como si hubiera hablado en otro idioma, sin poder creer lo que estaba diciendo y sin dar crédito a su estúpida teoría.

—No puedes creer eso en serio —negué y ella se encogió de hombros. Continúa acercándose pero yo mantengo la distancia—. Maddox, ¿de verdad puedes pensar esa estupidez?

—¿Es tan descabellado? —Susurró—. He notado que guardas muchos secretos...

Separo los labios para hablar pero antes de poder hacer algo mis

piernas chocan con mi cama y caigo al colchón. Trago saliva. El problema de vivir en un apartamento de estudio se resume en que todo es un espacio completo sin divisiones.

Se inclina hacia mí con actitud desafiante pero este es un juego que podemos jugar ambos así que la atraigo hacia mí con un movimiento brusco tomando su muñeca, haciendo que cayera a horcajadas sobre mi regazo. Su jadeo de sorpresa fue música para mis oídos.

—¿Crees que pondría tu vida en peligro? —Le susurré al oído, mientras mi mano libre apretaba su nuca—. ¿Crees que fui a esa casa por Levi?

—No lo sé. No te conozco —respondió ella, claramente afectada.

Estaba completamente duro. Y ella lo sentía. Sabía que podía sentir mi erección palpitando por encima de la tela de nuestra ropa pero no hizo nada para alejarse. Bien. No la dejaría alejarse tampoco.

—Me conoces lo suficiente para saber que sería incapaz de ponerte en peligro, de dañarte —digo entre dientes, con dureza. Sin poder creer del todo mis palabras pero sé que son ciertas, aunque no tenga idea en qué momento todo se me fue de las manos—. ¿Quieres saber por qué fui? Porque no puedo dormir sin pensar en cómo te sentías bajo mi cuerpo en ese club. Porque me hierve la sangre imaginar que alguien más te toque. Porque cada vez que te veo, lo único que quiero es follarte hasta que olvides tu propio nombre.

Sus ojos esmeralda estaban dilatados, nublados por el mismo deseo oscuro que me estaba consumiendo.

—No juegues conmigo —pidió, su voz quebrada.

—¿De verdad crees que juego contigo?

Nuestros alientos se mezclaban a esa distancia, era imposible saber dónde empezaba uno y donde terminaba el otro. Su piel

caliente traspasaba la tela de mis vaqueros y mi ingle se endurecía cada vez más.

—Cada vez que entro a una habitación y estás allí mi polla se pone tan dura que sé que podría explotar ahí mismo —la veo tragar saliva—. ¿Sabes cuantas veces he fantaseado con tenerte otra vez como en aquel club?

—Basta...

—¿Quieres que te cuente todas las veces que me masturbé pensando en ti? —Susurro a centímetros de sus labios—. Imaginándome lo buena que serías tomando cada centímetro...

—Si eso es cierto —dice con voz ronca—. ¿Por qué te comportas como un imbécil?

—Porque sé que soy hombre muerto en cuanto te tenga, Maddox.

La veo cerrar los ojos y negar.

—Entonces deja de molestarme...

—No quiero —confieso—. No puedo hacerlo, princesa.

—No soy un maldito peón en tu tablero.

Sonrío con malicia.

—No, no lo eres —paso mi lengua por mi labio inferior y ella sigue mi movimiento—. Eres la maldita reina del tablero.

Noto como su corazón se salta un par de latidos y sus ojos se abren un poco más al escuchar mis palabras.

Despacio suelto sus muñecas y llevo mis manos hasta su cintura, recorro con lentitud la piel desnuda de sus muslos hasta llegar a su ropa. Presiono con fuerza su cintura, hasta que sé que me siente por completo.

—¿Te parece que esto es un juego? —La presiono contra mí con una fuerza que nos hace gemir a ambos.

Ya no había vuelta atrás. Ya no era Max el soldati, era Max el animal.

Quien estaba dispuesto a jugar con la mismísima reina del maldito tablero.

—Responde, Maddox —susurro acercándome a su mentón, paso la lengua por su piel dejando una estela de calor y noto su pecho subir y bajar con fuerza—. Hace un momento tenías mucho que decir.

—Máximo…

—¿Aun crees que juego contigo? —bajo por su cuello y dejo un rastro de saliva que le eriza la piel mientras bajo con mis manos hasta sus piernas desnudas—. ¿Aun piensas que podría ponerte en peligro? —llego al borde de su pantalón, su piel es suave, cálida, sé que será mi maldita perdición—. ¿Dudas que pueda asesinar a todo aquel que te ponga una mano encima?

Estaba mal. Estaba cruzando todos los límites del pecado pero este tenía el apellido del diablo y no me importaba, tampoco me importara que supiera lo obsesionado que estaba. Después de todo, esa era la verdad. Me había obsesionado con la hija del jefe y solo quería hacerla mía hasta que de ella no quedara nada.

Me recosté en la cama, llevándola conmigo. El piso estaba en sombras, solo iluminado por la luz de la ciudad filtrándose por el ventanal, pero no necesitaba ver para saber que ella era la criatura más hermosa que jamás profanaría mi cama.

—Maddox —gemí cuando sus caderas empezaron un movimiento lento, tortuoso, sobre mi centro.

—Shh. Cálmate —susurró ella, desafiante.

—Ni de coña. Quiero escucharte —digo entre gemidos—. Quiero que los vecinos sepan que eres mía, aunque sea solo por esta noche.

En un movimiento depredador, giro sobre nuestros cuerpo y la inmovilizo debajo de mí. Ella se aferró a mis hombros mientras yo hundía mi peso entre sus muslos, reclamando mi territorio. Permanecí un segundo quieto, esperando que me aleje o me de permiso para continuar, cuando la veo asentir mientras se muerde el labio sé que ya perdí.

Resbalo por su cuerpo de forma lenta, mis manos delinean la curva de su cuerpo y la siento temblar. Acaricio sus piernas y acerco mis labios a su piel para dejar un rastro de calor y humedad a mi paso. Se arquea, gime en voz baja y tiembla. No hay nada más placentero.

No acostumbro a hacer las cosas así. Entre menos intimidad y contacto siempre es más fácil. Pero mierda, no dejaría que Maddox salga de este departamento sin probarla desde la punta de su cabeza hasta el dedo del pie.

No dejaría rastro de su cuerpo sin ser reclamado por mí.

Llevo mis manos hasta la cinturilla de su pantalón, veo sus ojos nublados y me dedica una sonrisa que acaba por desarmarme. Lo desabotono de forma suave y me deshago de él con una lentitud tortuosa para ambos pero necesito llevar esto con calma o explotaré en un segundo.

Lleva ropa interior roja, por supuesto. Y nada es más excitante que el encaje fino y delicado sobre su piel tersa y brillante.

Sin dejar de acariciar su piel subo por su cuerpo y me encargo de quitarle su polera, ella me deja hacer a mi antojo. Totalmente entregada y sin dejar de temblar por la anticipación. Cuando solo queda en ropa interior me alejo un poco para observarla y sonrió.

—Eres jodidamente sexy —confieso y tomo mi bulto por encima de mi ropa para presionarlo. Ella capta ese movimiento y la veo suspirar—. Me estás matando Maddox —digo aún lejos de ella. La veo en el medio de mi cama semidesnuda y es una imagen que me vuelve loco—. Así que dime qué hacer antes de que pierda todo el

control.

La veo tragar saliva y dudar. Me inclino hasta quedar de rodillas frente a ella. Maddox se alza clavando los codos en mi colchón y se muerde el labio inferior.

—Quiero esto —murmura—. Pero necesito ir despacio.

Asiento. Me acerco como el depredador que ella sabe soy y vuelvo a acariciar sus piernas mientras trepo por su cuerpo. A medida que me acerco ella vuelve a acostarse y cuando estamos frente a frente acaricio su mejilla con delicadeza mientras que con mi otra mano bajo por su cuerpo. Su piel se eriza a medida que la toco y no quito mis ojos de los suyos, atento a cada una de sus reacciones. Mis dedos acarician el borde de su braga antes de perderse dentro de su ropa interior.

—Princesa —gimo al sentir su humedad. Aun no introduje un dedo y no me es necesario para saber lo lista que está para recibirme. Pero me pidió ir despacio y es lo que haré—. Maddox...

Una de sus manos viaja a mi rostro y acaricia mi piel antes de bajar a mi cuello y presionar un poco. No puedo evitar sonreír.

Acaricio su entrada con mi dedo índice haciendo que sus labios se separen y la escucho jadear.

—Máximo —gime.

—¿Ya te dije lo mucho que me gusta cuando dices mi nombre así? —Susurro mientras introduzco la punta de mi dedo con lentitud—. La forma en la que me miras es peligrosa, princesa. Vas a hacer que pierda todo mi control.

—Quizás necesite que lo pierdas —dice y trago saliva—. Solo un poco...

Introduzco mi dedo con fuerza y se arquea sin dejar de gemir. Mierda. Está apretada y húmeda. Escondo mi rostro en la curva de su cuello y suspiro, la noto temblar otra vez y muevo mi dedo en su interior de forma lenta.

—Máximo, por favor —clavo mis dientes en su cuello y deja escapar un quejido—. Quiero más.

Saco mi dedo y vuelvo a introducir dos esta vez, lo que la hace lanzar la cabeza hacia atrás con los ojos en blanco. Está demasiado apretada pero dudo mucho que esta sea su primera vez. No me interesa. A partir de esta noche es tan mía que jamás dejaré que otro la toque.

Comienzo a bombear su interior despacio y lento, escucho sus quejidos y jadeos como música para mis oídos. Recorro la piel sensible de su cuello con mis labios dejando una estela de calor hasta que llego a sus pechos. Con la mano libre me deshago de su brasier y observo sus picos duros y rosados. ¿Por qué tiene que ser tan perfecta?

Sus dedos se hincan en mi nuca hasta hundirse en mi cabello. La siento tirar de mis raíces con fuerza y envuelvo su pezón con mi lengua, sacándole otro jadeo. Sin dejar de mover mis dedos en su interior succiono su pico duro una vez antes de pasar a su otro pezón.

—Maddox Salvatore, serás mi perdición —murmuro sobre la piel sensible de sus pechos. Vuelvo a lamerlos otra vez antes de seguir bajando—. Y estoy seguro de que podría morir por ti —confieso.

Me alejo otra vez para volver a arrodillarme, extraigo mis dedos de su interior palpitante y la escucho quejarse. Antes de que pueda moverse tomo su tobillo y la atraigo más cerca del borde de la cama.

Vuelvo a meter dos dedos y ella hunde otra vez sus dedos en mi cabello para empujarme a su centro. Sonrío a centímetros de sus labios y paso mi lengua por ellos.

—Mierda —gime—. Máximo...

—¿Mmh?

—Lo que tienes de arrogante lo tienes de bueno en esto —sonrío, pero no puede verme, tiene la cabeza hacia atrás y su cuerpo se

arquea producto de mis dedos jugando en su interior—. Si tan solo dejaras de ser un imbécil podría disfrutar de esto más seguido... Oh.

Extraigo mis dedos y vuelvo a embestirla con fuerza.

—¿Eso soy para ti, princesa? —le reprocho con diversión— ¿Algo para divertirte?

La escucho reír y antes de que pueda contestar saco mis dedos y acerco mi rostro a su centro. Recorro sus labios con mi lengua probando su dulce coño y siento mi polla a punto de explotar en mis pantalones. Vuelvo a hacer el mismo movimiento y esta vez acabo en su clítoris, lo que le saca un grito más que un gemido.

—Tienes el coño más dulce del mundo, nena.

—Dios —murmura.

—Y es todo para mí —la embisto otra vez con mis dedos—. Dilo.

Bombeo su interior con un rápido movimiento y noto como se contrae, en ese momento aminoro la velocidad y se queja.

—Vamos nena, dilo.

—Eso está por verse aún.

—¿Ni siquiera así puedes dejar de discutir? —le digo. Acerco mi lengua a su clítoris y le doy una probada otra vez sin dejar de mover mis dedos—. Con lo lista que estás para mí...

—Shh —me chista—. Deja de hablar. No es eso lo que quiero ahora.

—No, claro que no —digo—. Quieres que te enseñe como te hace venir este soldati, ¿verdad? —Lamo su clítoris otra vez y muevo mis dedos con fuerza, rapidez y violencia ganándome un gemido de placer que me hace temblar—. Quieres que te deje bien en claro lo mucho que me pones. Y cómo me vuelves loco...

—S-si —dice entre gemidos—. Si, por favor...

—A tus órdenes, princesa.

Dejo que todo mi autocontrol se desvanezca en un segundo. Acerco mis labios a su centro y la provoco con lentitud, sin perder el ritmo de mis manos. La siento temblar, palpitar, aferrarse a mí como si el mundo se hubiera reducido a este instante. Sé que está a punto y, aunque me tienta prolongar su espera, si continúo haciéndola arder yo también voy a quebrarme.

Su respiración se vuelve errática, mi nombre se le escapa entre sus labios y eso es lo que termina de empujarme al borde. Me separo apenas, lo justo para mirarla, para que sepa que tengo el control incluso cuando estoy perdiéndolo. Sus ojos brillan, oscuros, rendidos.

El clímax la golpeó como una ola, su cuerpo se tensó y mi nombre escapó de sus labios en un grito que llenó cada rincón de mi piso. La sentí colapsar entre mis dedos, ordeñándolos y haciéndome delirar por sus gemidos.

En ese momento, lo supe. Ya no había planes, ni misiones, ni lealtades. Solo existía el hambre. Y yo estaba dispuesto a morir por ella.

CAPITULO 21
maddox

cuando los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana abrí los ojos más por obligación que porque en serio quisiera encontrarme con el lado derecho de la cama vacío. Tragué saliva al notar la ausencia de Max y millones de escenarios posibles se abrieron paso en mi mente.

Siento el nudo de la ansiedad apretar mi garganta. En mi mundo, que un hombre se vaya sin decir nada no significa que haya ido a por café; significa que se ha arrepentido o que lo han matado. Y no sabía qué opción me aterraba más.

Me puse en pie, mis dedos rozando el suelo de madera fría. El piso de Max era un reflejo de su mente: un desorden caótico pero a la vez calculado. A diferencia de la pulcritud clínica y casi psicótica de su hermano Matthew, el espacio de Max era crudo, oscuro y desordenado. Pero lo más importante, era real.

Como si en este rincón de Chicago pudiera permitirse dejar de ser el soldado perfecto para ser él mismo, o lo que sea que ocultaba bajo la piel.

Me acerqué hasta una pequeña biblioteca de libros y acaricié los diferentes lomos con la punta de mis dedos, esperando que en cualquier momento la puerta se abriera y él apareciera, pero nada. Había pasado media hora y no tenía noticias suyas, bien podría haber sido reclutado por mi padre o Matthew para alguna reunión, pero estaba cien por ciento segura de que estas no se realizaban a plena luz del día y, de haber alguna emergencia, me habría enterado.

Constaté mi móvil y tampoco había un mensaje de él, solo de Penny pidiendo desesperaba que le dijera a donde había ido a mitad de la noche y porqué debía sostener mi mentira frente a mi padre.

Era arriesgado encender mi móvil por el rastreador pero necesitaba verificar todo. Tragué saliva. Si mi padre o Matthew se enteraran de lo que había ocurrido anoche estaría en graves problemas, pero en peor posición estaría Max.

Quizás por eso no estaba en su piso, porque había pensado con la mente fría y al darse cuenta que lo de anoche había sido un completo error, fue consciente del problema que sería para él. En su lugar, yo también reaccionaría así; lo quisiera o no, al final del día estar conmigo era un problema, no por mí, sino por mi vida.

Apreté los puños. Anoche, la rabia me había impulsado hasta su puerta. Estaba harta de su juego del gato y el ratón, de esa máscara de indiferencia que se ponía cada vez que estábamos en público. Yo sabía lo que le provocaba. Lo sentía en la forma en que su mirada me desnudaba en los pasillos de la universidad, lo supe cuando alguien se metió en la mansión y tuve que curar su herida, me di cuenta en la forma en que me miró.

Por Dios, lo había sentido cuando nos besamos en el club.

¿Por qué debía comportarse como un imbécil?

Escuché el clic de la cerradura. Mi corazón martilleó contra mis costillas y me odié un poco por eso. No puedo tener debilidades, era algo que siempre decía Levi. Y estaba allí, temblando por un subordinado.

Me giré y lo encontré de pie frente a mí, sosteniendo una bandeja con dos cafés y una pequeña bolsa de una cafetería que reconocí al venir la noche anterior. Lleva vaqueros negros y camiseta a juego, tiene el pelo desprolijo, ligeramente despeinado y a esa distancia divisé que estaba un poco húmedo por la ducha de la mañana.

—¿Ya te ibas? —Su voz era una lija de terciopelo, ronca por el sueño y algo más.

No supe qué decir. Mi armadura se desmoronó a sus pies. Él arqueó una ceja, dejando el desayuno en la encimera de mármol con una suficiencia que me irritó.

—Por tu cara, juraría que pensabas que te había abandonado —soltó con una media sonrisa oscura.

Me acerqué a él, manteniendo la distancia de seguridad que mi instinto me exigía.

—Quizás —susurré.

—¿Y cómo piensas irte si te dejé encerrada? —Se giró, cruzando los brazos sobre su pecho macizo. La camiseta negra se tensó contra sus bíceps tatuados.

—Asumí que me habrías dejado una llave de repuesto —mentí, tratando de recuperar mi dignidad—. Para asegurarte de que no estuviera aquí al regresar.

—¿Con una nota que dice «hasta luego»? —bromeó.

—O quizás con un «hasta nunca».

Dejó escapar una risa baja, divertida. Pero un segundo después toda su diversión fue reemplaza por su mirada hostil y calculadora.

—De verdad lo crees —dijo serio. No fue una pregunta, fue un hecho. Y no podía mentirle, no supe por qué, pero, aunque lo intente no podía pronunciar la mentira, así que me encogí de hombros y alzó una ceja—. ¿Eso es lo que crees que soy, Maddox?

¿Alguien podría culparme? Solo soy una víctima de su juego estúpido, ¿por qué estaría mal que creyera que no quiere volver a verme si se la pasó demostrando exactamente eso? Así que sí, eso creo que es, pero no le dije eso. En su lugar, lancé una evasiva.

—No lo sé. No te conozco —respondí, aunque cada fibra de mi ser gritaba que lo conocía más que a nadie.

Tenía un maldito expediente con su nombre. Pero, aun así, sentía que me faltaba mucho por saber de él. Y, aunque todo en mi gritara que estaba mal, que sería peligroso adentrarme en su vida y sus secretos, de repente era lo único que quería hacer: conocerlo a fondo. Cada detalle. Cada fragmento y cicatriz de él. Conocer su oscuridad y saber si combinaba con la mía.

Él se lamió el labio inferior y su mirada cambió. El hambre volvió a aparecer en sus ojos, como una negrura absoluta que me atrapó.

—Sigues repitiendo eso —murmuró, dando un paso hacia mí—. No deberías mirar así a un hombre que no conoces.

Crucé las piernas, el roce de mi propia piel provocó un incendio.

—¿Así cómo? —lo desafié.

Max caminó hacia mi con una lentitud tortuosa. Era una serpiente deslizándose con gracia hacia su víctima. Se movió con la elegancia de un depredador que sabe que su presa no tiene adónde ir. Me acorraló contra la mesa del comedor, apoyando las manos a ambos lados de mis caderas. Su calor me golpeó como una ola.

Todo lo que acababa de considerar: lo mal que estaba esto, lo peligroso que podía ser para ambos, se desvaneció en un segundo cuando lo tuve a centímetros de distancia y solo pensé en entregarme a él.

—Te encanta —gruñó, acercándose tanto que su aliento rozó mi oreja—. Provocarme. Jugar con fuego hasta que te quemas.

—Se podría decir lo mismo de ti, Máximo.

Sentí su sonrisa en mi oreja y mi pulso se disparó. Mi respiración se volvió errática.

—Salí a por el desayuno mientras dormías plácidamente. Alejarme de aquella cama esta mañana fue una tortura—continuó, su nariz rozando mi cuello, enviando descargas eléctricas a mi columna—. Y tú crees que me he ido. ¿Después de lo de anoche? ¿Después de cómo gritaste mi nombre? No voy a dejarte ir tan fácilmente, princesa. Ya te probé y ahora soy un maldito adicto.

No debería creerle. Todos saben que las mentiras más dulces son las que se escuchan así: pasionales, cargadas de deseo y secretos, son al fin y al cabo, mentiras. Pero no pude controlar a mi corazón que se saltó un latido en cuanto sus palabras abandonaron sus

labios: Ya te probé y ahora soy un maldito adicto.

Su mano subió por mi muslo, lenta, tortuosa, hasta que sus dedos tocaron la tela de mi ropa interior. Gemí, mi cabeza cayendo hacia atrás por voluntad propia.

—Esto es lo que te hace un desconocido, ¿eh? —Su voz era pura posesión—. Dime, Maddox, ¿te pones así de húmeda por cualquiera que no conozca tu nombre?

Sus dedos revoloteaban sobre el borde de mi braga y yo debería concentrarme, alejarlo de mí, recordar que todo esto era peligroso pero no podía, mis defensas flaqueaban cuando sentía su presencia junto a mí, su piel rozando mi ropa interior, su lengua acariciando mi mentón y su mano tomar mi muslo con posesión.

—Dilo —exigió, su tono volviéndose demandante, oscuro—. Di que no me conoces. Te reto.

Lo miré a los ojos.

Este era su juego: someter a la hija del Don. Doblegar a la hija del hombre que podría asesinarlo sin piedad. Hacer suya el arma más letal de la mafia Draghi. Y debería resistirme, debería recordar que no soy un maldito peón, pero el juego al que nos adentrábamos me gustaba demasiado para controlarme.

Él quería mi rendición, pero yo era una Salvatore.

Y a los Salvatore nos gusta el peligro.

—No te conozco —susurré entre jadeos.

Su sonrisa fue depredadora. Se alejó unos centímetros sin dejar de verme, su mano en mi cuello subió hasta acariciar mis labios, extraje la lengua y el sonrió cuando acaricié la yema de su dedo. Dejó caer su mano por mi mentón, bajó a mi cuello otra vez pero no se detuvo, continuó su camino hasta rodear uno de mis pechos y se mordió el labio inferior al notar mi pezón duro traspasar la tela.

Podía intentar fingir que nada me ocurría cuando lo tenía así pero era inútil, él sentía mi cuerpo y mis reacciones como si las reconociera. Sentí la ausencia de su mano en mi pecho para pasar a mi muslo, me acariciaba con ambas manos las piernas de forma tortuosa y lenta. Era increíble que con solo tocarme ya estuviera completamente húmeda y él lo sabía. Antes de poder decir algo, se arrodilló frente a mí, separando mis piernas con una fuerza que me hizo vibrar.

Se había terminado la dulzura.

—Entonces deja que te enseñe lo bien que la pasas con un desconocido.

Su dedo índice se enganchó en la tela de mi braga y de un tirón se deshizo de ella, la bajó por mis piernas con rapidez y el aire del ambiente rozó mi zona sensible que ya estaba lista para recibirlo.

Lo siguiente que sentí fue su lengua abrirse paso en mi interior, separando mis labios. La delicadeza y lentitud de la noche anterior se había desvanecido, ahora Máximo era un hombre sin ningún tipo de autocontrol.

Gemí, un sonido roto que no reconocí como propio, mientras mis dedos se hundían en su cabello húmedo, alternando entre querer alejarlo y querer fundirme contra él. Su lengua era salvaje, chupaba mis labios succionando con fuerza antes de adentrarse otra vez, lo siguiente que sentí fue su dedo acariciar con suavidad mi clítoris y no pude evitar gritar su nombre.

—Nena, podría desayunarte todos los días —murmuró alejándose. Sus dedos tomaron el lugar de su lengua y gemí cuando los sentí embestirme con fuerza —. Podría pasarme el resto del día escuchándote gemir y suplicar...

—Máximo...

—¿Qué? —Preguntó con voz ronca— ¿Qué necesita la princesa? — no respondí, no podía hacerlo aunque quisiera. Mi mente era un

caos de destellos blancos y sensaciones que desconocía hasta el momento. Extrajo sus dedos y, aunque no podía verlos, escuché como los saboreaba con placer. Siento mis mejillas incendiarse por la vergüenza—. Eres una delicia... ¿Quien lo diría? No me soportabas y ahora estás suplicando —su voz bajó una octava, volviéndose un gruñido posesivo—. ¿Dónde está la heredera de los Draghi ahora? ¿Dónde está el arma letal de Levi Salvatore?

No esperó respuesta. Metió dos dedos en mi interior con un empuje firme que me dejó sin aire. El contraste de su aspereza con mi humedad me hizo ver estrellas. Comenzó a moverse con un ritmo despiadado, un bombeo que no buscaba ser gentil, sino absoluto.

—Vamos, nena. Córrete para mí —demandó, su pulgar presionando mi clítoris con una cadencia que me estaba volviendo loca—. Quiero sentir cómo te deshaces. Quiero saber que he sido yo quien te ha arruinado para cualquier otro hombre.

El placer era una marea negra que subía por mis piernas, nublando mi juicio. Sentía la vibración de sus palabras contra mis muslos mientras volvía a usar su lengua, coordinándola con el movimiento de sus dedos. Era una sobrecarga sensorial. Mis sentidos se centraron en el roce de sus tatuajes contra mi piel, el olor a café y tabaco que lo rodeaba, y la forma en que sus manos me sujetaban como si fuera su posesión más valiosa y, a la vez, su secreto más peligroso.

Estaba al borde del precipicio. Mi cuerpo se tensó, mis uñas se enterraron en sus hombros y el mundo se redujo a ese rincón de la cocina y al hombre que me estaba destrozando con una devoción oscura.

El orgasmo me golpeó de forma violenta y cruda. Mi cuerpo se sacudió bajo sus manos, mis músculos apretándose alrededor de sus dedos mientras él se aseguraba de que sintiera cada segundo de mi rendición. En ese momento, no era una Salvatore, no era una

heredera, ni un arma. Solo era una chica rota y reconstruida por el tacto de un soldado que sabía perfectamente que, después de esto, ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos.

Sentí la ausencia de sus dedos y gemí, abrí los ojos y Max estaba frente a mi con una sonrisa y saboreando los restos de mi de sus dedos. Mierda. Me moría de vergüenza y cubrí mi rostro con mis manos, escucho una risa ronca que me hace temblar.

—¿Qué haces? —Pregunto, completamente desconcertada, cuando de pronto me alza separándome de la mesa como si no pesara nada.

Ni siquiera me da tiempo a protestar. Comienza a caminar por su departamento conmigo en brazos.

—Debe darse una ducha, señorita Salvatore —responde con voz grave que suena a sentencia.

—Máximo... —Murmuro, escondiendo mi rostro contra su cuello.

—Si piensas que te dejaré salir de aquí oliendo a sexo —continúa con absoluta tranquilidad—, estás muy equivocada.

—Dios, deja de hablar así —me quejo cubriéndome la cara con ambas manos—. Harás que muera de vergüenza.

El se ríe. Y el sonido vibra en su pecho, justo debajo de mi mejilla.

—No deberías —dice cuando entramos al baño. Me deja con cuidado en el piso frío, pero no se aparta—. La vergüenza no te queda bien.

Acuna mi rostro entre sus manos, como si sostuviera algo delicado. Sus ojos oscuros no están llenos de peligro sino de algo peor... de ternura.

Me da un beso breve, lento. No urgente y mucho menos salvaje. Como si estuviera marcando territorio, pero con suavidad.

—No puedo dejar que salgas así —murmura contra mis labios—. Serías un peligro público.

—¿Para quién? —Pregunto, alzando una ceja.

—Para cualquier idiota que crea que puede mirarte más de dos segundos.

Ruedo los ojos.

—Estás exagerando.

—No. Estoy conteniendo impulsos homicidas —responde con total seriedad, aunque sus dedos dibujan círculos distraídos sobre mi cintura—. Y créeme, me está costando.

No puedo evitar reír.

Él se aleja para abrir el grifo de la ducha y el baño comienza a llenarse de vapor, vuelvo a sentirlo cerca, clava sus dedos en mi cintura y me atrae hasta que nuestros pechos se pegan por completo.

—Eres ridículo —susurro divertida.

—Soy precavido —corrige—. Y un tanto posesivo.

CAPITULO 22
maddox

Máximo Hardaway se desvaneció en las sombras de Chicago como si nunca hubiera existido. El problema era que si existía y mi cuerpo lo recordaba demasiado bien.

Habían pasado seís días de lo que sucedió en su departamento, seis días de romperme en sus brazos, de gemir su nombre como si no existiera otra palabra en mi vocabulario y de ver su sonrisa tierna cuando me llevo a la ducha con él.

Mierda.

Máximo no era más que otro imbécil. ¿Por qué demonios me había dejado manipular de forma tan estúpida?

Si Levi lo supiera, no solo asesinaría a Máximo, me reprocharía por haber caído tan bajo de creerle a un hombre que era un soldado y había sido entrenado para la mentira. Y yo había caído como si no fuera la hija de un maldito Don.

No era su ausencia lo que más me molestaba, en absoluto. Después de todo, no éramos nada, pero mentiría si dijera que el juego de poder en el que nos adentrábamos cuando estábamos juntos no me gustaba. Pero nada de eso me tenía así, el problema era, en realidad, mi propia debilidad.

Y el hecho de llevar un apellido que no debería permitir aquellos sentimientos.

Me odiaba por revisar el teléfono cada vez que una notificación iluminaba la pantalla. Me odiaba por recordar el sabor de su piel y la forma en que su voz ronca me llamó princesa mientras yo me deshacía en sus manos.

Y quizás la verdadera razón de mi molestia era que nada había significado para Máximo y lo sabía.

Para él, quizás fue un martes cualquiera; para mí, fue la primera vez que Maddox Salvatore se sintió más mujer que arma. Y eso era imperdonable.

—Maddie, si sigues mirando ese móvil, voy a lanzarlo al lago Michigan —soltó Penny mientras salíamos de la universidad el viernes por la tarde.

Penny Ann Hill no era de las que regalaban segundas oportunidades a los hombres, y que me sugiriera llamarlo era la prueba definitiva de que mi situación era patética.

—No voy a llamarlo, Penny —dije antes de que pueda volver a mencionar esa estúpida idea—. Mi orgullo es lo único que me queda después de lo de la semana pasada —mentí, enderezando la espalda.

—No es orgullo, es miedo —me corrigió ella con esa puntería cruel que tienen las mejores amigas—. Tienes miedo de que, si confirmas su desinterés, la fantasía se rompa.

Puse los ojos en blanco. Claro que a Penny no podía explicarle que en realidad era mucho más complejo que revolcarme con Max y ya, era pasar por encima de Levi y eso significaba una sentencia de muerte.

—No hay ninguna fantasía, Penny —murmuré

—Pero mírale el lado bueno: esta noche hay fiesta —dijo ignorando mis palabras—. Y vas a venir.

Normalmente, habría puesto un centenar de excusas.

Pero en pocos días tenía un viaje muy importante: era la presentación oficial del arma de Draghi ante una de las familias más importantes de Nueva York: los Lucchese.

Levi no había logrado cerrar el trato y, antes de asesinar al insoportable heredero Lucchese, me pidió que lo ayude. No podía negarme, ya no había excusas para faltar a mi legado. Así que en unos días sería el viaje y necesitaba saborear los últimos restos de

falsa normalidad que aún parecían habitar en mí.

—Iré —dije, y la sonrisa de Penny fue casi depredadora.

Horas después, me encontraba frente a la puerta del despacho de mi padre. Llené de aire mis pulmones y coloqué la clave de seguridad antes de adentrarme al lugar lleno de olor a puro y whisky.

—Il mio tesoro —dijo Levi sin levantar la vista de los documentos. Su voz siempre se suavizaba conmigo, una anomalía en un hombre que ordenaba ejecuciones antes del almuerzo—. Pasa. ¿A qué debo el honor?

Me contengo para no poner los ojos en blanco, sé que me habla así adrede, solo para molestarme y sacarme de quicio.

—¿Mucho trabajo para Nueva York? —pregunté, acercándome a su escritorio de caoba.

—El viaje es en tres días, Maddox. Tu debut oficial ante las familias del Este —levantó la mirada y sus ojos oscuros, tan parecidos a los míos, me analizaron—. No te veo emocionada.

¿Emocionada por enseñarle a la familia más importante de Nueva York el mejor secreto de Draghi? Si, claro. Está en mi lista de prioridades.

—Es solo que... lo haces sonar como si fuera un sacrificio ritual.

Levi soltó una carcajada seca.

—En nuestro mundo, las presentaciones oficiales siempre tienen algo de sacrificio —hizo un gesto como restando importancia y alcé una ceja al escuchar la tranquilidad en su voz—. Pero no temas, Matthew estará pegado a ti.

El nombre de Matthew hizo que se me tensara la mandíbula. No habíamos hablado desde que me pilló mintiendo hace dos semanas cuando me encontró en mi baño con su hermano. Me relajaba que no estuviera tan a mi pendiente como antes, de ser así habría sabido antes que nadie que pasé la noche en casa de Máximo una semana atrás.

Pero Máximo seguía vivo, aunque no hablamos, si algo le hubiera sucedido ya lo sabría.

—De hecho, quería pedirte permiso para salir esta noche con Penny —solté antes de que me ofreciera su plan de comida china y películas de true crime.

Levi arqueó una ceja.

—¿Ubicación?

—Está dentro de los límites de la zona norte. Habrá gente de la universidad. Iré con cuidado.

Me estudió durante unos segundos eternos. Sabía que aún no habían avanzado en la investigación del intruso, que el peligro acechaba en cada esquina, pero Levi también sabía que si me encerraba demasiado, terminaría por rebelarme de forma más violenta.

Con Levi todo se reducía a un juego de poder, debía hacerle creer que me tenía controlada lo suficiente para no explotar.

—Ve —cedió—. Pero mantén a Matthew informado. Que él sepa dónde estás en todo momento.

—Claro —mentí con una sonrisa angelical. No tenía la menor intención de llamar a mi niñera oficial.

Salí del despacho de mi padre con una sonrisa triunfal. Una vez en mi habitación, arrojé lo esencial en un bolso de mano con movimientos frenéticos. Diez minutos después, un Uber me esperaba en la entrada lateral, lejos de las miradas críticas de los hombres de mi padre.

Penny me recibió como solo ella sabía hacerlo: con la música a todo volumen y una fila de chupitos de tequila descansando sobre la encimera. Al principio mi instinto de supervivencia se activó recordándome que debía cuidarme, pero callé esa vocecita molesta con un tono muy parecido a la de mi padre y dejé que el primer líquido abrasador bajara por mi garganta. El fuego del alcohol fue el

primer contacto cálido que sentí en días.

Cuatro chupitos más tarde, el mundo había adquirido un matiz mucho más tolerable. Bajamos del Uber frente a una estructura que solo podía describirse como un monumento al exceso. Era una mansión blanca y colosal que hería la vista bajo los focos exteriores, un mausoleo de lujo incrustado en el corazón de un barrio privado.

Incluso para mí, acostumbrada a la opulencia de los Salvatore que ocupaba casi una manzana entera, este lugar se sentía vulgarmente grande.

Estaba rodeado por rejas negras que parecían lanzas apuntando al cielo y un jardín tan perfecto que resultaba artificial. Esculturas de ángeles con rostros inexpresivos custodiaban una fuente de mármol en la entrada. No me gustaba el diseño; era demasiado pretencioso, demasiado expuesto.

Parecía una casa de la mafia.

Tragué saliva.

—Penny... —La llamé mientras la pelirroja nos guiaba dentro del lugar, esquivando los cuerpos sudorosos que no dejaban de moverse al ritmo de la música. Solo se detuvo cuando llegamos a un espacio libre entre una escalera y un amplio pasillo—. ¿De quién es esta casa? ¿Y quién organiza la fiesta?

—Oh, ¿no te lo dije? —negué—. Luc, mi compañero de la universidad. Lo recuerdas ¿cierto?

Tragué saliva mientras asentía intentando disimular mi reacción.

No tenía nada concreto contra Luc, pero mi instinto, me lanzaba advertencias silenciosas. Había algo en la excesiva confianza con la que se movía en mi órbita que me daba mala espina. Desde la noche del intruso en mi casa, Luc se había convertido en un satélite constante: aparecía en cada pasillo, me escoltaba a cada clase y buscaba cualquier excusa para romper mi espacio personal. Incluso me había invitado al cine, una oferta tan mundana que en mi mundo

resultaba sospechosa.

—No te gusta Luc —sentenció Penny, leyéndome el pensamiento con la facilidad de quien ha compartido mil secretos—. Ya sé que no es un espécimen oscuro y guapo como Max, pero es guapo, tiene dinero y está desesperado por ti.

—¿Tú crees? —arqueé una ceja, dejando que el tequila nublara un poco mi cinismo.

—¿Acaso eres ciega, Maddox? Te mira como si fueras el último trago de agua en el desierto.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. En mi realidad, la amabilidad era una transacción. Si alguien se acercaba a mí, solía ser para obtener el favor del Don o para usarme como moneda de cambio en una venganza. La idea de que yo pudiera gustarle a alguien simplemente por ser yo, sin el peso de mi apellido, era un concepto que no terminaba de encajar en mi cabeza.

—Jesús, Maddox, eres una tonta —Penny me dio un empujón juguetón, soltando una carcajada—. Anda, vamos a bailar. Quizás tengas suerte, te lleve a su habitación y te haga olvidar al idiota que no te llama.

Sentí el calor subir por mi cuello, agradeciendo que las luces estroboscópicas ocultaran mi sonrojo.

—No haré eso, Penny. Por Dios —murmuré, aunque una parte rebelde de mí, alimentada por el alcohol, se preguntó qué se sentiría ser así de imprudente.

—La noche aún es joven, Maddie.

Me guiñó un ojo y me arrastró hacia el epicentro de la pista. Bailamos durante lo que pareció una eternidad. Por primera vez en mucho tiempo, Penny no se fue a cazar a algún desconocido; se quedó conmigo, moviéndose con una libertad que envidié. Yo me dejé llevar, cerrando los ojos y permitiendo que el bajo de la música retumbara en mis huesos. Por un instante, el viaje a Nueva York, los

negocios de Draghi y la sombra de Máximo Hardaway desaparecieron. Me sentí ligera. Me sentí normal.

Hasta que alguien chocó contra mí.

Un cuerpo duro me golpeó por la espalda y, un segundo después, sentí el impacto gélido de un líquido derramándose sobre mi vestido color borgoña. La seda fina se volvió una segunda piel, pegándose a mis pechos y a mi vientre.

—¡Mierda! —Maldije entre dientes, sintiendo cómo el frío cortaba mi embriaguez de golpe.

Me giré, lista para soltar una respuesta cortante digna de mi linaje, pero me encontré con la mirada aterrada de Luc. Tenía los ojos como platos y sostenía un vaso vacío como si fuera el arma de un crimen.

—¡Maddox! Lo siento muchísimo. De verdad, no te vi... hay demasiada gente y alguien me empujó —su voz temblaba de una forma casi cómica—. ¡Por Dios, mírate! Lo siento tanto, te he arruinado el vestido.

La furia que había empezado a burbujear en mi pecho se disipó al ver lo genuinamente asustado que estaba.

—Está bien, Luc. Solo es una mancha —dije, aunque el vestido estaba arruinado y se pegaba a mi cuerpo de forma reveladora.

—No, no puedes quedarte así. Se va a notar todo cuando se seque —se inclinó hacia mi oído, su aliento oliendo a ginebra cara—. Sube a mi habitación. Te prestaré algo. Tengo una sudadera limpia que te quedará genial.

La Maddox racional se habría negado ante la propuesta, quizás se habría pedido un Uber y regresaría a su casa.

Pero no era la Maddox racional la que estaba de guardia esta noche.

—Está bien —dije—. Guíame.

Subimos las escaleras, dejando atrás el ruido ensordecedor. Su habitación era tan extravagante como el resto de la casa: detalles en oro, plata y una cama de roble que parecía un altar. Luc buscó en su armario y me tendió una sudadera blanca.

—Gracias —murmuré tragando saliva—. Yo... prometo que regresará a tu armario.

Luc se acercó un paso y me dedicó una sonrisa atractiva. Un hormigueo extraño recorrió mi piel al ver que no parecía dispuesto a irse.

—Está bien, puedes quedártela —me guiña un ojo—. Después de todo, ya ni me queda.

Sonrío con los labios presionados.

¿No esperará que me desvista frente a él?

—Yo... ¿Dejas que me cambie?

Abre los ojos con sorpresa al darse cuenta.

—Mierda, sí. Lo siento —hace una seña hacia un lado—. Hay un baño allí por si necesitas usarlo. Me quedaré fuera para que te cambies —dijo con una sonrisa suave—. Tómate tu tiempo.

Cuando cerró la puerta, solté un suspiro de alivio. La calma del lugar me permitió procesar la situación. Luc era amable, sí. Pero no sentía absolutamente nada por él. Ni un escalofrío, ni una chispa. Era solo un chico rico jugando a ser anfitrión.

Me llevé las manos al dobladillo del vestido, lista para quitármelo y terminar con esto cuanto antes para volver con Penny, cuando la puerta se abrió de golpe.

Ahogué un grito, cubriéndome el pecho con la sudadera.

Allí, bajo el marco de la puerta, estaba Max.

CAPITULO 23
maddox

Máximo! —mi voz fue una especie de grito ahogado pero él no apreció sorprendido— ¿Qué demonios haces aquí?

Él no se inmutó. Ladeó la cabeza con una lentitud predadora, observándome con esos ojos que parecían absorber toda la luz de la habitación. Apoyó su hombro contra el marco de la puerta, bloqueando cualquier salida posible con su imponente figura.

—¿Puedo saber qué hace mi princesa semidesnuda en una habitación que no me pertenece?

La sangre me hirvió al escuchar la forma en que me llamó. Era un imbécil en toda regla. Vergüenza, deseo y una rabia incandescente se mezclaron en mi pecho. No le daría el gusto de una respuesta. Lo fulminé con la mirada y me dirigí al baño sin mirar atrás. Intenté cerrar la puerta, pero el impacto de su bota contra la madera me detuvo en seco.

Antes de que pudiera protestar, Max ya estaba dentro, cerrando el pestillo tras de sí.

El espacio se redujo a nada. El baño era diminuto, para ser una mansión el doble de grande que la de Salvatore esperaba que el baño sea igual de espacioso, y con su metro ochenta y cinco de puro músculo y mala actitud, el aire empezó a escasear.

—Vete, Máximo —siseé.

—No has respondido —dijo él con una calma aterradora, cruzando los brazos sobre su pecho. Observé de reojo sus bíceps flexionarse.

—No te debo ni un solo suspiro —sentencié, dándole la espalda.

Abrí el grifo, humedeciendo unos pañuelos de papel con manos temblorosas. No pensaba quitarme el vestido frente a él; no después de su desaparición de toda la semana.

—¿Qué te ha pasado? —El tono de Max cambió. Ya no era burla; era esa vibración profunda y peligrosa que usaba antes de romperle los huesos a alguien—. Maddox…¿Quien te ha hecho esto?

Trago saliva.

—Derramaron licor de menta sobre mí —hice una mueca al oler la tela húmeda—. Es un asco.

Me apresuré a limpiar mi escote, agradeciendo por primera vez que el diseño de Penny fuera tan revelador. Pero el vello de mi nuca se erizó en cuanto sentí su presencia detrás. Max se había movido. Estaba justo detrás de mí, su calor irradiando contra mi espalda, sus ojos clavados en mi reflejo con un brillo de pura furia posesiva.

—¿Necesitas ayuda?

—No necesito nada que venga de ti —respondí, aunque mi voz me traicionó con un leve quiebro.

—Estás enojada —afirmó.

—Vaya, al final sí que hay algo dentro de ese cráneo además de testosterona…

En un parpadeo, la situación escaló. Max dejó caer su máscara de calma. Su mano se cerró alrededor de mi cuello, no para hacerme daño, sino para reclamar control. Me obligó a levantar la cabeza, exponiendo mi garganta, y me encontré con un par de abismos negros que prometían quemarme viva. El calor en mi vientre se convirtió en un incendio.

—Detesto que me hables así —gruñó entre dientes.

—No me importa —mentí, aunque mis hormonas estaban gritando por su toque. La mandíbula tensa, la ira en sus ojos… todo en él me intimidaba y me excitaba a partes iguales.

Se inclinó, su boca a milímetros de la mía.

—Pues debería importarte. ¿Sabes por qué? Porque cuando me desafías de esa forma, lo único en lo que pienso es en castigarte. Y

ambos sabemos que te encantaría.

Mi respiración se volvió superficial.

Mierda. Estaba ansiosa por ese castigo. Pero entonces, su mirada cayó sobre la prenda blanca que había dejado a un lado y su expresión cambió por completo.

—¿Qué es eso?

—Una sudadera.

—¿De. Quién? —Dijo sin paciencia.

—De Luc —murmuré, desafiante.

—¿Y por qué tienes la ropa de ese imbécil, Maddox?

—¿Por qué lo detestas…?

—No me respondiste —gruñó presionando sus dedos.

—Él fue quien derramó la bebida —respondí casi sin aliento—. Dijo que podía usarla. Pensaba ponérmela… sin nada debajo.

Su agarre en mi cuello se apretó, cortándome el aire lo justo para hacerme jadear de placer. Sabía que estaba mal provocarlo pero ni instinto de supervivencia se había ido al garete cuando acepte los chupitos de tequila de Penny.

—Ni lo sueñes —sentenció entre dientes—. Si tienes frío, te pondré mi chaqueta. O mejor aún, te mantendré caliente incendiando todo este maldito lugar. Pero no vas a tocar la ropa de otro hombre mientras yo respire.

—Llegaste un poco tarde, ¿no crees? —Susurro.

El movimiento es tan rápido que apenas lo registro. Me gira con brusquedad controlada para estar frente a frente. Su mano todavía sostiene mi cuello y nuestras narices están a centímetros de distancia.

—Yo creo que llegué a tiempo —responde en un tono bajo, casi una amenaza—. A tiempo para recordarte de quién eres.

Trago saliva. El aire entre nosotros se vuelve denso.

—Mmh —murmuro, sosteniendo la mirada aunque me arda—. No sé de qué hablas.

Sus dedos presionan apenas más fuerte. Lo suficiente para que mi pulso se acelere.

—Maddox —advierte.

Mi nombre en sus labios no suena dulce, se parece mucho más a una advertencia mezclada con deseo contenido.

—¿Desapareces una semana y esperas que me quede sentada portándome bien? —lo desafío—. Repite conmigo: llegaste tarde.

Me empujó contra la puerta del baño sin soltarme. El frío de la madera contrastaba con el fuego de su cuerpo presionándome. Max usó su rodilla para separar mis piernas, encajando su entrepierna contra mi centro empapado. Gemí contra su boca, atrapada entre su mano en mi cuello y el peso de su deseo. Deja caer sus labios por mi mandíbula hasta mi cuello, nota que trago saliva y lo siento sonreír sobre mi piel.

—No me provoques —murmura contra mi oído—. No cuando ya estoy al límite.

Siento su mano libre recorrer mis curvas hasta llegar a mi cintura y clavar sus dedos con posesión.

—¿O qué? —Pregunto, aunque mi voz ya no es tan firme.

Su mano se desliza hasta mi muslo y me obliga a rodearlo con una pierna. Mi espalda se arquea por reflejo.

—O voy a enseñarte exactamente cuánto me perteneces.

Tiemblo por la anticipación y muerdo mi labio inferior intentando reprimir el jadeo que amenaza con salir al sentir su entrepierna presionar en mi centro. Su polla está dura y se clava entre mi humedad. Lo único que nos separa es la ropa y siento que está estorbando.

Está a punto de acercar sus labios cuando Luc llama a la puerta.

—¿Maddox? ¿Todo bien? Me pareció oír un ruido…

Max sonríe con una expresión diabólica y sensual. Apoyó un dedo sobre mis labios, exigiéndome silencio. Su mano abandona mi muslo para colarse entre nuestros cuerpos, llega al borde de mi vestido y lo sube con lentitud. Lanzo la cabeza hacia atrás cuando siento su dedo índice presionar con fuerza mi centro por encima de mi ropa.

—Tan húmeda —murmura en mi oído—. Te excita este juego, ¿cierto? —Muerdo mi labio inferior sin poder responder—. Sí, te excita.

—¿Maddox? ¿Está todo bien?

Otra vez la voz de Luc.

—Responde, princesa —susurra.

—Y-yo… sí, estoy bien —intenté que mi voz no temblara mientras Max apartaba la tela de mi braga—. Solo es un desastre, mi vestido está… muy húmedo —solté un jadeo cuando hundió un dedo en mí, encontrándome lista, desbordada. Lo vi morderse el labio inferior y su nuez de Adán se movió bruscamente—. Salgo en un rato. ¡Búscame luego!

—De acuerdo… —la voz de Luc sonaba dudosa—. Estaré fuera. Si necesitas algo, solo grita.

—Oh, vas a gritar —prometió Max en mi oído mientras Luc se alejaba.

Comenzó a mover sus dedos con un ritmo despiadado, una mezcla de castigo y adoración. Era un maldito imbécil pero que sabía usar sus dedos, no podía negar eso. Aunque no estaba dispuesta a admitirlo en voz alta, no luego de lo que había hecho, de como me trató y desapareció una semana. No daría el brazo a torcer tan fácil, o eso creía.

—Basta —pedí, intento recuperar el control pero fallé cuando gemí —. Máximo...

—¿Quieres que pare? —Bajó sus labios a mi oído y sentí su lengua rozar mi lóbulo—. No, no quieres eso.

—Quiero que te dejes de comportar como un imbécil —pido en un jadeo.

Siento su sonrisa y sus dedos salen de mi interior para volver a embestirme con más fuerza.

—No pidas imposibles, princesa.

—Te detesto.

—Mmh —murmura—. Tú me encantas.

Mi corazón se acelera.

No puedo negar que es más sencillo cuando se comporta como un imbécil porque entonces no debo ponerle orden a estas emociones que no comprendo ni un poco.

Esto es un juego, pienso, solo para divertirnos, ¿cierto?

—Me encantas tanto —dice sin dejar de mover sus dedos. Siento sus labios besar mi cuello—. Me encanta tu cuerpo, tu sonrisa, su coño tan rico y dulce...

—Máximo —jadeo.

—¿Qué ocurre, princesa? —lame con suavidad mi clavícula—. ¿Quieres que te haga venir en mis dedos? Porque yo me muero por hacerlo...

—No —digo mientras lucho con mi orgullo.

Siento su risa y sé que no me cree.

—Mentirosa —susurra—. Deberás esforzarte mejor si quieres que no piense estas cosas, Maddox.

Max apretó mi cuello un poco más y hundió un segundo dedo, aumentando la velocidad. El placer fue tan agudo que mis rodillas fallaron; solo su cuerpo me mantenía en pie.

Su pulgar encontró mi clítoris con la precisión de un verdugo que conoce exactamente el punto de quiebre de su víctima. El mundo exterior se disolvió hasta que solo quedó el roce de su piel contra la mía.

Max me llevó a la cima con una lentitud tortuosa. Sus dedos se movían dentro de mí con un ritmo hipnótico, mientras su pulgar ejercía la presión justa, esa que me hacía arquear la espalda y buscar más, solo para que él se detuviera en el último segundo.

—¿Quieres esto, Maddox? —Susurró contra mi cuello, su aliento abrasando mi piel—. ¿Quieres que te dé lo que ese idiota de afuera ni siquiera sabe imaginar?

—Te detesto —dije entre dientes, sin aliento. Aunque no sabía por qué decía aquella mentira.

Sentí su sonrisa acariciar mis labios.

—No vas a usar la ropa de nadie más ¿verdad?

—Eres un maldito imbécil.

—Y te vas a venir en los dedos de este imbécil —susurró—. Así que hazlo, córrete para mí Maddox, déjame escucharte.

Me mordí el labio inferior intentando contener mis gemidos pero con cada uno de sus movimientos en mi interior esto se hacía imposible. Por Dios me estaba corriendo en los dedos del peor idiota en el baño de un chico que parecía lindo conmigo.

Estaba completamente mal y sin embargo podría arder en el infierno por esto sin problemas.

Su cuerpo se apretó contra mí y noté lo duro que estaba, solo podía pensar en que quería tenerlo dentro de mí, rasguñar su espalda y no dejar que se detuviera.

—Princesa —susurró con un tono de voz que no le reconocí—. Princesa...

No supe si fue el ambiente que nos rodeaba, su mano en mi

cuello presionando lo justo para hacerme gemir, sus dedos dentro de mi o la forma en que dijo aquel apodo tan estúpido pero que parecía podía usar solo él para desarmarme, o quizás una combinación perfecta de todos los factores los que me llevaron al límite.

Sus dedos me follaban con una intensidad que me hizo perder el control de mis propios músculos. Sentí la presión acumulándose en mi vientre, una marea de calor que amenazaba con desbordarse, y justo cuando pensé que no podía soportar un segundo más de esa dulce agonía, me empujó al abismo.

El orgasmo me golpeó como una descarga eléctrica, fragmentando mi realidad. Mis paredes internas se contrajeron violentamente alrededor de sus dedos en oleadas de puro éxtasis. Enterré mi rostro en el hueco de su hombro, mordiendo la tela de su camiseta para ahogar el grito que pugnaba por salir.

Mis uñas se clavaron en su espalda, marcándolo a través de la ropa, mientras mi cuerpo se sacudía contra el suyo en una danza de espasmos incontrolables.

Máximo no me soltó, acarició por última vez mi interior con suavidad antes de salir. Se alejó unos centímetros para verme y lo miré de soslayo.

Volví a la realidad.

Lo empujé de forma brusca y él me dedicó una mirada confundida, me apresuro a alisar mi vestido y acercarme a la encimera del baño. Frente al espejo.

Ignoré la forma en la que estaba: los labios hinchados, la mirada húmeda y las mejillas sonrosadas. Siento su rastro en mi cuerpo aún y quizás por eso continúo temblando pero hago de cuenta que nada sucede.

Luego lo siento a mi espalda.

—Maddox...

—Vete —me apresuro a decir—. Por favor, vete.

Él no me hace caso, sus manos se posan en mi cintura y antes de poder entender lo que sucede me rodea desde atrás y esconde su rostro en mi cuello.

—Ven conmigo esta noche —pide y trago saliva—. Te prometo que no habrá juegos.

CAPITULO 24
maximo

acaricié la mejilla de Maddox con cuidado de no despertarla. La luz de la mañana se filtra por el ventanal de mi piso y su cabello rubio parecía una cascada dorada, como si la luz del sol se derramara a mi lado y quise fundirme en ella.

Estoy jodido. No es solo una expresión; es una sentencia de muerte. Si su padre supiera lo que hice anoche en ese baño, mi cabeza estaría adornando una pica en la avenida Michigan antes del mediodía. Pero aquí estoy, dejándome arrastrar por la gravedad de un sol que no debería tocar.

Maddox es demasiado. Demasiado pura para mis manos manchadas, demasiado letal para mi autocontrol. Ni siquiera hemos llegado al final, y ya estoy a sus pies, un soldado desertando de su propia lógica por un poco de su veneno.

Intenté alejarme. Pero fue imposible. Y siempre lo sería.

Deslizo mi mano por su costado, mi piel oscura contrasta contra la suya, pálida y perfecta. Llevaba mi camiseta negra, una visión que me puso duro al instante, sabiendo que debajo solo quedaba ese encaje rojo que me había estado volviendo loco.

—Max… —murmuró ella, su voz ronca por el sueño.

—¿Mmh? —Me posicioné sobre ella, aspirando su aroma. Huele a flores y a la perdición que acepté voluntariamente.

—Espera… —jadeó cuando mis labios encontraron el punto sensible bajo su oreja. Intentó apartarme, pero la atraje más hacia mí—. Me debes una conversación, Hardaway.

Gruñí contra su piel.

—¿Podemos desayunar primero? —pregunté, aunque mis manos

ya estaban buscando el borde de su ropa interior.

Ella se incorporó sobre los codos, sus ojos verdes clavados en los míos con una seriedad que me heló la sangre. Me detuvo con una mano firme sobre mi cabello.

—No. No haremos nada hasta que hables.

—Maddox…

Antes de que pueda continuar la vi poner los ojos en blanco y darme un empujón que me hizo rodar al otro lado de la cama. Observé como abandonaba el colchón y buscaba su ropa.

—Nena, espera...

—¿No quieres hablar? Bien —dijo con furia—. Me iré de aquí.

—Espera, no es necesario... —puso sus manos en jarra sobre su cadera y tragué saliva al verla tan molesta—. Es... complicado.

Era un imbécil. Eso estaba claro.

Pero no creí que fuera tan estúpido de no lograr decir una oración coherente. Otra vez Maddox puso los ojos en blanco y continuo buscando su ropa.

—Esto fue un completo error —la escuché decir.

Me puse de pie de inmediato y la enfrenté, ella intentó alejarse pero la sostuve de la cintura para atraerla más cerca.

—¿Qué...?

—No piensas eso —dije, escuché la desesperación en mi voz—. No piensas que fue un error. Solo estás molesta...

—Fue un error dejar que me convencieras de pasar la noche contigo —replica y no se intimida, se acerca un poco más—. Fui una idiota al creer que podrías hablar y ser sincero. Pero ¿qué puedo esperar de un tipo que me lleva a la cama y luego desaparece?

Niego. No puedo creer que tenga esa imagen de mí.

Aunque en realidad ayudé a construir esa idea.

—Maddox...

—¿Sabes? No te pido nada, Máximo. Solo que no juegues conmigo y ya.

—No estoy jugando contigo —dije, bloqueando su paso—. Es solo que… estar conmigo es complicado.

Algo cruza su mirada y dejó escapar una risa irónica

—¿Estar contigo? —preguntó incrédula—. ¿O estar conmigo?

Presioné los labios en una fina línea. No podía mentirle, no a ella, no era estúpida, sabía a qué nos arriesgábamos con esto.

—Lo que quiero decir…

—Sé que puede costarte la vida —respondió ella con una sonrisa triste que me dolió más que cualquier golpe—. Pero si no valgo el riesgo, deja de buscarme.

Me acerqué a ella hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. No podía decirle la verdad. No podía decirle por qué estoy realmente en Chicago, ni los secretos que guardo bajo llave en una caja fuerte mental que ni siquiera Matthew conoce. Si Maddox supiera quién soy de verdad, no me miraría con deseo; me miraría con el cañón de su arma entre mis ojos.

—No puedo dejar de buscarte —admití, mi voz sonando como grava—. No soporto que nadie más te toque. No soporto que uses la ropa de otro hombre. Quiero que seas mía, incluso si eso significa que ambos terminemos en el infierno.

Maddox bajó la mirada, sus pecas brillando bajo la luz matutina. Guardó silencio un momento antes de regresar a verme.

—Voy a ser honesta, Máximo —dijo, y su tono me puso en alerta —. Jamás he tenido una relación y no quiero una. Así que dejemos algo claro: no estoy enamorada de ti. En mi mundo no hay lugar para eso. Solo hay lugar para divertirme y pasarla bien. No planeo

buscar nada más que eso —trago saliva en cuanto la escucho y un sentimiento parecido a la posesión me llena. Imaginar que solo soy un momento para pasarlo bien no es lo que busco, pero el saber que prefiere pasarlo bien conmigo y no con alguien más me relaja un poco—. Y sí, quizás todo eso deba hacerlo a escondidas de mi padre. Y sí, sé que es complicado y puede costarnos más que la vida. Pero no busco amor, no busco compromiso y mucho menos exclusividad. Si esa es la razón por la que has desaparecido, por el miedo a que pueda pedirte más, dejame decirte que eres un imbécil y preferiría que no me jodas.

Sus palabras fueron como una ráfaga de disparos. Sentí el impacto en el centro de mi pecho, un vacío amargo que me obligó a apretar los puños.

Debería haberme sentido aliviado. Era la salida perfecta para alguien con tantos secretos como yo. Pero en lugar de eso, sentí una posesividad salvaje rugir en mis venas.

—Bien —gruñí, rodeando su cuello con mi mano, dejando que mis dedos rozaran las marcas que le hice anoche, la atraje hacia mí con decisión y tuvo que inclinar la cabeza para verme a los ojos—. Sin compromisos. Pero lo de «sin exclusividad» no va a pasar. Eres mía mientras estemos en este juego.

Ella se mordió el labio, el desafío brillando en sus ojos.

—Podemos negociar los términos y condiciones… —susurró.

La acerco más. Mis labios rozan los suyos.

—No hay nada que negociar, princesa.

Y antes de darle tiempo a reaccionar, la cargo sobre mi hombro y la arrojo otra vez sobre la cama. Su risa llena la habitación y el sonido golpea directo en mi pecho. Ahí. Donde siempre debió quedarse.

—Máximo...

—Quítate la camiseta —pido en voz baja y grave. Noto como traga saliva—. No tengo todo el día, Maddox.

Ella se muerde el labio inferior y algo brilla en su mirada, se incorpora solo un poco, con sus codos hundiéndose en mi colchón y cruzando las piernas. Alzo una ceja desafiante.

—Desvistete primero —ordena.

—Maddox...

—Los dos podemos jugar a este juego —me interrumpe. Mi miembro se estrangula en mi entrepierna al verla en su faceta más dominante—. No te olvides que yo también puedo poner las reglas.

—Quizás debamos turnarnos —dije entre dientes y sonriendo. Si este juego sería de poder y seducción estaba dispuesto a correr el riesgo por mi vida—. ¿Qué opinas, princesa? ¿Me das el mando por esta vez?

Quizás por eso nos atraíamos como imanes, con una fuerza gravitacional que no podíamos evitar, porque éramos iguales, dos reyes en un tablero en el cual nadie quería ceder el control. No esperé su respuesta verbal porque lo supe, en cuanto vi el brillo de sus ojos, que ya me había cedido el control. Tome su tobillo con fuerza y la arrastré para que vuelva a acostarse.

La vi llevar sus manos hasta el borde de mi camiseta, lo siguiente que tuve frente a mí fue su abdomen perfectamente tonificado y sus pechos duros.

Supe lo que quería antes de que lo dijera, así que obedecí aunque no tuviera que pedirme nada. Me quité mi ropa interior con lentitud y sus ojos se clavaron en mi miembro duro y palpitante.

—Maddox —advertí. Y ella entendió a la perfección.

Posó sus manos sobre la piel desnuda de su pecho, tragué saliva al verla bajar por sus senos. Se detuvo un segundo más acariciando sus pezones duros al ver mi expresión, estaba ansioso por hundirme en ella y ser yo quien la toque. Pero verla a ella acariciar su cuerpo

era otro nivel de deseo y excitación. Uno que no conocía.

Divisé por el rabillo del ojo un preservativo en la mesa a mi espalda y, sin dejar de verla, extendí mi mano para buscarlo. Estaba hipnotizado por la forma en que se tocaba, por como sus manos bajaban por su piel desnuda hasta llegar a su braga de encaje. Se la quita con lentitud, la desliza por sus pies y cuando está por su pantorrilla me inclino para tomarla con fuerza.

—Me harás explotar, princesa.

—Solo un poco de sufrimiento por tu trato —susurra y vuelve a recostarse. No sin antes abrir las piernas, dobla sus rodillas para que tenga una vista perfecta de su coño hinchado y húmedo. Su mano baja por su abdomen hasta llegar a su cintura—. Mmh —jadea.

—Princesa —digo sin aliento—. Joder, nena...

Rasgo el envoltorio con torpeza y desesperación, extiendo el látex por mi miembro y me arrodillo sobre la cama. Me inclino solo un poco mientras acaricio sus piernas con la palma de mis manos, su piel se eriza y la siento temblar por la anticipación. Llego a su coño y separo sus labios con delicadeza, porque sé que a ella le gusta así y me lo reafirma cuando deja escapar mi nombre en un suspiro mientras se hunde en el colchón.

—Esta semana sin verte fue una tortura —confieso en un susurro y meto un dedo. Trago saliva. Está húmeda. Está perfecta—. Lamento desaparecer —admito.

Regresa a verme y sus ojos verdes brillan.

—¿Máximo Hardaway se está disculpando? —Me encojo de hombros y ella sonríe divertida—. Está bien, solo me debes un par de orgasmos.

Ahora soy yo quien sonríe con diversión.

—Los que quieras princesa —susurro.

Quito mi dedo y me inclino hacia ella, llevo una de mis manos a su cuello y la otra a su cintura para mantenerla quieta. Sé que quiere

esto, me lo dijo y llegamos a este punto pero necesito estar seguro porque sé que no habrá marcha atrás. Ella interpreta muy bien mi silencio y mi expresión, asiente mientras se muerde el labio inferior y me dejo caer sobre ella para embestirla con fuerza.

Gime mi nombre y jadea entre suspiros que me quitan el habla. Se siente tan bien. Estrecha, húmeda, lista para mí. Se siente tan mía que sé que estoy a punto de correrme pero me concentro. Necesito de todo mi autocontrol y sé que lo nota porque arquea sus caderas para buscarme, me muevo con lentitud, disfrutando de sus temblores y jadeos.

Dejo caer mi cuerpo sobre el suyo, siento sus pechos desnudos clavarse en mis pectorales y mi miembro se endurece más, como si eso fuera posible. No dejo de moverme mientras lleno de besos su clavícula y subo por su cuello.

—Dime por quién estás así de mojada, Maddox.

—Por ti —gimió, arqueando la espalda.

Sus caderas se elevan un poco en busca de más y sonrío, la embisto con fuerza y vuelve a gemir.

—¿Y quién es el único que va a follar este dulce coño?

—Tú… solo tú.

Aumenté el ritmo, mis embestidas volviéndose potentes, rítmicas, implacables. Quería borrar cualquier rastro de otro hombre, cualquier pensamiento que no fuera mi nombre. Solté su cuello y llevé mi mano entre nuestros cuerpo hasta su clítoris, lo toqué con el pulgar mientras la penetraba, llevándola al límite.

—Eso es, princesa —susurré sobre su oído cuando la sentí contraerse—. Córrete para mí. Sé una buena chica.

—No… —jadeó ella, mordiéndose el labio con una mirada de puro desafío—. No lo haré… hasta que digas que tu polla solo me pertenece a mí. Que no tocarás a nadie más.

Sonreí. Era una Salvatore hasta la médula.

Quería el control incluso cuando estaba a mi merced.

—No tengo intención de estar en ningún otro lugar que no sea dentro de ti —le aseguré antes de darle el último empuje.

Nos estrellamos juntos. Fue violento, caótico y perfecto. Sentí cómo su interior se contraía alrededor de mí en oleadas que me hicieron perder el sentido de la realidad. Me corrí gruñendo su nombre como una oración oscura, mientras sentía sus uñas clavarse en mi espalda con posesión.

Dejo escapar un suspiro pesado y siento sus dedos finos y delicados recorrer mi espalda hasta llegar a mi nuca. Tira de mi cabello con delicadeza y me obliga a verla. No puedo evitar sonreír y ella hace lo mismo. Mierda. Me tiene a sus pies y ella ni siquiera sabe el monstruo que escondo debajo de la piel. Me acerco a su mentón y la beso con suavidad. Dejo un rastro húmedo de besos hasta sus labios, los acaricio con mi lengua de forma lenta y ella gime otra vez.

Siento mi polla ponerse dura al instante.

—Princesa —susurro como un ruego—. Si gimes así voy a tener que follarte otra vez...

Deja escapar una risa y me lleva de vuelta a sus labios. Me separo.

—Otra vez. Y otra vez, y...

—Ya —dice entre risas—. Entendí —se mueve bajo mi cuerpo y ahora ella siente mi polla endurecerse. Sus ojos se abren y alzo una ceja—. Lo siento.

—No lo sientas —digo y la beso—. Solo déjame que te folle otra vez...

Dos golpes en la puerta nos traen a la realidad y maldigo por lo bajo. Me separo un poco, apoyando mis manos a los lados de su cuerpo, ella me mira con el ceño fruncido y una expresión de miedo.

—No es mi hermano —me apresuro a decir. Aunque es de lo

último que quiero hablar teniéndola abierta para mí—. Jamás viene, no te preocupes.

Me acerco para rozar nuestros labios por última vez. Me obligo a separarme aunque me encantaría permanecer todo el día allí. Escuchar la protesta baja de Maddox al salir de su coño tampoco ayuda pero los golpes vuelven a escucharse y no pueden encontrarnos así.

—Cámbiate —susurro mientras busco mis vaqueros y los calzo con rapidez. Busco mi pistola en el cajón por precaución y me acerco a la puerta. Me detengo un segundo para corroborar que Maddox está lista y abro la puerta—. Mierda.

La figura del otro lado atravesó el umbral y se detuvo de inmediato. Me dedicó una mirada de soslayo antes de posarse sobre Maddox. Quien se peinaba su largo cabello con tranquilidad.

—Princesa, diría que es una sorpresa encontrarte aquí, pero estaría mintiendo —soltó Jace con una ceja alzada—. Voy a asumir que esto fue algo de una sola vez… —dijo esperando una afirmación pero como no la recibió dejó escapar una maldición—. ¿Acaso se volvieron locos?

—Nadie pidió tu opinión, Jace —corté con voz gélida.

—Ni crean que voy a cubrirlos en esta locura. Levi me matará si se entera.

Maddox cambió su semblante y se acercó a Jace con cuidado. No se parecía en nada a la chica que acababa de gemir bajo mi cuerpo, caminó hacia el soldati con una sonrisa que no llegó a sus ojos, una expresión afilada que recordaba demasiado a su padre.

—Por supuesto que lo harás, Jace —dijo ella, apoyando una mano en su hombro y apretando lo justo—. A menos que quieras descubrir lo que pasa cuando alguien traiciona mi confianza. Y créeme, no querrás perder un ojo antes de la reunión de Nueva York.

Jace tragó saliva, palideciendo.

—Dioses —murmuró—. Eres igual a tu padre.

—Gracias —se encogió de hombros. Se giró para verme y me guiñó un ojo—. Adiós.

En cuanto Maddox abandonó mi piso mi compañero me dedicó una mirada que decía mucho sin necesidad de palabras.

—¿En serio, Max? Estás demente.

—Quizás —murmuré.

—Ella es un monstruo, como su padre —dijo, como si necesitara recordarlo—. Un monstruo encantador. Pero un monstruo al fin.

Me crucé de brazos, viendo la puerta por donde ella se había ido.

—Lo sé. Y es mi monstruo, Jace. Que no se te olvide.

CAPITULO 25
maddox

la oscuridad de mi habitación no era protección suficiente contra su mirada. Antes de abrir los ojos, ya lo sentía, conocía demasiado bien su perfume. Me había acompañado mucho tiempo siendo mi sombra y su aroma era fácil de detectar para mí.

Matthew Hardaway estaba sentado en la penumbra, observándome dormir.

Me incorporé de golpe, el corazón golpeando mis costillas como un animal enjaulado. Matthew jamás cruzaba el umbral de mi dormitorio. En el mundo de los Salvatore, las puertas cerradas eran la única frontera que se respetaba, y él acababa de saltarla. Por segunda vez.

Trago saliva al recordar nuestra conversación.

«Mi hermano y tú... eso jamás ocurrirá».

¿Cómo explicarle esto a Matthew? Sería imposible. Y por supuesto que no me arriesgaría a hacerlo. No era tan estúpida.

Sus ojos color café parecen escanearme con lentitud a pesar de la poca iluminación. Me extiendo hacia la mesa a un lado de la cama, enciendo la lámpara y me encuentro con sus facciones duras y marcadas. Trago saliva. ¿Se había empezado a dejar la barba?

—¿Estás bien? —Su voz se escuchaba diferente, como si hubiera perdido su filo autoritario. Se sentía como una caricia de terciopelo sobre lija.

Parpadeé, tratando de disipar la bruma del sueño.

Quizás estaba soñando.

Aunque no era el Hardaway adecuado para protagonizar uno de mis sueños.

—¿Tú…? —me aclaré la garganta— ¿Qué haces aquí?

Me di cuenta de que solo llevaba una camiseta de tirantes de algodón negra. Bajo su escrutinio, la tela se sentía transparente. Me tapé con las sábanas, odiando la forma en que mi cuerpo reaccionaba a su presencia.

Por Dios, lo conoces hace años. ¿Desde cuando reaccionas de forma tan... tonta?

—Levi tuvo que salir de urgencia —dijo, sus ojos café recorren mi rostro con una intensidad que quema, como si esto fuera lo normal entre nosotros. La luz del sol se filtraba por mi ventana con las cortinas descorridas y creaba sombras sobre mis sabanas, sus ojos parecían brillar al contraste con la iluminación mínima de mi lámpara de noche—. Hoy es el viaje a Nueva York. Tu padre está...

—Nervioso —completé y él asintió.

Me resultaba extraño ver a Levi nervioso, pero vaya que lo había estado. Había pasado una semana con el humor de un demonio. El viaje a Nueva York era decisivo; no solo sería presentada ante una de las familias más importantes del Este, sería clave para cerrar uno de los tratos más difíciles para Levi.

Después de todo, era el as bajo la manga de Draghi. Si el Don no había podido cerrar el trato sin recurrir a asesinar al joven heredero Lucchese, solo quedaba yo como opción. Y debía salir bien. De eso dependía como sería vista por mi padre, por la organización, pero también por los Lucchese.

Maddox Salvatore no existía oficialmente para las organizaciones, hasta esta noche. Debía admitir que también estaba nerviosa. Aunque un poco emocionada. Se dicen muchas cosas de mí, pero nadie me ha visto.

—Está preocupado —continuó Matthew, sin dejar de mirarme—. Sabes que el hecho de que vayas tú...

—Lo complica todo —completé con amargura. Le dediqué una mirada desafiante—. Espera, ¿tú tampoco quieres que vaya?

—Por supuesto que no —murmuró. Se puso de pie, su imponente figura de dos metros bloqueaba la luz que se filtraba por las cortinas.

—Claro. Porque soy la princesa de cristal que se romperá al primer disparo.

Matthew apretó la mandíbula, noté un músculo tensarse en su mejilla. Dio un paso hacia mi cama, invadiendo mi espacio personal.

—No eres de cristal, Maddox. Eres un arma —la forma en que lo dijo hizo que algo en mi pecho se agitara. Llegó hasta el borde de mi cama y se dejó caer con gracia y suavidad, dos antónimos de Matthew Hardaway—. Pero hasta un arma necesita protección antes de entrar en territorio enemigo. No tienes preparación para esto.

—Odio cuando haces eso —espeté, intentando apartarlo, pero era como tratar de mover una montaña de granito—. Sabes cómo entreno. Has visto mis marcas en el ring, sabes que puedo agrupar disparos a cincuenta metros sin pestañear...

—No es lo mismo —me cortó, su tono endureciéndose—. El ring tiene reglas. El campo de tiro tiene blancos que no devuelven el fuego. Nueva York es la vida real, Maddox. Me parece una negligencia que te expongas sin un protocolo de equipo.

Se acercó más y esta vez no retrocedí. El aire entre nosotros vibraba.

Lo último que dijo hizo que parpadeara confundida. Como si me estuviera perdiendo de algo en la conversación.

—¿Qué quieres decir? —Murmuré.

—Hace tres meses nadie sabía que existías. Ningún soldati sabía cómo se veía la hija del Don —negó bajando la vista—. No solo tú no estás lista; Jace, Will y Max no están listos para lo que significa

protegerte en medio de una guerra de familias.

Trago saliva.

—Matthew...

—A partir de esta noche, Maddox Müller deja de existir —sus ojos brillan cuando lo dice—. Esta noche serás Maddox Salvatore, en cuanto una de las familias más importantes de Nueva York sepan que el mito de Red Dragon es, en realidad, cierto y es la hija del Don... Todo cambiará.

Fue como si alguien echara un balde de agua helada con gusto a realidad sobre mí. Nunca me quedó tan claro lo poco consciente que estaba siendo con lo que sucedería en unas horas. Sería decisivo, en todo aspecto de mi vida. Ya no podría fingir tan fácil que soy una chica normal.

La vergüenza subió por mi cuello como un veneno. Había estado tan absorta en mi propio miedo a fallar, en mi deseo de demostrar que no era una damisela, que olvidé el peso que ponía sobre sus hombros.

—Soy una idiota —susurré, ocultando el rostro entre mis manos—. Lo siento, no pensé en todo esto.

Escuché un suspiro, uno que arrastraba una nota de diversión oscura. Antes de que pudiera reaccionar, sentí sus manos grandes y ásperas rodeando mis muñecas. Me obligó a bajar las manos con una delicadeza que me descolocó.

—No lo eres —murmuró. Con una lentitud agónica, apartó un mechón de cabello de mi frente. Su toque era fuego—. Y, en realidad, soy yo quien debe disculparse.

Lo miré, confundida por sus palabras y ansiosa por escucharlo.

—La noche del incidente... —Sus ojos bajaron a mis labios un segundo antes de regresar a mis ojos—. No creo que necesites que

te rescaten. Todo lo contrario. Pero saber que estarás en peligro y que tal vez no sea yo quien esté allí para evitarlo... me hace sentir insuficiente. Porque quiero ser el único que esté allí si caes.

El aire desapareció de mis pulmones.

Me esforcé en encontrar la palabra exacta que pudiera describir lo que veía en su mirada. Lo que sea que pudiera describir el brillo y la manera en que sus ojos se posan en mí.

La intensidad. El fuego que convertía su color marrón en chocolate fundido.

Mierda. ¿Qué sucedía? ¿Por qué tenía que verme de esa manera?

Había una implicatura en sus palabras: quiero ser yo, no Max. Eso era lo que no decía pero no necesitaba escucharlo para saber que era así.

—Entiendo que es tu trabajo, Matthew, pero...

—Es mucho más que eso —interrumpió, su voz vibrando en mi pecho—. Me preocupo por ti de una forma que roza lo insano. He cruzado líneas que no debería, y lamento haberte hecho sentir pequeña.

Mi corazón dio un vuelco. Aquel hombre, que se decía que había estrangulado a un traidor con una serpiente de cascabel sin parpadear, estaba mostrándome sus grietas. Extendí mi mano hacia la suya. Cuando nuestras pieles se tocaron, sentí una descarga eléctrica. Entrelacé mis dedos con los suyos.

Jamás se habían disculpado conmigo por hacerme sentir de una forma u otra, ni siquiera mi padre. Y Matthew, quien solo se comunicaba mediante miradas asesinas, palabras cortantes y gruñidos, estaba disculpándose de forma tan sincera que algo en mi pecho se calentó.

—Gracias —respondí en un susurro—. Y lamento haberte desafiado.

Matthew no soltó mi mano. Se la llevó a los labios y besó mis nudillos. El contacto fue breve, pero el calor de su aliento pareció dejar huella. La habitación se sintió de pronto demasiado pequeña, demasiado cargada.

—Estaba enojado conmigo mismo —admitió, soltándome con renuencia—. Por eso te di espacio. Sé que puedo ser... asfixiante.

Esbocé una pequeña sonrisa, mordiéndome el labio.

Matthew Hardaway, el consigliere del Don más temido de Chicago, se estaba disculpando y admitiendo que era asfixiante. De no medir dos metros de altura y ser tan grande como un oso me parecería incluso tierno.

—Eres mi Fantasma de la Ópera, Matt —sonríe de forma tierna y con un poco de vergüenza—. Espero que siempre estés vigilando desde las sombras.

Era raro verlo sonreír, me gustaba. Sabía que esa referencia lo desarmaba.

—Prepárate. Salimos en dos horas hacia el aeropuerto. Te espero abajo.

Se gira para irse pero en cuanto llega a la puerta se voltea ligeramente para dedicarme una mirada de soslayo.

—Sé que dije que te daría espacio —comienza con lentitud—. Pero necesito preguntar. Hace unas noches fuiste una fiesta...

Tragué saliva.

—Sé que debí decirte, lo siento...

—Está bien —me interrumpe y vuelve a sonreír—. Solo quiero saber de quién era la fiesta.

Arrugo la frente.

—Luc... algo. No recuerdo su apellido —chasqueo la lengua—. Puedo preguntarle a Penny, comparten clases en la universidad —Matthew baja la vista y asiente pensativo. Una alarma se enciende en mi cabeza—. ¿Qué sucede?

—No quiero preocuparte —dice en voz baja—. Pero, la casa a donde fuiste no está dentro de los límites.

—No puede ser...

—Es... complicado —suspira y se gira por completo para descansar su hombro en el umbral de la puerta—. Los mapas de Draghi no se han actualizado. Tu padre insiste en que South está bajo control y no quiere alarmar a nadie. Mucho menos a ti —presiono los párpados conteniendo la molestia—. Así que sí, hemos perdido terreno, nada que deba preocuparnos, solo hacen negocios porque nosotros lo permitimos.

—Hasta que nos molesten lo suficiente —comento—. Entonces Levi tendrá razones para romper con la frágil paz de Chicago.

—Exacto.

—Por eso no ha dicho nada —murmuro uniendo las teorías que se forman en mi cabeza—. Una parte de él quiere que suceda.

Matthew se encoje de hombros.

—No me gusta pensar así. Pero sí, tu padre desea encontrar la excusa perfecta para romper la paz, así que les deja hacer negocios...

—Hasta que Levi decida lo contrario —termino por él—. O hasta que crucen algún límite, ¿cierto?

—Exacto —murmura y suspira—. Por el momento todo está controlado, no me molesta derramar sangre, pero no creo que sea necesario —trago saliva. Sé que Matthew estaría encantado de asesinar personas si mi padre lo manda, pero también sé que hasta

él debería tener razones para bañar de sangre las calles de la ciudad —. Por eso también me preocupa tu presentación esta noche.

Asiento.

—Temes que entonces South sepa qué esconde Draghi —asiente con seriedad—. Y lo que esconde soy yo.

Suspiro y trago saliva. No me parece casualidad que mi padre decida presentarme ante la sociedad como la futura heredera en el momento en que la paz entre familias pende de un hilo.

Podría ser la excusa perfecta para que todo se vaya al diablo.

Aún así, pensar que mi padre podría usarme para lograr lo que quiere no se siente bien. Aunque debería estar acostumbrada.

—Entonces —digo, intentando volver a la realidad y apartar esas ideas—. ¿La casa es territorio de South?

Matthew hace una mueca y yo alzo una ceja.

—De hecho, la casa no aparece en los planos de la ciudad —mi ceño se frunce aún más—. No te preocupes, estoy investigando —intenta calmarme—. Pero mientras tanto... Te pido no vuelvas a acercarte, ¿de acuerdo? —Asiento aún perturbada—. Te espero abajo, tesoro.

Observo su espalda retirarse de mi habitación y dejo escapar un suspiro al estar sola.

Parpadeo varias veces intentando procesar que haya usado un apodo italiano para referirse a mí de una forma... poco común.

—Tienes cosas más importantes en las que pensar, Maddox —me digo en voz alta. Abandono la cama y cierro la puerta—. Debes prepararte para esta noche, no pensar en lo misteriosos que son los Hardaway.

Dos horas después, el aire frío de Chicago golpeaba mi rostro mientras subíamos al Gulfstream privado de los Salvatore.

Había pasado el tiempo repasando el nuevo mapa que Matthew me envió al móvil, memorizando cada calle de la zona roja, o también conocida como la zona que peligraba por el avance de South, como si mi vida dependiera de ello. Porque probablemente así era.

También estudié el itinerario: reuniones con los Lucchese, cenas de gala y protocolos de extracción. No volvería a ser la pieza débil del tablero.

Cuando entramos al jet, mi padre me recibió con una sonrisa cansada. Al ver las ojeras bajo sus ojos verdes, me di cuenta de cuánto le estaba costando este movimiento.

Me acerqué a mi padre para abrazarlo, lo tomó por sorpresa un segundo.

—Gracias por confiar en mí —susurré contra su pecho—. No te decepcionaré.

Levi me besó la frente, su mano acarició mi cabello.

—Eres una Salvatore, mia cara. No me da miedo que me decepciones, porque no podrías —me guiña un ojo—. El mundo es el que debería tener miedo de ti.

Me hundí en uno de los asientos de cuero del jet mientras Jameson, el guardia que conocía desde que tenía cinco años, guardaba el equipaje. Vi por la ventanilla que Matthew subía al avión después de nosotros.

Había visto a Donatto y Marcellino asegurar el perímetro, Matt me dijo que irían junto al conductor por cualquier emergencia.

—¿Papá? —Pregunté cuando despegamos—. ¿Dónde están los

soldatis?

—Salieron anoche —dijo con simpleza—. Están en Nueva York asegurando el perímetro del hotel —asentí. Había hablado con Max por mensaje, pero no mencionó que ya se había ido—. Lo siento, debí haber consultado contigo antes.

Lo miré sorprendida.

—¿Qué? No, eso ni siquiera es necesario papá…

—Por supuesto que lo es, si te empiezas a involucrar en esto deberás tomar decisiones. Así que lo siento, será algo a lo que deberemos acostumbrarnos —trago saliva, más responsabilidades y más preocupaciones—. Deberías dormir un poco, Maddox —dijo mi padre—. Estaré en la cabina con el piloto.

Cuando se fue, saqué mi móvil para repasar el itinerario por décima vez. Una mano grande se cerró sobre el dispositivo.

—Basta —Matthew estaba de pie frente a mí. Me quitó el teléfono con una autoridad que no admitía réplica.

—¡Oye! Está en modo avión, déjame...

—El itinerario no se va a mover de aquí a que aterricemos. Necesitas apagar el cerebro.

Bufé un suspiro y me cruce de brazos. Que me pida apagar el cerebro no solo era inaceptable si no también injusto, no estaba lista.

—Maddox...

—Esta noche tiene que ser perfecta, Matthew —niego y clavo mis ojos en la ventanilla a mi costado. Observo con detenimiento como Chicago comienza a verse cada vez más pequeña—. Nada puede fallar. No puedo fallar.

—Y lo será —me asegura—. Será perfecta y todo saldrá bien.

—¿Cómo estás tan seguro?

Vuelvo la vista hacia él. Sus ojos chocolate brillan y su comisura se curva hacia arriba solo un poco.

—Porque tú eres perfecta.

Trago saliva.

¿Por qué debía ser así?

CAPITULO 26
maddox

no estaba flotando en una nube. Estaba siendo transportada por una montaña de granito envuelta en un traje italiano a medida.

Abrí los ojos de golpe cuando entendí que no estaba soñando. Una cosa era imaginar que volaba o flotaba, otra muy distinta sentir su perfume tan cerca de mí.

Matthew Hardaway me llevaba en brazos como si mi peso fuera irrelevante, bajando la escalerilla del jet con una facilidad insultante.

—Bájame —siseé, retorciéndome. Era como intentar luchar contra una prensa hidráulica. Sus brazos eran bandas de hierro alrededor de mi espalda y bajo mis rodillas.

—Bienvenida al mundo de los vivos, Maddox. Empezaba a pensar que tendría que cargarte hasta la suite.

—Ya, muy chistoso —protesté—. No tengo el sueño tan pesado.

Alzó una ceja oscura detrás de sus gafas de sol. Tragué saliva al notar su sonrisa más cerca cuando se inclina hacia mí.

—A mí me parece que sí —susurra cerca de mi rostro.

Me retorcí de nuevo, más por la humillación de ser tratada como una muñeca de trapo que por incomodidad real. Desde este ángulo, la mandíbula de Matthew parecía tallada en roca y la ligera sombra de barba le daba un aire peligroso que mi cerebro traicionero encontró fascinante.

—No soy un maldito bebé, Matthew. ¿Dónde está Levi? —Mi voz tembló ligeramente.

Odiaba lo pequeña que me sentía a su lado.

—Tu padre está en el coche. Intenté despertarte, pero duermes como los muertos.

—Mentiroso.

Le clavé las uñas en el hombro, justo donde el músculo se unía al cuello. Él ni siquiera parpadeó, pero una comisura de sus labios se elevó en una microsegundo de diversión.

—No hagas eso, Maddox —dijo como una orden en una voz calma y oscura.

Trague saliva.

—Ya estoy despierta. Bájame. Ahora.

Un carraspeo colectivo cortó el aire frío de la pista de aterrizaje. Giré la cabeza, mi estómago dando un vuelco.

El comité de bienvenida estaba completo. Jace, con su habitual sonrisa; Will, con su habitual expresión de aburrimiento; y Max...

El aire se congeló en mis pulmones.

Máximo Hardaway vibraba en una sintonía oscura y que rozaba peligrosamente lo asesino.

Sus ojos, normalmente de un marrón cálido, eran dos pozos negros fijos en la posición de las manos de su hermano mayor sobre mi cuerpo. La tensión que emanaba de él era tan palpable que casi podía saborear la pólvora en el aire.

Para mi sorpresa, y quizás por supervivencia, Matthew me depositó en el asfalto con una suavidad desconcertante. En el instante en que mis tacones tocaron el suelo, puse un metro de distancia entre nosotros. No fue suficiente para apaciguar a la bestia que observaba a unos metros.

—Princesa Salvatore, un placer como siempre. —Jace rompió el silencio con una reverencia burlona, extendiendo una mano que retiró rápidamente ante un gruñido bajo, casi imperceptible, que salió de la garganta de Matthew.

—Idiotas —murmuré, mi corazón martilleando contra mis costillas. Sentía la mirada de Max quemando mi piel, rastreando cada

centímetro donde su hermano me había tocado. No me atreví a devolverle la mirada—. Los veo en el hotel, supongo —lancé al aire, huyendo hacia la seguridad del coche blindado donde mi padre ya estaba al teléfono.

Lo veo suspirar con un deje de cansancio y presiona las manos sobre el volante.

—¿Qué ocurrió? —pregunté en alerta, Levi hizo una mueca—. Levi…

—Hubo un cambio de planes —dijo entre dientes y le di lugar para que continuara, suspiró—. Nos quedaríamos en un hotel, ya estaba todo pactado.

—¿Y…?

—Lucchese quiere que nos quedemos en su hotel.

—¿El mismo lugar donde sería la cena?

—Exacto.

Asiento uniendo las ideas en mi mente.

Había investigado a Harry Lucchese.

Por supuesto, tenía un expediente con su nombre. Treinta años, cabello negro y ojos verdes tan brillantes que parecía un depredador.

Estaba limpio. Pero sabía que nadie estaba lo suficientemente limpio en este mundo. Esa sonrisa de galán, el apellido con mucho dinero y la forma en que sacaba de quicio a Levi solo para molestarlo me decía que era un simple hombre superficial. Pero todo lo que conocía de este mundo me decía que nadie es cien por ciento como se muestra.

Yo no lo era.

El trayecto hacia Manhattan fue un borrón de rascacielos y luces, mi mente atrapada en la imagen de la mandíbula tensa de Max en la pista.

El hotel era un palacio de mármol y terciopelo, una jaula dorada perfecta. Mi habitación estaba al final de un largo pasillo, conectada internamente con la de mi padre. Era una suite obscenamente grande, decorada con la frialdad impersonal del lujo extremo.

—Te veo en la cena, mia cara.

Se acercó hasta dejar un beso en mi coronilla y se alejó hacia la puerta del otro lado del pasillo, solo cuando lo vi desaparecer en su suite es que dejé escapar el aire. Abrí la puerta mientras revisaba mi móvil, pensando que debía inventar una excusa para decirle a Penny la razón de mi viaje a Nueva York.

Una que la convenza de que sería imposible traerla conmigo.

En cuanto cierro la puerta y aparto los ojos de mi móvil me congelo en mi sitio.

Max estaba recostado contra el cabecero de la enorme cama con dosel, sus botas están sobre el edredón de seda impoluto. No había rastro del chico encantador que a veces fingía ser. Este era el soldati. Oscuro, letal y absolutamente furioso.

—¿Q-qué haces aquí? —Mi voz fue un hilo. Cerré la puerta del pasillo detrás de mí, mi cuerpo reaccionando instintivamente a su presencia: una mezcla tóxica de terror y una excitación líquida que bajó directa a mi vientre.

—Tardaste mucho, rubia —su voz era un rugido bajo, una vibración que sentí en mis huesos.

—Si Levi te encuentra aquí... está en la habitación de al lado, Max. Es una locura.

—Me importa una mierda dónde esté Levi.

Sabía que no mentía. Máximo no era Matthew, el segundo tenía respeto y devoción por mi padre. El primero solo por quien necesitara algo, en este caso, estaba claro que de verdad no le

interesaba Levi en absoluto.

Se levantó de la cama con la gracia letal de un gran felino. En dos zancadas, devoró el espacio que nos separaba. Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la madera sólida de la puerta. No había escapatoria.

Max colocó ambas manos a los lados de mi cabeza, encerrándome. Su aroma, invadió mis sentidos y sé que, de ser posible, podría sentir como huelen los celos. Se inclinó hasta que su nariz rozó la mía. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas se veía el marrón de sus ojos.

—Me debes una explicación, Maddox.

Tragué saliva pero intenté fingir que no me afectaba su cercanía o manera de hablarme.

—No tengo idea de qué hablas…

—No me jodas, Maddox —su voz no daba lugar a réplica y noté que no me había llamado princesa ni una sola vez. El Max molesto no me llamaba por mi apodo, me llamaba por mi nombre. No supe como eso me hacía sentir.

Su cercanía era asfixiante y embriagadora. La amenaza implícita en su tono debería haberme hecho temblar de miedo, pero en lugar de eso, mis muslos se apretaron involuntariamente, y una humedad traicionera comenzó a acumularse en mi ropa interior.

Él lo sabía. Podía verlo en la forma en que sus fosas nasales se dilataban, oliendo mi excitación como un tiburón huele la sangre.

—Me quedé dormida —susurré, incapaz de apartar la mirada—. Matthew solo...

Un gruñido salvaje rasgó su garganta.

Su mano voló a mi cuello, no para estrangularme, sino para sujetarme con una posesividad que rayaba en la violencia.

—No vuelvas a decir su maldito nombre cuando estás conmigo —

su aliento caliente golpeó mis labios—. ¿Tienes idea de lo que me costó no volarle la maldita cabeza en esa pista? Verlo tocarte. Verlo cargarte como si fueras suya.

Mierda. ¿Por qué debía excitarme que me hable de esa forma?

Era peligroso, definitivamente, el juego en el que nos metíamos era peligroso... y no me importaba. Me encantaba provocarlo.

—No soy suya —dije sin aliento.

—No. No lo eres. —Su agarre en mi cuello se apretó fríamente, inclinando mi cabeza hacia atrás para exponer mi garganta—. Eres mía. Y voy a borrar cada rastro de su tacto de tu piel ahora mismo.

—¿Ah, sí? —El desafío salió de mis labios antes de que pudiera detenerlo. La adrenalina de tener a mi padre a una pared de distancia y a este hombre inestable a milímetros de mí era una droga potente—. ¿Y cómo planeas hacer eso si ni siquiera vas a estar en la cena esta noche? Pensé que tendría que conformarme con la compañía de Matthew...

Fue como encender una cerilla en un cuarto lleno de gasolina.

Max me estampó contra la puerta, el golpe resonó por toda la suite. Mi gemido de dolor se mezcló con uno de puro placer cuando su cuerpo duro como una roca se presionó contra el mío, dejándome sentir la prueba innegable de su furia erecta contra mi vientre.

—¿Quieres jugar, rubia? —gruñó contra mi oído, antes de morder el lóbulo con fuerza. Jadeé—. Bien. Juguemos. Voy a follarte hasta que olvides cómo te llamas y no puedas recordar el nombre de mi hermano.

Sus manos bajaron con urgencia, quitando el botón de mis jeans y bajando el cierre con lentitud. Sin dejar de verme. Sin quitar sus ojos de los míos, atento a todas mis reacciones. Lo siguiente que sentí fue su mano colarse entre la ropa, peligrosamente cerca de la humedad que traspasaba la tela de mi braga.

—Estás empapada —dijo con una satisfacción oscura, deslizando

su mano entre mis piernas. Ni siquiera me tocó, solo dejó que el calor de su palma se acercara a mi centro palpitante—. ¿Tanto te excita que esté cabreado? ¿Tanto te gusta el peligro, princesa?

—Sí —admití en un suspiro roto, mi cabeza cayendo hacia atrás contra la puerta.

—Dilo. Dime qué quieres.

—Quiero que me folles. Ahora.

Siento su sonrisa y antes de que pueda procesar lo que sucede se aleja, vuelvo a verlo y lo veo arrodillarse.

—Vamos a jugar un poco antes —susurra mientras baja por mi cuerpo, sus manos se enganchan en la cinturilla de mis jeans y lo deslizan por mi cuerpo hasta llegar a mis tobillos—. Vamos, Maddox. No me hagas pedirlo.

Muerdo mi labio inferior y levanto una pierna, luego la otra. En un segundo la prenda desaparece y Max clava sus ojos en mi braga negra. Acerca su dedo y acaricia mi centro empapado por encima de la tela. Ambos dejamos escapar un suspiro.

—Mírate —susurra con sus ojos en los míos—. Te fascina el peligro, jugar conmigo...

—¿Eso es una novedad? —Susurro con la voz afectada por el placer de sentir su dedo. Pero no es suficiente. Necesito sentirlo sin la barrera de la ropa interior—. Pensé que ya había quedado claro, esto es un juego... ambos nos debemos divertir.

Algo atraviesa su mirada. Algo que no comprendo del todo, es solo un segundo en que su mirada brilla de forma diferente pero me encuentro demasiada afectada por el placer para entenderlo.

—Un juego, sí —murmura. Engancha sus dedos en mi braga y la desliza por mis piernas, haciendo lo mismo que hizo con mis jeans. Quedo a su merced con el arrodillado—. Ambos nos divertimos —susurra—. Aunque estoy molesto, Maddox. Y necesito que lo sientas.

Muerdo mi labio inferior.

—Demuéstrame qué tan enojado estás —lo desafío.

Me observa como si estuviera calculando algo peligroso, alza una ceja con una mezcla de diversión y advertencia, y esa sonrisa lenta que aparece en su rostro me confirma que acabo de cruzar una línea.

—¿Eso es lo que quieres, Maddox?

Su voz es grave, baja, un susurro que parece quedar atrapado en las paredes de mi suite.

Antes de que pueda responderle levanto la pierna derecha, provocándolo, ofreciéndome sin decirlo en voz alta. Él la toma con firmeza, sus manos grandes contrastan con el cuidado con el que la acerca a sus labios, la besa despacio, deliberadamente, como si quisiera torturarme con cada segundo de espera, y luego la acomoda sobre su hombro, obligándome a abrirme más para él.

—No tienes una jodida idea de lo que provocas en mí cuando me desafías —dice con voz severa, un susurro cargado de enojo y mucha intención.

Max se acerca con lentitud a mis labios y cuando siento su lengua separarlos lanzo mi cabeza hacia atrás.

Mi respiración se vuelve errática cuando su atención se centra en mí de una forma que me hace perder toda noción del entorno, siento cómo cada gesto suyo está diseñado para desarmarme, para recordarme que, aunque lleve el apellido que llevo, en este instante él tiene el control absoluto. Apoyo una mano detrás de mí buscando sostenerme mientras el placer crece lento, profundo, arrancándome un gemido que intento sofocar mordiéndome los labios, y eso solo parece alentarlo más.

—Mírame —ordena. Obedezco pese a que no quiero darle esa satisfacción. Me encuentro con sus ojos brillantes, su respiración choca con mi entrepierna debido a la escasa distancia—. Así.

Vuelve a acercar su lengua con lentitud, no se sumerge con una

embestida, en su lugar acaricia mi labios como si fuera un maldito helado que él solo quiere saborear. Muerdo mi labio inferior. No se cuanto tiempo soportaré sin gemir, pero sé que debo contenerme, mi padre podría escucharnos y todo podría irse al demonio en un segundo.

—Me gusta cuando dejas de pensar y me cedes el control —murmura con satisfacción contenida. Vuelve a introducir su lengua y esta vez va más allá. La hunde entre mis pliegues y el gemido es incontrolable—. Tienes el coño más delicioso que he probado.

Trago saliva.

No acostumbro a que me hable de esa forma. Tan sucia. Tan provocativa. Típica de hombres como él. Pero me excita, eso no puedo negarlo.

—Máximo —gimo su nombre y lo llevo otra vez más cerca de un tirón—. No te detengas.

Y no lo hace. Su lengua vuelve a hundirse en mi coño y esta vez los movimientos aumentan de velocidad. Son duros y firmes. Su mano sostiene mi pierna derecha y clava sus dedos en mi muslo. Sigue explorando mi interior con su lengua y sé que estoy a punto de tener mi orgasmo.

Cierro los ojos, desobedeciéndolo y lanzo mi cabeza hacia atrás, hasta que mi nuca choca con la madera de caoba pero reprimo el gemido de dolor. Para ese momento, dolor y placer se mezclan tanto que no distingo donde empieza uno y acaba el otro.

Justo cuando siento que estoy a punto de perder el control por completo, cuando todo en mí le pide que no se detenga, él se aparta. El vacío es inmediato y cruel. Se inclina apenas hacia mí, lo suficiente para que su aliento me roce la piel.

Abro los ojos, aturdida, y su sonrisa es triunfal; llevo la mano a su cabello para atraerlo de nuevo, incapaz de ocultar lo que quiero, pero él la detiene con facilidad, sujetándome la muñeca.

—No, Maddox —dice despacio—. Te dije que estoy enojado, más que eso, estoy cabreado —su pulgar roza mi piel con una caricia que no concede nada, y agrega, casi en un murmullo—: Y yo decido cuando alcanzas tu orgasmo.

Es un maldito. Muerdo mi labio inferior y el suspiro que dejo salir no tiene nada de placentero.

—Te detesto.

—Mmh —dice y acerca su mano libre a mi entrepierna. Su dedo índice acaricia mis labios a lo largo. Una y otra vez, con una lentitud tortuosa que me obliga a morder con fuerza mi labio hasta que siento el sabor al óxido de la sangre—. Sigues repitiendo eso. Pero no te creo —susurra y antes de poder procesarlo, su dedo se abre paso entre mis labios y gimo—. ¿Cómo estás tan húmeda por alguien que odias?

Me arqueo cuando suma otro dedo más y continúa moviéndolos, esta vez con una intención que ya no se molesta en disimular. La presión aumenta, el ritmo se vuelve más firme, más decidido, y mis jadeos empiezan a romper el silencio sin que pueda detenerlos. Mi cuerpo responde antes que mi orgullo, antes que cualquier pensamiento lógico, y eso parece encender algo peligroso en él.

—No me odias, Maddox —susurra. Siento su respiración otra vez cerca—. Pero te encantaría hacerlo.

No llego a contestar. No puedo. Porque su boca reclama toda mi atención cuando su lengua se adueña de mi clítoris, lenta primero, como si quisiera prolongar la tortura, y después con una precisión que me hace perder el control por completo. Me aferro a lo primero que encuentro, mis dedos tensos, mi espalda arqueándose mientras una oleada de sensaciones me recorre sin pedir permiso.

Cada movimiento suyo me empuja más cerca del borde, mi respiración se vuelve errática, mis pensamientos se diluyen hasta quedar reducidos a este instante, a su voz, a la forma en que sabe exactamente cómo desarmarme. Siento la tensión acumularse,

apretarse en mi interior como un hilo a punto de romperse.

—Vamos, princesa —susurra alejándose—. Déjame sentirte.

El mundo se reduce a una sensación creciente, avasallante, y cuando finalmente me vence, cuando todo se libera en un suspiro quebrado que no puedo contener, él no se aparta. Me sostiene ahí, en ese instante vulnerable, dejándome sentir cada segundo de lo que provocó, hasta que el temblor cede y solo queda el eco de mi respiración desordenada.

Regreso a verlo y me encuentro con su mirada brillante, su sonrisa provocativa y triunfal. Me encantaría borrar esa expresión, porque sé que cree que él ganó esta partida. En parte, es cierto.

Extrae sus dedos de mi interior sin dejar de verme y me enseña lo empapados que están. Trago saliva ante la imagen de sus dedos con restos de mis fluidos, un líquido claro y espeso decora sus dedos. Antes de que pueda decir algo Máximo me sorprende metiéndolos en su boca y chupándolos. Cierra los ojos como si de verdad estuviera saboreando mis fluidos con placer.

Y sé que lo hace.

Y otra vez estoy completamente excitada.

—Máximo —digo sin aliento.

—Esto sucede cuando intentas desafiarme.

CAPITULO 27
maddox

si algo me había enseñado mi padre es que el miedo es una reacción biológica; pero el control es una elección. Había entrenado toda mi vida para no perderlo jamás.

Al menos, para no perderlo en situaciones como esta.

«A partir de esta noche eres Maddox Salvatore. Todos sabrán que el mito de Red Dragon es cierto.»

Trago salvia en cuanto las palabras de Matthew de esa misma mañana resuenan en mi cabeza.

Mi padre me trajo a este viaje por dos razones: conseguir un trato y presentar su as bajo la manga. De cómo salía la segunda dependía la primera, así que el hecho de estar nerviosa era normal. Pero debía controlarlo.

Hoy no era Maddox, no era una chica invisible y ordinaria.

Hoy debía ser la heredera de Draghi. Debía demostrar de qué estaba hecha Red Dragon y debía quedar claro para todos quien mandaba en las calles de Chicago.

Frente al espejo, no veía a la estudiante universitaria que escondía libros en su mochila y bajaba la mirada en los pasillos de Chicago. Veía una extraña. El vestido era de seda pesada, color sangre vieja, un tono que no pedía permiso para ser visto. Se ceñía a mis curvas como una segunda piel y el tajo en el muslo derecho era una invitación peligrosa, dejando al descubierto la funda de cuero donde descansaba mi Mossberg.

Me quedé sin aliento al verme de esa manera. Nunca había usado algo como esto y jamás llevé mi pistola tan descubierta. Era, por decirlo de una manera simple, mi uniforme oficial de heredera.

Y debía admitir que me sentaba muy bien.

Sabía que mi padre no estaría de acuerdo con llevar mi arma, pero no pensaba desprenderme de ella en una noche tan importante. Aunque Matthew estuviera cubriendo mi espalda. Esta noche debía demostrar mi poder. Debía quedar claro que podía protegerme sola.

Al abrir la puerta, el aire del pasillo pareció congelarse. Matthew estaba allí, esperándome. Su figura imponente, envuelta en un traje italiano negro a medida, cortaba la luz del pasillo. Cuando sus ojos se posaron en mí, sus pupilas se dilataron tanto que el marrón de su iris desapareció por un segundo. Fue una fracción de tiempo, un fallo en su máscara de consigliere frío y calculador.

Eso no debería gustarte, Maddox. Me reprendí mentalmente.

—¿Tan mal me veo, Matthew? —pregunté, forzando una voz que no temblara.

Él cerró los ojos y apretó la mandíbula con tanta fuerza que escuché el crujir de sus dientes. El silencio se prolongó, cargado de una electricidad que me erizó el vello de la nuca.

—No me hagas responder eso, Maddox —su voz salió como un rugido contenido, áspera y baja—. Si tu padre te ve así... o cualquier otro hombre...

—Ya, es mi presentación oficial, ¿lo olvidas?—Lo interrumpí, dando un paso hacia él. El aroma de su perfume, esta vez una mezcla de sándalo y tabaco caro, me envolvió—. No he venido a pasar desapercibida, es noche de gala —me encojo de hombros restando importancia con un gesto mientras camino por el pasillo—. De todas formas, no creí que llamaría tanto la atención.

Me adentré en el ascensor y lo noté a mi espalda, observándome. Matthew me miró con una intensidad que me hizo sentir desnuda. Sus ojos bajaron por el escote de mi espalda, trazando el camino de

mi columna con una fijeza depredadora.

—Cualquier hombre en su sano juicio te prestaría atención —sentenció, y hubo una nota de posesividad oscura en sus palabras que me aceleró el pulso—. Y yo tendría que matarlos a todos por ello. Vamos. Tu padre espera.

El cubículo nos tragó en un silencio tenso. Matthew no se movió, pero su presencia era un muro de calor a mi espalda. Cuando las puertas se abrieron en el ático de los Lucchese, Nueva York se desplegó ante nosotros en un estallido de luces y arrogancia.

El lugar era un monumento al exceso, a la altivez y al dinero. Dorado. Mucho dorado. Había oro en las molduras, en los marcos de los cuadros renacentistas y en las esculturas que decoraban el salón. Era ostentoso, vulgar, una fachada para hombres que necesitaban gritar su poder porque no sabían susurrarlo.

—Detesto el dorado —murmuré.

Escuché una risa seca detrás de mí. Matthew sabía que en Chicago preferíamos el acero y el granito. La sobriedad del poder real.

Continuamos caminando por un amplio piso ocupado por mesas de distintos tamaños. Hacia el final, en la última mesa, mi padre estaba sentado con un vaso de whisky en su mano derecha. Alzó una ceja de forma casi imperceptible al verme.

Hice caso omiso a su expresión y continúe caminando hasta que me encontré con un hombre atractivo y peligroso en partes iguales.

Harry Lucchese.

Era la segunda persona que conocía con una cara de psicópata encantador. Sus ojos verdes con un brillo casi infantil y una sonrisa ganadora lo delataban. Era como ver a Levi pero con cabello negro.

Quizás por eso lo sacaba de quicio a mi padre.

—Red Dragon es real —murmura mientras sus ojos me escanean

de pies a cabeza. Cuando regresa a verme sonríe de lado y ladea un poco la cabeza. Alzo una ceja—. Harry Lucchese, un placer señorita Salvatore.

Extendió su mano hacia mí y permanecí observándola. Al ver que no hacía el intento de tomarla la quita pero su sonrisa se hace más grande. Como si en lugar de molestarse hubiera esperado mi reacción.

—Lucchese —asentí—. Espero poder decir lo mismo al final de la noche.

Rodeo la mesa hasta llegar a mi silla junto a mi padre. Sentía la presencia de Matthew a mi espalda. Frente a mí, sentado de forma tranquila con la típica postura de hombres que creen tener todo a su merced, estaba el otro Lucchese. No podía recordar su nombre en esos momentos pero sabía que no era el padre de Harry, es huérfano, como todos los expedientes en nuestro mundo, las causas de muerte son siempre las mismas: un accidente.

—Es un placer deleitarnos con su vista, Maddox —dijo el hombre.

Alcé una ceja. ¿Quién demonios se creía que era para tratarme como un objeto de entretenimiento para ellos?

Levi se tensó y se inclinó hacia él. Matthew vibraba detrás de mi y sabía que estaba dispuesto a sacar su arma. Pero me adelanté a ambos.

—Salvatore —corregí, mi voz cortante como un cristal roto—. No permito que personas irrelevantes usen mi nombre de pila.

Era mi primera reunión de negocios, pero al ver a mi padre durante años y escucharlo hablar, sabía cómo identificar a un líder.

Ese imbécil no lo era.

La sonrisa del hombre se congeló pero antes de que pueda decir algo, Harry comenzó a hablar acaparando toda la atención.

Se suponía que el comercio de los Lucchese eran los diamantes.

Joyas invaluables y completamente prohibidas a lo largo y ancho de todo el mundo, extraídas de formas que no deberían ser legales, como todo en nuestra vida. Comercializadas en diferentes países.

Los Lucchese eran una de las familias más importantes y temidas del Este; controlaban Nueva York en su totalidad y tenían buenas relaciones con todas las familias costeras que podían servirles. Excepto con los Salvatore, simplemente porque jamás se lo plantearon.

Hasta ahora.

Porque estaba claro que nos necesitaban. Y Levi supo que era el momento perfecto para extender Draghi a otras partes del país.

—Verán, en dos semanas llegará un cargamento con diamantes invaluables traídos desde el exterior. No es necesario entrar en detalles, pero necesitamos estar seguros para transportarlos desde el lugar de recepción hasta donde se realizará la comercialización —me miró por un segundo—. Que será aquí por supuesto. Estoy dispuesto a pagar el precio necesario por un cargamento equipado con todo lo necesario para que mis hombres…

—¿Cuál es el lugar de recepción exacto? —intervine, rompiendo su monólogo.

Lucchese parpadeo. Sin poder creer que alguien como yo lo interrumpa pero su expresión volvió a la normalidad un segundo después.

—North Lawndale —respondió Harry, entornando los ojos.

—Eso está en Chicago —sonreí con una frialdad que me sorprendió incluso a mí—. Más precisamente, en mis calles.

—Lo sé, por eso quiero comprarles el equipo y el cargamento armado...

—No te venderemos nada, Harry —declaré, recostándome con elegancia—. Draghi se encargará del transporte. Nosotros

moveremos el producto.

—No, ese no es el trato —saltó Harry, su tono bajando una octava.

—No hay ningún trato todavía —sentenció mi padre, su voz era un trueno silencioso.

Harry soltó una risa nerviosa.

—No son los únicos que venden armas en el maldito país.

Me encogí de hombros pasando mi dedo índice por el borde del vaso de cristal.

—Hablamos de Chicago, no del país —dije entre dientes—. Y si fuera el caso, somos dueños de todo.

La sonrisa seductora y arrogante había desaparecido de los labios del pelinegro y sus ojos verdes ya no brillaban de curiosidad.

—No tengo idea cómo hacen los negocios en Chicago. Pero aquí, en el Este, no nos metemos con la mercancía de los demás.

Ruedo los ojos sin poder evitarlo.

—Nadie se meterá con tu mercancía, no exageres —digo entre dientes—. Pero en Chicago los negocios que se llevan a cabo son controlados por Draghi en su totalidad. Así trabajamos.

—No creo que me convenza su forma...

—No estamos aquí para debatir lo que creas que está bien o mal —lo interrumpo recuperando mi postura y sus ojos se entrecierran al verme—. Mucho menos para escuchar tus opiniones en cuanto a nuestro negocio.

—Ya...

—Estamos aquí por un maldito trato —le recuerdo—. Lo aceptas o no lo aceptas.

Siento la tensión formarse en el ambiente a mi alrededor. Sé que esto es importante para mi padre y sé que una de las reglas principales para conseguir un trato es no dejar contra las cuerdas al otro. Como acabo de hacer con Lucchese. Pero yo no soy Levi y Draghi no será igual cuando esté a cargo. ¿Por qué no demostrarles a todos mi forma?

—No son los únicos que están en Chicago —dice Harry.

Sus ojos vuelven a escanearme, pero esta vez no hay diversión ni molestia, simplemente curiosidad. Como si quisiera probarme y ver hasta donde soy capaz de llegar.

—Pero somos los únicos que controlamos el suelo que necesitas pisar —remarqué, inclinándome hacia él. La luz de las lámparas doradas bailó en mis ojos—. Puedes buscar a otros. Pero recuerda un detalle: son mis calles. Y en mis calles, yo decido quién respira y quién se convierte en abono para el asfalto.

Otra vez. Esa mirada en sus ojos. Otra vez ese brillo indescifrable.

Harry Lucchese era un misterio que aún no lograba descifrar aunque por fuera parecía completamente superficial.

—Creí escuchar sobre una nueva organización —mencionó al aire. Alcé una ceja—. ¿South, quizás?

Incliné la cabeza hacia mi costado derecho, compartimos una mirada y una sonrisa con mi padre pero fui yo quien habló.

—South no controla la ciudad, nosotros sí —zanjé—. South hace lo que nosotros permitimos que haga hasta que simplemente nos cansemos.

El silencio que siguió fue absoluto. Harry tragó saliva.

El poder había cambiado de manos en esa mesa, y todos lo

sabían.

Dejé escapar un suspiro de impaciencia.

—Quizás perdimos tiempo al viajar hasta aquí —comenté a mi padre quien asintió siguiéndome el juego—. Si, será mejor retirarnos. Nos gusta hacer negocios con quienes tienen en claro las reglas del juego…

—¿Qué quieren a cambio? —Preguntó Harry por fin.

Debí contener mi sonrisa.

—El cuarenta por ciento de las ganancias netas —solté sin pestañear.

—¡Es un robo! —Dijo golpeando la mesa. Alcé una ceja—. Es mi maldito negocio...

—Es nuestra ciudad —siseé, mis ojos fijos en los suyos—. Nuestro puerto, nuestras leyes, nuestros hombres. Tú solo pones la mercancía; nosotros ponemos la vida. Si no te gusta, Nueva York es muy grande. Suerte llegando a la frontera sin nosotros.

Harry cerró los ojos, derrotado.

—De acuerdo. Tenemos un trato.

Sentí la mirada ardiente de Matthew a mi espalda y la de Levi en mi perfil. Una mezcla de orgullo y peligro que me atravesó y no supe como sentirme. Extendí mi mano para cerrar el acuerdo y la siguiente hora transcurrió entre whisky y estrategias.

El cristal del vaso estaba frío contra mis yemas, pero el líquido quemaba como una promesa de guerra mientras bajaba por mi garganta. Durante la siguiente hora, solo se hablaba de estrategias y organización. Escuché a Harry desglosar rutas, horarios y puntos de entrega con precisión, pero mi mente ya iba tres pasos por delante, trazando sus propias líneas sobre el mapa invisible de mi herencia.

Por primera vez, el peso de mi apellido no se sentía como una cadena, sino como una corona.

No era solo el orgullo de haberle ganado la partida a un Don en su propio terreno; era la electricidad que recorría mi columna al ver el reflejo de mi propia ambición en los ojos de mi padre. Levi no necesitaba decir nada. Su silencio era mi medalla de valor. La fachada de la universitaria invisible se estaba desmoronando, dejando espacio a algo mucho más oscuro y letal. Maddox Salvatore no era un disfraz; era el depredador que finalmente había salido de la cueva.

Dos semanas. Catorce días para preparar un tablero donde las piezas eran vidas humanas y el premio eran diamantes bañados en sangre. Era un plazo suicida para cualquiera, pero mientras sentía la mirada de Matthew quemando mi nuca, supe que lo lograríamos.

Teníamos dos semanas por delante para que nuestros hombres se preparen.

Nuestros hombres.

Siento mi corazón palpitar con fuerza, y me recorre un escalofrío de placer al ser consciente de esto: esos hombres no solo morirían por los Salvatore; a partir de esta noche, morirían por mí.

Supe, con una certeza absoluta, a partir de esa noche todo sería diferente. Draghi ya no era solo la organización de mi padre, no era solo una herencia.

Draghi era mío. Yo era Draghi.

Me sentía poderosa. Invencible. ¿Así se sentía el poder? ¿Era esto lo que siempre experimentaba Levi? Intento controlar el caos de emociones que domina mi mente pero se me hace imposible porque me doy cuenta que me gusta. Me gusta el poder y la ambición.

Te gusta porque fuiste criada para esto.

Trago saliva y entonces lo siento.

Bajo la mesa, una mano se posó en mi rodilla izquierda. La palma era áspera, caliente y se movía con una confianza asquerosa. Miré

de reojo al tipo frente a mí. Me sonreía por encima de su vaso, creyendo que su posición o la presencia de mi padre lo protegían.

Mis dedos se cerraron alrededor de mi propio vaso de cristal. Mi cuerpo se tensó, convirtiéndose en puro instinto.

Comencé a contar los segundos de forma mental.

No supe si lo hice para calmarme o para prepararme para lo que podría hacer.

Cinco.

La mano subió por mi muslo, apretando la carne, desafiando el límite del vestido.

Cuatro.

Levi y Harry reían de algo trivial.

Tres.

Sus dedos rozaron el borde de la funda de mi arma. El imbécil ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba tocando.

Estaba muy segura de que creyó tocar cualquier otra cosa, incluso pensó que era un juguete.

Dos.

Clavé mis ojos en los suyos.

Él me guiñó el ojo, lo que me hizo ver rojo. Literalmente rojo.

Deslicé la mano bajo la seda, liberé el seguro y extraje mi Mossberg.

Uno.

Disparé.

CAPITULO 28
maddox

la sangre tiene un olor que nunca te enseñan en la universidad. Es metálico, dulce y denso, como el hierro oxidado mezclado con almíbar. Mientras caminaba por el pasillo del hotel, sentía la seda de mi vestido pegada a mis muslos, empapada por el fluido vital que hace solo unos minutos corría por las venas de un hombre.

No sentía náuseas. Sentía un hormigueo eléctrico bajo la piel. Una excitación oscura que me decía que, por fin, el exterior coincidía con el monstruo que siempre había vivido en mi interior.

Las puertas del ascensor se habían cerrado tras de nosotros, pero los gritos de mi padre eran como disparos en el espacio confinado. No me importó. Tampoco me importaron los puntos rojos de los francotiradores que bailaban sobre mi pecho mientras cruzábamos el vestíbulo privado. Estaba en trance.

Con que esto se sentía asesinar a alguien...

—¡Maddox! —El rugido de mi padre retumbó en las paredes, deteniéndome justo frente a mi puerta—. ¡Maddox Francesca Salvatore! ¡Mírame cuando te hablo!

Ah sí, a mi padre no le había gustado en absoluto lo sucedido y se la había pasado gritándome desde que nos alejamos de la escena.

Me di la vuelta lentamente. El espectáculo era digno de una tragedia de Shakespeare. Max, Jace y Will estaban alineados como gárgolas de piedra, sus rostros habitualmente impasibles ahora los dominaba una mueca de sorpresa. Max estaba pálido, sus ojos recorriendo las manchas rojas en mi rostro con una mezcla de horror y algo que se parecía peligrosamente a la adoración.

Pero Matthew... él era diferente. Estaba allí, con la barbilla en alto, observándome con una calma gélida. No había juicio en su mirada.

Había reconocimiento.

—¿Qué demonios fue eso? —Escupió mi padre, acercándose hasta que su aliento, con olor a whisky y furia, golpeó mi cara—. ¡Le disparaste en la maldita frente en medio de una negociación! ¿¡En qué mundo eso es aceptable!?

—En el nuestro, ¿no? —Mi voz salió monótona, despojada de toda humanidad. Me asusté de lo mucho que me gustaba cómo sonaba—. Me dijiste que marcara mi territorio. Considera ese cadáver mi bandera.

—¡No me vengas con sarcasmos! —Levi golpeó la pared junto a mi cabeza. Sus ojos eran dos pozos de fuego—. Has destruido un acuerdo millonario. Has puesto una diana en nuestras espaldas antes de que termine la semana.

—Yo conseguí ese acuerdo —recordé entre dientes. Me acerqué a mi padre con la frente en alto—. Y si ellos son lo suficientemente estúpidos como para dejar que un simple disparo arruine sus negocios, no es mi problema.

—¡Es tu problema porque ahora estamos en guerra!

Intenté no poner los ojos en blanco. Lo intenté, por supuesto. Pero fallé.

—Lo que siempre quisiste —murmuro.

—¿Disculpa? —Dijo entre dientes y se acercó otro paso—. Repítelo.

—Para eso estoy aquí —digo en un susurro, sosteniendo su mirada —. Para marcar territorio, para que sepan que esconde Draghi y porque te encantaría fragmentar la paz que hay en Chicago para iniciar una guerra.

Lo veo tragar saliva y sé que no puede negarlo. Lo sospechaba.

—Esto no es Chicago —me recuerda—. No tengo interés en

enemistarme con una familia del Este. Mucho menos con los Lucchese.

Me encojo de hombros.

—En singular, solo queda uno —le recuerdo con sarcasmo.

La vena de su frente parece a punto de estallar. Quizás no debí provocarlo así...

—Maddox...

—Cálmate, Levi. Estás perdiendo los papeles.

El silencio que siguió a las palabras de Matthew fue tan pesado que dolió. Mi padre giró la cabeza con una lentitud letal hacia su consigliere.

—¿Qué has dicho?

—Que dejes de gritarle —Matthew dio un paso al frente, interponiéndose sutilmente entre la furia de mi padre y yo. Su lealtad, usualmente inamovible hacia el Don, parecía estar sufriendo una grieta tectónica—. No tienes una jodida idea...

—Matthew —susurré en un intento estúpido de suplicar que se callara.

No debería avergonzarme, pero lo hace.

Porque siempre es la peor carga para nosotras, el tener que avergonzarnos de lo que un hombre nos hace. El tener que soportar y callar. Aunque en Draghi las cosas sean diferentes, no deja de ser un negocio de hombres en el que me estoy adentrando.

—¿Y qué pasó, Matthew? ¿Acaso vas a justificar que mi hija se convierta en una ejecutora sin previo aviso?

—La estaba tocando —soltó Matthew. Su voz era un cuchillo frío —. Ese animal tenía su mano sobre ella como si tuviera derecho y

libertad sobre Maddox.

El fuego en los ojos de mi padre se vaciló por un segundo, reemplazado por una sombra de duda. Cerré los ojos, esperando el juicio. Esperando que dijeran que debía haberlo soportado por el bien del negocio. En la mafia, las mujeres suelen ser moneda de cambio.

—Tardé en notar su incomodidad —continuó Matthew, y ahora su voz vibraba con una amenaza latente—. Para cuando me di cuenta, ella ya tenía la Mossberg fuera. ¿Quieres saber la verdad, Levi? Yo habría hecho lo mismo. Y no pienso pedirle disculpas por proteger su honor cuando tú estabas demasiado ocupado.

El silencio que siguió fue denso, tan palpable como los marcos ornamentados de los malditos cuadros que decoran el pasillo.

—Hizo lo correcto, princesa —la voz de Jace rompió la tensión. Me miró con una sonrisa lobuna—. Sangre por respeto. Es la única ley que importa.

—Nadie les ha dado permiso para hablar —siseó mi padre, pero ya no gritaba. Estaba acorralado por la lealtad de sus propios hombres hacia mí.

—No estamos en una reunión, señor —la voz de Will era firme pero con un toque de aburrimiento. Lo típico en él—. Y si a Maddox no le molesta que demos nuestras opiniones, creo que podemos hablar libremente.

Me quedé sin aliento, con los labios entreabiertos ante la imagen frente a mí. Los tres hombres más letales de mi padre me miraban con una fijeza que me hizo arder el pecho. Había respeto en sus ojos, el tipo de respeto que solo se gana en las trincheras. Estaban trazando una línea en la arena, poniéndose de mi lado contra el hombre que les pagaba el sueldo. No era solo que me dieran un lugar; me estaban entregando el trono antes de que fuera mío. Por primera vez, mi voz no era solo ruido de fondo, tenía peso y poder, era un decreto que ellos estaban dispuestos a proteger con fuego.

Desvié mi atención hacia mi padre pero sus ojos no estaban sobre mí. Evitó mirarme. Ese rechazo dolió más que cualquier grito. Se sentía como si me estuviera borrando de su linaje. Pero antes de que el nudo en mi garganta me traicionara, el ding del ascensor anunció una nueva amenaza.

Harry Lucchese salió del elevador. No traía armas en las manos, ni furia en el rostro. Se veía... intrigado. Como un niño que acaba de descubrir un juguete nuevo y destructivo.

Mierda. ¿Por qué tenía que ser tan difícil de descifrar?

Caminó hacia nosotros, deteniéndose a una distancia prudencial. El ambiente se volvió estático; Max y Matthew se tensaron, sus manos bajando hacia sus cinturas de forma sincronizada.

—Tenemos que hablar —dijo Harry, fijando sus ojos negros en los míos.

—Por supuesto, Lucchese —respondió mi padre con voz dura.

—No contigo, Salvatore —Harry ladeó la cabeza, su mirada recorriendo mi vestido manchado—. Con ella.

Trago saliva pero trato de que no se note lo sorprendida que estoy. La adrenalina aún corre por mis venas pero sé que no será por mucho tiempo. Cuadro los hombros, me coloco mi máscara de hielo y asiento con un gesto. Camino por el pasillo hasta llegar a él pero puedo sentir la compañía. Harry está frente a mí pero alza una ceja en dirección a mi espalda.

—Dije a solas —repite entre dientes—. Sin el dúo de gemelos idénticos, gracias.

—Ni hablar —dijeron al unísono.

Me giro para verlos. Máximo y Matthew están frente a mí. Con sus manos sobre sus Glock y una mirada tensa sobre Lucchese.

—Debo ir sola —digo en voz baja y ambos me miran. Se siente

extraño tener la atención de ambos al mismo tiempo. De una manera difícil de explicar y entender—. Ya quedó claro que puedo defenderme sola...

—Ni de coña irás sola, Maddox —la voz de Matthew es tajante.

—No les pregunté —digo con voz severa y ambos me miran sorprendidos—. Es una maldita orden.

Me giré y caminé hacia Harry, dejando atrás la seguridad de mi familia para entrar en la boca del lobo con la cabeza alta y las manos todavía manchadas de la sangre de su estirpe.

CAPITULO 29
maddox

el silencio en el ascensor era una cuerda tensándose alrededor de mi cuello. Harry no hablaba, pero sentía su mirada recorriendo las manchas de sangre en mi mejilla como si estuviera descifrando un mapa de tesoros. Cuando las puertas se abrieron, no volvimos al salón dorado. Me guio hacia una puerta oculta tras un panel de madera oscura que desembocaba en un vacío de sombras.

Su despacho era un templo al minimalismo letal. No había oro aquí, solo negro sobre negro. La luz de la luna neoyorquina entraba por el ventanal, tiñendo el suelo de un azul gélido.

Con que esto era el interior de Lucchese. Frío y estructurado. Para nada superficial.

Logré conectar una pieza del rompecabezas que era Harry: aparentaba. Todo el tiempo, el lujo, lo ostentoso... todo era una especie de fachada, diferente y extraña en este mundo.

—Siéntate, Maddox —pide en voz baja.

—No creo...

—No es una sugerencia.

Hice lo que me pidió, no por sumisión, sino porque mis piernas empezaban a temblar bajo el peso de la adrenalina que se enfriaba. El terciopelo rojo del sofá se sentía como una herida abierta contra mi espalda desnuda. Harry sirvió dos vasos de un ámbar profundo y dejó uno frente a mí antes de hundirse en su silla de cuero. Del otro lado de su escritorio.

Me observó en silencio, moviendo el whisky con una lentitud hipnótica. Me estaba diseccionando, pieza por pieza.

—¿Cómo funciona? —Preguntó de pronto, con una chispa

juguetona bailando en sus ojos verdes.

—¿El qué?

—Tú... —dice pensativo—. Y los guardaespaldas idénticos que te persiguen como perros de caza.

¿Qué mierda...?

Algo muy parecido a la vergüenza y el enojo se mezclan en mi interior hasta que siento como bullen en mis venas.

—Lucchese...

—Me cuesta creer que puedan compartir —dice dando golpecitos en su mentón—. No parece de los que compartan el motín...

—¿De qué demonios hablas?

—Oh, vamos princesa. No finjas conmigo…

—No tienes idea de lo que hablas, Lucchese. No sigas por ahí.

Harry se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio. Su perfume, algo cítrico y caro, luchaba contra el olor a hierro que emanaba de mi vestido. Me miraba con diversión, no era la misma forma que me observó en la cena. Esta vez parecía realmente interesado en esto.

—Oh, claro que sí. Es fascinante. El mayor, Matthew... —Hizo un gesto con su mano—. Te mira como si fueras una deidad a la que quiere encerrar en una habitación para que nadie más te toque, pero al mismo tiempo, parece dispuesto a arrodillarse y dejar que le cortes el cuello si eso te hace sonreír.

Mi corazón comienza a palpitar con fuerza. ¿Cómo podía decir aquellas estupideces?

¿Lo eran?

Una voz en mi cabeza me obliga a cerrar los ojos un momento para alejar esas ideas. Pero entonces recuerdo todas las veces que parecía a punto de traspasar un límite, recuerdo la forma en que me

habla e incluso como me prohibió acercarme a su hermano.

—Es devoción pura, Maddox. Y es peligrosa.

—Basta —siseé. Mis dedos se enterraron en el terciopelo.

—Y luego está el joven, Max —Harry chasqueó la lengua, divertido —. Él no quiere un altar. Él quiere quemar el mundo contigo dentro. Aun no logro descifrarlo pero es extraño…

—Lucchese —dije entre dientes.

—Deberíamos intercambiar números; tu vida es mucho más entretenida que la mía —suspiró con cansancio—. Podríamos salir los cuatro, aunque sospecho que terminaría con un tiro en la nuca antes de los aperitivos.

—¿Me has traído aquí para chismear como un adolescente o tienes algo real que decirme? —le di un trago largo al whisky, dejando que el fuego me distrajera del vacío en mi estómago.

—Que aguafiestas —murmura y bebe un trago—. Luego de cómo me sorprendiste en la cena te creí más divertida.

—Vine a hacer negocios, Lucchese. No a divertirme.

Ahora rueda los ojos con diversión, coloca el vaso a un costado y apoya sus codos sobre el escritorio para descansar su mentón en sus manos.

Dios. Parece un adolescente absolutamente fascinado.

—Sí que me sorprendiste —murmura— ¿Sabes? No pensaba hacer negocios con Draghi.

Alzo una ceja. Algo me dice que debería estar en alerta pero a la vez no me siento en peligro con este hombre. Aunque sea el mafioso más extraño que he conocido.

—¿Y ahora cambiaste de opinión?

Chasquea la lengua.

—Verás —comienza—. Me gustó sacar de quicio a tu padre, ya sabes cómo somos en el negocio...

—Eres el rey de los imbéciles arrogantes, lo entiendo.

Me dedica una mirada asesina que cambia en un segundo.

—En fin. Cuando supe que el mito de Red Dragon podía ser real dije que debía hacer lo necesario por conocerte —trago saliva. Todo estuvo planeado desde siempre—. Sólo hizo falta presionar un poco a tu padre y él estuvo dispuesto a usar su tan preciada arma.

—¿Qué hago aquí, Lucchese? —Digo entre dientes.

—Quería conocerte. Quería saber si eras real y si eras tan peligrosa como se dice en el bajo mundo.

—¿Y lo soy?

—Vaya que si —me sonríe y se recuesta en su silla—. No pensaba hacer negocios con Draghi.

—Eso ya lo dijiste.

—Sí, pero he aquí lo importante —presiona su dedo índice sobre la mesa de caoba—. La razón de este viaje era simplemente...

—Hacerme perder el tiempo —completo por él y asiente—. Entonces, ¿no hay trato?

—No te adelantes...

—¿Podrías dejarte de juegos e ir al grano? —Pregunto con exasperación.

—Mi padre me enseñó una última cosa antes de morir: nunca meterme con los Draghi —alzo una ceja—. Ustedes siempre están al borde de la guerra, es sorprendente los años que llevan en paz.

—Somos ambiciosos e impulsivos —me encojo de hombros—.

Nada nuevo.

—Sí. Y sé que me puede costar la vida dar un paso en falso con Draghi —asiento. Me agradaba que tuviera en claro con quien se metía—. Entonces decidí no hacer negocios con ustedes, aunque te conociera, no me interesaba.

—Pensabas buscar otro puerto —murmuro y sonrío—. ¿Tanto miedo nos tiene una de las familias más importantes del Este?

Lo veo tragar saliva y eso me alegra. Me gusta que se nos respete y que yo imponga ese respeto.

—Sí —admite con dificultad.

—¿Y qué cambió?

—South —me pongo en alerta—. No tengo idea como lo supieron, pero aparecieron queriendo hacer negocios.

Bajo la vista y mi mente trabaja a toda velocidad. En la mafia estas cosas no se saben, no son chismes de secundaria, no viaja de boca en boca que un mafioso está esperando un cargamento ilegal. Lo que quiere decir es que están cerca, demasiado cerca.

—Sí, exacto —dice como si pudiera leer mi mente. Le da un último trago a su whisky—. En el momento que aparecieron para hacer tratos conmigo les dejé en claro que con la única organización que haría negocios es con Draghi.

Alzo una ceja.

—Hace un momento parecías decidido por lo contrario.

Hace una mueca.

—Son sanguinarios. Pero leales, eso lo doy por hecho —asiento y me regala una sonrisa—. Y luego te conocí.

Otra vez su sonrisa es indescifrable pero sexy, debo admitirlo.

—Aún no había decidido cerrar un trato con ustedes, pero acabaste por convencerme —hago una mueca al entender sus palabras pero él rueda los ojos—. Maddox, no eres mi tipo. Y no soy un hombre que piense solo con la cabeza de abajo. No te preocupes.

Trago saliva.

Al parecer era fácil de leer para Lucchese.

—Pero cerramos un trato —digo luego de un segundo. Lucchese asiente—. Mi duda es... ¿Sigue en pie?

Su sonrisa se curva hacia un lado.

—Impulsiva e inteligente, eres increíble —murmura.

Debía hacer esa pregunta, después de todo, asesiné al tipo que es su familia. Es suficiente razón para retractarse de un trato y por supuesto de iniciar una guerra.

—Lucchese...

—En realidad, quería darte las gracias. La noche salió infinitamente mejor de lo que planeé.

Me quedé helada.

Lucchese cambiaba de conversación de maneras que no podía seguirle el ritmo.

—Verás, déjame hablarte un poco sobre mí —cerré los ojos, estaba claro que le gustaba el sonido de su voz—. El negocio lo inició mi padre, no existen los imposibles para un hombre enamorado y como mi madre amaba las joyas conseguía las que ella quería. Exóticas, extrañas, costosas y preciosas.

—Deberías trabajar en un centro comercial —murmuré con ironía.

—Al principio inició como un capricho, no eran más que gestos románticos hacia mi madre —continúo sin prestarme atención—, pero luego se dio cuenta del dinero que podía ganar. Ya sabes,

hacerte con diamantes bellísimos y difíciles de conseguir para luego subastarlos.

—Claro, lo normal, nada ilegal —ironicé.

—Por favor, linda. Tu apellido es Salvatore —hizo una mueca y su tono de voz dejó a entender que era una ridiculez mi comentario—. El punto es que así inició el negocio. Se mantuvo a flote todos estos años, pasando de generación en generación…

—No exageres, eres la segunda generación —puse los ojos en blanco.

—Le quitas lo divertido a todo —dijo con burla y un resoplido—. Me gusta el negocio. Como tú, herede un trabajo sucio e ilegal pero visto desde afuera esto no existe, me gusta trabajar en las sombras, que todo sea… exclusivo.

No comprendía a donde quería llegar pero mi paciencia se estaba agotando. Él pareció notarlo porque se mordió el labio inferior para reprimir la risa.

—Joffrey lo complicaba todo —alcé una ceja—. Oh claro, no los presente. Lo siento, tu víctima es Joffrey Lucchese, el medio hermano de mi padre —hizo una mueca de desagrado—. En realidad lo era, ahora no es más que un cadáver innecesario, pero ya llegaremos a ese punto.

—Por favor, a donde sea que esto se dirija, trata de que lleguemos rápido —murmuró.

—Que ansiosa —murmuró—. Joffrey estuvo desde siempre en el negocio, pero era un tumor, si debo ser honesto. Mi padre, en su lecho de muerte, me hizo jurar que lo mantendría a salvo y dentro de la organización.

Mi mente comenzó a funcionar a toda velocidad atando cabos.

—Lucchese —advertí.

—Un juramento de herencia, Maddox —dijo con tristeza fingida—. Yo no podía tocarlo, no podía hacer nada...

Las piezas encajaron con un clic metálico en mi mente. La furia comenzó a hervir, reemplazando al frío.

—Lo planeaste —mi voz era un susurro letal—. Sabías lo que ocurriría.

—Eres una delicia, Maddox. Tan inteligente —Harry alzó su vaso en un brindis silencioso—. No sabía que estarías armada, creí que tu guardaespaldas se encargaría.

—No puede ser —susurro y bajo la vista a mis manos, aún tengo un par de manchas de sangre—. Tú...

—Verte volarle los sesos en mi mesa de roble fue cine puro. Me has liberado de una carga que no podía soltar.

—¡Me usaste para cometer un asesinato! —me puse en pie, el sofá individual salió volando hacia atrás golpeando la pared con estrépito.

—No, dulzura. Te puse en una habitación con un depredador y tú demostraste ser el monstruo más grande —Harry también abandonó su posición, colocando ambas manos sobre la madera de roble e inclinándose hacía mi—. No te sientas mal por ello. Eres una Salvatore.

—Eres un maldito —digo entre dientes.

—Vamos Maddox —rueda los ojos—. Ya deberías estar acostumbrada.

Negué sin poder creer sus palabras. Me di la vuelta para alejarme pero en un segundo lo tenía a mi lado imposibilitando mi escape. Su mano se cernió con fuerza sobre mi brazo y le dediqué una mirada que prometía más sangre. El maldito se dedicó a sonreír de placer.

—Tenemos un pacto, dulzura —masculló entre dientes. Su aliento, cargado de whisky y una victoria cínica, golpeó mis labios. Intenté zafarme, pero su agarre era un grillete de acero; poseía esa fuerza

engañosa y fibrosa de quien sabe que no necesita gritar para ser obedecido—. No voy a pedir perdón por darte el escenario, pero recuerda esto: yo no apreté el gatillo. Lo hiciste tú. Deberías estar acostumbrada al sabor del hierro, ¿no? Después de todo, eres la heredera de Draghi.

La princesa de la mafia.

El título me golpeó como una bofetada física. Sí, lo era por derecho de sangre, pero mi mente aún intentaba aferrarse a los restos de la chica que guardaba libros en su mochila. ¿Por qué? Esa misma noche, antes de la cena, había decidido ser Red dragon. Había decidido dejar a la Maddox común y corriente atrás para abrazar mi verdadera identidad: la de heredera. El problema era que esa noche crucé una línea que no creí cruzar, no al menos aún.

Había asesinado a un hombre.

Lo extraño no era el hecho, sino la aterradora falta de peso en mi consciencia. No sentía el vacío del remordimiento, sino una disociación gélida, como si mi alma se hubiera desprendido de mi cuerpo en el momento del disparo. Era como si una Maddox hecha de sombras y humo hubiera tomado el control de mis dedos, una versión de mí que no conocía el miedo ni la duda. Observé mis manos, aún manchadas, y me costó reconocerlas como propias.

—Me debes una, y yo te debo diez —me sorprendí al escucharlo. Su voz bajó una nota, volviéndose más tranquila pero no por eso menos metal—. No eres mi tipo, así que no te preocupes por tus guardianes, pero me gusta tener amigos con talento para el caos.

Me solté de su agarre con un tirón brusco.

—No somos amigos, Harry.

Él asiente con una sonrisa.

—Aún no —dice en voz baja y me guiña un ojo—. Pero lo seremos. Seremos buenos amigos.

—No —digo con voz tajante—. Somos socios. Solo eso.

Otra vez ese brillo en su mirada imposible de descifrar y otra vez esa sonrisa relajada y alegre que en nada pegaba con el mafioso que debería tener frente a mí. Negué sin comprender nada de lo que ocurría y me alejé hacia la puerta.

—Como digas, princesa. Pero un consejo gratis antes de que vuelvas con tus perros —me giré de soslayo y lo vi apoyarse contra el escritorio, su expresión volviéndose inusualmente seria—. No sales con el correcto.

Me detuve en seco, con la mano en el pomo de la puerta. La curiosidad fue una debilidad que me hizo obliga a girar la cabeza.

—¿De qué demonios hablas?

—No hay que ser muy inteligente, princesa —me guiña un ojo—. Sé que estás con Máximo. Pero déjame decirte que no deberías...

—¿Y según tú, quién es el correcto? ¿Cómo me mira Max que te parece tan mal?

—Como si quisiera poseerte —sentenció Harry—. Los hombres como él confunden el amor con la propiedad. Y en cuanto posees algo del todo, dejas de valorarlo. Tú no eres un objeto de colección, Maddox. Eres un incendio. Ten cuidado con quién dejas que intente apagarte.

Salí de la oficina sin responder, con sus palabras grabadas en mi mente como una advertencia que no quería escuchar.

CAPITULO 30
maddox

Sangre.

Estaba en mis poros, bajo mis uñas, tiñendo el agua de la tina hasta convertirla en un espejo carmesí. En mi sueño, el ático de los Lucchese no tenía fin. El cuerpo de Joffrey no caía al suelo; se fragmentaba en mil pedazos de cristal que se enterraban en mi piel. Cada vez que intentaba gritar, el zumbido en mis oídos se volvía un rugido de motor, y una mano invisible me apretaba la garganta, recordándome que el aire ya no me pertenecía.

Yo se lo había arrebatado a alguien y ahora el universo venía a cobrarse la deuda.

Me desperté con un espasmo, mi corazón golpea mis costillas como un animal enjaulado.

Mi habitación estaba sumida en un silencio tenso. Solo se escuchaba el golpe de mi corazón como un temblor a máxima velocidad.

Las sábanas de seda se pegaban a mi cuerpo por un sudor frío que me empapaba de pies a cabeza. No había cristales, ni sangre, ni cadáveres. Solo el eco vacío de mi propia respiración.

Lo mataste, Maddox. Realmente lo hiciste.

Cerré los ojos, tratando de sofocar la voz en mi cabeza. Horas atrás, bajo la ducha, había restregado mi piel hasta dejarla roja, buscando eliminar un rastro que no era físico. Me sentía limpia por fuera, pero por dentro... por dentro era un vertedero de sombras.

Busqué mi móvil a tientas, la pantalla iluminó mi rostro y noté que eran las cuatro de la mañana. Debería dormir, de seguro nadie estaría despierto a esta hora, pero aunque lo intente en cuanto cierro los ojos las imágenes de lo que sucedió invaden mi mente.

Las imágenes de lo que hiciste.

Con dedos temblorosos marqué el número de Max. Una vez. Dos veces. Al tercer intento, la llamada cayó directamente al buzón.

El vacío me devolvió el golpe.

No tenía derecho a buscar consuelo en nadie, pero necesitaba, con todas mis fuerzas, seguir sintiéndome humana. Y en un momento como ese solo podía pensar en verlo.

Poco importaba la verdadera razón de buscarlo a Máximo, darme cuenta de eso debió sentirse como una advertencia de que estaba a dispuesta a ir más allá o cruzar una línea que había dicho que no haría. Pero no era yo misma pensando en ese momento.

Salí de la cama, impulsada por una necesidad que bordeaba la locura. Caminé por el pasillo frío, mis pies descalzos apenas tocando la madera. Solo llevo una fina camisa de dormir de seda que se sentía como papel contra mi piel erizada. No me importó si los guardias me veían o si mi padre salía de su suite.

Por disposición de Levi, los soldatis de alto rango como él se quedaban en pequeñas habitaciones del mismo piso que nuestra suite. En el segundo piso se encontraban los guardias de siempre, el perímetro debía estar asegurado. Mucho más ahora luego de lo que había sucedido, o mejor dicho, lo que había hecho unas horas atrás. Aunque Lucchese me había asegurado que estaba a salvo, porque le había hecho el favor, no podía confiar.

Y lo cierto era que cuando terminó nuestra reunión me encerré en mi habitación sin querer hablar con nadie. Si confesaba que había sido usada para asesinar a un tipo, Matthew asesinaría a Lucchese. También estaba lo que Harry me había revelado: South estaba cerca. Tanto que sabía de nuestros posibles negocios.

¿Pero por qué una mafia novata estaba tan interesada en Draghi?

Debía hablar con Levi, él sabe mucho más de lo que dice. Pero en estos momentos solo podía pensar en que había asesinado a un tipo y, aunque estaba limpia, me sentía llena de sangre.

Llegué a su puerta y llamé. Dos toques suaves, desesperados. Nada. Abrí la puerta con el corazón en la garganta, pero la habitación de Max me recibió con una frialdad desoladora. La cama estaba hecha, perfecta, sin una sola arruga. Una maleta entreabierta en la esquina era el único rastro de que alguien pasaría la noche allí. Pero él no estaba.

Tragué saliva.

Me desplomé en el borde del colchón, hundiendo la cara en mis rodillas. El temblor de mis manos se extendió a todo mi cuerpo. Los cristales del sueño volvieron a estallar en mi mente. El sonido del disparo... el olor a pólvora...

—No llores, tesoro.

El aire se escapó de mis pulmones cuando unos brazos macizos me rodearon. No necesité abrir los ojos para saber quién era.

Reconocería a Matthew, por su perfume y todo lo que transmitía su presencia, donde sea que estuviera.

Me tomó en brazos moviéndome sobre la cama como si no pesara nada, pegando mi espalda contra su pecho sólido y sentándome sobre sus piernas. Era una muralla de calor contra mi frío glacial.

Tragué saliva. Nunca habíamos estado tan cerca.

—Dime qué necesitas —susurró Matthew contra mi sien, su voz era una vibración profunda que intentaba calmar mi pulso—. Solo dilo y quemaré el mundo para traértelo.

Matthew no era un hombre de susurros ni palabras piadosas, no había dulzura en su voz por lo general, solo amenazas y sentencias de muerte. Siempre manteniéndose a la distancia correcta de mí, de la hija de su jefe.

Pero ahora... parecía otra persona.

¿Estaba atrapada en una nueva pesadilla o el infierno finalmente se había congelado?

Sus brazos me rodeaban con una fuerza que amenazaba con fusionar mis huesos con los suyos. Podía sentir el galope errático de su corazón contra mi espalda, un ritmo salvaje que traicionaba su máscara de hielo, y su perfume me envolvía como una advertencia que no podía ignorar.

Él no debería estar aquí. Debería ser Max. Debería ser el hermano que yo elegí, no el hombre que siempre me miró como si fuera un problema que resolver. Pero la verdadera pregunta, la que me quemaba la garganta, era por qué la oscuridad de Matthew se sentía como el único hogar en el que quería esconderme.

No pude responder su pregunta, sentía mi lengua pesada y seca a la vez, sé que, si intento hablar ahora solo sonidos incomprensibles saldrían de mis labios. En un segundo, el nudo en mi garganta se rompió y la primera náusea me golpeó con la fuerza de un camión.

En un parpadeo, estábamos en el baño. Matthew me depositó frente al inodoro con una delicadeza que contrastaba con su brutalidad habitual. Sostuvo mi cabello con una mano y presionó mi frente con la otra mientras mi cuerpo se deshacía de todo el veneno, el miedo y la bilis. No se apartó. No hizo una mueca de asco. Se quedó allí, siendo mi soporte mientras yo me desmoronaba.

En cuanto sentí que ya no había nada en mi interior me alejé. Quité sus manos de mi y me arrastré hacia el otro extremo. Hasta que mi espalda tocó el frío de la pared.

Necesitaba sentir. Lo que sea. Cualquier cosa que me recuerde que estoy viva, respiro y soy humana. El problema es a costa de quien siento esto: a costa de que asesiné a un hombre.

Llevé mis rodillas a mi pecho y abracé mis piernas en un intento desesperado por sentirme protegida y resguardada. Matthew se arrodilló frente a mí, atrapado en el espacio estrecho del baño, y

comenzó a dibujar círculos lentos en mi rodilla con el pulgar.

—Está bien, tesoro —su voz era un murmullo que bien podía ser una maldita canción de cuna y me hizo cerrar los ojos con fuerza—. Deja que salga.

—Tengo... tengo miedo, Matthew —admití con la voz destrozada por el ácido y el llanto—. No sabía que podía ser tan impulsiva. No sabía que podía apretar el gatillo sin dudar.

—Él te puso las manos encima —su voz se volvió gélida, cortante como una navaja—. Reaccionaste como una Salvatore. No te sientas culpable por eliminar a una rata. El mundo es un lugar más limpio sin él.

—¿Y qué hay de mí? —lo miré, con los ojos hinchados y el alma expuesta—. ¿Qué tipo de persona soy ahora? ¿El mundo es un lugar mejor con alguien como yo?

Matthew se colocó a mi lado, con la espalda contra la fría pared, invadiendo mi espacio personal hasta que nuestras rodillas se tocaron. Pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él, me dejé llevar. Me colocó sobre sus piernas extendidas y me acunó.

—¿Soy una mala persona? —pregunté en un susurro, buscando la respuesta en el hombre que había convivido con la oscuridad toda su vida.

Sus ojos me atraviesan con intensidad, separa los labios para hablar pero demora un segundo. Siento su respiración acelerada y creo que es la primera vez que Matthew me deja verlo sin su máscara fría y calculadora de consigliere. En este baño, Matthew es el joven que perdió a sus padres siendo un adolescente, no es el hombre de la mafia. Y yo soy solo Maddox, una chica condenada por su propio apellido. No una asesina.

Acerca su mano con lentitud hasta acariciar mi mejilla, cierro los

ojos al sentir su tacto sobre mi piel temblorosa. Cubre mi perfil con su mano grande y trago saliva cuando siento su calor.

—Eres la persona más pura que he conocido en este infierno, Maddox —dijo, y sentí la tensión en sus músculos—. En este mundo, todos matamos. Algunos por placer, otros por deber. Tú lo hiciste por supervivencia. Si pudiera tomar ese peso de tus hombros y cargarlo yo mismo, lo haría sin pensarlo. Pero no puedo.

Mis ojos se llenan de lágrimas y me inclino más cerca suyo, hasta que puedo esconder mi rostro en la curva de su cuello. Siento como exhala un suspiro bajo y afectado.

—No sé si estoy hecha para esto —sollocé contra su cuello.

—Nadie nace listo para ver el abismo, tesoro. Pero el abismo te miró a los ojos hoy y tú no parpadeaste. Eso no te hace mala; te hace una reina —siento otra vez sus manos en mi rostro y me aleja para verme de frente, sin dejar de acunar mis mejillas. Sus ojos marrones estaban cargados de una devoción que me asustó—. Tendrás que volver a hacerlo, Maddox. Las decisiones serán más difíciles a partir de este momento, lo sabes. Pero no estarás sola. Nunca.

—Matthew…

—Nunca lo permitiré.

Trago saliva.

Le creo. No necesita hacer un juramento o promesa de sangre, le creo porque lo siento en mis huesos, en mi piel. Hay una seguridad en su voz que sé que le confiaría cada cosa de mi. Cada parte oscura de mi interior sé que estará a salvo con él. Le confiaría mi vida sin dudarlo.

Y quizás, si Matthew puede ver luz entre mis sombras, quizás no estoy tan perdida. No del todo.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras se filtraran en mis grietas. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y aspire su aroma. Quería que su oscuridad cubriera la mía hasta que no quedara nada.

CAPITULO 31
MAXIMO

Maddox ni siquiera se digna a mirarme. Soy practicamente invisible a sus ojos, un fantasma que nadie puede ver. Soy el espacio vacío entre las sillas de cuero de la oficina de su padre.

Llevamos dos horas encerrados en la sala de reuniones del club y ella ha sido el centro de gravedad de cada maldito segundo. Desde que dio inicio la reunión está explicando el acuerdo con los Lucchese con una frialdad que me revuelve las entrañas.

Se parece tanto a Levi que asusta, pero donde su padre es puro granito y mal humor, Maddox es seda impregnada de veneno. Sonríe, y los soldati se inclinan hacia ella como si fuera el sol, ignorando que el sol también puede calcinarte los huesos.

Dedicó miradas dulces a todos. A Jace, a Will, incluso a los últimos reclutas que ascendieron hace dos días. A mí me trató como a un mueble.

El muro que ha levantado desde que volvimos de Nueva York es más alto que el de cualquier prisión federal. No responde mensajes, no atiende llamadas. En la universidad, se esfuma antes de que pueda acorralarla. Mi pecho se siente como un cráter abierto y la culpa, ese sentimiento que he desterrado de mi vida desde que cobré mi primera venganza, me está devorando vivo.

Mi mirada se desvió hacia Matthew, que estaba apoyado contra la pared del fondo, observándola con una intensidad que me hizo apretar los puños hasta que me dolieron los nudillos. Algo ha cambiado entre ellos. Hay un hilo de tensión que no estaba ahí antes, y el hecho de no poder preguntarle a mi propio hermano qué demonios está pasando me está volviendo loco.

Porque sé que jamás me hablaría de Maddox, antes muerto que decirme una maldita palabra.

Lo mismo ocurre con el misterio que rodea la muerte de nuestros padres.

Matthew guarda secretos. Siempre lo ha hecho. Desde el accidente que mató a nuestros padres, él se cerró en un búnker de silencio. Siempre que intento sacar el tema, su rostro se convierte en una máscara de hierro. Él salió ileso de aquel coche en llamas; yo solo recibí las cenizas. Sé que no fue un accidente. Él también lo sabe. Pero su negativa a buscar la verdad me hace sospechar que Matthew no solo recuerda lo que pasó… sino que quizá es parte del secreto.

No debería dudar de él. En nuestra familia existen muchas reglas que no pueden quebrarse, como en la mafia, pero la más importante es no desconfiar de nuestra propia sangre.

Pero, aunque intente aparentar ser la mano derecha del Don que no guarda secretos, conozco a mi hermano.

Después de todo, los Hardaway somos conocidos por los secretos. Matthew no es diferente a mí. La manzana nunca cae lejos del árbol.

—Daremos por finalizada la reunión. ¿Alguna duda? —La voz de Maddox me devolvió al presente.

Intenté abrir la boca, pero ella ya estaba recogiendo sus carpetas, ignorando mi existencia.

—Bien —zanjó ella—. Los veré en el puerto en tres días.

La seguí cuando todos empezaron a dispersarse, pero se detuvo en seco y me lanzó una mirada que habría congelado el mismísimo infierno.

—¿Necesita algo, Hardaway? —Su tono era de puro aburrimiento.

Pero no me pasó desapercibido el uso de mi apellido, el cual jamás usaba para referirse a mí. Tragué saliva y me obligué a hacer a un lado la ira que burbujeaba en mi pecho.

—Deja que te lleve a casa —dije lo suficientemente bajo para no llamar atención indeseada pero lo suficiente alto para que ella pueda

escuchar—. Tenemos que hablar.

—No es necesario —me dedicó una sonrisa arrogante que me dieron ganas de borrarle a besos—. ¿Vamos, Matthew?

Mi hermano se separó de la pared con la elegancia de un depredador y se fue con ella sin dedicarme ni una mirada. Conté hasta diez. Luego hasta veinte. No iba a dejar que se saliera con la suya.

Esperé una hora frente a su casa, oculto en las sombras sobre mi motocicleta. Cuando vi el coche de Matthew alejarse, supe que era mi momento. No iba a llamar a la puerta como un civil.

Crucé el jardín trasero, usando el mismo hueco en la verja que encontré la noche del intruso. La misma noche en que todo había salido terriblemente mal. Desactivé la alarma con la facilidad de quien ha nacido para romper perímetros. La casa estaba en silencio, lo que significaba que Levi no estaba. Perfecto.

Al llegar a su habitación, la puerta estaba entornada. El sonido del agua corriendo en el baño me indicó que estaba en la ducha. Me senté en su cama, dejando que mis manos acariciaran las sábanas de seda. Un hormigueo de anticipación y miedo recorrió mi espalda. Estaba cruzando una línea haciendo esto. Luego del intruso, Maddox jamás me preguntó como aparecí en su casa. Ahora volvía a hacerlo y estaba seguro de que no podría evitar sus incógnitas.

Después de todo, estaba invadiendo su hogar y era razón suficiente para que el Don coloque mi cabeza en una pica en medio de Chicago.

Pero Maddox es mi droga y estoy en medio de una crisis de abstinencia.

Cuando el agua se detuvo, el aire en la habitación pareció espesarse. Ella salió envuelta en una bata corta color roja y el cabello húmedo goteando sobre su pecho. Se detuvo en seco al verme. Sus ojos se abrieron de par en par, y por un segundo vi el destello de la Maddox que conocía, antes de que el enojo volviera a

endurecer sus facciones.

—¿Qué demonios haces aquí, Máximo? Si mi padre te encuentra…

—No está. Me aseguré. —Me puse en pie, mi altura la obliga a inclinar la cabeza hacia atrás.

—Vete. Ahora.

—No hasta que me digas por qué me tratas como si fuera basura, rubia. Te he llamado cien veces.

Dejó escapar un suspiro que parecía una risa sarcástica mientras se giró en dirección a su armario con ropa.

—Maddox —dije entre dientes.

Nada.

Cerré los ojos un segundo intentando calmarme pero para este punto era imposible. Si creía que vine a jugar estaba muy equivocada, vengo para enfrentarla y que deje de esquivarme de una vez por todas.

—Maddox.

—¿Qué?

—Deja de jugar —alzó una ceja—. Deja de ignorarme, es lo que llevas haciendo desde…

—¿Yo te estoy ignorando? —Soltó una carcajada amarga, dando un paso atrás—. Qué cínico eres. Tú desapareces a las cuatro de la mañana en una ciudad desconocida, no respondes cuando te necesito, y ahora pretendes que no pasa nada.

Mi corazón se aceleró.

Lo sabe. Mierda. Lo sabe.

Es lo único en lo que puedo pensar.

Pero al mismo tiempo trato de descartar esa estúpida idea, no hay manera de que lo sepa.

—¿Dónde estabas? —Preguntó con la voz tan filosa como una cuchilla—. En Nueva York, a las cuatro de la mañana… —separé los labios para hablar pero ella negó—. Fui a tu habitación y no te encontré. No intentes engañarme.

Alcé una ceja.

—No creí que tuviera que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer —murmuré.

Algo atravesó sus ojos verdes. Una sombra, un brillo, algo que no supe descifrar pero estaba claro que di justo donde quería.

—Eres un idiota —murmura.

—¿Desde cuando necesitamos saber qué hace el otro? —la desafío.

—Más allá de lo nuestro. Trabajas para mí —me recuerda—. No te pases de listo, Máximo.

—¿Lo nuestro? —chasqueo la lengua para provocarla— ¿Cuando dejó de ser un simple juego para divertirnos?

Fue lo mismo que me dijo en Nueva York. Cuando estaba arrodillado frente a ella a punto de devorarla. Necesité de todo mi control para evitar dejarle en claro que esto no era un juego, pero ella siempre decía que lo era y yo no pienso rogarle nada.

—Soy tu jefa, si quiero saber donde demonios te metiste...

—¿Celos de jefa?

—Imbécil —dice entre dientes y cierra el armario con un portazo.

—Maddox, no somos nada —repetí, dejando que las palabras cayeran como plomo entre los dos—. Es la misma mierda que sueltas siempre que te pones nerviosa, ¿verdad? La frase que usas para intentar convencerte de que lo que pasa cuando te tengo debajo de mí no cuenta.

La vi tragar saliva, el pequeño movimiento de su garganta delatando que, por mucho que intentara poner cara de heredera

Salvatore, estaba temblando. Me acerqué a ella despacio, invadiendo su espacio personal con la intención de asfixiar cualquier rastro de su resistencia.

—Si realmente no somos nada, ¿por qué te jode tanto que te ignore? —Soltó.

Llegué hasta ella, tan cerca que podía oler el jabón de su piel y el rastro metálico de mi propio perfume. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para sostener mi mirada, su pecho subía y bajaba con una violencia que la seda de su bata apenas podía ocultar. No pedí permiso. Alargué la mano, agarré la cinta de su bata y, de un solo tirón brusco, la atraje hacia mí hasta que su cuerpo chocó contra el mío con un golpe seco.

—Me importa por la misma razón que a ti te quema saber dónde carajos estuve el viernes a las cuatro de la mañana —susurré, rozando sus labios con los míos—. Porque no puedes soportar que haya una parte de mí que no te pertenezca.

Ella volvió a tragar saliva, sus ojos esmeralda brillan con una mezcla de rabia y deseo puro. Con Maddox no había medias tintas: esto era una pelea de perros por ver quién dominaba a quién. En nuestro mundo no hay espacio para el amor blando; aquí solo existe la lealtad o la posesión. Y yo la quería poseer hasta que no quedara nada de ella que no llevara mi marca.

—Pero no somos nada —insistió ella, aunque su voz sonaba rota, forzada—. Eso es lo que dijiste tú.

—Porque es lo único de lo que hablas cuando estamos a solas —repliqué, apretando mi agarre en su bata para que sintiera lo que me estaba haciendo—. Soy un soldado, Maddox. No voy a andar rogándote que me des un lugar. Si quieres que esto sea algo diferente, dilo. Pero deja de jugar a que no te importa si respiro o si me pegan un tiro.

El silencio en su habitación era tal que podía escuchar los latidos de su corazón galopar.

—Quiero que te vayas. Eso es lo que quiero —soltó ella con un deje de odio, dándome un empujón que no sirvió para nada. Fue como si intentara mover una pared de concreto—. Máximo... Lárgate.

Me incliné sobre ella, cerrando cualquier salida, obligándola a sentir la dureza de mi cuerpo contra el suyo.

—No —dije entre dientes, mi mirada fija en la suya—. No quieres que me vaya. Quieres que te obligue a admitir que, aunque me odies ahora mismo, no hay nadie más en este maldito lugar que pueda hacerte sentir tan viva como yo.

Esta vez, el empujón que me dio no fue el de una mujer despechada. Fue el de una Salvatore. Sus manos impactaron contra mi pecho con la fuerza técnica de quien ha pasado horas golpeando sacos de arena y proyectando cuerpos. Retrocedí un paso, sorprendido. Olvidar que Maddox fue entrenada para ser una máquina de ejecución sería el error más estúpido de mi carrera. En Nueva York le voló los sesos a un segundo al mando de una organización sin parpadear; sabía que su instinto de asesina estaba a flor de piel, esperando una excusa para saltar.

Caminó hacia su mesa de noche mientras yo me quedaba donde estaba, con los brazos cruzados, observándola con una mezcla de cautela y fascinación. Abrió el cajón y, para cuando quise reaccionar, el sonido metálico del seguro al quitarse llenó el silencio de la habitación.

Click-clack.

—Maddox —dije con voz baja, extendiendo las manos en un gesto que buscaba calmarla, aunque mis músculos estaban tensos, listos para lanzarme sobre ella—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—¿A dónde fuiste, Máximo? —Su voz había bajado una octava. Ya no era la chica herida; era la heredera exigiendo cuentas a un subordinado.

—¿Este es nuestro nuevo juego? —solté una risa seca, cargada de ironía—. ¿Ahora nos excitamos con el acero?

—Habla de una maldita vez —me cortó. Me apuntaba al centro de la frente con una firmeza que no dejaba lugar a dudas—. Empieza a soltar la verdad si no quieres que te deje un agujero de salida en el cráneo.

Me acerqué un paso. Despacio. Midiendo cada milímetro.

—Esto no es por mí —murmuré, manteniendo mi tono de voz plano, profesional—. No me estás apuntando porque te preocupe donde estuve realmente.

—No me subestimes, Máximo —suspiró, pero el arma no tembló ni un milímetro.

—¿Estás dudando de mí? —Me costaba creerlo. El ego me escoció más que la amenaza de muerte—. Es eso. Dudas de mi lealtad a los Salvatore.

—Yo soy los Salvatore —zanjó ella, y esa seguridad me golpeó como un disparo. Bajó el arma hasta clavarse en mi pecho—. Así que sí, dudo de tu lealtad a la organización, a mi padre y a mí.

—¿De verdad? —Me pegué a ella hasta que la punta fría del cañón de su Mossberg se clavó directamente en mi esternón, justo encima de mi corazón. Vi un destello de duda en sus ojos esmeralda, una fracción de segundo en la que su dedo flaqueó sobre el gatillo, pero lo recuperó al instante—. Dispara entonces. Si crees que soy un traidor, si no confías en el hombre haría lo que sea por ti, dispara la maldita pistola ahora mismo.

Ella entrecerró los ojos, evaluándome como si fuera un objetivo a abatir. Sabía que estaba tentando a la suerte, que un mal movimiento y terminaría en una bolsa de cadáveres antes del amanecer, pero no iba a permitir que cuestionara mi honor como soldado.

—¿A qué esperas? —incité, presionando mi pecho con más fuerza

contra el arma. Ella tuvo que hacer fuerza para no retroceder—. Vamos, Maddox. No hablas en serio. No tienes las agallas para matarme por un ataque de celos disfrazado de deber familiar.

—Sé que escondes algo, Máximo.

Antes de que cualquier pueda procesar lo que ocurre, mi mano viaja directo a su cuello y la acerco a mí. Su pistola se clava a un costado de mi pecho. No se deja intimidar, sus ojos brillan de furia y alza el mentón hacia mí. Presiono ligeramente mis dedos en su cuello y joder, esta posición es de lo más excitante. Me inclino un poco más.

—Todo el mundo en este negocio esconde algo —dije con simpleza, un susurro cerca de sus labios—. ¿O me vas a decir que la princesa Salvatore no tiene secretos bajo esa bata de seda?

—No me jodas —empujó el arma contra mi piel—. Sabes perfectamente a qué me refiero. El viernes. Nueva York. Tu desaparición. Habla.

—Mi hermano también guarda secretos, Maddox. Pregúntale a él dónde se mete cuando cree que nadie mira.

—No me importan las sombras de tu hermano —su voz salió como un siseo—. Me importan las tuyas. No voy a dejar que juegues conmigo mientras me juras lealtad.

—¿Esto sigue siendo por la mafia? —me acerqué a su oído, dejando que mi aliento rozara su piel, desafiándola—. ¿O la excusa de Draghi te viene perfecta para desquitar tu rabia de niña malcriada porque no te respondí un mensaje?

—Te detesto —dijo entre dientes, con la respiración entrecortada.

En ese momento lo supe. Estaba en el límite. Su dedo estaba a un gramo de presión de ejecutarme. Y, joder, nunca me había parecido tan hermosa como en ese momento, con el poder de mi vida y mi muerte entre sus manos.

—No, Maddox. No me detestas —le guiñé un ojo, bajando la voz a un susurro oscuro—. Lo que detestas es que, incluso con una pistola en el pecho, sigo siendo el único que puede hacer que te tiemblen las piernas.

—¿Algún día dejarás de ser tan arrogante? —Dice entre dientes.

Le sonrío.

—Te fascina que sea así —susurro más cerca—. Eso es lo que te da miedo, ¿verdad? Que me perteneces más de lo que quieres admitir.

Ella negó con la cabeza, pero el cañón del arma bajó apenas un par de milímetros. La tensión en la habitación era tan espesa que casi podía saborearla.

—No tienes idea de lo que soy capaz —susurró ella.

Mierda. Estaba excitado. Estaba completamente empalmado y duro. Sé que ella podía sentirlo y mi excitación fue en aumento al pensar que ella lo sabe y está igual de deseosa que yo por arrancarme la ropa.

Pero sabía que no me dejaría hacer nada hasta que hablara, Maddox era demasiado inteligente.

—Está bien, princesa. Dejemos las armas de lado antes de que alguien salga herido —le sostuve la mirada, serio ahora—. ¿De verdad quieres saber dónde estuve en Nueva York?

CAPITULO 32
MAXIMO

el acero del arma dejó de hundirse en mi esternón. La presión disminuyó milímetro a milímetro mientras la lógica empezaba a ganarle la batalla a la furia en los ojos de Maddox. Pero no bajó la guardia; sus ojos me escanean buscando cualquier atisbo de duda que le dijera que mentía.

Pero no lo encontraría. No le estaba siendo completamente honesto pero en este mundo, la verdad completa es lo que te manda a una fosa común, y yo planeaba mantenernos a ambos respirando.

—Fue un accidente —dice despacio—. Dijeron...

—No creo nada de lo que dijeron.

Otra vez, el brillo en su mirada de desconfianza.

—Levi siempre dijo que fue un accidente —alcé ambas cejas— ¿Crees que tus padres fueron asesinados?

—En nuestro mundo, Maddox. ¿Es tan descabellada la posibilidad?

Vi cómo se mordía el labio inferior, procesando la grieta que acababa de abrir en su realidad. Lentamente, retiró la Mossberg de mi pecho y se giro para regresar a su mesa de noche. Escuché el eco del arma al ser guardada en el cajón y, por primera vez en diez minutos, mis pulmones se llenaron de aire de verdad. Mierda, Maddox me aterrorizaba a veces.

—No comprendo, Max —dice girándose para verme—. ¿Has hablado con Matthew de esto?

Allí estaba en problema principal: mi hermano era una maldita cripta.

—Matthew se cierra cada vez que pregunto…

—No fue fácil para él —me interrumpe y alzo una ceja—. Es decir, él estuvo en el accidente…

—Si, tampoco es fácil para mí. Son mis padres —le recuerdo y ella asiente. Me acerco otra vez y alza la vista hacia mí—. El viernes en Nueva York… recibí una llamada. Alguien que decía tener pruebas. Por eso me fui y no respondí.

Era una media verdad. Una manipulación necesaria para que dejara de verme como un traidor y empezara a verme como su único aliado. Funcionó. El cuerpo de Maddox se relajó, perdiendo esa rigidez de soldado, y se inclinó hacia mí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurró, cerca de mis labios. Toda la adrenalina de un momento atrás se desvaneció poco a poco y eso me hizo saber que su desconfianza hacia mí no se sostenía después de escucharme. Presioné los labios en una línea sin poder responder y ella asintió—. Porque no tienes nada concreto…

—Exacto…

—¿No te parece… extraño?

—Conozco la versión oficial —digo entre dientes—. Un accidente. Eso dijeron todos, eso es lo que siempre dicen, ¿cierto? —la veo tragar saliva—. Pero hay inconsistencias, Maddox.

—¿Intentaste hablar con Levi?

Hice una mueca. Esa era la segunda piedra en mi camino, el primer obstáculo parecía ser mi hermano.

—No es tan sencillo decirle al Don que tienes duda sobre la muerte de tus padres quienes eran sus mejores amigos…

—Podría pensar que estás insinuando que él está detrás del encubrimiento —le dediqué una sonrisa amarga. Esa era una de las principales razones—. Puede pensar que desconfías de él…

—Exacto —murmuré. Alargué la mano y atrapé la tira de su bata, tirando de ella hasta que nuestras respiraciones se mezclaron—. Su hija acaba de dudar de mí y amenazó con hacerme un hueco en el

cráneo.

Puso los ojos en blanco.

—Qué exagerado —murmuró divertida.

—Luego de Nueva York me queda claro no eres inofensiva, princesa.

—Eso fue diferente —se defendió y la sentí tensarse.

—Lo sé —dije entre dientes—. De haber estado en esa maldita cena habría sido yo quien lo dejara como un colador.

Ella sonrió de lado, una expresión que me prendió fuego a la sangre. Pasé mis dedos por su mejilla, bajando por su cuello hasta que mi pulgar presionó su pulso acelerado.

—¿Aun desconfía de este soldado, princesa?

Se enoje de hombros y siento un escalofrío recorrerme.

—No lo sé —confiesa y noto la honestidad en su voz—. Es difícil confiar en alguien que no conoces.

Llevo ambas manos a su rostro para obligarla a mirarme.

—Me conoces, Maddox. Me conoces mejor que nadie.

—No puedo conocerte a través de un expediente, Max —susurra.

Trago saliva.

—Entonces deja de decir que no somos nada cuando estamos juntos —pido—. Deja de fingir que esto es un juego.

—Pensé que tu querías lo mismo...

—Yo te quiero a ti.

La veo tragar saliva y siendo su pulso volverse loco.

—Sabes que no es sencillo...

—Déjame conocerte y te dejaré conocerme. Todo en mí.

—Max…

—Dame una oportunidad, Maddox —murmuré, mi mano subiendo por su muslo desnudo, la piel todavía caliente por la ducha—. Prometo dejar los juegos. Ser honesto…

—¿Completamente honesto?

—Siempre y cuando eso no te ponga en peligro, claro —murmuré.

No esperé a que respondiera. Reclamé sus labios con una urgencia que no tenía nada de romántica. Era hambre, pura y dura; la necesidad de marcar territorio tras haber estado a punto de perderlo todo frente a la punta de su pistola. Mis manos se enredaron en su pelo, todavía húmedo, tirando un poco hacia atrás para obligarla a abrirse a mí, mientras mi lengua invadía su boca como si estuviera tomando posesión de una ciudad conquistada.

La empujé hacia atrás sin romper el beso, guiándola hasta que sus piernas chocaron con el borde del colchón y se desplomó sobre la seda de las sábanas. Me deshice de mi camiseta en un movimiento frenético, lanzándola a algún rincón de la habitación y me puse sobre ella. Sentir el calor de su piel contra mi torso desnudo me hizo soltar un gruñido bajo, animal.

—Mírate —mascullé entre besos, bajando por su mandíbula hasta su cuello, donde su pulso martilleaba como un tambor de guerra—. Mírate, princesa.

Mis dedos, callosos y marcados por el entrenamiento, buscaron el nudo de su bata. No hubo delicadeza. Tiré con fuerza de la seda hasta que se deshizo y abrí la prenda, dejando que resbalara por sus hombros. La luz artificial de su lampara de noche bañaba su cuerpo, perfilando sus curvas, la firmeza de sus pechos y la suavidad de su abdomen. Era perfecta, una jodida obra de arte diseñada para mi perdición.

Pasé mis manos por sus costados, mis palmas quemando su piel, subiendo hasta rodear sus senos. Mis pulgares rozaron sus pezones, que se endurecieron al instante bajo mi tacto, y Maddox arqueó la

espalda, soltando un suspiro que se quebró en mi oído. Bajé una mano, recorriendo la línea de su cadera hasta llegar al interior de su muslo. Su piel ardía, estaba tan caliente y lista que el autocontrol se me escapó entre los dedos como arena. Me deshice del resto de mi ropa en segundos, mis ojos estaban fijos en los suyos, los veo nublados por el mismo deseo violento que me está destrozando por dentro.

Separé sus piernas con mis manos, acomodándome entre sus muslos mientras ella envolvía mi cintura, atrayéndome más cerca, como si buscara fundirse conmigo. Maddox me miró, desafiante incluso ahora, con los labios hinchados y el pelo desordenado contra la almohada. La miré fijo mientras extendía el látex por mi miembro duro e hinchado bajo su atenta mirada. Muerde su labio inferior y supe que esa imagen sería suficiente para correrme: sus senos tersos y redondos, sus labios rosados y sus ojos vidriosos por el placer.

Permanecí quieto un segundo, dándole la oportunidad de alejarme otra vez si quería hacerlo pero ella se limitó a asentir sin dejar de sonreír y yo no necesité más que eso para embestirla con tanta fuerza que ambos nos quedamos sin aire.

Maddox soltó un grito ahogado, su espalda se arquea violentamente mientras sus uñas se entierran en mis antebrazos. Silencié su grito con mi boca, devorándola de nuevo, absorbiendo su dolor y su placer como si fueran míos.

Porque eran míos.

A partir de esta noche Maddox era mía en todo sentido.

Mis manos bajaron hasta sus muñecas y las inmovilicé contra el colchón, anclándola a la cama, dominándola por completo. Cada embestida era un mensaje, una marca invisible: quería borrar cualquier duda de que, en este mundo, ella me pertenecía solo a mí.

CAPITULO 33
MAXIMO

el sonido estridente de una alarma perforó mi cerebro, arrancándome de un sueño profundo y pesado. Abrí los ojos de golpe, desorientado, con el instinto de soldado gritándome que algo andaba mal. Lo primero que sentí fue el calor. El cuerpo de Maddox estaba pegado al mío, una maraña de seda y piel suave que me devolvió los recuerdos de la noche anterior como una ráfaga de disparos.

Sonreí inconscientemente, sintiendo el peso de su cabeza en mi pecho. Yo seguía con los pantalones puestos, ella apenas cubierta por esa bata roja que ahora estaba arrugada y abierta. Entonces, la realidad me golpeó con la fuerza de un mazo: estábamos en la habitación de la hija del Don.

En la casa de Levi Salvatore.

Mierda.

Me incorporé con cuidado, sintiendo cada músculo de mi cuerpo en tensión. Si Levi había regresado durante la noche y se le había ocurrido pasar por la habitación de su princesa, ya no sería un soldado sino un cadáver decorando el jardín trasero.

Apagué la alarma del móvil de Maddox con dedos rápidos y me deslicé fuera de la cama. Mis pies descalzos no hicieron ruido sobre la alfombra mientras me acercaba a la puerta. La había cerrado con seguro anoche, gracias a Dios. Me asomé al pasillo a través de una rendija mínima. Silencio.

Estaba desierto. Al parecer, la suerte seguía de mi lado.

Un gruñido de protesta me obligó a volver a la cama. Maddox se estaba desperezando, estirando sus brazos por encima de su cabeza,

haciendo que la bata subiera peligrosamente por sus muslos. Estaba desnuda debajo de esa tela, y la sola imagen de cómo se sentía contra mí anoche hizo que mi mandíbula se tensara.

—Buenos días —murmuró con la voz ronca por el sueño, dedicándome una sonrisa que me hizo olvidar, por un segundo, que estábamos en zona peligrosa.

—Buenos días, princesa —respondí, inclinándome sobre ella.

No pude evitarlo. Deslicé mi lengua por su labio inferior, saboreándola, y ella respondió enredando sus manos en mi nuca, tirando de mí con una urgencia renovada. Su cuerpo se arqueó contra el mío, y solté un gemido bajo cuando sentí la fricción de su piel desnuda contra mis jeans.

—Maddox… tenemos que movernos —advertí, aunque mi mano ya estaba recorriendo la curva de su cadera.

—Buenos días —repitió en un jadeo cuando encontré sus labios bajos empapados.

—Buenos días —dije divertido y deslicé un dedo entre sus pliegues.

Se arqueo y hundió la cabeza en el colchón.

—Los mejores buenos días —susurré sobre la piel sensible de su cuello mientras la acariciaba con mi lengua y mis dedos jugaban en su entrada de forma peligrosa—. ¿Qué debo hacer para despertar contigo así más seguido, princesa?

—Dejar de desaparecer —jadeo y sonreí—. Y podrás disfrutar de esto todo lo que quieras...

—Maddox —gruño cuando sus fluidos empapan mis dedos.

—¿Qué hora es? —Susurra en mis labios.

Sus manos bajaron por mi pecho, delineando mis músculos hasta detenerse en la cinturilla de mis pantalones. Sus dedos se colaron un poco por debajo de la tela y sentí cómo mi autocontrol se incineraba.

—Es temprano —dije, mi voz ahora era un siseo áspero contra sus labios—. Demasiado temprano para que me hagas perder la cabeza de nuevo.

—Temprano… —repitió ella, rozando su nariz con la mía. Pero de repente, sus ojos se enfocaron y me empujó con una fuerza sorprendente—. ¡Mierda, Max! ¡La universidad!

La burbuja de placer estalló en mil pedazos. La vi saltar de la cama y correr hacia el armario, moviéndose con una eficiencia que me recordaba por qué era una Salvatore. Me quedé sentado en el borde del colchón, intentando que mi respiración volviera a la normalidad mientras observaba el espectáculo de su cuerpo moviéndose por la habitación. Se deshizo de la bata en un movimiento fluido y, por un instante, me quedé sin aliento al ver las marcas leves que mis manos habían dejado en su piel. Eran mías.

—¿Quieres que te lleve? —pregunté, tratando de sonar casual mientras luchaba contra la erección que amenazaba con romper mis pantalones—. Si vamos en mi Harley, llegarás en diez minutos.

—¿Lo harías? —Sus ojos brillaron con esa mezcla de alivio y desafío que tanto me gustaba.

—Por ti, haría cosas mucho peores que saltarme unos semáforos, rubia.

Quince minutos después, Maddox estaba lista. Se había puesto unos jeans sueltos y un suéter corto color cereza que le sentaba como un pecado. Llevaba las uñas rojas impecables y unos aretes a juego que destellaban con cada movimiento de su cabeza. El rojo era su color; el color de la sangre, del poder y de la advertencia.

—Te fascina el rojo, ¿no? —Comenté mientras terminaba de abrocharme las botas.

Ella se acercó a mí, que seguía sentado en la cama. En lugar de pasar de largo, me rodeó con sus piernas y se sentó sobre mi regazo, obligándome a sostenerla por la cintura. Sus manos se apoyaron en mis hombros y me miró desde arriba con una

superioridad deliciosa.

—Digamos que es mi marca de identidad —murmuró, inclinándose hasta que sus labios rozaron los míos.

—Debo admitir que me resulta jodidamente sexy —confesé, apretando mis dedos en su cintura, sintiendo el calor que emanaba de ella.

Maddox empezó a friccionarse contra mí, un movimiento lento y deliberado que me hizo soltar un jadeo ronco. Sabía exactamente lo que estaba haciendo; sabía que me tenía en la palma de su mano.

—Maddox, para. O voy a hacer que llegues muy tarde —amenacé, aunque mis manos ya estaban bajando hacia sus glúteos.

—Quizás valga la pena el castigo —respondió ella, atrapando mi labio inferior entre sus dientes y tirando con fuerza.

El dolor y el placer se mezclaron, enviando una descarga eléctrica directamente a mi entrepierna. Estaba a un segundo de tirarla de nuevo sobre el colchón y olvidarme de las clases, de Levi y de la misión. Estaba a punto de rendirme a ella por completo cuando una voz rompió la atmósfera.

—Tiene que ser un maldito chiste.

Nos congelamos. Maddox abrió los ojos de par en par, su rostro palideció en un segundo. Giramos la cabeza al unísono hacia la puerta.

Matthew estaba allí, con los brazos cruzados y una expresión que solo podía describir como la de un verdugo antes de soltar la guillotina.

CAPITULO 34
MADDOX

Mierda.

Había imaginado mil formas de ser descubierta, la mayoría involucrando la furia volcánica de mi padre, pero esto era peor. Ser descubierta por Matthew se sentía como una ejecución lenta. La forma en que sus ojos oscuros escaneaban la habitación, deteniéndose en nuestras ropas arrugadas y en la atmósfera cargada de sexo, me hizo sentir desnuda a pesar de estar cubierta.

Matthew no gritó. No le hacía falta gritar para darme miedo, a ninguno de los dos.

Por un segundo se limitó a quedarse allí, con la mandíbula tan apretada que temí que sus dientes se pulverizaran. Su presencia irradiaba una vibración gélida, un tipo de odio que no nacía de la sorpresa, sino de una traición profunda y visceral. Entonces, comenzó acercarse y me puse en alerta.

Me alejé de Max de inmediato, necesitando poner aire entre nosotros para poder pensar. Intenté acercarme a Matthew, pero cuando puse una mano en su pecho para frenar su avance, se tensó como si lo hubiera quemado con ácido.

—Dime que no es lo que creo —pidió. Su voz no era la suya; era un susurro roto, una súplica disfrazada de orden—. Dime que no has dejado que este animal te toque, Maddox.

Nunca lo había escuchado hablar así y jamás creí que se referiría a su hermano de esa manera.

—Matthew... —Empecé, pero la voz me falló.

—No creo que le debamos explicaciones a nadie, y mucho menos a ti —la voz de Max llegó desde atrás, cargada de esa arrogancia suicida que le salía tan natural.

Me giré, lanzándole una mirada de advertencia.

Cállate, Max. Por el amor de Dios, cállate. Pero él no cedió. Se puso a mi lado, reclamando su espacio, reclamándome a mí frente a su hermano.

—¿No dijiste que nos encargaríamos de tu padre cuando llegara el momento? —Max me miró de reojo, desafiante—. Es básicamente lo mismo. Aquí tienes el momento, rubia. Dile la verdad.

Matthew soltó una risa seca, un sonido carente de humor que me erizó el vello de la nuca. Alzó una ceja, mirando a su hermano como si fuera un insecto bajo un microscopio.

—¿Hace cuánto que... esto ocurre? —La palabra «esto» salió de su boca impregnada de asco.

—No tenemos por qué darte cuentas —repitió Max, dando un paso al frente, interponiéndose entre nosotros.

Matthew ignoró a su hermano por completo. Su mirada volvió a mí, y lo que vi allí me dejó sin aliento. Había una súplica silenciosa, una agonía que no lograba descifrar. Me miraba como si estuviera viendo a alguien suicidarse en cámara lenta.

—Maddox, dime que no estás con él.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero sí, estamos juntos, llevamos saliendo desde hace semanas.

Presioné los ojos intentando evitar su mirada y controlándome para no girarme y enfrentar a Max. No era justo que se pusiera en esa posición frente a su hermano, solo para demostrar un punto, porque un par de horas atrás esto no era más que un juego. Ahora habla como si fuera suya, como si le perteneciera y yo no tenía voz ni voto.

«Te mira como si quisiera poseerte», las palabras de Lucchese hacen eco en mi mente.

—No es a ti a quién le pregunté, quiero escucharla a ella —dijo entre dientes.

—¿Por qué? ¿Acaso no me crees…?

—¡Basta! —Me giré para ver a Max y se calló de inmediato, presionó los labios y apartó la vista nervioso, se dio cuenta lo mucho que me estaba molestando—. Es cierto —murmuré mientras volvía a ver a Matthew—. Esto sucede desde hace un par de semanas, estamos… juntos.

—¿Y no se te ocurrió decirme?

Lo miré entornando los ojos con desconfianza.

—¿Te lo ibas a tomar bien?

—¡Por supuesto que no! —Explotó y clavó la vista en Max—. Tu trabajo aquí es cuidarla, seguir sus órdenes y las de Levi. No seducirla para llevarla a la cama.

Algo se contrajo en mi pecho.

—N-no es así, Matthew. Por Dios, no se trata de eso… —aguarde a que Max dijera algo pero al ver que seguía en silencio tomé una bocanada de aire antes de continuar—. No me sedujo de ninguna forma, simplemente… sucedió.

—¿Cómo puedes decir eso? —Dijo Max entre dientes—. Sucedió porque me importa ¿Cómo puedes pensar que quiero utilizarla?

Su hermano lo miró con desdén y luego volvió a verme a mí. Mis pulmones se vaciaron en un segundo.

—¿De verdad lo crees? —trago saliva al escuchar su voz— ¿Crees que tiene la menor idea de lo que significa esa palabra?

—Te estás pasando, Matthew —dice Max entre dientes.

Matthew se acercó un paso más, invadiendo mi espacio personal hasta que Max tuvo que ponerse rígido para no empujarlo.

—Te conozco, hermano —siseó Matthew—. Sé lo que pasa por esa

cabeza tuya. Te obsesionas con lo que no puedes tener hasta que lo rompes. —Se giró hacia mí—. Cuando Levi se entere...

—Levi no se va a enterar —sentencié, recuperando mi máscara de Salvatore—. Estamos a días de una misión crítica. No voy a permitir que esto se convierta en una distracción. Así que no dirás ni una palabra.

—No funciona así, Maddox. Mi lealtad es con tu padre.

—Tu lealtad es hacia mí —le recordé, clavando mis ojos en los suyos—. Ustedes dos son mis soldados. Ustedes siguen mis órdenes. Y mi orden es que esto no ha sucedido. ¿Ha quedado claro?

El silencio que siguió fue asfixiante. Matthew apretó los labios, su mirada saltó de mí a Max con un desprecio que dolía.

—Vete —le ordenó a su hermano sin mirarlo—. Yo la llevaré a la universidad. Ahora mismo, si sigo viéndote, voy a terminar lo que empezamos de niños y te voy a dejar en el suelo. Largo.

Max se tensó, pero al ver mi expresión supo que no era momento de hacerme elegir entre ambos, asintió con una mueca de rabia. Antes de salir, se acercó a mí y me dejó un beso rápido, posesivo, cerca de la oreja. Fue una declaración de guerra dirigida a Matthew. Luego, salió de la habitación como un huracán.

Me quedé a solas con Matthew y la vergüenza empezó a trepar por mi garganta. Me sentía pequeña y sucia bajo su escrutinio.

—Te espero abajo —dijo él, dándose la vuelta. Su voz era puro hielo.

—¡Espera! —Lo agarré del brazo, obligándolo a detenerse—. ¿Por qué te comportas así? Parece que te han robado algo que es tuyo. No soy tu propiedad, Matthew. No puedes decidir con quién me acuesto.

Matthew se giró con tal velocidad que solté su brazo por instinto. Se cernió sobre mí, su altura eclipsándome, su perfume a madera y peligro me envuelve.

—Te estás confundiendo de hermano, Maddox —dijo con una intensidad que me hizo retroceder hasta chocar con la pared—. Yo no creo que seas mi propiedad. Lo que quiero es que no seas la suya. ¿No lo entiendes? No puedes estar con él.

—¿Por qué? ¿Cuál es el maldito problema?

—¡Porque está por debajo de ti en todos los sentidos! —Explotó—. No es solo jerarquía, es integridad. Él trabaja para tu padre. Es un soldado. Al meterlo en tu cama, estás manchando el apellido Salvatore de una forma que no tiene vuelta atrás. ¿Por qué lo haces?

Tragué saliva y dudé en hablar.

—Solo… sucedió —murmuré—. Es bueno, me trata bien…

Dejé de hablar en cuanto escuché una risa sarcástica.

—¿Te trata bien? ¿Te dice cosas bonitas mientras te folla…?

—Eres un imbécil —sentí mis ojos llenarse de lágrimas.

—No deberías estar con alguien solo porque te trata bien. Eso es el mínimo que mereces, no un premio.

—¿Es tan descabellado pensar que alguien podría quererme? —lo veo tragar saliva— ¿Nadie puede querer a la hija de Levi Salvatore? ¿Nadie puede querer cuidarla…?

—¿Eso es lo que crees? —Dice en voz baja y de una forma que no acabo de comprender—. Maddox, ¿todo esto es para demostrar algo?

—¡No! —Me apresuro a decir—. Sólo...

—Conozco a mi hermano, Maddox. Sé que no para hasta conseguir lo que tiene entre ceja y ceja. Es impulsivo y egoísta —se acerca hasta que nuestras narices están a centímetros—. Ahora mismo, tú eres su juguete nuevo, su forma de demostrar que puede tener lo que quiera, incluso a la hija del Don.

—Eres un idiota —murmuré, sintiendo que las lágrimas de rabia empezaban a escocerme—. Solo dices esto porque estás enojado…

—Estoy furioso, Maddox —me interrumpió.

Matthew se alejó, dedicándome una mirada tan cargada de decepción que dolió más que cualquier grito de mi padre. Pero antes de abandonar la habitación se detuvo.

—Ni siquiera puedo mirarte ahora mismo sin ver la ruina que estás construyendo.

Salió de mi habitación sin mirar atrás y una lágrima resbaló por mi mejilla.

Me encerré en el baño hasta que sentí que estaba lo suficientemente estable para salir al mundo exterior. Para cuando bajé al primer piso no encontré a Matthew y en parte lo agradecí, no sabría como podríamos atravesar la grieta que se abrió entre nosotros.

O cómo podríamos reconstruirla.

Las clases fueron un borrón. Mi mente saltaba de la expresión de furia de Matthew a la posesividad de Max, y de ahí al peso de la corona que Levi me estaba obligando a llevar. Me sentía como una traidora: le mentía a Matthew, a mi padre, a Penny.

Siempre fuiste una mentirosa, Maddox.

Caminaba por el pasillo central de la facultad, absorta en el vacío que sentía en el pecho, cuando choqué de frente contra un muro de músculos. El impacto me hizo tambalear, pero una mano firme atrapó mi brazo antes de que tocara el suelo.

—Maddox, ¿estás bien?

Tragué saliva.

CAPITULO 35
MADDOX

Me compuse de inmediato, estableciendo distancia pero dedicándole una sonrisa forzada.

—Estoy bien —murmuré—. Gracias por evitar que me estrelle con el suelo.

Luc me dedicó una sonrisa relajada mientras metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—No hay de qué —se encogió de hombros—. ¿Cómo has estado? No nos hemos visto desde la fiesta en mi casa.

Recordé la fiesta. Recordé a Max apareciendo como un huracán de celos y posesión, y cómo después de eso, el mundo se había vuelto un caos. Matthew me había advertido que la casa de Luc no estaba en territorio seguro, y eso había plantado una semilla de desconfianza en mí que no había dejado de crecer. En la universidad, evitaba a Luc como si fuera una enfermedad.

—He estado... ocupada —respondí vagamente. El pasillo comenzó a llenarse de estudiantes y el ruido ambiental me dio una extraña sensación de protección—. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

—Bien, ocupado con los exámenes, ya sabes —se encogió de hombros. Intenté improvisar cualquier excusa para alejarme pero sus palabras me retuvieron—. He intentado contactarte. Penny se niega a darme tu número y le pedí a Max que te avisara que quería hablar contigo, pero veo que no se ha molestado en decírtelo.

Sentí un pinchazo de alerta en la base de la nuca. ¿Hablaba con Max? ¿Cómo se conocían? ¿Desde cuándo tenían contacto? O, mejor dicho, ¿por qué jamás lo mencionó?

—Solo quería disculparme —continuó Luc con voz suave—. Si te incomodé en la fiesta... no fue mi intención.

Su sonrisa parecía sincera, casi inocente, pero en este mundo la inocencia es una máscara que los depredadores usan para acercarse a su presa. Antes de que pudiera responder, un estudiante que corría distraído chocó de lleno contra el hombro derecho de Luc.

Luc soltó una maldición ahogada y se encogió, una mueca de dolor puro pareció deformar sus facciones. El chico se disculpó y siguió de largo, pero Luc se quedó allí, sujetándose el brazo con la cara pálida.

—¿Estás bien? —Me acerqué, con mi instinto gritando—. No fue un golpe tan fuerte.

—Sí... no es nada —masculló entre dientes, intentando mover el hombro.

Pero entonces lo vi. Sobre su sudadera gris oscura, un círculo de humedad empezó a extenderse. Trago saliva. Era una mancha bordo, oscura y espesa, que brotaba de una herida que claramente se había vuelto a abrir.

—¡Mierda, Luc! Estás sangrando —dije, estirando la mano para tocarlo, pero él retrocedió bruscamente— ¿Estás bien? ¿Te acompaño a enfermería…?

—No te preocupes, solo es una herida pero nada grave —dijo con rapidez, noté un temblor en su voz mientras hablaba y lo vi nervioso —. Un accidente en el gimnasio, ya sabes.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—¿Seguro estás bien?

—Si, no te preocupes —forzó una sonrisa nerviosa—. En fin, debo irme. Pero me alegra haberte visto. Adiós, Maddox.

—Si, claro… Adiós…

Se dio la vuelta y se perdió entre la multitud antes de que pudiera decir una sola palabra. Un accidente de gimnasio no te deja un agujero que sangra así. En mi cabeza empezó a formarse un rompecabezas que parecía no tener sentido pero no pintaba nada

bien.

—¿Estás bien?

Un beso fugaz en mis labios me sacó de mi estupor. Max estaba allí, sonriendo con calma, como si lo de esta mañana no hubiera sucedido. Seguí la trayectoria de Luc con la mirada y luego volví a Max.

—¿Conoces a Luc? —le solté, sin preámbulos.

Max arqueó una ceja, su expresión cambió a una de confusión que parecía perfectamente ensayada.

—¿Luc?

—El compañero de Penny... el de la fiesta.

—Ah, ese idiota —soltó una risa seca y se encogió de hombros—. Lo he visto un par de veces por aquí, pero jamás he cruzado palabra con él. ¿Por qué lo preguntas?

Sentí un escalofrío. Mentiroso.

—¿Cómo supiste que yo estaba en su casa esa noche? —le pregunté, clavando mis ojos en los suyos—. No se lo dije a nadie, solo a mi padre.

Max sonrió de esa forma traviesa que solía desarmarme, pero ahora solo me hacía desconfiar más.

—Sabía que estarías allí, princesa. Te conozco.

No. No era suficiente. Algo no cuadraba.

Pero no tenía tiempo para dudar, así que forcé una sonrisa de comprensión.

—Hey —murmuró acercando su mano a mi mejilla y dejando una suave caricia— ¿Estás bien? Fue una mañana… agitada.

—Vaya que lo fue —murmuré mientras asentía.

—Sé que Matthew puede ser…

—¿Complicado?

Hizo una mueca.

—Iba a decir un completo imbécil, pero sí. Complicado es otra palabra que va con él.

Asentí.

—¿Te acompaño a clases?

Una idea surgió en mi mente de repente y me acerqué para rozar nuestros labios en un beso fugaz.

—Quedé con Penny para vernos, acabo de recordarlo —mentí—. Te escribo más tarde, ¿de acuerdo?

No espere a su respuesta, salí de la universidad en dirección al gimnasio donde solía entrenar dos veces a la semana. Hoy no tenía que ir pero sabía a quién me encontraría allí y en estos momentos era el único que podía ayudarme de forma discreta.

Encontré a Will haciendo… lagartijas.

De todas las cosas que alguien podría hacer, de todas las máquinas que alguien podría usar en uno de los gimnasios mejor equipados de Chicago, Will hacía lagartijas.

Tenía sentido, Will no era un soldado de campo; era el cerebro. El tipo que podía rastrear una señal de satélite en medio de una tormenta y hackear el Pentágono si se lo proponía. Me quedé allí, observándolo, hasta que terminó y se levantó con un movimiento ágil, noté la tensión de sus bíceps y cómo estos se flexionaban. Era bueno con la informática pero estaba en forma. Se secó el sudor y bebió agua antes de mirarme.

—Su alteza... ¿A qué debo el honor? —Dijo con ironía.

—Ahórrate el sarcasmo, Will. Necesito tu ayuda.

Él dejó la botella y se sentó frente a su portátil. Estaba en una sala alejada del ring de boxeo y los demás equipos del lugar.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

Trago saliva.

—Lo primero que necesito es pedirte discreción... —Lo veo rodar los ojos—. ¿Qué demonios fue eso?

—Tardas demasiado —ahora soy yo quien pone los ojos en blanco —. Dime que necesitas o vete, debo trabajar de verdad.

Alcé una ceja.

—¿Así le hablas a la hija del Don?

—Algo me dice que no te gusta que te traten de princesa —se encogió de hombros y asentí—. ¿Qué necesitas?

—Hay un chico...

—Creí que salías con Max.

Abro los ojos como platos.

—¿Cómo demonios...? —Asiento—. Jace.

—Sí, los chismes vuelan con él.

Por eso se lleva bien con Penny, pensé.

—En fin —repuse—. Necesito conseguir información. Se llama Luc. Compañero de la universidad de mi amiga Penny —comienzo a darle información y él asiente mientras se coloca frente a su ordenador y comienza a teclear, le entrego mi móvil con la información que conseguí—. Creo que está involucrado en... cosas.

Will deja de teclear y me mira con una ceja alzada.

—¿Cosas?

Trago saliva y dudo, es solo una suposición, mi instinto dándome una alerta pero no puedo no escucharlo.

—Creo que es el intruso —digo en un susurro y no hace falta decir más porque él sabe a qué me refiero—. Creo que... no lo sé, es solo

una suposición.

—Maddox —me advierte Will—. Pedirme que investigue a alguien por solo una suposición no es normal. Si sabes más lo que me dices...

Me mordí el labio inferior. Quizás me equivocaba pero lo dudaba. Había hecho una búsqueda rápida en Internet y supe que las heridas de bala, cuando no son bien tratadas, pueden demorar hasta tres semanas en cicatrizar.

—Es difícil de explicar pero hoy lo vi y me pareció notar que tenía una herida, sé que puede sonar descabellado —suspiré—. Pero en Internet dicen que si no se tratan de forma adecuada puede tardar hasta tres semanas en cicatrizar…

—Lo que cuadra perfectamente con la noche del ataque —murmuró Will más para sí mismo.

Asentí con un nudo en la garganta.

—Sé a dónde disparé. No soy idiota.

—No lo pondría en duda, Maddox —dudó antes de volver a verme —. Pero si tus sospechas son ciertas puedes estar en peligro al relacionarte con él.

—Lo sé. Por eso necesito que investigues.

No mencioné que Luc había insinuado que conocía a Max y que este lo había negado cuando le pregunté, no lo creí relevante.

Escuché como dejaba escapar una risa por lo bajo y lo miré.

—¿Qué?

—Me recuerdas a tu padre y su instinto.

Sonreí un poco triste, aún no habíamos hablado luego del viaje a Nueva York y entre nosotros todo estaba un poco tenso, incómodo. Cuando yo llegaba a casa, él desaparecía, tenía una salida de última hora o se encerraba en su despacho, me dejó a cargo de la reunión del miércoles y no apareció para hablar.

—¿Alguna vez se equivoca?

Will negó mientras tecleaba con agilidad en su ordenador.

—Por eso dudo que tú puedas equivocarte —no supe si sentirme bien o peor de lo que ya me encontraba, porque de no equivocarme entonces tenía razón y había dejado que se acerque a mi alguien de que podía ser peligroso—. De acuerdo, déjalo en mis manos ¿sí? Yo me encargaré de investigar y no diré nada —sonreí satisfecha—, por ahora.

Dejé de sonreír.

—¿A qué te refieres?

—Si tus sospechas son ciertas Maddox, quiere decir que estás en peligro. Y no podré guardarme información que comprometa tu seguridad, ¿de acuerdo? —Asentí, tenía razón y no esperaba que hiciera lo contrario—. Y gracias.

Lo miré sin comprender.

—¿Por qué me das las gracias?

Encogió los hombros sin apartar la vista de la pantalla.

—Por confiar en mí para esto.

Sonreí mientras me dirigía a la puerta.

—Eres el cerebro, ¿cierto? —Le recuerdo—. Pocas cosas no podrías lograr, a excepción de lo que sucedió con mi móvil pero a cualquiera le pasa, ¿verdad? —no respondió, apartó la vista nervioso y me detuve al notar su mirada—. Will, ¿qué escondes?

Coloqué mis manos en mis caderas.

—Nada —masculló.

—Will…

—Maddox, déjalo, no tiene sentido…

—Dime —me acerqué a él con rapidez y crucé los brazos a la

altura de mi pecho—. Dilo, ahora. Lo ordeno como tu jefa.

Me fulminó con la mirada y alcé la cabeza, él suspiró antes de hablar.

—Nadie hackeó tu móvil.

—¿Qué?

Lo pensó unos segundos más antes de estar seguro de hablar.

—No hubo un hackeo externo —dijo simplemente—. Alguien entró en tu agenda y lo modificó desde un dispositivo que tenía permiso de administrador. Como si tú le hubieras dado las llaves de tu casa.

Negué con la cabeza, podía sentir mi corazón empezando a latir con una fuerza dolorosa.

—Yo no le di acceso a nadie.

Will asiente.

—Lo sé, por eso no le di más importancia —se encoje de hombros —. Podría tratarse simplemente de un error.

En mi mente, otra vez el mismo rompecabezas comienza a armarse y no puedo comprender todo lo que sucede. Siento que me faltan piezas, como si alguien estuviera jugando conmigo en las sombras quitándome las piezas que me faltan para ver el panorama completo. Cuando siento que estoy cerca de comprenderlo, alguien revuelve las piezas y vuelvo a confundirme. Escucho las teclas del ordenador de Will y vuelvo a la realidad, parece enfrascado en la tarea que le di pero entonces algo hace clic en mi cabeza.

—¿Quién? —me observó confundido—. Dijiste que parecía que yo le di acceso a alguien para ingresar a mi móvil, ¿A quién le di acceso?

Presionó los labios en una fina línea y noté como dudaba antes de hablar.

—Máximo —dijo entre dientes.

No podía ser cierto, tenía que haber un error.

—Pero…

—Maddox, cálmate —dijo despacio al ver que estaba entrando en pánico—. Puedo equivocarme, esto no es una ciencia exacta. O quizás, alguien pudo tener la intención de incriminarlo. Eso también es posible.

Tragué saliva. Quería creerle, de verdad que sí, pero habían pasado muchas cosas y no estaba segura de nada.

Otra vez las palabras de Luc y la forma que en Max negó conocerlo aparecen en mi mente.

—¿Tú lo crees?

Will se muerde el labio inferior y suspira.

—Lo único que sé con seguridad es que Max no es tan idiota como para traicionar a tu padre, como para traicionarte a ti —suspira —. Y de serlo, no dejaría huellas, ¿no crees?

Asentí.

Pero no sabía qué creer. No sabía qué pensar.

—Deja que me encargue de esto y te estaré informando que encuentro, ¿sí?

Volví a asentir.

Salí del gimnasio con un nudo alojándose en mi garganta impidiendo que el aire llegue a mis pulmones.

CAPITULO 36
MADDOX

existen venenos que se filtran en la sangre tan lentamente que terminas confundiéndolos con la vida misma. Para mí, ese veneno siempre ha sido la adrenalina.

Cuando los nervios empezaban a carcomerme por dentro, solía buscar el castigo físico.

Me gustaba ir al gimnasio de Bruce, donde el olor a cuero viejo y sudor era lo único que llenaba mis sentidos mientras golpeaba las bolsas de boxeo hasta que mis nudillos sangraban.

Otras veces, corría por la orilla del Lago Michigan hasta que mis pulmones ardían y el aire gélido de Chicago se sentía como cuchillas en mi garganta.

Pero mi verdadero refugio, el más oscuro quizás, siempre había sido la galería de tiro.

Tenía doce años cuando entré por primera vez. Recuerdo el peso frío y autoritario de mi primera arma sobre mis manos pequeñas: una Mossberg. Mi padre me la entregó como quien entrega una herencia sagrada. Era liviana, letal y fácil de ocultar. Durante años, Levi no me permitió llevarla conmigo; decía que los guardias eran mi sombra y mi escudo. Pero cuando la universidad y las fiestas con Penny se volvieron mi realidad, la Mossberg pasó a ser un habitante permanente de mi bolso de fiesta.

Y por supuesto, mi compañía para dormir ya que la guardaba bajo el colchón.

Crucé el umbral de la galería y el aire, saturado de azufre y metal, me envolvió como una mortaja. Cerré los ojos, inhalando profundamente. El aroma de la pólvora quemada era mi perfume favorito. En cuanto el frío del lugar lamió la piel de mis brazos

desnudos, un escalofrío me recorrió la columna.

Para cualquier otra chica de mi edad, este lugar sería una pesadilla. Para una Salvatore, era lo más parecido a un hogar. A veces, sentía que este sótano de concreto tenía más alma que la opulenta mansión de mi padre.

Cuando era niña, Levi llamaba a Sergi —el administrador de mirada turbia y pocas palabras— y el lugar se vaciaba por completo. Solo nosotros dos. Los Salvatore teníamos instalaciones privadas en la empresa familiar, pero mi padre prefería traerme aquí. Su estrategia siempre fue convertirme en un fantasma, en su arma más letal y mejor guardada. Un secreto que nadie, ni siquiera el soldado más fiel, podía conocer.

«Los hombres se quiebran bajo la tortura; los secretos mueren con los que no existen.»

Eso era lo que Levi solía decir. Por eso, hasta hace unos meses, Matthew era el único que sabía quién era yo realmente.

A los diecisiete, robé el número de Sergi del teléfono de mi padre y empecé a venir sola. Aquí podía dejar de ser la princesa o la heredera. Aquí no era un instrumento. Aquí, el peso sobre mis hombros se desvanecía con cada casquillo que caía al suelo.

Había pasado un tiempo desde la última vez y necesitaba con urgencia estar sola en la galería. Faltaba un día para la misión.

Mi primera misión al mando. La responsabilidad me apretaba el pecho como un corsé de hierro. Y el silencio de mi padre no ayudaba. Desde Nueva York, Levi se había convertido en una sombra distante. Cada vez que entraba a una habitación, él salía. Evitaba mis ojos como si temiera encontrar un reflejo que no le gustara. Había un muro de hormigón entre nosotros, y yo no sabía si al otro lado me esperaba el Don furioso o el padre decepcionado.

Me coloqué las gafas de seguridad y los protectores auditivos. El silencio repentino se sintió antinatural, sordo. Sostuve la pistola que

había alquilado en el mostrador; me negaba a tocar mi Mossberg. Desde aquella noche en el hotel, no podía verla sin sentir náuseas.

Había arrebatado una vida con esa pistola que solía llevar en mi bolso a un lado del lápiz labial rojo que tanto me gustaba.

Alcé los brazos, encuadré la mira con la silueta de papel frente a mí y puse el dedo en el gatillo.

Nada.

Mis músculos se convirtieron en piedra. El dedo me pesaba una tonelada. Intenté quitar el seguro, pero mis manos empezaron a temblar con una violencia que me asustó.

—Dispara —me ordené a mí misma en un susurro que nadie pudo oír.

De repente, el mundo empezó a encogerse.

Lo primero que sentí fue el latido de mi corazón ser completamente diferente a lo que era normalmente. Era un animal salvaje atrapado en mi caja torácica, arañando mis costillas para salir. El oxígeno desapareció de la sala. Intenté inhalar, pero mis pulmones se sentían como si estuvieran llenos de cemento fresco.

El aire se queda atascado en mi garganta seca.

Mis ojos se llenan de lágrimas calientes que nublan mi visión. La silueta de papel frente a mí ya no era un trozo de cartón. Por un segundo, vi el rostro del hombre de Nueva York. Vi el destello de la bala impactando en su cráneo. Vi el rojo salpicando el papel blanco.

La última vez que disparé, le arrebaté la vida a alguien. Fue fácil. Fue rápido. Y esa facilidad era lo que más me aterraba.

Dejé caer los brazos, el arma golpeó la mesa con un estrépito metálico que me hizo saltar. Me arranqué los protectores auditivos y las gafas, sintiendo que me asfixiaba. El temblor de mis manos era incontrolable, una vibración eléctrica que recorría cada nervio de mi cuerpo.

Apoyé las manos en el mostrador, tratando de encontrar un ancla, pero el suelo parecía moverse bajo mis pies. La luz de los fluorescentes se volvió demasiado brillante, demasiado agresiva. Sentía un sudor frío perlando mi frente mientras mi mente giraba en espiral.

Se lo merecía, me repetí una y otra vez. Era él o yo. El mundo es mejor sin tipos como él.

Pero, ¿qué hay de mí? ¿Qué queda de Maddox después de cruzar esa línea? ¿Soy una heroína o simplemente otra asesina con un apellido prestigioso? ¿Soy mejor que ellos solo porque mi padre es el dueño de la ciudad?

Cerré los ojos, tratando de controlar mi respiración, pero en la oscuridad de mis párpados solo vi pólvora y sangre. Y lo peor de todo es que, en el fondo, sabía que debía hacerlo. Si heredaría Draghi esa sería mi normalidad.

Intenté controlar mi respiración pero se volvía caótica con cada segundo que pasaba, mi cuerpo era víctima de espasmos y temblores, sentía que podía caer el piso en cualquier momento.

—Cálmate.

El susurro llegó desde las sombras a mi espalda, cortando la estática de mi mente como un rayo de luz en un sótano oscuro.

El mundo, que hace un segundo giraba fuera de control, pareció detenerse en seco.

—Estás bien, Maddox. Nadie puede hacerte daño aquí. No lo permitiré.

Reconocería esa voz en medio de un tiroteo. Era una cadencia suave, pero cargada de una seguridad absoluta que me obligó a soltar el aire que tenía retenido.

—Estás teniendo un ataque de pánico y es normal —continuó él.

Su voz era una caricia física que recorría mis brazos, mi cuello y mi espalda, aunque no me estaba tocando. Mantenía la distancia exacta para no asfixiarme, pero su presencia me rodeaba como un escudo —. No estás sola. Es solo tu cabeza intentando protegerte de un recuerdo. Déjalo ir.

De pronto, la marea descontrolada de mis pensamientos se aquietó. Los latidos de mi corazón, que antes eran golpes erráticos contra mis costillas, empezaron a ralentizarse bajo el hechizo de su voz.

—Eso es... —Murmuró Max, y pude sentir el calor de su aliento cerca de mi oreja—. Lo estás logrando. Llena tus pulmones de aire, siente cómo se expanden... y ahora déjalo salir despacio.

Hice exactamente lo que me ordenaba. Mis pulmones, que antes se sentían como si estuvieran llenos de plomo, finalmente cedieron.

—Perfecto. Lo estás haciendo increíble, princesa. —Mi labio inferior tembló. Nunca lo había escuchado así; su voz era dulce, cálida, un bálsamo que borraba por un momento la brutalidad de nuestro mundo—. Nadie va a tocarte. Estás conmigo.

Tragué saliva, sintiendo cómo mis sospechas, las advertencias de Will y las mentiras se disolvían ante esa promesa. En ese instante, necesitaba creerle. Necesitaba que él fuera la verdad en medio de tantas mentiras.

Inhalé y exhalé hasta que el temblor de mis manos desapareció y el frío sudor de mi frente se secó. Volvía a ser yo.

—¿Cómo lo sabías? —Pregunté. Mi voz salió rota, estrangulada por las lágrimas que amenazaban con volver a brotar.

—Porque viví algo parecido —su tono se volvió sombrío—. La última vez que vi a mis padres en el hospital, antes de que el monitor se quedara en silencio... sentí que el techo se me caía encima. Sé cómo se siente perder el suelo bajo los pies, Maddox.

Me giré y me encontré con sus ojos oscuros. No había rastro del

Max bromista o arrogante; solo había una devoción cruda y una vulnerabilidad que me desarmó. No lo pensé. Me lancé a sus brazos, buscando desesperadamente su calor.

Él tardó un segundo en reaccionar, como si mi arrebato lo hubiera sorprendido, pero luego sus brazos me rodearon con una fuerza que me hizo sentir pequeña y protegida. Enterré el rostro en su camiseta negra, aspirando su aroma mientras escuchaba cómo su propio corazón se aceleraba contra mi mejilla.

—Gracias —murmuré contra la tela—. Gracias, de verdad. No sabía qué hacer, yo...

—Es normal —me interrumpió, sus manos acarician mi espalda con una suavidad que me hizo estremecer. Su cuerpo se sentía como granito bajo mis dedos— ¿Estabas pensando en Nueva York, cierto?

Me separé lo justo para mirarlo, aunque él no me soltó. Sus manos seguían ancladas a mi cintura.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros con una sonrisa triste que me encogió el alma.

—Me aventuraría a decir que fue la primera vez que...

—¿Que le vuelo los sesos a alguien? —completé con amargura.

Hizo una mueca.

—Iba a decir que fue la primera vez que disparaste con la intención de matar —sus manos se clavaron con un poco de fuerza en mi cintura—. Esa noche, cuando se metieron en tu casa... —Sentí un chispazo de alerta ante la mención del ataque, pero Max no flaqueó—. Vi la lucha en tus ojos, Maddox. Sé que no querías ser el monstruo.

—Pero debí serlo —dije con una dureza que no sentía—. Levi lo habría hecho sin pestañear. Él espera que yo sea como él.

Un músculo en la mandíbula de Max se tensó y sus ojos se

oscurecieron con una chispa de rebelión.

—Tú no eres tu padre —sentenció, y sus palabras vibraron en mi pecho como una campana—. No eres él, y por todos los demonios, Maddox, no deberías intentar serlo. No dejes que este negocio te arranque el alma antes de que empieces a vivir.

Algo se rompió dentro de mí. Quizás la dulzura en su voz, la forma en que me miraba como si fuera lo más valioso que existía en un mundo lleno de cenizas o simplemente la necesidad de sentirme humana pero me lancé a sus labios con una desesperación que me quemaba las entrañas.

Lo besé con hambre, reclamando su boca con mis dientes, buscando una prueba de que seguía viva, de que seguía siendo humana. Max dejó escapar un gruñido ronco, un sonido puramente animal y sus manos bajaron a mis muslos para alzarme de un tirón. Rodeé su cintura con mis piernas, mis dedos se enredan en su cabello mientras él me sienta sobre la mesa de madera de la galería.

Me mantuvo pegada a su cuerpo, siento su dureza presionando contra mí, recordándome que él era real, que estaba allí. Devoró mis labios con una devoción feroz, como si yo fuera el tesoro que finalmente había logrado conquistar. Sus manos, grandes y posesivas, se hundieron en mis caderas, marcando su territorio mientras su lengua bailaba con la mía en un ritmo caótico y perfecto.

La urgencia salvaje dio paso a una lentitud agonizante, casi reverente. Max me besaba con una suavidad que me dolía en el pecho, trazando el contorno de mis labios con una paciencia infinita, como si quisiera grabarse mi sabor a fuego en la memoria, como si necesitara memorizar cada curva de mi boca para sobrevivir a lo que vendría después.

Se alejó apenas unos centímetros, lo justo para que el aire frío de la sala de tiro se colara entre nosotros, recordándome dónde estábamos. Abrí los ojos con esfuerzo, sintiendo los párpados pesados y me encontré con su mirada. Sus ojos oscuros brillaban

con una intensidad eléctrica, una mezcla de triunfo y una vulnerabilidad que rara vez dejaba escapar.

Apoyó su frente contra la mía, y durante un segundo, el único sonido en la galería fue nuestra respiración agitada compitiendo por el mismo oxígeno.

Entonces, lo escuché. Una risa baja, ronca y cargada de una emoción que me hizo vibrar hasta la médula, vibró contra mis labios.

—Eres increíble —murmuró.

Sonreí y mordí mi labio inferior. Era extraño compartir cosas así con Max, normalmente nuestras citas eran en su piso y casi siempre acababan conmigo enojada porque dudaba de él y entonces apuntaba mi Mossberg directo a su frente.

Esto se sentía… normal. Cotidiano. Real. Como supongo deben sentirse las relaciones de las personas ordinarias.

Aunque no somos personas normales y esto es una galería de tiro.

—Gracias por esto —sentía mis mejillas calentarse—. Por ayudarme por…

—Ah, no. Esto aún no termina —me regaló una sonrisa traviesa mientras se alejaba. Sentí la ausencia de su cuerpo junto al mío y le dediqué una mueca de incomprensión, pero antes de poder decir algo su mano tomo la mía y me obligó a bajarme de la mesa—. Ven aquí, debemos trabajar en tu puntería.

Puse los ojos en blanco.

—Max…

—Princesa, por favor, debo asegurarme que puede volver a disparar —como si fuera un baile ensayado me obligó a girar sobre mi sitio y observé la figura con forma de persona frente a mí. Siento su rostro acercarse a mi perfil, su aliento acaricia mi piel provocando un escalofrío—. Ahora vas a tomar otra vez el arma —susurró en mi oído mientras sus manos sostenían mi cintura como si fuera su propiedad. Mi corazón volvió a latir con fuerza pero esta vez por algo

completamente diferente—. Vamos, Maddox. No tenemos todo el día…

—Imbécil —murmuré mientras hacía lo que decía.

—Eso es princesa, ahora vas a apuntar al frente…

—Sé cómo se hace, Máximo.

—Lo sé, pero lo haremos diferente.

—¿Qué?

—Cierra los ojos —susurró haciéndome estremecer. Giré mi cabeza para verlo y noté su sonrisa traviesa—. Vamos, Maddox…

—¿Qué estás planeando?

—Solo cierra los ojos —volvió a susurrar—. ¿Confías en mí? —tragué saliva. Esa una pregunta difícil, ¿confiaba en él? Habría dicho que si días atrás, pero ahora… ahora no sabía que responder. Aunque luego de todo lo que hablamos hace un momento podría decir fácilmente que confío en él—. Estás tardando en responder, princesa…

—Si —solté sin pensarlo demasiado.

—Entonces, cierra los ojos.

CAPITULO 37
MADDOX

en el momento en que las manos de Max abandonaron mi cintura, me sentí desprotegida, como si él fuera la única estructura que mantenía mis piezas unidas. El aire de la sala de tiro, saturado con el olor acre a pólvora y aceite de armas, se filtró por mis pulmones como agujas de hielo.

Me quedé inmóvil. El arma parecía pesar una tonelada en mi mano derecha pero no me moví, mantuve mis ojos cerrados tal como me pidió.

Podía escuchar el eco de sus pasos, con un ritmo pausado sobre el hormigón. Pasaron dos minutos que parecieron siglos y luego escuché su voz.

—Abre los ojos, princesa.

Hice lo que me dijo y el aire se quedó atascado en mi garganta.

Max estaba a unos metros, invadiendo la zona de fuego. Se había despojado de la camisa dejando a la vista su torso, una obra maestra de músculo tenso y piel bronceada que ahora brillaba bajo las luces fluorescentes. Pero lo que me detuvo el corazón fue su posición: estaba sentado en una silla plegable, justo delante de la silueta de cartón.

Bajé la Beretta de inmediato con el pánico rascándome la garganta.

—Máximo —mi voz fue un hilo roto—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Sal de ahí.

Él no se movió. Su mirada oscura estaba fija en mí, devorándome con una intensidad que me hizo arder la piel. Lanzó su camiseta hacia adelante, hacia mi cubículo.

—Tápate los ojos con ella.

Abrí ampliamente los ojos. Se había vuelto completamente loco.

—¿¡Estás loco!?

—Loco por ti, princesa. Pensé que ya había quedado claro —él ladeó la cabeza, y una sonrisa lenta, peligrosa y pecaminosa curvó sus labios—. Te dije que debo asegurarme que puedes volver a empuñar un arma…

—¿Y tú solución es convertirte en mi maldito blanco? —mi voz tembló de furia y deseo contenido—. Max, no puedo hacerlo.

—Maddox, mírame —ordenó, y su tono de soldati desapareció para dar paso al hombre que me miraba cuando nadie más nos veía —. Ni siquiera estoy a la altura del centro —miré la figura a su espalda. Era cierto, no estaba ni siquiera lo suficientemente cerca para poder darle y alguien como yo no se equivocaba. Pero no podía confiar en mí misma tan fácilmente, no luego de Nueva York—. Si disparas donde debes, la bala pasará sobre mi hombro.

Lo miro sin parpadear.

—No puedo hacerlo —confieso.

—Si puedes.

—Puedo fallar, Máximo…

—Confío en ti —sus palabras me arrebatan el aire.

Trago saliva sin poder creer todo lo que está sucediendo. Niego con un movimiento efusivo.

—Si cubro mis ojos no podré ver, podría…

—Tomaré el riesgo.

—¡Max!

—Maddox, cálmate —deja escapar una risa. La sonrisa en sus

labios no desapareció, es exasperante que todo esto le resulte algo normal y divertido—. Eres buena disparando, eres increíble. No me darás, confío en ti.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Mi corazón se aceleró. Este hombre, este soldado que había jurado protegerme y ser leal a Draghi, de quien hace unos días no podía dejar de sospechar, se sometía a la prueba más alta de confianza: ser un maldito blanco de tiro—. Max…

—Confío en ti, Maddox —repite.

—¿Por qué? —Dije sin aliento.

Sus ojos encontraron los míos entre las luces fluorescentes y todo rastro de diversión había desaparecido dando lugar a seriedad. Alzó el mentón en mi dirección y vi otra vez el mismo brillo de devoción que había visto antes.

—Confío en ti porque, aunque creas que estás rota, yo solo veo acero que ha sido templado en el fuego —mi corazón se detuvo al escuchar sus palabras—. Sé que no me darás, Maddox, porque tu instinto de protección es más fuerte que tu miedo. Y porque, incluso si me matas, preferiría morir por tu mano que vivir un segundo sin que seas capaz de ver el poder que tienes.

Me quedé sin respirar. El silencio de la sala se volvió denso, eléctrico. El peso de su declaración era más letal que cualquier bala. Él no solo confiaba en mi puntería, confiaba en mí. Por completo.

—Ponte la venda —repitió, y esta vez no fue una petición, fue un desafío—. Encuentra mi voz en la oscuridad y dispara.

Tragué saliva y alejé mis dudas. Si necesitaba un acto de confianza para despejar mis sospechas, Max me lo estaba entregando en un bandeja de plata. Hice lo que dijo, no dudé en buscar la Beretta otra vez, estaba muy bien entrenada para que la oscuridad de una venda improvisada no logre obstruir todos mis

otros sentidos.

Aun así, mi corazón comenzó a latir con fuerza. Pero esta vez no era miedo, era anticipación, excitación y todo lo que me recordaba que esto estaba prohibido. Sostuve con firmeza la pistola y apunté.

Inhalé llenando de aire mis pulmones, tratando de escuchar, de sentir. Todos mis sentidos estaban en alerta.

—Dispara, princesa.

El sonido del disparo envolvió la sala y el olor a pólvora invadió mis fosas nasales.

Me mantuve en silencio y quieta, con la respiración acelerada y sin poder escuchar nada. Con cuidado quité la camiseta de Max de mis ojos y entonces lo vi.

—Es jodidamente sexy lo buena que eres con las armas.

Max me sonreía relajado y con ambas cejas alzadas.

El muy maldito, pensé. Puede ser un imbécil y confiarme su vida al mismo tiempo.

Dejé la Beretta otra vez sobre la mesa y salí de mi espacio de tiro, rodee mi cubículo y fui directo a Max, quien se había alejado de la silla y se acercaba sonriendo.

—Te dije que… —dejó de hablar en cuento golpee su rostro con mi puño cerrado. Se tambaleó pero logró recupera el equilibrio en un segundo. Me miró con los ojos abiertos como platos y sosteniendo su mentón—. Maddox, ¿qué mierda…?

—¡No vuelvas a hacer eso! —Grité.

Giré sobre mis talones, impulsada por una mezcla de rabia ciega y una adrenalina que me hacía vibrar hasta los huesos.

Quería alejarme de él, de su imprudencia, de la forma en que desnudaba mi alma con la misma facilidad con la que se despojaba de la ropa. Pero Max no me dejó ir.

Su mano, rápida como el zarpazo de un depredador, se cerró alrededor de mi brazo. Me tiró hacia atrás con una fuerza controlada que me dejó sin aliento, hasta que mi pecho impactó contra el suyo.

El contacto fue un estallido. Sentir la piel desnuda de su torso, caliente y húmeda por la tensión, contra la fina tela de mi ropa deportiva, fue embriagador. El aroma a pólvora, sudor y ese almizcle masculino que solo le pertenecía a él inundó mis sentidos, nublando mi juicio. Estaba furiosa por su irresponsabilidad, molesta por haberme puesto en esa posición, pero por debajo de la ira, un sentimiento más oscuro y profundo echaba raíces.

En nuestro mundo, el amor no se escribe con flores, se escribe con sangre y sacrificios innecesarios. Y lo que Max acababa de hacer... esa confianza ciega, era la declaración más violenta y pura que jamás había recibido.

—Sabía que no fallarías —gruñó cerca de mi oído, su voz era un estruendo bajo que vibró directamente en mi esternón.

—Podría haberte matado, idiota —siseé, aunque mis dedos, por voluntad propia, se enterraron en sus antebrazos tatuados—. Un milímetro, Max. Solo un milímetro y estarías muerto.

Él me obligó a mirarlo, sujetando mi rostro con una mano mientras la otra me apretaba contra su cuerpo, eliminando cualquier rastro de aire entre nosotros.

Sus ojos oscuros ardían con una intensidad que me hizo flaquear las piernas.

—Confío en ti —repitió, y esta vez la palabra confianza sonó como una sentencia de muerte—. Confío en ti lo suficiente como para ser tu maldito blanco de tiro todos los días de mi vida. Dejaría que me atravesaras el cráneo con una bala si eso te sirviera para entender, de una vez por todas, el poder absoluto que tienes sobre mí.

Antes de que pudiera articular una respuesta, antes de que mi

orgullo de heredera pudiera levantar un muro, sus labios se estrellaron contra los míos.

Fue un beso hambriento, desesperado, con sabor a peligro y a una lealtad que desafiaba todas las leyes de la omertá.

Lo siguiente que sentí fue mi espalda chocando contra la pared metálica que dividía los espacios de aquel lugar, el olor a óxido y pólvora me envolvió mientras las manos de Max acariciaban todo mi cuerpo sin pedir permiso. Su lengua se abrió paso en mi boca y sus dientes se adueñaron de mis labios. Presionó su cuerpo contra el mío y sentí su dureza.

Estaba al borde del abismo pero entonces recordé en donde estábamos.

—Max —dije con la voz afectada, él abandonó mis labios y se deslizó por mi cuello dejando una estela de calor con su lengua. Tiré de las puntas de su cabello hacia atrás para obligarlo a verme—. Hay cámaras.

La advertencia sobre las cámaras quedó suspendida en el aire, pero a Max no pareció importarle. Al contrario, sus ojos se oscurecieron hasta volverse dos pozos de obsidiana, cargados de una promesa de destrucción y entrega.

—Que miren —gruñó contra mi piel, su aliento abrasador golpeando el lóbulo de mi oreja—. Que vean cómo te hago mía, que vean lo jodidamente loco que me tienes.

No hubo sutileza. Max me rodeó la cintura con un brazo, pegándome tanto a él que pude sentir el latido errático de su corazón contra mi pecho, y con la otra mano, tomó mi muslo, levantando mi pierna para enredarla alrededor de su cadera. El frío metal de la pared se clavaba en mi espalda, fue un contraste violento con el calor que emana el cuerpo de Máximo, lo que hizo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza.

Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sus dedos bajaron

con una urgencia controlada hacia el borde de mi ropa deportiva. Sentí el tirón del tejido y, un segundo después, su mano grande y caliente se deslizó dentro, encontrando mi piel desnuda.

Se me escapó un jadeo que intenté ahogar en su hombro, mordiendo el músculo tenso de su trapecio.

—Mírame, Maddox —ordenó, su voz era baja y demandante—. Quiero ver cómo tus ojos cambian cuando te hago mía.

Lo miré. Estaba desarmada ante él, no por la falta de una pistola, sino por la forma en que su pulgar encontró mi centro, ya húmedo y palpitante de pura adrenalina. Empezó a moverse con un ritmo lento y tortuoso, una presión circular que me hizo arquear la espalda y clavar las uñas en sus hombros tatuados.

—Eres tan jodidamente perfecta —susurró, aumentando la velocidad. Sus dedos estaban empapados de mí, y el sonido de la fricción, rítmico y obsceno, se volvió el único ruido en la sala, por encima de mi respiración entrecortada—. Mi princesa. Mi ruina.

El placer era una descarga eléctrica que nacía donde sus dedos trabajaban con precisión y se extendía por mi columna como pólvora encendida. No era un toque suave; era posesivo, exigente, el tipo de caricia que solo un hombre que ha aceptado su propia condena puede dar. Max me estaba devorando sin necesidad de entrar en mí, marcando mi cuerpo con la autoridad de quien sabe que ya no hay vuelta atrás.

—Máximo —gemí y sus dedos me embustieron con fuerza—. Por favor...

—¿Por favor qué? —Me desafió, sus ojos fijos en los míos mientras sus dedos se hundían más, buscando ese punto exacto que me hacía perder la razón—. ¿Quieres que me detenga? ¿O quieres que te demuestre por qué nadie más volverá a tocarte nunca?

No pude responder. El mundo se redujo a la presión de sus dedos, al olor a sudor y peligro, y a la forma en que su otra mano se cerró alrededor de mi garganta, sus dedos presionaron lo suficiente como

para dejar marca y eso, lejos de molestarme, me excito más.

Entonces, el ritmo cambió. Se volvió frenético, implacable. Max me empujaba contra la pared con cada embestida de su mano, su rostro se hunde en mi cuello y noto como inhala mi esencia como si fuera el aire que necesitaba para seguir respirando. Siento la tensión acumularse en mis muslos, mis dedos de los pies se contraen mientras el clímax me golpea con fuerza.

Grité su nombre contra su cuello, una nota alta y desesperada que hizo que él gruñera, apretando su agarre. Mi cuerpo se sacudió en oleadas de placer violento, mis sentidos se nublan mientras la oscuridad de la sala de tiro parece cerrarse sobre nosotros. Max no se detuvo hasta que la última de mis contracciones cedió, manteniéndome sujeta contra la pared mientras yo temblaba.

Saca la mano lentamente, dejando un rastro de calor que me hizo estremecer. Me bajó al suelo, pero no me soltó; me mantuvo acunada contra su pecho, su barbilla descansando sobre mi cabeza mientras ambos recuperábamos el aliento.

—Ven conmigo —susurró.

Mi corazón palpitaba con fuerza, al igual que el suyo, parecían a punto de explotar en nuestros pechos.

—¿A donde?

Mi propia voz me sorprendió: afectada y estrangulada, débil después de la oleada de placer que recibí.

—Déjame llevarte a un lugar.

CAPITULO 38
maximo

el viento frío de la noche nos golpea de lleno cuando abandonamos aquel lugar. Maddox me sigue en silencio y monta mi Harley sin dudar un segundo.

El motor de mi motocicleta rugió entre mis piernas. Podía sentir a Maddox pegada a mi espalda, sus dedos enterrados en mi chaqueta de cuero como si temiera que, si me soltaba, la realidad la alcanzaría y la obligaría a ser la heredera de Chicago antes de tiempo.

La cuenta regresiva estaba sobre nosotros. Un día y debía demostrarle a todos que estaba apta para heredar Draghi en su primera misión.

Quería darle esto, la posibilidad de alejarnos de la realidad que se cernía sobre ambos pero de diferente forma. Aunque me molestaba el no poder ofrecerle más.

El viento nos golpeaba con la fuerza de un castigo, pero yo solo podía pensar en el rastro de su aliento en mi nuca.

Había pasado años entrenando mi cuerpo para ser un arma. Me enseñaron a no sentir, a no dudar, a ser el ejecutor silencioso. Pero ella... Maddox era el fallo en mi sistema. Ella era la variable que no pude prever. Al verla en la sala de tiro, tan rota y a la vez tan letal, algo en mi interior se quebró definitivamente.

Ya no era solo lealtad, era una obsesión que me quemaba las entrañas.

Y todo esto no hacía más que complicar mi plan, mi verdadero propósito, pero quizás, si comenzaba a ser sincero con cuidado no la perdería, quizá podía ponerla de mi lado antes de que todo sea demasiado tarde.

Me salté dos semáforos en rojo, esquivando el tráfico de la ciudad

como si estuviéramos huyendo de la misma muerte. Quizás lo estábamos haciendo.

Detuve la moto frente a un antiguo complejo industrial en los límites del South Side. Era un edificio que el tiempo y la desidia habían olvidado, una mole de acero y hormigón que alguna vez fue el corazón de la producción de Chicago. Para el resto del mundo, era basura. Para mí, era el único lugar donde las cámaras de su padre no podían alcanzarnos.

—¿Aquí? —Su voz llegó amortiguada por el casco, pero detecté la curiosidad mezclada con esa desconfianza nata de quien nace con una diana en la espalda.

—Confía en mí, princesa —le dije, ayudándola a bajar. Mis manos se demoraron en su cintura, disfrutando de la forma en que su cuerpo se tensaba ante mi toque—. Es tu turno ahora, ¿no crees? —Murmuré en su oído y la sentí estremecer.

—Imbécil —murmuró, pero noté la diversión en su voz.

La guié por las escaleras de emergencia. Subimos cuatro pisos en un silencio cargado de electricidad. Mis botas resonaban contra el metal, todavía no estaba seguro de que estábamos haciendo con Maddox y a donde nos llevaría. Lo que había empezado como un juego había dado pie a algo más. Algo que me aterraba y excitaba en partes iguales.

Al llegar a la azotea, abrí la puerta pesada y dejé que el viento de las alturas nos recibiera.

Había preparado el lugar días atrás, con la esperanza estúpida de que este momento llegara. Hoy, antes de encontrarla en la sala de tiro, vine a terminar de condicionar todo, era lo mejor que podía ofrecerle a la hija del Don de Chicago pero todo sabía a poco cuando se trataba de Maddox.

Solo necesité ver su expresión para saber que esto era lo que necesitaba ahora.

En el centro de la azotea, protegida por una estructura de vidrio reforzado que solía ser un invernadero industrial, había una mesa pequeña con una botella de cristal de Murano y un par de platos cubiertos. Unas cuantas luces de tungsteno, alimentadas por un generador portátil, bañaban el espacio con un resplandor ámbar, rodeadas por la oscuridad absoluta de la noche.

Pero la verdadera joya no era mi esfuerzo, sino Chicago. Desde aquí, la ciudad parecía una alfombra de diamantes arrojada sobre terciopelo negro. El lago Michigan se perdía en un horizonte infinito y las luces de los rascacielos parpadeaban como las almas de los hombres que habíamos enviado al otro lado.

Maddox permaneció quieta admirando la vista, sus labios ligeramente entreabiertos y un brillo en sus ojos verdes que me hizo calentar el pecho.

—Esta vista es increíble —murmuró. Se acercó a la barandilla de hierro oxidada para admirar la vista y permanecí a su espalda sonriendo—. Es… increíble. Nunca había visto a Chicago así.

El viento le alborotaba el cabello y en ese momento, bajo la luz de la luna, no parecía la mujer que acababa de disparar una Beretta con los ojos vendados. Parecía una mujer que merecía el mundo, no solo una organización criminal.

—Sí, lo es —dije sin dejar de mirarla.

En cuanto me escucha se gira, con la cadera apoyada en la barandilla y sus manos también, alzó una ceja y miró a mi costado.

—Máximo Hardaway —dijo con voz divertida—. ¿Me trajiste a una velada romántica?

No pude evitar poner los ojos en blanco pero me acerqué unos pasos a ella sin dejar de sonreír.

—No exageres, princesa. Es una simple cena…

—Una simple cena, de acuerdo —murmuró sin dejar de sonreír. Se alejó de la barandilla para acercarse, cuando estuvo a unos

centímetros de distancia se detuvo y se puso de puntillas para dejar un rápido beso en mis labios—. Gracias.

—¿Por qué me agradeces? —Rodee su cintura con mis brazos y ella hizo lo mismo con mi cuello.

—Porque sé lo que haces, Max —tragué saliva—. Quieres alejarme por un momento de mi vida real.

Hice una mueca. Maddox siempre era muy inteligente.

—Quizás nos merezcamos, por una noche, olvidarnos de quienes somos.

Sus ojos me miraron de forma impasible, noté como tragó saliva con fuerza y su pecho subir y bajar con rapidez. Me acerqué a su coronilla para depositar un beso fugaz y me aleje no sin antes tomar su mano y conducirla a la mesa.

Serví el vino. Un Barolo rojo sangre, tan denso como la lealtad que le debía a su familia. Cenamos casi en silencio, con la ciudad como único testigo. Ella comía concentrada en su pizza favorita, pero sus ojos no dejaban de buscar los míos. Sabía que estaba esperando que las palabras salieran a la superficie.

—¿Por qué este vino? —Vi la curiosidad brillar en su iris y sonreí divertido.

—Porque sé que es tu favorito —me encojo de hombros—. Te gusta más el vino que el whisky.

—Solía gustarme —me corrige y alzo una ceja—. Me he acostumbrado al sabor amargo del whisky.

—Lo anoto —murmuro y le sonrío.

Maddox me sonríe pero su sonrisa se esfuma en un segundo, la veo entrecerrar los ojos para verme.

—A veces siento que sabes muchas cosas de mi —confiesa. Tragué saliva. Sabia muchas cosas de ella, no podía negarlo— ¿Cómo sabías que me encontrarías en la sala de tiro?

¿Era duda lo que había en sus ojos?

Dude un segundo antes de hablar mientras dejaba la copa sobre la mesa.

—Hablé con Matthew —murmuré. Maddox alzó una ceja con sorpresa—. Quería verte, esta semana has estado distraída, te sentí… distante.

Maddox dejó la copa sobre la mesa y suspiró mientras se revolvía inquieta.

—Es la misión, lo siento.

—No debes disculparte —zanjé—. Pero lo supuse. Sé que es la primera vez que vas a liderar una misión y, aunque estas muy bien preparada, sé que puede ser… intimidante.

—El peso de la corona —murmuró y bajó la vista. Un segundo después volvió a verme con curiosidad—. ¿Están bien? Tú y Matthew…

Hice una mueca.

—Es complicado —confesé y ella asintió—. No quiere hablar conmigo, aunque Matthew nunca fue la persona más comunicadora esto es… diferente.

—Lo siento —susurró—. Siento que estoy separándolos, es…

—No, Maddox —dije con dureza—. Si Matthew tiene un problema deberá solucionarlo conmigo. No pienso dejar que estés en el medio de ambos —asintió despacio—. En fin, le dije que me gustaría verte y no sabía dónde podría encontrarte.

—Y te habló de la sala de tiro.

—Así es, no la conocía a decir verdad —dudé antes de preguntar — ¿Por qué no fuiste a la de tu padre?

Ella dudo, con una mueca de diversión y vergüenza en sus labios.

—Es donde solía practicar. Entre allí por primera vez a mis doce

años, no lo sé… a veces se siente más hogar que cualquier otro lugar.

Asentí. Sabía a lo que se refería.

Abandoné la silla bajo su atenta mirada y caminé hacia ella, me detuve cuando estuve a su lado y le ofrecí mi mano. Ella la aceptó sin dudar, entrelazó nuestros dedos y la llevé lejos, cerca del borde otra vez. Colocó sus manos en mi nuca y sostuve su cintura para atraerla hacia mí.

—¿Esta es la parte de la velada romántica en la que bailamos a la luz de las velas?

Alcé una ceja.

—¿Eso sucede en las veladas románticas?

Se encogió de hombros.

—En las películas. Al menos, en la mayoría de ellas.

Sin darnos cuenta comenzamos a balancearnos al ritmo de una melodía silenciosa, el viento hacía crujir y mover las hojas de los árboles y el murmullo de la naturaleza nos envolvió como una canción romántica.

Yo era un soldado. Un hombre hecho de acero, violencia y secretos. No sabía nada de veladas románticas ni de amor, no debería estar jugando a esto con Maddox y sin embargo, no podía evitarlo.

—No sé nada de citas románticas, Maddox —dije, como si así pudiera recordarnos quienes éramos.

Ella volvió a encogerse de hombros y su sonrisa se suavizó.

—Yo tampoco, Max —confesó—. Solo sé de sangre, secretos y pasarme la vida entera fingiendo.

Tragué saliva. Al final, no éramos tan diferentes.

—¿Por qué este lugar? —Preguntó de pronto.

—Porque aquí nadie te mira como la hija del Don. Aquí eres solo Maddox. Y yo... —hice una pausa, sintiendo el peso de mis propios secretos oprimiéndome el esternón—. Yo soy solo un hombre que no debería estar aquí.

—Me gustaría conocerte de verdad —suelta de repente.

Hice una mueca.

—Me conoces —le recordé.

—No, aún no me has dejado entrar —no lo dijo enojada ni molesta, sino como si estuviera constatando una realidad. Tragué saliva al escucharla, sus dedos jugaban con los mechones de mi cabello—. Todavía guardas secretos, ¿cierto?

Sostuve su mirada. El verde de sus iris brillaba con intensidad. Sería tan fácil ser completamente honesto… pero luego recordaba todo lo que estaba en juego y sabía que sería un maldito error.

—Soy un soldado, Maddox —dije, como si en esas simples palabras se encerrara toda la verdad. Y de cierta manera lo era—. Me enseñaron que mi vida no tiene valor fuera de la misión. Pero luego llegaste tú, con esa forma de mirar el mundo como si pudieras quemarlo todo y reconstruirlo a tu antojo. Y mis prioridades se fueron a la mierda.

La miré de frente. Su piel parecía porcelana bajo la luna, pero yo sabía que era acero por dentro.

—Eso no responde a mi pregunta —susurra.

—Todos guardamos secretos —le recuerdo—. ¿No es ese el lema de la mafia?

Esa no era la respuesta que buscaba, lo sabía. Pero cuando más quería evitar ser así, menos lo lograba. Y con todo esto, más me alejaba de la misión real.

—Quizás todo sería más fácil si no nos hubiéramos conocido de esta forma —dije, y mi voz sonó más rota de lo que pretendía—. Con lo que implica tu apellido y lo que significa mi trabajo. Tú eres la

corona, Maddox. Yo soy solo el perro que muerde a quien se acerque demasiado a ella.

Formó una sonrisa triste con sus labios y ladeo la cabeza hacia un costado.

—Quizás —susurró—. Quizás habría sido diferente, no sé si para bien o para mal…

—En un mundo normal, te habría llevado a un restaurante real, te habría cortejado sin una pistola en la tobillera. Te habría dado una vida donde no tuvieras que disparar a un hombre para sentirte segura.

Dejó escapar una risa por lo bajo.

—No sabría que hacer con una vida normal —confesó.

Me encojo de hombros.

—Podrías hacer lo que quieras. Podrías ser lo que quieras. En un mundo normal yo solo sería Max, el chico imbécil pero atractivo de clases —otra vez sonríe con diversión—. En un mundo normal tu solo serías Maddox, la mujer más bella que vi en la universidad, la misma que me saca de quicio y vuelve loco.

—Eso ocurre sin necesidad de ser normal —pone los ojos en blanco claramente divertida.

—Si, es verdad —asiento divertido pero vuelvo a estar serio—. Pero aquí no somos eso, aquí somos un error.

En un mundo normal no tendría que engañarla, en un mundo normal lo nuestro no tendría a la vista un final tan malo. Ahora es ella quien se encoje de hombros.

—No me importa que esto sea un error —dice con seguridad—. No me importa ser normal, no quiero serlo.

—¿De verdad? —Pregunté—. ¿Nunca consideraste como sería tu vida sin el peso de tu apellido? ¿Sin la responsabilidad que llevas sobre los hombros? —Era algo en lo que pensaba todo el tiempo,

aunque no podría decirlo en voz alta—. ¿Alguna vez pensaste en alejarte de todo y comenzar de cero?

Algo atravesó su mirada, algo que no supe descifrar pero que alertó todos mis sentidos.

—No —dijo, luego de un momento—. Soy una Salvatore, nosotros no huimos.

—Lo sé, pero…

—Quiero esto —esta vez su voz fue determinante—. Quiero Draghi. Porque yo soy Draghi, quiero este peligro, quiero el acero y la sangre. Te quiero a ti, aunque seas un error.

Podía sentir el latido de la realidad golpeando mis sienes como un martillo sobre el yunque. Aún tenía una última oportunidad para dar marcha atrás, para ser el soldado que mi deber exigía y levantar un muro de hielo entre nosotros. Podía recapacitar, soltarla y alejarme de la devastación que Maddox representaba antes de que el incendio fuera incontrolable.

Pero en el momento en que mis ojos buscaron los suyos, lo supe: el puente ya estaba ardiendo detrás de nosotros.

Era demasiado tarde para la redención.

—Soy más que un error, princesa —mi mano subió a su cuello, mi pulgar delineando su mandíbula con una posesión que rozaba lo violento—. Soy un peligro para ti. Cada vez que te toco, estoy cavando mi propia tumba.

—Máximo...

—Solo tengo sombras para ofrecerte.

Me sonríe con picardía.

—Me fascinan las sombras —susurra.

La atraje hacia mí con un movimiento brusco, eliminando cualquier rastro de duda. La besé con una furia que nació de la

desesperación. Era un beso que sabía a despedida y a principio, a pecado y a redención.

Sus manos se enredaron en mi pelo, tirando de mí como si quisiera fusionarse con mi piel. Mis manos descendieron desde su nuca hasta su cintura, apretando la carne con una fuerza que sabía que dejaría marcas, pero Maddox no se quejó. Al contrario, soltó un gemido que se perdió en mi garganta y se pegó más a mí, buscando mi calor.

La empujé hacia atrás, guiándola por puro instinto hacia la estructura del invernadero. Mis botas golpeaban el suelo con un eco sordo que se mezclaba con el latido frenético de mi sangre. Cuando su espalda chocó contra el vidrio reforzado, el frío del cristal la hizo jadear, pero no la solté. Me colé entre sus piernas, sintiendo la dureza de mi propia necesidad golpeando contra su muslo.

—Mírame, Maddox —gruñí, separándome apenas unos milímetros.

Sus ojos verdes estaban dilatados, empañados por una bruma de deseo que me hizo sentir el hombre más poderoso del planeta y, al mismo tiempo, el más miserable. Su respiración era errática, sus labios estaban rojos y húmedos por mi culpa.

—Podría tenerte mil veces y seguiría sintiendo esta maldita sed, princesa —gruñí, mi voz vibrando contra su cuello mientras mis manos bajaban con urgencia para reclamar su cuerpo—. No me importa que seas una Salvatore. No me importa quién nos esté mirando desde las sombras. Ahora mismo, solo eres la mujer que me está quemando por dentro.

La presiono contra el vidrio del invernadero con una brusquedad que hizo que la estructura vibrara. Maddox soltó un jadeo, pero no fue de miedo; sus manos se enredaron aun más en mi pelo, tirando de mí con una ferocidad que solo ella poseía.

—Demuéstralo —me pide en un jadeo—. Quiero que me demuestres que tan ciertas son todas las palabras que me dices.

Trago saliva.

Llevé mis manos hacia el borde de su short deportivo y lo deslicé por sus piernas mientras me arrodillaba frente a ella, levantó las piernas solo un poco para ayudarme a quitarle la prenda. Sabía que esta posición la volvía loca y tomé con fuerza sus glúteos sin dejar de verla.

—Eres mía —susurré antes de acercar mis dientes a su braga y quitársela con fuerza de un tirón—. Necesito que te quede claro, Maddox —susurro mientras termino de bajar la prenda con mis dedos. Su coño está a centímetros de mis labios y arquea la espalda para acercarse—. Que eres mía por completo.

El frío de la noche la hacía temblar como una hoja y provocaba que mi excitación nublara mi juicio. Recupero mi posición de pie frente a ella y la veo alzar el mentón para verme, antes de darle tiempo de hacer algo acerco mi mano a sus labios hinchados y los acaricio con lentitud.

—Máximo —gime mi nombre y sé que nunca se escuchó tan bien como cuando sale de sus labios—. Max...

—Princesa —susurro y la veo sonreír con los ojos cerrados, disfrutando del placer que la yema de mis dedos genera en ella. La toco de forma superficial, lo suficiente para hacerla desear más—. Necesito que entiendas lo loco que me tienes. Lo obsesionado que estoy...

Me deshice de mi cinturón con una mano mientras la otra se hundía entre sus piernas, mis dedos la encontraron ya empapada, caliente y palpitante, esperándome con una urgencia que me hizo soltar un taco entre dientes.

—Joder, nena —murmuré, mi pulgar presionando con fuerza su centro mientras la penetraba con dos dedos, buscando el ritmo que sabía que la volvía loca—. Estás tan lista que duele.

Ella bajó sus manos por mi pecho hasta llegar a la cinturilla de mi ropa interior, antes de darme tiempo a reaccionar su mano se perdió dentro de la tela y aprisionó mi miembro hinchado y caliente entre

sus finos dedos.

Algo brilló en sus ojos y mordió su labio inferior al notar la piel tensa y palpitante de mi polla.

—Maddox —supliqué.

—Di que te mueres por estar dentro de mi —pidió en un susurro mientras acariciaba con suavidad mi longitud. Presioné mis labios para evitar gritar y hundí mis dedos con violencia en su interior—. Dilo.

—Me muero por estar dentro de ti —admito y extraigo mis dedos para volver a embestir con fuerza—. Me muero por follar ese dulce coño otra vez.

Lleva la cabeza hacia atrás cuando mi otra mano alcanza su cuello con fuerza y sigo moviendo mis dedos en su interior.

—Te quiero dentro de mi —susurró y sus mejillas estaban teñidas de rosa. Sonreí con diversión y aumenté la velocidad de mis dedos. Sus labios se separaron por el placer y gimió con fuerza—. Máximo…

—No, Maddox —dije con brusquedad—. No te he dado permiso para venirte todavía —sus ojos vuelven a clavarse en mí y le da un ligero apretón a mi miembro—. Vas a aguantar. Vas a sentir cada segundo de cómo te tomo.

Extraigo mis dedos de su interior palpitante y debo contenerme cuando la escucho gemir, me alejo para buscar un condón y rasgo el envoltorio con rapidez. Extiendo el látex por mi longitud bajo su atenta mirada.

Me acerco otra vez y la levanto, obligándola a enredar sus piernas alrededor de mi cintura, sus manos viajan a mi nuca. El contraste del aire gélido de la azotea contra su piel desnuda la hizo temblar, pero cuando me abrí paso entre sus muslos y sentí su calor envolviendo mi hombría, el frío pareció dejar de existir y ser reemplazo por el incendio de Maddox.

La penetré de una sola estocada, profunda y sin piedad.

Maddox echó la cabeza hacia atrás, su espalda arqueándose contra el cristal mientras un grito ahogado escapaba de su garganta. Me quedé inmóvil un segundo, enterrado hasta el fondo, disfrutando de la forma en que sus paredes internas se apretaban alrededor de mí como si intentaran succionarme el alma.

—Mírame —ordené, sujetando su rostro con una mano para obligarla a clavar sus ojos verdes en los míos—. Quiero que veas quién te está follando contra el cielo de esta maldita ciudad.

Empecé a moverme con un ritmo salvaje, casi violento. Cada embestida era un recordatorio de lo que éramos: un error, una traición, una adicción letal. El sonido de nuestra piel chocando rítmicamente se mezclaba con el zumbido lejano del tráfico de Chicago, pero para nosotros, el mundo se había reducido a ese espacio de vidrio y acero.

Maddox era una tormenta bajo mi cuerpo. No era sumisa; luchaba por cada gramo de placer, devolviéndome el empuje con una fuerza que me hacía gruñir. Su boca buscaba la mía, sus dientes muerden mi labio inferior hasta que sentí el sabor metálico de la sangre, un recordatorio de que en nuestro mundo, el placer y el dolor siempre caminaban de la mano.

—Más rápido, Max... más fuerte —suplicó ella, su voz rompiéndose mientras su clímax empezaba a asomar en el horizonte.

—Tómalo todo, princesa —gruñí, aumentando la velocidad hasta que mi visión empezó a nublarse por el esfuerzo y el deseo—. Ven para mí. Demuéstrame que no importa cuántos hombres tengas que liderar, aquí solo respondes ante mí.

La tensión en su cuerpo llegó al límite. Sus piernas se apretaron alrededor de mi cadera con una fuerza sobrenatural y, con un último gemido que sonó a rendición absoluta, Maddox se desmoronó. Sentí las contracciones de su orgasmo rodeándome, apretándome con una intensidad que me hizo perder el control. Solté un rugido contra su cuello cuando mi orgasmo me alcanzó.

Nos quedamos allí, jadeando, unidos por algo mucho más oscuro que el amor. El sudor enfriándose en nuestras pieles mientras recuperábamos el aliento. Presioné la carne de su cintura con fuerza y ella se alejó un poco para verme, me sonríe y algo atreviesa su mirada.

—No me lastimes, Máximo.

Mi sonrisa se debilita hasta ser una mueca.

—Jamás podría, princesa...

—De verdad —me dice con seriedad y arrugo la frente confundido —. No juegues con mi confianza ni me traiciones porque la próxima vez serás mi blanco de tiro y no voy a fallar —se acerca de forma letal y susurra sobre mis labios—. Te daré en el maldito corazón.

Trago saliva. Aterrado y excitado en partes iguales.

CAPITULO 39
maddox

el aire en el último piso del club era distinto al del resto del edificio. Abajo, el pulso de Chicago latía al ritmo del techno y el sudor; aquí arriba, el oxígeno se sentía denso, cargado de una estática que me erizaba el vello de la nuca. Con cada respiro, mis pulmones se llenaban de una mezcla de humo de cigarro caro, cuero viejo y la ansiedad corrosiva que me quemaba las entrañas.

No podía evitar pensar en mi madre. Nora siempre había sido una experta en el arte del camuflaje. La recordaba en los backstages de sus desfiles, moviéndose entre modelos y telas con una frialdad quirúrgica. Antes, pensaba que era simple arrogancia superficial, pero ahora, mientras mis dedos trazaban las líneas de los mapas sobre la mesa de caoba, lo entendía: no era vanidad, era supervivencia.

Nora se transformaba. Igual que mi padre. Al parecer, los Salvatore no vivían la vida, la ejecutaban al extremo detalle.

Una vez me dijo que el secreto de un buen espectáculo era prever el desastre: «No esperes que el telón suba, Maddox; espera que se incendie y ten el extintor listo en la mano».

Regla número uno de mi madre: todo puede salir terriblemente mal, así que prepárate.

Eran las cuatro de la madrugada. El sábado llegaba a su fin para el mundo civil, pero para nosotros, el reloj apenas empezaba a contar. Levi estaba sentado frente a mí, envuelto en un silencio que pesaba más que el plomo. No nos habíamos dirigido la palabra en días que pasaron entre miradas esquivas y una distancia gélida que me hacía sentir como una extraña en mi propia casa.

Él decía que, en este negocio, si el teléfono no suena es una bendición. Yo solo podía pensar que el silencio era una muy mala señal.

Era mi primera misión. Mi primer movimiento real en el tablero. Y aunque estaba liderando desde la sombra, sentía que el cargamento que atravesaba la ciudad llevaba mi nombre grabado en cada caja. Había repasado el plan hasta que las líneas de los planos se grabaron en mis pupilas. Conocía cada callejón, cada semáforo, cada margen de error.

Will tenía los ojos puestos en las cámaras de la ciudad, borrando nuestro rastro como un fantasma digital. Jace ya había confirmado la recogida. Todo estaba cronometrado: cuarenta minutos para cruzar el puerto, quince minutos de margen para Lucchese, diez para el encuentro.

Ya había pasado una hora. Mi corazón golpeaba contra mis costillas, un tambor de guerra que amenazaba con romperme el pecho. Si esto fallaba, no solo perdía dinero; perdía el respeto. Y en la familia Salvatore, sin respeto eres solo un blanco con un apellido famoso.

—Deberías calmarte, mia cara.

La voz de mi padre cortó la tensión como una cuchilla. Alcé la vista. Levi tenía los ojos en su móvil, pero el tic en su mandíbula y el movimiento rítmico de su pierna lo delataban. Estaba tan al límite como yo.

—¿Calmarme? —La palabra salió de mi boca con una brusquedad que no pude filtrar. La falta de sueño y la paranoia sobre Luc y Max me tenían con los nervios en carne viva—. ¿Cómo me pides eso cuando llevas días tratándome como si fuera invisible?

—Maddox...

—No. —Me puse de pie, apoyando las palmas sobre los planos—. Es la primera vez que te dignas a hablarme. No finjas que te importa

cómo me siento ahora. Has evitado cada reunión, cada cena. ¿Qué pasa, Levi? ¿Estás esperando a que cometa un error para recordarme lo poco que sirvo para esto? ¿O es que tu orgullo es tan grande que no puedes perdonarme por lo de Nueva York?

Levi cierra los ojos y se masajea los párpados con los dedos, un gesto de cansancio que nunca le había visto. Se levantó sin decir nada y caminó hacia el mueble bar. El sonido del cristal contra el cristal fue lo único que llenó el vacío entre nosotros. Se sirvió un whisky, lo bebió de un golpe y luego se sirvió otro en el mismo vaso, acto seguido buscó otro igual y lo llenó de líquido ámbar.

Cuando volvió a acercarse y me lo extendió lo tomé con dudas, no parecía el Don inquebrantable de Chicago. Parecía un hombre cansado bajo el peso de su propia armadura.

—¿Crees que estoy enojado contigo? —preguntó en un susurro áspero.

Tragué saliva, mi valentía flaqueó ante la vulnerabilidad de su voz pero asentí en silencio.

—Maddox... no te he evitado por enojo. Te he evitado porque no soporto mirar mi propio reflejo —se dejó caer en la silla, esta vez mucho más cerca de mí—. Me siento patético. Te llamé impulsiva, te traté como a una niña irresponsable cuando lograste un acuerdo que yo no pude conseguir en meses. Y luego... Lucchese.

Parpadeé, confundida. El odio que yo esperaba nunca llegó.

—Me avergüenza haberte fallado —continuó él, mirando el ámbar de su vaso—. Me molesta no haber sido yo quien se diera cuenta del peligro. Debí protegerte, debí ver lo que ocurría. Estaba tan orgulloso de tu éxito que me olvidé de que seguías siendo mi hija, no solo mi heredera. Matthew me lo advirtió... Me dijo que involucrarte requería que yo fuera tu sombra y te dejé sola.

El nudo en mi garganta se volvió doloroso. Ver a Levi Salvatore, el hombre que infundía terror con un solo gesto, admitir que se sentía

avergonzado por no ser suficiente, me desarmó por completo. El fuego de mi rabia se extinguió, dejando solo un rastro de ceniza y una profunda necesidad de consuelo.

Me bebí de un solo trago el vaso de whisky.

Me incliné hacia delante y tomé su mano. Sus dedos parecían temblar ligeramente bajo los míos.

—Levi Dante Salvatore, eres un completo imbécil si crees que te culpo por lo que pasó —murmuré con una sonrisa triste—. Pero eres el mejor padre que podría haber tenido. Creí que te había decepcionado.

—¿Decepcionado? —Él soltó una risa seca y me tocó la frente con el índice—. Le disparaste a ese tipo justo donde te enseñé a los doce años.

Dejé escapar una risa.

—No fue en vano todo mi entrenamiento, ¿cierto? —Bromee y su sonrisa se amplió.

—Vaya padre te ha tocado, que se siente orgulloso de que su hija tenga puntería de asesina.

—Vaya padre —repetí, dejando escapar un suspiro de alivio.

Por un momento, el peso del mundo se sintió más ligero. Fui consciente de lo mucho que me importaba la opinión de mi padre y de cuanto necesitaba su apoyo. Dejé que mi cuerpo entero se relajara, todo iba a salir bien, debía calmarme y…

El piso se llenó de gritos.

CAPITULO 40
maddox

la mirada que compartí con mi padre antes de levantarnos fue una de advertencia silenciosa. Pero antes de que pudiéramos llegar a la puerta, esta se abrió de golpe, golpeando la pared con una violencia que hizo eco en toda la estancia.

Matthew entró primero, su figura imponente envuelta en una furia tan tangible que el aire pareció cargarse de electricidad estática. Por supuesto mi cuerpo reaccionó de forma inmediata y me puse en alerta al verlo así. Detrás de él, cinco soldatis avanzaban con la cabeza gacha, alcé una ceja sorprendida.

Will cerró la marcha; su expresión, habitualmente imperturbable, estaba teñida de un desconcierto que me heló la sangre. Sus ojos se clavaron en los míos por un segundo, y una oleada de pánico me atravesó como un disparo a quemarropa.

Algo había salido muy mal.

—¿Qué ocurrió? —Pregunté. Mi voz salió baja, pero intenté que no flaqueara y se notara mi duda.

Escaneé al grupo. Jace, Brandon, Milton... los últimos soldatis en ser ascendidos por mi padre, sabía que eran buenos pero me observan como si todo hubiera salido terriblemente mal. Matthew se pasó una mano por el cabello, destrozando su peinado perfecto y recorrió la sala con ojos recelosos, alcé una ceja expectante.

—Nos siguieron —soltó Matthew, su voz era un látigo de hielo.

Miré a mi padre. Mi instinto era buscar su guía, pero él se limitó a endurecer la mandíbula y alzar la barbilla hacia mí. Inhalé hondo, tratando de estabilizar el temblor de mis manos.

—¿A qué te refieres con que los siguieron? —Exigí—. Will tenía el control de las cámaras. Se suponía que éramos invisibles.

—No sabemos si realmente nos siguieron —intervino Max, dando un paso al frente. Su tono era irritado, casi desafiante—. Llegamos al punto de encuentro, entregamos el cargamento y Lucchese dio el visto bueno. Todo fue según el plan, hasta que nos dispusimos a marchar y mi hermano empezó a ver fantasmas.

—No eran fantasmas —siseó Matthew, girándose hacia Max—. Había un francotirador a doscientos metros, en la azotea del edificio contiguo. Tenía el ángulo perfecto para limpiarnos a todos mientras cerrábamos el trato.

—Pudo ser un hombre de Lucchese cubriéndole las espaldas, Matthew. No exageres —Max se cruzó de brazos, su arrogancia parecía brillar bajo las luces halógenas—. No hubo disparos. No hubo emboscada. La misión fue un éxito.

Alcé una ceja al escuchar el intercambio, pero lo que más me sorprendió fue la forma tranquila de hablar de Max y cómo se refería a su hermano. Matthew, por supuesto, echaba fuego por sus ojos oscurecidos.

—Sé muy bien lo que vi. —Matthew se acercó a su hermano, invadiendo su espacio personal. Max no retrocedió ni un milímetro—. Quizás, si hubieras estado prestando atención al entorno y no a tu propio ego, habrías notado el destello de la lente. Pero estabas demasiado distraído, ¿verdad, Máximo?

La atmósfera se volvió irrespirable. La mención del nombre completo de Max fue como un bofetón. Matthew, con sus treinta años y su rango de consigliere, emanaba una autoridad que Max, a sus veintitrés, intentaba combatir con rebeldía pura. Parecían dos lobos peleando por el control de la manada.

—Quizás te está fallando la vista, hermano —se burló Max en tono bajo—. Quizás ya estás viejo para el campo. ¿Cómo pretendes

proteger a Maddox si ya no distingues un reflejo de una amenaza?

—¡Basta! —Grité, golpeando la mesa de caoba. El sonido hizo que todos se tensaran—. Si tienen un problema de ego, vayan afuera.

¿En qué momento todo se redujo a una batalla de hombres preocupados por su ego?

Miré a cada uno de los soldados.

—¿Alguien más vio al francotirador? —Silencio. —¿Hubo algún imprevisto durante la entrega? —Negación unánime. —¿Alguien está herido? —Nada.

Suspiré, clavando la vista en Matthew, él no se apaciguó y mucho menos cambió su postura, su seguridad me confundía si nadie más había notado lo que él. Pero no deja de ser la mano derecha de Levi y su consigliere, por algo tiene ese puesto.

—Si la entrega se hizo y nadie disparó, técnicamente la misión fue un éxito —zanjé—. Pero no quiero suposiciones. Will, quiero un informe forense de las cámaras de esa zona. Ahora.

Will asintió, pero antes de que pudiera moverse, mi teléfono vibró sobre la mesa. El nombre en la pantalla hizo que mis tripas se revolvieran.

—Es Harry —murmuré para todos, luego contesté solo para que yo pudiera escuchar—. Lucchese.

—¡Dulzura! —Su voz, tan empalagosa como peligrosa acarició mis tímpanos—. Debo decir que estoy impresionado. Tenía mis dudas sobre la princesa Salvatore, pero te has lucido. Igual que con lo de mi tío. Gracias por eso, por cierto.

Cerré los ojos, sintiendo la mirada curiosa de mi padre quemándome.

—Me alegra que el negocio haya sido satisfactorio, Lucchese.

—Lo fue. Ah, casi lo olvido... El de la mirada asesina debería

entregarte un pequeño presente justo ahora. —Will dio un paso adelante y extendió una caja negra hacia mí—. Espero que te guste. Lo escogí pensando especialmente en ti.

Miré a mi soldado con una ceja alzada pero él se limitó a encogerse de hombros.

—¿Gracias? Supongo —dudé.

—Lo que sea por ti, dulzura —dijo despreocupado pero luego su tono adquirió otro matiz—. Y Maddox... tu guardaespaldas tiene buena vista. Ese francotirador no era mío —su voz se volvió más baja y tragué saliva, obligando a mis facciones a mantenerse firmes para no alertar a nadie—. Quizás alguien más está interesado en tus movimientos. Ten cuidado, princesa. Estaremos en contacto.

Colgó. El silencio que siguió fue denso y tragué saliva.

Agradecí haber decidido contestar sin usar el altavoz porque esto solo traería más problemas. Antes de dejar que la organización saque sus propias conclusiones debía pensar con la mente en frío.

Sentí la mirada de Matthew sobre mí, algo en el brillo de sus ojos me indicó que debíamos hablar y supe que debía hacerle caso. Max, por su lado, se mantuvo expectante y en silencio.

—Si no hay nada más, retírense —ordené con voz hueca.

Cuando la sala quedó vacía, mi padre se acercó.

—¿Estás bien, mia cara?

—Sí. Vete tú, necesito... Necesito procesar esto. Te veré en casa.

Levi se acercó para dejar un beso fugaz en mi coronilla antes de alejarse.

Salí del club por la puerta de emergencia, buscando el aire frío de la madrugada. Max estaba apoyado en su motocicleta y Matthew en su coche. Ambos me esperaban como dos centinelas oscuros.

Caminé directamente hacia Max.

—Me iré con Matthew —dije antes de que pudiera protestar.

—¿Por qué? —Su voz era un gruñido.

—Porque Levi va a llegar a casa en cualquier momento y no quiero que me vea bajar de tu Harley a estas horas —Puse mis manos en su rostro, tratando de calmar la tormenta en sus ojos—. Hablaremos luego, ¿sí?

Max me atrajo hacia él con una fuerza posesiva, reclamando mis labios en un beso brusco, casi violento, que sabía a advertencia dirigida a su hermano. Luego, montó en su motocicleta y la hizo rugir antes de desaparecer en la noche.

Me subí al coche de Matthew sin siquiera consultar pero pude ver por el rabillo del ojo un brillo en su iris, un claro sentimiento de victoria. El trayecto fue un desierto de palabras hasta que estuvimos a una calle de mi casa.

—Matthew —dije en un susurro.

—Dime —su voz estaba tensa.

—Lucchese dijo que no era suyo el francotirador —confesé y escuché como maldecía por lo bajo—. Pero hay mas.

—¿Más? —Lo miré y tenía el entrecejo fruncido, claramente confundido—. Maddox, ¿qué demonios sucede?

—En Nueva York... —dudé y tragué saliva—. Lucchese no iba a hacer negocios con nosotros, simplemente quería hacerle perder el tiempo a Levi.

Su expresión es de confusión total.

—No comprendo...

—Cuando supo que Red Dragon no era un mito hizo lo posible para que mi padre me lleve, él quería...

—Conocerte —termina por mí y asiento—. ¿Qué más?

Su voz se volvía más tensa.

—Solo quería saber si yo existía pero mantuvo su postura de no hacer negocios con nosotros.

—¿Y qué cambió?

—South lo buscó —lo miro y observo que su expresión cambia, es solo un segundo, algo atraviesa sus ojos. Lo veo tragar saliva pero se recompone nuevamente—. No sabe como se enteraron que él buscaba pasar por Chicago el cargamento pero lo saben...

—Y eso no significa nada bueno —dijo entre dientes—. Déjamelo a mí, ¿si? Yo me encargo.

—Algo ocurre, Matthew —confieso y puedo notar el temblor en mi voz—. Algo ocurre y no se qué, siento que algo se me escapa...

—Hey —me llama con su mano en mi mentón, me obliga a verlo y noto su expresión tranquilizadora. Trago saliva, hace mucho no hablábamos tanto y compartíamos un momento así, luego de lo que sucedió con su hermano no hemos vuelto a dirigirnos la palabra—. Yo me encargo, no te preocupes.

Asiento y él parece darse cuenta de lo que sucede, me suelta y vuelve a enderezarse en su asiento, como si nunca hubiera sucedido nada.

—¿Qué te dio Lucchese? —preguntó, olvidando lo de hace un instante.

El detalle del presente se me había olvidado hasta ese momento, busqué mi bolso y extraje la pequeña caja negra. La observé en detalle pero nada que me dijera que podía encontrar dentro: era pequeña, plana y de terciopelo negro. Bastante simple para alguien ostentoso como él.

—Un regalo, al parecer —dije mientras abría la caja negra. Dentro, un collar de perlas doradas con un dragón de zafiro rojo me devolvió el brillo de la luna. Lo saqué y me lo puse, usando el retrovisor. El

contraste del oro contra mi piel pálida era casi obsceno pero no se veía tan mal—. Quizás podría gustarme el dorado —murmuré.

Escuché un gruñido provenir de mi costado izquierdo y puse los ojos en blanco. Aun así, pude sentir su mirada oscura sobre mi como una caricia de fuego, tragué saliva y noté que no dejaba de mirarme.

Algo denso y caliente se instaló en el ambiente, el espacio pareció reducirse como si el coche pudiera hacerse diminuto.

—Lo elegí especialmente para ti —escuché que leía la tarjeta—. Espero que con esto puedas perdonarme, dulzura —cerré los ojos con fuerza. Supe en ese momento que fue mala idea dejar que la leyera—. ¿Perdonarlo por qué? ¿Y por qué te llama así?

Mierda.

—Debería entrar, Levi de seguro me está esperando…

—Maddox.

—Por favor, Matthew —supliqué.

—Dime. Qué. Hizo.

Tragué saliva.

—La reunión —murmuré—. No fue casualidad que Joffrey, su tío, se encontrará allí. Sabía lo que ocurriría y Lucchese vio la posibilidad de sacárselo de encima…

—Si tú le disparas —dijo con voz tensa.

—De hecho, él creyó que tú lo harías.

—Aún estoy a tiempo.

—Joffrey está muerto por mi bala, ¿lo olvidas?

—Pero puedo cargarme a Lucchese…

—¡No! —Lo interrumpí—. No harás eso —suspiré—. Por eso no quería decirte, tú y Levi son iguales —negué con un movimiento

lento de cabeza—. Tenemos un buen acuerdo, un buen negocio, ¿Qué más da si asesiné a un hombre? Me tengo que hacer a la idea de que esta es mi vida.

—No así, Maddox…

—Ya pasó y estoy bien, ¿de acuerdo?

Matthew no parecía convencido en absoluto; su mandíbula seguía tan tensa que juraría escuchar el crujir de sus dientes. Ignoré su escrutinio, le arrebaté la tarjeta de Lucchese de entre los dedos, un movimiento que se sintió como jugar con fuego, y la devolví a la caja antes de sepultar todo en el fondo de mi bolso.

Debería haber bajado del coche en ese instante. Debería haberme despedido con un adiós protocolario y refugiarme en la seguridad de mi casa para lavar el rastro de esta noche bajo una ducha hirviendo. El agotamiento me pesaba en los huesos, fruto de una semana de insomnio y planes de guerra, y aunque el misterio del francotirador era una nueva sombra en el horizonte, sabía que Matthew era el tipo de hombre que devoraba sombras para desayunar.

Él se encargaría, él podría resolverlo.

Pero no salí. Mis manos se quedaron quietas sobre el cuero del asiento. Había algo magnético en el aire, una estática peligrosa que me impedía alejarme. En lugar de huir, me incliné hacia él, invadiendo ese espacio personal que Matthew custodiaba con tanto celo. Él alzó una ceja, evaluando mi audacia con esos ojos fríos que parecían ver cada uno de mis pecados.

—¿Aún sigues molesto? —Murmuré.

—¿Aún sales con mi hermano? —Contraatacó él de inmediato.

—Sabes que sí.

—Entonces sí, Maddox. Aún sigo jodidamente molesto.

Niego, sintiendo una punzada de frustración mezclada con una confusión que empezaba a doler. Odiaba que usara a Max como un escudo para su propia ira.

—¿Qué se supone que significa eso? —bufé, mi aliento rozando su mejilla—. ¿Me estás dando un ultimátum? ¿Quieres que lo deje para que dejes de tratarme como si fuera una traidora? Eres un idiota, Matthew...

No tuve tiempo de retroceder. Antes de que pudiera recuperar mi espacio, la mano de Matthew se lanzó hacia adelante con la velocidad de una cobra. Sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello. Me atrajo hacia él con un tirón brusco, obligándome a inclinarme sobre la consola central hasta que mi rostro quedó a milímetros del suyo.

Me quedé helada, con los ojos muy abiertos. Había fuego en su mirada, un incendio contenido que amenazaba con incinerarnos a ambos. Mi corazón golpeó mi pecho con tal fuerza que temí que él pudiera sentirlo a través de su agarre. En mi mente, una voz me gritaba que rogara que Levi no se asomara por la ventana de la mansión; si mi padre nos encontraba así, la sangre correría antes del amanecer.

—No te estoy pidiendo que lo dejes —susurró él. Su voz era un siseo ronco, una caricia de papel de lija contra mis sentidos—. Si yo pudiera tenerte, Maddox, no te pediría nada. Te daría órdenes.

Sus dedos apretaron un poco más, marcando su territorio en la suave piel de mi garganta. Mi respiración se volvió errática, superficial.

—Y si no las cumplieras... te castigaría —continuó, su mirada descendiendo hacia mis labios y luego más abajo—. Te castigaría de una forma que te haría suplicar por más. Te gustaría tanto que terminarías odiándote por ello.

—Matthew... —Su nombre salió de mi boca como un jadeo roto, una rendición involuntaria.

La esquina de su boca se curvó en una sonrisa arrogante, letal. Sus ojos bajaron hacia mi pecho y sentí cómo la sangre se agolpaba en mis mejillas. No necesitaba mirar para saber que mis pezones

estaban duros, traicionando mi compostura ante el calor que empezaba a arremolinarse entre mis muslos.

—Dilo otra vez —pide en un susurro, arrugo la frente sin comprender pero noto como traga saliva con dificultad—. Di mi nombre otra vez. Necesito escucharte decirlo.

Trago saliva.

¿Qué demonios estaba sucediendo con él? ¿Por qué me pedía estas cosas? ¿Y por qué demonios yo estaba dispuesta a hacer lo que dijera?

—Matthew —jadeo.

Lo veo morder su labio inferior con fuerza mientras ladea un poco la cabeza, luego saca su lengua para acariciar su labio y solo puedo pensar en que necesito su lengua en otra parte.

Estaba mal. Todo esto era un error. Mi cuerpo debería vibrar por Max, no por su hermano mayor. ¿Qué tenían los hermanos Hardaway? Max era el incendio que quería quemarlo todo, pero Matthew... Matthew era la oscuridad que te enseñaba a amar el abismo.

—¿Max también te pone así? —Susurró, acercándose tanto que su aliento caliente se mezcló con el mío.

Mi mente era un caos de estática. Nunca me habría imaginado este lado de Matthew; el consigliere estoico se había evaporado, dejando paso a un depredador que me tenía acorralada. Y lo peor de todo era que mi cuerpo no quería huir. Quería que cerrara la distancia. Quería saber si sus labios sabían a la misma autoridad que sus palabras.

Coloqué mi mano sobre su muñeca, un intento patético de apartarlo, pero mi agarre carecía de fuerza. Él solo ejerció más presión, recordándome quién tenía el control.

—Te he hecho una pregunta, Maddox —insistió. El tono mordaz y posesivo de su voz me hizo vibrar por dentro.

Sabía la respuesta, y me aterraba. Max me hacía sentir viva, pero Matthew me hacía sentir suya. Max me tocaba y el mundo ardía, pero Matthew ni siquiera necesitaba ponerme un dedo encima para hacerme colapsar. Era esa voz autoritaria, esa promesa de castigo y orden lo que estaba haciendo que mi voluntad se deshiciera como azúcar en agua.

—No sabía que esto era una competencia —logré articular con un hilo de voz.

—Si yo decidiera entrar en el juego, Maddox, no habría competencia alguna —sentenció él, sus ojos brillando con una convicción absoluta—. Créeme. No quedaría nada de él en ti cuando yo terminara.

De pronto, la oscuridad en sus ojos se transformó en algo distinto. Fue como ver un eclipse en tiempo real; la lujuria posesiva fue devorada por una frialdad cortante. Como si un balde de agua helada lo hubiera devuelto a la realidad, recordándome quién era yo, quién era él y el abismo de deseo que acabábamos de abrir bajo nuestros pies.

Me soltó con una brusquedad cuidadosa, como si el enojo que baila en sus ojos no fuese excusa suficiente para ser brusco de verdad. El calor de sus dedos desapareció de mi cuello, dejando tras de sí un vacío gélido que me hizo temblar. Matthew se enderezó, clavando las manos en el volante con una fuerza tal que los nudillos se le pusieron blancos, como si intentara no saltar sobre mí de nuevo.

—Vete —masculló entre dientes.

Su voz ya no era ronca de deseo, sino de una furia contenida dirigida hacia sí mismo. Me quedé allí, parpadeando, con los labios entreabiertos y el pulso todavía martilleando en mis oídos.

—Matthew… —Su nombre salió como un susurro, cargado de una

confusión que me avergonzaba.

—Vete. Ahora —repitió, cerrando los ojos con fuerza. Sus hombros estaban rígidos, una muralla de hierro que volvía a levantarse entre nosotros.

Abrí la puerta y salí del coche casi tropezando. La brisa helada de Chicago me golpeó la cara, abrazando mi cuerpo febril y recordándome que estaba en la entrada de mi casa, a pocos metros de mi padre.

Caminé hacia la entrada principal con las piernas temblando, sintiendo todavía la presión fantasma de su mano en mi garganta. Mi mente era un torbellino de preguntas sin respuesta, pero una verdad se alzaba sobre el caos con una claridad aterradora.

No era solo Max. No era solo la adrenalina de lo prohibido.

Me excitaban ambos. De formas distintas, en niveles que no sabía que existían.

CAPITULO 41
maximo

por qué tu padre lleva ese nombre? —susurré contra su coronilla, inhalando el aroma a vainilla y cereza que siempre emanaba de su piel.

Maddox estaba ovillada sobre mi pecho, trazando con la punta de sus dedos los mapas de mis tatuajes y lunares. Cada roce era una pequeña descarga eléctrica que me recorría la columna.

Llevaba puesta una de mis camisetas negras; le quedaba grande, ocultando el dragón que marcaba su piel, pero revelando lo suficiente de sus piernas como para mantener mi sangre en un punto de ebullición constante.

Se había convertido en mi adicción verla así: marcada por mi ropa, reclamada por mi espacio.

—Es decir... —insistí, pasando mi mano por la curva de su cadera — ¿No debería sonar más... italiano?

Ella soltó una risa suave que vibró contra mis pectorales. Se incorporó un poco, y esos ojos esmeralda me atraparon con una intensidad que me hizo apretar la mandíbula.

—¿Qué? ¿Preferirías que se haga llamar Dante Salvatore? —Alzó ambas cejas con diversión.

—Dante es mucho más italiano que Levi —murmuré.

La veo poner los ojos en blanco.

—Yo tampoco tengo un nombre italiano, Máximo —murmuró, con esa voz que siempre parecía un secreto—. De hecho, Maddox me parece un nombre extraño para una Salvatore.

—A mí me gusta —hundí mis dedos en su cabello, tirando ligeramente hacia atrás para que me mirara mejor. Ella cerró los

ojos, entregándose al placer del dominio—. Maddox. Suena a algo que no puedes retener entre las manos.

Ella sonrió con tristeza y volvió a recostarse.

—Mis abuelos eran inmigrantes —dijo en un susurro cargado de emoción. Era la primera vez que me hablaba de ellos—. Llegaron después de la guerra, cuando ser italiano en Chicago era sinónimo de tener una diana en la espalda.

—No fueron bienvenidos —comenté y ella negó.

—Tuvieron que borrar sus huellas para sobrevivir…

—Y en el proceso, crearon un imperio de sombras —añadí.

—Algo así —Maddox hace una mueca—. Mi abuela decía que el nombre marca el destino. Levi significa unión, el que mantiene a los suyos juntos —se encogió de hombros—. Supongo que tiene sentido.

Arrugué la frente. La palabra «unión» y la figura de Levi Salvatore no encajaban en mi cabeza. Para mí, él era el hombre que movía los hilos de nuestras vidas como si fuéramos marionetas desechables.

Claro que no podía decirle eso a Maddox.

—¿Qué? —Maddox me observó, detectando mi rigidez—. ¿Qué es esa expresión?

En lugar de responder, la atraje hacia mí. La besé con una urgencia que buscaba silenciar sus preguntas. Ella trepó sobre mi cuerpo, sus rodillas se clavaron a ambos lados de mis caderas y, por un momento, el mundo exterior desapareció. El roce de su entrepierna contra mi ropa interior era una tortura exquisita. Pero cuando intenté profundizar el contacto, ella puso una mano firme en mi pecho.

—Siempre haces lo mismo —dijo, su voz ahora era un hilo gélido

de neutralidad.

—¿El qué?

—Besarme para que me calle.

—¿Qué? Claro que no…

—Intentas distraerme con sexo cada vez que el nombre de mi padre sale a la luz. ¿Crees que soy tan fácil de manejar, Max?

Tragué saliva. La perspicacia de Maddox era tan letal como su entrenamiento.

—Hablar de Levi me pone distante porque no es el tema que prefiero cuando te tengo así, casi desnuda sobre mí —gruñí, apretando mis manos en su cintura, marcando mi posesión.

—No juegues conmigo —advirtió, sus ojos oscureciéndose—. ¿Cuál es tu problema real con él?

Cerré los ojos con fuerza, intentando contener la bilis que subía por mi garganta. Si era honesto, podía perderla. Si mentía, la brecha entre nosotros se haría insalvable.

—¿No te parece que tu padre sobrecompensa demasiado? —escupí al fin.

La vi parpadear con rapidez. Como si estuviera procesando mis palabras y fracasara en el intento. Noté el momento exacto en el que su expresión se transformó y el atisbo de la Maddox impulsiva que tomaría su arma se hizo presente. Tragué saliva. Era como ver a su propio padre.

—¿Sobrecompensar? —Pronunció cada sílaba como si fuera una palabra desconocida—. ¿De qué demonios hablas?

—Esa fachada de Robin Hood de la mafia, rescatando huérfanos para su ejército personal... Como si nos estuviera haciendo un maldito favor al darnos una vida como esta.

Maddox se tensó y se apartó de mí, sentándose en el borde de la cama. El frío del espacio vacío que dejó dolió más de lo que

esperaba.

—¿Eso es lo que crees? —su voz tembló de incredulidad.

—Maddox…

—¿Crees que los adoptó por culpa? —Me encojo de hombros y sus ojos brillan de furia—. No puede ser real lo que estoy escuchando —murmura mientras busca su ropa—. Luego de todo lo que ha hecho mi padre por ustedes…

—No le debo nada a Levi Salvatore —dije entre dientes, incorporándome.

—Le debes lealtad, Max. Y respeto —me interrumpe apuntándome con un dedo—. No porque te haya rescatado, sino porque es tu Don e hiciste el omertá, ¿o debo recordarte que sucede si lo rompes? —Me recordó, y su tono tenía ese filo de acero de la familia Draghi—. Y no todos son huérfanos en este negocio, por Dios.

—Jace y Will lo son —contraataqué.

—Bien, cuatro personas incluyendo a Matthew y a ti. ¿Y qué? Ellos no se quejan de las oportunidades que han tenido —Maddox me miró con una madurez que me recordó que, aunque por mucho tiempo fue un fantasma entre las sombras, es, al fin y al cabo, la heredera de todo esto—. ¿Qué es lo que debería sobrecompensar, Levi?

Trago saliva.

—Lo que quiero decir —comencé, intentando suavizar el tono pero fallando—, es que quizás él hace todo esto por ti. Para compensar que nunca fue el padre que necesitabas.

Silencio. Un silencio denso, pesado, peligroso. Sé que si pudiera, estaría apuntándome con su arma en este preciso momento.

Maddox me miró con horror antes de que la furia borrara cualquier otro rastro de emoción. Se levantó de la cama de un salto

y empezó a vestirse con movimientos mecánicos.

—Mierda, Maddox... lo siento. No quise que sonara así.

—No tienes ni puta idea de quién es mi padre, Máximo —se giró, enfrentándome con la barbilla en alto—. Es tu jefe. Conoces al Don, no al hombre. No vuelvas a hablar de mi familia como si tuvieras derecho a juzgarla.

—Lo siento…

—No —zanjó—. Quiero que quede algo muy en claro. No importa que sienta por ti, nada se compara con el amor y la lealtad de los Salvatore.

Sus palabras fueron un baldazo de agua fría. Un cachetada de realidad que me hizo recordar con quien me estaba metiendo.

Maddox Salvatore no era una niña mimada y malcriada de papi, era, por excelencia, el arma de los Draghi. Su lealtad y amor por su padre estaba lejos de ser por el hecho de que le haya comprado juguetes de niña. Todo lo contrario. Levi la había criado como un arma dispuesto a usarla en cuanto tuviera la oportunidad y ella solo podía pensar dentro de la fe ciega de su padre.

Un arma, pienso, Maddox no es más que un arma que su propio padre está dispuesto a usar.

Pero eso no es lo que más me aterra sino el hecho de que ella lo sabe y está dispuesta a lo que sea por su padre.

No puedes luchar contra eso, Max. Todo esto tendrá fecha de caducidad si no puedo lograr ponerla de mi lado antes de que llegue el momento.

—¿Por qué trabajas para él?

Su pregunta me tomó por sorpresa y la vi cerca del borde de la

cama, completamente vestida, lista para irse. Me acerqué, aun con el torso desnudo pero mi vaquero negro puesto. Caminé lentamente mientras observaba su mirada fría y calculadora. Otra vez el brillo de la duda y la sospecha, ¿Cuándo había comenzado esto?

Estaba más que claro que no era el único que guardaba secretos, Maddox tenía sus sombras.

—¿De qué hablas? —Susurré.

—Lo que escuchas —repitió mientras se cruzaba de brazos a la altura del pecho—. ¿Por qué trabajas para él? Parece que lo odias.

—No odio a Levi —incluso las palabras fueron difíciles de pronunciar—. Pero tampoco es mi persona favorita.

Alzó una ceja ante mis palabras y puse los ojos en blanco.

—Por favor, Maddox —solté un suspiro que supo a derrota—. No todos tenemos la suerte de Matthew. Él lo ve con una gratitud que roza lo patológico.

Ella puso los ojos en blanco, pero no se alejó. Aproveché ese milímetro de apertura para acortar la distancia.

—Levi es el Don —continué—. Le juramos lealtad porque la alternativa es una fosa común, no porque lo amemos. En nuestro mundo, el afecto es una debilidad que se desangra rápido. Pensé que ya habías aprendido que aquí nadie regala nada sin una soga atada al cuello.

Sus ojos buscaron los míos, analizando cada fibra de mi expresión. Podía ver el engranaje de su mente trabajando, tratando de descifrar si yo era su refugio o su próxima ruina.

—¿Todos en la organización piensan así? —preguntó, y su voz sonó pequeña, casi quebradiza.

Me encogí de hombros, dejando que mis dedos rozaran accidentalmente su brazo.

—No me interesa lo que piensen los demás. Yo sé dónde piso.

—Lo odias —sentenció ella.

—Lo respeto —corregí de inmediato, invadiendo su espacio personal hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. Sus ojos bajaron un segundo a los tatuajes de mi pecho antes de volver a chocar con los míos—. Pero hay otra razón por la que trabajo para él.

—¿Otra razón? —Sus cejas se juntaron—. ¿Es otro de los secretos que guardas bajo llave, Hardaway?

Pasé la lengua por mi labio inferior, saboreando la anticipación. Maddox era demasiado inteligente para alimentarla con mentiras baratas. Si quería que fuera mi aliada, tenía que darle algo a cambio.

—Mis padres —solté en un murmullo. El brillo de curiosidad en su mirada se intensificó—. Necesito saber qué pasó realmente. Y tu padre es el único que tiene las llaves de ese misterio.

Maddox tragó saliva; vi el movimiento errático de su garganta. Bajó la vista, procesando la información, y el silencio se volvió tan denso que casi se podía tocar.

—Todavía buscas respuestas —susurró—. Creí que...

—¿Qué lo había olvidado? —Niego—. No podría olvidar algo como eso, Maddox. Hay cosas que se quedan grabadas a fuego en la sangre.

—No, claro que no creo que lo hayas olvidado —se apresura a decir y suspira mientras pasa sus manos por su rostro—. Solo que… quizás… No lo sé, Max. No creo que sea tan simple como acercarte un día y preguntarle a Levi que sucedió. Porque eso dejaría en evidencia que no crees la versión oficial, entonces…

—Sería sospechoso —termino por ella—. Como lo soy para ti, ¿cierto?

Ella hizo una mueca, tratando de apartar la mirada, pero no se lo permití. Deslicé mi mano hacia su rostro, colocando un mechón rebelde tras su oreja. Mis dedos rozaron su piel y sentí su

estremecimiento.

—Maddox... no me mientas. Sé qué es lo que escondes cuando me miras. A veces dudas de cada palabra que sale de mi boca —ella se mordió el labio, confirmando mi teoría—. Y está bien. Te criaron para desconfiar de tu propia sombra. En tu posición, yo haría lo mismo.

Deja escapar un suspiro profundo.

—Lo siento —admitió—. A veces la duda me consume. Levi me enseñó que en esta vida nadie se acerca a una Salvatore sin un precio en mente. Soy una moneda de cambio, Max. Soy…

—Un arma —asiente y suspiro mientras me acerco otra vez—. Un arma que él no quiere que nadie más empuñe —Me acerqué más, rodeando su rostro con mis manos, obligándola a ver la devoción, y la obsesión, en mis ojos—. Lamento lo que dije de él. No tengo derecho a cuestionar si ha sido un buen padre para ti

—No, no lo tienes —respondió ella, aunque su tono había perdido el filo.

—Pero mantengo lo que dije: es el Robin Hood más retorcido que he conocido —ella soltó una risa seca, negando con la cabeza—. Escucha, mi sed de respuestas no tiene por qué ser un muro entre nosotros. No quiero que me elijas a mí sobre él...

Una pequeña arruga se formó en su frente.

—No lo veo como un problema, en tu lugar querría respuestas —dice y suspiro con alivio—. Y no creo que llegues a ponerme en una posición de elegir entre mi padre o tú porque sabes que saldrías perdiendo —me dedica una sonrisa triste.

Trago saliva. Tiene razón y eso no me gusta para nada.

—Gracias por entenderlo —susurro a centímetros de sus labios.

Maddox subió sus manos a mi cuello, sus uñas arañando suavemente mi nuca, reclamando su lugar. Cerré los ojos, rindiéndome al contacto, perdiéndome en todas las posibilidades que

se abrían ante mí y entonces lo supe: este era mi momento.

—Princesa —susurré, dejando que el apodo colgara entre nosotros como una promesa y una advertencia.

—¿Mmh? —Maddox abrió los ojos. Me miraba con una calma que me revolvió el estómago; no estaba acostumbrado a verla tan desarmada. Rozamos nuestros labios y sentí su vibración cuando soltó una risa suave—. ¿Qué ocurre, Max?

Tragué saliva, pero no por nervios. Era la adrenalina del cazador que ve a su presa caminar voluntariamente hacia la red. Sabía que esto podía estallar en mi cara, pero el premio era demasiado tentador.

—Necesito pedirte algo.

Su expresión se tornó curiosa, pero no vi ese brillo de sospecha que siempre la mantenía alerta. Sabía que este era el momento.

—Claro, dime.

—¿Confías en mí? —La pregunta fue un dardo cargado de veneno. Algo cruzó su mirada, una sombra de duda que se evaporó tan rápido como llegó—. Necesito saberlo, Maddox. De verdad.

Noté su garganta temblar. Tras un silencio que pareció eterno, asintió.

—Sí. Confío en ti.

Llené mis pulmones de aire, preparando el golpe final. Podría haber inventado cualquier excusa barata, pero Maddox respetaba la audacia.

—Quizás tú podrías hablar con él por mí —solté, observando cada milímetro de su reacción.

El ambiente se volvió glacial de inmediato. Maddox entornó los ojos y sentí la ausencia de sus manos en mi nuca cuando se alejó. La distancia física dolió, pero la frialdad en su mirada dolió más.

—¿Quieres que le saque información a mi padre?

—No es eso, yo...

—Es exactamente lo que quieres —me cortó, y su voz recuperó ese tono de acero propio de una Salvatore. Se mordió el labio inferior, negando con la cabeza—. Max, ¿qué pretendes? ¿Que traicione a mi sangre? ¿Que le mienta a Levi? ¿Eso es lo que me pides?

—No, por supuesto —suspiré—. Sé que contigo es diferente —insistí, manteniendo mi voz baja y seductora, acercándome a pesar de su resistencia—. Sé que él baja la guardia cuando está contigo.

—Por supuesto que lo hace —dice entre dientes—. No puedo usar eso.

—Maddox...

—Es mi padre, Max —me recordó con dureza—. En esta familia, lo que se dice entre nosotros muere con nosotros. La omertá no es solo para los soldados; es nuestra ley de vida.

Sostuve su mirada, dejando que el silencio pesara.

Sabía que no debía presionar más. Había plantado la semilla, y si algo sabía de Maddox, es que su curiosidad, y lo que sentía por mí, terminaría por germinarla. Suspiré, fingiendo una derrota que no sentía, y besé su coronilla con una ternura calculada.

—Tienes razón —susurré contra su pelo—. Lo siento. Es solo que... estoy desesperado por respuestas. Ver cómo Matthew me oculta la verdad me vuelve loco.

Me alejé un poco, manteniendo su rostro entre mis manos como si fuera una reliquia sagrada. Ella me observó, y pude ver la grieta en su resolución.

—De acuerdo —dijo casi en un susurro.

—¿Qué?

—Hablaré con Levi —soltó un suspiro largo, como si estuviera

entregando una parte de su alma—. Veré qué puedo averiguar, pero no te prometo nada, Max. Si esto sale mal...

No la dejé terminar. La silencié con un beso feroz, hambriento. Mis manos bajaron por su cuerpo, marcando su cintura, atrayéndola hasta que no quedó un solo milímetro de aire entre nosotros. Ella se entregó, hundió sus dedos en mi cabello con una urgencia que me quemaba. Nuestras lenguas se encontraron en una batalla silenciosa, y tuve que usar todo mi autocontrol para no llevarla de vuelta al colchón y reclamarla hasta que olvidara su propio apellido.

En su lugar, la besé con una lentitud casi dolorosa, acariciando su espalda con una suavidad engañosa. Quería que creyera que este era su lugar seguro. Que en mis brazos el mundo exterior y las reglas de la mafia no podían tocarla.

Aunque todo fuera una mentira.

Me alejé a regañadientes, ganándome una mirada furiosa pero fue tierno verla con los labios hinchados y las mejillas rosadas.

—Espera un momento —pedí mientras me alejaba hacia el costado de mi cama.

Abrí el cajón de la mesilla, saqué una pequeña caja roja y volví a acercarme a ella. Sus ojos me observaron confundida cuando me acerqué para entregarle el regalo, luego se abrieron de par en par al ver el interior. Dentro había un pasador de pelo: perlas finas engastadas en oro con grabados antiguos.

—Era de mi madre —susurré—. La única cosa bella que sobrevivió a aquel accidente.

Maddox acarició las perlas con una reverencia que me conmovió.

—Max, es precioso...

—Es tuyo.

Sus ojos verdes se dirigieron a los míos con rapidez, comenzó a negar pero noté el brillo en su iris.

—No, Max. No puedo aceptarlo, es demasiado importante…

—Tú eres importante.

La veo tragar saliva y vuelve a ver el pasador, se muerde el labio inferior y estoy seguro de que no podrá resistirse mucho más.

—Max…

—Eres la persona más importante de este jodido mundo —confieso con un nudo en la garganta—. De mi mundo.

Sus ojos brillan y me contengo para no besarla.

—Máximo...

—Eres la única persona que quiero que lo lleve —la callé con un beso, hundí mi lengua en su interior y dejó escapar un jadeo. Me contuve para no ir más allá—. Ahora, quédate quieta. Déjame ver cómo brilla en tu pelo.

CAPITULO 42
maddox

si estaba dispuesta a traicionar la confianza de mi padre, no era por un capricho adolescente. Lo que sentía por Max Hardaway era una marea negra que me arrastraba hacia profundidades que no conocía. No era solo sexo, aunque me habría encantado asegurar que solo a eso se debía la manera en la que me comportaba. Pero no lo era, sentí que se trataba de una conexión visceral que me asustaba en la misma medida que me excitaba.

Jamás había sentido algo así y creí descartar esa posibilidad hace mucho tiempo, cuando el primer chico que me besó acabó a metros bajo tierra gracias a Matthew, entonces ahí comprendí que no había venido a este mundo a ser una chica común y corriente, era un arma. Debía actual como tal.

Estaba claro que había roto todas las reglas, porque no debía sentir esto que siento por el soldati de mi padre, no debería sentir nada. Sin embargo, lo sentía todo. Sentía tanto que no tenía lógica.

En mi mundo, el amor es una debilidad que se paga con sangre, pero yo ya estaba condenada.

Había pasado la mañana sumergida en una normalidad fingida. Levi se había ido temprano, dejándome el desayuno y una nota cargada de ese afecto paternal que ahora, tras las palabras de Max, me sabía a ceniza. Sobrecompensación.

La palabra me golpeaba las sienes mientras recorría los pasillos de nuestra mansión.

¿Era eso lo que hacía mi padre? ¿Sobrecompensar?

Aparté de inmediato esas ideas. Sí, mi familia era algo fuera de lo

común, bien sabía que mi padre no era un padre normal y en consecuencia, yo tampoco lo era. Y sí, me había criado como un arma más que como una hija pero sabía reconocer lo que brillaba en sus ojos cuando me veía y no era solo orgullo, era amor. Un amor oscuro y retorcido, pero al fin y al cabo, era el único amor que sabía ofrecer en este mundo.

Suspiré mientras entraba a la cocina y llenaba un vaso de cristal con zumo de naranja. Mi padre había salido temprano por cosas de la empresa, debían llegas repuestos de China así que estaba sola. Sabía que si quería hacer algo ese era el momento.

Y debía admitir que aunque Levi Salvatore no sobrecompensaba, sí escondía muchos secretos.

Entré en el despacho de mi padre luego de colocar mi cumpleaños como la clave de seguridad. El aroma a tabaco caro y cuero me envolvió. Se me ocurre que, si pronto este sería mi reino, era justo que empezara a conocer sus secretos.

O quizás era lo que me repetía mientras me adentraba en el despacho a sabiendas de que esto se podría sentir como una traición a Levi. Hice caso omiso a mis miedos y pase la vista por todo el lugar frente a mi: descarté de inmediato los cuadernos revestidos en cuero de la biblioteca, sabía que no eran más que libros de cuenta corriente de la empresa automotriz.

A veces olvidaba que eran dos negocios los que lideraba Levi Salvatore, aunque la venta de coches de lujo era más un hobbie para él que mantiene a flote como fachada y por pedido de mi abuela.

—Su última voluntad antes de morir —susurré mientras acariciaba los lomos de los cuadernos con la yema de mis dedos.

Ignoré la caja fuerte; era demasiado inteligente para intentar forzarla sin el equipo adecuado. En su lugar, me concentré en el escritorio de caoba. Pase mi mano por la base de madera mientras lo rodeaba hasta llegar a la silla de Levi, me desplomé sobre esta y

observé los cajones frente a mí. Arrugué la frente cuando mis ojos se fijaron en un cajón inusual en el lado izquierdo. Un archivador oculto bajo una cerradura que gritaba prohibido.

Sonreí de lado. De todas las cosas que un Don le enseña a su heredera, forzar cerraduras era mi especialidad. Saqué un pasador de mi cabello, lo doblé con precisión y lo introduje en la ranura. Dos segundos de tensión, un giro preciso y... Clic.

El cajón se deslizó con un susurro.

Tragué saliva.

Era la primera vez que hacía algo como esto y dudé, quizás todo podía resolverse hablando con Levi. Pero, ¿me diría algo?

El archivador contenía diferentes carpetas color madera, supe reconocer los expedientes porque tenía uno igual en mi habitación con la información necesaria de cada persona de mi vida. Me detuve en la letra H y mi corazón se saltó un latido al ver uno que llevaba el nombre de mi mejor amiga. Por un momento, la curiosidad fue más fuerte y lo extraje, lo abrí sobre el escritorio y comencé a hojearlo de forma superficial. Tragué saliva al llegar a una foto de un hombre que era la réplica de Penny.

Cerré el expediente con fuerza y volví a guardarlo.

Siempre fueron mi mejor amiga y su madre, nunca necesitaron de nadie más. Maggie, la madre de Penny, era increíble, pero luego de que su padre la abandonó nunca rehízo su vida y se dedicó a ser lo todo lo que Penny alguna vez necesitase. Un par de años atrás mi mejor amiga me pidió ayuda para buscar a su padre, intenté hacerlo pero no logré mucho. Penny decidió dar por finalizada la búsqueda y me prometió no mencionarlo otra vez.

Y mi padre tiene un expediente con un tamaño del doble que un expediente promedio.

Otro apellido llamó mi atención en la misma letra y lo extraje, era

pesado y grueso. En el frente se leían dos nombres:

MILENKA Y JACOB HARDAWAY

Los padres de Max y Matthew.

Trago saliva.

¿Por qué mi padre tendría un expediente de sus mejores amigos? ¿Por qué el expediente era el doble de grueso que cualquier otro? ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Mis manos temblaron al sacarlo pero me congelo cuando mi móvil emite una vibración y lo extraigo de mi bolsillo trasero, abro los ojos al ver la notificación de detección de movimiento de la cámara exterior.

Levi.

Cerré el cajón, guardé el archivo en mi bolso y salté al sofá de terciopelo, abriendo un libro al azar justo cuando la puerta se abría.

Levi entró. Su figura recortada contra la luz del pasillo imponía un respeto que me hizo encoger los hombros. Se veía agotado, pero sus ojos se suavizaron al verme.

—¿Escondida aquí de nuevo, abejita? —Su voz era cálida, pero mis sentidos estaban en alerta máxima—. Me recordaste a cuando tenías seis años y te refugiabas aquí para huir de las clases de piano.

—Es el único lugar de esta casa que no se siente como un museo —admití, forzando una sonrisa.

Él se sentó a mi lado, hundiendo el sofá.

—Tu madre odiaba esta casa. A veces pienso que fue una de las razones por las que se fue —Levi cerró los ojos un momento.

—Nora se fue porque quiso —zanjé.

Abrió los ojos y giró la cabeza para verme, me dedicó una sonrisa cansada.

—Me arrepiento tanto de haberte dejado vivir con una imagen de

tu madre que no es correcta —suspiró—. Mucho menos justa.

Tragué saliva.

—Siempre siento que guardas secretos conmigo —murmuré.

Algo brilló en su iris verde.

—Lo hago. Es parte de cuidarte, Maddox —me encojo de hombros y él suspira, volviendo la vista hacia el techo—. Me pasé muchos años enojado con tu madre, a veces aún lo estoy. Por eso dejé que construyeras la imagen de Nora que mejor se adecue.

Bajo la vista a mi regazo. No sé qué decir.

—Quizás debí dejar que te fueras con ella. Habrías tenido una vida normal.

Trago saliva. Me recordó las palabras de Máximo.

—La normalidad para Nora es una fiesta eterna y desfiles de moda —bromé, aunque mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Es menos peligroso que esto, Maddox —se levantó y caminó hacia su escritorio. Me puse de pie, lista para huir, pero su voz me detuvo en seco—. ¿Hay algo que deba saber sobre ti y Máximo Hardaway?

Me quedé helada.

Lo sabe.

Por supuesto que lo sabe. Es el Don de Chicago; nada ocurre bajo su techo sin su permiso.

—Nos conocemos de la universidad —digo, fingiendo indiferencia.

Levi asiente como si fuera lo suficientemente obvio mi comentario.

—Eso lo sé, Maddox.

—Claro —murmuró—. Somos… ¿amigos? —Alza una ceja claramente divertido—. Es decir, nos llevamos bien. Es… amable.

—¿Amable? —se cruza de brazos y sonríe—. Habría esperado cualquier palabra para definir a uno de mis soldati menos esa.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes a qué me refiero —murmuro—. ¿Es un problema? —Pregunto.

Levi se encoje de hombros.

—No es un problema mientras todo quede claro —algo en el tono de su voz se afila y me pongo en alerta—. Tú eres una Salvatore, Maddox.

—Lo sé —digo con un nudo en la garganta.

—Puedo ser permisivo, puedo permitir que te… diviertas —dice y no puedo creer que escuche hablarlo de esa manera—. Pero no puedes dejarte llevar.

—Levi…

—No hay lugar para eso en nuestro mundo —zanjó—. Solo quiero que lo recuerdes.

Asiento.

—Entiendo —digo en voz baja.

—Confío en ellos —suspira—. Sus padres eran mis amigos. Su hijo mayor es mi mano derecha, confío en Max. Siempre y cuando entienda de límites.

Vuelvo a asentir y entonces veo la oportunidad perfecta.

—Eran mejores amigos —comento. Levi asiente—. Los recuerdo.

Arruga la frente mientras se deja caer en la silla tras su escritorio.

—¿Los recuerdas?

—A Milenka, principalmente —me encojo de hombros—. ¿Cómo se conocían?

Levi sonríe con diversión.

—Milenka era la mejor amiga de tu madre —mi corazón se salta un latido. ¿Cuántos datos importantes desconozco de mi madre? —. Ella nos presentó, conozco a Jacob desde que le salvé el trasero en una pelea —la mirada de mi padre se volvió melancólica—. Luego del accidente supe que debía hacerme cargo de esos chicos.

—¿Cómo fue? El accidente, quiero decir.

La atmósfera cambió en un latido. Los ojos de mi padre se volvieron pozos de sospecha.

—¿A qué viene ese interés, Maddox?

—Nunca me lo contaron. Solo... curiosidad.

—Un conductor ebrio —dijo él, y su tono sonó demasiado ensayado—. Pero si quieres la historia completa, deberías hablar con Matthew. Él estaba allí. Él sabe lo que yo no puedo decirte.

«Él sabe lo que yo no puedo decirte».

Esas palabras quedaron suspendidas en el aire como una sentencia.

Salí de la oficina sintiéndome mareada. Al llegar a mi habitación, cerré la puerta con llave y saqué el expediente. ¿Por qué mi padre guardaba un archivo tan denso de dos personas muertas hace años? ¿Por qué la historia completa parecía ser un tabú?

Llamé a Max. Una, dos, cinco veces. Nada. Tragué saliva, me había acostumbrado a que desaparezca constantemente aunque no me agradaba. Sentía mi corazón latir desbocado, como un caballo de carreras que está a punto de llegar a la meta final. Pero yo corría hacia la verdad de un secreto que sabía no me correspondía a mi descubrir. Pero el expediente…

Mi móvil comenzó a vibrar en mi mano trayéndome de vuelta a la realidad. El nombre de mi mejor amiga brillando en la pantalla me

hizo suspirar de alivio.

—¡Necesito tu ayuda! ¡Crisis de armario! —Su voz chillona fue el ancla que me devolvió a la realidad.

Dejé escapar una risa.

—Cálmate y dime que sucede —dije tranquila recostándome en la silla, pero sin poder quitar la vista de la carpeta frente a mí.

—Tengo una cita y necesito que me ayudes a elegir un vestido —suspiró con melancolía— ¡Ven ya!

—¿Un vestido? —Pregunté confundida—. Penny, estamos en otoño...

—¡Al diablo el frío! Ven, te necesito.

—De acuerdo —murmuré.

Finalicé la llamada y volví a ver el expediente frente a mí.

«Él sabe lo que yo no puedo decirte».

—No me corresponde a mi leer esto —murmuré mientras guardaba el expediente en el cajón de mi escritorio bajo llave—. Los hermanos Hardaway deberán hacerse cargo de sus malditas mentiras y problemas.

Aunque quizás Levi esté involucrado y eso me involucre a mí.

Teclee un mensaje rápido para mi padre avisando que estaría fuera con Penny mientras salía de casa. La noche empezaba a devorar las calles de Chicago. Caminé rápido; solo eran cinco calles hasta la casa de Penny, por supuesto que Levi jamás me dejaría relacionarme con alguien fuera del territorio. Y lo cierto era que la familia Hillston tenía guardias que trabajaban para nosotros, aunque no tuvieran idea.

Estaba tan concentrada en los mensajes sin responder de Max que no vi la sombra hasta que choqué contra ella.

Frente a mi había un cuerpo sólido y alto como un muro de

granito, y unas manos fuertes me sujetaron por los hombros para evitar que cayera.

Alcé la vista y mi corazón se saltó un par de latidos.

—Luc.

El pelinegro me dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos oscuros.

—Maddox. Qué coincidencia encontrarte sola tan tarde.

—Iba a ver a Penny. Lo siento, no te vi —intenté zafarme, pero su agarre se volvió de acero y lo miré arrugando la frente.

—No deberías andar por aquí sin escolta —se inclinó hasta acercarse a mi rostro—. Chicago puede ser peligroso de noche.

Alcé una ceja desafiante.

—Sé cuidarme sola, Luc —intenté alejarme pero otra vez su agarre me lo impidió. De acuerdo, ya no era chistoso—. ¿Qué haces? —Pregunté—. Suéltame…

—¿Sabes? Yo no quería hacer esto así —comenzó a decir y lo miré confundida—. No debería haber sido yo, créeme, pero tuvimos un problema de último minuto.

—¿Te volviste loco? —Otra vez intenté soltarme de su agarre pero era imposible—. ¿Qué demonios te ocurre? ¡Suéltame!

—Decidí tomar cartas en el asunto —él seguía hablando, ignorando por completo mis palabras—. Sé reconocer cuando hay dudas en el equipo, ¿lo has sentido alguna vez?

Este tipo estaba loco.

—¿De qué demonios hablas? —Dije entre dientes.

—No debía ser yo, debía ser él —se encogió de hombros—. Pero a veces me toca ensuciarme las manos.

Arrugué la frente y me congelé.

Mierda.

—¡Suéltame! —Chillé. Intenté empujarlo pero no cedió del todo y sus uñas comenzaron a clavarse en mis brazos—. ¡Suéltame pedazo de…!

—No lo hagas más difícil, cariño.

Antes de que pudiera gritar, antes de que pudiera recordar las lecciones de combate de mi padre, sentí un pinchazo agudo en el cuello. Un calor líquido se extendió por mis venas, apagando mis músculos, nublando mi vista.

Lo último que vi fue la sonrisa de Luc, distorsionada y oscura.

Y luego, el vacío me reclamó.

CAPITULO 43
maddox

la oscuridad se siente como una presencia densa y asfixiante. Como si fuese otra persona intentando apoderarse de mí. Me engulle, pesada y húmeda, pegándose a mi piel como una mortaja. Intento correr, pero mis pies no encuentran suelo.

Caigo. Una y otra vez, el abismo me reclama hasta que el negro es lo único que reconozco como hogar.

Mi cerebro envía órdenes que mi cuerpo ignora.

Levántate. Muévete. Grita.

Pero mi sistema nervioso parece desconectado, como si los cables hubieran sido arrancados de cuajo.

No entres en pánico, Maddox.

Intento consolarme pero es inútil, lo último que recuerdo es ser arrastrada por la oscuridad. Ahora despierto aquí. Pero ¿dónde es aquí?

Entonces, lo siento.

Algo frío y áspero roza mis piernas. Una caricia lenta y deliberada recorre mi piel, sube por mi pantorrilla con una confianza que me revuelve el estómago. Soy dolorosamente consciente de mi desnudez parcial.

¿Quién me desnudó? ¿En qué momento sucedió esto?

Cualquier pregunta que me haga ahora no tendrá respuesta porque no sé cuánto tiempo pasé inconsciente y lo que habrán hecho conmigo en esos momentos.

Trago saliva cuando siento la bilis subir por mi garganta. Presiono los párpados con fuerza. Si abro los ojos será peor porque veré a

que me enfrento. No quiero ver qué me espera del otro lado. Quiero despertar en mi cama. En casa de mi padre.

El aire frío golpea mi piel como un látigo y fuerzo mis párpados a mantenerse presionados, quizás pueda fingir que sigo inconsciente. Quizás...

—Hora de despertar, dulzura.

Abro los ojos de golpe y todo mi cuerpo se pone en acción. El movimiento es instintivo, pero un tirón violento en mis muñecas me devuelve a la realidad. El metal muerde mi piel y soy consciente de que estoy encadenada.

Aparto la vista del metal y lo primero que veo es una sonrisa: una hilera de dientes demasiado blancos enmarcados por unos ojos oscuros y vacíos.

No lo conozco. Pero puedo reconocer las intenciones que esconden un par de ojos cuando los tengo en frente, en mi mundo siempre fue así. Y sé, con una seguridad que me aterra, que él cree que soy su propiedad.

O, lo que es peor, su juguete.

—¿Quién…? —Mi voz es un graznido seco.

Él no responde. En su lugar, aprieta su mano sobre mi muslo, justo donde termina la tela de un vestido viejo y sucio que no reconozco. Sus dedos se entierran en mi carne con una fuerza que me hace chillar. El dolor es un destello blanco que atraviesa mi mareo.

—Me preguntaba cuándo ibas a despertar —dice, recorriéndome con una mirada que me hace sentir más sucia que el suelo de esta celda—. El jefe se está impacientando, y cuando él se impacienta, yo pierdo pedazos de mi paciencia… y tú, bueno —deja escapar una risa ronca—. Tu podrías perder cosas peores.

Acerca su mano a mi mejilla pero intento moverme.

—No me toques —siseo, intentando forcejear, pero las cadenas a

los lados de mi cabeza me mantienen en una posición de vulnerabilidad absoluta.

—Oh, la princesa de Chicago tiene garras. Qué tierno —se ríe, una vibración ruda que me hiela la sangre—. Lástima que aquí los Salvatore no son más que un nombre en una lista de deudas pendientes.

Entrecierro los ojos.

—¿Quién eres? —digo entre dientes y él sonríe.

—Lo descubrirás pronto, princesa.

Antes de que pueda procesarlo, me pone una bolsa de tela sobre la cabeza. La oscuridad vuelve, pero esta vez huele a moho y a pánico. Siento el clic del metal liberándose solo para ser reemplazado por otro: mis manos ahora están esposadas frente a mí. Me arrastra, mis pies apenas rozan el suelo mientras me lleva por un pasillo que gotea, donde el sonido del agua impactando contra el concreto suena como un reloj de cuenta atrás.

Lo único que escucho es el eco de las botas del tipo sobre el suelo frío y lo siguiente un ruido metálico y viejo, como una puerta al abrirse.

Me lanzan al suelo. El impacto me saca el aire y el mármol frío me quema la piel de las rodillas.

Si tan solo tuviera un arma los haría pedazos.

Cuando me quitan la bolsa, la luz me ciega un instante, obligándome a entrecerrar los ojos para adaptarme hasta que lo logro. Frente a mí se extiende una oficina amplia, minimalista, de una elegancia letal. Piso de mármol negro. Ni una alfombra. Ni un rastro de calidez. Aunque sea la calidez psicópata de mi padre.

Escucho pasos. Zapatos recién lustrados que golpean el suelo con una cadencia perfecta. Alzo la vista y me encuentro con él.

Aunque no tengo idea que esperaba en una situación como esta.

Perfectamente vestido y peinado, bien podría ser un burócrata del gobierno. Pero algo me dice que estoy equivocada.

No es un monstruo de pesadilla, en absoluto, es un hombre común y corriente. Robusto, mayor que mi padre, con canas plateando sus sienes y unos ojos color ónix que irradian una calma aterradora. Se arrodilla frente a mí, apoyando una sola rodilla, reduciéndose a mi altura para que pueda ver el vacío en su mirada.

¿De dónde conozco esa mirada?

—¿Sabes? —Su voz es serena, casi paternal—. Todos dicen que el parecido con Levi es indudable —sus ojos me escanean y acaba por sonreír—. Pero yo solo veo a tu madre. Tienes esa misma mirada salvaje, esa intensidad de quien cree que todavía tiene algo que perder.

Entrecierro los ojos para verlo. Me conoce. No sé si es un dato bueno o malo, aunque visto desde mi perspectiva nada es bueno en este momento

—Y tú Maddox, aún tienes mucho que perder —susurra—. ¿Cierto?

—Vete al diablo —digo entre dientes. El tipo se limita a sonreír.

—Eres toda una princesa —asiente—. Fue todo una sorpresa saber que Levi de verdad fue padre, se dicen muchos rumores sobre ti. ¿Has oído alguno?

—¿Quién eres? —Susurro.

Mi cuerpo tiembla y se que no es por el frío, sino de la comprensión de que este hombre me conoce de una forma que yo no a él.

—Un viejo amigo. Un fantasma del pasado de tu padre que ha venido a cobrar su parte —Ladea la cabeza, estudiándome como a un espécimen bajo el microscopio—. ¿Quieres escuchar lo que se dice de ti?

—Quiero que te vayas a la mierda —digo con fuerza—. O mejor, podrías darme un arma y así te volaría los sesos yo misma.

Su sonrisa se extiende.

—Sí, oí que eres muy impulsiva —su mano viajó a mi nuca tirando mi cabeza con fuerza. No grité, mordí mi lengua para no darle el placer de escuchar mis quejidos—. Oí que te cargaste a un Lucchese.

—Si no lo crees puedo hacer una demostración —digo con esfuerzo al sentir sus dedos presionar con fuerza mi cabello.

Deja escapar una risa.

—Eres más divertida que Levi, debo reconocerlo.

—No hables de mi padre —zanjo.

—Oh, no te preocupes —se acerca a centímetros de mi rostro—. Ya tendremos tiempo para hablar de él.

Lo siguiente que siento es mi cuerpo impactar otra vez con el piso frio luego de que me dejara caer con asco. Toso al sentir la garganta seca.

—Lamento el trato, Maddox —dijo al aire mientras se daba la vuelta hacia su escritorio—. No era el plan original, pero las circunstancias nos obligaron a saltarnos las cortesías —se gira para verme mientras se coloca un par de guantes negros de látex—. Ya sabes cómo funciona este mundo.

Trago saliva al darme cuenta de lo que sucederá. Pero eso no impide que me llene de odio y lo dirija hacia él.

—¿Qué ocurre? —digo con esfuerzo—. ¿En tu mundo no se ensucian las manos?

Algo atraviesa su mirada y su sonrisa de suficiencia se esfuma mientras se acerca otra vez.

—No veo la necesidad de ensuciarme las manos…

—Yo dejaría un charco de sangre bajo tu cuerpo gordo y estúpido —digo y le sonrío.

Antes de que pueda reaccionar su pierna impacta en mi estómago obligando a doblarme sobre mí misma y acabo en el piso en posición fetal mientras toso.

—Hijo de puta —digo entre dientes.

—Es divertido que seas impulsiva y graciosa, pero no me impacientes Maddox.

—Sería más sencillo saber qué mierda quieres —digo sin aliento—. Eres tú el de los juegos estúpidos. ¿Así se manejan ustedes? Que mal…

Su zapato se hunde en mi vientre con una crueldad silenciosa. El aire me abandona en un espasmo violento, dejando un vacío ardiente en mis pulmones. El mundo se fragmenta en mil puntos de luz cegadora que bailan detrás de mis párpados, pero me obligo a tragarme la agonía. Acabo boca arriba clavando la vista frente a mi: en el techo hay un arnés con sistema de poleas.

Mierda...

Antes de poder reaccionar siento otra vez la suela de su zapato hundirse en mi pecho. Mis pulmones arden, suplicando por un aliento que él me niega con el peso de su pie. Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula. No voy a darle el placer de mi voz. No voy a dejar que escuche cómo me rompo por dentro.

—Estás aquí porque eres el secreto de Draghi, Maddox —presiona más. Intento quitármelo de encima pero es inútil—. Imagina mi sorpresa cuando lo supe, Levi Salvatore tenía un arma letal y la única capaz de llevarme hasta él para cobrarme la deuda pendiente.

Me pisa como si no fuera más que una mancha en el mármol. Siento la presión de su suela de lujo clavándose en mi pecho, aplastando mi dignidad junto con mis órganos.

De pronto la presión en mi pecho comienza a desvanecerse con lentitud y siento que el aire vuelve a mis pulmones, aunque no es

suficiente. Se inclina hacia mí, con las manos en los bolsillos de su traje y ladea la cabeza con una sonrisa. Su pie sigue en mi pecho pero ya no ejerce presión.

—Te necesito, Maddox —susurra.

—S-si piensas que diré algo de m-mi padre —digo con esfuerzo—, estás equivocado.

—Quizás la que se equivoca eres tú.

Niego.

—No traicionaré a mi padre.

—Oh, Maddox —otra vez aparece su sonrisa—. Todos traicionan si se ejerce la presión adecuada —otra vez presiona su zapato en mi pecho y me quedo sin aire—. Átenla.

Antes de poder procesar lo que acaba de decir se aleja y sobre mí se ciernan dos figuras que no supe de donde salieron.

—¡No! ¡Suéltenme! —Grito mientras dos hombres me levantan en vilo.

Mis muñecas son enganchadas a unos arneses que cuelgan del techo. Mis pies apenas rozan el suelo. No puedo evitar gritar al notar la presión en mis músculos cuando comienzan a ajustar las poleas.

Él se acerca, se detiene a milímetros de mi rostro y me susurra al oído:

—Mañana, cuando el sol salga, ya no recordarás quién eras antes de entrar en esta habitación.

CAPITULO 44
maddox

No sé cuánto tiempo paso en aquella oficina siendo torturada.

En algún momento perdí el conocimiento y lo recupero ahora, cuando me lanzan de lleno a lo que se supone es mi nueva jaula. El sonido de la cerradura al encajarse es el último clavo en mi ataúd metálico.

Me arrojan al suelo como si fuera una mercancía defectuosa y el impacto me arranca el poco aire que mis pulmones habían logrado retener. Me quedo allí, inmóvil, mientras el eco de sus pasos se aleja por el pasillo.

No trato de levantarme. Me encojo, abrazando mis rodillas contra el pecho en una posición fetal que busca proteger un núcleo que ya ha sido dañado.

El frío del concreto se filtra a través del vestido viejo, pero el verdadero frío es el que nace dentro de mi pecho.

La piel de mis piernas y brazos está en carne viva, la sangre se ha mezclado con la suciedad del suelo, pegándose a la tela en una costra dolorosa.

Intento moverme con esfuerzo, tardo pero logro llegar a la cama improvisada, el roce del colchón mugriento se siente como papel de lija sobre una herida abierta.

Un sollozo me quema la garganta. Es un sonido débil, animal. Me muerdo el labio hasta que el sabor metálico de mi propia sangre ahoga el llanto. No voy a darles el placer de escucharme a través de las paredes.

Alzo la vista hacia una ventana pequeña, un cuadrado perfecto de cuarenta centímetros con barrotes que parecen dedos negros apretando el cielo. A través de ellos, la luna brilla con una indiferencia cruel. Es un fragmento de plata pura en un mundo de

carbón.

¿Estará mi padre mirando esa misma luna?

La pregunta me golpea con la fuerza de un puñetazo. Me imagino a Levi Salvatore en su despacho de Chicago, ¿estará buscándome? ¿Habrá librado otro operativo al saber que no regresé?

Él cree que su heredera es una extensión de su fuerza. Piensa que Maddox es su secreto mejor guardado, su arma más letal. No sabe que he sido reducida a esto: una sombra llena de grietas.

La bilis sube por mi garganta cuando el recuerdo de lo que me hicieron un par de horas atrás vuelve a invadirme. El rastro de ese contacto fantasma me quema más que las heridas físicas. Siento la suciedad impregnada en mis poros y sé que es una mancha que ningún jabón podrá borrar.

Me abrazo con más fuerza, clavando las uñas en mis propios brazos para recordarme que sigo aquí. Que sigo siendo Maddox.

Noto que no me han encadenado esta vez. Es su mayor error. Creen que el dolor me ha doblegado, que el miedo ha sustituido a la sangre que corre por mis venas.

Se equivocan.

El miedo está ahí, sí, latiendo como un segundo corazón.

Pero debajo del terror, algo más se está gestando. Es una sensación fría, negra y afilada que empieza a echar raíces en los huecos donde antes solía estar mi compasión.

Si este hombre quería romperme para obtener información, ha cometido un error de cálculo fatal. No me está rompiendo; me está despojando de las capas que me hacían humana.

Que lo intenten.

Que intenten corromper lo que queda de mí. Se van a arrepentir de haberme mostrado cómo se siente la oscuridad, porque ahora sé que en la penumbra no hay reglas.

Y yo estoy aprendiendo a afilar mis sombras.

CAPITULO 45
maddox

Separo mis párpados cuando siento el primer rayo de sol, aunque me gustaría que trajera esperanza solo trae visibilidad. Y en este agujero, la luz es un enemigo que delata mis heridas.

Me quedo inmóvil en el catre, el sueño me invadió solo un par de horas atrás en la misma posición fetal en la que me lanzaron a este pozo. Observo la bandeja en el suelo junto a la puerta. Un trozo de pan endurecido y un vaso de agua turbia. Mi estómago ruge, un recordatorio de que mi cuerpo sigue vivo aunque mi alma esté en pausa. Espero. Cuento los latidos de mi corazón, esperando que un monstruo emerja de las sombras para terminar el trabajo.

«Si hay una forma de entrar, hay una forma de salir».

La voz de mi padre resuena en mi cabeza, nítida, grabada a fuego durante aquellos juegos de supervivencia que disfrazaba de simulacros cuando yo era niña.

Levi no criaba una hija, jamás lo hizo, creó un arma y la entrenó a su antojo. En mi interior, siempre se libraba una lucha, una dualidad de posiciones: ¿Levi me quería por ser su hija o por ser un arma? En este momento no me importaba, en estos momentos ser un arma era mi mejor opción.

—Si hay una forma de entrar… hay una forma de salir —murmuro. Mi voz suena como papel de lija, pero pronunciar las palabras me devuelve un gramo de cordura—. Si hay una forma de entrar, hay una forma de salir.

O quizás acabe perdiendo la cabeza si continuo repitiendo las palabras de mi padre.

Me obligo a bajar del catre. Mis pies descalzos encuentran el frío del suelo sucio, manchado con gotas de mi propia sangre que ahora

lucen como rubíes oxidados. Me arrastro hacia la comida. No hay dignidad en la supervivencia, me habría gustado que me advirtieran de esto, solo hay necesidad. Y es la misma necesidad la que puede hacerme pisar en falso.

Engullo el pan sin masticar y bebo el agua de un trago, sintiendo cómo el líquido apaga el incendio en mi garganta.

Cuando dejo el vaso, noto el tenedor.

Acerco mi mano y lo tomo con lentitud. Es de metal barato, con una punta ligeramente doblada y manchas de óxido. Mis dedos se cierran sobre él. Me doy la vuelta y con esfuerzo vuelvo al catre, dejo caer mi espalda contra la pared que funciona de respaldo y suspiro con pesadez.

Toso al notar el dolor en mi pecho y mis piernas arden. Cierro los ojos con fuerza, presionando mis párpados como si así pudiera olvidar todo lo que sucedió el día anterior.

Esto es solo el comienzo.

Lo sé. Pero saberlo no es un consuelo, es todo lo opuesto.

La puerta se abre de golpe, inundando la habitación con una luz blanca que me quema las retinas. Me cubro el rostro, pero reconozco la silueta. Es el mismo tipo de ayer.

Arrogante, con esa sonrisa de quien se cree dueño de una propiedad que no puede permitirse. Intento visualizar algún parecido con el tipo de ayer pero nada. No lleva sus mismos ojos pero conozco esa mirada…

«Soy un viejo amigo de tu padre».

Entrecierro los ojos cuando recuerdo las palabras.

¿Quién me secuestró?

—¿Te gustó el banquete, princesa? —Se burla, caminando hacia mí con la confianza de un depredador que cree que su presa está moribunda.

No respondo. Me quedo en el colchón viejo, encogida, ocultando el tenedor bajo mi muslo.

—Esa mirada… —el tipo se inclina, tomándome del cabello con una brusquedad que me obliga a arquear la espalda. Me tira de la cabeza hacia atrás, exponiendo mi garganta—. Tienes ese fuego salvaje de los Salvatore. Me pregunto cuánto tardaré en extinguirlo. O mejor aún, en usarlo para que me pidas más.

Su aliento huele a tabaco y alcohol barato. Su mano baja desde mi cabello hasta mi cuello, apretando lo justo para recordarme quién tiene el control.

Dejo escapar una risa ronca que lo confunde.

—Eso te gustaría, ¿cierto? —Susurro—. Pero no eres más que un perro faldero siguiendo órdenes.

—Cuidado, princesa…

—No me harás nada —digo entre dientes—. Aunque te mueres de ganas.

Su expresión se vuelve sombría. Siempre fui buena para reconocer puntos débiles, era algo que debía agradecerle a mi padre.

—Cállate.

—Porque así son los tipos como tu —escupo—. La única forma de tener algo es si lo toman, porque jamás serán dueños de nada —siento su presión en mi cuello y mis latidos salen disparados. No debería provocarlo. Sé que es una estupidez, Levi diría que soy impulsiva y en una situación así no debería dejar que las emociones me ganen. Pero mi padre no está aquí, ¿cierto?—. Y solo eres un pobre imbécil que cumple órdenes del jefe, esperando… ¿qué, exactamente? ¿Ser recompensado? —sonrío mientras presiono mis dedos alrededor del tenedor—. Pobrecito…

—Eres una perra —dice mientras me acerca más a él.

—Y tú… tú no eres nada.

Algo brilla en su mirada y sonríe. Nunca tuve tantas ganas de borrarle la sonrisa a alguien como ahora mismo.

—¿Sabes qué les sucede a los perros que muerden, lindura? —Susurra contra mi oído, su mano bajando peligrosamente hacia el escote del vestido sucio. Trago saliva—. Que hay que romperlos hasta que solo sepan lamer la mano que los golpea.

Sonrío. Es una expresión rota y llena de veneno.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —Susurro.

Se aleja de mi cuello para verme a los ojos con una ceja alzada.

—Mi padre no cría perros —siseo—. Cría monstruos.

Antes de que pueda reaccionar, clavo el tenedor en la base de su garganta. No hay vacilación. Siento la resistencia de la piel, el crujido del tejido y, finalmente, la explosión cálida de su sangre bañando mi mano.

El tipo suelta un grito ahogado, un gorgoteo inhumano mientras cae hacia atrás, llevándose las manos al cuello. Sus ojos, antes llenos de lascivia, ahora solo muestran un terror puramente animal.

Me abalanzo sobre él, ignorando el dolor de mis rodillas, y hundo el metal una vez más, esta vez cerca de su clavícula.

—¿Duele? —Le pregunto, mi voz extrañamente calmada mientras lo veo patalear—. Deberías haber revisado los cubiertos, idiota.

La puerta vuelve a abrirse. Esta vez no es un hombre, son tres. Me arrancan de encima de él con una violencia que casi me disloca los hombros. Me arrastran por el pasillo mientras yo río, una risa histérica y oscura que rebota en las paredes de piedra. El imbécil se queda atrás, ahogándose en su propia sangre, y yo solo puedo pensar en una cosa: el sabor de su sangre en mis nudillos es lo mejor que he probado en días.

Me lanzan al centro de la oficina del jefe.

El mármol negro me recibe de nuevo. Él está allí, sentado tras su

escritorio, observando la escena con una calma exasperante pero alza una ceja al verme llena de sangre. Uno de los guardias le susurra algo al oído mientras señala mis manos manchadas. El hombre deja escapar una carcajada seca, carente de humor.

Se levanta y camina hacia mí. Sus zapatos brillantes se detienen a centímetros de mi rostro.

—Maddox, Maddox… —suspira, arrodillándose para tomar mi mentón. Su agarre es de acero—. Has herido a uno de mis hombres. Jack es impulsivo, pero es mío. Y ahora, cuando despierte, su furia será algo que ni siquiera yo podré contener.

—Espero que me lo envíes de nuevo —escupo a sus pies—. Me falta un trofeo de su oreja.

Sus ojos ónix brillan con algo parecido a la admiración, y eso me aterra más que su rabia.

—La corrupción te sienta bien —murmura—. Pero la insolencia tiene un precio.

—Por escuchar los gritos de tu puta lo haría otra vez —lo desafío. Niega, sin poder creer mis palabras.

—¿Cómo es que tu padre te tuvo escondida por tanto tiempo?

—Estaba aguardando encontrarme contigo, quizás —paso mi lengua por mi labio inferior—. Para desinflarte como un maldito pez globo.

Siento su mano tomar mi mentón otra vez y presionar con fuerza. Su mirada se oscurece y me mira un momento en silencio.

—¿Tu padre te habló de mí? —su voz baja un tono.

Me encojo de hombros, como si pudiera restarle importancia.

—No, creo que jamás te consideró importante —igualo su tono—. ¿No estarás un poco obsesionado con mi padre? Si aun no superas algo…

Me suelta con brusquedad y dejo salir una risa.

—Átenla —es lo único que dice.

—¿Qué…? —Mi voz falla cuando me ponen en pie y tiran de mis brazos hacia arriba.

El sonido de las cadenas me obliga a cerrar los ojos y maldecir. Enganchan mis muñecas a los rieles del techo y tiran. Siento cómo mis pies abandonan el suelo, cómo mis hombros se tensan hasta el límite del desgarro. Solo las puntas de mis dedos rozan el mármol, obligándome a sostener todo mi peso con las articulaciones de los brazos. Es una agonía silenciosa que se expande por cada nervio.

Son ingeniosos, debo reconocerlo.

—¿Qué hizo Levi con Marcus?

Otra vez esa maldita pregunta. Cierro los ojos mientras lo escucho buscar cosas en su escritorio, me da la espalda y trago saliva. No tengo idea de quién demonios habla pero si le hago saber eso solo será para problemas porque sabrá que no le sirvo.

Y si no les sirvo para sacarme información podrán asesinarme. Debo mantenerme con vida. Así que debo aparentar.

—¿Marcus? —Murmuro pensativa y él me mira de soslayo—. No me suena de nada...

—No juegues conmigo, niña.

—Quizás debas ser más específico...

—Sabes muy bien de quién hablo —sentenció.

—¿Es otra de tus putas?

Con un gesto de la mano hace que uno de los hombres ajuste el arnés en mi muñeca provocando un estirón que me incendia de pies a cabeza y me hace gruñir de dolor pero me contengo.

Se acerca con pasos lentos.

Pasa sus dedos por mi costado, recorriendo las costillas que empiezan a marcarse bajo la tela fina.

Se detiene frente a mi rostro, su aliento frío rozando mis labios.

—¿Hablarás ahora? ¿O prefieres descubrir qué pasa cuando cansas a un líder? —Sonríe con diversión y maldad—. Puedo hacer esto todo el día, Maddox.

Miro hacia abajo, a mis pies colgando, y luego a él. La Maddox que entró aquí hace días habría suplicado. La Maddox que soy ahora solo siente un vacío gélido.

—Vete al diablo —susurro con una sonrisa sangrienta.

Él me devuelve la sonrisa, una que promete mil noches de dolor.

—Oh, Maddox. Tú ya estás con él.

Se gira hacia la mesa y toma un látigo de cuero corto.

CAPITULO 46
maddox

noventa y seis horas. Cuatro días divididos en minutos de agonía que se estiran como chicle bajo un sol negro.

He dejado de ser Maddox Salvatore, la heredera de Chicago, para convertirme en un amasijo de carne, humedad y terror. Mi mundo se ha reducido a estas cuatro paredes que sudan moho y al eco de mis propios latidos, que cada vez suenan más como tambores de guerra.

Agradezco la falta de espejos. No quiero ver el mapa de miseria que debe ser mi rostro. Si no lo veo, las heridas son solo conceptos, no realidades. Pero están ahí, palpitando, recordándome que sigo viva solo porque mis captores aún no han terminado de jugar con sus piezas.

Los rayos del sol se filtran por la rendija de hierro de la ventana y sé que todo está cerca de comenzar otra vez. Se repetirá la misma rutina: ser arrastrada por el piso como un saco de basura, colgada como ganado y esperar a que el dolor me haga hablar.

Pero mis labios están sellados, sé que esperan que hable y pueden torturarme por horas, jamás lo haré. Mi padre vendrá. Levi Salvatore no deja deudas sin cobrar, y yo soy su activo más valioso. Esa esperanza es el último hilo de seda que sostiene mi cordura sobre el abismo.

Cierro los ojos, pero la oscuridad ya no se siente segura, en cuanto mis parpados se cierran todo se reproduce ante mi como un maldita película, una proyección de todo lo que me han hecho desde que llegué. Me muevo en el catre y las sábanas, ásperas y frías, torturan mis heridas.

Otra esperanza que se abre paso en este abismo de pura oscuridad por si Levi no aparece es la infección de mis heridas, sé que aun estoy bien, pero no faltará mucho para que todo lo que me

hicieron tenga sus consecuencias reales.

Si la muerte me reclama antes que ellos, habré ganado.

De repente, siento un pinchazo agudo en mis costillas que me saca del delirio. No es una herida nueva, no se siente como tal. Meto la mano entre el colchón y el metal frío, y mis dedos encuentran algo sólido. Punzante. Un trozo de hierro oxidado, desprendido del catre por el paso del tiempo.

Mi corazón comienza a latir desbocado aunque trato de recuperar el control. No es más que un trozo de metal. ¿Puede servir? Sí, pero también puede condenarme más.

Con un esfuerzo que me hace ver estrellas, levanto el colchón y tiro del alambre, desenredándolo de la estructura podrida. Mis manos tiemblan tanto que temo que el metal caiga al suelo y delate mi secreto, pero finalmente cede. Lo escondo en mi ropa interior, sintiendo el frío del hierro contra mi cadera y suspiro.

La puerta se abre un minuto después y veo a los tipos de siempre. Me alegra que el imbécil no haya vuelto a aparecer, espero que sigan curando sus heridas.

Esta vez, cuando entramos en la sala de mármol, no hay cadenas. Me dejan caer de rodillas en el centro, como una ofrenda. Mantengo la cabeza baja, dejando que mi cabello sucio cubra mi rostro. Escucho el paso rítmico de los zapatos brillantes. El jefe. Me gustaría saber su nombre, las preguntas que me ha hecho no tienen sentido para mí, no puedo adivinar de quien se trata. Es como si fuera un fantasma de verdad.

¿Cuántos secretos esconde mi padre que me han condenado a este infierno?

Espero tener la oportunidad de preguntárselo algún día.

Puedo oler su perfume caro mezclado con el hedor de la fusta de cuero que lleva en la mano.

—¿Sabes, Maddox? No es divertido si no sufres —murmura, y hay

una frustración genuina en su voz—. Mi hijo me advirtió que te gustaba poner las cosas difíciles. Que eras… especial.

Alzo la vista. Sus ojos negros como la obsidiana me observan con una mezcla de desprecio y fascinación. Y entonces, como un relámpago en mitad de la noche, lo veo. La forma de su mandíbula, ese brillo gélido en la mirada.

Es igual a Luc.

El rompecabezas explota en mi mente. Las piezas encajan con un clic sangriento.

—Eres el padre de Luc —murmuro y sonríe.

—Además de impulsiva, eres inteligente —asiente—. Eso me dijeron, sí.

Trago saliva. Pero aunque haya hecho esa conexión hay mucho que no sé, se la pasa preguntando qué le hizo Levi a Marcus y no tengo idea quién demonios es Marcus.

—Sé que puedo quebrarte —continúa, acercándose tanto que su sombra me aplasta—. Pero me han pedido que no te dañe demasiado. Parece que uno de mis hombres está obsesionado contigo. ¿Qué tienes tú, pequeña Salvatore, que hace que los hombres quieran poseerte o destruirte?

Uno de mis hombres...

Sus palabras resuenan con fuerza en mi mente y me siento más confundida que antes.

—¿Quién eres? —Digo entre dientes.

—El líder de South —arrugo la frente—. Escuchaste hablar de nosotros, ¿cierto?

—Si —susurro—. Eres el maldito que quiere robar nuestro negocio, nuestras calles…

—Eran mías antes —dice con severidad y sé que di en un punto

clave.

—Qué lástima, son de Draghi ahora.

Se inclina hacia mí y entrecierra los ojos.

—Pero volverán a ser mías.

Sonrío de costado.

—Me gustaría verte intentarlo.

—Me impresiona tu seguridad siendo que ya comencé mi tarea…

Mi risa corta el aire e interrumpe sus palabras, noto su mirada confundida y veo que empieza a impacientarse.

—¿Esto es para ti el comienzo? —Me relamo el labio inferior—. ¿Así crees que recuperaras lo que perdiste? —Remarco la última palabra y niego—. ¿Jugando al torturador? Si crees que dejaremos Chicago estás muy equivocado...

—Sigues repitiendo eso, Maddox. Pero eres tú la que está en esta posición.

Alzo el mentón hacia él.

Mis dedos se cierran sobre el hierro oculto.

—Si crees que podrás doblegarme, intentas en vano.

—Eso está por verse —murmura.

Me guiña el ojo con una sonrisa mientras se gira hacia su escritorio, escucho un ruido metálico y no lo dudo. Me lanzo hacia adelante. Es un movimiento fluido, nacido de la desesperación. Clavo el hierro en su hombro con una fuerza que desconozco. Él suelta un alarido animal y me empuja con una violencia que me lanza contra el suelo.

Caigo de espaldas, pero mi adrenalina es un incendio. Me pongo en pie al instante, jadeando, aunque él es más rápido. La fusta restalla en el aire y corta mi mejilla en un tajo caliente que me ciega

un instante.

—Maldito… —siseo, tocando la sangre que emana de mi cara.

Él se abalanza, me agarra de la nuca y tira de mi cabello hasta que mi cara queda a centímetros de la suya. Sus ojos son puro odio.

—Hasta aquí llegó la compasión, niña —masculla entre dientes.

Y entonces, sucede. Algo se rompe dentro de mí. El último dique de mi cordura se desmorona y empiezo a reír. Es una risa ronca, histérica, una sinfonía de demencia que lo deja paralizado.

Su expresión delata lo que un espejo reflejaría: un monstruo, sé que eso parezco ahora. Herida, histérica, con un tajo que cruza mi rostro y sangre brotando de él.

—Él te va a encontrar —le digo, siento con mi propia sangre—. Y vas a desear nunca haber nacido.

—Cuento con ello —gruñe él, aunque su confusión crece—. Cuento con que Levi intente cobrar esta deuda.

—No hablo de mi padre —murmuro con una sonrisa que sé que es la de una loca—. Él no es el diablo. Pero estás a punto de conocerlo. Te va a ahorcar con una serpiente y te hará tragar su propio veneno hasta que tus pulmones se conviertan en ceniza.

Escucho disparos a lo lejos. Explosiones. Gritos de hombres que mueren en la oscuridad. Mi risa se vuelve más suave, más letal. Sus ojos brillan de confusión, mira a un punto a mi espalda y hace una seña.

—Llévensela.

No lucho cuando me arrastran de vuelta a la celda. En su lugar, me río mientras el pasillo se llena de humo y el olor a pólvora lo inunda todo. La cordura es un lujo que ya no puedo permitirme.

De vuelta en mi catre, escupo sangre sobre el colchón. El corte de mi mejilla arde, pero no me importa. El caos está fuera, y yo estoy aquí, esperando.

Tienen que ser ellos. Tiene que ser él.

La puerta se abre y mi sonrisa se desvanece. Trago saliva.

El imbécil al que herí. No, no, no, no, no.

Entra como un animal herido, cerrando la puerta con una fuerza que hace vibrar las paredes. Su mirada me recorre, llena de una lascivia oscura y una rabia líquida.

—¿Qué le hicieron a tu rostro, lindura? —susurra, caminando en círculos como un lobo—. Mi jefe me dijo que tuviera compasión… pero te prometo que esto te va a encantar tanto como a mí.

Corro, pero estoy débil y herida, soy lenta. Él me taclea contra el colchón, su peso me aplasta los pulmones y lucho, le clavo las uñas en las mejillas, pero él me suelta un golpe seco en el ojo que me apaga el mundo por un segundo. Cuando recupero el sentido, sus manos ya están aprisionando mis muñecas sobre mi cabeza.

Su mano libre se desliza por mis piernas, una caricia que me hace querer arrancarme la piel. Le doy un cabezazo, desesperada, pero él solo aprieta más mi mentón, obligándome a mirarlo.

—No lo hagas difícil, perra —sisea.

El terror me invade, pero mi cuerpo sigue luchando. Veo su mano bajar, veo su intención en esos ojos vacíos. Cierro los ojos, deseando que el mundo se acabe, deseando que la oscuridad me lleve de verdad…

Un disparo. Sangre.

Y la oscuridad me engulle por completo.

CAPITULO 47
maddox

lo primero que perciben mis sentidos al recuperar la consciencia es el olor a antiséptico que me rodea, impregnado en el ambiente. Es un aroma afilado, sintético: una limpieza tan agresiva que me quema las fosas nasales. No hay humedad. No hay rastro del hedor a metal oxidado y sudor rancio que se había convertido en mi único mundo.

A lo lejos, un pitido rítmico y monótono marca el compás firme de mis latidos.

Bip. Bip. Bip.

Un metrónomo clínico que me asegura que mi corazón sigue latiendo, aunque yo desearía que se detuviera un momento para darme un respiro.

Mantengo los párpados sellados. Me niego a abrirlos.

Si no miro, no existo. Si no existo, el dolor no puede encontrarme.

Intento contener la respiración, haciendo que mis pulmones se queden estáticos, esperando que, si me quedo lo suficientemente quieta, la oscuridad me reclame de nuevo. No quiero alertar a lo que sea que esté esperando en las sombras de esta nueva habitación.

Pero mis sentidos, traidores y alertas, siguen despertando uno a uno.

El roce de las sábanas sobre mi piel no es el de la tela áspera y mugrienta de la celda. Estas son suaves, frescas, con un ligero aroma a lavanda y almidón. El aire no está estancado; es frío y circula con una eficiencia mecánica.

La comprensión me golpea con la fuerza de un impacto físico: no estoy en la celda.

Ya no hay cadenas. Ya no hay goteos de tuberías rotas. Pero el alivio no llega. En su lugar, un terror mucho más profundo se instala en mi pecho. Porque si abro los ojos y descubro que el techo es blanco y que las paredes están limpias, tendré que aceptar que todo lo anterior no fue una pesadilla.

Tendré que aceptar que las marcas en mi cuerpo son reales. Que la sangre que me salpicó la cara antes de caer inconsciente era real.

Y que la Maddox que era antes de entrar en ese infierno, ha muerto para siempre.

Una lágrima solitaria se abre paso, trazando un surco caliente sobre la piel de mi mejilla. Es el único movimiento que me permito antes de obligar a mis párpados a separarse.

La luz me golpea con fuerza. Es un resplandor azulado, frío y clínico, tan intenso que perfora mis pupilas hasta obligarme a mantenerlas abiertas, como si el parpadeo fuera un lujo que ya no puedo costear. No estoy en mi habitación. No estoy en la celda. Estoy en una habitación de color blanco quirúrgico que apesta a esterilidad y a verdades que no quiero afrontar.

A mi lado, la máquina continúa emitiendo sonidos. De ella nacen cables que se enroscan hacia mí como tentáculos de plástico.

Bip. Bip. Bip.

El sonido es un martilleo constante.

En parte lo disfruto, me hace saber que no estoy en el suelo de mármol negro, tampoco en aquella celda húmeda y sucia. Estoy en una cama de hospital, pero la libertad se siente igual de pesada que las cadenas.

Nuevas lágrimas escapan y, al deslizarse, arden. El escozor me recuerda que mi rostro es un mapa de heridas abiertas, pero extrañamente, agradezco el dolor. Es real. Es tangible. Es diferente al terror de la pesadilla que acaba de terminar. Intento mover un brazo, un dedo, cualquier cosa que me asegure que sigo al mando,

pero mi cuerpo es una armadura de plomo. Las vendas me envuelven como a una momia, ocultando el desastre que han hecho de mí. Hay tubos invadiendo mi nariz y mis venas, solo puedo pensar en arrancármelos.

Cada centímetro de mi piel parece pesar una tonelada. Existir me supone un esfuerzo monumental.

Intento articular una palabra, una súplica o una pregunta, pero de mi garganta está seca y solo escapa un gemido roto, similar al sonido de un animal herido. En parte, lo soy.

—Mia cara…

La voz me envuelve como un manto de terciopelo y acero. Es una vibración que reconozco en la médula de mis huesos. El llanto se desborda, violento y silencioso, mientras mi visión borrosa intenta encontrarlo.

—¿Estás despierta, piccola? —Murmura.

La voz de mi padre funciona como un bálsamo capaz de anestesiar lo que siento. Su presencia llena la habitación, transformando el hospital en una fortaleza. Por un segundo, el peso del mundo se aligera.

Quiero decirle que no. Que no estoy despierta, que sigo atrapada en esa oscuridad y que, quizás, una parte de mi mente se quedará en esa celda para siempre. Pero mi voz no me pertenece.

Intento hablar de nuevo, pero mi padre me hace una señal suave para que guarde silencio. Lo observo. Su cabello rubio está desordenado, tiene sombras profundas bajo los ojos y una barba de varios días que raspa su imagen impecable. Lleva la camisa desabrochada y parece que no se ha quitado esa ropa en una eternidad.

Ver a Levi Salvatore así, tan humano y tan roto, me asusta más que el hospital.

—Está bien, hija. No te fuerces —murmura, inclinándose sobre mí. Hay una mezcla insoportable de alivio y tristeza en su mirada—. Iré por el doctor, ¿de acuerdo?

El pánico me envuelve. Niego con la cabeza frenéticamente y trato de alcanzar su brazo. Mis dedos apenas se mueven, solo consigo un espasmo inútil sobre la sábana, pero él lo entiende al instante.

—De acuerdo. No me iré. No te dejaré sola —me asegura, presionando un botón en un control remoto—. Llamaremos al doctor desde aquí. No me moveré de tu lado.

Minutos después, la puerta se abre.

Entra un hombre. Cabello negro. Ojos oscuros.

El aire se queda atascado en mi garganta. Mi cuerpo empieza a temblar con una violencia que no puedo controlar. Me revuelvo en la cama, sintiendo cómo los tubos tiran de mi piel y el escozor de las agujas se intensifica, pero no me importa. Solo veo esos ojos negros. Él tenía los ojos negros. El hombre que me golpeó tenía los ojos negros.

El doctor se acerca, hablando en un tono bajo y profesional, pero su voz me llega como un estruendo. No confío en él. No me gustan sus ojos. No, no, no.

—Tranquila, mia cara —la voz de mi padre bloquea mi visión, interponiéndose entre el extraño y yo—. Es el doctor, Maddox. Estás a salvo. Él no te hará daño. Nadie volverá a tocarte.

Es mentira.

Sé que es mentira. Pero no puedo decir nada.

Sigo moviéndome de forma errática, mis extremidades no obedecen, solo envían ráfagas de dolor a mi cerebro. Mi rostro se contrae en una mueca agónica. Lloro sin control, un torrente de lágrimas calientes que nublan mi vista hasta que el mundo se convierte en una mancha gris de miedo. A través de la niebla, veo al

hombre inyectar un líquido transparente en el catéter de mi brazo. Siento una ola de frío recorriendo mis venas, un silencio químico que empieza a apagar el incendio en mi cabeza.

—Duerme, Maddox —susurra mi padre.

Cierro los ojos y me dejo hundir.

CAPITULO 48
maddox

Despierto y el mundo es una punzada eléctrica.

Intento incorporarme, pero me arrepiento en el mismo instante en que mis músculos se tensan. Siento como si alguien estuviera punteando los nervios de mi cerebro, tensando cuerdas invisibles hasta que están a punto de romperse. Vuelvo a desplomarme contra la almohada con un jadeo que termina en un gruñido sordo. Intento hablar, pero de mi boca solo escapan fragmentos de palabras, incoherencias que se pierden en el aire esterilizado.

Exhalo con lentitud, inspeccionando mi nuevo mapa corporal. Los tentáculos han desaparecido; solo queda un catéter en mi brazo que gotea suero de forma implacable. La habitación es un vacío blanco, impecable y silencioso.

No hay rastros de mi pesadilla, pero la comodidad de esta cama se siente falsa, como una trampa bien decorada.

Paso la lengua por mis labios. Están agrietados, secos como el papel, mi garganta se siente como si hubiera tragado arena. Me obligo a realizar un ejercicio mecánico, una orden directa a un sistema que parece haber olvidado cómo funcionar.

Separa los labios. Mueve la lengua. Intenta emitir un sonido.

Lo repito como un mantra. Otra vez. Son sonidos guturales, sin sentido, pero me consuela saber que puedo lograr algo. Sé que deberé ir de a poco pero esto puede considerarse un avance, ¿cierto?

La puerta se abre y mi instinto se dispara; mis músculos se tensan, listos para un dolor que no llega. Me relajo un poco al ver a mi padre. Entra solo, cerrando la puerta con una delicadeza inusual, como si temiera que el sonido pudiera romperme. Se acerca con cautela, midiendo cada paso. No sé cuántos días han pasado desde

el caos de los disparos, pero en su mirada hay un cansancio que no se borra con el sueño.

—Hola, hija —su voz es un susurro profundo. Acerca una silla y se sienta junto a mí, manteniendo una distancia prudencial—. Los médicos dicen que estás estable. Tu cuerpo ha respondido bien a las intervenciones y las heridas están cerrando —suspira e intenta regalarme una sonrisa que no llega a sus ojos—. Estás sanando, Maddox. ¿Cómo te sientes?

Lo miro. Sus palabras son lógicas, pero mi realidad no lo es. No importa lo que digan los doctores; la piel puede cerrarse, pero lo que hay debajo ha sido devastado. No estoy sanando. No lo haré nunca.

No respondo. No encuentro las palabras y, sinceramente, no tengo nada que decir que él quiera escuchar.

—Ten —abre su mano para mostrarme una pequeña bola de goma roja—. Tómala. Tienes que empezar a estimular las articulaciones. Perdiste mucha fuerza y la deshidratación te dejó débil, pero te recuperarás. Vamos, inténtalo.

Envío la orden a mi mano derecha. Hay un segundo de pánico absoluto cuando el brazo se queda quieto, ignorándome, pero luego, con un esfuerzo que me hace sudar, logro moverlo. Mis dedos tiemblan, parecen de cristal, pero alcanzo la bola y la atraigo hacia mí.

—Eso es —la sonrisa de mi padre es pequeña, cargada de un alivio que me duele—. Ahora presiónala. Solo un poco. Despacio.

Hago lo que dice. El simple acto de apretar un trozo de goma se siente como levantar un edificio. Mis tendones protestan, pero lo logro.

—Ahora pásala a tu otra mano y repite. Lento, Maddox. Con cuidado.

Un destello de orgullo, un eco de la chica que solía ser, me hace sonreír un poco al completar el movimiento. Pero el gesto dura un

segundo. Siento un tirón violento en el lado izquierdo de mi rostro, una punzada de dolor que me obliga a cerrar los ojos con fuerza. Algo palpita en mi mejilla. Intento llevarme la mano al rostro, pero Levi me intercepta con suavidad.

—Está bien, ha sido suficiente por hoy —susurra.

Se gira para tomar un vaso con agua y lo acerca a mis labios. Bebo con desesperación. En cuanto el agua toca mi sistema, mi cuerpo entero tiembla en un espasmo de gratitud física. Bebo hasta que el vaso está vacío, sintiendo cómo el líquido intenta apagar el incendio que llevo dentro.

—Tranquila, mia cara. Estás a salvo. Estoy aquí.

Sus palabras son cálidas, pero el vacío en mi pecho sigue ahí. No estoy bien. Nada lo está.

El mundo ha cambiado su eje.

—Levi… —pronuncio su nombre con un esfuerzo titánico.

Me sorprendo a mí misma al escuchar la palabra salir de mis labios, aunque suene como el crujido de ramas secas.

—Está bien, Maddox. Tienes que descansar… —Él intenta suavizar su tono, pero sus ojos siguen siendo los de un hombre que ha visto el abismo.

Negué, ignorando la punzada de dolor que recorrió mi cuello.

—No. Necesito… —Tomé una bocanada de aire, sintiendo cómo mis pulmones ardían—. Necesito saber qué ocurrió. Dime qué ocurrió.

Levi presionó los labios en una línea tan fina que desaparecieron.

Una mezcla de furia contenida y una vergüenza corrosiva cruzó sus rasgos. Es el rostro de un Don que ha fallado en su tarea primordial: proteger lo suyo.

—No pude enfrentarme a él. Al que te hizo… esto —murmuró, y

su mirada recorrió las vendas que cubrían mi cuerpo.

No necesito un espejo. El peso de las cicatrices invisibles es suficiente para saber que soy un mapa de su crueldad. Cada herida fue un mensaje escrito en mi piel, un insulto directo al apellido Salvatore.

—Lograron huir antes de que tomáramos el complejo —continuó, y su voz bajó una octava, volviéndose peligrosa—. Pero te doy mi palabra: no descansaré hasta encontrarlos. Los arrastraré de vuelta a Chicago aunque tenga que quemar el mundo para encontrarlos.

Tragué saliva, sintiendo el sabor amargo del rencor en mi garganta rasposa.

—¿Y qué harás cuando los tengas? —Pregunté, observándolo fijamente.

—Me encargaré de ellos —sentenció con una seguridad letal—. Les enseñaré lo que significa tocar a un Draghi.

Negué de nuevo, y esta vez mi mirada no flaqueó. Una arruga de confusión se formó en su frente, pero yo ya había tomado una decisión. El miedo se había evaporado, dejando en su lugar un vacío frío y calculador.

—No —susurré, y mi voz, aunque débil, cortó el aire de la habitación—. Yo me encargaré de ellos.

Él abrió la boca para protestar, pero la mirada que le devolví lo detuvo. Era su propia mirada. El mismo acero, la misma falta de piedad. Fue mi última declaración de guerra antes de que el cansancio me venciera y me dejara caer en un sueño profundo y, por primera vez, libre de pesadillas.

Porque ahora, la pesadilla era yo.

CAPITULO 49
maddox

Tres días. Setenta y dos horas desde que las máquinas dejaron de ser mi única compañía constante.

Ya puedo hablar, aunque mi voz suena como si hubiera sido arrastrada por grava, y mis manos obedecen mis órdenes, aunque con un temblor que me irrita. Mis piernas, sin embargo, siguen siendo territorio ajeno.

Una costilla fracturada y un mapa de hematomas que cambian de un púrpura violáceo a un amarillo enfermizo me mantienen anclada a esta cama.

Cuando abro los ojos esta mañana, el vacío a mi lado me sobresalta. Mi padre, que ha sido una sombra permanente en la habitación, no está. Pero el hueco en mi pecho se llena de una calidez inesperada al ver quién ocupa su lugar.

Matthew.

Está sentado en una silla metálica en la esquina más alejada, como si temiera que su sola presencia fuera demasiado pesada para el aire de la habitación.

Tiene los codos apoyados en las rodillas y el rostro hundido entre las manos. Su cabello, normalmente impecable, es un caos de mechones revueltos. No sé si duerme o si simplemente está intentando procesar el desastre que tiene delante.

Me quedo en silencio, observándolo. Hay algo en su postura que grita derrota, una vulnerabilidad que rara vez se permite. Mantengo la respiración, no queriendo romper el frágil equilibrio del momento, hasta que la sed se vuelve insoportable. Mi garganta arde. Intento alcanzar el vaso de agua en la mesa de noche, pero un movimiento en falso dispara una punzada eléctrica desde mi costilla fracturada.

—Ah… —El gemido escapa de mis labios antes de que pueda frenarlo.

En un parpadeo, Matthew está a mi lado. Su reacción es instintiva, casi violenta por la rapidez. Sostiene el vaso con firmeza y lo acerca a mis labios. Mis manos, traidoras y nerviosas, rozan las suyas mientras bebo. El agua fría es un choque de realidad que agradezco. Cuando termino, me recuesto de nuevo sobre la montaña de almohadas, sintiendo cómo mis pulmones se expanden con dificultad.

Matthew no se aleja. Me mira como si estuviera intentando reconocer a la persona bajo las vendas. Sus ojos color chocolate, usualmente cálidos, ahora están inyectados en sangre y cargados de un dolor que me quema. Me recorre de arriba a abajo y, aunque la sábana blanca me cubre hasta la cintura y llevo una camiseta fina blanca, me siento desnuda. Siento que su mirada puede atravesar la tela y contar cada una de las marcas, cada una de las heridas que mi cuerpo ha soportado.

Él lo sabe. Todos lo saben. Aunque no estuviera allí cuando me sacaron de ese infierno, el rastro de la tortura está escrito en mi lenguaje corporal, en la forma en que me tenso cuando alguien se acerca demasiado.

El mundo parece detenerse cuando sus ojos finalmente se posan en mi rostro.

Hace dos días, una enfermera me obligó a mirar un espejo. Quería que viera la cicatriz «para empezar el proceso de aceptación», dijo con una voz profesional que odié. La marca nace en mi pómulo izquierdo y sube en una línea irregular, roja y gruesa, hasta perderse por encima de la ceja. Diez centímetros. Tuve suerte de conservar el ojo, pero perdí la simetría de mi rostro.

Matthew separa los labios, pero las palabras se quedan atascadas en su garganta. Su mandíbula se tensa tanto que veo un músculo

saltar en su mejilla. Forma una mueca de agonía pura y yo, incapaz de soportar el peso de su juicio o de su pena, aparto la vista.

La vergüenza es un ácido que me carcome por dentro. Ya no soy la Maddox que él recordaba. Soy un recordatorio viviente de lo que para él significa su fracaso y de mi propia fragilidad.

—Lo sé —murmuro, y mi voz suena como el roce de dos piedras —. No es precisamente la imagen de una princesa de la mafia, ¿cierto?

Intento que mi tono sea ligero, casi una broma, cualquier cosa que rompa la tensión eléctrica que amenaza con asfixiarnos. Pero Matthew no se ríe. No deja de mirarme; su mirada está anclada a mi rostro con una intensidad que me hace querer desaparecer. El pánico empieza a trepar por mi garganta. Nunca me importó ser perfecta para el resto del mundo, pero bajo su escrutinio, mi propia piel se siente como una condena.

Llevaré este recordatorio a la vista de todos, para siempre.

—Sé que es difícil de mirar, Matthew —añado, mi voz apenas un hilo quebradizo al ver que sigue en silencio—. Así que, por favor... deja de hacerlo.

Él parpadea, como si despertara de un trance violento. Sus facciones se suavizan un segundo antes de que intente acercar su mano a mi mejilla.

Me alejo de inmediato. El movimiento es instintivo, un espasmo de terror puro que me hace encogerme contra las almohadas. Él se queda congelado en el aire. Sus labios se presionan en una línea de amargura y cierra el puño con tanta fuerza que sus nudillos se blanquean. Se incorpora de golpe, alejándose un paso.

—Lo siento. Yo... no sé qué hacer —admite en voz baja, y hay una nota de derrota en su voz que nunca le había escuchado.

—No hay nada que puedas hacer —respondo, intentando recuperar la compostura—. Las heridas cerrarán. Aunque esta... —

Señalo con un dedo tembloroso la marca de mi rostro y me obligo a encogerme de hombros—. Quién sabe. Quizás hasta me acostumbre a ella.

Es otra broma seca, pero Matthew no me sigue el juego. El silencio vuelve a caer, pesado como el plomo. Suspiro, sintiendo el cansancio en mis huesos.

—¿Tú me sacaste de allí? —Le pregunto, aunque ya sé la respuesta. Él asiente con un movimiento rígido de cabeza.

—Entonces viste lo que me hicieron.

Su mirada de frustración regresa con más fuerza. Sus cejas se hunden en un gesto de dolor impotente e intenta inclinarse hacia mí de nuevo, pero se detiene al ver que mi cuerpo vuelve a ponerse en alerta. Se aleja, soltando una maldición entre dientes que suena a puro veneno contra sí mismo.

—Debí haber llegado antes —sentencia.

Su voz está cargada de un odio dirigido directamente a su propio reflejo. Suelto un suspiro cansado. Sé exactamente a dónde va esto, y no tengo energía para su culpa.

—No es tu culpa, Matthew —murmuro.

—Lo sé, pero…

—No te atrevas a hacerlo sobre ti.

Clavo mis ojos sobre los suyos y lo veo tragar saliva.

—Pero si hubiera llegado a tiempo, si no me hubiera retrasado... Quizá esto no habría pasado.

Niego. Es increíble.

—¿De verdad crees que todo lo que me hicieron ocurrió en un solo día? —Le devuelvo la mirada, alzando la ceja izquierda a pesar del tirón de la cicatriz—. Me torturaron cada maldita hora que pasé allí. Día tras día. No importa cuándo hubieras llegado. No ibas a salvarme.

Matthew aparta la vista, pasándose la mano por el cabello hasta dejarlo aún más desordenado. Se ve destrozado, pero mis palabras son una verdad fría que no puedo suavizar.

«No ibas a salvarme».

La frase se queda flotando en el aire estéril de la habitación, resonando como una sentencia de muerte para la chica que solía ser.

—Pero debí llegar a tiempo —insistió. Me sostuvo la mirada, y en la profundidad de sus ojos oscuros vi una promesa de sangre—. Te juro que los encontraré, Maddox. No importa dónde se escondan.

Esbocé una pequeña sonrisa, aunque el movimiento tiró de los puntos en mi mejilla.

—Lo sé, fantasma. Cuento con ello.

Él asintió despacio. El apodo pareció suavizar sus facciones por un segundo, devolviéndonos a una época en la que el mundo no era tan oscuro. Pero la tregua duró poco.

—¿Quieres… hablar de ello? —Preguntó con una suavidad que me dolió.

Ladeé la cabeza sobre la almohada, observándolo con una mezcla de cansancio y cinismo.

—¿Y qué te diría, Matt? —Susurré—. Ya has visto mi cuerpo. Sabes exactamente lo que me hicieron. No hay palabras que puedan decorar eso.

—No son esas las heridas que me preocupan —replicó de inmediato.

Aparté la vista. Sus palabras eran demasiado directas, demasiado reales. No estaba lista para abrir la caja de Pandora que guardaba mi cordura fracturada. Me aclaré la garganta, ignorando el nudo que se formaba en ella.

—¿Dónde está Levi?

—Lo envié a casa. Necesitaba una ducha y dormir en una cama de

verdad —Matthew hizo una mueca y no pude evitar una risa suave y seca—. Tuve que amenazarlo con llevarlo a rastras, pero necesitaba verte a solas.

Volví a mirarlo. Sus palabras llevaban un peso implícito, una necesidad que iba más allá del deber.

—¿Qué has hecho estos días? —pregunté—. Mientras yo estaba… fuera de combate.

La conversación era tan incómoda como un campo minado. Sabía que mi rescate no era el final, sino el disparo de salida para una guerra total contra mi familia.

Imaginaba a toda la organización trabajando a contrarreloj, no solo para buscar venganza, sino para tapar las grietas que este ataque había dejado.

Me irritaba ver a Matthew así. Mi padre necesitaba a su mano derecha funcionando al cien por ciento, no a un hombre consumido por la frustración de lo que no pudo evitar.

—Estuve ocupado —murmuró. Bajó la vista un segundo y, al recuperarla, detecté un destello de duda que me puso en alerta—. Todo es un caos. Tu padre y yo no vamos a parar hasta dar con ellos, pero hemos tenido… algunos problemas.

Un mal presentimiento se instaló en mi pecho, más punzante que el dolor de mi costilla. Algo grave había pasado mientras yo dormía. Algo que él no quería decirme.

—¿Qué problemas, Matthew?

Él negó con la cabeza de inmediato, cerrándose como una tumba.

—No. Es mejor que hablemos de esto cuando te den el alta —alcé ambas cejas, mirándolo con una incredulidad que no me molesté en ocultar. Él se removió, visiblemente incómodo bajo mi escrutinio—. Créeme, Maddox. Lo único importante ahora es que descanses. Que recuperes fuerzas...

—Sí, claro —solté con un sarcasmo que cortó el aire—. Porque un

par de horas más de sueño bastarán para que olvide que me usaron como un saco de boxeo, ¿verdad?

Él abrió la boca para replicar, pero lo detuve con la mirada.

Me sentía miserable. Desquitarme con Matt estaba mal, lo sabía. Me estaba comportando como una niña caprichosa, pero estaba harta de que intentaran protegerme del mundo oscuro al que ya me habían arrastrado a la fuerza.

Ya era tarde para las cajitas de cristal y los secretos. Ya no podían decidir por mí, porque ya no había nada que salvar; el punto de no retorno se quedó atrás, en aquella sala de torturas. Debían aceptarlo, al igual que yo: el mal ya no era algo que acechaba fuera de mis muros.

El mal ahora vivía dentro de mí, gestándose en silencio, como un parásito alimentándose de mi dolor.

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió de par en par. La voz vibrante y casi estridente de Jace rompió la pesadez del aire.

—¡Su Alteza! —Exclamó, haciendo una reverencia exagerada antes de llegar a mi camilla—. Siempre es un placer para la vista. Hoy está más hermosa que de costumbre. Usted ilumina más que el sol al amanecer, es...

—Jace —Matthew siseó entre dientes, y noté cómo sus puños se apretaban a los costados.

El rubio sonrió, incorporándose con esa energía caótica que siempre lo definía. Y yo... yo empecé a reír. Fue una risa seca al principio, pero pronto se torció, rompiéndose en un llanto histérico que no pude frenar. Los tres pares de ojos se clavaron en mí. La alegría fingida de Jace se evaporó y la preocupación de Matthew se volvió asfixiante. Había perdido algo más que la piel en esa celda; había perdido el filtro entre mis emociones.

Me obligué a inhalar, reteniendo el aire hasta que mis pulmones protestaron, intentando recuperar una postura que ya no me

pertenecía. Cuando logré serenarme, aunque las lágrimas seguían trazando caminos calientes por mis mejillas, solté un suspiro que intentó ser divertido.

—Una de las cosas que más extrañé fue tu voz, Jace —bromeé con la garganta apretada.

Él sonríe de oreja a oreja, aunque mantuvo una distancia prudente. No sabía si era por el miedo a mi fragilidad o por la mirada asesina que Matt le lanzaba. De cualquier forma, agradecí el espacio.

—Siempre es un placer, princesa —repitió, y con un gesto dramático, sacó una rosa de detrás de su espalda—. Para usted.

No pude evitarlo; el corazón se me encogió. Alargué una mano temblorosa y tomé la rosa roja. El tallo estaba limpio, sin una sola espina que pudiera lastimarme. La acerqué a mi nariz, aspirando el aroma a vida que tanto me había faltado.

Entonces, Will se acercó. Había estado apartado y en silencio, apoyado contra la pared con su seriedad habitual. Me tendió una pequeña bolsa de colores que reconocí al instante.

—Y esto también —murmuró mientras yo tomaba el paquete de dulces—. Nos dijeron que eran tus favoritos.

Miré a Matthew. Él evitaba mi contacto visual, pero el rojo intenso que trepaba por su cuello lo delataba.

El gran Matthew Hardaway, el hombre de hielo, se estaba sonrojando. Sentí un calor extraño en el pecho, una chispa de cariño genuino hacia estos hombres que, más allá del deber, parecían dispuestos a morir por mí.

—Gracias —susurré, sosteniendo mis tesoros en el regazo—. Gracias de verdad.

Por un segundo, la habitación se sintió segura. Sonreí de forma sincera, sintiendo que tal vez, solo tal vez, podría encontrar fuerzas para lo que venía.

Pero la sonrisa se murió en mis labios cuando el vacío se hizo

evidente.

—¿Dónde está Max?

El silencio que siguió fue atronador. Todos se giraron hacia Matthew. Él cerró los ojos y soltó una maldición inaudible. Siento el pánico enroscarse en mi columna como una punzada de miedo frío que me recorrió de arriba abajo.

—¿No se lo dijiste? —La voz de Jace sonó filosa, acusadora.

Matthew abrió los ojos y me miró. Había un destello de disculpa en su mirada que me hizo querer gritar.

—¿Decirme qué? —Los miré uno a uno. Will bajó la vista al suelo. Jace apretaba los labios. Matthew guardaba silencio—. ¿Decirme qué? —Repetí, elevando el tono hasta que mi voz vibró con una tensión peligrosa.

El aire desapareció de mis pulmones. El presentimiento de que algo se había roto definitivamente fuera de esta habitación me consumía como veneno.

—Maddox… —empezó Matthew, su voz baja y cautelosa.

Pero Jace no lo dejó terminar. Suspiró con impaciencia y con un claro deje de molestia antes de empezar a hablar.

—Tu novio estuvo desaparecido —soltó, mirándome fijamente—. Y cuando regresó, nos dio tu ubicación exacta. Por eso te encontramos.

CAPITULO 50
maddox

hace exactamente dos semanas que me dieron el alta, y si hubiera sabido que la libertad se sentiría así, habría suplicado quedarme en el hospital.

Allí, el olor a antiséptico era una barrera entre el mundo y yo; aquí, en mi propia casa, ese mismo aroma se ha convertido en el recordatorio de que soy una prisionera con un apellido ilustre.

De no ser por los ventanales de mi habitación, habría olvidado el color del sol. Levi ha decretado un estado de sitio sobre mi vida.

No tengo permitido bajar a la cocina, ni visitar la sala de lectura, ni mucho menos respirar aire que no haya sido filtrado por el sistema de ventilación de la mansión.

—Tienes todo lo que necesitas aquí, mia cara —me dijo ayer con esa voz de seda y acero—. Si falta algo, solo pídelo.

Lo que necesito es mi autonomía, pero eso no está en el catálogo de suministros de la familia Salvatore. He adoptado una rutina que detesto: moverme entre la cama y el baño, sintiendo el tirón de mis costillas cada vez que intento estirarme. Mis heridas están cerrando por fuera, pero sé que no es de ayuda permanecer encerrada. Al menos no para mi mente.

Y no estoy sola. Ese es el mayor castigo.

Levi solo sale para emergencias críticas de la empresa; el resto del tiempo, el Don trabaja desde el despacho de la planta baja, convirtiendo nuestra casa en una fortaleza operativa. Matthew, por su parte, ha vuelto a ser ese fantasma omnipresente, pero con un matiz nuevo y asfixiante. Se ha instalado en una de las habitaciones de huéspedes justo al lado de mi habitación y su presencia es una vibración constante en el aire. Viene a verme a todas horas con la

excusa de revisar si necesito algo, pero su mirada siempre esquiva la única pregunta que me quema la garganta: ¿Dónde está Max?

Por las noches, el infierno regresa. Despierto gritando, con el sabor del hierro en la boca y la sensación de la fusta cortando mi piel. Y ahí está él siempre. Matthew aparece en la penumbra de mi cuarto como la sombra silenciosa que siempre fue, se sienta en una silla incómoda en la esquina y me observa. No se acerca. No me toca. Permanece ahí, vigilando mis demonios hasta que el cansancio me vence.

Siento lástima por él, y eso me irrita. Me irrita que su culpa sea tan grande que lo obligue a velar mi sueño porque no hay otra cosa que hacer por mí.

Cuando los ataques de pánico se volvieron insoportables, Levi sugirió un terapeuta. Por un segundo, la chispa de la esperanza prendió en mi pecho: poder salir y escapar de estas paredes. Pero la chispa se extinguió antes de brillar. El profesional vendría a la mansión. Otra pieza más para mi colección de muros.

Me he resignado al encierro, pero no al silencio. Porque a pesar del vacío de información que me está volviendo loca, mis preguntas no cesan. Jace y Will se niegan a darme información, no solo de Max, sino de los avances que podría haber en la búsqueda de South.

Pero lo que me resulta más extraño de todo el misterio y silencio que parece envolver a los soldatis es que mi padre parece no saber lo que Jace me reveló en el hospital.

Lo que quiere decir que Matthew le oculta información a Levi.

El hombre más leal de la organización está guardando secretos sobre su propio hermano, y yo estoy atrapada en medio de este juego de sombras, necesitando respuestas que nadie está dispuesto a darme.

Necesito saber qué hizo Max.

Y lo necesito antes de que estas paredes terminen de aplastarme.

A pesar de la necesidad de respuestas, de hablar con él y saber qué sucedió, no lo llamé. No hubo mensajes ni intentos de contacto. Una parte de mí temía que el silencio fuera su única respuesta, y la otra, la más rota, no sabía qué palabras usar para llenar el abismo que nos separaba. Solo sabía una cosa con una certeza aterradora: necesitaba verlo.

Me había convertido en un manojo de nervios y ansiedad, una bomba de tiempo a punto de estallar ante la mínima pregunta.

La terapeuta me recetó píldoras para dormir. Era lo único que hacía porque en cuarenta minutos de sesión no lograba hacerme hablar, me la pasaba observando un maldito punto de mi habitación. Levi me había asegurado que era de confianza, era una profesional de Draghi y lo cierto era que le creía, además me caía bien.

El problema era que no quería hablar sobre lo que ocurrió. Con nadie. No me interesaba hacerlo.

Solo quería respuestas. Y, por encima de todo, necesitaba venganza.

Aun así, me recetó píldoras para dormir que funcionaban muy poco ya que las pesadillas parecían demasiado vívidas. Ella decía que necesitaba exteriorizar el trauma, yo le decía que solo pensaba en asesinar gente.

Intentó enseñarme algunas herramientas de control, aprendí cómo respirar para calmar los ataques de pánico. Debía admitir que había resultado útil, pero no era lo que necesitaba. Estaba muy claro que había cruzado una línea: necesitaba vengarme, necesitaba asesinar gente.

La incertidumbre era un ácido que terminaba de disolver lo poco que quedaba de mi cordura. Junto a mi sed de venganza formaban un cóctel peligroso.

El lunes de la tercera semana decidí que estaba harta.

Levi estaba en la empresa sofocando incendios y Matthew dijo que regresaría antes de que note su ausencia, pero no me importó. En cuanto el motor de su coche se alejó, supe que debía hacerlo.

Mentiría si dijera que no estaba aterrorizada. Caminar sola por el mundo se sentía como avanzar por un campo minado. Llevaba un móvil nuevo con rastreador, mi Mossberg cargada en el bolso y un bote de gas pimienta que apretaba como si fuera un amuleto, pero sabía que nada de eso me garantizaba seguridad. La invulnerabilidad de mi infancia había muerto en aquella celda. Pedí un Uber con las manos temblorosas y le envié un mensaje a mi padre diciéndole que Penny había pasado a buscarme.

La culpa me golpeó en el estómago. Penny. Mi mejor amiga, el único rincón puro que me quedaba. Tenía docenas de mensajes suyos sin leer y llamadas ignoradas. ¿Qué se suponía que debía decirle?

«Siento no haber llegado a tu casa, unos psicópatas me usaron como juguete de tortura. Ah, por cierto, mi padre es un capo de la mafia y yo soy su heredera».

Imposible.

Crucé esa línea hace mucho tiempo y no hay billete de retorno. Contárselo no solo era ponerle una diana en la espalda; era arriesgarme a que me mirara con horror. A que viera, por primera vez, la oscuridad que ahora se gestaba bajo mi piel y decidiera que ya no me reconocía.

Me moría por acurrucarme en sus brazos y llorar hasta quedarme seca. No había llorado de forma voluntaria desde el hospital; las lágrimas solo escapaban de mí cuando los monstruos me visitaban en sueños. Necesitaba la seguridad de un abrazo que no supiera a pólvora ni a secretos.

Necesitaba a mi mejor amiga. Pero no era justo.

Quizás por eso lo buscaba a él con tanta desesperación. No solo quería las respuestas que Matthew me negaba; quería creer que Max seguía siendo mi refugio, retorcido y lleno de sombras, pero mi refugio al fin. Quería encontrar consuelo en el chico que se había adueñado de mi corazón antes de que el mundo explotara.

Porque lo había hecho, ¿cierto?

Me bajé del Uber veinte minutos después, con las piernas sintiéndose como gelatina. El edificio de Max se alzaba frente a mí, frío e impersonal. Subí hasta su piso, cada paso pesando una tonelada, y toqué la puerta. Dos golpes suaves, pero cargados con urgencia.

Esperé, pero el silencio del otro lado de la madera fue mi única respuesta. Golpeé de nuevo, con más fuerza esta vez, sintiendo cómo el eco se burlaba de mí.

Permanecí allí, inmóvil frente a su puerta cerrada, con la humillación empezando a arder en mis mejillas. Tal vez esto era una señal. Quizás debía dar media vuelta, borrar su número y aceptar que Max era otro resto del naufragio de mi vida anterior.

Justo cuando estaba lista para rendirme, el sonido de pasos pesados rompió la quietud. El tintineo de las llaves me puso en alerta y, un segundo después, la puerta se abrió.

Me quedé sin aliento.

Max estaba frente a mí, pero el chico que recordaba había desaparecido. Tenía un tajo profundo en el labio inferior, cicatrices recientes que cruzaban su mejilla como garras y un hematoma oscuro, casi negro, que le cerraba la mirada en el ojo izquierdo.

Estaba herido. Estaba magullado. Estaba roto, igual que yo.

Mis manos empezaron a temblar. Al ver sus brazos, descubrí más marcas, quemaduras y cortes que parecían gritar bajo la luz del pasillo. Todo en él se veía reciente, crudo, sin la asistencia médica que yo había tenido. El rompecabezas de mi secuestro sumó una

pieza nueva y sangrienta que no lograba encajar.

—Maddox —murmuró su voz, ahora convertida en un susurro roto.

Sus ojos, los únicos que quería que me vieran, recorrieron la cicatriz que ahora dividía mi rostro. Tuve el impulso instintivo de cubrirla, de ocultarla, pero me obligué a sostenerme.

Para eso había venido hasta aquí, para verlo y para dejar que vea en lo que me han convertido.

—Max —fue todo lo que pude articular.

Dio un paso hacia delante, con los brazos extendidos en lo que parecía el inicio de un abrazo. Pero el pánico me invadió llenando mis pulmones haciéndome retroceder de inmediato. Me alejé como si su tacto fuera a quemarme. Max apretó los labios en una línea.

Ver su dolor fue más fuerte que mi miedo.

Me obligué a cerrar la distancia. Fui yo quien lo rodeó con mis brazos, buscando el refugio de su pecho. Max soltó un gemido sordo, un sonido de dolor físico que me hizo intentar apartarme, pero él no me dejó. Sus manos se cerraron en mi cintura con una urgencia desesperada, anclándome a su cuerpo. Permanecimos así, abrazados en el umbral, dejando que el silencio hablara por nosotros. El ritmo de nuestras respiraciones era errático. Nuestros corazones latían a un compás violento, martillando contra nuestras costillas como si quisieran romper el hueso para fundirse en uno solo.

Dejé que un par de lágrimas escaparan, escondiendo mi rostro en su pecho para que no viera mi debilidad. Él empezó a acariciar mi espalda, movimientos lentos y circulares que me hicieron estremecer. No supe si fue por placer, por miedo o por el simple shock de volver a sentir el calor de alguien que no fuera mi padre o un médico.

Pero no me aparté. En ese momento, no importaba el pasado ni

las preguntas sin respuesta. Necesitaba consuelo, y lo aceptaría incluso si venía envuelto en el mismo chico que parecía esconder más secretos de lo que parecía.

Se separó apenas unos centímetros. Alcé la vista, apoyando el mentón en su pecho, y él acunó mi rostro entre sus manos. Sus ojos marrones, estaban empañados, recorrieron cada milímetro de mi piel hasta detenerse en la cicatriz. Su expresión se contrajo en una mueca que no pudo ocultar.

Me dolió pero lo entendí, ¿a quién podría gustarle esto?

No dijo nada. Cerró los ojos e inclinó la cabeza, rozando mi frente con un beso suave, que supo a despedida y a súplica al mismo tiempo. Permaneció allí unos segundos, como si intentara absorber mi dolor a través de ese contacto, antes de alejarse.

Tomó mi mano y me condujo al interior de su piso.

El sonido de la cerradura al encajarse detrás de nosotros retumbó en mis oídos. Mi corazón se desbocó. Una parte de mi instinto gritaba que diera media vuelta, que pusiera distancia, que no me dejara llevar hacia su cama. Pero la otra parte, la que estaba fragmentada y sangrando por dentro, necesitaba con una desesperación patológica el consuelo que él me ofrecía.

No sabía si esto era lo correcto.

Era muy probable que esto fuera lo opuesto a lo correcto. Pero en ese momento, nada importaba.

No sabía si lo que Max me daba era lo que yo necesitaba o simplemente una droga para anestesiar el horror. No me importó.

Aceptaría cualquier migaja de afecto que pudiera darme. Porque al fin y al cabo, ¿Quién podría aceptar todas estas partes rotas de mí?

Su apartamento estaba sumido en una penumbra pesada. Las cortinas estaban bajadas, bloqueando el atardecer, permitiendo solo que unos pocos hilos de luz se filtraran como grietas en un muro.

Todo parecía sumido en una oscuridad irremediable. Pensé que él se sentía exactamente así.

Igual que yo.

Me dejé guiar hacia el colchón. Él se sentó y tiró de mi mano para que lo imitara. Nos acostamos uno frente al otro y Max volvió a envolverme, atrayendo mi cuerpo contra su pecho con una fuerza que rozaba la desesperación. Me acurruqué contra él, pensando que quizás éramos dos piezas de un rompecabezas que no encajaban, pero que estaban tan rotas que podían moldearse la una a la otra.

Sus manos acariciaron mi espalda y apreté los ojos con fuerza, deseando que el dolor se evaporara en el aire viciado de la habitación. Sentí su cuerpo temblar contra el mío. Yo también temblaba. De repente, el silencio se rompió con el sonido de nuestras lágrimas.

—Estoy destruido, princesa —murmuró contra mi pelo, con la voz ahogada por la humedad—. Estoy hecho pedazos.

Mi llanto se intensificó.

Odio ese apodo, pienso, lo odio. Lo detesto. Pero ¿por qué?

—Lo sé —susurré, rodeando su cintura y acariciando su piel herida. Lo sentí estremecerse bajo mi tacto—. Lo sé... Pero puedo cuidarte, ¿sí? Puedo ayudarte.

Era mentira. Una mentira piadosa y estúpida. No tenía las herramientas, ni la fuerza, ni la cordura necesaria para salvar a nadie. Yo estaba mucho más dañada que él; cargaba con marcas que no se borrarían con caricias y heridas que se negaban a cicatrizar.

Pero en ese momento, bajo el peso de la oscuridad, Max era la única mitad que me hacía sentir completa.

Me aferré a él con una fe ciega, sin saber que mi error ya estaba escrito.

Para cuando me diera cuenta de la verdad, ya sería demasiado

tarde para ambos.

CAPITULO 51
maximo

el primer grito me arranca del sueño como un latigazo. Antes de abrir los ojos, mi cuerpo ya está en tensión, los músculos convertidos en granito y la adrenalina quemándome las venas.

Me giro en la oscuridad y la encuentro: Maddox. Su cabello rubio es un incendio de hilos dorados esparcidos sobre la almohada, moviéndose frenéticamente mientras los espasmos sacuden su cuerpo. Parece algo peor que una pesadilla. Está reviviendo el pánico, el dolor y el terror de esa habitación, y verla así me provoca un nudo en la garganta que me impide respirar.

La envuelvo con mis brazos antes de que pueda lastimarse.

La atraigo hacia mí con una urgencia violenta, pegando su espalda contra mi pecho, intentando que mi calor sofoque sus temblores.

—No... no... —Susurra.

Es una súplica rota que me desgarra por dentro. Se retuerce, lucha contra mis brazos como si yo fuera el verdugo que la sostiene contra el suelo de cemento frío. No la suelto. La sujeto con una mezcla de fuerza y desesperación, acunándola, hundiendo mi rostro en su cuello mientras le susurro mentiras necesarias.

Le digo que está a salvo.

Que conmigo nadie volverá a ponerle una mano encima.

Que el mundo exterior ha dejado de existir.

Que solo estamos nosotros dos y juntos estamos a salvo.

Es una mentira. Le pinto un refugio de seguridad y calma mientras mis dedos dibujan círculos lentos sobre la camiseta negra que me robó para dormir. Se gira hacia mí y esconde su rostro en mi pecho. Beso su frente, un roce tan leve que apenas es un suspiro, buscando

desesperadamente redimirme por lo que no pude evitar.

Poco a poco, la rigidez desaparece. Los espasmos se transforman en una pesadez lánguida, pero sé que no descansa. Siento la humedad empapando mi camiseta gris, justo donde sus ojos se hunden contra mi pecho. Está llorando en silencio, algo que me resulta más insoportable que sus gritos. Ninguno de los dos ha tenido el valor de encender la luz; ella no quiere que vea sus cicatrices y yo me niego a que vea las mías. Nuestra ropa actúa como una armadura que apenas mantiene nuestras piezas en su sitio.

Cierro los ojos y las horas se arrastran, densas y asfixiantes. Cada vez que el sueño intenta reclamarla, el terror la devuelve a la superficie. Tiembla, jadea, murmura palabras que no logro descifrar pero que huelen a sangre y miedo.

No la despierto. No podría soportar ver la lucidez en sus ojos y saber que, en cuanto despierte del todo, recordará que soy un extraño lleno de secretos. Me quedo mirándola, atrapando la luz plateada que se filtra por las cortinas.

Dicen que hay belleza en la luz de las estrellas, y por un segundo, pienso que Maddox es la mía.

Pero las estrellas mueren y yo solo sé destruir lo que toco.

Maddox se remueve, dejando escapar un quejido que me corta el aliento. Sus puños se cierran sobre mi camiseta, aferrándose a mí como si fuera un náufrago, de repente, sus ojos verde esmeralda se abren en la penumbra.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Quiero acunar su rostro, devorar sus labios y recordarle que sigue viva, que me pertenece.

Cuando apareció en mi puerta hace unas horas, hecha jirones, necesité cada gramo de mi fuerza de voluntad para no caer de rodillas ante ella.

Sé que estoy hecho pedazos. Sé que soy un monstruo hecho de

remiendos y pecados. Pero si ella todavía me busca en mitad de su noche más oscura, quizás… quizás haya una oportunidad para mi alma condenada.

Pero ella no sabe la verdad, susurra la parte de mí que todavía tiene conciencia. Trago saliva, siento el sabor de la traición amargando mi lengua. No lo sabe. Y no sé cómo mirarla a los ojos cuando las preguntas empiecen a llover. El hecho de que hayamos llorado juntos no borra el abismo que nos separa, pero mi parte más egoísta, la que domina mi vida, anhela que este momento sea real. Lo necesita para seguir respirando.

—Max… —Su voz es un hilo de seda, cálida pero cargada de una fragilidad que me aterra.

De repente, se tensa. La conciencia vuelve a ella y el reconocimiento trae consigo el miedo. Intenta alejarse, rompiendo el contacto.

—Maddox —murmuro, sintiendo el vacío que deja su cuerpo al apartarse. Sus ojos brillan, empañados por las lágrimas y un pánico renovado.

Parpadea, desorientada, con el pecho subiendo y bajando en un ritmo errático. Me estiro con cuidado para encender la lámpara de noche. La luz cálida inunda la habitación, revelándola: está acurrucada en el borde opuesto del colchón, con los ojos hinchados y las mejillas marcadas por el llanto.

Miedo. Eso es lo que veo en ella. Y lo peor es que no sé si me tiene miedo a mí o a lo que dejamos entrar en esta cama.

—Está bien —digo en voz baja, manteniéndome inmóvil para no asustarla—. Todo está bien. Estás en mi apartamento, ¿lo recuerdas?

Sus ojos recorren las paredes, la luz ámbar de la lámpara, los muebles que apenas conoce. Poco a poco, la rigidez de sus hombros cede. Se relaja lo suficiente para no salir corriendo, pero no se

acerca. Mi instinto es atraparla, pero me contengo. No sé cómo tratar a esta nueva Maddox. La heredera de hielo habría exigido respuestas; esta versión rota solo parece querer desaparecer.

—Lo siento —murmura, y su voz se quiebra—. Desperté y… por un momento, en la oscuridad, creí que seguía en esa habitación…

Se le apaga la voz y yo cierro los puños bajo las sábanas. No necesito detalles. Puedo ver el rastro del horror en sus ojos, apagando el brillo que antes me desafiaba.

—¿Te desperté? —Pregunta, mirándome con una timidez que me resulta insoportable—. Con mis pesadillas… ¿grité demasiado?

Lo pregunta con una vergüenza que me quema las entrañas. Lo único que puedo pensar es que quiero arrancarme la piel, despellejarme vivo con tal de no sentir esta rabia ciega por lo que le hicieron.

Asentí despacio, la voz se me había quedado trabada en algún lugar entre el pecho y la mandíbula.

Cuatro veces. Cuatro veces me había despertado el sonido de sus gritos a lo largo de la noche. Y las cuatro veces, mi única reacción había sido estrecharla contra mí hasta que mis brazos le dolieran más que sus recuerdos.

Quizás necesitaba encontrar otra forma de traerla de vuelta.

Maddox apretó los párpados y su labio inferior comenzó a temblar. Vi el movimiento lento de las sábanas blancas cuando intenta cubrirse el rostro y esconderse tras la tela, pero no se lo permito. Atrapo el borde de la sábana con cuidado, obligándola a mirarme. Mis movimientos son lentos, calculados para no espantarla, aunque por dentro mis nervios son cables de alta tensión a punto de estallar. Ella duda, pero acaba cediendo cuando deslizo mi pulgar por su mejilla.

Trago saliva al rozar el relieve frío de su cicatriz. La piel nueva, aún rosácea y sensible, era un recordatorio constante.

Maddox siempre sería hermosa, con esa belleza letal que me dejó sin aliento la primera vez que la vi, pero ahora estaba dañada. Estaba rota.

Ella pareció leer mis pensamientos; mis ojos sobre su piel debían de arder como el ácido. Antes de que el silencio se volviera asfixiante, ella lo rompió con un hilo de voz.

—Necesito saber, Max —dijo, y la duda en su tono me dolió más que cualquier golpe—. Dime qué ocurrió.

El aire se volvió denso, casi sólido. ¿Cómo decírselo? ¿Cómo confesarle la verdad sin que me vea como el monstruo que realmente soy? Sería un iluso si creyera que seguiría en mi cama después de esto. Ella confiaba en mí, y yo estaba a punto de prenderle fuego a los cimientos de esa confianza. Pero la mentira ya no era una opción; prefería su odio a seguir construyendo este refugio sobre arena movediza.

Mentir es mi faceta más ordinaria, el engaño es el lenguaje que hablo desde que nací, pero con ella siempre había sido distinto. Quizás porque Maddox se incrustó bajo mi piel sin pedir permiso. Quizás fue aquel golpe en el ring, o la forma obstinada en la que me desafía cada vez que abre la boca. Quizás simplemente era ella, y eso era suficiente para desarmarme.

Llené mis pulmones de aire, tratando de recomponer mi máscara de frialdad.

—Penny llamó —comencé, mi voz suena extraña en la penumbra y el denso silencio—. Dijo que no habías llegado a su casa. No quise preocuparla, así que le aseguré que estabas conmigo. —Negué levemente, con el perfil hundido en la almohada—. Fui a buscarte, pero no llegué lejos. Encontré tu móvil tirado en la acera, a solo un par de calles de tu casa. Ahí fue cuando el pánico me devoró.

Hice una pausa, sabiendo que lo que venía después era el punto de no retorno.

—Sabía que el chip de rastreo de tu móvil no serviría si lo habían

tirado, así que usé el otro. —Sus ojos se entrecerraron, fijos en los míos—. El pasador de pelo que te regalé, Maddox. Tiene un chip de rastreo integrado.

El cambio en su rostro fue instantáneo.

El pánico la recorrió como una descarga eléctrica.

Se incorporó de golpe, arrodillándose sobre el colchón mientras retrocedía, arrastrando las sábanas como si quisiera poner un océano de distancia entre nosotros.

—Maddox…

—¿Un chip de rastreo? —Su voz perdió toda su fragilidad, recuperando su tinte normal, afilada y gélida—. ¿Me regalaste una joya para vigilarme? ¿Para saber dónde estoy cada maldito segundo? —Niega sin poder creerlo— ¿Estás demente?

—Espera, rubia. Escúchame…

—¿Que te escuche? No, no, no… —empezó a susurrar, casi para sí misma.

Llegó al borde de la cama y sus pies tocaron el suelo, pero yo fui más rápido. La rodeé por la cintura y, con un movimiento firme que no vio venir, la devolví al centro del colchón. Forcejeó, pataleó, sus puños golpean mis hombros mientras intenta zafarse de mi agarre.

—¡Suéltame, Max! ¡Basta!

—¡Maddox! —Digo entre dientes—. Si no hubieras llevado ese rastreador, jamás habríamos encontrado tu ubicación. Estarías muerta.

Intentó empujarme pero fracasó.

—¡No! ¡No intentes hacer pasar esto como algo que no es!

—¡De no hacer sido por eso no habríamos llegado a ti! —Grito.

Se quedó quieta de repente, jadeando, sus ojos permanecen fijos en los míos mientras sujeto sus muñecas con una suavidad que

contrastaba con la fuerza que me obligaba a mantenerla cerca.

—Espera… —murmuró, su mirada se tiñó de sospecha—. Si tenías mi ubicación exacta desde el principio… ¿por qué tardaron tanto?

Tragué saliva, sintiendo el peso de la vergüenza aplastándome el pecho.

—No le dije a nadie —confesé, y mi voz se quebró—. Fui un estúpido egoísta. Creí que no necesitaba refuerzos, que podría sacarte de allí yo solo. Pero cuando llegué a la dirección, me estaban esperando. Eran demasiados. Lo último que recuerdo es el dolor de una culata contra mi cráneo antes de despertar en un callejón, deshecho.

Ella niega con la cabeza, incapaz de procesar que el hombre que creía su salvador la había dejado desprotegida por puro orgullo.

—Pasé dos días inconsciente en un hospital. En cuanto desperté, me arranqué los cables y escapé; no me importaban mis heridas, solo sabía que seguías allí y que yo no había llegado. —Bajé la vista, incapaz de sostenerle la mirada—. Hablé con Matt, le di la dirección donde me tendieron la emboscada y así fue como localizaron el galpón cercano. Así te rescataron.

Esquiva mi mirada y noto su pecho subir y bajar con fuerza, escucho el latir de su corazón desbocado y quiero abrazarla pero sé que solo recibiré un rechazo.

—Tú no… —dijo ella en un susurro roto—. Tú no estabas allí cuando me rescataron, ¿cierto?

Negué, sintiéndome la escoria más baja de la mafia Draghi.

—¿Por qué? —Las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas, gruesas y calientes—. ¿Por qué me dejaste sola, Max? ¿Por qué no viniste a buscarme?

Me arrodillé frente a ella, soltando sus muñecas. Dejé mis manos a los costados, rindiéndome. Ya no la encerraba; si quería irse, el camino estaba libre. Pero mi alma estaba sangrando frente a ella.

—No podía, rubia —admití con un nudo en la garganta—. Me avergonzaba haber sido tan impulsivo. Mi cerebro dejó de funcionar en cuanto supe que te tenían.

Niega, sin poder creer mis palabras y trago saliva.

—No, eso no...

—He entrenado toda mi vida para ser un hombre frío, para no sentir nada, pero contigo… contigo todo es diferente —la veo tragar saliva mientras me escucha—. Lo que siento por ti me supera en más de un sentido y entonces me olvido de todo mi entrenamiento. Contigo no hay estrategia. Solo hubo desesperación en cuanto entendí que te habían secuestrado. Pensé que podría salvarte yo solo, y mi arrogancia casi te cuesta la vida.

CAPITULO 52
maddox

Estaba desesperada por sentir algo. Lo que fuera.

Quería una sensación tan violenta y real que borrara el rastro de las últimas tres semanas; necesitaba un incendio que consumiera las cicatrices que ahora invadían mi alma. Necesitaba, con una urgencia patológica, que el deseo asfixiara al terror, que el placer silenciara al pánico.

Me lancé a sus labios con una fuerza que rozaba la locura.

Cerré los ojos con fuerza, concentrándome en el sabor de Max, en el calor de su aliento, tratando de invocar la chispa que él solía encender en mí con una sola mirada. Fue en vano. Mi mente era un desierto de cenizas.

Siente algo. Maldita sea siente algo, me ordené a mí misma.

Nada. No sentía nada.

Le envié mandatos desesperados a mis nervios, exigiendo que se rindieran, que se dejaran llevar por la fricción de su piel contra la mía. Estaba harta de ser esta versión rota de Maddox Salvatore. Quería volver a ser la mujer que no temía a la oscuridad porque era parte de ella. Sabía que Max podía darme ese escape, que su cuerpo era el único lugar donde aún podía buscar refugio… Pero no hubo nada. Solo un vacío gélido.

¿Acaso me habían dañado tanto que ya no quedaba nada que salvar? ¿Era ahora solo una cáscara vacía, un trofeo de guerra ultrajado y frío?

Las manos de Max bajaron por mi espalda, acariciándome por encima de su propia camiseta. El tejido era suave, pero bajo él, mis cicatrices gritaban. Sus dedos llegaron a la cinturilla de mis pantalones cortos y sin dejar de devorar mi cuello, deslizó sus manos por debajo de la tela.

Y entonces, se detuvo.

Sentí cómo su cuerpo entero se convertía en piedra. Todo en él se tensó, desde la mandíbula hasta los músculos de sus brazos. No esperaba encontrar ese relieve de piel rugosa y maltratada allí, en la curva de mi cadera.

Mis captores habían sido sádicos, pero también inteligentes: no marcaron las zonas visibles. Querían que el daño fuera un secreto entre ellos y yo. No dejaron mi cara intacta por puro accidente.

«Un tatuaje muy bonito», habían dicho mientras evitaban tocar el dragón de mi espalda. «No vale la pena arruinar la obra de arte, solo el lienzo que la sostiene».

La bilis subió por mi garganta, amarga y abrasadora.

Apreté los párpados. Los besos de Max se detuvieron, aunque no se alejó. Lo sentí inhalar profundamente contra mi piel, buscando mi perfume entre el rastro del miedo. Su lengua trazó una línea errática por mi garganta y sus manos subieron hacia mi cintura, moviéndose con una cautela que me resultó humillante. Buscaba piel sana. Buscaba una parte de mí que no estuviera rota.

Tenía sentido. ¿Por qué iba a querer tocar esta piel?

Cuando intentó subir las manos hacia mis costillas, el aire se me escapó de los pulmones.

Coloqué las manos sobre sus hombros, clavando mis dedos en su piel en un intento desesperado por detener el tiempo.

—Max, espera… —murmuré.

Él no se detuvo de inmediato; sus labios seguían rozando mi pecho y sus dedos estaban a milímetros de tocar la piel que me dolía solo de existir. El temblor comenzó en mis rodillas y subió como una marea helada por mi columna. Las lágrimas se agolparon tras mis ojos, calientes y traicioneras.

—Max —repetí, mi voz se quiebra en un sollozo ahogado—.

¡Máximo!

Se apartó de golpe.

En la penumbra, sus ojos brillaban con una intensidad salvaje. Su pecho subía y bajaba, jadeando, y se pasó una mano por el cabello, deshaciendo los mechones con una frustración palpable. Retrocedí sobre el colchón, arrastrándome como un animal herido hasta apoyarme en los codos.

A pesar de la penumbra, la evidencia de su deseo era innegable. Su erección marcaba el pantalón deportivo. Estaba completamente excitado.

Y yo… yo solo sentía asco. Un asco profundo y pegajoso que nacía de mis entrañas y me asfixiaba. ¿Qué me han hecho?

—¿Qué ocurre, rubia? —Su voz sonó ronca, cargada de una mezcla de hambre y confusión.

Estoy rota. No queda nada de la mujer que querías.

Me habría gustado escupirle esas palabras, pero solo pude negar con la cabeza, luchando por no desmoronarme frente a él.

—No puedo, Max —admití en un susurro que apenas fue un suspiro—. No puedo hacerlo. Todavía no.

Quizás nunca, es lo que no me atrevo a decir.

Él asintió, noté una chispa de comprensión cruzando sus facciones, pero yo no le creí. Nadie puede entender este tipo de silencio.

Suspiró y se inclinó para darme un beso, un roce de labios que pretendía ser tierno, pero yo aparté el rostro por puro instinto.

Lo escuché exhalar con resignación mientras se daba la vuelta.

Me quedé allí, mirando su espalda, sintiéndome como una estúpida.

Creía saber que no sería sencillo. Volver a la normalidad, ser de

nuevo la misma Maddox que fui quizás no ocurriría jamás, pero podía mantener esto: mi relación con Max. Al menos así lo creía anoche, ahora al ver su frustración y resignación ante mis reacciones solo puedo pensar en que no será sencillo.

Será difícil.

Será imposible, ¿cierto?

Otra vez siento las lágrimas agolparse tras mis párpados.

Una heredera de la mafia que no era capaz de soportar el tacto del hombre que amaba.

Max regresa otra vez con un vaso de agua, acerca el cristal frente a mí y dudo antes de aceptarlo. Lo acabo en un segundo y suspiro cuando le regreso el vaso, lo deposita en la mesa a un lado de la cama y se inclina hacia mí. Acerca una mano y me obligo a no moverme para no espantarlo, acaricia mi mejilla con sus nudillos y fuerzo una sonrisa.

—Vas a estar bien, Maddox. Ya verás. Todo esto pasará y acabaras por olvidarlo.

Cerré los ojos mientras las lágrimas trazaban surcos calientes por mis mejillas. Intenté procesar sus palabras, tragarlas como si fueran medicina, pero tenían el sabor amargo de la mentira. Me hago a un lado en la cama para que él se recueste junto a mí, pero antes apaga la luz de la lampara de noche.

—Estarás bien —insistió él, su voz vibrando contra mi sien—. Un día dejará de doler. Olvidarás que esto ocurrió.

Olvidar. Saboreé la palabra, diseccionando cada sílaba, pero el concepto se sentía extraño en mi lengua, como un idioma que ya no sabía hablar. Quizás porque sabía que el cuerpo recuerda lo que la mente intenta borrar. Pero en ese momento, acurrucada entre sus brazos, deseé con una fuerza desesperada que Max fuera un profeta. Necesitaba que sus palabras fueran ciertas.

Memoricé su voz. La convertí en un mantra que repetiría cada vez

que la oscuridad intentara arrastrarme de vuelta al galpón.

Olvidarás. Dejará de doler.

Necesitaba que fuera cierto para no terminar de desmoronarme.

Dejé que mi cuerpo se relajara, entregándole mi peso. Permití que Max me acariciara, que sus dedos exploraran las zonas de mi piel que no estaban marcadas, mientras me convencía de que pronto volvería a ser la Maddox de siempre. La heredera fría. La mujer implacable.

Él decía que ahora estaba diferente, que era normal por lo que había pasado. Pero el subtexto me golpeó con fuerza: esta nueva Maddox, la Maddox rota y asustada, no era la que él deseaba. No era bienvenida. Y estaba bien. A mí tampoco me gustaba.

El resto de la noche pasó en un silencio denso, interrumpido solo por el ritmo de nuestras respiraciones. Aunque no podía verlo, sentía que estaba despierto. Su mano viajaba por mi espalda, enredándose en mi cabello y masajeando mi nuca con una lentitud casi hipnótica. Me provocaba cosquillas, una sensación tan ajena al dolor que me aferré a ella como a un clavo ardiendo.

Vimos el amanecer sin decir una palabra. Por un momento, intenté convencerme de que quizás me equivocaba. Quizás debería tener tiempo para regresar a ser mi antigua yo pero que lo lograría, también que mi relación con Max no debía verse afectada.

Pero siempre el amanecer trae claridad y verdades que no estamos dispuestos a ver en la noche.

La habitación se había llenado de luz natural y tomé coraje para verlo, él tenía la vista fija en el techo y una expresión que no supe descifrar. Cuando notó mis ojos sobre él se giró solo un poco. Me sonríe de costado, de forma suave y tierna, trago saliva sin saber que hacer con esa ternura que no siento merecer.

—Haré el desayuno —susurra y se acerca para depositar un beso fugaz en mis labios, es un roce casi imperceptible—. ¿Qué dices?

Asiento y presiono los labios en una sonrisa.

Lo veo apartarse con lentitud, noto que le cuestan los movimientos productos de las heridas y me contengo para no hacerle preguntas al respecto. Sé muy bien que no es fácil. De todas formas, lo veo moverse con agilidad por su cocina mientras busca dos tazas y prepara café.

—¿Café y tostadas? —Pregunta sin girarse, observo su espalda con una atención que comienza a disiparse—. También puedo hacer tortitas...

«El pasador de pelo que te regalé, Maddox. Tiene un chip de rastreo integrado.»

Las palabras de hace unas horas golpean en mi mente recordándome que hay cosas que aún me oculta.

Trago saliva y siento el corazón palpitar con fuerza.

—¿Maddox?

Lo miro. ¿A quien demonios tengo frente a mí?

Max ladea la cabeza y se acerca con paso lento, inspecciona mi rostro en busca de una respuesta a mi estado y sé que parezco en shock.

—Princesa...

—¿Por qué me diste un rastreador?

Max traga saliva y aparta la vista, toda su expresión de preocupación y su sonrisa tímida se borra, como si nunca hubieran estado allí. Algo atraviesa sus ojos oscuros y me siento como si estuviera en la celda otra vez: a la espera de un castigo. Siento miedo.

Mierda. Siento miedo de él.

—Maddox...

—Responde —digo entre dientes. Cierro los puños en las sábanas

que me rodean y trago saliva al darme cuenta que estoy en alerta por si necesito escapar. ¿En qué momento empecé a sentirme así con él? Todo cambia en un segundo—. Máximo.

—No hagas preguntas de las que no quieres respuestas, Maddox.

Dice eso y se gira para alejarse. No lo pienso dos veces, salto lejos de la cama y lo sigo hacia la cocina sin poder creer la forma en la que evita verme y hablarme.

—¿Qué demonios significa eso? —Lo ataco.

—Significa que a veces en la ignorancia puedes vivir más tranquila —murmura.

La voz que usa ya no es la del hombre tierno que busca ser mi consuelo, en un segundo es al soldati el que tengo frente a mi. El hombre nacido de la violencia y los secretos, el de las manos manchadas de sangre. El que haría cualquier cosa por obtener lo que quiere.

—Máximo —exijo—. Responde la pregunta si no quieres que esta sea la última vez que me veas.

Lo veo apoyar ambas manos sobre la mesada de mármol de la cocina. Escucho como suspira antes de darse la vuelta, tiene la cadera apoyada en el mármol y estoy a un metro de distancia. Sigue siendo el soldati quien está frente a mi. Y eso me aterra.

—Necesito saber dónde estás en cada maldito segundo —dijo entre dientes, su voz bajando a una octava ronca y peligrosa.

Retrocedí un paso, pero él me siguió, acorralándome. De repente, la atmósfera cambió. Ya no éramos dos víctimas de la noche; él era el depredador y yo, de nuevo, era la presa.

—¿Qué?

Él no apartó la mirada. No había burla en sus ojos, mucho menos

duda, solo algo que me heló más que cualquier amenaza.

—Te amo, Maddox —susurró, como si estuviera confesando algo hermoso.

Mi corazón se detuvo un segundo. Yo no sabía qué era el amor. Levi siempre decía que no había lugar para eso en mi vida y siempre fantasee con experimentarlo alguna vez. Ahora lo tenía frente a mi pero se sentía... Mal. Erróneo.

—Eso no es amor —susurro.

Sus dedos viajaron a mi rostro y permanecí quieta, tan quieta que sentía que podía estallar ante el mínimo roce. Acarició mi mejilla con sus nudillos, colocó un mechón de mi cabello tras mi oreja y me dedicó una sonrisa pequeña. Parece que lleva puesta una máscara, que fuera otra persona. ¿A quién demonios tengo frente a mí?

—¿Recuerdas cuando te lo regalé? —Murmuró acunando mi rostro con sus manos—. Nunca es demasiado cuando se trata de cuidarte —acaricia mi mejilla con suavidad—. Quizás deba darte otro.

El aire empezó a fallarme. No puede estar hablando en serio...

—Max...

—No sabes las veces que he respirado tranquilo al ver que estabas en casa —continúa, su voz era suave e íntima, tanto que me heló la sangre—. Las veces que he sabido que nadie se acercaba demasiado. Que estabas a salvo. Que eras mía... y estabas donde debías estar.

«Donde debías estar».

Mi estómago se contrajo.

—Eso es enferm...

No me dejó terminar. Su pulgar rozó mis labios con ternura, su sonrisa se mantuvo intacta y yo solo sentía mi estómago contraerse.

—Es amor —corrigió con paciencia—. Mi amor no es débil, Maddox. No es de esos que dejan ir. Yo no podría vivir sabiendo que

algo te pasa y no lo veo venir. Yo necesito saber. Necesito estar un paso antes que el mundo.

Sus ojos brillan pero no con locura, con algo mucho peor: devoción y obsesión.

«Te mira como si quisiera poseerte», otra vez las palabras de Lucchese.

—No quiero controlarte —murmuró—. Quiero proteger lo que amo. Y te amo tanto que prefiero que me odies a arriesgarme a perderte.

Entonces lo comprendí: no iba a detenerse, mucho menos arrepentirse.

Máximo de verdad creía que esto estaba bien.

Sentí el terror treparme por la espalda, frío, lento. Pero mi expresión no cambió, no quería que viera mi miedo y mi pánico. Pero sabía que necesitaba salir de aquí. Poner distancia y, por sobre todas las cosas, pensar.

Me besa con lentitud, con los ojos cerrados y saboreando mis labios, pero yo permanezco quieta, observando su rostro lleno de... ¿Placer? ¿Amor? No tenía idea.

—Max —susurro sobre sus labios—. Debo irme...

En cuanto digo las palabras abre los ojos y su mirada se llena de algo oscuro.

—¿Qué sucede, princesa? —dice en voz baja— ¿No estarás molesta? —me sonríe pero es una sonrisa extraña—. Después de todo, tu padre te dio un móvil con un rastreador —se encoge de hombros— ¿No es así el amor en nuestro mundo?

Tenía razón. No mentía. Darme cuenta de eso no me hacía sentir tranquila, aunque quizás debería, pero solo podía pensar en alejarme. Forcé una sonrisa tranquila.

—Claro que no —mentí con voz suave y tierna—. Es solo que Levi cree que estoy con Penny, no quiero preocuparlo.

Asiente antes de acercarse y me besa otra vez.

—Cierto —murmura.

Sus ojos brillan cuando me ve.

—Te llamo luego, ¿si?

Vuelve a asentir y aprovecho ese momento para zafarme de sus manos, busco mi ropa y mis zapatillas, no me detengo a cambiarme, sé que puedo hacerlo en el ascensor. Ahora necesito poner distancia. Antes de poder acercarme a la puerta para salir me toma del brazo y me lleva hacia él para besarme por última vez. Noto su fuerza y me pongo el alerta.

—Te amo, princesa.

CAPITULO 53
maddox

«Te amo, princesa».

Dos palabras que deberían ser un refugio, pero que en mi mente retumban como una sentencia. Son un abismo oscuro, un laberinto del que no estoy segura de querer salir.

Observo mi reflejo en el espejo del ascensor. Las luces fluorescentes son despiadadas; resaltan las sombras bajo mis ojos y la palidez de una piel que todavía se siente sucia, la cicatriz en mi rostro ha mejorado pero para mí se ve como el primer día, quizás siempre sea así.

Se supone que esto era lo que quería, ¿no?

Durante meses, me engañé a mí misma diciendo que lo nuestro era solo un juego de poder, un baile peligroso entre la heredera de un imperio y el soldado que juró protegerlo.

Me sentía atraída por su oscuridad, por esa obsesión que emanaba de sus poros, pero siempre fue algo... Invisible. Un monstruo agazapado en las sombras que yo creía tener domesticado.

Hasta ahora.

Te amo.

Ya no es un juego. Se acabó la diversión de la princesa jugando a ser rebelde. Me puso un rastreador. Me marcó como si fuera una de sus armas, una propiedad que debía ser vigilada. Su orgullo, su egoísmo posesivo, fue lo que permitió que me llevaran; se confió tanto en su control que olvidó que el mundo exterior es mucho más voraz que él.

Me quiere, y eso es un maldito problema. Porque en la mafia, el amor de un hombre como Max no es suave. Es una jaula de oro, una

soga de seda que te aprieta el cuello hasta que no puedes respirar por ti misma. Si un hombre educado para la violencia te entrega su corazón, te entrega también sus demonios.

Y lo peor, lo que realmente me aterra mientras veo cómo se abren las puertas del ascensor, es que yo también he empezado a quererlo. O tal vez, lo que queda de mí después de la tortura es lo único que sabe hacer: aferrarse al hombre que promete que nadie volverá a tocarme. Aunque ese hombre sea el que parece querer robar mi libertad.

¿Habré cambiado las cadenas de la tortura por otras que parecen ser de amor?

Al salir a la calle, el aire gélido de Chicago me golpea como una bofetada. Voy descalza, con mis zapatillas en una mano y mi ropa amontonada en la otra; solo llevo puesto la camiseta de pijama, un pequeño pantalón de algodón y el rastro del aroma de Max pegado a mi cuello.

El frío muerde mi piel desnuda, recordándome lo vulnerable que me encuentro. Estoy a punto de dar media vuelta, de regresar a ese apartamento y suplicarle que me sostenga hasta que el dolor desaparezca, cuando lo veo.

Un BMW negro estacionado al otro lado de la calle.

El coche de Matthew. Él está ahí, con la ventanilla entreabierta, la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Su perfil es una línea dura de responsabilidad y cansancio.

Me quedo paralizada, atrapada entre el impulso de huir y la necesidad de ser rescatada por alguien que no me mire con la intensidad enfermiza de su hermano.

¿En qué momento nuestra relación se volvió algo tan complejo?

¿O el problema soy yo, que ahora parezco ser otra persona?

¿Estaba bien que me sintiera aterrada y confundida por las palabras de Máximo? ¿O debía aceptar que el único amor que

alguien como yo merece era este enfermizo y obsesivo que encubre el control?

De repente, Matthew abre los ojos. Es como si pudiera oler mi perfume o quizás mi pánico. Al verme, sus labios se aprietan en una línea fina y letal. Sale del coche con movimientos fluidos y decididos, dando zancadas que acortan la distancia en segundos.

Me analiza de arriba abajo. Sé que doy pena: el cabello enredado, los ojos hinchados y temblando bajo una brisa que ya sabe a invierno. Sus manos, grandes y callosas, se posan en mis hombros antes de acunar mi rostro. Es en ese momento, bajo la calidez de su tacto fraternal, cuando me doy cuenta de que estoy llorando. Él atrapa mis lágrimas con sus pulgares, pero su mirada no es suave; está cargada de una furia gélida.

—¿Qué te hizo? —Su voz es un gruñido bajo, peligroso.

Niego con la cabeza frenéticamente. No puedo decírselo. No entendería que las palabras de Max me asustan más que cualquier arma. Matthew no comprende esa faceta de su hermano, la parte que quiere devorarme por completo.

—Nada —susurro con mi voz quebrada—. ¿Qué haces aquí?

—Tu padre cree que estás con Penny —dice, sin soltarme—. Pero supe que no era cierto. Vine en cuanto me di cuenta de que no te habías movido de aquí en toda la noche.

—¿Te quedaste en el coche? ¿Toda la noche?

Él asiente, dejando caer las manos, pero manteniendo su cuerpo cerca, como un escudo. Matthew siempre ha sido mi sombra. Y ahora es exactamente lo que parece y es por lo mucho que lo conozco que sé lo que puede ocurrir si le soy sincera sobre su hermano.

«Te amo».

—¿Qué ocurrió ahí dentro, Maddox?

Mi corazón late y vuelvo a negar.

—Nada... solo necesito salir de aquí, Matt —siento un nudo formándose en mi garganta y bajo la vista porque no soporto su mirada sobre mi—. Por favor. Llévame a cualquier parte.

Él no hace más preguntas. Me toma de la mano, envolviendo mis dedos fríos con la firmeza de quien sabe que tiene una carga que proteger.

Minutos después, estoy en el asiento del copiloto. La calefacción a tope empieza a descongelar mis huesos, pero el escalofrío interno no se va. Matthew me ha puesto su abrigo encima y me acurruco en la tela gruesa.

Observo los edificios de Chicago pasar a través del cristal empañado, sintiendo cómo nos alejamos de la gravedad que Max ejerce sobre mí.

Pienso en él. En la forma en que me besó después de confesar que me rastreaba, en cómo reclamó que yo era suya. Lucchese tenía razón; Max me mira con la intención de poseerme hasta la última fibra. Incluso Matthew parece saberlo. Todos en este mundo ven las cadenas invisibles que Max ha puesto sobre mí, excepto yo, que me dejé encadenar con una sonrisa.

Cierro los ojos, intentando sepultar las imágenes de su rostro en un rincón oscuro de mi mente. Me digo que estoy exagerando. Max no me haría daño. Poner un rastreador es lo que hacen los hombres de mi familia, después de todo mi padre lo hizo. Max lo hizo por su cuenta, para salvarme. Al final, gracias a esa invasión de mi privacidad, sigo viva.

Él me quiere. Debo confiar en eso. Es la única certeza que tengo mientras mi mundo se desmorona.

El coche se detiene. Abro los ojos con pesadez, sintiendo el peso del agotamiento en cada músculo. Miro a través de la ventana y me tenso de inmediato. No estamos en mi casa. No estamos en la mansión Salvatore.

Me giro hacia Matthew. Él sigue relajado, con las manos en el

volante y la cabeza inclinada hacia atrás.

—Matthew... ¿Qué hacemos aquí? —Mi voz salió pequeña, casi un hilo en la penumbra del coche.

—Necesitas hablar con alguien que no te mire como si fueras una pieza de cristal o como un maldito caso de estudio—murmuró él, con un deje de cansancio absoluto. No abrió los ojos, pero sus manos seguían apretando el volante.

Regresé la vista hacia la entrada de la casa de Penny. Mi mejor amiga. El único rincón de luz en mi vida que no estaba manchado de pólvora. El pánico me oprimió el pecho.

—No puedo hacerlo, Matt. Llévame a casa, por favor —supliqué, girándome hacia él—. Si necesito hablar, lo haré con mi terapeuta. He estado asistiendo a las sesiones, estoy...

—Lo único que haces es esperar a que te recete esas pastillas —me cortó. Abrió los ojos y me miró; sus nudillos estaban blancos de tanto apretar el cuero del volante—. Entiendo que las necesites para poder dormir pero no puedes vivir anestesiada, Maddox —trago saliva al ser consciente de su molestia—. Las pesadillas siguen ahí. Los ataques de pánico te están devorando viva porque te niegas a hablar de verdad. Penny es tu mejor amiga.

—¡Exacto! ¡Es mi mejor amiga! —Remarqué, sintiendo cómo la histeria burbujeaba en mi garganta—. ¿Qué se supone que le diga? «Hola, Penny, perdona por ignorarte, es que me secuestraron y me torturaron porque mi padre es el Don de Chicago».

—Cariño...

—¡Estoy harta de mentirle, Matthew!

—Entonces deja de hacerlo, tesoro.

La palabra en italiano golpeó mi sistema nervioso, cálida y dolorosa a la vez. Cerré los ojos, negando con la cabeza. Matthew

era el único que me llamaba así, con esa mezcla de respeto y ternura fraternal que me hacía sentir que aún había algo que salvar en mí.

—Me encantaría que hablaras conmigo —continuó él, bajando el tono—, pero sé que no lo harás. Respeto tus muros, pero no puedo quedarme sentado viendo cómo te hundes en el pánico, las pesadillas y esas pastillas.

Bajé la vista a mi regazo. Mis dedos se entrelazaban con tal fuerza que me dolían las articulaciones. Intenté tomar una bocanada de aire, pero mis pulmones se sentían como si estuvieran llenos de plomo.

Estaba al borde del colapso, justo ahí, en el asiento de cuero de su BMW.

—Estoy bien —mentí, con la voz temblorosa—. Olvidaré esto. Estaré bien, lo prometo.

Sentí el roce de su mano en mi mentón. Matthew me obligó a clavar los ojos en los suyos con una suavidad que me desarmó más que cualquier amenaza. Sus dedos recorrieron el contorno de mi labio inferior con una lentitud casi hipnótica. En sus ojos color chocolate vi una tormenta de emociones: impotencia, furia hacia quienes me habían lastimado, y una tristeza tan profunda que me robó el aliento.

—No tienes que olvidarlo, cariño —dijo, y su voz me envolvió como una manta pesada en medio del ártico—. Tienes que superarlo. Y la única forma de hacerlo, tesoro, es sacándolo de tu sistema.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla. Matthew la atrapó con el pulgar, dedicándome una sonrisa melancólica.

—Estoy bien —miento en un murmullo ahogado por mis lágrimas. Otra vez me sonríe con tristeza.

—No, no lo estás —dice con suavidad—. Pero lo estarás, porque eres la mujer más valiente y fuerte que conozco.

Trago saliva. El nudo en mi garganta se hace cada vez más difícil de soportar.

—Es peligroso, Matt —susurro—. Si soy honesta con ella, la pongo en el punto de mira. Si sabe quién soy realmente...

—¿Crees que no lo está ya? —Su mano seguía en mi rostro, dándome el calor que mi propio cuerpo no podía generar—. Por el simple hecho de ser tu amiga, ya está ligada a Draghi. Ella ya está en peligro; lo único que estás haciendo al callar es quitarle la oportunidad de defenderse o de decidir si quiere correr ese riesgo.

Tragué saliva, dándome cuenta de la crudeza de sus palabras. Tenía razón. Al intentar proteger su inocencia, la estaba dejando ciega ante los lobos que, ahora sabía, podían llegar a ella mucho más fácil de lo que llegaron a mí.

La familia de Penny estaba protegida todo el tiempo, había soldados designados para eso, pero si ella no lo sabe no tiene como evitar otros peligros, como acercarse a enemigos camuflados. Como Luc.

—¿Y si me deja? —Susurré—. ¿Y si cuando descubra que la Maddox ordinaria es solo una máscara, acaba por odiarme?

—Si se aleja, entonces nunca fue tu amiga —sentenció él con una seguridad que me hizo erizar de pies a cabeza—. Pero te conozco, y la conozco a ella. Penny jamás te abandonaría.

Asentí, con el corazón martilleando contra mis costillas. La esperanza y el terror luchaban por el control de mi pecho mientras abría la puerta del coche. Al bajar, el frío me recordó que seguía viva, pero que estaba rota.

Caminé hacia la puerta de Penny. Al llegar, di dos golpes suaves. Esperé. Recé a un Dios en el que no creía para que, después de

esto, al menos una parte de mi vida dejara de ser una mentira.

CAPITULO 54
maddox

Matthew continúa en su coche, aguardando y a la espera de lo que puede suceder a continuación. Me prometió que no arrancaría hasta que yo estuviera a salvo tras el umbral, pero empiezo a dudar de que eso ocurra hoy. He golpeado la madera tres veces. Tres súplicas mudas que se pierden en el pasillo silencioso.

Sé que Penny está ahí. No necesito ver a través de las paredes para sentir su respiración contenida del otro lado. Sé que me está observando por la mirilla, reconociendo a la extraña que viste la piel de su mejor amiga, pero que ya no desprende la misma luz.

¿Por qué iba a abrir?

La noche de mi secuestro, le prometí que iría a verla. En lugar de eso, desaparecí. Max le mintió, le dijo que estaba con él, y cuando finalmente recuperé mi móvil, encontré un cementerio de llamadas perdidas y mensajes desesperados.

No respondí a ninguno.

No era solo el terror; era la humillación. ¿Qué se supone que debe hacer uno cuando su realidad se fragmenta? Penny conocía a la Maddox universitaria, la chica de libros y risas fáciles. No conocía a la criatura rota que regresó de aquel sótano, hecha de jirones de carne y recuerdos traumáticos. Vería la cáscara vacía en la que me convirtieron y me odiaría por haberle vendido una mentira durante años.

Se supone que después de la tortura, debería perder el orgullo. Pero el mío seguía ahí, retorcido y sangrante, recordándome que el rechazo de Penny dolería más que cualquier descarga eléctrica.

—Penny, por favor —susurro, apoyando la frente contra la madera fría de la puerta. Siento el frío del material calar en mi piel—. Por

favor... Ábreme.

Una parte oscura de mí, esa que se alimenta de la autodestrucción, desea que me ignore. Si me rechaza, puedo terminar de hundirme en el abismo sin arrastrar a nadie conmigo. Puedo decir que lo intenté y entonces sacarla de mi vida como debí haber hecho hace años. Pero hay otra parte, una chispa minúscula de esperanza que gotea como morfina en mi sistema, que reza por un milagro.

—Vete, Maddox.

Me incorporo de golpe al oír su voz. Suena gélida y distante.

—Penny, te lo suplico —mi voz sube de tono, cargada de una urgencia que me quema los pulmones—. Si me dejas entrar... prometo ser sincera. Te lo contaré todo.

—No puedo hacerlo —dice ella y sé que está pegada a la puerta, a centímetros de mí, separadas solo por una barrera de roble y años de engaños—. No puedo seguir sosteniendo esta amistad. Ya no sé quién eres.

—Lo entiendo —admito, y la verdad me sabe a sangre en la boca —. Pero déjame explicarte. Por favor.

El silencio que sigue es una eternidad. El viento de otoño me azota las piernas desnudas, pero el frío real viene de dentro. Si cierro los ojos, vuelvo a la celda. Al olor a humedad, al ruido de las botas sobre el cemento, a la oscuridad asfixiante. Me obligo a abrirlos, a recordarme que estoy libre, aunque mi mente siga encadenada.

Penny no responde. No oigo sus pasos alejarse, pero tampoco oigo la cerradura. Acepto mi derrota y las lágrimas empiezan a caer. Una, dos, una docena. Agua salada corriendo por mis mejillas como un río que busca el mar.

Lloro en silencio. No tengo derecho a quejarme en voz alta.

«Una Salvatore no busca lástima», eso siempre dijo Levi. La

lastima es para las víctimas, yo no soy una.

Estoy a punto de darme la vuelta, de regresar al coche de Matthew y aceptar que la mafia finalmente me ha quitado lo último que me quedaba de humanidad, cuando lo escucho.

El seguro se libera. La puerta se abre con una lentitud agónica, como si Penny tuviera miedo de lo que va a encontrar al otro lado. Cuando finalmente cede, me quedo sin aliento de la ansiedad.

Los ojos azules de Penny se abren de par en par. Su mano vuela a su boca para ahogar un grito o un sollozo, no lo sé. Sus ojos se inundan de inmediato al ver mi estado.

Trago saliva, intentando ignorar la forma en que recorre mis marcas. Supongo que nunca me acostumbraré al impacto que tienen las cicatrices en los demás. Es la gran ironía de la supervivencia: no importa que tú intentes olvidar el horror; el resto del mundo se encarga de recordártelo con cada mirada de lástima.

Como si las huellas de lo que me hicieron fueran mi responsabilidad.

Como si yo debiera pedir perdón por haber sido el lienzo de la crueldad de alguien más.

—Maddie…

Su voz es un hilo a punto de romperse, cargado de una tristeza tan densa que casi puedo tocarla.

—¿Qué te pasó? —pregunta, y el miedo en su tono me quema. Hago una mueca, apretando el abrigo contra mi pecho— ¿Qué...?

—¿Puedo entrar? —susurro.

Penny asiente de inmediato, haciéndose a un lado. El aire de su casa me golpea el rostro y mi corazón martillea contra mis costillas. Me está dando una oportunidad. La puerta se cierra detrás de mí, dejando fuera a Matthew y la sombra de los Salvatore. Aquí, tengo la posibilidad de ser sincera. Pero la verdad tiene un precio, y no estoy

segura de sí Penny podrá pagarlo.

Avanzamos con lentitud hacia su habitación. El hogar de Penny está en el límite del barrio donde yo vivo, pero parece estar en otro universo. Es una casa cálida, humilde, despojada de la frialdad del mármol. Aquí no hay pasadizos secretos, ni cámaras que vigilan cada uno de tus suspiros, ni sistemas de seguridad de grado militar. No hay armas escondidas tras los cuadros, y el aire no está impregnado de ese olor a tabaco y whisky que parece ser el perfume oficial de mi padre.

Me he acostumbrado a esos olores. Soy una mujer de sombras y whisky, habituada a ese cliché de la mafia que marca la diferencia entre un hogar común y una casa diseñada para la guerra.

Pero aquí, el aroma es distinto. El olor a limón y jazmín me hace estremecer; es un golpe de paz tan violento que casi me marea. Todo en este lugar huele a alivio, a cariño, a una normalidad que se me ha escapado de las manos. Penny y su madre son devotas de lo cítrico y lo floral, una combinación que, según ellas, calma la mente.

Recuerdo las tardes de exámenes, cuando la madre de Penny nos traía té con miel y encendía velas de jazmín hasta que el estrés desaparecía. Maggie siempre sería mi segunda persona favorita del mundo, luego de su hija; era amorosa, tierna, de sonrisa fácil pero también muy responsable cuando debía castigarnos por travesuras de niñas.

Penny la adoraba con una pureza que yo envidiaba en secreto.

Por eso me hizo prometer que jamás le contaría a su madre nuestros intentos de contactar a su padre biológico; para ella, eso habría sido una traición. Lo prometí, y guardé ese secreto con la misma eficacia con la que guardo los cadáveres de mi familia.

Saber que he pasado toda mi vida mintiéndoles a ambas me desgarra. Y ahora, estoy a punto de destrozar el mundo de cristal de mi mejor amiga con la fusta de mi realidad.

—Dime qué ha ocurrido, Maddox. Quiero la verdad. Toda la

verdad.

Penny se detiene frente al sofá que tiene bajo la ventana. Es nuestro lugar sagrado; donde nos acurrucamos cada Navidad para ver la nieve caer y los fuegos artificiales estallar sobre el horizonte de Chicago mientras bebemos chocolate caliente.

Pero hoy no hay chocolate ni fuegos artificiales. Solo hay una confesión que está a punto de teñir este refugio de color sangre.

—La verdad —repetí, mi voz es un susurro que se pierde en el espacio entre nosotras. Mantengo la vista fija en mis manos entrelazadas con tanta fuerza sobre mi falda que los nudillos me duelen—. La verdad es un incendio, Penny. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio —sentenció ella.

Su voz era seca, estaba claro que no estaba para juegos. Yo tampoco.

Asentí, tomando aire.

—Cuando mis abuelos llegaron de Italia, huyendo de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial...

—Espera, ¿qué? —Me interrumpió, frunciendo el ceño—. ¿De qué hablas? ¿Estás jugando conmigo, Maddox?

Negué con la cabeza.

Ojalá fuera un juego.

Ojalá fuera una de nuestras bromas.

—Es una historia larga, Penny. Necesito que la escuches hasta el final.

—Maddox...

—Para que entiendas quién soy, debo explicarte de dónde vengo —ella entornó los ojos, y vi cómo una mezcla de curiosidad y terror empezaba a filtrarse en su mirada. Mis palmas empezaron a sudar—.

Pero antes, debes prometer que no dirás nada. Que no me juzgarás hasta que la última palabra salga de mi boca. ¿Lo prometes?

Penny se quedó rígida. Sabía que, en su interior, ella también sentía que estábamos cruzando un punto de no retorno. Nuestra amistad, tal como la conocíamos, estaba muriendo en ese sofá.

—Lo prometo —dijo al fin.

Solté el aire que quemaba mis pulmones. Cerré los ojos y conté hasta cinco. Inhalar, exhalar. Me abandoné a la marea de la verdad y dejé que las palabras fluyeran.

Dibujé una línea de tiempo que empezó en los muelles de Nueva York, lugar donde llegaron mis abuelos por primera vez antes de asentarse en lo que hoy es nuestra ciudad. Le conté cómo el negocio de automóviles de mi abuelo era solo la piel de una bestia mucho más grande: una organización criminal que operaba en las sombras de Chicago. Le hablé de la herencia de mi padre, del peso de la corona que Levi Salvatore lleva sobre su cabeza y de cómo fui criada para ser su sucesora.

—Mi nombre completo es Maddox Francesca Müller Salvatore —solté, y el apellido pesó como el plomo en la habitación—. Uso un nombre para el día y otro para la oscuridad. En mi mundo, en la organización que llamamos Draghi, soy Red Dragon. Mi padre es Sky Dragon.

Le conté lo que significaba ser la heredera de un imperio del crimen. Porqué hablo cuatro idiomas, porqué nunca voy a ningún lado sin defensa y porqué, en mi undécimo cumpleaños, mi padre no me regaló una muñeca, sino mi primera pistola.

—Duermo con ella bajo la almohada, Penny. Cada noche.

Le confesé que en realidad, soy un arma, soy hija de Levi pero soy su arma más letal y fiel.

Le hablé de Matthew y de Max.

Le confesé que Jace no era mi primo, sino un soldado al servicio de mi padre. Me disculpé por cada mentira, por cada primo y cada viaje de familia inventado.

Entonces, llegué a la parte más oscura. Nueva York. El tipo que creyó que podía usarme y cómo terminó siendo mi primera víctima.

—Me sentí extraña al principio —admití, sin rastro de arrepentimiento en mi voz—, pero jamás culpable. En nuestro mundo, o eres el depredador o eres la presa. Y yo no nací para ser cazada.

Le hablé del intruso en mi casa y, finalmente, de Luc. Le dije que no volviera a confiar en él, porque fue él quien me arrastró al infierno hace tres semanas.

Me detuve un segundo. Penny tenía los ojos desorbitados, empañados por lágrimas que no se atrevía a soltar. Me levanté del sofá, sintiéndome repentinamente expuesta bajo la luz del atardecer que empezaba a teñir el cuarto de naranja. Con las manos temblorosas, me deshice del abrigo de Matthew y de tomé el borde de la camiseta negra para levantarla.

Muerta de vergüenza, pero con una determinación desesperada, le enseñé las marcas. No era suficiente con ver mi rostro, lo sabía, la cicatriz que atraviesa mis facciones es demasiado pero no suficiente y debo ser sincera. Me di la vuelta y levanté mi camiseta lo suficiente para que viera la cartografía de dolor que habían grabado en mi piel.

No dejé de hablar mientras me vestía de nuevo. Cuando el silencio finalmente cayó sobre nosotras, la luz de la ventana era diferente. Llevaba horas hablando. El sol se escondía tras los edificios de Chicago, dejando a Penny sumida en las sombras.

Me quedé mirando el cristal, esperando sus palabras de rechazo. Esperando que me pidiera que me fuera, que me llamara monstruo. Pero, de repente, sentí unos brazos envolviéndome por detrás. Un calor humano, sincero y desgarrador que no había experimentado jamás.

Penny me abrazó y rompió a llorar. Susurró palabras incomprensibles contra mi hombro. Me giré y la rodeé con mis brazos, dejando que mi propio llanto se mezclara con el suyo.

Compartimos el dolor de la verdad y, por primera vez en semanas, el peso de ser una Salvatore no se sintió tan insoportable.

Cuando Penny se aleja un poco para mirarme, sus ojos azules están tan cristalizados por las lágrimas que parecen piedras preciosas. No puedo evitarlo; sonrío con una amargura que ella no alcanza a comprender. A Lucchese le encantarían sus ojos. Los vería como un par de diamantes raros o zafiros de contrabando.

Pero para mí, solo son los ojos de mi mejor amiga, y son lo más brillante que he visto en semanas.

Me toma las manos con firmeza y me guía de nuevo al sofá. Nos sentamos frente a frente, una de sus manos viaja a mi mejilla, recorriendo con la yema de sus dedos la cicatriz que dejaron en mi rostro. No me aparto. Dejaría que Penny me quemara si quisiera, porque confío en ella más de lo que confío en mi propio apellido.

Sus ojos se inundan de nuevo. Me apresuro a atrapar una lágrima rebelde con mi pulgar, rogándole en silencio que no llore, asegurándole que estoy bien. Ella ladea la cabeza, observándome con una ternura tan pura que me duele.

Y en lo único que puedo pensar es: ¿Me merezco esto? ¿Merezco que alguien me mire con amor después de haber quitado una vida?

—Imaginé un millón de escenarios posibles —murmura Penny sin dejar de escrutar mi rostro. Sus dedos rozan de forma casi imperceptible la marca de mi piel—. Consideré un centenar de explicaciones para justificar por qué mi mejor amiga era la persona más rara y extraña del mundo.

Dejo escapar una risa rota entre lágrimas. Ella me devuelve una sonrisa triste.

—Pero nada, Maddox... Absolutamente nada me preparó para

esto.

Asentí, sintiendo cómo la desilusión me llenaba la boca con un sabor metálico.

—Lo sé. Entiendo si no quieres volver a verme —digo con un nudo en la garganta—. Es demasiado.

—Tienes razón —dice ella, incorporándose. Su postura se vuelve rígida, sus labios se aprietan en una línea de acero—. Es demasiado, Maddox.

Me levanto del sofá, dispuesta a salir de su casa y de su vida antes de que el rechazo termine de matarme. Pero en cuanto intento dar el primer paso, su mano se cierra sobre la mía con una fuerza que me detiene en seco.

—¿A dónde crees que vas? —Su voz suena molesta, casi furiosa.

Parpadeo, confundida. Miro nuestras manos unidas y luego su rostro, buscando una señal de lo que está pensando.

—Penny, tú acabas de decir que esto es demasiado...

—¡Es demasiado para ti, maldita sea! —Me corta, tirando de mi brazo para que vuelva a sentarme—. Tu vida es un campo de minas. Llevas una doble vida, cargando con muertes, secuestros y vete tú a saber qué más, ¿y pretendes no hablar con nadie? —Noto furia en su tono—. No puedo ni imaginar el infierno que debe ser tu cabeza ahora mismo.

Me quedo muda. Las palabras se me atascan en la garganta. No esperaba esto. Esperaba miedo, asco, juicio. No esperaba que su primera preocupación fuera mi cordura.

—Sigue hablando —pide ella en voz baja.

—No hay más historia, Penny. Esa es toda la verdad —me encojo de hombros—. Te he dicho hasta el último de mis secretos.

—Lo sé. Me has contado lo que te pasó desde antes de nacer —suspira, y sus ojos se suavizan—. Pero ahora quiero saber cómo

estás tú. Quiero escucharte a ti, Maddox. No a la princesa Salvatore, o como demonios te llamen.

El nudo en mi garganta se vuelve insoportable. Penny abre los brazos y yo me derrumbo. Hundo la cara en su pecho y dejo que me envuelva en su aroma a limón y jazmín. Me acurruco contra ella como tantas veces ella lo hizo conmigo después de una mala cita o un corazón roto. Recibo su consuelo, su lástima, su devoción. Lo recibo todo porque me estoy ahogando y ella es el único oxígeno que me queda.

—Estarás bien —susurra contra mi cabello, mientras sus manos trazan círculos lentos en mi espalda—. Bueno, primero estarás mal. Estarás pésima, querrás desaparecer y sentirás que tu corazón es un montón de escombros.

Se separa un poco para mirarme a los ojos con una firmeza que me recuerda por qué es mi mejor amiga. Acuna mi rostro y presiona los labios en una fina línea.

—Pero tienes que sentirlo, Maddie —trago saliva—. Debes permitirte sentir todo este veneno para poder sacarlo. Tienes que aceptar que esto es lo que eres ahora para poder superarlo. Te llevará tiempo, tal vez mucho, pero estarás bien. Te lo aseguro. Y yo voy a estar aquí para recoger los pedazos cada vez que te rompas.

Cierro los ojos y, por primera vez en mi vida, me abandono por completo. Me entrego al consuelo, al dolor y al vacío, sabiendo que, aunque afuera me espere la guerra y un hombre me quiere pero guarda secretos, aquí dentro, en este pequeño sofá y para mi mejor amiga, todavía soy solo Maddox.

CAPITULO 55
maddox

entonces... —Murmuró Penny, deteniendo una cuchara rebosante de helado de caramelo salado a milímetros de sus labios—. ¿Max es algo así como un... Mayordomo con esteroides?

Dejé escapar una risa, la primera que se sentía real en mucho tiempo.

Después de toda mi confesión, Penny no me pidió explicaciones, solo me exigió que me quedara a dormir. Y yo, por primera vez en mi vida, no puse excusas. Necesitaba este santuario de sábanas de algodón y olor a hogar para purgar el rastro de la pólvora y el miedo. Antes de volver a mi realidad, esa donde tengo que planear una guerra y cazar hombres como si fueran presas, necesitaba ser simplemente Maddox por una noche más.

Le había enviado un mensaje a Matthew para pedirle la suficiente comida chatarra para pasar la noche y él fue mi delivery con una sonrisa. Luego elegimos comedias románticas en Netflix.

Ahora, bajo la luz tenue de su habitación, ella navegaba por mi confesión con la curiosidad de quien acaba de descubrir que su mejor amiga es la protagonista de una novela de suspenso.

—Soldati —corregí, robándole un poco de helado—. No es un sirviente, Penny. Es un rango.

—¿Y eso qué significa en el mundo de los mafiosos?

—Significa que es un soldado —expliqué, recostándome contra los cojines—. En la mafia, como en cualquier imperio, hay una jerarquía. Cada pieza tiene un lugar y un propósito. De eso dependen sus libertades y, sobre todo, la consecuencia de sus actos.

—Como en el gobierno, pero con mejores trajes y menos

escrúpulos —dedujo ella.

Hice una mueca de asentimiento.

—Te sorprendería lo parecidos que son —murmuro—. Levi es el Don, el arquitecto de todo. Matthew es el consigliere, su mano derecha y la mente fría detrás de los movimientos —Penny escuchaba con atención, procesando los nombres que siempre conoció bajo otra luz—. Después vienen los Chefe, los Capos y, finalmente, los soldatis.

—¿Que hay del Chefe y del... Capo? —hace una mueca de duda y sonrío con diversión—. Hey, tenme paciencia...

—Ambos son rangos elevados, quiere decir que tienen la confianza del Don para cruzar ciertos límites.

—¿Cómo cuales?

—Conocerme, por ejemplo —me encojo de hombros—. Marcellino y Donatto, así se llaman. Los conozco desde niña, son mayores que mi padre porque han sido los designados por abuelo.

—De acuerdo —murmura intentando seguir el hilo de confesiones — —¿Y tú? —Preguntó, clavando sus ojos azules en los míos—. ¿Dónde encaja la heredera en este tablero de ajedrez?

Me encojo de hombros con una frialdad que me era innata.

—Yo soy su arma.

Penny arrugó la nariz, confundida.

—Cuando dices arma, ¿te refieres a una metáfora de marketing o…?

—Me refiero a que soy su activo más letal —confesé, y el sabor dulce del helado me pareció de pronto demasiado infantil—. El as bajo la manga. El secreto que nadie ve venir hasta que tiene el cañón en la nuca.

—Pero también eres su hija, Maddie.

—Precisamente por eso. —Le arrebaté el bote de helado por completo—. Fui diseñada para esto. No lo veas como un problema, es mi legado. Mi lugar en la organización es, eventualmente, sentarme en su trono.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino denso, cargado del peso de una verdad que acababa de dinamitar nuestra normalidad.

Me sentía ligera al no tener que esconderme más, pero sabía que la honestidad era una calle de un solo sentido: una vez que cruzas, no hay vuelta atrás.

—Penny —murmuré, buscando su mirada—. Siento haberte mentido sobre Jace. De verdad. Sé que es peligroso involucrarse con hombres como él…

—¿Con un mafioso? —Arqueó una ceja, y una sonrisa pícara iluminó su rostro—. Adivina qué, tesoro. Mi mejor amiga es la heredera de un maldito imperio criminal. Creo que puedo manejar a un chico de seguridad.

Le di un empujón juguetón mientras reíamos.

—Hablo en serio, Penny. Esto no es una película.

—Maddox, por favor —resta importancia con un gesto de su mano —. He estado en peligro todo este tiempo sin saberlo, ¿cierto? —Su voz bajó de tono, volviéndose afilada.

Hice una mueca de culpabilidad.

—En realidad… no.

—¿Cómo qué no? ¿Qué más me ocultas bajo esa capa de misterio?

—Eres mi única conexión con el mundo real, Penny. Por supuesto que teníamos que protegerte. —Decidí ir a por todas; sin más mentiras—. Desde el momento en que te convertiste en mi mejor

amiga, hay un equipo designado para asegurar tu bienestar. El tuyo y el de tu madre.

Penny se incorporó de golpe, lanzando su conejo de peluche rosa al suelo. El helado estuvo a punto de seguir el mismo destino pero lo tome con rapidez.

—¡Maddox Francesca!

—¿Por qué diablos te dije mi segundo nombre? —Suspiré, cubriéndome la cara.

—¿¡Me estás diciendo que todo este tiempo he tenido guardaespaldas personales a los que podría haber obligado a cargar mis bolsas del centro comercial y no me dijiste nada!?

Puse los ojos en blanco, dándole un toquecito en la frente.

—Es un equipo de vigilancia táctica, no tu séquito personal, Penny.

Ella bufó, dejándose caer de espaldas contra el respaldo de la cama con un dramatismo digno de una diva.

—¿Y para qué quiero un equipo militar si no pueden traerme un latte o ayudarme con las rebajas?

—Eres increíble —murmuro sin poder creerlo—. Pero lo digo en serio: voy a tener que asignar más hombres. A ambas.

Me recosté a su lado, compartiendo el techo como tantas otras noches.

—¿Por qué más hombres ahora?

Tragué saliva, y el frío del helado se convirtió en un nudo de hielo en mi estómago.

—Porque si fueron capaces de llegar a mí, pueden dar contigo con mucha más facilidad. Si no lo han hecho es porque no han querido usar esa carta todavía. Pero ahora las reglas han cambiado.

—¿Estamos en guerra, entonces? —Preguntó, y por primera vez, el miedo real asomó en sus ojos.

—Se podría decir que sí.

—¿Y cuál es el plan, cerebro? —Trató de bromear, aunque su voz temblaba un poco.

—Los voy a cazar —murmuré, y sentí la mirada de Penny quemándome la piel—. Uno por uno. Voy a cobrarme cada segundo, cada cicatriz y cada gota de sangre. No voy a parar hasta que el apellido de esos bastardos sea solo un recuerdo borroso en una lápida.

El silencio se volvió denso, casi asfixiante. Penny soltó un silbido bajo, lleno de asombro. Me giré para verla de perfil y, por un momento, la mafiosa y la mejor amiga fueron una sola persona a sus ojos.

—Ahora sí que pareces una verdadera princesa de la mafia. Hasta me das un poco de miedo —murmuró Penny con una sonrisa traviesa. La empujé suavemente, sintiendo cómo el ambiente se aligeraba por un segundo—. Dime una cosa... ¿Cómo es salir con un soldati?

Arrugué la frente. No me esperaba esa pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —dudó ella, trazando círculos en el borde de su vaso de helado—, técnicamente él está... Por debajo de ti en la cadena alimenticia, ¿no?

—Hablas exactamente igual que Levi —acoté con un deje de amargura.

—Ya, ya, déjame terminar —bufó ella. Dejó el envase casi vacío sobre la mesa de noche y se giró para quedar frente a frente conmigo—. Lo que quiero decir es que él trabaja para tu familia. Lo

de ustedes es un romance prohibido en toda regla. Una heredera y su guardián. Es muy... cliché, pero de una forma pecaminosa.

No pude evitar que una pequeña sonrisa tirara de la comisura de mi labio.

—¿Romance prohibido? —Repetí, saboreando las palabras—. Supongo que sí. A Levi le daría un infarto si lo supiera. O algo peor.

—¿Se lo vas a decir?

—Algún día lo sabrá. En este mundo, los secretos tienen fecha de caducidad. No lo sé...

—¡Espera! —Penny se detuvo en seco y sus ojos se abrieron como platos—.¿Me estás diciendo que tu primera vez fue con un soldado de tu padre? Qué intenso, Maddie... —Me mordí el labio inferior, sintiendo un calor repentino en las mejillas—. ¡Y ni siquiera me lo contaste! —Me acusó con un dedo acusador. Presioné los labios en una línea fina. Penny, con esa intuición de mejor amiga me dedicó una mirada inquisidora—. Maddox... ¿qué me estás ocultando ahora?

—No soy virgen, Penny. Eso ya lo establecimos.

—Obvio, estás con Max —dijo ella, como si fuera la conclusión lógica de una ecuación—. Pero hay algo más en esa cara de «no rompí un plato».

—De acuerdo, me corrijo: no era virgen antes de Max —murmuré.

Los labios de mi mejor amiga se separaron en una expresión de absoluto shock. Si no fuera por la gravedad del asunto, me habría reído de su cara.

—Digamos que tuve un... desliz hace un año. Una aventura de una noche.

—¡Maddox Francesca! —Gritó, y esta vez el nombre completo sonó como una bofetada—. ¿Tuviste una aventura y nunca me lo dijiste? ¿A mí? ¿Tu confidente oficial?

—Penny, estaba intentando protegerte de mí realidad...

—¡Eres la peor mejor amiga del mundo!

—¿De verdad? —Me crucé de brazos, arqueando una ceja con elegancia—. ¿Soy la peor por ocultarte un revolcón de una noche y no por haberte escondido que mi padre es el Don de Chicago?

—¡No me interesa la genealogía criminal de tu padre! —Puso los ojos en blanco—. ¡Pero esto es chisme de alto nivel! ¡Es importante para nuestra salud emocional!

—Ya —murmuré, intentando restarle importancia—. No fue nada. Una estupidez de una noche para sentirme viva.

—¿Y por qué me entero ahora de esa estupidez?

—Porque, querida Penny, si alguien se hubiera enterado de quién era ese chico, su final habría sido... permanente.

Mi mejor amiga alzó una ceja, captando el peligro latente en mi tono.

—¿Tu padre lo habría asesinado? —Negué con la cabeza—. ¿Entonces quién?

—Matthew.

—¿El hermano de Max? ¿El consigliere serio y aterrador? —Asentí, y la sonrisa de mi amiga se volvió casi felina. Puse los ojos en blanco antes de que pudiera decir nada—. Eso es... Muy revelador, Maddie.

—No —la corté de inmediato—. No es lo que crees. Matthew solo cumple órdenes. No hay lugar para distracciones en mi vida, y mucho menos para vínculos sentimentales. Tú eres mi mejor amiga y eso ya te convierte en mi mayor debilidad. De la misma forma que yo soy el talón de Aquiles de Levi.

—Por eso mantenías esa doble vida —murmuró ella, suavizando su tono.

—Exacto. Ya era un riesgo suicida ser tu amiga. Imagínate si

decidía fingir una vida normal y tener un novio fuera del círculo. Habría sido una sentencia de muerte para él.

—Sería difícil.

—Sería imposible —corregí—. El hecho de que mi padre no sepa lo de Max no es solo porque sea un soldado. Es porque en el momento en que un sentimiento se vuelve público, se convierte en un arma que nuestros enemigos pueden usar.

—Max correría peligro —concluyó ella, y yo asentí—. Dios, qué intenso. Pero vuelve atrás... Si Matthew se hubiera enterado de aquel chico de una noche... ¿Qué habría hecho exactamente?

Tragué saliva. La imagen de Matthew, con su calma gélida y sus manos manchadas de sangre por mi seguridad, cruzó mi mente.

—¿De verdad quieres saberlo? —Penny me miró con confusión hasta que las piezas encajaron en su cabeza.

Sus ojos se abrieron de par en par al entender la magnitud de la sobreprotección de Matthew.

—Maddie... Ese tipo está loco por ti. De una forma muy, muy oscura.

Hice una mueca de negación, aunque un escalofrío me recorrió la columna.

—No digas tonterías. Matthew es el hombre de confianza de mi padre. Su trabajo es ensuciarse las manos, ejecutar los planes de Levi y mantenerme respirando. Es un profesional, Penny. Nada más.

—Sí, un profesional que mataría a cualquiera que te pusiera un dedo encima sin permiso —insistió ella—. Eso no es solo trabajo.

Algo se agitó en mi pecho.

Un nudo se formó en mi garganta, impidiéndome rebatir con la firmeza de siempre. Era difícil admitir en voz alta que nuestra conexión era puramente contractual.

Aunque a veces sus cuidados rozaran lo enfermizo, aunque sus

ojos chocolate me miraran con una intensidad que me hacía querer huir y arrodillarme al mismo tiempo... me repetía que Matthew solo lo hacía porque trabajaba para Levi.

Negué con un gesto tajante, intentando sacudirme esa idea antes de que echara raíces en mi pecho. Era una posibilidad demasiado peligrosa para considerarla a estas horas de la madrugada.

Tener a uno de los Hardaway obsesionado conmigo era demasiado, no me imaginaba teniendo dos.

—Lo nuestro con Matthew escapa a cualquier etiqueta convencional —dije, mi voz perdiendo un poco de su firmeza—. Me conoce desde que era una niña. Ha estado en cada uno de mis cumpleaños, en cada caída, en cada momento en que el mundo de mi padre se volvía demasiado ruidoso. Me ha cuidado y protegido porque ese es su instinto, Penny. Su lealtad es... absoluta.

—Fue él quien te rescató de ese sótano, ¿cierto? —Preguntó ella. Su mirada azul se volvió inusualmente seria, despojada de su habitual ironía—. No fue solo un equipo táctico. Fue él quien te sacó de la oscuridad.

Asentí en silencio, recordando la calidez de sus brazos y el aroma a pólvora y colonia cítrica que me devolvió a la vida cuando creí que todo estaba perdido.

—Es su trabajo —insistí, aunque mis propias palabras me sonaron a mentira.

—No, el trabajo es mantenerte viva —Penny dejó el envase de helado a un lado y me tomó de las manos—. Hay una línea muy delgada entre el deber y la devoción, y Matthew la cruzó hace mucho tiempo según me cuentas. Quizás para el mundo eres una tarea laboral, pero para él... Creo que eres el único centro de su gravedad.

—Penny…

—¿La manera en la que reaccionó cuando te encontró con Max en

el ring? —Dejó escapar un suspiro. Tragué saliva y recordé la forma en que su mano se cerró en mi cuello al insinuar que con él sería mejor que con su hermano—. ¿Y cómo te consoló cuando asesinaste al tipo en Nueva York?

—Es…

—Ese no es su trabajo —me interrumpió.

Un escalofrío me recorrió la columna. No era miedo, sino algo mucho más complejo y asfixiante. La idea de que Matthew, el hombre que sostenía los hilos de la organización Salvatore, estuviera movido por algo tan volátil como el sentimiento, me hacía sentir más expuesta que cualquier arma enemiga.

¿Por qué le mencioné todas esas cosas a Penny?

—En fin, Matthew es lo más parecido a una niñera de élite que voy a tener — bromeé, tratando de disipar la tensión que flotaba en el aire—. Y Max es... bueno, ni siquiera sé qué es.

Ambas suspiramos.

—Entonces, ¿Max es de los buenos o de los malos? —Preguntó Penny, yendo directo a la yugular.

Suspiré, sintiendo el peso de la confesión que estaba por hacer. Le había contado mis sospechas, el hecho de que Max había estado operando en las sombras de la organización durante mi ausencia y que Matthew lo tenía en la mira.

Pero había algo más. Algo que me quemaba por dentro.

—¿Bueno? —Repetí.

—¿Me lo estás preguntando a mí? —Penny arqueó una ceja—. Es tu novio, Maddie. Se supone que tú tienes el veredicto.

Tragué saliva. Nada de secretos, Maddox.

—Me regaló un pasador de cabello —susurré. Ella me miró como si esperara el resto de la frase—. Tenía un chip de rastreo integrado.

Los ojos de Penny se abrieron de par en par, y por un segundo, el silencio en la habitación fue absoluto.

—¿Qué?

—Sí, es decir... fue por mi seguridad, supongo.

—¿¡Qué demonios, Maddox!? —La voz de mi amiga subió una octava, cargada de una indignación genuina. Su sonrisa se borró por completo—. ¡Ese tipo está loco! ¡Eso no es un maldito regalo!

Hice una mueca de defensa instintiva.

—No es como si Matthew, asesinando a cualquiera que respire a un centímetro de distancia de mí, sea mucho mejor —murmuré—. Además, mi móvil tiene un rastreador. Es la forma que tiene Levi de asegurarse de que sigo respirando. Es... estándar.

Penny negó con la cabeza, pasándose las manos por el pelo con desesperación.

—Tu padre es una cosa, Maddie. No digo que sea correcto, pero en tu mundo tiene una lógica retorcida. Pero, ¿él? ¿Tu propio novio? —Hizo una pausa, asqueada—. ¿Qué excusa estúpida te dio cuando lo confrontaste?

Mi corazón comienza a palpitar con fuerza al recordar sus palabras.

«Las veces que he sabido que nadie se acercaba demasiado. Que estabas a salvo. Que eras mía... y estabas donde debías estar».

Max me aseguró que eso era amor. Pero ahora no estaba tan segura.

—Dijo que quería saber siempre dónde estoy —confesé en un susurro que me supo a derrota.

Los ojos de Penny centellearon de furia, pero antes de que pudiera lanzar otra bomba, tomé sus manos con firmeza.

Nos sentamos frente a frente, nuestras rodillas rozándose sobre el colchón.

—Hey, escúchame. Está bien —traté de calmarla—. Esto es lo normal en mi vida. Entiendo que te parezca enfermizo, y lo es, pero si mantengo una relación con alguien que pertenece a mi mundo, estas son las reglas del juego. La posesión es nuestra moneda de cambio.

Penny me apretó las manos, pero no cedió.

—Lo entiendo, Maddie. Entiendo que es tu realidad. Pero me aterra que aceptes estas migajas de control porque crees que esto es amor.

Le dediqué una sonrisa cargada de una tristeza infinita.

—No sé lo que es el amor, Penny. No hay espacio para algo tan frágil en mi mundo.

Ella bajó la vista, suspirando, y cuando volvió a mirarme, sus ojos estaban llenos de una súplica que me desarmó.

—Prométeme una cosa —asentí—. Prométeme que sabrás ver las señales. Que sabrás cuidarte de ellos tanto como de tus enemigos.

—¿A qué te refieres?

—Me preocupa que... Que después de lo que te hicieron, creas que esto es lo que mereces —confesó en un susurro roto—. Me preocupa que permitas que un hombre te arrebate la libertad solo porque te ofrece protección. Eres la heredera de un imperio, Maddox. No deberías estar con alguien que te mire como si quisiera poseerte. Nadie debería tener ese poder sobre ti.

—Penny...

Pronuncié su nombre con todo el cariño que poseía, pero las palabras se me atascaron. Tenía razón. Cada sílaba era una verdad punzante, pero al mismo tiempo... ¿Qué otra cosa podía esperar? En el tablero de los Salvatore, las reinas siempre están custodiadas por torres que no las dejan moverse.

—No hablaré de Max, ni siquiera lo conozco —continuó ella—.

Confío en que tú sabes si es un hombre en el que puedes confiar. Confío en que lo conoces lo suficiente como para saber si te hará daño —trago saliva, ¿lo conozco?—. Sólo prométeme que no dejarás que nadie te arrebate quién eres.

Asentí con los ojos empañados. Habíamos jurado no mentirnos, pero la verdad era demasiado dolorosa para decirla en voz alta: no conocía a Max en absoluto. Estaba enamorada de un extraño que me seguía el rastro a través de un accesorio para el pelo, y estaba protegida por un hombre que mataría por mí sin dudarlo.

CAPITULO 56
maddox

despierto con un grito atrapado en la garganta y la piel empapada en un sudor frío que se siente como ácido. El corazón me golpea el pecho con una violencia salvaje; juro que puedo sentirlo intentar astillar mis costillas, queriendo romper mi cuerpo en dos para terminar de estallar contra la pared frente a mi cama.

No lo hace. Se limita a galopar desbocado, una amenaza latente que me recuerda que, si no recupero el control ahora mismo, este miedo será lo que finalmente me mate.

Respira. Inhala. Exhala.

Obligo a mis pulmones a expandirse hasta que el ardor se disipa. Escudriño cada rincón de la habitación, ahora bañada por la luz del amanecer.

Me abrazo las rodillas contra el pecho y apoyo el mentón sobre ellas, forzándome a registrar la realidad. Estoy en mi habitación. En mi cama. Entre sábanas de seda que no huelen a muerte.

Aquí hay calefacción, seguridad y el peso del apellido de mi familia protegiéndome. No es la celda. No son esas cuatro paredes asfixiantes que rezumaban humedad y desesperación. No llevo ese camisón sucio que se me pegaba a las heridas.

Estoy a salvo. No estoy bien, no sé si volveré a estarlo, pero estoy a salvo. Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios mientras el temblor de mis manos remite.

Alcanzo los ansiolíticos de la mesita de noche y los trago con un vaso de agua tibia antes de arrastrarme hacia el baño. Me sumerjo en una ducha eterna. He dejado de usar la esponja para fregarme hasta sangrar; ya entendí que no existe suficiente jabón en el mundo para limpiar la suciedad que llevo grabada en la mente. La

última vez me destrocé la piel y mi terapeuta se empeñó en convencerme de que no había nada malo en mí.

Le discutí mencionando mis cicatrices, pero tras la última sesión, he empezado a verlas con otros ojos. Son el mapa de mi supervivencia. Son parte de mí.

Son el recuerdo de lo que me hicieron y de la venganza que no dejaré de buscar.

Me visto con capas gruesas de ropa de invierno, protegiéndome del frío y de las miradas. Sigo con las clases a distancia; no estoy lista para el mundo exterior, no hasta que termine este curso. Me prometí que usaría las vacaciones de Navidad para decidir mi próximo movimiento. Solo queda un mes de tregua.

Bajo las escaleras en silencio, desde que estoy encerrada en la mansión me muevo como un fantasma para que no me noten. Al entrar en la cocina, encuentro a mi padre. Casi se atraganta con su café al verme. Levanto una ceja, manteniendo mi máscara impasible mientras paso por su lado para servirme mi propia taza de café.

—¿Cómo dormiste, mia cara? —Pregunta, pero su voz suena forzada.

Suspiro con pesadez pero intento disimular mi reacción, ya me estaba cansando de la dinámica que compartía con Levi.

Sé lo que en realidad está preguntando: ¿Han vuelto los monstruos? ¿Han servido de algo las pastillas? A Levi le aterra que una palabra mal dicha desmorone el castillo de naipes en el que se ha convertido mi salud mental. Teme que mencionar el horror me haga retroceder. Mi terapeuta le aseguró que soy más fuerte que eso, y por eso mismo le pedí que me quitara los somníferos. Quiero recuperar el control de mi cuerpo, incluso si eso significa enfrentarme a la oscuridad a solas.

Es un proceso lento, pero creo que está funcionando. Es una lástima que Levi no lo vea así.

—Si quieres saber si he tenido pesadillas, la respuesta es sí —respondo, apoyándome contra la isla de mármol. Aprieto la taza caliente entre mis manos, buscando su calor—. Pero ya no tienen el mismo poder. Solo me he despertado una vez.

Levi asiente, incómodo, devolviendo la vista al papel. La tensión en la cocina es casi palpable. Lleno mis pulmones de aire, sintiendo el peso de la heredera que solía ser, intentando invocar la valentía necesaria para decir lo que viene a continuación.

—Quiero acompañarte a la empresa hoy.

La taza de mi padre queda suspendida a escasos centímetros de sus labios. No me mira, pero tampoco vuelve la vista al periódico; permanece congelado, con los ojos fijos en un punto invisible del aire. Tarda un segundo eterno en recomponerse, y cuando lo hace comienza a negar con la cabeza en un movimiento mecánico, casi frenético.

Presiono los labios con fuerza, enterrando las uñas en las palmas de mis manos para controlar el impulso de tomarlo por los hombros y zarandearlo hasta que dejara de tratarme como a una muñeca de porcelana rota.

—No es una buena idea, Maddox —sentenció.

—Creo que ya he estado encerrada lo suficiente. Además, tengo información que podría acelerar la búsqueda —insistí, pero él seguía negando. Le dediqué una mirada cargada de un veneno que no sabía que aún poseía—. Quiero ir contigo, Levi. Necesito incorporarme de nuevo y saber qué demonios está pasando. Es mi negocio también.

—No. Aún no.

—¿Entonces cuándo? —Mi voz subió una octava, afilándose como una daga.

—No lo sé, pero hoy no. Es demasiado pronto…

—Ha pasado un mes —siseé entre dientes, la paciencia evaporándose—. Y no me has dicho ni una sola palabra sobre la cacería para dar con los bastardos que me hicieron esto.

—Maddox...

—Quiero saber qué demonios sucede, Levi.

—No...

—¡Quiero ayudar!

—¡Basta! —Golpeó la mesa, haciendo que el café saltara de la taza.

—¿Qué sucede aquí?

Me giro bruscamente. En el umbral de la cocina aparece Matthew. El aire se me escapa de los pulmones por un segundo al notar que lleva ropa deportiva gris y el cabello revuelto por el sueño. Había olvidado que todavía pasaba algunas noches aquí; no siempre, pero su presencia era un recordatorio constante de mi vulnerabilidad.

Matthew seguía siendo mi sombra, no como antes ya que no salía de casa pero cuando tenía una pesadilla o un ataque de pánico él estaba allí.

—Maddox está diciendo estupideces —murmuró mi padre, evitando mi mirada.

Abandoné el taburete de un salto. La rabia era un fuego que me devolvía la vida, y caminé hacia él dispuesta a enfrentarlo, pero Matthew fue más rápido. Se interpuso entre nosotros, su cuerpo sólido era un maldito muro de concreto dispuesto a frenarme.

—Maddox —advirtió con esa voz profunda que solía hacerme estremecer, pero que ahora solo me irritaba.

—Quiero volver a mis funciones —dije, sosteniéndole la mirada. Matthew apretó la mandíbula y desvió la vista hacia mi padre—. ¿En serio, Matthew? ¿Tú tampoco tienes nada que decir?

—Yo no soy el jefe, Maddox. No es mi decisión.

—Exacto —intervino mi padre, recuperando su tono de mando—. Yo soy el jefe. Y yo decido que no regresarás. No hasta que me asegure de que tu mente está donde debe estar.

Levi tenía un punto, me había transformado en una bomba de tiempo que solo pensaba en vengarse. Pero no estaba dispuesta a cambiar de opinión.

Había solo una cosa que quería más que terminar con las pesadillas: terminar con la vida de quienes me hicieron esto.

No iba a avergonzarme por ello ni mucho menos pedir disculpas por querer venganza.

Me crucé de brazos, sintiendo cómo el calor de la ira me subía por el cuello. Pasé la mirada de los ojos chocolate de Matthew al iris verde gélido de Levi. Había algo en su silencio que no me cuadraba.

—¿Cómo va la búsqueda? ¿Tienen nombres? ¿Saben quién dio la orden? — Matthew volvió a apartar la vista y algo hizo clic en mi cabeza. El enojo hizo ebullición en mi pecho, quemando cualquier rastro de miedo—. No hay ninguna búsqueda, ¿cierto? No están haciendo nada.

—Tu padre no quiere que nos concentremos en eso ahora — respondió Matthew con cautela—. No quería presionarte para que recordaras, Maddox. El trauma…

—¿Presionarme? —Lo aparté de un empujón. No puso resistencia, dejándome pasar solo para que viera cómo mi padre intentaba huir de la cocina—. ¡Levi!

Mi tono de voz, autoritario y gélido, lo detuvo en seco justo antes de salir. No se giró de inmediato. Su espalda estaba rígida, sus hombros tensos. Sabía que se estaba conteniendo, que intentaba no explotar, así que me acerqué más, alimentando mi propia furia.

Quería una pelea. Necesitaba que me viera no como su hija herida, sino como el arma que él mismo entrenó.

Cuando finalmente se dio la vuelta, sus ojos no destellaban odio, sino un cansancio devastador y una culpa que me revolvió el estómago.

No me dejé intimidar y mucho menos conmover. Levi olvidando la búsqueda para cobrar venganza me estaba fallando, otra vez.

—Lamento mucho haberte involucrado en este mundo, hija —dijo con una suavidad que dolió más que un grito—. Fue mi error. Pero no volverá a pasar. Estás fuera de esto. Para siempre.

No dejé que se fuera. Mi mano se disparó como un resorte, hundiendo mis dedos en la tela de su hombro con una fuerza que me sorprendió incluso a mí. Lo obligué a girarse y lo empujé contra la pared con un impacto sordo que hizo vibrar los cuadros del pasillo.

Furia, dolor, frustración y una ira negra que llevaba semanas gestándose en mis entrañas estallaron finalmente, recorriéndome las venas como veneno líquido.

—¿Estaré fuera? —Repetí, mi voz destilando una sorna venenosa —. ¿De verdad crees que puedes pasarte la vida entrenando a tu única hija para ser tu sucesora, obligarme a llevar una doble vida agotadora y convertirme en un fantasma, para luego simplemente hacerme a un lado como si fuera un mueble roto?

—Maddox… —intentó interrumpir, pero su voz flaqueó.

—¿Crees que voy a permitir que me torturaran, me despedazaran y abusaran de mí solo para que tú ahora me quites lo único que me queda: mi legado?

—No lo digas así… —suplicó, su rostro palideciendo.

—¿Tú crees... —Ignoré sus palabras— que puedes usarme para iniciar una guerra y alejarme en cuanto salga mal? —Lo veo tragar saliva— ¡Me tienes harta!

Siento la presencia masiva de Matthew justo detrás de mí.

Podía sentir el calor de su cuerpo, sus manos moviéndose en el aire, listas para apresarme si decidía lanzarme al cuello de mi padre.

Sabía que Matthew me estaba evaluando, detectando la inestabilidad en mi postura, el peligro latente de una mujer que ya no tiene nada que perder. Levi me miraba con una mezcla de terror y fascinación, como si por fin estuviera viendo el monstruo que él mismo ayudó a crear.

—Deja de negar lo que ocurrió —siseé, acercándome tanto que nuestras respiraciones se mezclaron—. Deja de ignorar lo que me hicieron. Si yo tengo la valentía de nombrarlo, tú deberías tener la decencia de escucharlo. Pero eres un cobarde, Levi. Piensas que si no lo dices, el horror dejará de existir. Pero, ¿te digo algo? ¡Sucedió!

Las lágrimas de impotencia quemaron mis mejillas, pero no permití que mi voz temblara.

—Y no me sirve de nada tu negación. No fuiste tú a quien arrastraron por el suelo. No fuiste tú a quien quebraron de mil maneras diferentes. Así que empieza a aceptarlo de una maldita vez.

—Solo quiero cuidarte —murmuró él, su voz apenas un susurro roto—. Quiero asegurarme de que estés bien.

—Entonces acepta que quizás nunca vuelva a estarlo —sentencié con una frialdad que me caló en los huesos—. No del todo. Entre más rápido aceptes que tu hija murió en esa celda y que lo que volvió es esto, mejor será para todos. Si tú no estás dispuesto a llegar al fondo de este fango, no me importa. Yo lo haré. Voy a saber quiénes son. Y voy a borrarlos de la tierra.

—No hay nada que desee más que hacerlos pagar —admitió él, recuperando un poco de la firmeza de un Don—. Pero no voy a ponerte en la línea de fuego otra vez.

—Ya me quemé, Levi. El fuego ya no me asusta —respondí en un susurro gélido—. Así que deja de jugar a la familia feliz y acepta la vida que nos diste. No morí. Sigo respirando. Concéntrate en eso y dame lo que me corresponde.

Él bajó la vista, incapaz de sostener mi mirada. Me tragué la bilis del arrepentimiento que amenazaba con subir por mi garganta.

Sabía que sus intenciones nacían del amor, pero el amor en nuestro mundo es una debilidad que no puedo permitirme.

Así que no lo dudé y decidí ser honesta, aunque le clave un puñal en el pecho en el proceso.

—Tú crees que me fallaste al ponerme en peligro de aquella forma. Quizás lo hiciste —digo en un susurro mientras me inclino—. Pero ahora tienes la oportunidad de remediarlo y eliges fallarme otra vez.

—No es así...

—Claro que si —sentencio—. Solo estás pensando en ti porque estás arrepentido. ¿Te digo algo, Levi? Ya es tarde. Me entrenaste para este mundo, acéptalo de una vez.

El silencio se volvió pesado. Sentí cómo Matthew retrocedía un paso detrás de mí, dándome espacio, reconociendo tácitamente que la fiera se había calmado... por ahora.

—De acuerdo —dijo mi padre finalmente. Alzar la vista le costó un esfuerzo visible. Sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza, determinación y un respeto renovado—. Lo haremos a tu manera.

—Perfecto —le dediqué una última mirada impasible—. Te veo en el coche.

CAPITULO 57
maddox

una hora más tarde, el reflejo en el espejo me devuelve una versión de mí que casi había olvidado. He cambiado la ropa pesada de invierno por algo más funcional: prendas tácticas completamente negras que se ajustan a mi cuerpo como una segunda piel, botas militares con cordones bien tensados y el cabello rubio recogido en una coleta alta, tirante, que despeja mi rostro y me da un aire severo.

No nos dirigimos a la empresa del centro, la fachada legal. Vamos al último piso del club, el verdadero corazón de las operaciones de mi padre. El aire aquí huele a tabaco caro, cuero y la electricidad estática de los servidores. Me ponen al día mientras el humo de los cigarros flota sobre la mesa de juntas, Levi ha vuelto a fumar y recuerdo que lo había dejado a mis seis años cuando se lo pedí. Es cierto: no ha habido avances. Mi padre dio la orden de congelar la investigación por mi bien, y ese vacío ha permitido que la mafia South empiece a carroñear en nuestras calles.

Sus negocios son diferentes, más sucios, y están atrayendo una atención policial que no necesitamos. Patrullas rondando el club, compradores asustados, mercancía estancada. Un desastre.

En medio de este panorama asfixiante, me convierto en su único recurso. Comienzo a hablar, vaciando mi memoria de cada detalle de mi cautiverio. Las palabras salen frías, mecánicas. Uno de los hombres de confianza de mi padre traza con precisión a lápiz el rostro del hombre que me torturó, aquel al que llamaban el jefe. Les hablo de Luc y la relación padre-hijo que poseen.

A mi lado, Will teclea con una agilidad frenética en su ordenador. Sus dedos vuelan sobre el teclado, buscando coincidencias en las bases de datos criminales, pero a simple vista no existe. Es un

fantasma, como yo.

—Es una pérdida de tiempo —gruñe mi padre, masajeándose las sienes—. Si el padre de Luc es el responsable, el chico no es más que un señuelo.

El ambiente en la oficina se vuelve denso, cargado de la frustración de un callejón sin salida. Miro las pantallas, los mapas, la ciudad que se extiende afuera como un laberinto de cristal. Entonces, una idea empieza a tomar forma.

—¿Puedes hackear el sistema de vigilancia de la ciudad? —pregunto, rompiendo el silencio.

Will se detiene en seco. Me mira con una expresión que oscila entre la confusión y el orgullo herido.

—Maddox, por favor. Es así como controlo las cámaras de las zonas de entrega —responde con obviedad.

—No me refiero a nuestros sectores, Will.

Él arruga la frente, tamborileando los dedos sobre su barbilla mientras procesa mis palabras.

—¿Me estás pidiendo que me meta en el territorio de los South?

—Estoy diciendo que hackees cada maldita cámara de esta ciudad. Cada esquina, cada callejón, cada semáforo. ¿Es posible?

Will suelta un silbido bajo.

—Técnicamente, lo es. No lo hemos hecho nunca porque el volumen de datos sería inmanejable y el riesgo de ser detectados es alto. Pero puedo hacerlo. Ahora, ¿qué planeas hacer con todo ese flujo de video?

Esbozo una sonrisa lenta, una que no llega a mis ojos. Siento la mirada de todos clavada en mí, incluso la de Matthew, que observa desde la sombra con una intensidad que me quema la nuca.

—No sé nada de programación, pero sé cómo funciona una

cacería —digo con voz calmada—. ¿Puedes crear un algoritmo de reconocimiento facial? Una alarma que salte en el segundo exacto en que una de esas cámaras capte un rostro que coincida con este retrato.

Will empieza a sonreír, sus ojos brillan como si le hubiera dado un desafío divertido.

—Puedo establecer códigos de mando a partir del boceto —murmura, ya empezando a escribir líneas de código—. Filtrar por rasgos óseos, distancia orbital...

—¿Puedes hacerlo?

—Es posible —murmura—. No puedo asegurar que funcione con rapidez pero…

—Funcionará —aseguro y Will asiente.

—Maddox, si este hombre es tan escurridizo como parece, no se paseará por la avenida principal a plena luz del día —interviene mi padre, aunque su tono es escéptico—. Es una aguja en un pajar.

—Pero no es invisible —sentencio, apoyando las manos sobre la mesa y sosteniéndole la mirada con una seguridad gélida—. Nadie es completamente invisible en este siglo, Levi. Solo tenemos que ser nosotros quienes estemos mirando cuando cometa un error.

La sonrisa que me dedicó Matthew en ese momento fue como una descarga eléctrica. Sentí que su mirada me quemaba la piel, y un calor súbito e incontrolable trepó por mis mejillas hasta teñirme las orejas. Maldije internamente, apretando la mandíbula para no parecer una adolescente muerta de vergüenza. En este mundo, cualquier grieta en la armadura es una invitación al ataque, incluso si el ataque viene en forma de una sonrisa de los ojos chocolate que me observaban desde la esquina.

Will alternó la vista entre mi padre y yo. Levi asintió despacio, sopesando la magnitud de mi propuesta. Por un segundo temí que diera marcha atrás, que el instinto de protección volviera a nublar su

juicio, pero entonces sonrió. Fue una sonrisa cargada de un orgullo amargo, una que me calentó el pecho más que cualquier palabra de aliento.

—Llamaré a Lucchese —anuncié. El silencio que siguió fue tan denso que casi se podía tocar.

—¿Por qué a él? —Preguntó mi padre, su tono volviéndose cauteloso.

—Porque estamos en guerra, Levi. Y en una guerra es vital saber quién está dispuesto a sangrar a tu lado y quién está esperando a que caigas para quedarse con los restos —dije con dureza—. Con Lucchese de nuestro lado, tendremos Nueva York bajo control. Necesitamos sus ojos allí.

Levi asintió, aunque el rictus de su boca delataba su desconfianza hacia los neoyorquinos. Noté, casi con satisfacción, cómo la sonrisa de Matthew se evaporaba al mencionar a nuestro socio.

—Es una jugada inteligente —intervino Will, volviendo a su pantalla—. Cubriríamos un terreno masivo.

—Yo hablaré con los Rossi —añadió Levi, contagiado por la energía del momento—. Ellos controlan la frontera con Canadá. Si esos bastardos intentan sacar algo del país por el norte, lo sabremos antes de que crucen el primer bosque.

—Perfecto.

Me incliné sobre la mesa, estudiando el plano de la ciudad como si fuera un tablero de ajedrez.

Extendí la mano hacia el vaso de cristal que reposaba a un lado; antes de que pudiera siquiera pedirlo, Matthew dio un paso al frente y lo llenó con whisky ámbar. Lo bebí de un solo trago, dejando que el líquido me quemara la garganta y asentara mis nervios.

—Debemos cubrir cada salida —sentencié, dejando el vaso vacío sobre la madera con un golpe seco—. Si tienen poder en los muelles, quiero infiltrados en cada contenedor.

—No deben tener escapatoria —añadió mi padre. Había algo nuevo en su mirada cuando me observaba: respeto—. No esta vez.

—Quizás es hora de que hagamos un par de visitas personales a nuestras familias amigas —remarco cada palabra y Levi alza una ceja —. ¿No crees? Que vean que la casa no está en ruinas.

—De acuerdo. Hagámoslo —Levi se enderezó, recuperando su aura de Don. Se giró hacia los hombres presentes, su voz resonando con una autoridad que no admitía réplicas—. A partir de ahora, lo que mi hija diga es ley. Seguirán sus órdenes como si fueran las mías. ¿Ha quedado claro?

Un asentimiento unánime y silencioso llenó la oficina.

Esbocé una sonrisa lenta, sintiendo el peso de mi apellido volver a mis hombros.

He vuelto. Y esta vez, no voy a tener piedad.

Regresamos a casa cuando el sol ya se había rendido, dejando que las sombras del invierno devoraran el jardín. Pasé todo el trayecto bostezando, necesitaba descansar. Retomar mis funciones implicaría estar al cien otra vez y debía volver a entrenar.

Pero pese al cansancio sentía satisfacción recorrer mi cuerpo. Me sentía vibrar, orgullosa de las decisiones tomadas y del peso que mi voz había vuelto a tener en esa oficina.

En cuanto crucé el umbral de mi habitación, me deshice de la ropa negra y me sumergí en una ducha abrasadora. Dejé que el agua caliente relajara cada músculo, lavando el rastro de la ciudad y el eco de los gritos que a veces aún habitan en mi mente.

Salí del baño tarareando una melodía y me dirigí al armario.

Durante semanas, mi pijama habían sido las sudaderas XL de Levi, reliquias de sus años universitarios que me servían de escudo y refugio. Me enterraba en tela para no ver, para no sentir. Pero esta noche, decidí recuperar otra cosa de la antigua Maddox.

Aparté las prendas holgadas y busqué algo diferente. Me puse una

camiseta negra de tirantes, de una tela tan fina que se sentía como una caricia, y que apenas llegaba a mi cintura. La combiné con unos pantalones deportivos cortos. Por primera vez, no busqué ocultar las marcas que subían por mis muslos o el rastro de lo que me hicieron en el abdomen. Las miré fijamente en el espejo.

Eran feas, eran crudas, pero eran mías.

La calefacción central mantenía el aire a una temperatura perfecta, pero mi piel seguía erizada, no por el frío, sino por la adrenalina que aún corría por mis venas.

Cerré la puerta del armario con un movimiento seco.

Y entonces lo veo.

CAPITULO 58
maximo

me quedo inmóvil, observándola desde las sombras de su propia habitación, y comprendo de inmediato que mi llegada ha sido un error.

Maddox tiene los ojos abiertos de par en par, dos zafiros empañados por un terror que me atraviesa las entrañas. Quizás debería haber hecho lo que haría cualquier hombre civilizado: llamar a la puerta principal y esperar a que Levi, con su hospitalidad de Don de la mafia, me permitiera subir a los aposentos de su hija.

Pero ambos sabemos que eso nunca sucedería. No ahora que soy el principal sospechoso de guardar secretos que podrían incendiar su imperio.

Así que trepé. Ascendí por las paredes de piedra de la mansión como el depredador que ella sabe que soy.

Si mi hermano o su padre me hubieran detectado, pensarían que su seguridad es una basura, pero lo cierto es que es impecable. Lo que no saben es que no hay muro de fuego que yo no pueda atravesar, ni cerradura digital que no responda a mis huellas. Tengo el control de esta casa en mi móvil, y Maddox, inteligente como es, debe haber sumado dos más dos después del incidente del pasador.

Ella no respira. Está tan quieta que parece una estatua de porcelana a punto de quebrarse. Sus ojos son dos fragmentos de hielo, fijos en mí, y por un segundo me pregunto si he cruzado una línea de la que no hay retorno. Si debo aceptar que lo nuestro se desintegró en aquella sala de tortura y que ya no queda nada que rescatar.

Me pregunto si luego de mi confesión de la última vez queda algo de ella que acepte mi amor.

—Maddox… —pronuncio su nombre con una voz que suena más rota de lo que estoy dispuesto a admitir.

En cuanto hablo, el aire escapa de sus pulmones de golpe y se desploma sobre el colchón. Se queda sentada, hundida en las sábanas, sin apartar la vista de la mía. Sus puños se cierran con tanta fuerza que sus nudillos blanquean, arrugando la seda a su alrededor.

—¿Cómo se te ocurre aparecer así? —Su voz es un susurro gélido, afilado como una navaja—. Después de lo que pasó… —cierra los ojos y niega con la cabeza, una risa amarga e histérica escapando de sus labios—. No puedes irrumpir aquí después de lo que me hicieron. ¡Casi me da un infarto!

Se lleva una mano al pecho, justo sobre el borde de esa camiseta negra de tirantes que revela más de lo que mi cordura puede manejar. Su respiración es errática, salvaje.

—Lo siento —mentí, acortando la distancia con pasos lentos y calculados—. No quería asustarte, pero no respondes a mis mensajes. Necesitaba verte. Necesitaba saber que estabas bien.

Me estaba volviendo loco sin saber donde demonios estaba, me había acostumbrado a rastrearla y no respiraba tranquilo sin saber que estaba haciendo, con quién estaba hablando o dónde estaba. Si no me responde un mensaje comienzo a pensar que está con mi hermano o con cualquier otra persona. Y no puedo aceptarlo. Debe estar conmigo.

Pero sé, luego de mi confesión, que no aceptaría un nuevo rastreador. Aunque no se asustó, sé que no le agradó y no era tan estúpido para arriesgarme a hacerla enojar. Caminábamos sobre una cuerda floja.

—Pues llama a la maldita puerta como una persona normal, Max.

—Nada me aseguraba que me dejaras entrar —suspiré—. Y no soy una persona normal, Maddox. Pensé que eso estaba claro.

Me detuve a escasos centímetros de ella.

Desde mi altura, la habitación se sentía pequeña, cargada de una electricidad estática que hacía que el vello de mis brazos se erice. Ella bajó la vista hacia su regazo, rehuyendo el contacto visual.

—¿No querías verme? —Intenté que mi tono fuera neutral, pero la vulnerabilidad se filtró por las grietas de mi máscara.

No era esa la pregunta que quería hacerle. Pero no tenía las agallas para enfrentarla y preguntarle si quería que desapareciera de su vida.

Pensé en mil argumentos para convencerla de que se quedara a mi lado, mil mentiras piadosas y verdades crudas, pero ninguna me pareció suficiente. La parte lógica de mi cerebro, la que todavía recuerda lo que es la moral, me decía que la dejara ir. Que ella merecía paz, luz y alguien que no estuviera manchado de sangre.

Pero mi alma está podrida de oscuridad. Y la suya también.

Nadie más que yo va a quererla así, aceptando cada pedazo roto y cada arista afilada. Estamos hechos de la misma sombra. Ella es mi espejo, y no voy a dejar que rompa el cristal.

—No estoy segura de querer seguir con esto, Max —admitió, su voz apenas un hilo de seda rompiéndose.

Me dejé caer de rodillas frente a ella en un acto de sumisión que jamás creía haría por alguien.

Mis ojos recorrieron la piel de sus piernas, expuestas por el pantalón corto, y sentí un nudo en la garganta al llegar a las cicatrices que marcaban sus muslos. Cerré los ojos por un segundo, visualizando el dolor que debió sentir, y cuando los abrí para buscar los suyos, me encontré con un brillo de tristeza devastadora.

—¿No hay nada en este maldito mundo que pueda hacer para que cambies de opinión? —Pregunté, y mi voz sonó como el roce del acero contra la piedra.

Ella apartó la vista, buscando refugio en las sombras de la

habitación, pero no se lo permití. Tomé su mentón con una mano, obligándola a enfrentar el desastre que yo era en ese momento. Quería que viera que, bajo mi máscara de frialdad y códigos binarios, ella era lo único que me mantenía cuerdo. Su cicatriz brilla bajo la luz amarilla y trago saliva.

—Te amo, Maddox. Y me odio por haber tardado tanto en decírtelo. Me odio por haber pasado meses negando que eras lo único que me importaba, fingiendo que solo eras parte del juego cuando en realidad eras el tablero entero. Lamento haber llegado tarde. Lamento no haber quemado el mundo hasta encontrarte. Lamento no haber luchado por ti con la ferocidad que te merecías cuando todavía estabas a salvo.

—Max… —susurró mi nombre, y el sonido fue una puñalada directa al centro de mi pecho.

—Pero de lo que más me arrepiento —continué, mi pulgar acariciando su labio inferior con una devoción casi dolorosa—, de lo que te pediré perdón en esta vida y en la siguiente, es de haber sido yo quien puso el blanco en tu espalda —trago saliva—. Mi arrogancia te puso en peligro. Lo siento...

Ella parpadeó y vi cómo sus ojos se cristalizaban. Sus pestañas se humedecieron con pequeñas lágrimas que brillaban como diamantes bajo la luz tenue de la lámpara, pero se negó a dejarlas caer.

Era una reina incluso en su vulnerabilidad.

Quise rodearla con mis brazos, esconderla del resto del universo y no soltarla nunca, pero me quedé clavado en el sitio. Sabía que, después de mis secretos y mis fallos, quizá ya no tenía derecho a tocarla.

—No quiero que te disculpes por eso —soltó ella con una determinación que me dejó sin aliento. Me sostuvo la mirada, sus ojos brillan con una furia fría—. El peligro es el aire que respiramos, Max. Es parte de la sangre que corre por nuestras venas y del apellido que cargamos. Me enferma que todos a mi alrededor

caminen de puntillas por miedo a romperme.

Tragué saliva, incapaz de articular palabra ante la fuerza de su voz.

—Sé lo que esconden sus miradas —asiente con una sonrisa amarga—. Sé que me ven como una bomba de tiempo a punto de explotar. Y quizás sea así, quizás solo soy esto: una persona rota con sed de venganza. Pero sigo siendo yo.

—Princesa...

—Y lo que más me jode es que hablen como si supieran lo que se siente —continuó ella, acercándose un centímetro más, invadiendo mi espacio—. ¿Tú viste cómo me rompieron? ¿Estuviste allí cuando sentí que mi alma se desprendía de mi cuerpo? —No me moví. No me atrevía ni a parpadear—. Exacto. No lo viste. Así que no te atrevas a pedir perdón por la vida que llevamos.

—Lo sé, rubia. Pero...

—No necesito un mártir, Max —me interrumpe—. Necesito a alguien que pueda mirar mis cicatrices sin apartar la vista.

Permanecimos en silencio, envueltos en la penumbra ámbar de su cuarto. Mientras la devoraba con la mirada, recordé cada pecado que cometí para llegar hasta aquí, cada rincón oscuro de mi alma que intenté ocultarle. Ambos éramos iguales: herederos de imperios construidos sobre mentiras y sombras. El precio de nuestros nombres era más pesado que la sangre; era un poder que lo eclipsaba todo y nos condenaba a la misma soledad.

Me asaltó el miedo de que esta fuera la última vez. La última vez que escucharía su respiración agitada, la última vez que vería el rastro de mi nombre en sus labios. No pude contenerme más. Dejé que mi mano cayera sobre su rodilla desnuda. Se tensó. Fue solo un microsegundo, un reflejo, pero luego se relajó y soltó un suspiro trémulo.

—Tienes razón —dije en un susurro, deslizando mi mano por su

muslo, deteniéndome justo donde empezaba la piel dañada. Puse mi otra mano en su otra rodilla, anclándola a mí—. No me disculparé por el peligro. Pero me pasaré el resto de mis días pidiendo perdón por no haberte valorado como el tesoro que eres. No quiero que me perdones hoy, ni mañana. Solo quiero que me dejes quedarme en la oscuridad contigo. Porque si vas a estar rota, quiero ser yo quien recoja cada pedazo y los guarde junto a los míos.

Me incliné hacia ella hasta que nuestras frentes se tocaron, compartiendo el mismo aire cargado de arrepentimiento, mentiras y dudas.

—Maddox —susurré—. Te necesito.

Noto como tiembla, percibo el movimiento de su garganta al tragar y solo pienso en besar el punto exacto que la hace suspirar de placer.

—Máximo...

—Déjame besarte —suplico con voz queda y los ojos cerrados—. Si esta será la última vez que pueda escucharte llamarme así, deja que lo grabe en mi mente para siempre. Déjame grabarme tu sabor y tus labios. Déjame besarte...

Sin darme tiempo a procesar mis propias palabras, sus manos se hunden en mi cabello con una urgencia que me deja sin aliento. Me atrae hacia ella con una fuerza salvaje hasta que sus labios chocan con los míos. Me sorprendió; hace un segundo me pedía distancia y ahora su boca me suplicaba algo que prendía fuego a mi autocontrol.

Le seguí el juego. Me hundí en ella, saboreando su lengua como si fuera el último rastro de aire antes de morir. Mis manos subieron por sus costados hasta su cintura y me incliné sobre ella, haciendo que su espalda se hundiera en el colchón.

Mantuve mis brazos rígidos a sus costados, sosteniendo mi peso para no abrumarla; me moría por reclamar cada centímetro de su piel, pero sabía que ella necesitaba espacio.

Le daría lo que fuera necesario, incluso si tenía que asfixiar mis propios instintos, con tal de que no me alejara.

Le daría todo, excepto su libertad. Jamás la dejaría ser libre de mí.

Maddox separó las piernas, dándome un acceso que acepté en un silencio reverente. Presioné mi cuerpo sobre el suyo hasta que encajamos como dos piezas de un rompecabezas roto. Todo mi ser tembló al darme cuenta de cuánto la había extrañado así, pero me obligué a no acariciarla más allá de lo permitido. Aún no me sentía listo para tocar sus cicatrices.

Me entregué al beso, jadeando contra sus labios, pero cuando bajé hacia la curva de su cuello, sentí que sus músculos se tensaban. Se alejó sutilmente y me detuve al instante.

—Espera —murmuró con la respiración entrecortada—. Espera…

—¿Está todo bien? —Pregunté, mi voz siendo apenas un gruñido ronco. Asintió, pero sus ojos estaban perdidos en el techo.

—Sí, pero… necesito tiempo, Max. Mucho tiempo.

Le dediqué una sonrisa cargada de una tristeza que me desgarraba.

—Lo entiendo. Te esperaré todo lo que haga falta.

—No sé si podré volver a ser la Maddox de antes —continuó ella, girándose para quedar frente a mí. Su mano subió para acariciar mi mejilla, un gesto tan tierno que dolió—. Y te mentiría si dijera que no me asustó tu confesión —trago saliva, pero sé que tiene razón—. Aún así, lo que siento por ti no ha cambiado.

Mi corazón palpita con fuerza.

—Princesa...

—Y si este es el tipo de amor que tendremos en nuestro mundo que así sea —susurra.

—No sé si es bueno o malo, estoy seguro que es más lo segundo —confieso, a centímetros de sus labios—. Pero es tuyo, Maddox.

Todo mi amor es tuyo.

Su sonrisa es pequeña, rozo nuestros labios y luego me alejo hasta quedar a su lado recostado, pero con nuestras piernas enredadas entre las sábanas de su cama.

La luz ámbar de la lámpara dibujaba sombras sobre su rostro.

—De todas formas, debes prometerme algo —me exigió, y su tono recuperó ese filo de acero—. No habrá más engaños. Ni mentiras, ni desapariciones a mis espaldas…

—Maddox…

—Y bajo ninguna circunstancia volverás a ponerme un maldito rastreador, Máximo. Promételo.

Asentí con un pesar fingido. Era un precio pequeño si con eso lograba mantenerla en mi órbita.

—De acuerdo —mentí. Mi voz sonó firme, convincente—. Te prometo que se acabaron los secretos y los rastreadores.

Mientras las palabras salían de mi boca, supe que estaba sellando mi propia condena. Le mentía sin un ápice de duda porque no puedo ser honesto, no cuando la verdad podría alejarla.

No puedo cambiar lo que soy, ni borrar las atrocidades que he cometido para asegurar su seguridad. Fui un impulsivo al involucrarme con ella desde el principio, pero ahora ya no hay vuelta atrás. Ahora solo importa que sea mía.

Y si la mentira es el único hilo que la mantiene atada a mi lado, entonces mentiré hasta que el mundo se acabe.

Al final, el amor no siempre es dulce, mucho menos libre. Es obsesivo y es una jaula... y yo tengo la llave de la jaula de Maddox.

Ella me regaló una sonrisa casi imperceptible, pero cargada de alivio.

—Quédate a dormir —pidió en un susurro.

Fue mi victoria definitiva. Me deshice de la ropa en silencio y me deslicé bajo las sábanas, rodeándola con mis brazos hasta que apoyó su cabeza en mi pecho. Respiré su aroma a vainilla y jabón, sintiendo finalmente que el caos en mi cabeza se apaciguaba. Alargué la mano hacia la mesa de noche y apagué la lámpara, dejando que la habitación se sumergiera en la penumbra bañada por la luna.

Cuando su respiración se volvió pesada y el sueño empezó a reclamarla, me acerqué a su oído y solté la verdad que ella no quería escuchar.

—Eres mía, princesa —susurré, acariciando su cabello sedoso con una posesividad enfermiza—. Solo yo puedo tenerte. Porque compartimos la misma oscuridad, y en las sombras, nadie te encontrará más que yo.

CAPITULO 59
maddox

tenía doce años la primera vez que probé el sabor de la pólvora. Mientras otras niñas de mi edad recibían joyas o vestidos, mi padre puso en mis manos una Mossberg negra. Recuerdo que se sentía pesada, un objeto extraño y letal que Levi me enseñó a sostener como si fuera una extensión de mi propio cuerpo.

Me dijo que el apellido que cargaba no solo me otorgaba privilegios, sino también enemigos, y que un arma era la única lealtad en la que siempre podía confiar.

Para ese entonces, mi educación ya estaba condicionada. Hablaba tres idiomas con fluidez, dominaba las bases del combate cuerpo a cuerpo y conocía la anatomía de una pistola mejor que la mía propia. Levi se aseguró de que no hubiera secretos: me explicó el retroceso, el mecanismo de carga y la fuerza necesaria para no flaquear al apretar el gatillo.

La galería de tiro que teníamos bajo la empresa no servía para estos momentos, necesitamos naturaleza externa que absorbiera los disparos sin alertar a un posible enemigo. Tampoco era seguro estar en la que solía ir cuando era niña ya que era la más conocida, aunque contábamos con la protección adicional, no podíamos delatarnos.

La charla que mantuvimos con las familias amigas de nuestra ciudad sirvió para que nos consiguieran este lugar. Aislado e invisible para el observador común.

—No puedo creer que sepas manejar una de estas —la voz de Jace se filtra por mis cascos de protección mientras encajo el rifle en mi hombro y apunto al blanco.

—¿Crees que el manejo de armas largas es un derecho exclusivo

de los militares, Jace? —Sostengo la mirada en el punto fijo. Casi puedo sentirlo rodar los ojos a mis espaldas—. Una M16 no es nada a comparación de las otras cosas que he manipulado —murmuro.

Esbozo una sonrisa gélida antes de presionar el gatillo.

El M16 es una bestia conocida por su precisión en la distancia y su letalidad en el campo; es el lenguaje de las guerrillas, capaz de escupir fuego con una cadencia devastadora. Siento la sacudida eléctrica recorriendo mis brazos, pero no permito que mi pulso vacile. Utilizo cada gramo de mi concentración para pasar de un blanco a otro, derribándolos con rapidez.

Cuando el cargador se vacía, me permito un segundo de quietud. Respiro el humo amargo antes de dejar el arma a un lado.

Aún no hay novedades de Will, y la incertidumbre nos mantiene a todos con los nervios a flor de piel. Mientras mi padre se ocupa de los hilos legales de la organización, Will permanece atrincherado en el edificio del centro, rodeado de pantallas y códigos de vigilancia. Aquí, bajo el sol frío, solo estamos Matthew, Jace y yo, rodeados de hombres que viven y mueren por la sombra de mi apellido.

El objetivo es claro: la guerra. Ya sea porque nuestra alarma detecte a South o porque ellos decidan terminar el trabajo, debemos estar listos.

Mi secuestro fue el primer movimiento de un tablero que ahora quiero dominar. Tras el viaje a Nueva York y las crudas palabras de Matthew sobre mi falta de preparación real, juré que no volvería a ser una presa fácil. Entrenaré hasta que el dolor en mis músculos calle y tape el de mi mente.

Sin embargo, el vacío que deja la ausencia de Max es lo que más me inquieta. No quise interrogar a mi padre; su ignorancia sobre los movimientos de Max es probablemente mayor que la mía. Cuando intenté presionarlo, su respuesta fue un seco: «Habla con mi

hermano». Pero me aterra trizar la frágil tregua que mantengo con Matthew.

Desde mi regreso, me trata con una delicadeza que me escuece. El odio y la rabia que mostró cuando descubrió mi relación con su hermano parecen haberse disipado, reemplazados por un instinto protector que me sofoca. Para él, lo único que importaba era recuperarme con vida. Pero ese cambio tiene un precio: ha asumido que Max y yo somos historia.

Trago saliva, sintiendo el peso de la omisión en mi garganta. No le estoy mintiendo activamente, pero dejo que su suposición crezca como una maleza entre nosotros. La realidad es que, a pesar del caos, Max y yo seguimos siendo una especie de «nosotros». Desde hace una semana, se cuela en mi habitación cada noche para dormir a mi lado. Y aunque el sexo todavía es un terreno minado por mi pánico, su presencia es lo único que mantiene a raya a mis demonios.

Me siento extrañamente a salvo entre sus brazos, incluso si sé que el mundo exterior está a punto de arder. Incluso si es la misma persona que confesó rastrearme y estar a gusto controlándome.

Trago saliva. Así es el amor, ¿cierto?

—¿Eres consciente de que tienes una granada en la mano, verdad?

Parpadeo, regresando a la realidad con la brusquedad de un latigazo. Miro a Jace; tiene una mueca de ironía y preocupación grabada en los labios. Luego bajo la vista hacia mi propia mano: mis dedos envuelven el frío metal de la granada aún con el seguro puesto. Expulso el aire de mis pulmones lentamente, intentando que mis manos no tiemblen.

—Lo siento. Me distraje —murmuro, depositando el artefacto en la

mesa con una suavidad mecánica.

Frente a mí hay un arsenal desplegado: armas de fuego de todos los calibres y hojas de acero que brillan bajo las luces fluorescentes. Un par de cuchillos curvos, con esa forma de medialuna tan letal, capturan mi atención. Parecen garras esperando a ser usadas.

—No puedes permitirte estar distraída con esto, Maddox. Un error aquí no es una lección, es un funeral.

Pongo los ojos en blanco, sintiendo una punzada de irritación.

—Suenas exactamente igual que Levi —y que Matthew, aunque me guardo ese nombre en la punta de la lengua.

Jace exhala un bufido cargado de impaciencia. Se cruza de brazos y me observa con una lucidez que me incomoda.

—Estás mirando a Matthew, pero piensas en Max, ¿cierto?

Evito su mirada. Empiezo a caminar por el contorno de la mesa, dejando que las yemas de mis dedos rocen el relieve de cada artefacto. Voy despacio, midiendo mis pasos hacia las cuchillas curvas que me llamaron hace un momento.

—¿Dónde está? —No soporto más el silencio. La pregunta me ha estado carcomiendo las entrañas desde que llegamos—. ¿Por qué no está aquí entrenando con nosotros?

Jace suspira de nuevo, pero esta vez el sonido está teñido de una incomodidad palpable.

—Esa curiosidad tuya es un camino peligroso, Maddox.

—Prefiero la verdad a la ignorancia.

—A veces, la ignorancia es lo único que nos mantiene a salvo de nosotros mismos.

Detengo mis pasos en seco. Mi mano flota sobre las cuchillas, suspendida en el aire, negándose a tomarlas hasta que obtenga una respuesta. Giro la cabeza para mirar a Jace; él cierra los ojos de inmediato y suelta una maldición en voz baja, dándose cuenta de

que ha dicho demasiado.

—No quise decir que...

—No te disculpes —lo interrumpo con frialdad—. Solo dime por qué Max está excluido.

—Matthew no lo quiere aquí. No después de lo que pasó —Jace se encoge de hombros, pero su mirada es seria—. Desconfía de él, Maddox. Cree que su lealtad tiene demasiadas... sombras.

La revelación debería aclararme un poco pero no lo hace. Sin pensarlo dos veces, agarro las cuchillas por el mango y me doy la vuelta, caminando directamente hacia Matthew.

Él está concentrado en una AR-15, su arma predilecta. Me detengo un segundo a observarlo: hoy no lleva sus trajes italianos a medida ni su aire de sofisticación empresarial. Vestido completamente de negro, con ropa táctica que resalta su envergadura y la tensión de sus músculos, luce como el soldado letal que realmente es. En este lugar no es el consigliere elocuente; es la mano derecha del Don, el hombre encargado de ensuciarse las manos cuando las palabras fallan.

Llego a su lado. Matthew no despega los ojos del rifle, desarmándolo con una precisión hipnótica. Me ignora, o al menos lo intenta, hasta que tomo uno de los cuchillos de combate de la mesa frente a él y presiono el mango con firmeza contra su pecho, justo sobre su corazón.

—Cuerpo a cuerpo —sentencio.

No espero su respuesta. Me doy la vuelta y atravieso el pasillo hacia la sala de combate, un espacio de paredes de cristal reforzado y colchonetas negras que parecen absorber la poca luz del lugar. Sé que Jace nos observa desde fuera, pero su indiferencia es una fachada, por supuesto que no se perdería esto.

Matthew me sigue. Sus pasos son pesados, deliberados, cargados de una reticencia que casi puedo oler.

—No necesitas practicar esto, Maddox —dice, su voz resonando en la sala vacía—. Eres buena en el combate cuerpo a cuerpo. Lo sabemos ambos.

Me giro para enfrentarlo. Sé que lo dice en serio, pero no busco sus halagos. Busco una grieta en su armadura de guardaespaldas perfecto. Es la única forma de obligarlo a hablar sin que me ignore con sus evasivas diplomáticas.

—Lo sé —respondo, despojándome de la chaqueta y quedando en una camiseta blanca ajustada, sus ojos caen en mi pecho y trago saliva al notarlo—. Pero quiero algo de adrenalina.

Matthew alza una ceja. Por un segundo, la esquina de su boca se curva en una sonrisa traviesa, una expresión tan rara en él que me obliga a contener la respiración. Sus ojos brillan con un destello peligroso antes de que la sonrisa se evapore, dejando solo el fantasma de una calidez que probablemente nunca estuvo ahí.

Hablamos de Matthew, después de todo; él no es bueno en el arte de sonreír.

Se coloca en posición frente a mí. Por un instante, el recuerdo del ring y de Max intenta invadir mi mente, pero lo entierro bajo una capa de hielo. Este es el presente. Soy yo quien lanza el primer golpe, un ataque rápido que él esquiva con una elegancia insultante.

Nos sumergimos en una danza sincronizada. Yo ataco con una ferocidad contenida y él se limita a defenderse, moviéndose con una economía de esfuerzo que me enfurece. Me trata como a una alumna, no como a una amenaza. Cree que conoce mis límites y me harto de la condescendencia.

Acorto la distancia, permitiendo que mi cuerpo roce el suyo. Él no se alerta, confiado en que mis golpes seguirán siendo superficiales, subestimando la rabia que me dicta los movimientos. Simulo un tajo directo a su pecho con la cuchilla de entrenamiento, obligándolo a

bloquear arriba, y en un movimiento fluido, hundo mi peso y barro su pierna izquierda. El impacto de su espalda contra la colchoneta produce un golpe seco que vibra en el suelo. Matthew se incorpora sobre sus codos, sorprendido, con un rastro de cansancio y una chispa de diversión oscura en la mirada.

No le doy tiempo a reaccionar. Me arrodillo sobre él, inmovilizándolo, y presiono la hoja fría de la cuchilla contra su garganta. Noto cómo su cuerpo se tensa debajo del mío. El ritmo de su corazón se acelera contra mi rodilla y lo veo tragar saliva con dificultad, su nuez de Adán rozando el filo.

No es miedo lo que veo en sus ojos.

Es algo mucho más primitivo, algo que quema.

—Maddox —su voz es un susurro ronco, una advertencia y una invitación al mismo tiempo—. Si lo que buscas es adrenalina, hay formas mucho más placenteras de experimentarla. No perdamos el tiempo con juegos de niños.

Presiono mis labios en una línea fina. Me está provocando, usando esa superioridad masculina que tanto detesto. La impulsividad toma el control de mi lengua antes de que pueda detenerla.

—Tienes razón —siseo, inclinándome hasta que mi aliento roza su oído—. Quizás deba pedirle a tu hermano que me enseñe a experimentarla de nuevo.

A la mierda la diplomacia. A la mierda ir despacio.

Sus ojos se oscurecieron, devorando el resto del color hasta convertirse en dos pozos de ónix. Fue como ver un cielo despejado ser engullido por una tormenta de medianoche. Noté cómo el músculo de su mandíbula se tensa con una violencia contenida, una señal de advertencia que mi instinto ignoró estúpidamente.

—No —soltó.

Su voz parecía una orden ronca y tragué saliva ante la perspectiva.

No necesitó decir nada más. Sabía exactamente a qué se refería; ese «no» era un muro levantado contra la mención de su hermano. Retiré la cuchilla de su cuello e intenté poner distancia, buscando recuperar mi eje, pero Matthew fue más rápido. Antes de que mis pulmones pudieran inhalar de nuevo, el mundo dio un vuelco. En un movimiento fluido y depredador, me lanzó contra la colchoneta. El impacto me sacó el aire, y antes de que pudiera protestar, su cuerpo estaba encima del mío, anclándome al suelo.

Sentí el frío de su propia cuchilla presionando mi yugular, justo en el punto exacto donde mi pulso martilleaba con una fuerza descontrolada.

Cerré los ojos, intentando desesperadamente recobrar la calma, pero el peso de su cuerpo sobre el mío lo hacía imposible. La proximidad era sofocante, embriagadora. Sabía que Jace seguía allí, observando desde el otro lado del cristal, pero en este instante el universo se había reducido a nosotros dos y al acero que nos separaba.

Algo denso y peligroso se instaló en el aire, una tensión que no tenía nada que ver con el odio y todo que ver con la posesión.

—No —repitió, esta vez tan cerca de mi rostro que su aliento cálido me quemó la piel—. No. Dime que no están juntos.

Su tono no admitía réplicas ni mentiras piadosas.

—Sí, estoy con él —susurré. El filo del cuchillo se hundió un milímetro más, obligándome a tragar saliva con dificultad. Nunca lo había visto tan fuera de sí. Ni siquiera cuando nos descubrió la primera vez—. No entiendo por qué desconfías tanto de él, Matthew. Deberías dejar esa estupidez de lado.

—¿Tú no desconfías de él? —Preguntó con una ironía gélida. Negó lentamente, su rostro a centímetros del mío—. Te creía más inteligente, Maddox.

Intenté apartarlo, pero con su mano libre apresó mis dos muñecas en un agarre de hierro, inmovilizándolas por encima de mi cabeza. El gesto fue tan dominante que un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Por qué, Maddox? ¿Por qué le crees? —Su voz era tan afilada como el arma que sostenía. Siento el filo de su cuchilla acariciar la piel palpitante de mi cuello, como una caricia deliberada—. ¿Qué es lo que te ofrece a cambio de tu lealtad? ¿Seguridad? ¿Un concepto retorcido de amor? Por favor, eres una mujer de la mafia, no una niña ilusa.

—Quizás es que no me conoces tan bien como piensas.

—Ese es el problema: te conozco mejor que nadie. Te conozco desde antes de que supieras lo que era el dolor —se inclinó más, invadiendo mi espacio personal de una forma que debería haberme hecho gritar, pero que solo lograba acelerar mis sentidos—. Y tú ni siquiera lo conoces a él. ¿Te dijo cómo supo dónde encontrarte? Porque se negó a decírnoslo a nosotros.

—Sí, me lo dijo…

—¿Y qué historia de hadas se inventó para convencerte?

—Eres un idiota —siseé, aunque mi voz carecía de fuerza.

Él presionó el filo del cuchillo y cerré los ojos con fuerza, luchando por no desmoronarme. Sabía que Matthew ni siquiera se estaba esforzando por mantenerme allí abajo; sabía que si utilizaba toda mi fuerza, podría apartarlo.

Pero mi cuerpo se negaba a obedecer a mi cerebro.

Algo oscuro y traicionero en mi interior no quería ceder. En lugar de luchar, quería permanecer bajo su peso, sentir el calor de su cuerpo encajando con el mío con una precisión devastadora.

Era un error. Un completo error.

Pero en este momento, con sus ojos fijos en los míos, Max era solo una sombra borrosa. Mi piel se erizó, un calor febril subió por mi cuello y me sentí peligrosamente afectada. Su cuerpo encajaba

contra mis curvas de una forma tan perfecta que me pregunté si siempre había estado destinada a ser su contraparte.

¿Qué demonios le ocurre a mi cuerpo? ¿Por qué llevo semanas sin poder sentir nada por Máximo y ahora reacciono así por Matthew?

Separé los labios para soltar el aire acumulado y vi cómo su mirada caía directo a mi boca. Matthew se relamió el labio inferior de forma inconsciente y sentí cómo se dejaba caer un poco más sobre mí, un movimiento casi imperceptible pero cargado de intención.

Estábamos dentro de una burbuja prohibida.

Hasta que la realidad rompió el cristal.

—Espero que exista una explicación convincente para esto.

Matthew se alejó con una rapidez asombrosa, recuperando su máscara de hielo en un segundo. Se puso en pie con movimientos elegantes y tranquilos, mirando a mi padre con una expresión de absoluta indiferencia, como si no hubiera estado a punto de devorarme hace un instante.

Yo, en cambio, apenas podía respirar. Mis neuronas luchaban por reconectarse mientras me incorporaba, intentando desesperadamente fingir que todo estaba bien.

—Estábamos practicando —dije en voz baja, sin mirar a Matthew, sosteniéndole la mirada a mi padre con toda la dignidad que pude reunir.

Levi asintió, aunque sus ojos eran dos pozos de sospecha.

—El entrenamiento ha terminado —sentenció antes de darse la vuelta—. Debemos irnos. Will tiene noticias.

CAPITULO 60
maddox

el coche de mi padre se estaciona frente al edificio del centro, la estructura de cristal y acero se alza ante nosotros como un monumento al poder de mi familia. Son siete plantas de una arquitectura impecable que gritan legitimidad, ocultando la oscuridad que palpita en su interior.

En la planta baja nos reciben hombres que llevan más tiempo en esta familia que yo misma. Policías retirados que le deben la vida y la lealtad a Levi desde antes de que yo naciera. El lobby es un despliegue de lujo sobrio: sofás de cuero negro que huelen a estatus y una recepción presidida por una mujer que ha visto pasar a tres generaciones de mi familia.

Ella conoció a mi abuelo, y fue uno de los primeros nombres que memoricé, mucho antes de que Matthew se convirtiera en mi sombra. Le sonrío a Elena y ella me regresa una mueca de ternura y reconocimiento que se siente extraña al principio. Cierto, mi cicatriz.

Subimos directamente al último piso. Allí, tras puertas reforzadas, se encuentra la oficina reservada. Por el rabillo del ojo, vi a Matthew dejarse caer contra una mesa, apoyando la cadera con una elegancia descuidada que me resultó irritante. La estática de lo que acababa de pasar en el gimnasio seguía flotando entre nosotros. Su antiguo enojo estaba de vuelta.

Sentí una punzada de rebeldía.

Si le molestaba que estuviera con su hermano, era su problema, no el mío. Sin embargo, me hervía la sangre ver cómo lo hacía a un lado. Max es parte de esto; su lealtad ha sido probada con fuego y ha estado en la organización más tiempo que Jace, quien estaba allí de pie, presenciando una reunión de máxima confidencialidad.

¿Max estaba lleno de secretos? Si, pero ¿quién no lo estaba en este mundo?

¿Regalarme un maldito rastreador sin que lo supiera está mal? Absolutamente. Pero no es como si jamás hubiera tenido que llevar uno.

Hoy la oficina de reuniones de Levi se había convertido en el centro de operaciones de Will. El despacho del club también tenía el equipamiento necesario, pero aquí se estaba mejor oculto: la fachada del negocio de coches funcionaba mejor que un club nocturno de los barrios bajos.

No hubo tiempo para cambiarnos. Seguía con la ropa de entrenamiento, el rastro del sudor y la adrenalina de mi encuentro con Matthew todavía permanecen pegados a la piel, pero no me importaba. Lo único que ocupaba mi mente era el descubrimiento de Will.

En cuanto entramos, la atmósfera cambió.

—Te escuchamos —sentenció mi padre.

Su voz era neutral, pero detecté ese ligero quiebre, esa vibración de expectación que solo yo sé identificar.

Levi es un maestro de las máscaras, pero no deja de ser mi padre, se reconocerlo nervioso. En la sala, bañados por la luz azulada de cinco pantallas masivas, estaban Matthew, Jace y Will. Tuve que entrecerrar los ojos ante el brillo cegador de los monitores. Frente a mí se desplegaba una cascada de códigos, números y letras. La habitación estaba abarrotada de hardware de última generación; máquinas que zumbaban con un ronroneo eléctrico, luces intermitentes que marcaban el pulso de la búsqueda.

Todos permanecíamos erguidos, con los brazos cruzados, como soldados esperando la señal de asalto.

Will se aclaró la garganta, atrayendo toda nuestra atención.

—Gracias a la idea de Maddox, hemos conseguido dar con algo —anunció Will. Sus dedos volaban sobre el teclado con una precisión rítmica—. Hace dos noches detecté movimiento inusual en el sector oeste de la ciudad.

—El territorio de South —susurró mi padre.

Will asintió sin apartar la vista de los códigos que desfilaban ante él.

—Exacto.

—¿Un cargamento? —Pregunté, forzando a mi voz a sonar estable, aunque el aire en la sala empezaba a sentirse pesado.

—No. Una reunión en Clearing. Es un depósito que ha sido borrado de los planos actuales de la ciudad; alguien está pagando fortunas para que ese lugar sea un punto ciego legal.

—Ahí es donde se esconde —concluí. No era una pregunta.

—Así es, princesa.

Will dejó de teclear. El silencio que siguió fue extraño al principio, roto solo por el zumbido constante de los procesadores. Se giró hacia mí y me sostuvo la mirada. En sus ojos vi una pregunta silenciosa, una petición de permiso que me hizo sentir, por primera vez, el peso de mi propia autoridad. Me estaba ofreciendo la opción de no ver.

Asentí con un movimiento casi imperceptible. Will regresó a su pantalla y, con un último golpe de tecla, la pantalla central se iluminó.

Nadie se movió. Nadie pareció respirar.

Will me miró de nuevo, su rostro contraído en una mueca de disculpa y tristeza, pero yo me obligué a curvar la comisura de los labios en una sonrisa gélida. Necesitaba que supiera que estaba lista, aunque por dentro me estuviera cayendo a pedazos.

Sentí dos pares de ojos clavados en mi perfil: mi padre y Matthew. Pero no pude devolverles la mirada. Mis ojos estaban encadenados a la imagen que me devolvía el monitor.

Allí estaba él. Tal como lo recordaba, pero despojado de la oscuridad de aquella celda. Parecía un poco mayor que mi padre, o quizás solo era el rastro de una vida de depravación lo que le había surcado el rostro de esa manera. Tenía mechones de cabello gris acero y esos ojos... ojos negros como el ónix, brillantes con una inteligencia malévola.

Cada cicatriz, cada marca en su rostro y el eco de su voz granulada se activaron en mi memoria como un interruptor.

Tuve que cerrar los ojos cuando el pasado embistió mi presente. Las marcas en mi piel ardieron bajo la ropa de entrenamiento y las grietas en mi mente amenazaron con abrirse de par en par. Verlo era como observar una versión macabra de la Gioconda: no importaba dónde me detuviera, su mirada negra me perseguía. Me hablaba desde la estática de la imagen, recordándome el frío del metal y el dolor que casi me arrebata la cordura.

Mi corazón se desbocó, golpeando mis costillas con una violencia que me dejó sin aliento. El mundo empezó a inclinarse, los bordes de mi visión se tiñeron de gris y sentí que mis rodillas cedían ante el peso del pánico.

Justo antes de que el suelo me reclamara, un par de brazos fuertes me rodearon, sosteniéndome con una firmeza que me ancló a la realidad. El calor de su cuerpo contrastó violentamente con el frío de mi piel.

Parpadeé con rapidez, recuperando el aire a bocanadas. Me alejé de inmediato del pecho de Matthew, encontrándome con su mirada seria, oscura y cargada de una furia contenida que no era para mí, sino para el hombre de la pantalla.

—Estoy bien, no te preocupes —murmuré.

Mi voz sonó más firme de lo que me sentía. Matthew asintió,

aunque sus ojos recorrieron mi rostro buscando cualquier grieta antes de alejarse, solo lo suficiente para darme espacio, pero manteniendo esa proximidad protectora que empezaba a resultarme familiar. Inspiré hondo, obligando a mis pulmones a expandirse y soltando el aire lentamente, tal como mi terapeuta me había insistido tantas veces. Me obligué a mirar a mi padre. Él no había apartado la vista de la pantalla ni un segundo.

—Lo conoces.

No fue una pregunta. Tampoco una acusación. Fue un hecho absoluto que flotó en el aire.

Levi asintió con una lentitud tortuosa.

—Tuve mis sospechas en cuanto vi el boceto que hicieron de tu relato —dijo en voz baja. Cerró los ojos un instante antes de girarse hacia mí. El verde de su iris brillaba, empañado por una emoción que rara vez se permitía mostrar—. Lo conozco, mia cara. Alguna vez... fue mi amigo.

Tragué saliva, sintiendo un nudo de hielo en la garganta.

—También conoce a mamá —añadí, y vi cómo sus pupilas se dilataban—. No lo mencioné antes porque no creí que fuera relevante, pero nombró a Nora mientras me... Bueno, supongo que lo entienden.

—¿Y quién es exactamente?

Todos nos giramos hacia Will. Seguía hundido en su silla ergonómica, con el codo apoyado en el escritorio y el mentón descansando sobre su mano. Alcé una ceja, confundida. Asumí que, teniendo la imagen del jefe de la mafia enemiga, su nombre saltaría en los registros de inmediato.

—Porque, no quiero ser el portador de malas noticias, pero comparé sus rasgos con todas las bases de datos gubernamentales e internacionales, y nada —explicó Will, señalando la cascada de

códigos—. Incluso tú, Maddox, que tienes un expediente impecable, apareces porque el sistema nos tiene a todos registrados por el apellido. Pero este hombre no existe. No hay antecedentes, ni nombres falsos, ni registros de propiedad. Nada.

—Es un fantasma —sentenció mi padre.

—Espera... —Intervine, sintiendo que una pieza del rompecabezas no encajaba— ¿Qué hay de Luc? ¿Lo has relacionado con él?

Will hizo una mueca antes de girar sobre su silla para volver a teclear. En la pantalla central apareció el perfil de Luc, aunque el encabezado mostraba un nombre que me resultó completamente ajeno.

—Luc es, legalmente, Kevin Lander —dijo Will mientras se daba la vuelta—. Al igual que tú, Maddox, está limpio. Ni un solo roce con la ley, ni una mancha sospechosa. Un estudiante estrella de la universidad, el típico «niño bien» con un comportamiento ejemplar.

Negué con la cabeza. La frustración empezó a burbujear en mi pecho. Nada de esto tenía sentido.

—No, es imposible. Él tiene que estar vinculado. Me dijo que era su hijo, él fue quien me llevó. Kevin, Luc... como se llame —escupí con impaciencia—. Es su hijo, estoy segura.

—No digo que no lo sea, solo que no hay un solo papel que los vincule — suspiró Will—. Para el mundo, Kevin Lander fue adoptado a los cinco años y su nombre fue cambiado legalmente en ese momento. Sus padres adoptivos murieron en un accidente hace una década. No hay rastro de sus padres biológicos.

Seguí negando, sintiendo que las paredes de la oficina se cerraban sobre mí. Miré a Jace, que permanecía como una estatua observando las pantallas; luego a Matthew, que estaba rígido, con la mirada fija en Levi. Mi padre, por su parte, no dejaba de mirar al vacío.

Me acerqué a él y lo tomé del brazo con fuerza, obligándolo a encararme. Fue entonces cuando capté la mirada que compartía con Matthew.

—¿Qué me están ocultando?

—Nada, mia cara…

—¡Levi! —Mi grito resonó en la sala de operaciones.

—¡Te soy sincero, Maddox!

—No te creo —niego—. Así que si no quieres que saque mis propias conclusiones, empieza a hablar.

Levi suspiró, y por un momento pareció mucho más viejo de lo que era.

—Cuando lo conocí, se hacía llamar Marcio Smith. Tenía dieciocho años la última vez que lo vi. Por eso conoció a tu madre —trago saliva. Sabía que fueron pareja hasta que yo nací, cuando tenían veinte años—. Un día, desapareció. Causándole muchos problemas a tu abuelo, pero que pudimos resolver.

—¿A qué te refieres?

Levi hace una mueca, veo que no se siente a gusto revelando información de su pasado en una sala con más personas pero me importa poco. Quiero respuestas.

—En ese momento, lideraba una pandilla, algo menor y sin importancia que solo causaba problemas para todos.

—Le causaba problemas a Draghi —asiente— ¿Qué sucedió?

Mi padre vuelve a dudar, comparte otra mirada con Matthew antes de hablar otra vez.

—Solíamos ser amigos, todos —sé que se refiere a los padres de Matthew—. Pero con el tiempo todo comenzó a complicarse, tu abuelo siempre quiso la paz en Chicago y con una persona como él era imposible. Así que le puso un ultimátum —suspiró—. Luego,

desapareció.

Entrecierro los ojos. No es suficiente.

—¿Qué más? —Digo entre dientes y puedo leer la mirada de mi padre: «eres demasiado inteligente para tu propio bien».

—Años después, apareció otra vez. O al menos eso creo, nunca lo comprobé —aparta la vista y su voz tiembla, como si no pudiera contener todas las emociones que lo atraviesan—. Se hacía llamar Pietro y lideraba Onyx, una nueva organización criminal.

—¿Y luego volvió a desaparecer? —Asintió—. No tiene sentido... aparece ahora, años después...

Sé que me faltan peizas de este rompecabezas, pero no estoy segura de quien las tiene: si mi padre, Matthew o Max. Solo sé que necesito respuestas, necesito encontrarlos; necesito cazarlos y cobrarme la venganza.

Me giro hacia Matthew, buscando en su expresión algo más que esa cautela profesional. Él sabía algo más. Lo sentía en la forma en que evitaba mis ojos.

En un segundo, todo tipo de lógica se destingra.

No me importa si es irracional o si estoy persiguiendo sombras; aceptar la verdad y lógica de sus palabras es aceptar que estamos ante un callejón sin salida. Y yo ya he sido derrotada demasiadas veces en habitaciones oscuras.

Siento un sismo naciendo en la base de mis pulmones.

Intento inhalar, pero el aire entra en mis pulmones como si fueran fragmentos de vidrio. Matthew mueve los labios. Mi padre gesticula. Sus rostros son máscaras de cera que se derriten bajo una luz que solo yo veo. El sonido de sus voces me llega como si estuviera bajo el agua: sordo, inútil, distante. Doy un paso atrás. El mundo se ha encogido hasta convertirse en un túnel de visión borrosa. Tropiezo

con la mesa y el golpe apenas me produce un eco de dolor, opacado por la presión que me sube por el cuello. Tomo el respaldo de una silla plegable. El metal está frío, pero mis manos arden.

Cierro los ojos. Todo se tiñe de rojo.

Es algo más fuerte que el enojo. Es el rastro de la cuchilla que todavía siento grabada en la memoria de mi piel. El olor a hierro y humedad de la celda inunda mis fosas nasales, desplazando el aire limpio de la habitación.

Recuerdo el chasquido del látigo antes de sentir el impacto. Recuerdo la risa de ellos mientras mi dignidad se derramaba en el suelo junto con mi sangre. Recuerdo todo.

Todo. Todo. Todo.

La injusticia de saber que ellos tienen rostro pero no nombre, que se mueven entre las sombras mientras yo cargo con las cicatrices a plena luz, me rompe por dentro.

Abro los ojos y la realidad se ha teñido de una nitidez violenta. Veo el miedo en sus rostros. Mi padre tiene los labios apretados en una línea fina de impotencia. Matthew intenta dar un paso hacia mí, pero sus pies parecen clavados al suelo.

No soy consciente del movimiento de mis hombros, ni del impulso de mis piernas. Solo escucho el crujido seco, un estallido de metal y madera que reverbera en mis huesos cuando la silla impacta contra la pared. Los restos saltan como esquirlas de mi propia alma, y por un segundo, el silencio que sigue es tan absoluto que puedo oír el humo invisible que emana de mi rabia.

CAPITULO 61
maddox

—Princesa, recuérdame no hacerte enojar.

El silbido de Jace corta el aire viciado de la habitación. Por el rabillo del ojo, lo veo enderezarse, rígido como un recluta frente a un pelotón de fusilamiento. No le devuelvo la mirada de inmediato; mis manos todavía vibran, un hormigueo eléctrico que sube por mis antebrazos y se instala en mi mandíbula.

—Maddox...

La voz de mi padre es un bálsamo innecesario. Demasiado dulce, demasiado blanda para el sabor a ceniza que tengo en la boca. Niego con la cabeza, rechazando el contacto antes de que lo intente. Mis pies están rodeados de astillas de madera y metal retorcido; el esqueleto de la silla ha quedado reducido a chatarra. Ver los restos me produce una satisfacción sombría, una prueba física de que la presión dentro de mí es real, capaz de quebrar cosa.

Pero no es suficiente.

—¿Todo esto fue en vano, entonces? —Mi voz sale más ronca de lo que esperaba. Me giro lentamente, barriendo la habitación con la mirada. Veo el temor en sus pupilas, la forma en que evitan mi centro. Me gusta. Prefiero que me teman a que me compadezcan—. ¿No logramos nada? ¿Lo único que conseguimos es una fotografía nítida del maldito que me secuestró? ¿¡Y ya!?

—Maddox, cálmate…

—¿¡Cómo somos la organización criminal más temida si no podemos encontrar a un solo hombre!? —El grito me desgarra la garganta, pero necesito que duela.

Me planto frente a mi padre. Sé que estoy descargando un camión de escombros sobre él, pero es el único que está lo suficientemente cerca para recibir el impacto. Levi me sostiene la mirada, buscando

en mi rostro una sombra de la chica que coleccionaba excelentes calificaciones. Pero ese reflejo se ahogó en el fango de mi celda hace mucho tiempo.

—Sé que luce como un callejón sin salida, pero seguiremos investigando, mia cara. Nadie más que yo quiere vengarse…

—¡Y una mierda, Levi! —Mis palabras lo golpean como una bofetada. Él parpadea, sorprendido por la falta de jerarquía, por la falta de piedad en mi tono—. Nadie más que yo quiere vengarse.

Remarco el «yo» hasta que suena a una sentencia de muerte. Si piensan que voy a sentarme en una esquina a esperar que me traigan su cabeza en una bandeja de plata, no han estado prestando atención. Mi padre guarda silencio; sus ojos recorren los míos como si buscara un fragmento de cristal entre las ruinas. No va a encontrar nada. La Maddox que no sabía cómo escapar se quedó gritando en aquella habitación oscura. Esta versión solo sabe contar balas.

—¿Ya terminaste con tu crisis?

La voz de Will llega desde el fondo, cargada de un tedio que me hace hervir la sangre. Está repantigado en su silla, con la barbilla apoyada en una mano, luciendo genuinamente aburrido.

Siento el impulso de saltar sobre la mesa, de sentir el crujido de su nariz bajo mis nudillos, pero la mano de Matthew se cierra sobre mis brazos de forma suave. Su agarre es firme, un ancla pesada que me obliga a quedarme en el sitio.

—Cálmate —pide en un susurro que solo yo escucho—. Por favor.

—No eres la única a la que han secuestrado y torturado, princesa.

El aire se escapa de mis pulmones. El expediente de Will pasa por mi mente: el orfanato, las cicatrices que no se ven, la oscuridad de

la que él también salió. Sus ojos están cansados, carentes de la paciencia necesaria para lidiar con mi ataque de ira.

—Pero no todos tienen la posibilidad de vengarse —continúa él, inclinándose hacia adelante—. Piensa con la mente fría, Maddox. No seas impulsiva. Aprovecha esta oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —La pregunta sale con una mezcla de desconfianza y hambre.

Will deja que una pequeña sonrisa, afilada y técnica, curve sus labios.

—No sabemos su nombre real. Pero sé exactamente dónde estará en tres días.

El silencio que sigue es denso. Siento a Matthew tensarse a mi lado; su respiración se ha vuelto corta, una cuerda de violín a punto de romperse. No sé si es impaciencia o un presentimiento oscuro, pero su energía es un espejo de la mía.

—¿De qué demonios hablas, Will? —La voz de Matthew es una cuchilla de hielo.

—Si me dejasen terminar de hablar, podría decirles la verdadera noticia que quería darles.

Jace deja escapar una maldición entre dientes, pero se adelanta un paso.

—Por favor, Will. Si no quieres que tu cabeza sea la próxima en hacerse añicos, más te vale que hables.

Will rueda los ojos con una parsimonia exasperante.

Se gira hacia su ordenador, sus dedos parecen volar sobre el teclado con una calma que insulta mi agitación.

—Bien, como les decía antes de que la princesa nos sorprendiera con su actuación… el software que instalé en el sistema de seguridad me dio un aviso. Pero eso no es todo. Al gobierno le

encanta vigilarnos, y afortunadamente para nosotros, no solo tienen ojos en las calles.

Observamos en silencio cómo la pantalla de Will se transforma. La fotografía de mi secuestrador se disuelve en una cuadrícula infinita de rectángulos; son los ojos de la ciudad, miles de lentes observando desde las sombras. Will selecciona una, teclea una secuencia rápida y una grabación en pausa domina el centro de la sala.

—Para nuestra suerte, hay una cámara dentro del depósito —dice Will, y noto que incluso su tono ha perdido la ironía—. La grabación es vieja, el grano es grueso y la luz es un desastre. Pero después de limpiar el audio toda la noche, logré esto.

Un murmullo recorre la sala. El video cobra vida.

Al principio es solo estática y un zumbido metálico que me taladra los oídos. Pero entonces, la imagen se estabiliza. Me obligo a permanecer estable, ver otra vez su imagen no es algo bueno pero necesito tener la mente fría y estar tranquila o lo siguiente que haré añicos será el equipo tecnológico frente a mí.

Él no está solo. Habla con un hombre de su misma edad, pero de una complexión mucho más imponente y atlética. Tiene el cabello de un negro plomizo, peinado hacia atrás con precisión y facciones que parecen talladas en piedra fría. Hablan en inglés, pero el acento del extraño es denso, extranjero con una cadencia que no logro ubicar.

Hablan de logística. De un encuentro en tres días. De un cargamento que deben revisar y dividir según un pacto previo.

Nueva mercancía, dicen.

Pero hay una palabra que se me escapa, un término que flota en el aire y que parece congelar la sangre de todos en la habitación.

Cuando el video se detiene, el silencio es tan pesado que duele. Miro a Jace y a Will; sus rostros son máscaras de una seriedad

absoluta. Matthew tiene los nudillos blancos de tanto apretar los puños, como si estuviera conteniendo un terremoto interno.

Pero es mi padre quien me aterra: emana una furia que hace que mi ataque de ira parezca un juego de niños. Está a punto de convertirse en una bomba atómica.

—¿De qué están hablando? —Mi voz suena pequeña en la inmensidad del silencio—. ¿Cargamento de armas? ¿Es eso?

—South no comercializa armas —suelta Will, casi en un susurro.

—¿Drogas? —Insisto, pero Will niega con la cabeza. Siento que el aire se vuelve escaso—. ¿Alguien puede decirme qué demonios está pasando?

—Niñas —la palabra sale de la boca de mi padre como una cuchilla oxidada—. El cargamento llegará desde Europa —continúa Levi, con una voz que vibra en un odio antiguo—. Y son niñas.

El mundo se detiene. El oxígeno desaparece de mis pulmones y siento un vértigo violento que me obliga a aferrarme a lo que queda de la mesa. Empiezo a negar con la cabeza, una y otra vez, esperando que sea un error, una mala traducción, una pesadilla más.

Draghi es una de las organizaciones criminales más temidas y respetadas en partes iguales por todo el país. Lo sé. Lo acepto. Soy la hija de Levi Salvatore, la heredera de un imperio construido sobre el miedo y los negocios turbios. He visto la sangre, he visto la venganza y yo misma he apretado el gatillo contra hombres que merecían morir. Crecí entre armas y fardos de droga, sabiendo que mi apellido es sinónimo de peligro.

Pero había una línea. Una frontera sagrada que mi padre me enseñó a no cruzar jamás. Un límite que definía quiénes éramos en medio de la podredumbre: no tocamos mujeres, no tocamos niños. La trata, la prostitución... Para los Salvatore, esos no son negocios,

son sentencias de muerte. Es el tipo de escoria que mi padre desprecia más que a la propia policía.

Trago saliva, sintiendo una náusea amarga subir por mi garganta.

No nos enfrentamos a una organización rival. Nos enfrentamos a monstruos que no tienen fondo.

—¿Qué vamos a hacer? —El murmullo de Will rompió el silencio denso de la sala, pero su voz sonó pequeña frente a la atrocidad que brillaba en la pantalla.

Para mi estaba claro qué debíamos hacer. Pero no sabía si contaba con el respaldo necesario para iniciar este tipo de guerra.

—Debemos hacer algo —remarco mis palabras.

—No es tan simple —dice Jace con voz queda. Está claro que a todos nos ha afectado por igual—. No podemos meternos en negocios ajenos.

Era cierto. Pero en este punto dudo que los principios de las mafias y la burocracia puedan tener peso cuando lo que se juega son la vida y el destino de niñas inocentes.

—Levi.

Mi padre asintió, su rostro se ha convertido en una máscara de piedra tallada. El pánico empezó a burbujear en mi pecho, una marea fría que amenazaba con ahogarme si no obtenía una respuesta.

—Dime que vamos a actuar —exigí, dando un paso hacia el centro, hasta acercarme a él.

—No es tan sencillo, hija —dijo mi padre, usando ese tono de Don que suele silenciar habitaciones enteras—. Pero no es imposible. Sin embargo, organizar un operativo de esta magnitud en solo tres días es un suicidio logístico.

—¿Estás sugiriendo que esperemos? —Mi risa fue seca, carente de humor—. Porque eso es inaceptable...

—Maddox… —Matthew intentó intervenir, pero le corté con un gesto de la mano.

—No. Nadie sabe qué les harán si nos quedamos aquí sentados discutiendo protocolos y logística. Ahora mismo, somos su única oportunidad.

Me acerco más a mi padre, hasta que invado su espacio personal y él me mira de soslayo. Todos en la sala contuvieron el aliento a la espera de la reacción de Levi. Lo tomo del brazo, obligándolo a apartar los ojos de las cifras y los mapas para que viera mis ojos. Para enfrentarme.

—Tú lo dijiste, Levi. Dijiste que yo estaba a cargo.

—No estoy listo para ponerte en peligro de nuevo, Maddox —susurró él, y por un segundo, la máscara del Don se agrietó para mostrar al padre que casi pierde a su única heredera.

—Yo decido cuándo me pongo en peligro.

Levi sostuvo mi mirada. Fue una guerra de voluntades que pareció durar una eternidad. Lo escuché maldecir por lo bajo mientras negaba con la cabeza, pero el brillo en sus ojos cambió. La vacilación fue reemplazada por una resolución oscura.

No iba a quedarme quieta. No después de saber lo que se siente ser la presa.

—No será un camino fácil —sentenció él, su voz pareció recuperar la autoridad de siempre.

—Lo sé.

—Tenemos solo tres días para planear una carnicería, equipar a los hombres y asegurar el armamento sin que los federales o las otras familias nos detecten.

—Lo haré —aseguré, le dediqué una mirada segura por primera vez en semanas—. Haré lo que haga falta, Levi. Sangraré si es necesario, pero ese lugar arderá.

Mi padre entrecerró los ojos, analizándome como si buscara una grieta en mi armadura de acero.

—¿Ya te olvidaste de tu venganza personal? —preguntó con voz gélida.

Tragué saliva, el sabor a sangre y bilis de mi cautiverio regresa a mi mente por un instante. El recuerdo de los golpes, los gritos, mi llanto y mis heridas. El olor a humedad, la suciedad, las cicatrices...

—Esto ya no se trata solo de mí. —Me giré de nuevo hacia la pantalla. El rostro de mi torturador parpadeó en las sombras, una imagen que se había grabado a fuego en mi retina—. Esto es por la parte de mí que ellos intentaron matar. Y por cada bastardo que cree que puede tocarnos sin pagar el precio.

Vi cómo una sonrisa depredadora, orgullosa y cruel, se dibujaba en los labios de mi padre.

—Entonces en marcha. Tenemos una misión que planear y un mensaje que enviar al mundo.

CAPITULO 62
maddox

No tuve pesadillas esa noche. Y todo se sentía diferente.

El mundo parecía saber que hoy, antes de que el sol volviera a salir, alguien dejaría de respirar.

O quizás era mi imaginación producto de cómo me afecta la adrenalina y la ansiedad. Pero el saber que hoy estaría cerca de vengarme me hacía sentir diferente.

Abrí los ojos antes de que el primer rayo de luz cruzara la ventana, impulsada por un instinto que ya no era humano, sino puramente animal. Me incorporé de forma automática y me arrastré hasta la ducha. Necesitaba que el agua activara cada una de mis células.

Pasé media hora bajo el chorro hirviendo, observando cómo mis dedos se arrugaban bajo el vapor, pero no sentía dolor. Solo una claridad absoluta. Hoy no podía permitirme errores.

Hoy, Maddox Salvatore tenía que ser una máquina de precisión quirúrgica. Hoy tenía que ser el arma letal que había creado mi padre.

Cuando salgo de la ducha mis ojos tropiezan con el frasco de píldoras que está junto a mi cama. Las pastillas que me ayudan a dormir están en el primer cajón, junto a la Mossberg. Estos son los ansiolíticos que uso para mis ataques de pánico.

Llevo días limpia, sin tocarlos. Pero hoy quizá deba romper la racha de sobriedad, hoy no podía darme el lujo de ser humana y que un ataque de pánico arruine la misión.

Tomé la pastilla con un trago de agua fría, sin dedicarle un segundo más a la duda. Sabía que jugar con mi lucidez antes de un operativo era peligroso, pero era un riesgo necesario. Necesitaba que mi corazón latiera con la frialdad del hielo, no con el pulso errático del impulso. Aunque solo pensaba en asesinar a cada

maldito hombre que me había torturado.

Esto no era una misión ordinaria. No íbamos a interceptar un cargamento de diamantes ni a sellar un acuerdo en un muelle clandestino. Esto era diferente, íbamos contra una red de tráfico de personas. Y la justicia en nuestro mundo no es gratis, lo que estábamos a punto de hacer era una declaración de guerra.

Ellos golpearon primero cuando me secuestraron; ahora, mi respuesta sería letal y contundente.

Una de las reglas más importantes entre familias es no meterse en los asuntos de otra organización, Draghi se creía con el derecho de evitar que esto se llevara a cabo. No me importa si teníamos derecho o no, esto no iba a pasar.

Aunque signifique otra guerra.

Traté de desayunar, pero el estómago se me cerró al primer bocado. Había un torbellino gestándose en mis entrañas que ninguna pastilla podía sofocar del todo. Pasé el resto del día en el gimnasio, castigando mis músculos hasta que el agotamiento físico superó al mental. Luego, me reuní con Jace y Will en las oficinas de mi padre. Revisamos los planos, los puntos de extracción y el equipo.

La operación comenzaría a última hora de la noche. Sabía que no volvería a cerrar los ojos hasta que el último hombre de ellos estuviera bajo tierra o yo misma fuera la que yaciera en una morgue. Solo había dos finales posibles para esta historia: el exterminio de los Draghi o la aniquilación absoluta de los South.

Esta noche, Chicago se teñiría de rojo.

Antes de regresar, me detuve en casa de Penny.

Desde que decidí ser honesta con ella sobre quién soy realmente, todo entre nosotras cambió. Se volvió real. Penny es mi mejor amiga

y nunca dudé de su afecto, pero temía que la verdad la espantara.

Por suerte estaba equivocada.

Su percepción de mí no cambió y nuestra amistad simplemente evolucionó hacia una honestidad brutal. Por eso, esa tarde necesitaba verla. La puse al tanto de lo que habíamos descubierto en los últimos tres días y del operativo que lideraría en solo unas horas.

No le gustó nada.

Aunque intenté restarle importancia para que no entrara en pánico, ahora me conoce demasiado bien. Vio a través de mi fachada de intento de tranquilidad y supo que estaba mintiendo. Le recordé que no se trataba solo de mi venganza y aunque entendió mi punto, el miedo en sus ojos no desapareció.

Cuando me puse en pie para marcharme, me detuvo. Me rodeó con sus brazos en un abrazo que no tenía nada de superficial. Sus manos me rodearon con la fuerza de alguien que intenta compensar todas las veces que no pudo hacerlo mientras estuve secuestrada, por todas las veces que estuve en peligro mientras ella vivía en la ignorancia.

—Prométeme que te cuidarás —murmuró contra mi hombro, sin soltarme—. Promételo, Maddox.

—Lo haré...

—No me des largas. Promete que volverás en una pieza. Que mañana estarás aquí, sana y salva.

—Penny...

—¡Hazlo! —Suplicó entre dientes.

Cerré los ojos y aspiré su perfume a jazmín. Me quedé así un segundo, intentando absorber su luz, su valentía y esa energía aventurera que siempre la definía.

Grabé en mi memoria la calidez de su abrazo y el tono de su voz

antes de que el llanto la venciera. Guardé cada detalle en un rincón seguro de mi mente; lo necesitaría como ancla si las cosas se ponían feas esta noche.

—Te prometo que haré todo lo posible por seguir con vida.

No era la las palabras que ella quería escuchar, pero era la única verdad que podía ofrecerle. Habíamos jurado no volver a mentirnos y no iba a empezar a romper ese pacto ahora.

Media hora después, me encuentro en la mansión. Cuando mi padre y Matthew cruzan el umbral, las palabras mueren antes de nacer. No las necesitamos. Nos dedicamos una mirada cargada de todo lo que sabemos ocurrirá en menos de una hora y salimos.

Creí que iría en el coche de Levi pero Matthew me pide que lo acompañe en su BMW. Me subo en silencio, hundiendo la espalda en el cuero frío del asiento. Mientras avanzamos por las calles de Chicago hacia el extremo de la ciudad, me pierdo en el paisaje urbano que se desdibuja tras el cristal.

La noche es un monstruo que engulle todo a su paso. El cielo es un manto de terciopelo azul profundo, pero las estrellas titilan con una fijeza cruel. De alguna forma, esa luz distante me da esperanza; si ellas pueden arder en mitad de ese vacío, yo también puedo hacerlo.

Me giro para observar a Matthew. Está vestido igual que yo: el negro es nuestro uniforme de gala para esta noche. Se ha despojado de los trajes italianos y las camisas de seda que suelen definir su estatus.

Hoy lleva botas militares, vaqueros oscuros y una camiseta técnica de manga larga que se aferra a cada músculo de su torso como una segunda piel.

Trago saliva al notar la tensión que emana de él; es una cuerda de piano a punto de quebrarse. Yo voy igual. Llevo botas de suela blanda para no hacer ruido, para poder ser una sombra que se desliza entre la oscuridad.

Mi Mossberg descansa en una funda rígida adherida a mi muslo derecho, mientras que él lleva dos Glock 17 en la cintura. Somos los que menos armas de fuego cargamos, pero quizás somos los más letales.

No solo por nuestro entrenamiento, sino por todo lo que somos capaces de hacer si nos provocan. Aunque Matthew suele ser frío y calculador sé que tiene la misma sed de venganza que yo.

El plan es simple: rodear el complejo, esperar a que la transacción llegue a su punto de ebullición y golpear justo cuando crean que el cargamento es suyo. Lo repito en mi mente como un mantra para no dejar que el pánico me devore. Si ignoro las mil variables que podrían salir mal, entonces el peso no me aplastará los pulmones.

Simplicidad, me digo.

Solo entra; rescata y asesina a todos.

El trato con el contacto del gobierno es claro: salvamos a las niñas y, a cambio de su protección y anonimato, entregamos la ubicación de la mercancía. Pero hay un detalle que el amigo de mi padre no sabe: no vamos a entregar a South. Tenemos toda la intención de arrastrarlo a nuestro propio calabozo, simulando que se evaporó en el caos. Me encargaría yo misma de arrastrar su cuerpo por el asfalto si fuera necesario.

Llegamos al lugar: un cementerio de depósitos industriales y almacenes oxidados custodiados por una reja imponente. Según los registros oficiales, este lugar es chatarra. La realidad es que es el corazón logístico de South. Parece desprotegido, pero Will nos advirtió que cualquiera que cruce esa entrada sin invitación termina con una bala entre los ojos antes de sentir el suelo.

Afortunadamente, Will es mejor que cualquier sistema de

seguridad. Le tomó dos días, pero nos ha abierto las puertas del lugar.

El aroma a gasoil y agua estancada del puerto llena mis pulmones. Es un lugar estratégico, perfecto para recibir mercancía del exterior sin que nadie haga preguntas. No veo a nuestros hombres, pero sé que están allí.

Todos aguardan la señal de actuar.

Mi señal.

Mi piel se eriza al ser consciente más que nunca de que todo esto es mi plan.

El silencio se rompe con el rugido sordo de un barco acercándose.

Media hora después, los faros de un coche rasgan la oscuridad a la distancia. Permanecemos inmóviles, fundidos con el acero del BMW. Tres hombres abren el portón y el vehículo ingresa, seguido de un segundo coche.

Cuando el silencio vuelve a reinar, Matthew y yo nos incorporamos al unísono. La adrenalina golpea mis venas, caliente y eléctrica.

—Ya es la hora —susurro, sin apartar la vista de las puertas que acaban de tragarse los dos coches.

Matthew asiente despacio, su rostro es una máscara de granito en la penumbra del BMW. No dice nada, y ese silencio debería haber sido mi primera señal de alerta. Me giro hacia la puerta, con los dedos ya rozando la manija, ansiosa por sentir el aire frío y el peso de mi venganza, cuando un ruido metálico a mi costado detiene el tiempo.

Clic.

De repente, el mundo se reduce a ese sonido seco. Intento tirar de mi brazo, pero no puedo moverme. Bajo la vista hacia mi mano derecha y el frío del acero contra mi piel me corta la respiración. Una maldición escapa de mis labios, cargada de una rabia que me quema la garganta.

—Tiene que ser un maldito chiste, Matthew —siseo entre dientes, girándome hacia él con los ojos encendidos.

—No me estoy riendo, Maddox —responde él, y su voz tiene una calma aterradora—. No pienso arriesgarme. Ni una sola vez más.

Forcejeo con violencia, pero es inútil. Ha enganchado mi muñeca al riel inferior del asiento con precisión. Estoy anclada al coche, inmovilizada lo suficiente para asegurar que permanezca allí.

—Matthew, suéltame ahora —digo entre dientes.

—Puedes darme todas las órdenes que quieras, pero no lo haré.

—¡Es mi plan! —Le grito, y mi voz suena ronca, vibrando con la ira que me hierve en las venas como aceite hirviendo—. Soy yo quien debería estar ahí fuera.

—Lo sé. Y lo llevaremos a cabo perfectamente sin ti. No te preocupes por los detalles.

La sangre me late en las sienes, rítmica y dolorosa.

El enojo se transforma en una combustión interna que amenaza con hacerme estallar.

—Matthew, suéltame ahora mismo...

—Maddox, escúchame bien —se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio hasta que su aliento roza mi cara. Sus ojos oscuros brillan con una intensidad posesiva que me deja muda—. No vas a salir de este coche. No vas a acercarte a ese almacén. No voy a negociar tu vida con el destino otra vez. No soporto la idea de que estés en peligro y no pueda ser yo quien reciba la bala por ti. Si algo te ocurre... si te pierdo de nuevo, no habrá salvación para nadie. No estoy dispuesto a vivir en un mundo donde tú no estés.

Sale del coche antes de que pueda procesar sus palabras.

CAPITULO 63
maddox

Hundo la espalda en el asiento y cierro los párpados.

Inhalo. Exhalo. Una, dos, tres veces. Intento forzar a mis pulmones a expandirse hasta que el oxígeno desplace el veneno que me corre por la sangre. Me recuerdo que hoy no puedo ser humana, hoy debo ser letal. Y si dejo que la ira y el enojo me consuman entonces habré perdido antes de empezar.

Si dejo que las emociones nublen mi juicio no podré salir de aquí.

Estoy furiosa. Jodidamente furiosa.

Sin embargo, no puedo permitirme ser la adolescente caprichosa a la que le han arrebatado un juguete. No hoy. Ahora soy Maddox Salvatore. Soy Red Dragon. Y Red Dragon sabe que la impulsividad es para los muertos; la frialdad, en cambio, es para los que reinan.

Así que me obligo a respirar y agudizar mis sentidos.

Clavo mis ojos fuera y observo la quietud de las sombras, escucho el lamido del agua sobre la orilla del muelle.

Un ruido grave, una vibración que me sube por las plantas de los pies, me pone en alerta pero lo descarto de inmediato. Lo más probable es que se trate del barco que arribo hace media hora. Observo mi reloj pulsera y asiento. Si aún no se escuchan disparos es una buena señal, todo marcha de acuerdo a mi plan.

Mis pupilas se dilatan, devorando la negrura de la noche hasta que los detalles emergen. Allí, donde cualquier otro solo vería sombras, yo encuentro la señal. No es una luz brillante, ni el destello vulgar de una farola. Es un parpadeo sutil, rítmico, casi tímido.

Es un código.

Son nuestros hombres comunicándose en la penumbra, ejecutando los movimientos que yo coreografié. Aprieto los puños,

siento mis uñas clavarse en la piel de mis palmas. Podría quedarme aquí, en la seguridad de este coche, observando cómo mi obra maestra se despliega. Una parte diminuta de mí me susurra que espere. Que estoy a salvo.

Pero la otra parte, la que ruge por venganza y desprecia el sentido común, se ríe de esa cobardía.

En treinta minutos, debería estar sintiendo la tráquea del jefe de South colapsar bajo mi agarre. En sesenta, debería estar arrastrando su cuerpo miserable hacia la celda que le pertenece. Y en lugar de eso, estoy atrapada en este estúpido coche.

Bajo la vista a mis manos. Conozco a Matthew, sé que me ha encadenado con la condición de poder escapar si algo sale mal.

Llevo la mano libre a mi nuca. Mi melena rubia está recogida en una coleta alta, tirante, impecable. Para mantenerla así, uso pasadores de acero, finos y letales a su manera. Deslizo uno con destreza.

Me gusta pensar que abrir un par de esposas es como abrir una maldita puerta pero sé que no es tan sencillo. Me lleva quince minutos. Quince minutos de metal raspando contra metal, de respiración contenida y sudor frío.

Burlar unas esposas es más complejo que burlar una puerta, no lo parece, pero lo es.

Cuando el mecanismo cede con un clic casi inaudible, la victoria me recorre la columna. Dejo caer el acero. Verifico mi arma, sintiendo el peso reconfortante del cargador lleno. Abro la puerta y el aire gélido de la noche me golpea el rostro, dándome la bienvenida.

Era una noche engañosa. El cielo de otoño, despejado y salpicado de estrellas, fingía la calma de una velada de verano, pero el aire era una cuchilla fresca contra mi piel. Llevaba el cuerpo cubierto de negro, una segunda piel que debería haberme mantenido aislada,

pero sentía el sudor frío naciendo en mi nuca, pegándome los mechones rebeldes al cuero cabelludo mientras avanzaba.

No era el clima, sabía bien que se trataba de la adrenalina recorriendo mis venas. Pero también la ansiedad y la expectación de lo que ocurriría.

Me moví como una sombra entre las sombras, mimetizándome con la arquitectura industrial del puerto hasta alcanzar la entrada. Atravesé el umbral en un silencio absoluto, con los sentidos agudizados al límite. No tardé en encontrarlos: cuatro cadáveres tendidos como muñecos de trapo desechados. Los guardias de South fueron neutralizados por mis hombres.

Avancé con la espalda pegada a las paredes de los almacenes, moviéndome hacia el sector donde, según mis cálculos, debían estar ellas. Un escalofrío de alivio, puro y punzante, me recorrió de pies a cabeza al ver la hilera de figuras pequeñas siendo escoltadas hacia los transportes de seguridad.

Tragué saliva, sintiendo un nudo amargo en la garganta.

Las lágrimas amenazaron con nublarme la vista, pero las quemé con pura fuerza de voluntad. Cerré los ojos un segundo, inhalando el olor a salitre y pólvora, y cuando los abrí, la Maddox compasiva se había ido. Solo quedaba la heredera.

Me encaminé con determinación hacia el depósito más alejado, en el extremo opuesto de la propiedad. Si el plan era perfecto, y sabía que lo sería, en ese almacén se estaría cerrando la transacción.

Allí se encontrarían los dos jefes ultimando detalles, antes de que suceda el desastre. Me detuve en seco al llegar a la puerta.

El silencio se rasgó. Un disparo. Luego otro.

Los gritos estallaron de repente, elevándose en un crescendo ensordecedor que me golpeó los oídos. El caos se desató con la violencia de una tormenta eléctrica: disparos, el choque del metal, el

rugido de hombres que saben que van a morir.

No lo dudé. Entré.

La oscuridad dentro es escasa, rasgada por los fogonazos de las armas. Me moví entre el fuego cruzado sin cubrirme, con una temeridad que bordeaba la locura. Las balas trazaban líneas de muerte a mi alrededor, pero mi objetivo era único. Escaneé el lugar, buscando la figura del hombre de mis pesadillas, buscando el trofeo que me pertenecía.

No estaban. Los jefes se habían evaporado. No había señales de South.

Mi corazón latió con fuerza.

Apreté los puños hasta que los nudillos me dolieron, avanzando hacia el centro del salón sobre un suelo alfombrado de cuerpos que no reconocía. Entonces, de golpe, el estrépito cesó. El silencio que siguió fue peor. Un vacío ensordecedor que se llenó rápidamente con los sonidos de la derrota: gemidos de agonía, maldiciones ahogadas y el sollozo de los que se desangraban. Reconocí las voces de mis hombres dando órdenes, asegurando el perímetro.

El plan había funcionado. Casi.

—Maddox.

No me giro. La voz de mi padre vibra a mis espaldas, pero mis ojos siguen escaneando la carnicería, buscando una sombra que no está. Una premonición gélida se me enrosca en la columna como una serpiente. Donde todo el mundo podría ver una victoria yo solo veo un desastre.

Todo está mal. Jodidamente mal.

—¿Dónde están?

Mi voz es un hilo de seda letal. Nadie responde. El silencio de mis hombres es la peor de las traiciones. Cierro los ojos, aprieto los párpados hasta ver estrellas y, sin bajar el brazo, disparo al techo.

El estruendo resuena en las paredes de metal, seguido de un murmullo de reprobación y sorpresa.

—Maddox… —advierte mi padre.

—¿Dónde están? —Repito, saboreando cada sílaba como si fuera el seguro de una granada—. Si tengo que preguntarlo una tercera vez, el suelo se llenará de más cadáveres. Y esta vez serán de los nuestros.

—Escaparon.

Me giro con la lentitud de un depredador. Mis ojos chocan con los de Max. Sus labios forman una línea tensa, una disculpa muda antes de desviar la mirada hacia sus botas.

Había convencido a Matthew y a mi padre de que su presencia era vital para la logística, aunque lo cierto era que solo quería tenerlo lo más cerca posible. Aún me costaba confiar en él, aunque se la pasaba entrando a escondidas por la noche a mi habitación para dormir a mi lado. Pero necesitaba sentirme como la antigua Maddox, volver a sentir afecto por él y que mi cuerpo respondiera, sin embargo todos mis esfuerzos parecían ser en vano.

Lo quería cerca para volver a sentirme humana, no sabía si el problema era yo, Max o que simplemente ya no sentía nada por él y me aterraba admitirlo. Porque quizás no sentía nada por nadie y ya.

Dejo que mi mirada salte hacia Matthew. El aire abandona mis pulmones en un suspiro de alivio empañado por la rabia. Él está herido. Un corte profundo le cruza el brazo, tiñendo la tela oscura de un brillo húmedo y siniestro.

Pero no es su herida lo que me detiene el corazón, sino lo que yace a sus pies.

Reconozco ese rostro incluso en la muerte. Era uno de mis carceleros. El hombre que me arrastraba de la celda a la sala de tortura, el que disfrutaba del sonido de mis huesos rompiéndose.

Matthew nota el momento exacto en que mi ira cambia de

frecuencia, volviéndose sólida. Con una parsimonia aterradora, apoya su bota sobre la cara del cadáver y presiona. No hay resistencia. No hay quejidos. El hombre es solo carne inerte.

Sus ojos me atraviesan, cargados de una intensidad posesiva que me hace temblar. No necesito que lo diga.

Su mirada es una confesión: lo he cazado para ti.

Una calidez prohibida comienza a expandirse por mi pecho, subiendo por mi garganta como lava. No siento náuseas. No siento horror. Lo que siento es una gratitud retorcida, una calma violenta que me recorre el cuerpo. Ver que Matthew ha ensuciado sus manos con la vida de mi verdugo no me produce rechazo, no sé si debería asustarme o gustarme.

Vuelvo a la realidad, endureciendo el gesto.

—¿Qué ocurrió?

—Huyeron —dice Matthew, sin apartar sus ojos de los míos.

Frunzo el ceño, barriendo la escena con una mirada clínica. Hay bajas en ambos bandos, pero está claro que aún así somos mayoría.

Hemos ganado en números, hemos rescatado a las niñas y hemos aniquilado a sus soldados. Sin embargo, el sabor de la victoria es agrio, como el metal oxidado.

Sus jefes los han abandonado. Los han dejado aquí para morir mientras ellos se salvaban el pellejo.

La confusión me muerde las entrañas.

Mi padre jamás haría algo así; un Salvatore se hunde con su barco o quema el océano antes de huir solo. Y yo, aunque todavía estoy aprendiendo a cargar con el peso de la corona de los Draghi, sé que preferiría una bala en el cráneo antes que la deshonra de la deserción.

—Los dejaron a la deriva —murmuro, mis botas hundiéndose en el charco viscoso que se extiende a mis pies—. ¿Pero cómo? ¿Cómo pudieron reaccionar tan rápido?

—Como si alguien los hubiera alertado —suelta Matthew.

Su voz es una vibración baja, cargada de una sospecha que hiela el aire.

—¿Y ellos simplemente… no estaban? —Pregunto, forzando mi voz a mantenerse estable.

—Estuvieron aquí —responde Levi, posicionándose a mi lado. Su rostro es una máscara de incredulidad ante el baño de sangre—. Pero se esfumaron un minuto antes de que rompiéramos el perímetro.

Mi mente retrocede, rebobinando los minutos.

El trayecto desde el coche, la oscuridad, el ruido…

El sonido del puerto. El eco grave que escuché mientras escapaba de las esposas. Mi padre nota el cambio en mi expresión. Sus ojos me interrogan en silencio.

—Se fueron en barco —digo, y el autorreproche me quema la garganta—. Lo escuché cuando venía hacia aquí, pero le resté importancia. —Niego con la cabeza, una risa amarga escapando de mis labios—. Qué idiota.

—No tenías forma de saberlo, Maddox —la voz de Matthew llega a mí, baja y peligrosamente dulce.

Me estremezco.

—Lo sé, pero aun así…

Un movimiento periférico me detiene. En el extremo opuesto del almacén, una sombra se arrastra con la torpeza de una rata herida hacia una de las salidas laterales. No lo pienso. No dudo. Mi brazo se eleva con una memoria muscular que me asusta y disparo.

El gemido de dolor que sigue al estruendo hace que mis dientes

chirríen.

—Tráiganlo —pido despacio pero al ver que nadie se mueve doy un grito que los asusta—. ¡Tráiganlo, ahora!

En menos de un minuto, el rostro desencajado de Luc está a un par de metros de mis botas. Jace y otro de nuestros hombres lo traen a rastras; sus dedos se clavan en el asfalto mientras intenta, inútilmente, luchar contra la gravedad. El rastro de sangre que deja a su paso es un mapa de mi puntería.

Ladeo la cabeza, observando su agonía con una curiosidad casi científica. Mi primer disparo fue directo a su rodilla izquierda.

Pero no era suficiente para saciar el hambre que me devora.

—Hola, lindura… —balbucea él.

El sonido de un nuevo disparo silencia sus palabras. El grito que suelta es salvaje, animal. Esta vez, la bala ha destrozado su pie izquierdo.

Me acerco con lentitud, saboreando el espasmo de su cuerpo, y vuelvo a apretar el gatillo. El pie derecho estalla en una bruma roja.

—Maddox —la voz de mi padre llega desde la periferia pero no se mueve.

Lo ignoro. En este momento, soy una fuerza de la naturaleza y nadie, ni siquiera el hombre que me dio la vida, tiene el poder de contenerme. Los jefes podrán haber escapado, pero me han dejado un juguete.

Cuando estoy a un metro, apunto directamente a su mano. Mi plan es simple: voy a arruinar cada una de sus extremidades hasta que no quede nada funcional en él.

—¿A dónde se fueron? —Pregunto. Mi voz es un susurro gélido.

Luc presiona los labios, intentando contener el llanto que nubla sus ojos. El orgullo es lo único que le queda, se ha convertido en una cáscara vacía. Alzo una ceja, dándole un segundo de gracia que

no merece.

—¿A dónde se fueron?

—Vete al diablo, Maddox —escupe a mis pies.

La saliva, espesa y cargada de sangre, mancha el cuero de mis botas. Frunzo el ceño. Le hago una seña a Jace para que se retiren.

Vuelvo a disparar. La bala atraviesa su palma izquierda.

Camino un paso y repito la operación en la otra mano. Sus gritos se vuelven agudos, perdiendo cualquier rastro de hombría, hasta que se ovilla en posición fetal, balbuceando súplicas incoherentes.

Creo escuchar otra vez la voz de mi padre pero solo puedo ver rojo y pensar en la sangre y la venganza.

Luc murmura palabras suplicantes.

¿Cuántos «por favor» crees que son necesarios, Luc? Perdí la cuenta de cuántas veces desgarré mi garganta con esa palabra en aquella celda mientras tú observabas.

Me pongo de cuclillas frente a él. Siento la mirada de todos clavada en mi espalda. Se que algunos me ven con respeto, otros quizás con miedo. Entiendo que mi padre esté viéndome con furia por mi comportamiento impulsivo.

Tiene razón. Pero no me importa.

Hundo mi mano en su cabello húmedo y pegajoso, ignorando el asco, y tiro de su cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se encuentran con los míos. Su cuerpo está inerte, sostenido únicamente por mi agarre.

—No me hagas repetir la pregunta.

—¿No ves que no están? —Escupe con un desprecio agónico—. ¡Se fueron!

Una mueca de confusión cruza mi rostro, seguida de una comprensión lacerante. Se fueron, literalmente. Su propio padre lo

ha abandonado como carnaza para los lobos. Le sonrío, y el temblor que recorre su cuerpo me resulta embriagador.

Es miedo, pienso, me tiene miedo y me fascina.

Ese sentimiento se cuela bajo mi piel, cálido y adictivo. Saber que yo, la chica que rompieron, ahora soy la fuente de su parálisis es un placer que roza lo erótico.

Es fascinante. Meses atrás, la idea me habría horrorizado. Ahora, es lo único que me hace sentir completa.

Acerco el cañón frío de mi arma a su cuello, justo debajo de la mandíbula, presionando hacia arriba, hacia la garganta.

—¿Así que papi te abandonó? —Presiono más—. Después de todo lo que hiciste por él, simplemente… ¿se fue? Debes estar devastado, Luc.

—Vete al diablo…

—Qué vocabulario tan limitado. ¿No sabes decir otra cosa?

—¿Quieres que suplique como hacías tú? —Su sonrisa es una herida abierta que me asquea.

—Ese fue el error, ¿cierto? —Murmuro, mi voz tan afilada como un bisturí—. Dejaron que suplicara. Se regodearon en mi dolor y me dejaron viva —niego despacio—. Y ahora, mírame: estoy aquí para borrar tu estúpida existencia del mapa.

Su sonrisa se desvanece.

Traga saliva con dificultad, sintiendo el metal contra su tráquea.

—No cantes victoria, perra.

—¿Cómo no hacerlo? —Hago un gesto circular con el arma—. Tenemos el cargamento. La policía llegará pronto y nosotros nos habremos ido. Dirán que fue un ajuste de cuentas que salió mal —me encojo de hombros—. Ah, claro. También acabamos con todos sus hombres —suspiro y sonrío— ¿O me dirás que tienes un as bajo la manga? No... —niego y acaricio la piel de su cuello con el cañón

—. Al parecer, ser su hijo no era suficiente para que te amara, ¿verdad?

—Eres una zorra.

—Soy mucho peor que eso —asiento con suavidad—. Soy el arma de Draghi que intentaron usar y no lograron domesticar.

Algo atraviesa su mirada y le dedico otra sonrisa.

—Pusiste en riesgo tu expediente limpio por un hombre que te dejó atrás en cuanto las cosas se pusieron feas —susurro—. Eres patético.

—Si crees que te diré algo, estás equivocada.

—Oh, Luc. Sé que no me dirás nada porque no sabes nada. —Su piel se torna de una palidez fantasmal—. Así que no me sirves en absoluto.

—No tienes idea…

—Oh, claro que la tengo —entrecierro los ojos—. Nosotros tenemos la omertá. Tenemos un código de sangre y lealtad. Pero South… tu padre construyó este imperio sobre la codicia. Solo le importa él mismo. Debe ser duro darte cuenta de que eres prescindible.

Se retuerce, intentando alcanzarme con sus manos destrozadas, pero tiro de su cabello con más fuerza, arrancándole un chillido de dolor. Cierro los ojos un segundo, disfrutando del sonido.

—La policía llegará pronto. Te esperan décadas en una celda… —suspiro con fingida pena—. Aunque puedo ofrecerte una salida.

Sus ojos brillan con una chispa de esperanza desesperada.

—¿Cuál?

Mi sonrisa se ensancha, mostrando los dientes.

—La muerte —el brillo en sus ojos desaparece—. ¿De verdad creías que te dejaría respirar el mismo aire que yo? No me sirves de nada, Luc. Te prefiero bajo tierra.

A mis espaldas, la tensión es un muro sólido. Sé que Matthew y mi padre podrían derribarme en un segundo, quitarme el arma y obligarme a ser racional. Pero no lo hacen. Lo que los detiene es el respeto y el miedo a la mujer en la que me he convertido.

La adolescente de doble vida ha muerto. Solo queda la heredera del imperio Salvatore.

Solo queda esta mujer rota y nublada por la venganza.

—¿Sabes, Maddox? —Su voz es un gorgoteo de sangre—. Podrás buscarlo toda tu vida. Podrás matarlo. Pero las pesadillas no se detendrán.

—Me bastará con que lo haga su corazón —susurro.

Otra vez, vuelve a sonreír y niega.

—¿Esa es la mentira que te dices? —Traga saliva—. No terminará cuando lo encuentres, mucho menos cuando lo asesines —sus ojos miran un punto a mi espalda y vuelven a verme—. Ojalá no sea tarde cuando te des cuenta que el mal te respira en la nuca cada vez que te vas a dormir con él.

Es como si alguien vertiera ira líquida por mi columna vertebral.

El fuego me consume de la cabeza a los pies.

Aprieto el gatillo y el estruendo final devora sus palabras.

CAPITULO 64
maddox

—Cierra la boca, Levi —murmuro, hundiendo las yemas de mis dedos en las sienes para masajear el latido sordo que amenaza con partirme el cráneo—. No hagas un drama de esto.

Mi padre sostiene el volante con una fuerza que hace que sus nudillos parezcan piedras de mármol blanco. No ha dejado de gritar y de soltar maldiciones entre dientes desde que pusimos un pie fuera del depósito. El motor del coche ruge, reflejando su temperamento mientras pisa el acelerador con una furia apenas contenida.

—No puedo creer que lo hicieras —suelta entre dientes, hundiendo el acelerador.

El rugido del motor es el único sonido que compite con su rabia. Cierro los ojos, tratando de obligar a mi corazón a recuperar un ritmo humano.

Pero la adrenalina todavía corre por mis venas.

¿Quién diría que la chica que tembló tras su primer asesinato en Nueva York se habría quedado atrás, enterrada en alguna parte? Aquella Maddox era una extraña para mí. La de ahora... esta versión de mí no siente el peso de la culpa, sino la ligereza del poder.

Paso la lengua por mi labio inferior, atrapando el sabor metálico y rancio de la sangre que me salpicó. Cierro los ojos un segundo y sonrío. Debería sentir náuseas; debería querer arrancarme la piel hasta quedar limpia. Pero lo único que recorre mi columna es una oleada de placer eléctrico y deforme.

Luc me secuestró. Luc me observó mientras el dolor me partía en dos, se alimentó de mis súplicas y se deleitó con el sonido de mi voz quebrada.

Y ahora, su respiración se ha detenido por mi mano. Mi bala silenció su mundo del mismo modo que él intentó apagar el mío.

—Tampoco me detuviste —replico.

—¿Tienes idea de lo que eso habría significado? —Su voz estalla, llenando el interior del coche de una violencia contenida—. ¡Eres la hija del Don! Se supone que sabes cómo funciona esto. ¡Llevas mi maldito apellido, Maddox!

—Lo haces sonar como si habláramos de la realeza —me mofo, aunque sé que, en este mundo, lo somos.

—Hablo en serio. —Su tono se vuelve afilado, una hoja de afeitar cortando la densidad del ambiente—. No hacemos las cosas así. No somos carniceros sin control. Lo sabes.

Claro que lo sabía. Pero el control es un lujo que perdí hace mucho tiempo.

—Creía que había quedado claro desde Nueva York —ladeo la cabeza para verlo y sus ojos se encuentran con los míos—. Me importa una mierda como haces las cosas tú. Yo también soy Draghi.

Sus manos sostienen con más fuerza el volante.

—No te confundas, Maddox —susurró—. Serás mi heredera, pero el mando aún lo tengo yo.

Entrecierro los ojos.

—Veremos por cuanto tiempo —murmuro en voz baja pero sé que me escucha.

En cuanto el disparo desgarró el silencio del depósito, el mundo se detuvo. Fue un instante de quietud absoluta, un vacío donde el tiempo dejó de existir. Nadie se movió. Yo tampoco. Me quedé allí, en cuclillas frente al cuerpo inerte de Luc, con la mirada fija en el vacío que ahora ocupaba sus ojos. Sus últimas palabras seguían grabadas a fuego en mi mente, como una maldición:

«El mal te respira en la nuca cuando te vas a dormir con él».

Aprieto los párpados. No me importa cómo se supone que se hacen las cosas en Draghi. Los planes han cambiado y yo cambiaré las reglas.

El silencio duró solo un segundo; al siguiente, el caos reclamó su lugar. Pude ver cómo se llevaban el cadáver de Luc pero todo se veía distorsionado. Unas manos pesadas rodearon mis hombros. Matthew. Su expresión era una máscara neutra, profesional, vacía. Busqué a Max entre las sombras, pero mi vista me traicionó; solo veía siluetas negras, manchas de oscuridad moviéndose frenéticamente.

—Muévete —me siseó Matthew al oído—. Tenemos que irnos.

Sus palabras fueron la chispa que reactivó mis extremidades. Me obligué a ponerme en pie, avanzando a través del desastre que nadie se molestaba en limpiar, solo en camuflar.

Caminé de forma automática, con la columna rígida y la barbilla en alto. Abandoné al depósito y me encontré con el sol brillante del amanecer. No supe cuando tiempo transcurrió, pero el operativo empezó en la madrugada, ahora nos acompañaba el día y era más difícil atravesar la ciudad empapada en sangre.

Avancé sin detenerme hasta el BMW de Matthew pero en cuanto mis dedos rozan la manija las manos de mi padre toman mi brazo con fuerza y me arrastran con él, mientras suelta una letanía de maldiciones que no cesa en todo el camino.

Cierro los ojos y me hundo en el cuero del asiento.

No me importa lo que Levi piense, por primera vez, que sea mi padre y el Don me tiene sin cuidado. Él cree que crucé una línea que no debía, y quizás tenga razón. Pero no iba a dejar que Luc siguiera respirando el mismo aire que yo.

Se que fui impulsiva pero no me importa. No cuando aún siento el

frío de sus dedos en mis sueños. No cuando mis pesadillas son un bucle de calles oscuras y el eco de su risa mientras su padre me quebraba. No podía permitirle el lujo de la vida mientras yo cargaba con los escombros de lo que él ayudó a destruir.

Dejarlo herido no era suficiente. Nada lo es.

Necesitamos a South. Lo necesito a él y lo necesito ahora. Al escapar, el tablero se ha vuelto más peligroso, las piezas son más difíciles de mover. Esta vez no habrá suerte, solo estrategia y sangre. Si me toma meses, que así sea.

El estruendo de la puerta al cerrarse me regresa a la realidad, parpadeo mientras observo como Levi abandona el coche hacia la entrada de nuestra casa. Marcellino y Donatto están a la espera de él en la entrada.

Me dispongo a seguirlo, con una réplica mordaz en la punta de la lengua, pero el espejo retrovisor me detiene en seco.

Toda mi piel se eriza. La mujer que me devuelve la mirada es una extraña. Mi rostro está salpicado de un carmesí que ya ha empezado a secarse, la cicatriz sigue allí, la piel está curada pero la marca no se irá. Ahora solo está salpicada de sangre. Trago saliva, saboreando el hierro, y bajo del coche.

Matthew está apoyado en su BMW, observándome con esa intensidad indescifrable que me quema los nervios. Mi padre pasa por su lado y le susurra algo; solo veo el asentimiento de Matthew y el breve movimiento de alivio en los hombros de Levi.

Los ojos del Capo y el Chefe se abren de par en par al verme y les dedico una sonrisa de labios presionados. Ellos simplemente asienten antes de hacerse a un lado.

—Hablaremos en el despacho —suelta mi padre sin mirarme.

Pongo los ojos en blanco, disfrutando del hecho de que me da la

espalda y no puede ver mi falta de respeto.

—¿Es necesario? —Murmuro, mis pasos resuenan en el pavimento mientras lo sigo.

Siento la sombra de Matthew pegada a mi espalda como una presencia cálida y letal.

—Tenemos que analizar el resultado y trazar el siguiente movimiento, así que sí, Maddox, es necesario.

—¿Es necesario tanto drama? —Corrijo con veneno.

Levi se detiene tan de golpe que mi pecho choca contra su espalda tensa. Se gira con una lentitud que debería asustarme. Doy un paso atrás por instinto, solo para chocar contra el muro de carne y músculo que es Matthew. El calor de su cuerpo me envuelve, pero no me muevo.

—No estoy de humor para tus juegos, Maddox —sentencia mi padre, su mirada se clava en la mía antes de dar media vuelta y entrar a la casa.

Aprieto los puños, siento la ira burbujeando bajo mi piel. Es un hipócrita. Él me crió para ser un arma, y ahora se queja porque he disparado.

Siento las manos de Matthew envolver las mías, intentando sofocar el temblor de mis puños. Por un segundo, su tacto se siente como una caricia que amenaza con derretir mi armadura. Pero entonces recuerdo las esposas. Recuerdo que él también sigue las reglas de Levi. Me libero de su agarre con una brusquedad que me escuece.

—No me toques —le siseo por encima del hombro. Noto cómo se tensa, sus ojos se oscurecen ante mi rechazo, pero no me quedo a ver su reacción.

—Comprendo lo que sentiste al verlo, pero...

—No —lo corto, las palabras salen como cuchillas—. No comprendes nada. Ese es el maldito problema.

Me giro para adentrarme en la mansión. Sigo a Levi hasta la cocina.

Mi padre apoya las manos en la isla, inclinado sobre el mármol como si cargara con el peso del mundo. Yo imito su gesto, enfrentándolo. Noto sus ojos recorrer mi rostro manchado de sangre.

—Si esperas que me disculpe por lo que hice, vas a esperar sentando. No me arrepiento de nada. El mundo es un lugar mejor ahora que ese desperdicio no respira.

—No lo hiciste por justicia, Maddox. Lo hiciste por ti.

—¡Exacto! —Exclamo, elevando el tono hasta que mis cuerdas vocales vibran— ¿Eso me hace egoísta? ¡Bien! Soy la mujer más egoísta del planeta por querer borrar de la existencia al hombre que me vio quebrarme, que disfrutó con cada una de mis súplicas. ¿Soy impulsiva por no pedir permiso para reclamar mi venganza? Sí. Pero no iba a permitirle un solo latido más.

—¡No es así como operamos! —Ruge él.

—¡Al carajo tus operaciones! Soy una Salvatore. A partir de ahora, las cosas se harán a mi manera.

Levi niega con la cabeza, cerrando los ojos con frustración.

—Entiéndelo, Levi. No puedes ser el santo de esta historia. No eres Robin Hood —le dedico una mirada cargada de desprecio—. Y Luc no iba a hablar. No sabía nada.

—¡Eso no puedes saberlo!

—¡Lo sé y tú también! —Mi grito rebota en las paredes de la cocina—. ¡Pero prefieres mantener con vida a las ratas antes que arriesgarte a mancharte las manos!

—¡Eres tú la que se pone en riesgo!

—¡De eso se trata nuestra vida! —Le recuerdo, dándome la vuelta para quedar frente a frente. Tengo que inclinar la cabeza para

sostenerle la mirada, pero no parpadeo—. Tú quisiste que formara parte de esto, ¿o ya lo olvidaste? Me convertiste en esto, papá.

Cuadro mis hombros, dispuesta a ganar esta guerra de voluntades. La tensión en la habitación es un cable a punto de romperse. Pero antes de que él pueda soltar su próxima reprimenda, una voz corta el aire, fría y perfecta, congelándonos a todos.

—Bienvenidos a casa.

Nos giramos al unísono hacia la dueña de esa voz. Mis labios se entreabren, congelados en una mueca de pura incredulidad.

—¿Nora?

Mi madre nos observa con una ceja negra perfectamente perfilada alzada hacia su sien. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y el codo apoyado contra el umbral, una postura que destila una autoridad que ni siquiera el paso de los años ha logrado erosionar. Matthew, a unos pasos, mantiene la vista fija en el suelo, rígido como una estatua.

No necesito más señales.

—Nora… —El nombre escapa de los labios de mi padre como un suspiro roto. Se queda sin voz, su expresión se suaviza de una forma casi patética y un brillo desconocido, casi vulnerable, se instala en sus ojos— ¿Qué haces aquí?

Es perturbador verlo así. Debe ser la primera vez que se enfrentan en más de diez años; quizás desde que nací. Mi memoria de ella es un lienzo en blanco. Pero después de todo lo que he descubierto este último mes, me queda claro que su historia es un laberinto de espinas del que yo no sé nada.

—¿Qué hago aquí? —Repite ella con una ironía que corta—. La pregunta real, Levi, es por qué Maddox parece haber salido de una trituradora de carne —trago saliva bajo su escrutinio. Sus tacones de diseñador resuenan contra el porcelanato mientras avanza, un sonido rítmico, letal—. ¿Y de qué carajos están hablando?

—Nora, podemos explicarlo…

—Por supuesto que lo harán. —Se detiene frente a nosotros, repartiendo una mirada gélida antes de soltar un suspiro cargado de impaciencia. Sus ojos se clavan en los míos—. Al parecer tenemos mucho de qué hablar, cielo —me dedica una sonrisa que no llega a sus ojos antes de volverse hacia mi padre con una seriedad glacial—. Pero antes, tú y yo tenemos una cita.

—De acuerdo, espera a que yo…

—A tu despacho —lo interrumpe, dando un paso hacia su espacio personal—. Ahora.

Levi traga saliva, su garganta tiembla con fuerza antes de claudicar. Ella lo sigue, y el eco de sus pasos subiendo la escalera marca el final de nuestra disputa familiar, solo para dejarme a solas con otro tipo de guerra.

Suelto el aire que tenía retenido y busco a Matthew. Está serio, pero sus ojos arden sobre mí, escaneando cada mancha de sangre en mi piel.

—¿Para quién trabajas, Matthew? ¿Para mi padre o para Nora? —Le suelto el desafío como un latigazo.

Él no retrocede. Se despega de la pared y se acerca con una determinación que hace que el aire se vuelva pesado.

—Trabajo para ti.

—¿Ah, sí? No se nota.

—Lo hago —insiste, su voz descendiendo a un registro más profundo—. Pero es tu madre. Merece saber en qué infierno te estás metiendo, y creo que te vendría bien tenerla cerca. Podría ayudarte a…

—Tú siempre creyendo que sabes lo que necesito —lo corto con un suspiro amargo—. ¿Eso pensabas cuando me dejaste en tu coche esposada como un animal? ¿Pensabas que me vendría bien?

—Intentaba protegerte, Maddox…

—Me esposaste —sentencio. Mi voz suena seca, pero por dentro mi piel grita ante el recuerdo—. Decidiste por mí. Me pasaste por encima en mi propio plan. Y te atreves a decir que trabajas para mí.

Él baja la mirada un segundo, y aprovecho ese espacio para intentar rebasarlo. Pero su mano se cierra alrededor de mi brazo. Es entonces cuando noto que su propia herida ha empapado la venda improvisada que lleva. Está cubierto de sangre.

—Me tenían esposada —susurro, sin apartarme, viendo cómo su mano ensangrentada aprieta mi antebrazo salpicado de gotas que no me pertenecen—. Cuando me torturaban, me esposaban. Me colgaban de un arnés desde el techo hasta que mis pies apenas rozaban el suelo.

Siento el espasmo que recorre su cuerpo. Se tensa tanto que parece que va a romperse. Es la primera vez que le hablo de lo que me hicieron.

—Maddox…

—Me esposaron, Matthew. Igual que tú.

—No, espera, eso no es lo mismo…

—Y me encerraron. Igual que tú —alzo la vista para encontrar la suya. La ira es ahora un punto negro que devora mi visión—. Como un maldito animal.

—Tesoro...

—No dudaste ni un segundo en quitarme la libertad.

Sus labios se entreabren, la sorpresa y el horror libran una batalla en sus facciones. Busca en mi rostro alguna grieta, una señal de que estoy exagerando o de que aún guardo una pizca de piedad para él.

No encuentra nada. Mi piedad murió en aquel depósito.

Me acerco un paso más, obligándolo a inclinar la cabeza debido a

la diferencia de estatura. Hablo tan cerca de su boca que mi aliento debe quemarle, con un tono tan afilado que juraría que lo estoy degollando.

—La próxima vez que oses pasar por encima de mis decisiones, será la última vez que me veas.

CAPITULO 65
maximo

su cabello es una cascada de hilos dorados que cae por su espalda, terminando en esos rizos perfectos que siempre parecen invitar a mis dedos a enredarse en ellos y no soltarla nunca. La observo en silencio, contenido por las sombras, mientras se aplica esa crema hidratante con una parsimonia que me desquicia.

Me apoyo en el umbral de la puerta del baño, controlando mi respiración para no alertarla. Debería dejar de entrar a hurtadillas como un fantasma en su habitación, pero el silencio de Maddox me estaba asfixiando más que la soga de mis propios secretos.

Desde que la redada se fue al carajo no ha respondido mis mensajes y estoy comenzando a asustarme. Y saber que Matthew está aquí, a solo una pared de distancia, jugando a ser su guardián oficial mientras yo me escondo en la oscuridad, hace que mi sangre hierva con una furia posesiva que apenas puedo contener.

Él tiene el derecho de estar cerca y no puedo hacer nada.

Sus ojos verdes, afilados y brillantes como esmeraldas, se encuentran con mi reflejo en el espejo. No grita. Nunca lo hace. Sabe que soy yo antes de procesarlo. Se gira con esa elegancia letal de una Salvatore, pero antes de que pueda articular palabra, toma mi mano con una fuerza que me sorprende y me arrastra hacia el interior del baño, cerrando la puerta tras de nosotros.

El espacio se reduce. El aire se vuelve denso, cargado de su perfume y de nuestra tensión.

—Máximo, ¿qué demonios haces aquí? —Susurra, su voz es un látigo de terciopelo—. Un día de estos harás que me de un infarto.

Trata de retroceder, de poner distancia, pero no se lo permito. La atraigo hacia mi cuerpo hasta que su pecho choca contra el mío y

puedo sentir el latido errático de su corazón.

—No, princesa. Un infarto sería demasiado piadoso —murmuro contra sus labios, aspirando su aliento—. Necesitaba verte. Me estás volviendo loco con tu silencio.

La veo tragar saliva, sus ojos bajan por un segundo a mi boca. El impulso de rodear su cuello con mis manos, de reclamar sus labios hasta que olvide su propio nombre y el de su padre, es casi insoportable. Pero me contengo.

—Te extraño —mis palabras la toman por sorpresa.

—Yo también —confiesa, y esas dos palabras son un puñal que atraviesa mis defensas—. Pero si alguien te ve, Max... si tu hermano te encuentra aquí...

—Nadie me vio —le aseguro, bajando el tono a un gruñido bajo.

Apoyo mi frente contra la suya, cerrando los ojos. Su perfume a cereza me invade, un aroma dulce que contrasta con el sabor metálico de la traición que cargo en la lengua. Siento cómo sus brazos se relajan bajo mi toque y aprovecho para deslizar mis manos por la piel desnuda de sus brazos. Se eriza al instante.

Un escalofrío recorre su cuerpo y una chispa de satisfacción oscura se enciende en mi pecho.

Lleva el mismo pijama de seda de siempre: esa remera de tirantes negra y los pantaloncillos rojos color sangre. Rojo, como el color que pronto decorará mis manos. Me muerdo el labio, luchando contra la necesidad de arrancarle esa seda y marcarla como mía ante el mundo.

«Aún no puedo, Max».

Sus palabras de la última vez resuenan en mi cabeza como una advertencia. Suspiro con una mezcla de frustración y devoción, y llevo mi mano hasta su mentón, obligándola a levantar la cara. Cuando abre los ojos, la intensidad de su mirada me quema.

—No has respondido mis mensajes —le reclamo, mi voz

endurecida por la ansiedad que he sentido estos días.

Ella baja la vista, pero no la dejo escapar. Acuno su rostro entre mis manos, obligándola a enfrentarme.

—Lo siento... Esto ha sido un caos absoluto desde que llegó Nora.

Frunzo el ceño.

—¿Nora? —Ella asiente—. ¿Tu madre está aquí? ¿En Chicago?

—Así es —suspira, y puedo notar el peso en sus hombros—. Tu hermano creyó que era una excelente idea traerla para que me hiciera sentir… segura.

Hago una mueca. No conozco a Nora Müller personalmente, pero en nuestro mundo, una mujer que no pertenece a la organización es una debilidad, una complicación que no necesitamos. Y menos ahora, con Matthew moviendo hilos a mis espaldas.

—¿Y tú cómo estás con eso?

Se encoge de hombros pero noto como se acerca buscando refugio en mi cercanía.

—Es extraño —confiesa en un susurro—. Solo paso dos semanas al año con ella, en vacaciones. Y ahora está aquí, habitando esta casa, moviéndose por los pasillos como si esto fuera un hogar normal. Es... raro.

Acaricio su mejilla con el pulgar, trazando la línea de su mandíbula con una suavidad que no merezco tener.

—¿No te gusta que esté aquí?

—Al contrario —dice, bajando la voz hasta que es casi imperceptible—. Creo que es la primera vez que esta mansión se siente como un hogar de verdad.

Sus palabras me golpean. Un hogar. Maddox quiere un hogar, y yo estoy aquí para prenderle fuego a todo lo que conoce.

Necesito tiempo. Cada segundo que paso así con ella es tiempo

robado, pero no tengo ni la más remota idea de cómo confesarle la verdad sin que me odie para siempre.

El silencio en el baño se vuelve denso, cargado de todo lo que no le estoy diciendo. Maddox cierra los ojos, entregándose por completo a mi contacto. Mi mano baja por su costado, recorriendo la curva de su cintura hasta detenerse en su cadera. Me quema la palma el simple hecho de tocarla, incluso a través de la tela de su pijama. Con la otra mano, acuno su mejilla y deslizo el pulgar por su labio inferior, delineando su forma.

Su corazón golpea contra sus costillas con una fuerza salvaje. Puedo sentir su pulso disparado bajo mis dedos y el mío le sigue el ritmo al instante.

—¿Max? —Susurra con la voz rota.

—¿Mmh?

—Bésame.

Mis instintos me gritan que la reclame, que la devore aquí mismo contra la pared, pero me obligo a contenerme. Es la primera vez que me lo pide, con esa mezcla de vulnerabilidad y urgencia, no quiero arruinarlo.

Me acerco centímetro a centímetro, acortando la distancia con una lentitud tortuosa. Mi mano sube por su mandíbula mientras rozo sus labios con los míos. Es apenas un contacto eléctrico, un roce de alientos que hace que su respiración se quiebre. Deslizo la punta de mi lengua por su labio inferior y el pequeño suspiro de placer que escapa de su garganta acaba con mi último gramo de autocontrol.

La beso.

Empiezo con una presión suave, saboreándola, mientras mi mano derecha toma su cadera para pegarla a mi cuerpo. No hay resistencia; al contrario, ella se aferra a mi camiseta negra, arrugando la tela con sus dedos para mantenerme cerca. Cuando mi lengua busca la suya, chocamos los dientes en un descuido torpe

que me hace soltar una risa ronca contra su boca.

Por un momento, todo se siente normal. Todo parece ser como antes.

Pero la ternura dura poco.

Maddox me rodea la nuca, enredando sus dedos en mi cabello y tirando de él para profundizar el contacto. La intensidad estalla. El beso se vuelve hambriento, posesivo. Ella suelta un gemido que va directo a mi entrepierna.

—Maddox —gruño contra sus labios, una advertencia final que apenas puedo articular.

—No te detengas —me ordena.

Gimo, perdiendo la cabeza, y vuelvo a besarla con una violencia contenida. Mis manos bajan a sus muslos y la levanto del suelo sin esfuerzo. Ella enrolla sus piernas alrededor de mi cintura al instante, encajando contra mí como si hubiera sido diseñada para esto. Se siente jodidamente bien. Se siente perfecta. La he extrañado tanto este último mes que el vacío en mi pecho finalmente parece llenarse.

Pero mientras la aprisiono contra mí, la realidad me golpea con la fuerza de un disparo: tarde o temprano, voy a destruir esto.

La subo al mostrador de mármol. El frío de la piedra contra sus muslos desnudos la hace estremecer, y Maddox se echa hacia atrás hasta que su espalda golpea el espejo. Me separo lo justo para devorarla con la mirada. Tiene los labios hinchados, la respiración rota y esos ojos verdes empañados por el deseo.

Me muerdo el labio, sintiendo la urgencia de volver a reclamarla cuando sus dedos se enredan en mi pelo y me obligan a bajar a su boca. Vuelvo a sus labios con una intensidad que casi duele. Bajo por su mandíbula, marcando el camino con besos lentos y pesados hasta llegar a su cuello. Siento cómo arquea el cuerpo hacia mí cuando llego al escote de su camiseta.

Debo parar. Sé que debo hacerlo. Si sigo un segundo más, no me

va a importar quién esté al otro lado de esa puerta. Solo puedo pensar en su piel caliente, en la necesidad física de estar dentro de ella y en el dolor sordo que me recorre la entrepierna.

Pero estamos en la mansión Salvatore. Con su padre, su familia y mi maldito hermano a unas pocas habitaciones de distancia. Si nos encuentran así, no habrá salida para ninguno de los dos.

Obligo a mi cuerpo a retroceder. Aminoro la marcha, rozando su nariz con la mía. Maddox deja escapar una pequeña risa por el roce y, por un instante, me permito sonreír. Es una debilidad, lo sé, pero no puedo evitarlo. Me quedo inclinado sobre ella, atrapándola entre mis brazos y el espejo, mientras sus dedos siguen jugando con mi cabello.

—Max…

—Te amo —suelto, antes de que pueda decir nada más.

Sus párpados se abren de golpe. La sorpresa le dura apenas unos segundos antes de que una sonrisa pequeña y suave curve sus labios.

—Te extrañaba tanto —añado.

—Yo igual —murmura. No sé si responde a mi confesión o a lo mucho que me extrañaba, y me trago la duda por puro miedo a la respuesta—. Pero deberías dejar de burlar la seguridad de esta casa —dice ella.

Chasqueo la lengua con diversión.

—Entonces deja de ignorarme y permíteme verte.

Alza una ceja, desafiante.

—Tienes razón —concede. Sus dedos juegan con mi cabello—. No he sido la mejor novia últimamente.

—No quise decir eso, Maddox. No pienses que…

—Lo sé —me interrumpe, poniendo una mano en mi mejilla. Se incorpora, eliminando la poca distancia que nos queda—. Pero es

verdad. He estado ausente. Lo siento.

—No —le corto—. No te disculpes por nada. Jamás.

Vuelvo a acunar su rostro. Cuando la beso esta vez, es un contacto suave, casi tierno, que hace que algo se retuerza en mi pecho. Me pregunto si tiene idea del incendio que provoca en mí. Me pregunto si será capaz de sobrevivir a las cenizas cuando todo esto salte por los aires.

Trago saliva, tratando de expulsar el sabor amargo de la mentira.

—En unos días es tu cumpleaños —susurra contra mi boca. Abro los ojos, sorprendido. Ella se encoge de hombros como si no fuera nada—. No creas que te vas a librar de un festejo.

—Maddox… es solo un día más en el calendario.

—No para mí —me acerca de nuevo y me da un beso corto—. Déjame hacer algo especial por ti, ¿de acuerdo?

Asiento, aunque el estómago se me revuelve. Maddox sabe cuándo es mi cumpleaños porque tiene un maldito expediente con mi nombre. Cree que conoce cada detalle de mi vida.

Casi todo, me susurra una voz oscura en la cabeza.

Quiere celebrar mi vida, sin saber que mi único propósito es destruir la suya. La última vez que celebré un cumpleaños, mis padres aún vivían. Antes de que Levi Salvatore decidiera jugar a ser Dios y nos lo quitara todo.

Ella es la hija del hombre que más odio en este mundo. No debería haberme acercado. No debería haber dejado que su risa y su fuego me calaran hasta los huesos. No debería haber permitido que atravesara mis defensas de esta manera, porque ahora, cada vez que la miro, solo puedo pensar en todo lo que vamos a perder cuando la verdad salga a la luz.

Ella sonríe, ajena al abismo que nos separa, y yo solo puedo sostenerla mientras el mundo sigue girando hacia el desastre.

CAPITULO 66
maddox

La mansión Salvatore se ha convertido en un campo de batalla.

Desde que Nora se instaló hace una semana, el aire en la mansión pesa más que el plomo. Se negó a ocupar una de las suites del segundo piso, a pesar de las insistencias de Levi, y se atrincheró en una habitación de huéspedes en la planta baja. Supongo que quería tener una vía de escape rápida en caso de que los fantasmas de su pasado con mi padre se volvieran demasiado reales.

Es perturbador verlos juntos. Comparten una dinámica cargada de una naturalidad eléctrica, como si el océano y los años que pasaron sin hablarse fueran solo una interrupción momentánea en una guerra eterna.

Cuando coinciden en la misma habitación, el ambiente se satura de una tensión densa, de esa clase de estática que precede a una explosión.

Se miran como dos depredadores que alguna vez compartieron la misma guarida y ahora no saben si morderse o lamerse las heridas.

Frente a mí guardan las formas; el silencio entre ellos es absoluto e incómodo. Pero en cuanto doy media vuelta y abandono la estancia, los gritos comienzan a filtrarse por las paredes de mármol.

Nora está furiosa, y aunque entiendo su rabia, me resulta ajena. Nunca había visto a mi madre en este papel de mujer protectora y preocupada. Es una anomalía. Por primera vez en mi vida, me siento como la hija de un matrimonio roto, obligada a escuchar los ecos de una relación que se desmorona en cada esquina.

A veces hablan de mí, del negocio, de la sangre que mancha nuestro apellido; otras veces, el tono se vuelve tan íntimo y doloroso que me veo obligada a alejarme para no invadir un terreno que nunca me perteneció.

Me cuesta procesar que, alguna vez, entre el Don de Chicago y la mujer que huyó a Francia, existió algo parecido al amor.

Pero no puedo escapar de ellos. Me persiguen como sombras por toda la casa, intentando forzar una confesión que no estoy dispuesta a dar. En sus peleas, Nora utiliza mi trauma como un arma contra Levi. Lo culpa de lo que me hicieron, de mi silencio, de las cicatrices que todavía me queman la piel.

Y mi padre, el hombre que hace temblar a todo Chicago, no la contradice. Se traga sus palabras porque la culpa lo está devorando vivo. Siente que me falló como Don y como padre, y tener a Nora recordándoselo cada hora es una tortura más efectiva que cualquiera que yo haya sufrido en aquel sótano.

Gracias a sus discusiones, me he dado cuenta de lo desconectada que estaba mi madre de la realidad. Sabía de los negocios, de la fachada legal y de la oscuridad que financia nuestra vida, pero no tenía idea de que yo era una pieza activa en el tablero. El hecho de saber que me siento a la mesa con asesinos, que planifico misiones y que soy la heredera de un imperio de sangre la horrorizó de tal manera que intentó meterme en un avión a París por la fuerza. Le aseguré que estaba bien. Le mentí a la cara con la misma facilidad con la que disparo un arma.

Hasta que Matthew decidió que ya era suficiente de secretos.

Él soltó la bomba en medio de la sala, con esa calma letal que lo caracteriza.

Le contó todo con lujo de detalles: el hombre que ejecuté en Nueva York, mi secuestro y la última misión fallida que yo misma orquesté.

Nora sostenía una copa de vino que estuvo a punto de estallar entre sus dedos mientras lo escuchaba. Yo me quedé inmóvil, imperturbable, observando cómo el mundo que ella conocía se hacía pedazos. Matthew estaba apoyado contra la biblioteca, observando el caos que había desatado con una frialdad calculada. Y entonces

entró mi padre, y el infierno terminó de desatarse.

Desde ese momento, no he tenido un solo segundo de paz. Los gritos son la banda sonora de mis mañanas.

Quizás por eso, cuando llego a la puerta de la cocina y escucho sus voces en un murmullo bajo y controlado, me detengo en seco. Por primera vez, no hay gritos.

Y, como todos sabemos, en esta familia a veces el silencio es más peligroso.

—Me arrepiento cada maldito día, créeme —la voz de mi padre se filtra por la rendija, cargada de una pesadez que nunca le había escuchado. Me quedo inmóvil, conteniendo el aliento para no delatarme—. No es fácil verla así. Parece…

—Una cáscara —murmura Nora. Escucho el suspiro cansado de mi madre antes de que su voz se vuelva un látigo—. ¿De qué te arrepientes exactamente, Levi? ¿De no haberla protegido o de haber permitido que este mundo le devorara el alma?

El silencio que sigue es asfixiante. Puedo imaginar a mi padre, agotado por una guerra que no solo se libra en las calles, sino ahora también dentro de su propia casa. Incluso yo estoy harta de ser el centro de sus disputas.

—¿Qué esperabas que hiciera? —Espeta él.

—Que cumplieras tu palabra —la voz de Nora suena filosa, letal—. Teníamos un trato, Levi. Y lo rompiste.

¿Un trato?

El aire se congela en mis pulmones. Mis músculos se tensan, listos para la huida o el ataque. Está claro que no debería estar escuchando esto, pero esa palabra actúa como un imán.

Necesito saber qué parte de mi vida fue negociada entre ellos sin mi consentimiento. Me inclino hacia adelante, rozando la pared con el hombro para captar el siguiente susurro, convirtiéndome en una sombra.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas, tesoro.

Ahogo un grito cuando la voz de Matthew retumba justo detrás de mi oreja. Tropiezo, pero no hay suelo al que caer; solo el muro de músculos y autoridad que es su cuerpo. Sus manos me sujetan con firmeza impidiendo mi caída.

—¿Qué demonios te pasa? —Siseo, recuperando el equilibrio mientras mi corazón martillea contra mis costillas—. Casi me das un infarto.

—No deberías estar husmeando aquí, ¿no crees? —su voz es un gruñido bajo.

Apoya el mentón sobre mi cabeza, con una arrogancia que me hace hervir la sangre. Pongo los ojos en blanco, pero él lo nota, siempre lo nota, y sus dedos se hunden con un pellizco firme en la piel desnuda de mi cadera. Un calor repentino me recorre la columna, subiendo hasta mis mejillas. Maldito sea.

—Si no quieren que los escuche, deberían elegir un lugar menos obvio —murmuro, tratando de zafarme—. Lo único que hay en esta casa últimamente son gritos y secretos.

—Están preocupados por ti, Maddox.

Suelto un bufido amargo.

—¿Preocupados? ¿Como tú? —Siento cómo su cuerpo se tensa contra mi espalda ante el dardo. Cierro los ojos, inspirando su aroma a perfume caro—. Ni siquiera me hables, Matthew. Sigo furiosa contigo.

—¿En serio?

—Sí. Pasaste por encima de mi autoridad. Mi decisión te importó una mierda.

—Te estaba cuidando…

—No puedes controlarme a tu antojo. No soy uno de tus soldados.

Matthew se inclina, su aliento cálido roza mi nuca enviando una oleada de escalofríos por toda mi piel. Su voz desciende a un nivel peligrosamente íntimo cuando susurra en mi oído:

—Te estás equivocando de hermano, Maddox. —Susurra—. Yo no quiero controlarte.

Trago saliva, sintiendo el peso de su advertencia. Intento alejarme, pero él presiona su cuerpo contra el mío, atrapándome contra la pared. No me deja escuchar a mis padres, pero tampoco me deja marchar. Es una jaula de carne y hueso.

—Sé exactamente lo que estás tramando —continúa, su tono es una caricia letal—. Y no va a suceder. No vas a poner un pie fuera de este lugar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Esposarme a la cama? —lo desafío, girando la cabeza lo justo para encontrarme con su mirada oscura.

—La imagen es tentadora, no voy a mentirte —murmura tan bajo que por un segundo dudo de si lo he oído bien, pero la reacción de mi cuerpo no miente: mis mejillas arden—. Pero no será necesario. Porque no vas a ir a ninguna parte.

Me encojo de hombros, fingiendo una indiferencia que no siento.

—No pensaba salir.

—Por favor, Maddox. Es el cumpleaños de Máximo. ¿Me crees idiota? —Vuelvo a tensarme. No contaba con que él lo recordara, pero claro, hablamos de su hermano—. Es increíble que, después de todo, sigas eligiendo estar con él. Eres demasiado buena para tu propio bien.

Trago saliva.

—Yo no diría que soy buena —susurro. En un movimiento rápido, me giro entre sus brazos para enfrentarlo cara a cara—. Y ya te lo dije: no puedes decidir por mí. Así que quítate de mi camino.

—Maddox…

—Hazte a un lado, Matthew —digo entre dientes, sosteniéndole la mirada.

Él se endereza, usa su altura para hacerme sentir pequeña, asfixiándome con su presencia. Doy un paso atrás, pero mi espalda choca contra el muro. Estamos a centímetros, en una guerra de voluntades que está a punto de prender fuego al pasillo.

—¿Maddox? ¿Matthew? ¿Qué demonios ocurre aquí?

La voz de mi padre corta la tensión como un hachazo.

Matthew se aleja con un movimiento grácil, recuperando su máscara de indiferencia en un parpadeo. En un segundo es una sombra profesional, el consigliere impecable, como si nunca hubiera estado a milímetros de mi cuerpo, asfixiándome con su presencia.

Mi padre nos observa a ambos, sus ojos saltando de Matthew a mí como si buscara una grieta en nuestra fachada, intentando descifrar la electricidad que todavía flota en el pasillo.

—¿Cielo? —La voz de mi madre, con ese tono cantarín, me llega desde la cocina. La miro de reojo—. ¿Está todo bien? Pensaba que esta noche podríamos salir a cenar en familia…

—No puedo, Nora —suelto con rapidez, antes de que Levi pueda apoyar la idea—. Le estaba diciendo a Matthew que voy a cenar con Penny. Noche de chicas.

Le dedico una sonrisa inocente. Mi madre me devuelve la mirada, pero sus ojos no brillan con la misma confianza de antes.

—De acuerdo —asiente, aunque su voz suena hueca.

—¿Quieres que te enviemos escolta? —pregunta mi padre.

—Yo me encargaba de decirle a Maddox que puedo llevarla hasta casa de Penny—interviene Matthew.

Una sonrisa arrogante asoma a sus labios y tengo que apretar los puños para no patearlo ahí mismo.

Me lanza una mirada de desafío que acepto en silencio

—Me parece bien. Es más seguro —sentencia mi padre.

Me giro para despedirme de ellos con una sonrisa ensayada, pero algo me detiene. Mi madre está rígida, con los ojos clavados en Matthew. Tiene una expresión que no sé leer: una mezcla de sospecha y algo mucho más profundo, algo que jamás había visto en ella.

Antes de que pueda procesarlo, siento la mano de Matthew cerrarse sobre la mía. Me da un tirón firme, obligándome a caminar, poniendo distancia entre nosotros y mis padres.

Para mi absoluta sorpresa, Matthew no conduce hacia la casa de Penny. Detiene el coche frente al edificio de Max.

Mantiene las manos firmes sobre el volante, con la vista perdida en la fachada, sin decir una sola palabra. Durante todo el trayecto se ha comportado como si yo fuera invisible, como si no estuviéramos ambos en el coche compartiendo un silencio que vibraba de pura tensión.

Ese silencio me da pánico. Es la clase de calma que precede a una ejecución.

¿Qué pasaría si explotara? ¿Nos gritaríamos hasta quedarnos sin aire? ¿O simplemente me borraría de su vida como si no hubiéramos compartido cada secreto y cada cicatriz?

Esa última idea me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con el aire acondicionado. Puedo estar furiosa porque me encadenó a su coche para protegerme de una misión, pero sé que Matthew no conoce otra forma de actuar. Siempre ha sido mi guardián, mi sombra, la red de seguridad que me impide tocar fondo. Perderlo, que él decida poner distancia, es una alternativa que no puedo soportar.

Sé que detesta que esté con su hermano, pero ¿es tanto su enojo que lo haría alejarse de mí?

Trago saliva y me obligo a mirar hacia el edificio.

No debería estar pensando en Matthew. No debería estar analizando la curva de su mandíbula o la forma en que sus silencios me desquician.

Debería estar pensando en su hermano. En Max.

Pero el pensamiento me sabe a ceniza. ¿Dónde quedó la chispa que Max encendía en mí? ¿Por qué ahora, cada vez que pienso en nuestra relación, siento que estoy tratando de resolver un rompecabezas al que le faltan piezas?

Max no me ha hecho nada malo. Exceptuando el incidente con el rastreador, pero acabé por aceptarlo así que, en retrospectiva, yo soy el problema.

No sé quién es esta nueva Maddox, pero sé que se siente extraña en su propia piel.

Sobre todo cuando Max me toca.

Es como si mi cuerpo ya no lo aceptara. Un par de noches atrás le pedí que me bese, se sintió bien pero no fue lo mismo. Mi cuerpo parece haber olvidado lo que él me hacía sentir, como si mi cuerpo rechazara a Max.

Últimamente, cada caricia suya activa una alarma silenciosa en mi sistema. Sus besos, sus manos... a veces me hacen querer encogerme, alejarme, como si mi cuerpo estuviera en estado de alerta constante, rechazando un contacto que debería desear.

En ese beso creí reconocer a la vieja Maddox. Por eso planeé esta cena. Necesito recuperar lo que teníamos. Necesito convencerme de que todavía soy la mujer de la que él se enamoró.

Porque todavía lo soy, ¿verdad?

O tal vez, solo estoy intentando desesperadamente no darme cuenta de que el hermano equivocado es el único que me hace sentir viva.

—Matthew… —Su nombre sale de mis labios como una súplica que no sé cómo terminar.

Él no se mueve, pero el aire en el coche parece evaporarse, dejándome sin oxígeno.

—Lo elegiste a él —dice por fin.

Su voz es un susurro gélido que corta más que cualquier amenaza.

No hay rastro de la autoridad del consigliere ni de la frialdad del guardaespaldas; solo es un hombre hablando en la oscuridad, y el tono de derrota en su voz me golpea con la fuerza de un impacto físico. Lo veo tragar saliva, su perfil iluminado por las luces ambarinas de la calle, y por un segundo, su armadura parece agrietarse.

—Esto no es una competencia, Matthew —logro decir, aunque me falta el aliento.

—Y aun así, lo elegiste a él.

Gira el rostro con una lentitud tortuosa para clavarme la mirada.

Sus ojos son dos pozos de sombras donde la furia y la tristeza libran una batalla sangrienta. En ese momento, Matthew no es el hombre que me cuida; es el hombre que me desea con una intensidad que me aterra porque sé que no puedo corresponderle sin destruirnos a todos.

—Después de todo lo que haría por ti, Maddox… —se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio hasta que su esencia me envuelve por completo. Su voz baja un octava, volviéndose un rugido roto—. Después de cada bala que he desviado, de cada secreto que he guardado para mantenerte a salvo… después de haber quemado mi alma solo para que tú no tuvieras que tocar el fuego… vas y le entregas tu luz al hombre que no tiene idea de cómo protegerla.

Trago saliva, sintiendo el nudo en mi garganta apretarse hasta la asfixia. Su mano se cierra sobre el volante con tanta fuerza que los nudillos le blanquean, como si estuviera conteniéndose de no arrastrarme de vuelta a casa y encerrarme donde nadie más pudiera mirarme.

—Bájate —ordena, recuperando esa máscara de piedra que tanto odio. No me mira—. Por favor, vete.

—Escucha, Matthew…

—Bájate, Maddox —repite. Sus manos se cierran sobre el cuero del volante con tanta fuerza que cruje. Sus nudillos están blancos, la tensión en sus hombros es una advertencia silenciosa—. Hazlo ahora, porque si te quedas un segundo más, voy a dar media vuelta y te llevaré tan lejos que no podrás volver a acercarte a él en lo que te queda de vida.

Un nudo se me forma en la garganta. Sé que no es una amenaza vacía. Matthew no miente, y en este momento, parece estar al borde de perder el control que tanto le cuesta mantener. Decido hacer lo que dice, no por obediencia, sino porque el aire entre nosotros quema.

Me giro y busco el seguro de la puerta con dedos temblorosos. Justo cuando la cerradura hace clic y me dispongo a salir, su voz me detiene en seco.

—Vete con él —dice con voz ronca—. Pero no olvides quién es el que limpia la sangre de tus manos, Maddox. Siempre seré yo.

Abro la puerta del coche con manos temblorosas, huyendo de la verdad que sus palabras acaban de escupirme. Mientras camino hacia el edificio de Max, siento su mirada grabada en mi espalda como una marca.

CAPITULO 67
maddox

Logro calmar el temblor de mis manos antes de llegar a su puerta. El eco de las palabras de Matthew sigue martilleando en mi nuca, pero me obligo a ignorarlo.

Estoy aquí por Max. Estoy aquí para salvar lo que queda de nosotros.

Cuando llego extraigo un pasador metálico de mi cabello para abrir la puerta. Sé que está mal pero es mi forma de cobrarme el hecho de obsequiarme un maldito rastreador. Así que estamos a mano, en este punto.

El aire cálido me recibe, cargado con el aroma persistente de su colonia, y por un segundo, me permito relajarme.

Había planeado lo que haría dos días atrás, le propuse cenar y acordamos vernos a medianoche para pedir comida pero decidí preparar una pequeña sorpresa.

El plan es sencillo: una cena, comida casera y una noche donde las sombras de nuestros apellidos no tengan invitación.

Máximo no sabe que me encontraría aquí antes de lo planeado y esperaba que no se tomara mal la invasión, después de todo, él se la pasaba burlando el sistema de seguridad de la mansión Salvatore.

Me muevo por su cocina con determinación. Decido preparar lasaña de vegetales, la receta de mi abuela. Es el plato que mi padre siempre cocinaba para mí cuando cumplía años y faltaban mis abuelos, un pedazo de Italia y de hogar en medio del caos. Mientras corto las verduras y preparo la salsa, trato de convencerme de que esto es lo que quiero.

Que esta normalidad es posible. Que puedo lograrlo con Max.

Meto la fuente en el horno eléctrico y el aroma empieza a llenar el espacio. Solo faltan las velas. He traído unas pequeñas luces y velas aromáticas para suavizar las aristas de este apartamento de soltero, pero cuando busco en mi bolso, suelto una maldición. No tengo con qué encenderlas.

Rebusco en los cajones de la cocina, esperando encontrar un encendedor perdido. Max no fuma, al menos nunca lo vi hacerlo, pero en una casa de la mafia, el fuego es una herramienta básica. Sin embargo, los cajones solo contienen utensilios ordenados con una precisión casi militar.

Nada de fuego. Paso al salón, revisando cada estante, cada rincón. Llego a las mesas de noche de su habitación, pero solo encuentro libros y cosas sin importancia. Frustrada, regreso al comedor y me desplomo en una de las sillas de madera. Mis ojos caen entonces en la mesa frente a mí. Tiene cajones laterales, tan bien integrados en el diseño que son casi imperceptibles.

Frunzo el ceño. Llevo meses viniendo aquí y jamás lo he visto usar esos cajones. Tiro del primero. Está bajo llave. Tiro del segundo. Lo mismo. El tercero se niega a ceder.

Un escalofrío me recorre la columna.

En nuestro mundo, una cerradura funciona como una advertencia. Yo misma tengo compartimentos ocultos llenos de secretos que prefiero mantener bajo llave, pero esto se siente diferente. Hay una opresión en mi pecho, una campana de alarma que empieza a tañer con una fuerza ensordecedora.

No lo conoces, Maddox, susurra la voz de mi mente. No tienes idea de a quién estás dejando entrar en tu cama.

Arrugo la frente. Claro que lo conozco, tengo un maldito expediente con su nombre, lo conozco mejor que nadie, ¿cierto?

Pienso en el expediente que encontré en el despacho de Levi, el que jamás regresé a su lugar pero tampoco lo leí. Aún está guardado bajo llave en un cajón de mi escritorio.

Trago saliva al darme cuenta que tampoco se lo había dicho a Max, aunque esa búsqueda fue para él.

Intento luchar contra el impulso. Violar su privacidad es cruzar una línea que no podré desandar. Pero la duda corre por mis venas como un veneno. Si Max es quien dice ser, un simple soldati leal, ¿por qué esconder algo con tanto celo en su propia casa?

No es justo, pienso; yo también guardo secretos.

Como una Salvatore, la paciencia no es mi mayor virtud, pero la eficiencia sí lo es. Busco otro clip entre mi cabello y, con la habilidad que Matthew me obligó a perfeccionar luego de dejarme encerrada en su coche, fuerzo la cerradura. El mecanismo cede con un clic seco que suena como un disparo en el silencio del apartamento.

Abro los tres cajones a la vez. No hay armas. No hay dinero.

Arrugo la frente, dentro solo encuentro papeles.

Docenas de sobres de manila, carpetas clasificadas y fotografías. El contenido desborda los cajones, organizado con una frialdad que me revuelve el estómago.

Planeo cerrarlos, salir corriendo y fingir que nunca vi esto, pero un nombre escrito en letra de molde negra me detiene el corazón.

SALVATORE, LEVI DANTE

Trago saliva, sintiendo el sabor del ácido en la garganta. Mis manos, temblorosas y ahora empapadas en sudor frío, comienzan a sacar los documentos. Son expedientes. Detalles de las rutas de envío de mi padre, registros bancarios, nombres de contactos que solo el círculo íntimo debería conocer.

Y entonces, encuentro la carpeta que termina de destruirme.

SALVATORE, MADDOX FRANCESCA

Mi nombre parece una mancha de sangre sobre el papel blanco. Al

abrirla, me encuentro con una cronología de mi vida encabezada por una foto mía que reconozco del Instagram de Penny. Veo otras saliendo de la universidad, fotos cenando con ella, entrando en la mansión; hay dos fotos de una Maddox pequeña donde no tengo más de doce años. Hay anotaciones sobre mis debilidades, mis horarios, mis traumas.

Siento el latir desbocado de mi corazón, estoy segura que podría tener un infarto por cómo se salta latidos sin parar. Mis manos tiemblan mientras tomo los papeles y los leo.

Es el trabajo de un depredador.

Niego. No, no es el trabajo de un depredador, mucho menos de un psicópata obsesionado. Es el trabajo de un maldito infiltrado.

Un infiltrado. La palabra reverbera en mi mente haciendo eco al ser consciente de mi descubrimiento y de lo que todo eso significa.

Todo encaja con una crueldad insoportable.

De pronto, el oxígeno desaparece. Intento inhalar, pero mis pulmones se sienten como sacos de cemento, pesados e inútiles. El apartamento comienza a girar, las paredes se estrechan como las mandíbulas de una trampa y el olor de la lasaña ahora me provoca una náusea violenta que me sube por la garganta. Siento ganas de llorar. De arrancarme la piel que él tocó. De gritar hasta que mis cuerdas vocales se desgarren.

«El mal te respira en la nuca cuando te vas a dormir con él».

CAPITULO 68
maximo

Me sudan las manos. Es una sensación extraña, casi ajena, para alguien que ha pasado años entrenando para no sentir nada. El tic-tac del reloj en la pared de esta oficina mugrienta me taladra los sentidos. Cada segundo suena como el percutor de un arma antes de disparar.

Estoy a punto de hacerlo añicos contra el suelo, pero me obligo a respirar.

Inhalo. Exhalo. Intento que mis músculos dejen de estar en estado de alerta. He llegado demasiado lejos, he mentido demasiado bien como para perder los estribos ahora, justo cuando el tablero está a punto de saltar por los aires.

Esta es la noche definitiva. Voy a decirle la verdad a Maddox.

Voy a confesarle quién soy, para quién trabajo y por qué su padre merece todo lo que le va a pasar.

Necesito que lo escuche de mí antes de que la ciudad arda. Me aferro a la esperanza desesperada de que, después de la explosión, ella decida quedarse entre mis ruinas.

Es una apuesta suicida, lo sé, pero no pienso renunciar a Maddox.

El teléfono suena, rompiendo el silencio como un latigazo. Me acerco al escritorio cubierto de polvo y mugre de esta sede abandonada. El frío del otoño de Chicago se filtra por las grietas de las paredes, calándome hasta los huesos.

—Nos ha causado muchos problemas tu noviecita, Snake.

La voz de mi jefe llega con una distorsión metálica, cargada de una amenaza que no necesita ser pronunciada para hacerme tensar.

—Planeo encargarme de ella esta noche, jefe —respondo, y mi propia voz suena desconocida, dura como el granito.

Solo pensar en alguien poniendo un dedo sobre Maddox hace que una furia asesina se me enrosque en el estómago. Ya permití que la dañaran una vez y cargo con ese arrepentimiento como una condena perpetua. No volveré a cometer el mismo error. No mientras me quede aliento en los pulmones.

—Eso espero —trago saliva—. Aguardo tu llamada en la noche.

—De acuerdo.

—Un coche pasará por ti en la madrugada, tendrás documentos nuevos y dinero —lo escucho suspirar y dudar por un segundo—. Lleva solo lo necesario, Máximo. No me falles.

Corta la comunicación. La línea queda muerta dejando solo un pitido intermitente que me irrita los nervios. Sé que él ya está lejos, borrando sus huellas mientras yo me quedo aquí para hacer el trabajo sucio. Mi última misión antes de desaparecer: eliminar cualquier rastro que vincule a la organización conmigo.

He sido un fantasma toda mi vida. He engañado a los Salvatore, he engañado a Maddox y he engañado a mi propio hermano. Matthew no tiene idea de que el hermano pequeño al que tanto protege es la víbora que ha estado alimentando en su propio nido. No me arrepiento. En este mundo, la lealtad es solo una palabra que se usa antes de una traición.

No somos italianos, no nos guiamos por un omertá, aunque estoy seguro que Levi no pensará igual y barrerá el mundo cuando lo sepa.

Planeo estar a kilómetros de distancia antes de que se dé cuenta. Y, si es posible, con su hija.

No estaba dentro de los planes, solo usaría a Maddox para llegar a Levi, la corrompería para vengarme de lo que él nos hizo. Pero

estaba entregado a la obsesión y el amor retorcido que sentía por ella, no pensaba dejarla, aunque debiera llevarla a rastras conmigo para que entendiera quien es su padre de verdad.

Recorro el edificio, destruyendo cada papel, cada disco duro, cada evidencia. Pero guardo una carpeta. Documentación que podría ser mi seguro de vida, o mi sentencia de muerte, en el futuro. Me aseguraré de que lo que se queme sea lo que a ellos les conviene, y lo que me sirva a mí, se quedará en mis manos.

Después de todo, a nadie le guardo lealtad total.

Cuando termino, salgo al aire gélido de la noche. Busco los bidones de gasolina que escondí a un lado de la propiedad y vuelvo a entrar. El olor del combustible es embriagador. Rocío cada piso, cada viga, cada rincón donde alguna vez conspiramos. Salgo vertiendo el último bidón, rodeando la estructura como si estuviera trazando un círculo alrededor de la propiedad.

Me alejo unos metros y saco de mi chaqueta de cuero el encendedor. Es de oro pesado, un regalo de Matthew de hace un par de años. Tiene nuestras iniciales grabadas y una serpiente que se enrosca alrededor de las letras. Paso la yema del pulgar por el relieve, sintiendo la frialdad del metal. Por un instante, cierro los ojos y dejo que los recuerdos de mi hermano, de la protección que me brindó y de la vida que compartimos, ardan en mi mente por última vez.

A partir de esta noche, seré un extraño para él. Un enemigo.

Bien. Él decidió hace mucho tiempo que bando tomar.

Hago girar la piedra y la llama salta, bailando ante mis ojos. La observo solo un segundo antes de lanzar el encendedor hacia el rastro de gasolina. El contacto es letal.

Fuego.

Las llamas naranjas y rojas estallan con un rugido, abrazando las paredes desvencijadas, devorando la suciedad y los secretos.

Camino hacia mi motocicleta, aparcada a una distancia prudente, y me apoyo en ella para observar el espectáculo.

Sé que debería irme, que quedarme aquí es una imprudencia que podría arruinar mi perfil bajo, pero hay algo hipnótico en ver cómo tu pasado se convierte en ceniza.

Me enciendo un cigarro con mi encendedor de repuesto, observando cómo el incendio ilumina el cielo nocturno de Chicago. El humo del tabaco se mezcla con el del edificio que arde, y por primera vez en semanas, siento que puedo respirar.

Termino el cigarro, tiro la colilla y arranco el motor. Es hora de ir a ver a Maddox. Es hora de descubrir si nuestro amor es lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al incendio que estoy a punto de desatar en su vida.

Solo cuando el edificio es una pira que ilumina las sombras de los suburbios, arranco la motocicleta y me alejo. Recorro las calles de Chicago con los sentidos en alerta máxima, verificando cada reflejo en los espejos, cada coche que mantiene mi velocidad. Soy una sombra que se desliza entre el tráfico, cuido que nadie siga mis pasos.

Me detengo en una señal de alto y me quito el casco un momento. La brisa gélida me golpea el rostro. Trato de ensayar las palabras, de buscar la forma de desmantelar la vida de Maddox sin destruirla a ella en el proceso.

Sonrío a medias al recordar su emoción cuando planeó esta cena. Hace años que no celebro un cumpleaños; la última vez que soplé una vela, mis padres aún estaban vivos. Cuando ellos murieron, el concepto de celebración murió con ellos. La fecha se convirtió simplemente en un recordatorio de lo que Levi Salvatore nos arrebató. Pero con ella es diferente. Maddox tiene esa capacidad de hacer que quiera recuperar pedazos de la humanidad que creía haber perdido en el barro.

Sin embargo, el solo pensamiento de mis padres hace que mis

manos se aprieten sobre el manillar hasta que los nudillos me duelen. El odio es un motor que nunca se apaga, pero esta noche necesito silenciarlo. Tengo que armarme de un tipo diferente de valor: el de la honestidad.

O al menos, de una versión de la verdad que no la obligue a huir de mí.

Si soy inteligente, si selecciono con cuidado qué secretos revelar y cuáles mantener enterrados bajo llave, todavía hay una oportunidad. No necesita saberlo todo. No necesita conocer los detalles más oscuros de lo que he hecho en nombre de la venganza. Hay verdades que son como el ácido; si le caen encima, no quedará nada de lo que somos.

Y no estoy listo para perderla.

No hoy. No cuando ella es lo único real que tengo.

Llego a mi edificio y atravieso el vestíbulo con paso rápido. En el ascensor, me apoyo contra el espejo y cierro los ojos un segundo.

El reflejo me devuelve la imagen de un hombre cansado de mentir, un hombre que está a punto de jugar su última carta.

Las puertas se abren en mi piso, pero no salgo de inmediato. Me tomo un instante extra para relajar los hombros, para forzar una expresión de calma que oculte el incendio que acabo de provocar. Cuando finalmente siento que tengo el control, camino hacia mi puerta.

Pero en cuanto giro la cerradura y la puerta cede, el aire se vuelve de hielo.

La escena que me recibe me deja clavado al suelo, con el corazón deteniéndose en seco dentro de mi pecho.

Maddox está en el piso, en un rincón del salón. Los papeles la rodean como pétalos marchitos de una flor que yo mismo acabo de pisotear.

Tiene la vista perdida y los hombros hundidos.

Al verla así, el terror y el pánico se abren paso en mi pecho, dividiéndome en dos: el hombre que la ama y el infiltrado que la destruyó.

Trago saliva y doy un paso al frente, con el corazón martilleando en mis oídos.

—Maddox…

Alza la vista. Sus ojos verdes están empañados por lágrimas que se niega a soltar, pero no hay rastro de la vulnerabilidad de antes. En su lugar, hay un incendio. Un odio puro y gélido que me hiela la sangre. Su pecho sube y baja con violencia, como una tormenta a punto de estallar. Pero se contiene. Me mira como si fuera un insecto bajo una bota.

—¿Cómo pudiste? —Su voz está rota, pero el filo sigue ahí.

—Deja que te lo explique, rubia…

Estoy a punto de caer de rodillas, de suplicar.

Mi mente busca desesperadamente una mentira, una salida, cualquier cosa que borre esa mirada de desprecio. Intento acercarme, pero ella me lanza una mirada que podría asesinarme si fuera posible.

Sé que si la toco ahora, me matará o moriré yo por dentro.

Miro a mi alrededor y la culpa me golpea. Ella estuvo aquí horas, preparando una cena para celebrar mi cumpleaños, no tenía idea.

Ha leído los expedientes. Ha hecho las conexiones necesarias. Ahora sabe quién soy de verdad. Debería habérselo dicho hace meses. Ahora ya no puedo seleccionar la verdad; porque me ha explotado en la cara. No solo he perdido a la mujer que obsesiona mis noches, sino que he arruinado años de investigación.

Mi venganza se desmorona frente a mi como un maldito castillo de naipes.

Se pone en pie con una elegancia letal, agarra su bolso y camina

hacia la puerta sin mirarme. No puedo dejar que se vaya. Si cruza esa puerta, se acaba.

Mi mano se cierra sobre su brazo, deteniéndola.

La reacción es instantánea. Maddox gira y, en un parpadeo, el cañón frío de su pistola presiona mi garganta.

Inclino la cabeza hacia atrás, chocando contra la vieja biblioteca. Mi pulso se dispara.

—¿Cómo pudiste? —Murmura de nuevo—. Siempre fuiste tú, ¿verdad? El topo de South, el que hackeó mi móvil… —presiona el cañón contra mi piel—. Apuesto a que preparaste todo para ser el héroe aquella noche. Luc entró en mi casa contigo. Fuiste tú. Todo este tiempo.

—Puedo explicártelo todo, Maddox.

Ella sonríe, pero es una mueca retorcida.

A tientas, busco mi propia pistola entre los libros de la estantería, moviéndome con cautela.

—No me interesan tus estúpidas excusas —dice asqueada.

—Puedo explicarlo —insisto, y mis dedos cierran el agarre sobre la culata.

Saco mi arma y le apunto a la frente en el mismo instante en que ella se aleja un paso, manteniendo su Mossberg fija en mi cráneo. Estamos así: frente a frente, encañonándonos, a un milímetro de acabar con todo.

Mi Glock contra su frente. Su Mossberg contra la mía.

—¿Hasta cuándo ibas a sostener la mentira?

—Hasta esta noche. Iba a decírtelo todo —admito. Y es verdad, aunque ella no me crea.

—Qué oportuno —escupe ella—. ¿Y después qué? ¿Planeabas

asesinarme para cerrar el expediente?

—No, Maddox. Jamás te haría daño…

—¡No te atrevas! —Grita, y escucho el clic del seguro al quitarlo.

No la imito. No quiero disparar, quiero que me escuche. Quiero convencerla de que todavía puede ser mía. Porque Maddox Salvatore es mía. Empezó como una ficha en mi juego, como un daño colateral de mi venganza contra su padre, pero terminó siendo mi única verdad.

No puedo dejarla ir. No quiero dejarla ir.

—No te estoy mintiendo —suplico.

—Vete al diablo, Máximo —baja el arma y se aleja otro paso. Quito el seguro de mi Glock y ella alza una ceja—. Dispara. Porque voy a salir de aquí, respirando o no. Pero ya no vas a controlarme.

—¡No quería controlarte! —Exploto—. ¡Mi guerra es con tu padre, no contigo!

—Es conmigo también desde el momento en que me usaste como una ficha en tu estúpido juego —dice con un tono mordaz que me quema.

—No te usé, Maddox. Tienes que creerme…

—¡Basta! —su grito retumba por las paredes—. ¡Deja de mentir!

—Al principio lo fue, es cierto. Eras parte del juego —admito, desesperado—. Pero luego… empecé a sentir cosas. Te amo, Maddox. De verdad...

Ella cierra los ojos, negando con la cabeza.

—¿Cómo puedes seguir mintiendo así?

—¡No miento! —Uso mi última carta, el as que guardé para este momento—. Levi estuvo involucrado en el asesinato de mis padres.

El silencio que sigue es absoluto.

El tiempo se detiene. Sus ojos verdes brillan en la penumbra.

Espero una reacción de horror, de comprensión… pero ella se dobla sobre sí misma y suelta una carcajada sonora. Una risa que rompe el aire como un cristal rompiéndose.

Me quedo helado, confundido.

—¿De qué te ríes? —Mi voz suena ronca, furiosa.

—¿Y quién te dijo esa estupidez? ¿South? —se calma, mirándome con una diversión cruel.

—No es una estupidez —digo entre dientes.

Me estoy volviendo loco. Se está burlando de mí.

—Claro. Imagino que tienes pruebas, ¿no? —se muerde el labio inferior, burlona—. Me das lástima, Máximo.

—La muerte de mis padres no es un chiste.

—¡Oh, por favor! —Pone los ojos en blanco, ignorando la pistola que le apunta—. ¿El enemigo de mi padre, el jefe de una organización rival, te dice que Levi mató a sus mejores amigos y tú le crees? —La incredulidad en su voz me hace tomar con fuerza la pistola—. Te creí inteligente. Resultaste ser un idiota útil.

—Hay muchas cosas de tu padre que no sabes —susurro, manteniendo la mano firme.

—Y hay muchas cosas que tú desconoces de tu jefe —da un paso atrás, pero yo me acerco.

Entonces, hace algo que no espero. Maddox rodea mi muñeca con sus dedos y tira de mi mano hacia ella, obligándome a clavar el cañón de mi pistola directamente en su pecho. Sobre su corazón.

—Dispara —desafía. Su voz es un susurro cargado de veneno—. Si tienes agallas, dispara ya. Porque me voy. No pienso pasar un segundo más viendo tu cara o escuchando tu voz. Me das asco, Máximo. ¡Dispara!

Mi mente es un caos de cables pelados y estática. La tensión es tan densa que apenas puedo verla. Sus ojos… son de un verde espuma de mar, hermosos y salvajes.

Me lamento por lo que estoy a punto de hacer, pero la lógica de la obsesión es simple: si no es mía, no será de nadie.

No voy a permitir que me deje por el hombre que destruyó a mi familia. No voy a dejar que se vaya con mi verdad en sus manos.

Prefiero verla muerta que libre de mí.

Presiono el gatillo.

Maddox sonríe y alza una ceja, desafiante.

Vuelvo a presionar el gatillo… nada.

El arma está descargada. El percutor golpea en el vacío con un sonido seco que me hace sentir como el mayor imbécil de Chicago.

Antes de que pueda procesar mi error, su puño izquierdo impacta de lleno en mi rostro. Siento la sangre brotar de mi nariz y como retuerce mi muñeca con habilidad. Suelto un gruñido de dolor cuando sus dedos presionan el nervio y mi Glock cae al suelo con un estrépito metálico. Me empuja hasta que mi espalda se estrella contra la biblioteca y el cañón de su Mossberg acaricia el centro de mi garganta.

La sonrisa se ha esfumado de su rostro. Me mira con una frialdad absoluta, una mirada que ha visto demasiada sangre como para inmutarse. No necesito un espejo para saber que mi rostro es un mapa de desesperación; sé que ella lo ve todo.

Lo que acaba de suceder es el punto de no retorno. La línea que nos separaba ahora es un abismo insalvable. Yo intenté matarla. De no haber sido por un cargador vacío, Maddox Salvatore sería ahora un cadáver en mi salón.

—Hay un dicho en la mafia italiana que quizás nunca escuchaste —susurra a centímetros de mis labios mientras hunde más el cañón de su pistola—. Si vas a traicionarme, asegúrate que jamás vuelvas a

necesitarme.

Trago saliva.

Ahora es su turno. Sostengo su mirada, aceptando el final, esperando el fogonazo que apague mi mundo. Pero ella me sorprende. Se mantiene ahí, presionando su cuerpo contra el mío, su arma firme y sus ojos fijos en los míos. Hay una tormenta de emociones en sus pupilas: desilusión, asco y una pizca de esa lástima que duele más que el odio.

—Un poco me entristece, ¿sabes? —Susurra—. Solo eres un pobre idiota al que utilizaron para cumplir un objetivo.

Intento moverme pero me mantiene quieto. ¿Desde cuándo me supera en fuerza? ¿Siempre fue así?

—Quizás intentaste utilizarme, pero al final solo eres eso: un peón más en un juego que no manejas —se acerca a mi oído, y su aliento es tan frío como el acero de su pistola—. Son los dragones los que ponen las reglas, Máximo. No lo olvides nunca.

Trago saliva. Una oleada de pánico genuino recorre mi columna. Ella nota mi miedo y su expresión se suaviza en una sonrisa de pura satisfacción predadora.

—Maddox —digo sin aliento y ella hunde más el cañón de su pistola—. Escucha, por favor...

—No te atrevas a mencionar mi nombre —dice tajante y se acerca otra vez—. Me das asco.

Mi corazón palpita con fuerza al ser consciente de todo lo que puede ocurrir a continuación y sé que este no es el mejor escenario para mí. Pero intentar discutir, pelear o luchar es inútil. Ella tiene todas las de ganar. Tiene un arma cargada y suficiente odio acumulado para volarme los sesos.

—Tú trabajarás para un mafioso —sentencia—, pero yo soy la hija de un Don. Deberás esforzarte mucho más si quieres ver caer a

Draghi.

Se aleja. La ausencia de su calor contra mi pecho me golpea como un bloque de hielo; soy dolorosamente consciente de que esta es la última vez que estaré así de cerca de ella.

Maddox camina de espaldas hacia la puerta, manteniendo su arma apuntada a mi pecho, sin apartar sus ojos de los míos. Al llegar, estira la mano para abrir la cerradura y baja la pistola.

Se da la vuelta para salir, ignorando mi presencia como si yo ya no existiera, como si fuera un fantasma en mi propia casa. Nada tiene sentido.

—¿No vas a asesinarme? —Mi voz sale ronca, desesperada.

Se detiene en el umbral, pero no se gira por completo.

Permanece con los ojos fijos en la madera de la puerta. No puedo creer que me deje libre. Tiene que ser un juego cruel; en cualquier momento volverá sobre sus pasos y me perforará la frente, igual que hizo con sus víctimas anteriores.

Una parte de mí lo anhela. Prefiero una bala que este vacío. Si me deja vivo, solo me queda la huida, el exilio y la sombra.

Ladea la cabeza para verme de perfil y me sonríe. En ese instante, la Maddox que yo amaba desaparece. Lo que tengo enfrente es el reflejo exacto de Levi Salvatore; tiene la misma sonrisa letal, la misma calma de quien sabe que ya ha ganado. Son dos gotas de agua, y el parecido me aterra.

Cuando habla, sus palabras me recorren como la caricia helada de la muerte.

—Me traicionaste a mí, a mi padre, a tu hermano… —niega con la cabeza, manteniendo esa sonrisa de hielo—. Si piensas que una bala es el castigo que te mereces, es que aún no has entendido nada. Te metiste con la mafia equivocada, Máximo —duda un segundo más—. O mejor dicho, con la mujer equivocada.

CAPITULO 69
maddox

Mi mente es un laberinto de sombras y secretos.

No sé quién soy, ni en qué parte de Chicago me encuentro. El mundo se ha vuelto líquido, un agujero negro que me traga mientras el suelo bajo mis pies se inclina como la cubierta de un barco en plena tormenta.

Soy una náufraga en un mar de bilis y mentiras.

Cada recuerdo es una astilla de vidrio que se clava en mis pulmones, impidiéndome respirar, recordándome que cada beso de Máximo fue una sentencia de muerte.

«El mal te respira en la nuca cuando te vas a dormir con él».

Las palabras de advertencia que ignoré ahora resuenan con el eco de una tumba.

—¡Deténgase! —le grito al taxista.

Me arrojo fuera en cuanto el coche se detiene.

No llego a la acera; mis rodillas golpean el cemento y me doblo sobre mí misma.

El primer espasmo me desgarra la garganta. Vomito. Expulso el asco, el rastro de su olor que todavía se aferra a mi piel, la repugnante sensación de haber sido su marioneta.

Me limpio la boca con el dorso de la mano, temblando. Le lanzo unos billetes al conductor sin mirarlo y comienzo a caminar. Mis pasos son erráticos, pero mi instinto, ese que creí haber perdido entre sus sábanas, me guía hacia el único lugar donde la oscuridad es honesta: el club.

No podía ir con mi padre. No podía ver a Penny. Me sentía sucia. Marcada por las manos de un traidor que me usó como moneda de cambio para una venganza que ni siquiera era real.

«¿Quién diría que uno de mis hombres estaría obsesionado contigo? ¿Qué es lo que tienes de especial?»

Vuelvo a colapsar contra una pared de ladrillos en un callejón lateral. Las arcadas me vacían el estómago hasta que solo sale bilis amarga. Me abrazo a mí misma, tratando de contener los pedazos de mi corazón que se desmoronan.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

Fui la heredera Draghi jugando a las casitas con el monstruo que ayudó a encadenarme.

«Pero de lo que más me arrepiento es de haberte puesto en peligro».

Mentiroso. Maldito mentiroso. Él estuvo allí. Mientras me rompían, mientras el dolor nublaba mi vista en aquel sótano, él observaba desde las sombras.

El aire frío de la noche me golpea, pero el fuego de la traición me quema por dentro. Me obligo a ponerme en pie. El guardia del club se tensa cuando me ve aparecer bajo las luces de neón.

Él no me detiene. Sabe quién soy. Noto un brillo de reconocimiento en sus ojos y veo como se hace a un lado para dejarme entrar.

Ni siquiera sé qué es lo que estoy buscando.

Debería haber ido a casa, haberme encerrado bajo siete llaves y no volver a salir. Pero mis pies me trajeron aquí. Solo pensaba en una persona. En la única presencia que, en medio del caos, siempre se sentía como una verdad absoluta.

Y allí estaba él.

Matthew estaba apoyado contra la barra de mármol con una elegancia letal.

Su postura era una mezcla de hastío y dominio, como si el club, la

música y las personas fueran simplemente un decorado aburrido para alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar menos ahí. Él odiaba el ruido innecesario, odiaba la frivolidad de la pista de baile, pero allí se encontraba... y no estaba solo.

Una mujer se inclinaba hacia él, susurrándole al oído con una desesperación evidente por llamar su atención. Matthew ni siquiera la miraba; sus ojos recorrían el lugar con la frialdad de un depredador en reposo. Estuve a punto de dar media vuelta, sintiéndome como una intrusa en su mundo, cuando sus ojos chocaron con los míos.

El universo se detuvo.

La música se convirtió en un zumbido lejano y las luces de neón dejaron de parpadear.

Siempre era así con él.

Cuando Matthew Hardaway clavaba su mirada en ti, el resto de la humanidad dejaba de existir. Sus ojos oscuros, tormentosos y calculadores, se anclaron en los míos con una intensidad que me hizo flaquear las rodillas.

Él no esperó. No terminó su trago ni despidió a la mujer. Simplemente cuadró sus anchos hombros y se puso en movimiento. Sus zancadas eran largas, decididas, abriéndose paso entre la multitud como si fuera un dios caminando entre mortales.

No necesitaba un espejo para saber qué es lo que él veía.

Yo era una sombra de la mujer que solía ser: un cadáver andante con el cabello pegado a la nuca por el sudor frío, los labios agrietados y los ojos inyectados en sangre por el llanto. Una heredera de la mafia reducida a cenizas.

Matthew no dudó ni un segundo. No hubo preguntas, ni juicios, ni ese asco que yo sentía por mí misma. Me rodeó con sus brazos, unos muros de puro músculo y autoridad, y me aplastó contra su pecho. Hundí la cara en su camisa de seda, aspirando su fragancia:

una mezcla embriagadora de roble y menta.

Traté de contenerme.

No quería arruinar su ropa impecable, no quería mostrarme más rota de lo que ya estaba, pero en el momento en que su mano grande y cálida comenzó a acariciar mi espalda con una suavidad que no debería pertenecer a alguien con las manos tan manchadas de sangre, me quebré.

Me aferré a la tela fina de su camisa, cerrando mis puños sobre su pecho como si fuera lo único que evitaba que me tragara el suelo. Él no se apartó. No se quejó. Solo siguió allí, firme como una roca, mientras el mundo a nuestro alrededor seguía girando en su frenesí de alcohol y pecado. Entre el ruido ensordecedor de los bajos, escuché su voz. Eran palabras en italiano, un murmullo bajo y gutural que no supe descifrar, pero que se sentían como una caricia en mi alma herida.

Lloré hasta que mi garganta ardió y mis lágrimas se secaron, dejando solo un vacío entumecido.

—Llévame a casa, por favor —supliqué con la voz hecha trizas.

Matthew se puso en acción al instante. No recuerdo cómo atravesamos el club, ni el frío de la noche al salir. Lo siguiente que supe fue que estaba hundida en el asiento de cuero de su coche. El calor de la calefacción me envolvió, pero yo seguía abrazándome a mí misma, tratando de contener el temblor de mis manos.

Escuché el clic de la puerta al cerrarse. Matthew encendió el motor y el rugido del coche fue lo único que rompió el silencio mientras conducía hacia la negrura de Chicago.

Ninguno habló. Yo mantenía los ojos cerrados, tratando de estabilizar mi respiración, evitando a toda costa mirarlo.

La vergüenza me quemaba la garganta. No era lo suficientemente valiente para enfrentar su mirada. Sabía que él vería a través de mí, que leería la humillación en mi rostro y el rastro de la traición de su

hermano en mis ojos. No estaba lista para su juicio.

Cuando el coche se detuvo, abrí los ojos. Estábamos frente a mi casa. Pero ninguno de los dos hizo el intento de bajar.

El silencio en el ambiente se volvió pesado, eléctrico, cargado de todo lo que aún no había dicho.

—Maddox… mírame. —Su voz es suave pero noto la tensión que intenta apoderarse de él. Un ruego que suena a amenaza—. Dime qué ocurrió. Dímelo para que pueda borrarlo.

Niego con la cabeza, apretando los párpados. No puedo hablar. Si abro la boca, temo que no salgan palabras, sino fragmentos de mi alma rota.

Siento su presencia inclinándose hacia mí, invadiendo mi oxígeno. Su mano, grande y callosa, se cierra alrededor de mi mentón con firmeza, obligándome a girar el rostro hacia él.

Me aparto con un movimiento brusco, un espasmo de rechazo que lo hace congelarse. Matthew cierra el puño en el aire, sus nudillos están blancos por la fuerza de su propio autocontrol. Sus labios se presionan en una línea lívida.

—Tesoro… —Ese apodo, dicho con su barítono profundo, suena diferente a todo—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué tiemblas así?

Separo los labios, pero el aire se me queda atascado. Me siento ridícula. Soy una Salvatore, la heredera de un imperio de sangre, y he sido engañada como una principiante. La bilis vuelve a subir, amarga y persistente.

Matthew se inclina más, sus ojos chocolate escaneando cada centímetro de mi piel, buscando una marca, un rastro, una herida. Su mirada se vuelve letal a medida que escanea mi rostro.

—¿Quién fue? —Su voz se endurece—. ¿Quién te hizo esto? —Insiste—. Maddox, ¿fue mi hermano?

—Matthew —murmuro.

Cierro los ojos con fuerza, reprimiendo un sollozo que me desgarra el pecho. El silencio es mi respuesta, y para Matthew, el silencio es una confirmación. Siento la temperatura dentro del coche descender drásticamente por el cambio en su postura.

—Dime algo, Maddox. Maldita sea, dímelo y te juro que no verá el amanecer.

—¿Está mi padre en casa? —Logro articular.

Mi voz suena rasposa, hablar es difícil con la garganta seca.

No lo miro.

No puedo soportar la protección en sus ojos cuando su propia sangre es la que me ha apuñalado por la espalda.

¿Cómo puedo decirle que su hermano me usó como una maldita ficha en un tablero?

—Sí —responde él, cortante, con la mandíbula tan tensa que parece a punto de romperse—. Hoy nos dieron la noche libre.

Salgo del coche sin esperar a que me abra la puerta. El aire gélido de Chicago me golpea, pero no es nada comparado con el frío que llevo dentro. Matthew me sigue, me adelanta en un segundo y observo lo tenso que están los músculos de su espalda.

Atravesamos la reja de seguridad que bordea la mansión y cierro los ojos cuando pasamos cerca de los guardias de turno.

Abre la puerta principal con su propia llave y entramos en la penumbra de mi hogar.

Caminamos hacia la sala de lectura, donde puedo escuchar que mis padres comparten una conversación en voz baja y sin gritos. Mi padre está apoyado contra la biblioteca, mientras que Nora descansa en el sofá. Ambos sostienen vasos de whisky, pero la relajación desaparece en el instante en que nos ven. Se incorporan de inmediato, sus rostros se transforman en máscaras de alarma al ver mi estado.

—¿Qué ocurrió? —Preguntan al unísono.

Sus ojos saltan de mí a Matthew, buscando una explicación. Sé que Matthew niega con la cabeza detrás de mí.

Lleno mis pulmones, obligando a mi columna a enderezarse.

Debo hacer esto.

—Necesito hablar contigo —le digo a mi padre.

Levi asiente, lanzándole una mirada de advertencia a Nora, pero ella no se mueve.

—No me iré a ninguna parte hasta saber qué ocurrió —sentencia ella.

—Yo tampoco me iré —la voz de Matthew a mi espalda es un trueno lejano—. Nadie sale de esta habitación hasta que tenga un nombre.

Camino hacia la mesa de roble en el centro de la sala. Mis manos tiemblan mientras saco la carpeta que robé del apartamento de Máximo. La dejo sobre la madera con un golpe seco.

Luego, me desplomo en mi sofá individual, observándolos.

Levi se acerca primero. Toma la carpeta y empieza a pasar las páginas. El silencio que sigue es absoluto, roto solo por el sonido del papel y la respiración contenida de Matthew.

El semblante de mi padre se transforma; la confusión da paso a una palidez mortal y luego a una ira tan volcánica que el vaso de whisky en su mano comienza a temblar.

—¿Qué es esto, Maddox? —Su voz es un susurro peligroso.

Mi madre se cubre la boca, sus ojos llenándose de un horror puro mientras lee por encima del hombro de mi padre.

Están viendo lo mismo que vi hace un par de horas: todos los secretos de Draghi.

—Oh, Dios mío… —murmura ella, retrocediendo un paso.

—¿De dónde sacaste esto? —La pregunta de Matthew es grave, cargada de una sospecha que ya empieza a doler.

Trago saliva, sintiendo el sabor del hierro en mi boca.

—La razón por la cual la mafia South siempre estaba un paso por delante de nosotros… la razón por la cual sabían cada movimiento, cada envío, cada debilidad… —Hago una pausa, dejando que el veneno se asiente—. Es porque teníamos un infiltrado. Un traidor que nos vendió por una venganza.

Miro a Matthew directamente, viendo cómo su máscara empieza a agrietarse.

—Y ese traidor es tu hermano. Es Máximo.

CAPITULO 70
maddox

Cuando la última palabra sale de mis labios, el aire en la sala de lectura se vuelve irrespirable. He vomitado la verdad, admitiendo mi relación con Máximo con un nudo de alambre de espino en la garganta.

Por un segundo, me siento más ligera, como si hubiera soltado una piedra que me estaba hundiendo en el fondo del Michigan.

Pero hay secretos que me guardo, verdades que aún no estoy lista para compartir. No les digo que él estuvo allí. No les cuento que sus ojos me miraron mientras el dolor me arrancaba la cordura en aquel sótano.

No lo digo porque sé que, si lo hiciera, mi padre y Matthew se convertirían en demonios. Saldrían ahora mismo, reducirían Chicago a cenizas y no se detendrían hasta que el corazón de Máximo dejara de latir.

Y aunque una parte de mí desea ver su sangre correr, la otra... la otra simplemente está agotada.

No tengo más espacio para el odio.

Solo quiero una ducha que me arranque su rastro de la piel y un mecanismo que borre de mi memoria el hecho de que le entregué mi cuerpo, mi alma y mi lealtad a un hombre que me veía como un peón.

El recuerdo de su tacto me provoca una nueva oleada de náuseas. Me abrazo a mí misma, tratando de no desmoronarme frente a ellos.

Mi padre se desploma en el sofá, con la mirada perdida en algún punto de la sala. Matthew, por su parte, no ha dejado de mirarme. Sus labios están entreabiertos, su mandíbula trabaja con una fuerza que amenaza con fracturarse. Parece que quiere hablar, pero el peso

de la traición de su propia sangre lo ha dejado mudo.

—¿Tú sabías que ella salía con tu hermano?

La voz de mi madre corta el silencio como una cuchilla. Nora echa chispas; hay fuego en sus pupilas y sus puños están cerrados con tanta fuerza que sus nudillos parecen mármol blanco.

Matthew asiente y baja la vista. Veo dolor en su gesto, tal vez vergüenza, pero no tengo fuerzas para descifrarlo. Mis propias emociones son un tsunami que no me da respiro.

—Haz una maleta —sentencia mi madre, mirándome con una determinación gélida—. Te vienes a Francia conmigo.

El tiempo se congela.

Mi padre se levanta del sofá de un salto para enfrentarla. Veo a Matthew tensarse, sus hombros se cuadran y se coloca al lado de Levi, formando un muro de autoridad masculina que nos separa.

Yo sigo allí, pequeña, rota, sintiendo que mi vida es un péndulo oscilando sobre un abismo. No tengo el control de nada. Lo cierto es que jamás tuve el control de mi vida, de absolutamente nada.

—¿De qué demonios hablas, Nora? —Gruñe mi padre entre dientes.

—Lo que escuchas, Levi. Ya he tenido suficiente de tu mundo —ella da un paso hacia adelante, sin amedrentarse ante el Don de Chicago—. Tenías un solo trabajo: cuidar de nuestra hija. No solo permitiste que se hundiera en esta mierda, sino que dejaste que recibiera los golpes sola.

—Nora, no creo que sea buena idea que ella se vaya ahora... —Interviene Matthew con voz ronca.

—Y tú… —ella lo señala, su voz se vuelve afilada y peligrosa—. Ni siquiera pudiste mantener a tu hermano lejos de ella. Fuiste incapaz de ver que el traidor dormía en la habitación de al lado. ¡Ninguno de ustedes fue capaz de protegerla!

El silencio que sigue es denso y pesado. Matthew niega con la cabeza, sus ojos color chocolate fijos en mí, cargados de una súplica silenciosa que no puedo procesar. Mi padre parece una estatua de piedra, impasible por fuera, pero sé que por dentro se está desgarrando.

—Vamos, cielo. Nos vamos.

Mi madre me toma de las manos. Su contacto es lo único cálido en esta habitación llena de hombres y secretos mortales. Me siento como porcelana que ha sido pegada demasiadas veces; un soplo más y me haré pedazos. Pedazos que ya no tengo interés en recoger.

¿Quién soy debajo de estos escombros?

Intenté ser la hija del Don. Intenté ser valiente, disparar armas y jugar al ajedrez con monstruos. Pero la realidad me ha golpeado en la cara: no soy una reina de la mafia. Soy solo una chica de diecinueve años con el corazón hecho jirones y el cuerpo profanado por la mentira.

No tengo energías para pelear.

Si irme significa que el vacío en mi pecho dejará de sangrar, entonces me iré. Dejo que mi madre me guíe fuera de la sala. No escucho las protestas de mi padre ni los susurros desesperados de Matthew. El mundo exterior se vuelve borroso mientras subimos a mi habitación.

Una vez allí, Nora enciende la lámpara de noche y se sienta en la cama, indicándome que me acerque. Me derrumbo. Apoyo la cabeza en su regazo y, cuando sus dedos comienzan a acariciar mi cabello, el llanto que contenía explota. Me rompo por primera vez en mi vida, entregándole mi dolor a la única persona que no me ve como un activo de la organización.

Ella me consuela, pidiéndome perdón por los años de distancia, por el abandono, por haber dejado que mi padre me moldeara a su imagen y semejanza. Me promete que no volverá a dejarme sola.

Y por primera vez en mucho tiempo, elijo creer.

Lloro hasta que mis ojos arden, hasta que el cansancio vence al trauma. Me hundo en la oscuridad del sueño, rogando que, cuando despierte, el nombre de Máximo Hardaway ya no sea más que un eco lejano en una pesadilla que por fin ha terminado.

Cuando abro los ojos, la oscuridad de mi habitación es absoluta, una negrura densa que parece querer asfixiarme. Parpadeo, pero la vista no se aclara; mis párpados pesan como el plomo y mis pestañas están pegadas por el salitre de las lágrimas secas. Mi madre ya no está. El hueco a mi lado está frío.

Me muevo y un gemido se me escapa. Mi cuerpo no me pertenece; se siente como un amasijo de músculos molidos, como si un camión de carga hubiera pasado sobre mí y luego hubiera dado marcha atrás para terminar el trabajo.

Me arrastro hacia el baño como una sombra. No me atrevo a encender la luz; no quiero ver el reflejo de la idiota que se enamoró de su verdugo.

Entro en la ducha y dejo que el agua caiga.

La quiero hirviendo, lo suficiente para que me queme la piel, como si el calor pudiera derretir el rastro de las manos de Máximo sobre mí. Me quedo allí, bajo el diluvio artificial, lavando el asco, el olor de su mentira y el eco de sus promesas falsas hasta que mis dedos se quedan arrugados y mi garganta ya no puede tragar más sollozos.

Salgo envuelta en mi pijama de invierno, moviéndome por los pasillos en penumbra como un fantasma en su propia tumba. Necesito agua; mi garganta es un desierto de cenizas.

Pero me detengo en seco al llegar a la planta baja. Las voces que surgen de la biblioteca cortan el aire y me obligan a escuchar.

—No te la puedes llevar, Nora.

—Dante...

Trago saliva, es la primera vez que escucho a alguien referirse a

Levi por su segundo nombre.

—No permitiré que me arrebates lo único puro que queda en esta casa.

La voz de mi padre es un gruñido bajo, cargado de una autoridad que está empezando a resquebrajarse. Escucho el bufido cargado de desprecio de mi madre.

—Maddox es una adulta, Levi. Ella decidirá —suspira—. Pero no creas ni por un segundo que le quedan fuerzas para seguir respirando el aire de este infierno.

—Entiendo que quieras estar cerca de ella... Quédate —la suplica en la voz de mi padre puede sentirse—. Quédate en la mansión, pero no me la quites.

—No puedo quedarme aquí —sentencia.

—Luego de lo que sucedió...

—No significó nada.

¿Y ahora de qué demonios hablan?

—Nora, por favor...

—¿Escuchas lo que dices?

—Este es tu hogar también —trago saliva al escuchar a mi padre suplicarle a alguien por primera vez—. Siempre lo ha sido.

—¿Después de todos estos años aún no comprendes el peligro que supone ser parte de tu vida? —El suspiro de mi madre suena a derrota acumulada—. Jamás debí irme. Jamás debí dejarla en tus manos. Me prometiste que la protegerías, no que la moldearías como a una de tus soldados para que terminara recibiendo las balas por ti. La descuidaste, Levi. La dejaste a merced de los lobos.

—Me arrepiento... Me arrepentiré cada maldito segundo de mi vida.

La voz de mi padre es agonía pura. Me pego a la pared,

conteniendo la respiración, y me asomo lo justo para verlos.

—Tu arrepentimiento no sirve para nada —dice ella entre dientes —. No nos devolverá a nuestra hija.

—No hablas en serio...

—La Maddox que conocíamos murió en ese sótano, y tú terminaste de enterrarla al dejar que ese traidor entrara en su cama.

—¡Estás siendo precipitada! —Ruge él, dando un paso hacia ella.

—Estoy tomando la decisión que debí tomar hace veinte años, cuando el test de embarazo dio positivo —lo corta ella, tajante como una sentencia de muerte—. Debí huir entonces. No debí dejar que me convencieras de que podrías darnos una vida mejor. Me arrepiento de haber elegido tu mundo sobre su seguridad. Pero no permitiré que se quede un minuto más aquí.

—¡Es mi hija! —El grito de mi padre retumba en las paredes, haciendo vibrar el cristal de las vitrinas.

—¡Y ni siquiera supiste cuidarla! —Nora se planta frente a él. Él es un gigante, una montaña de músculo y cicatrices, pero ella no retrocede ni un milímetro—. Dejaste que se enamorara de un infiltrado, Levi. Dejaste que un soldati la usara, la rompiera y la consumiera hasta dejarla en los huesos. Ella está pagando el precio de tus pecados.

Mi padre se tensa. Sus brazos son dos columnas de granito, sus puños están cerrados con tanta fuerza que sus venas parecen a punto de estallar. Sus ojos son dos brasas encendidas en la oscuridad de la sala.

—No permitiré que te la lleves —amenaza en un susurro que me eriza la piel—. No vas a robarme lo que es mío, Nora.

—Eres un egoísta —murmura ella con una tristeza infinita—. Lo has sido siempre. No pudiste retenerme a mí y ahora pretendes

encadenarla a ella. Pero no somos de tu propiedad, Levi. No somos trofeos en tu estantería de Don.

Trago saliva, sintiendo que el suelo desaparece bajo mis pies. Hay capas de dolor aquí que nunca imaginé. La verdad sobre por qué mi madre se fue empieza a emerger como la punta de un iceberg de hielo negro.

—No quería retenerte... —La voz de mi padre se quiebra, volviéndose pequeña, humana—. Yo te amaba, Nora. Te entregué todo lo que un hombre como yo puede entregar. Quería que fueras mi reina, pero tú solo pensabas en escapar de mí...

—Esto nunca se trató de amor, Levi —la voz de ella se suaviza, pero mantiene el filo—. Se trata de supervivencia. Esto no es vida para nadie. No quiero que mi hija termine consumida por tu oscuridad. No después de lo que ha sufrido.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo el peso de su enfrentamiento en mi propio pecho.

—No lo hagas... Por favor —suplica él, y es la primera vez en mi vida que escucho al Don de Chicago sonar como un hombre derrotado.

—No me la llevaré a la fuerza. Dejaré que ella elija. Le daré la opción de una vida normal, algo que tú nunca podrás ofrecerle.

Se quedan ahí, atrapados en un duelo de miradas que quema.

Siento las lágrimas agolparse detrás de mis párpados, quemando como ácido, y huyo de aquel lugar. Subo los escalones de dos en dos, impulsada por una urgencia frenética. Al llegar a mi habitación, arrastro mi maleta del armario y empiezo a arrojar ropa dentro, sin orden, sin cuidado. Solo quiero llenar el vacío.

Mi madre aún no me ha preguntado qué quiero hacer, pero ya tomé una decisión. Quizás sea de cobardes huir, pero ahora mismo necesito kilómetros de distancia para procesar cómo mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y terminó estrellándose contra un

muro de concreto.

Medio año atrás, yo era una universitaria intentando escapar de la sombra de mi apellido. Luego, me convencí de que pertenecía a este mundo de sombras. Después vino el secuestro, la tortura... Creí que ya había alcanzado mi límite de dolor. Qué ilusa.

Hace apenas veinticuatro horas, yo era un fantasma con una pizca de esperanza. Una estúpida que creía que el amor de un hombre podía ser su refugio. Pero el chico al que le entregué todo me mostró su verdadera cara, y resultó ser la de un monstruo.

En nuestro mundo no hay lugar para el amor; solo hay caos, destrucción y una oscuridad que te devora si le das la espalda. Intenté jugar a ser diferente y lo único que logré fue que me redujeran a cenizas.

Necesito dejar de sentirme así de rota. Necesito tiempo para ver si las piezas vuelven a encajar, o si simplemente debo aprender a vivir con las grietas.

Estoy tan absorta en mi tarea que no noto la presencia en la puerta hasta que un carraspeo rompe el silencio. Doy un respingo, con el corazón martilleando contra mis costillas.

Matthew.

—No te vayas —su voz es un susurro suplicante, una grieta en su máscara de acero—. No lo hagas, Maddox. Nora dijo que podías elegir. Elige quedarte.

—¿Por qué lo haría? —Le pregunto, deteniéndome con una prenda entre las manos.

Él arruga la frente, mirándome como si mi pregunta fuera un idioma extranjero. Como si no comprendiera por qué alguien querría huir de un campo de batalla.

—¿De qué hablas? ¿De verdad quieres irte?

Me encojo de hombros y sigo doblando ropa con movimientos mecánicos.

—No me queda nada aquí, ¿cierto? Irme es la única decisión lógica que he tomado en meses.

—Maddox… —Él se abre paso en la habitación, invadiendo mi espacio con su presencia imponente—. No… por favor, no puedes…

Lo miro, desconcertada por la desesperación que emana de él.

—¿Qué pasa? ¿Vas a decirme que tenías razón? —Clavo mis ojos en los suyos—. Me advertiste sobre él. Me pediste que me alejara de Máximo y fui demasiado terca para escucharte. ¿Vas a restregármelo en la cara ahora?

—¿Cómo puedes pensar, siquiera por un segundo, que yo te haría algo así? —Su voz vibra con una indignación genuina.

Suelto un suspiro pesado y me desplomo en la cama, rodeada de maletas a medio llenar.

Su presencia lo inunda todo; el aroma a roble y peligro de Matthew hace que mis pensamientos de huida se tambaleen.

—Dijiste que no te queda nada aquí —dice, acercándose un paso más—, pero te equivocas. Hay personas en esta casa que te quieren. Personas que morirían por ti… y que se morirían por dentro si te vas.

—Puedo hablar con Levi por videollamada —me encojo de hombros—. Y estoy segura de que a Penny le encantará visitarme en París. No me voy a una isla desierta, Matthew.

—¿Y yo? —La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de una tensión eléctrica. Se acerca de nuevo, deteniéndose a un metro de distancia. Veo cómo su nuez de Adán se mueve al tragar y el dolor que atraviesa sus ojos chocolate es casi tangible—. ¿Dónde quedo yo en ese plan, Maddox?

El aire se escapa de mis pulmones. No estaba preparada para esto. No de él.

—Matthew…

Él acorta la distancia restante y, en un gesto que me deja sin aliento, se arrodilla frente a mí. Coloca sus manos en el colchón, a cada lado de mi cuerpo, atrapándome sin tocarme.

Desde aquí, puedo ver las ojeras profundas que marcan su cansancio y la barba de varios días que ensombrece su mandíbula. Está de rodillas, pero su estatura hace que nuestras miradas queden a la misma altura.

—Lo lamento tanto… —murmura—. Si hubiera estado más atento, si no hubiera dejado que mis sentimientos nublaran mi juicio, habría visto que mi hermano nos estaba vendiendo.

Niego con la cabeza mientras el sentimiento de culpa parece emerger otra vez.

—Tú tenías dudas. Fuiste tú quien intentó protegerme —le recuerdo—. Fui yo quien te convenció de que confiaras en él.

—Pero no debí ceder…

—Basta —pido en un susurro. Levanto mi mano y acaricio su mejilla; su piel está caliente y áspera. Él cierra los ojos, inclinándose hacia mi tacto como si fuera un hombre sediento encontrando agua —. Deja de disculparte por pecados que no cometiste. La culpa es de Máximo. Y mía, por ser una idiota. Pero te juro que no volverá a pasar. Nadie volverá a tener ese poder sobre mí.

—Maddox…

—Me iré, Matthew —sentencio con firmeza, aunque mi corazón se rebela—. Es lo que necesito para sobrevivir. No sé por cuánto tiempo, pero tengo que salir de aquí.

—Dime que regresarás —me pide, y el hombre que es la mano derecha del Don parece ahora un náufrago rogando por un cabo—. Promételo.

Lo miro, conmovida por la vulnerabilidad de este hombre letal. Hay una calidez extraña extendiéndose por mi pecho, una que no tiene nada que ver con el dolor.

—No puedo prometer que regresaré siendo la Maddox que recuerdas.

Una pequeña sonrisa, triste y cargada de un significado que no me atrevo a nombrar, curva la esquina de sus labios.

—Te esperaré, Maddox. Lo he hecho durante años —susurra, clavando sus ojos en los míos—. Puedo seguir haciéndolo el tiempo que haga falta.

Me paralizo al escuchar sus palabras. Acaricio su mejilla por última vez, recorriendo con mis dedos las líneas de su rostro, grabando cada ángulo en mi memoria para las noches frías que me esperan en París.

—Regresaré —le aseguro.

Y por primera vez en todo el día, no siento que estoy mintiendo.

EPILOGO

DOS AÑOS DESPUÉS
Matthew

La ciudad nunca ha sido silenciosa, pero desde que Maddox se fue, el ruido ha perdido su sentido. Los disparos a lo lejos, el rugido de los motores en la madrugada, las conspiraciones susurradas en despachos bañados en humo… todo suena amortiguado. Como si el mundo hubiera perdido su frecuencia y yo fuera el único espectro atrapado en una sintonía muerta.

O tal vez es que ya no me queda alma para escuchar.

Han pasado dos años. Setecientos treinta días desde que la vi subir a ese avión rumbo a Francia. Dos años desde que observé cómo se rompía en mil pedazos sin derramar una sola maldita lágrima frente a nosotros.

Y dos años desde que mi propio hermano decidió que su sangre no valía nada, traicionando lo único sagrado que quedaba en la familia: ella.

Hundo los dedos alrededor del vaso de cristal, sintiendo cómo el frío del whisky me cala los huesos. Max no solo la vendió a ella; me traicionó a mí. Rompió el vínculo más antiguo del mundo por las mentiras de un enemigo que nos quería de rodillas. Se cree un estratega, pero es un idiota. No tiene idea de los cadáveres que he tenido que enterrar y los secretos que he cargado sobre mi espalda solo para mantenerlo a salvo de la verdad sobre nuestros padres.

Le di una vida limpia mientras yo me manchaba las manos de mierda y él me pagó incendiando mi mundo.

Bebo el líquido ámbar. Quema. Me gusta que queme. Es lo único que me recuerda que todavía no soy de piedra.

Hace dos años, cuando ella se fue, quise ver a Chicago arder bajo

mis pies. Quise reducir cada rascacielos a cenizas hasta que el humo llegara a Francia y le recordara que aquí seguía su sombra.

Dos años.

Saboreo las palabras y me saben a hiel. Dos años sin su risa afilada, sin el destello de adrenalina en sus ojos cuando desafiaba a la muerte, sin el sonido de su voz. No sé nada de ella. Se ha convertido en un fantasma que me atormenta en cada rincón de esta mansión.

He dejado mensajes. He hecho llamadas que mueren en el vacío.

Mi sonrisa, amarga y peligrosa, roza el borde del vaso. Me he convertido en un jodido acosador, un obseso que cuenta los segundos de una ausencia que él mismo permitió. Quizás siempre fui este monstruo, solo que antes sabía ocultarlo bajo el traje de consigliere.

¿Cómo admites que estás enfermo por la hija de tu jefe? ¿Cómo confiesas que cada vez que la mirabas, querías marcarla como tuya y esconderla del mundo, incluso de tu propia sangre?

Lo supe siempre. Supe lo que había entre ella y Max. Vi cómo él la miraba, con ese amor torcido, destructivo y asfixiante que nos corre por las venas a los hombres de esta estirpe. Vi cómo se tensaba cuando otro hombre respiraba cerca de ella. Supe que Maddox era su bala alojada en el pecho... Y aun así, no hice nada.

Fui un imbécil disciplinado. El soldado perfecto. El hombre diez años mayor que debía ser su guía, no su perdición.

La amé desde que era una adolescente con fuego en la mirada, caminando por estos pasillos intentando fingir que no tenía miedo. La amé cuando me pidió que la entrenara y terminó superándome, derribándome en la lona mientras yo solo podía pensar en lo mucho que quería que se quedara ahí, bajo mi cuerpo, para siempre.

Ser consigliere significa pensar con el hielo en las venas. Proteger

al Don. Cuidar sus activos. Y Maddox siempre fue la joya más delicada y letal de Levi. Así que me mantuve en las sombras. La amé en silencio, como un mártir con las manos manchadas de sangre.

Hasta que Max lo arruinó todo. Hasta que la obligó a huir.

—¿Crees que regresará? —Mi voz sale plana, una máscara perfecta de indiferencia profesional que oculta el caos que ruge en mi pecho—. Es decir, Maddox…

Trato de no pensar en el hecho de que mi garganta se siente como si hubiera tragado cristales rotos. No puedo permitir que Levi note cuánto me ha jodido la huida de su hija.

—Sé de quién hablas, Matthew —responde él, sin siquiera levantar la vista. Su voz es un látigo seco que corta el aire.

Asiento una sola vez. Disciplinado. Frío.

Debería estar analizando los informes de inteligencia que tengo frente a mí, pero es una causa perdida. Llevamos una hora encerrados en este despacho y lo único que mis sentidos registran es que, a pesar de los dos años de ausencia, el aire todavía parece conservar una nota fantasmal de su perfume: cerezas y vainilla. No hay rastro físico de ella, pero Maddox ha infectado cada centímetro de este lugar.

Levi me llamó temprano. Las cámaras de Will captaron movimiento en el depósito de Clearing. En cuanto esas palabras salieron de su boca, algo se retorció en mis entrañas. Una mezcla de esperanza y sed de sangre. Por fin, después de setecientos treinta días de purgatorio, quizás estábamos cerca de obtener justicia. De quemar el mundo por ella.

Solo por ella.

—Y sí, regresará. —Alzo la vista de golpe. Levi sigue con los ojos clavados en los documentos, pero su mandíbula está tensa.

—¿Cómo estás tan seguro? —El tono me sale más afilado de lo

que pretendía.

—Porque me lo dijo —suelta, como si no fuera la información más vital de mi jodida existencia.

Aprieto los dientes hasta que me duelen los molares. El silencio de Maddox me está matando lentamente, una herida de entrada sin salida.

—No he hablado con ella —confieso.

La verdad me quema la lengua, pero necesito saber. ¿Por qué a él sí y a mí me ha condenado al vacío?

Levi levanta la vista y sus ojos me escanean con la precisión de un francotirador.

Hay un destello de algo, piedad o advertencia, no lo sé, antes de que arquee una ceja.

—Se ha vuelto... Poco comunicativa —admite, y por primera vez en años, el Don parece humano—. No da explicaciones. De cada diez mensajes, responde uno. Con suerte. —Se encoge de hombros, recostándose en su silla—. Sé que la mujer que regresará no es la niña que crié. No estoy seguro de si el mundo está listo para lo que Francia ha hecho con ella.

Yo tampoco lo estoy.

Pero no es miedo lo que siento, es una anticipación violenta.

Sé que debo aceptar a la Maddox que vuelve, a la mujer en la que se ha convertido en la oscuridad del exilio, pero no sé si podré soportar su indiferencia cara a cara. Tenerla a un océano de distancia es una tortura, pero al menos el silencio es mi única compañía. Si la tengo frente a mí y sigue tratándome como a un extraño... Voy a perder la cabeza.

—En una semana estará aquí —duda un momento antes de verme fijo—. Prepárate porque querrá respuestas, Matthew. Sabrá que South quería vengarse de ti, no de mí.

Trago saliva, no se qué procesar primero: si el hecho de que regrese en días o que todo pueda volver a explotar.

—Me encargaré —aseguro en un hilo de voz tensa.

—No, yo me encargaré. Como siempre —suspira, niega y se lleva el vaso de cristal a sus labios—. Tú asegúrate que nunca lo sepa. Jamás podrá perdonarte, Matthew. Lo sabes.

El corazón me da un vuelco tan violento que temo que Levi pueda escucharlo golpear contra mis costillas. Mantengo mi expresión neutra, impasible, aunque por dentro cada fibra de mi ser esté gritando su nombre y el hecho de que todo puede irse al carajo, otra vez.

—Pero ahora —continúa Levi, recuperando su tono de mando—, necesito que vayas al depósito. Verifica quién está metiendo las narices en mi ciudad.

Trago saliva, canalizando toda esa energía destructiva hacia un solo objetivo. Maddox vuelve. Mi obsesión tiene una fecha de llegada. Sé que todo saldrá volando por los aires en cuanto descubra toda la verdad pero nada de eso importa. Si alguien cree que va a interponerse en su camino, o en el mío, se equivoca de forma suicida.

—¿Y si encuentro a alguien? —Pregunto.

Mi voz ha bajado una octava, cargada con una promesa de muerte que haría temblar a cualquier hombre.

Los ojos de Levi brillan con una satisfacción gélida.

—Mételes una maldita bala en el cráneo y deja que el puerto se trague los restos.

Salgo del despacho y atravieso el pasillo oscuro de la mansión. Todo sigue igual: seguridad reforzada, cuadros caros, olor a tabaco y poder. Pero falta algo. Ella.

Maddox siempre fue el equilibrio caótico de este lugar. La única con el fuego suficiente para desafiar a Levi sin terminar con una bala

entre los ojos. La única que… bueno. La única que lograba que yo olvidara mi jodida máscara de frialdad por un segundo. La única que hacía que mi brújula moral se desintegrara con una sola mirada.

Me detengo frente a la ventana que da al lago. Chicago brilla como una bestia insomne. Y pronto volverá a ser su campo de batalla.

No sé si quiero protegerla cuando regrese o si prefiero sentarme en primera fila a ver cómo lo reduce todo a cenizas. Tal vez ambas. Tal vez mi destino sea ser el escudo que recibe los golpes y el viento que aviva sus llamas.

Pero lo único que tengo claro, lo único que me mantiene cuerdo en este purgatorio de dos años, es esto: si alguien vuelve a lastimarla, si alguien se atreve a ponerle un maldito dedo encima, no habrá rincón en el infierno donde puedan esconderse de mí. Esta vez no habrá disciplina que me detenga. No habrá lealtad al Don que valga más que su seguridad.

Ser consigliere tiene límites.

Ser un hombre enamorado también.

Y Maddox siempre fue mi debilidad favorita.

AGRADECIMIENTOS

Creo que una de las partes más complejas de escribir es esta sección, porque me encantaría hacer una lista de todas las personas a las que me gustaría agradecer y sé que no me alcanzarían las páginas, o bien tendría un libro de más de mil páginas (el cual casi acaba siendo así, agradezcan que pasó por tres correcciones).

Quienes me conocen saben que me encanta hablar mucho. Soy pisciana, así que te voy a contar una anécdota como si estuviera hablándote de mi última lectura; quizás por eso soy escritora. Me gustan los detalles, las emociones, las sensaciones, todo lo que pueda describirse como una obra de teatro… pero en prosa. Escribo poesía, sí. Adoro la poesía, la uso cuando no sé muy bien cómo expresarme, cuando las palabras se me escapan y pierden la forma antes de llegar al papel. Pero a veces, muchas veces, elijo la prosa, elijo la novela cuando no comprendo ciertas acciones de las personas (me incluyo, por supuesto). Entonces, la mejor forma de entenderlas y analizarlas es extrapolándolas, alejándonos y viéndolo todo como si fueran personajes de una ficción.

Ya sé, la vida no es ficción. Pero repito: soy de Piscis, así que sí. Todo en mi vida es un poquito de ficción.

Por eso pruebo con diferentes géneros: el romance, el realismo mágico, el thriller y este que les presenté, un romance oscuro. ¿Por qué elegí algo diferente? No sé si se harán esa pregunta, pero me gustaría responderla, quizás por mí, porque yo siempre necesito respuestas a preguntas que casi nunca formulo.

Esta vez elegí un subgénero del romance porque he atravesado un proceso de aceptación que inició hace un par de años. Un proceso que me llevó a reconocer cierta oscuridad dentro de mí. Hay que ser honestos: siempre se suele ocultar la oscuridad que nos completa,

las obsesiones, los deseos e impulsos, ciertas cosas que no se verían bien ante los ojos de los demás.

Yo pasé mucho tiempo escondiendo aquellas grietas por donde podía filtrarse mi oscuridad; acabé aceptándolas porque empecé a escribir este libro.

Quizás no les parezca la mejor respuesta, pero me veo muy reflejada en esta protagonista, tanto que llegué a tener un vínculo de amor-odio. En parte por eso la aprecio más: fue para mí como un espejo donde podía verme sin la máscara del día, la máscara de la Sofía normal. Acá soy Sofía, la escritora de dark romance sobre mafia que disfruta construyendo personajes impulsivos y moralmente cuestionables. Pero es la misma Sofía que condena comportamientos que jamás permitiría ni estaría de acuerdo, por eso aprecio mucho a Maddox.

No se enojen. Entiendo que el final pueda resultarles… ¿molesto? Sí, quizás esa palabra funciona muy bien. Así que les pido que me comprendan: la historia de Maddox Salvatore no alcanza con un solo libro. Ahora ella se merece su venganza, se merece la justicia, la misma que otras mujeres nunca pudieron cobrarse. Por eso mi idea de hacer una bilogía.

Gracias, lector y lectora, por aventurarse en estas páginas donde expongo mi lado más crudo y un poco cruel, ese que escondo siempre y no dejo que nadie vea. Gracias por no abandonar estas páginas y llegar hasta aquí; te prometo que la segunda parte no te hará sufrir tanto (o sí, no lo sé).

No sería un apartado de agradecimientos si no menciono a quienes me apoyan desde siempre: mi familia. Desde mi primer poemario han sostenido y alentado este sueño de ser escritora.

A mis amigas quizás debería hacerles un monumento, porque no hay apoyo como el que ellas me han brindado. Porque son quienes

se emocionaron desde el momento en que me escucharon hablar de esta historia y después, cuando vieron la cubierta finalizada. Gracias por emocionarse por mí, por llorar y abrazarme, aunque detesto los abrazos, pero si vienen de ustedes son la joya más preciada del mundo.

Gracias a mis lectores de siempre y a los nuevos. Gracias a mi bella comunidad de Instagram, a mis amigas bookfluencers y a las primeras lectoras que recibieron una copia de prueba y fangirlearon conmigo. Gracias a Meli (@nereidaliteraria.books) por emocionarte conmigo, leer mis cosas antes que nadie y manifestar como solo vos podes hacerlo. Sos de oro.

Gracias a Lorgenis Rojas (@lmr.bello_autora) porque hiciste arte en la cubierta de este libro. Solo te tuve que pasar la sinopsis y algunas características, y captaste toda la esencia sin más. Pero, además, gracias por apoyarme y alentarme desde el otro lado de la pantalla.

Y, por supuesto, gracias al amor de mi vida, quien me alienta todos los días asegurando que voy a ser tan famosa o más que cualquier otro escritor de renombre. Es bello tener a quien crea en vos cuando ni siquiera puede hacerlo una misma. Yo lo tengo a Julián.

Gracias, amor.

SOBRE LA AUTORA

Sofía Salto es Licenciada en Lengua y Literatura, investigadora lingüística y una apasionada de las historias que laten entre palabras. Lectora voraz desde la infancia, encontró en la escritura un espacio donde confluyen su amor por la literatura, el análisis del discurso y la imaginación sin límites.

Escribe principalmente romance en sus distintas vertientes —desde el dark romance ambientado en universos intensos y emocionales hasta narrativas contemporáneas, realismo mágico y comedia romántica— siempre con personajes complejos, vínculos profundos y una marcada sensibilidad estética.

Además de su faceta como novelista, trabaja en corrección y maquetación editorial, participa en proyectos literarios y culturales y promueve activamente la lectura en diferentes plataformas. Es bookfluencer en Instagram bajo el perfil @_sofiastormborn_, donde comparte reseñas, recomendaciones y su día a día como lectora y escritora.

Actualmente impulsa espacios de encuentro literario como clubes de lectura y proyectos vinculados a la difusión cultural, mientras continúa desarrollando nuevas historias. Para ella, escribir es una forma de explorar emociones, construir mundos y tender puentes entre quienes aman perderse, y encontrarse, en los libros.

PROXIMAMENTE:

TRAICION Y SANGRE II



Maddox Salvatore nació para heredar un imperio construido sobre sangre y mentiras. Pero nadie la preparó para la traición.

El hombre que juró protegerla la usó como pieza en una guerra que llevaba años gestándose. Y ahora todo lo que creía conocer se desmorona.

Pero en el medio del caos hay una mirada que nunca se apartó de ella. Una presencia constante y peligrosamente paciente.

El consigliere del Don no solo conoce los secretos de la familia Salvatore. Los administra. Los entierra.

Es mayor.

Es intocable.

Y es el único hombre que siempre supo exactamente quién es Maddox... Incluso cuando ella aún no lo sabía.

Porque amar a la heredera nunca fue una opción. Y desear al hombre que guarda todos los secretos es aún peor.

En un mundo donde la traición se paga con sangre, ¿qué ocurre cuando el único amor verdadero es también el más prohibido?

Antes de irte...
Si esta historia te hizo enojar, sufrir o enamorarte un poco más de lo que deberías... Gracias.
Las reseñas en Amazon son el único modo en que historias como esta pueden encontrar a más lectoras que aman los romances intensos, prohibidos y moralmente grises.
Si podés dedicar unos minutos a dejar tu opinión, significaría muchísimo para mí.
Tu voz ayuda más de lo que imaginás.
Si querés seguir dentro de este universo, conocer adelantos exclusivos y obsesionarte conmigo por el consigliere...
Instagram: @_sofiastormborn_
Podrán encontrar novedades y próximos lanzamientos en mis redes.



Nos leemos pronto, tesoro.